

Christine

KABUS

*El secreto del
solsticio de verano*



EL SECRETO DEL
SOLSTICIO DE
VERANO

Christine Kabus

Traducción de Paula
Aguiriano Aizpurua



Título original: *Das Geheimnis der
Mittsommernacht*

Traducción: Paula Aguiriano

1.^a edición: septiembre, 2016

© 2016 by Bastei Lübbe AG

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona
(España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-520-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de

ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Personajes del libro

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

¡MUCHAS GRACIAS!

A mi hermana

Bak skyene er himmelen alltid blå.

Detrás de las nubes, el cielo siempre
es azul.

Personajes del libro

FAMILIA ORDAL

Olaf Ordal, abogado

Clara Ordal, su esposa

Paul Ordal, su hijo

Sverre Ordal, antiguo dueño de un
aserradero, padre de Olaf

Trude Ordal, su esposa

Gundersen, antiguo empleado de Sverre
Ordal

FAMILIA SVARTSTEIN

Røros, Noruega

Ivar Svartstein, director de la empresa
de cobre

Ragnhild Svartstein, hija de Roald y
Toril Hustad, su esposa

Sofie Svartstein, su hija menor

Silje Svartstein, su hija mayor

Randi Skogbakke, de soltera Svartstein,
hermana mayor de Ivar

Ullmann, ayuda de cámara de Ivar
Svartstein

Britt, doncella de Silje

Eline, criada

FAMILIA HUSTAD

Trondheim, Noruega

Roald Hustad, padre de Ragnhild
Svartstein

Toril Hustad, su esposa

Sophus Hustad, su hijo, fabricante de
papel

Malene Hustad, su esposa

Bonn

Profesor Dahlmann y su esposa

Otilie, mejor amiga de Clara Ordal,
doncella en casa de los Dahlmann

Røros y alrededores

Bodil, mejor amiga de Paul Ordal

Nils Jakupson, apodado Fele-Nils, su
padre

Fredrik Lund, hijo de banquero de
Trondheim

Moritz von Blankenburg-Marwitz,
oficial alemán

Comandante Von Rauch, su acompañante
Mathis Hætta, ingeniero

Siru, pastora

Señora Olsson, dueña de la pensión

Ole Guldal (1852-1922), director del
colegio, presidente de la Asociación
Obrera

Per Hauke, carpintero, miembro de la
Asociación Obrera

Olaf Olsen Berg (1855-1932), editor del
periódico *Fjell-Ljom*

Elmer Blomsted, sacristán, organista

Doctor Pedersen, médico

Berntine Skanke, esposa del sastre

Gudrid Asmund, esposa del director del

banco

Ida Krogh, esposa del oficial de correos

Prólogo

Røros, otoño de 1893

*¡Nunca, nunca, nunca! ¡¡¡Jamás
acabaré así!!! ¡Prefiero pasarme la
vida trabajando de institutriz!*

Al dibujar el último signo de exclamación, la muchacha golpeó el portaplumas con tanta fuerza contra la página de su diario que la tinta lo

salpicó todo. Torció brevemente el gesto, se encogió de hombros y siguió escribiendo.

Siempre nos dicen que debemos estar agradecidos por la buena vida que tenemos. Agradecidos por habernos librado del destino de las mujeres que tienen que matarse a trabajar de sol a sol para alimentar las bocas hambrientas de sus incontables hijos. Que viven en la preocupación constante de si sus esposos regresarán sanos y salvos de la mina al final de la semana sin beberse el escaso jornal por el camino, si es que se lo han pagado. Y que a lo sumo pueden

descansar sus manos callosas los domingos en misa, cuando se apretujan en el coro junto a sus compañeras de penas.

Sin embargo, ¿acaso es la suerte que corren ellas siempre más dura que la de las damas de lo que se conoce como la alta sociedad? Cuando miro a nuestra madre, me entran dudas. Es cierto que vive en un hogar confortable, no tiene que preocuparse jamás de que las provisiones de su bien surtida despensa se agoten, tiene servicio y, como esposa de uno de los hombres más importantes de la ciudad, le corresponde un asiento en uno de los palcos delanteros de la iglesia, junto al

altar.

Sin embargo, al mismo tiempo es una de las personas más infelices que conozco. Cuando veo las profundas arrugas y el semblante torturado de su amado rostro, se me encoge el corazón. Apenas se atreve a levantar la mirada de pura vergüenza. Y cada mes vuelve a arrastrarse como un perro apaleado por la casa al constatar que la esperanza de que su cuerpo reciba la bendición del deseado primogénito se ha truncado una vez más. Por muy descabellado que suene, a veces pienso que mi madre preferiría la pobreza, siempre que a cambio pudiera dar por fin a nuestro padre el hijo que tanto

desea.

¿Por qué la presiona así? ¿Por qué no acepta que Dios solo le ha dado hijas?

La muchacha se detuvo de nuevo y leyó la última frase. Negó con la cabeza, frunció el ceño y prosiguió más despacio.

¿¿¿A qué viene ese «solo»??? ¿Por qué las niñas no valen tanto como los niños? ¿Acaso no es una blasfemia hacer esa diferencia? ¿Quiénes somos nosotros para suponer que el Todopoderoso considera inferior a la mitad de la humanidad? ¿No

significaría eso poner en duda lo perfecto de su creación?

La escritora se estremeció al oír pasos que se acercaban. Cerró apresuradamente el diario y lo escondió detrás de los libros del estrecho estante que había sobre su cama.

1

Bonn, mayo de 1895 – Clara

Clara Ordal sintió que una manita agarraba la suya. Paul se había acercado a ella y se le arrimaba a la cadera. Rodeó los dedos delgados del niño de seis años y atrajo hacia sí el cuerpecito envuelto en un traje de marinero recién planchado. Él levantó la cabeza y le buscó los ojos con la mirada.

—¿Queda mucho? —le susurró de forma apenas audible, y señaló con la barbilla hacia un hombre mayor de patillas encanecidas que poco antes había comenzado a hablar. Clara le apartó a su hijo de la frente un rizo rubio que le asomaba por debajo de la gorra de plato de marinero y se encogió de hombros con una sonrisa de lástima. Cuando al profesor Dahlmann se le presentaba la oportunidad de dar un discurso, la aprovechaba sin excepción. La paciencia de Paul se enfrentaba a una dura prueba.

Se encontraban en la terraza del edificio del embarcadero flotante que el Club de Remo de Bonn poseía cerca de

la Fährgasse, junto a la orilla del Rin. La construcción era espaciosa, y no solo albergaba las numerosas embarcaciones de la asociación, sino también una sala para las fiestas en las que se reunían regularmente sus miembros, que daban gran importancia a los eventos sociales. Esa tarde, el buen tiempo había atraído al exterior al pequeño grupo que se había congregado allí en honor a Olaf Ordal. Más tarde cenarían en la sala de fiestas, pero la recepción y los discursos se estaban celebrando al aire libre.

Una brisa refrescante hacía ondear los banderines triangulares azules con una estrella blanca de la guirnalda que decoraba la fachada del edificio. Clara

cerró los ojos un instante y aspiró profundamente el aire, que olía a tierra húmeda y a las algas que el agua había arrastrado hasta las rocas del malecón. Con aquel aroma acre se mezclaba la nota dulce de las matas de lilas florecidas en blanco y violeta que rodeaban un jardín junto al río. Ese año mayo estaba siendo desacostumbradamente templado. Un verde delicado cubría los árboles del paseo fluvial, y en los parterres ya hacía tiempo que se habían sustituido los tulipanes y los narcisos por geranios, fucsias y bocas de dragón. Clara levantó la mirada al oír el graznido de una gaviota que sobrevolaba el

embarcadero. Los rayos del sol relucían sobre las olas del río, que fluía perezoso, y se reflejaban en las sedas brillantes y los botones pulidos de los vestidos de las damas, así como en las perlas y las piedras preciosas de collares y brazaletes.

Clara había escogido una falda larga azul oscura con un ribete bordado y una blusa de cuello cerrado y mangas abullonadas, conocidas como piernas de cordero por su forma. Algunas damas las llevaban tan abombadas que parecían globos. Varias mujeres llevaban capelinas ligeras o capas cortas que caían hasta las marcadas cinturillas de avispa de sus faldas en

forma de embudo. Parte de los caballeros se habían presentado de uniforme, pero también se veían muchas chaquetas o levitas grises y negras, incluso chaqués muy a la moda, con los típicos faldones redondeados. La sobriedad de los sombreros hongos y las altas chisteras de los hombres contrastaba con los tocados florales de seda y las plumas que se bamboleaban sobre las cabezas de las damas.

Clara, que se había colocado al borde de la plataforma detrás de las cerca de dos decenas de invitados, buscó la mirada de su marido, situado junto al orador ante la entrada del edificio. Olaf Ordal le sacaba una

cabeza al profesor. Al igual que su hijo Paul, era de complexión delgada y tenía los mismos ojos azul claro y el cabello rubio, que en el caso de Olaf ya empezaba a clarear de forma visible y descubría unas profundas entradas. Unidas a su semblante pensativo, le hacían aparentar más edad que los treinta años que tenía. Oteaba el infinito por encima de las cabezas de los presentes sin percibir la mirada de Clara. ¿En qué estaría pensando? Era una pregunta que se hacía a menudo. Y a la que casi nunca obtenía respuesta. Olaf Ordal acostumbraba despachar los asuntos consigo mismo.

Al principio de su matrimonio,

cuando lo veía guardar silencio con gesto serio, Clara le preguntaba a veces qué lo preocupaba. ¿Tenía problemas en el trabajo? ¿Alguna disputa con un compañero? ¿Le angustiaban los temas económicos? ¿O echaba de menos a su familia en la lejana Noruega? ¿A quién, si no a su mujer, habría debido confiar sus quebraderos de cabeza? Olaf siempre respondía amablemente que todo iba bien y que no debía preocuparse en vano. Clara se había dado por vencida y había aceptado la evidencia de que su esposo no la consideraba una confidente. A su amiga Otilie, a quien le había confesado sus inseguridades, no le parecía demasiado

extraño. Tranquilizaba a Clara diciéndole que la mayoría de los hombres no hablaba con sus esposas de problemas económicos o de otro tipo, en parte por miedo a parecer débiles y en parte por estar convencidos de que las mujeres de todos modos no comprenderían aquellos asuntos ajenos al ambiente del hogar.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le había preguntado Otilie—. Olaf es formal. Te dedica atención, cuida bien de vosotros y no parece tener quejas. Lo único que sucede es que es más bien callado, y créeme, esos no son los peores.

Clara no contradecía a su amiga,

sobre todo porque esta tenía a sus espaldas un compromiso roto con un oficial de carpintería que había sucumbido al alcohol. Otilie había encendido una gran vela en la iglesia de Münster y había agradecido a su ángel de la guarda que le hubiera abierto los ojos a tiempo y la hubiera salvado del matrimonio con un borracho empedernido.

—Y así nos despedimos de él, con sentimientos encontrados. —La voz grave del profesor Dahlmann se abrió paso entre los pensamientos de Clara, que se estiró y miró hacia delante—. Con lágrimas porque perdemos a un compañero querido, a un remero

excelente y a un fiel amigo. Decir que dejará un doloroso vacío aquí no alcanza a expresar lo que sentimos.

Paul tironeó de la manga de Clara. Ella se inclinó hacia él.

—¿Por qué dice esas tonterías? —susurró—. Si los sentimientos se han encontrado, ¿por qué lloran?

—Es una forma de hablar. Es lo que se dice cuando se está contento y triste al mismo tiempo —le explicó Clara.

El niño frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—A ti también te pasó hace un par de semanas, ¿te acuerdas? Cuando empezó a llegar el calor y el sol derritió tu precioso muñeco de nieve. Estabas

triste, pero a la vez contento porque estaba llegando la primavera y tú y tu amigo Karli podríais jugar fuera con los aros y las canicas.

Paul asintió y miró con ansia los botes apilados a unos pasos de distancia, en el embarcadero. Clara casi podía oírle pensar. Desde que habían llegado al club, el niño estaba deseando dar el paseo por el Rin que le había prometido su padre. Llevaba semanas hablándole de subirlo algún día al elegante bote de competición de cuatro plazas con el que Olaf y sus compañeros de equipo entrenaban con regularidad. A Paul la idea de atravesar el agua como una flecha le sonaba maravillosa.

Aquel día tampoco cumpliría su sueño. En cambio, Olaf le había prometido a su hijo dar una vuelta en uno de los *skiff* de dos plazas, que eran un poco más anchos y les permitirían sentarse uno junto al otro. El entusiasmo por pasar unos breves instantes a solas con su adorado padre era superior a la decepción, tal como Paul le había asegurado a su madre cuando esta había querido consolarlo. En vista de su reacción, Clara se había preguntado una vez más si su hijo no era demasiado serio y maduro para su edad. Ella no recordaba haber mostrado semejante serenidad y sensatez a una edad tan temprana.

—Pero no solo echaremos de menos a Olaf Ordal —dijo el profesor, y atrajo la atención de Clara deteniéndose y realizando una galante reverencia en su dirección—. A lo largo de todos estos años su querida mujercita también se ha ganado nuestro cariño.

Clara sintió que se sonrojaba. Le resultaba desagradable que las cabezas de los demás invitados se volvieran y sus miradas recayeran sobre ella. Además, la expresión «querida mujercita» le molestó. ¿Era condescendencia lo que oía? Puede que fuera bienintencionada, pero ¿condescendencia al fin y al cabo? Clara bajó la mirada. No, si se tratara de otra

persona la sospecha quizás habría tenido fundamento, pero en el caso del profesor Dahlmann no podía ser. Él y su mujer siempre habían tratado a Clara con respeto, y celebraban con sincera alegría su transformación de criada sin recursos en la esposa de un jurista prometedor.

Clara sonrió al recordarlo. Seguramente ella jamás se habría dado cuenta por sí misma de que el estudiante noruego le había echado el ojo. Olaf asistía junto con algunos de sus compañeros a los debates que el profesor organizaba semanalmente en su villa de Poppelsdorf y a los que invitaba a unos cuantos estudiantes escogidos.

Clara ni siquiera habría podido imaginar que los jóvenes académicos la vieran como una persona. Como un solícito espíritu casi invisible, estaba acostumbrada a recoger abrigos y sombreros, servir un tentempié y ocuparse de que el fuego en la chimenea de la biblioteca en la que el profesor reunía a sus invitados no se apagara. Debía agradecerse a la intervención osada y al mismo tiempo discreta de la señora de la casa que la tímida muchacha de dieciocho años y el reservado noruego hubieran formado una pareja siete años atrás. La esposa del profesor Dahlmann también había insistido en ser la madrina de boda de su

antigua empleada y ayudarla con sus consejos a organizar su hogar en uno de los nuevos y elegantes inmuebles de alquiler que se estaban construyendo en torno a la universidad. Clara levantó la cabeza y volvió a concentrarse en las palabras del profesor.

—Y ahora Olaf Ordal abandona con su familia la encantadora Renania, con sus fértiles colinas de vides, sus castillos legendarios y sus insignes ciudades que se reflejan en las aguas de este magnífico río, y parte hacia las lejanas costas de los mares del Sur.

El profesor carraspeó, levantó la mano y citó algunos versos de un poema dedicado a los sueños coloniales de

ultramar:

*Cruz del Sur, tus estrellas
brillan en el firmamento,
y en esas lejanas tierras
le saluda un mundo nuevo.*

El hombre sonrió, bajó la mano y prosiguió en tono normal:

—Sobre todo le saluda una nueva e importante tarea. Ese es el motivo por el que también le despedimos con alegría. Estamos orgullosos de que lo hayan captado en nuestro despacho para representar a partir de ahora los intereses legales de la Sociedad Alemana de Comercio y Plantaciones

para las Islas de los Mares del Sur en Samoa.

Varios hombres aplaudieron e inclinaron la cabeza en dirección a Olaf Ordal, que escuchaba el discurso con semblante impasible. A un observador podría parecerle arrogante o desinteresado. En cambio Clara sospechaba que se sentía terriblemente incómodo. Le molestaba recibir elogios en público. Sobre todo porque no creía haber hecho nada extraordinario. Se esforzaba en la medida que podía por cumplir con su trabajo lo mejor posible, y no consideraba que fuera mérito suyo que lo hubieran elegido para el puesto en ultramar. Clara suponía que esta

actitud se debía a su educación protestante. A lo largo de su vida en común, había observado una y otra vez lo enraizada que estaba en él. No le daba demasiada importancia al ejercicio de la fe, acudía a misa en contadas ocasiones y no tenía inconveniente en que su esposa perteneciera a la Iglesia católica; y sin embargo, la convicción de que el trabajo era una tarea encomendada por Dios y que el hombre estaba obligado a llevarlo a cabo con diligencia era incuestionable para él. Solo mediante el cumplimiento de las obligaciones terrenales podía el hombre obtener el beneplácito del Todopoderoso.

Una vez que se apagaron los aplausos, el profesor prosiguió.

—De manera que estamos muy orgullosos del nuevo empleo que ocupará nuestro talentoso colega. Ya que, tal como destacó recientemente nuestro admirado emperador, «el Imperio alemán se ha convertido en un Imperio mundial. Miles de nuestros compatriotas viven en lejanos rincones de la Tierra, y el conocimiento, la industria y los bienes alemanes atraviesan los océanos». Olaf Ordal contribuirá a partir de ahora a construir y fortalecer estas fructíferas relaciones. ¡Así que levantemos las copas y brindemos en su honor!

Con esas palabras, el profesor Dahlmann dio por finalizado su discurso. Dobló el folio en el que había anotado las ideas principales, se lo metió en un bolsillo de su frac a medida y sonrió en derredor. Los cerca de veinte miembros del público aceptaron la invitación, se acercaron y brindaron por Olaf, que le estrechó la mano al profesor.

La esposa del catedrático, que había seguido el discurso a unos pasos de distancia de su marido, le hizo señas a Clara y se dirigió hacia ella. Era casi tan mayor como su pareja, pero sus movimientos rápidos, sus ojos despiertos y su carácter alegre la hacían

aparentar varios años menos de los sesenta que tenía.

—Venga, querida, ¡no sea tímida! Su lugar está junto a su marido, no aquí atrás. ¡También queremos brindar por usted!

Clara sonrió apocada. Después de tantos años, seguía sin resultarle natural y evidente el hecho de que formaba parte de la «alta» sociedad, a la que había accedido mediante el matrimonio. Tragó saliva y cogió a Paul de la mano, y la señora Dahlmann le acarició la mejilla.

—¿Tienes ganas de ir a los mares del Sur?

Paul la miró y asintió con la mirada

encendida.

—¡Sí, muchas! Me podré bañar en la playa todo el año, porque allí no hay invierno, solo estación de lluvias. Por eso hay selva por todas partes, con cocoteros y helechos gigantes. —Paul se detuvo, frunció el ceño y añadió con lástima—: Pero por desgracia no hay tigres.

La señora Dahlmann se echó a reír.

—Vaya, pues a mí eso me tranquiliza. Y seguro que tu madre también se alegra de que no haya animales salvajes en la isla.

Mientras Paul se adelantaba y saltaba hacia su padre, la mujer se cogió del brazo de Clara y lo siguió despacio.

—A veces envidio el carácter intrépido e ingenuo de los niños. Pero ¿y usted? ¿Con qué ánimo afronta el traslado?

Clara se encogió de hombros.

—No sabría decirlo. Parece tan irreal. Soy incapaz de imaginar cómo será nuestra vida allí.

—Es lógico, el entorno les es completamente desconocido. —La señora Dahlmann se paró y miró a Clara con atención—. La verdad es que la admiro.

La muchacha levantó las cejas.

—Sí, en serio. No sé si tendría el valor de dejar mi comfortable hogar para mudarme al otro extremo del mundo. Ya

solo por el clima, que se me antoja muy penoso. —Negó con la cabeza—. Y usted, con el cabello pelirrojo y la piel delicada, tendrá que cuidarse especialmente del sol.

Clara se encogió de hombros. El hecho de que hasta entonces no hubiera pensado ni por un momento en su piel y en el daño que podría sufrir allá, en el Trópico, debía de ser una prueba más de lo poco femenina que era. Para ella había cosas más importantes. En primer lugar estaba la cuestión de si la salud de su pequeña familia se vería amenazada por epidemias peligrosas o temporales. Como en 1889, cuando un terrible huracán había asolado Samoa y hundido

dos buques de guerra alemanes junto con la tripulación en el puerto de Apia. A ello se sumaba la incertidumbre de si Paul, al que habían escolarizado después de Pascua, recibiría en aquella apartada isla una educación apropiada.

—¡Ah, el sexo bello! —interrumpió el profesor las reflexiones de Clara—. Llega usted en el momento justo, ya que mi pequeño obsequio está pensado para los dos —añadió tendiendo a Clara y a Olaf un libro encuadernado en cuero rojo—. Para que se vayan ambientando en su nuevo hogar.

Clara leyó el título en letras doradas de la cubierta: *Samoa – La perla de los mares del Sur*, de Otto E. Ehlers.

Olaf entrecerró los ojos.

—¿Ehlers...? El nombre me resulta familiar...

—¡Pues claro! —exclamó Clara—. Hace poco leímos un artículo sobre él en el periódico. Lo recuerdo porque estudió Derecho, como tú.

—Correcto —dijo el profesor—. Pero por lo que sé, Ehlers, al contrario que su marido, nunca ha trabajado como abogado, sino que muy pronto emprendió sus viajes de aventura a todos los rincones imaginables del mundo.

Su esposa asintió.

—Es heredero de un patrimonio considerable que le ha permitido

semejante libertad. En su último viaje al sureste asiático ha intentado navegar río arriba todo el Brahmaputra.

—Ah, ahora lo recuerdo. —Olaf asintió con la cabeza hacia Clara.

—Se vio obligado a cancelar la expedición antes de tiempo —explicó el profesor Dahlmann—. Creo que se hizo daño. En cualquier caso después pasó varios meses en Samoa y allí escribió sus impresiones sobre el país y sus gentes. —El profesor dio unos golpecitos con el dedo sobre el libro—. Sus textos son muy entretenidos, y escribe con gran amor hacia el detalle. ¿Me permite? —preguntó, se lo cogió de las manos a Olaf, pasó las páginas y

leyó un fragmento—: «Todos los intentos de acostumbrar a los samoanos al trabajo regular han fracasado ante la indolencia innata de estas amables gentes. Exigían salarios desproporcionadamente elevados por servicios muy escasos, y además no transmitían confianza alguna en ningún aspecto.»

—Vaya —dijo su esposa con una sonrisa—. No sé si esta lectura predispondrá favorablemente al señor Ordal hacia su nuevo destino.

Clara le dio la razón en silencio. ¿Cómo se entendería Olaf con personas de una ética del trabajo tan distinta a la suya (en la medida en que se diera

crédito al relato del autor viajero)? Para su sorpresa, la boca de su marido esbozó una sonrisa.

—No se preocupe, buena mujer, hará falta más de un par de indígenas perezosos para ensombrecer las expectativas que tengo puestas en nuestra nueva vida —dijo, e insinuó una reverencia hacia la señora Dahlmann.

Le pellizcó suavemente la mejilla a Paul, que escuchaba en silencio la conversación de los adultos, y rodeó a Clara con el otro brazo. A ella ese gesto desacostumbrado le hizo sonrojarse de nuevo. No era habitual que Olaf Ordal mostrara afecto en público. Se apoyó en él y la invadió una sensación de

seguridad. Se liberó de todos sus miedos y sus dudas. La nueva vida en los mares del Sur quizá les deparara fatigas y adversidades inconcebibles, pero si Olaf las afrontaba de tan buen humor, ella las soportaría de buen grado. La perspectiva de abandonar Europa parecía dar alas a su marido. Pocas veces lo había visto tan contento; era como si se hubiera liberado de la pesadumbre que normalmente lo perseguía como una sombra.

2

Røros, mayo de 1895 – Sofie

La puerta de la farmacia Löwen se cerró tras Sofie con un suave chasquido, y al mismo tiempo se oyó la campanita. Había llegado en el momento menos apropiado. El pequeño comercio estaba a rebosar. Delante de ella había ya tres damas esperando a que las atendieran. Estaban enfrascadas en la conversación

y apenas se dignaron mirar a Sofie. En el mostrador estaban despachando al sacristán Blomsted. La muchacha de diecinueve años contuvo un suspiro. Le caía bien el anciano, que siempre era amable y atento, pero en esa ocasión habría preferido que estuviera lejos de allí. Su carácter ceremonioso había llevado al borde de la desesperación a personas mucho más pacientes que ella.

—¿Opina entonces que debería volver a probar la infusión de hojas de salvia? —preguntó con la voz ronca.

—Mal no le hará —respondió el ayudante del farmacéutico—. También le recomendaría unas gárgaras con un par de gotas de tintura de propóleos diluidas

en agua templada.

Cogió un frasquito de la estantería, que se alzaba hasta el techo y dividía la estancia.

—Hummm —musitó el sacristán balanceando la cabeza pensativo—. No sé yo... Dicen que la leche con miel también es buena para...

—Sin duda —respondió el ayudante—. Las envolturas calientes también.

El sacristán se rascó la barbilla y dejó vagar la mirada sobre los recipientes y los botes de porcelana.

Sofie se balanceaba de una pierna a otra. Aquello podía alargarse hasta el infinito. Le habría gustado abrirse paso hacia delante y decidir por el viejo

Blomsted qué remedio sería el mejor para su dolor de garganta.

A las tres damas que formaban una pared delante de ella no parecía importarles esperar. Sofie sospechaba que celebraban la oportunidad de intercambiar los detalles de los chismes más recientes.

Se colocó delante de una vitrina junto a la puerta en la que se exponían plantas curativas secas con letreros explicativos, y fingió estar concentrada en ellos. Se aflojó el chal que llevaba enrollado al cuello y se desabrochó el primer botón del abrigo forrado de piel de oveja. Después de caminar deprisa en el frío, tenía calor en aquella sala

bien caldeada. Seguro que abajo, en los valles y en los fiordos de la costa occidental, la primavera ya había hecho acto de presencia. En cambio allí arriba, en la meseta rodeada por los Alpes escandinavos, junto a la frontera sueca, estaban completamente expuestos a los fríos vientos que en las noches de mayo aún provocaban heladas.

Sofie comprendía por qué su madre añoraba su ciudad natal, Trondheim, y por qué ponía por las nubes el exuberante jardín que a finales de marzo ya reverdecía y florecía. Ella misma estaba impaciente por que el clima se templara de una vez y ya no tuvieran que pasar la mayor parte del tiempo en casa.

A pesar de que a ojos de sus padres no era apropiado que saliera sin compañía. Ya había quedado atrás la época de la niñez en la que paseaba durante horas sin supervisión o se acomodaba con un libro a la orilla del Hitterelva, que rodeaba el centro de Røros. Desde que había recibido la confirmación, se le daba mucha importancia al hecho de que se comportara con decoro en público y de que se olvidara de todas las actividades que no fueran propias de una señorita de buena cuna. Sofie obedecía, pero aprovechaba cualquier excusa para salir sola. Le había ahorrado el paseo a la farmacia a Eline, la criada a la que se lo habían encargado, y esta había

retomado la montaña de colada que le quedaba por planchar.

Sofie palpó la receta en el bolsillo del abrigo y se preguntó nerviosa si conseguiría regresar a casa antes de que alguien notara su ausencia. No temía que la regañaran, sino que estaba preocupada por Eline, a la que acusarían de descuidar sus deberes y a la que quizá castigarían quitándole su tarde libre. No lo permitiría. Dejaría bien claro que la culpa era solo suya. La idea la tranquilizó. Se relajó, se preparó para una espera prolongada y se abanicó con la receta. En la sala sofocante flotaban los olores más variados. La fragancia de las hierbas aromáticas se mezclaba con

las notas penetrantes de los aceites esenciales y del desinfectante, con el olor ácido del agua boricada, y con el perfume dulzón que llevaba una de las tres damas.

Estas parecían haber vuelto a olvidar la presencia de la muchacha. Seguían chismorreando sin bajar el tono y ahora estaban concentradas en la imprudencia de una mujer recién casada que no economizaba ni administraba el dinero como es debido, sino que había comprado un pastel un día laborable cualquiera para darle una dulce sorpresa a su marido, que regresaba de un viaje de negocios.

Sofie no entendía tanto escándalo.

¿Qué había de reprochable en que una mujer quisiera darle una alegría a su marido? Al fin y al cabo era una bonita muestra del amor que se tenían. Se miró fijamente las puntas de las botas de cordones, que asomaban bajo el dobladillo del abrigo, y siguió cavilando. ¿Sería eso lo que provocaba el disgusto o más bien la envidia de las cotillas? ¿La idea de que en un matrimonio reinaran el afecto y el cariño? A Sofie se le encogió el estómago. ¿Acaso era cierto que los matrimonios por amor no eran más que una utopía romántica que no resistía las exigencias del día a día? ¿Entonces por qué llevaban siglos habitando la

literatura? ¿Y por qué había concedido Dios a los seres humanos la capacidad de sentir un amor profundo si al parecer este era inútil o incluso dañino? Hacía tiempo que sospechaba que eran sobre todo las personas desengañadas las que defendían esta opinión. Personas como esas cotorras, que puede que jamás hubieran conocido el amor.

Sofie aún reflexionaba sobre aquella envidia tan transparente cuando las tres damas escogieron una nueva víctima para sus lenguas afiladas. Su tono amortiguado y conspirador le hizo aguzar el oído.

—Imaginaos, si no salda sus deudas en un plazo de cuatro semanas, lo

perderá todo —dijo Gudrid Asmund, una mujer huesuda en la cincuentena, de tez pálida y profundas arrugas, que conferían a su rostro un semblante severo.

Sofie imaginaba así las caras chupadas de los faquires ascetas. Hacía varias semanas se había publicado en la hoja parroquial un artículo sobre la misión noruega que convivía con la tribu santal en el noreste de la India. Sofie solo había leído por encima la información sobre el trabajo y los logros de los misioneros, pero en cambio había devorado las gráficas descripciones de un profesor que había emprendido un viaje por aquellas tierras exóticas, y

más tarde había buscado más información sobre la India en el despacho de su padre con ayuda de la enciclopedia.

—Es horrible —susurró la esposa del oficial de correos Krogh, que a su vez era la hermana menor de la señora Asmund.

Al igual que esta, era de constitución delgada, pero no mostraba la misma dureza en su rostro. Los ojos azul pálido, que a menudo se inundaban de lágrimas y observaban el mundo entre parpadeos, acentuaban su carácter apocado.

—¿Y tu marido no puede hacer nada por...?

Al ver el gesto sombrío de su hermana enmudeció.

—¿Pero qué te has pensado, Ida? —
siseó la señora Asmund.

—Creía que... bueno, eh... que al ser director del banco, tendría la posibilidad de... —respondió la señora Krogh en voz baja, y se calló.

—¡Como director de banco lo que tiene es una gran responsabilidad para con sus clientes! —replicó su hermana—. Sería de una dejadez punible por su parte, contraria al sentido común, que prestara sus ahorros a un hombre que después lo tirará a puñados por la ventana. Y aún digo más, estaría pecando si favoreciera ese tipo de

comportamiento.

Sofie frunció el ceño. La arrogancia de la señora Asmund le causó una sensación amarga. ¿Cómo podía juzgar de forma tan dura y desalmada? ¿Y por qué estaba tan segura de que se trataba de un derroche voluntario? Las personas íntegras también podían verse en situaciones difíciles por descuido. Sus propios abuelos se habían salvado de milagro en los años ochenta, cuando una oleada de insolvencia acabó con decenas de comerciantes y empresarios que se habían avalado unos a otros y no habían podido abonar los elevados tipos de cambio de los bancos. Su abuelo materno, que jamás había adquirido

deudas, se vio de un día para otro al borde de la quiebra por haber firmado como fiador de otras personas.

—Siento auténtica lástima por su mujer —intervino la esposa del sastre Skanke tironeándose del ribete de piel de su abrigo, que envolvía su figura regordeta como una tienda de campaña. El tono satisfecho de su voz desmentía su afirmación. Sofie sospechaba que solo había una única criatura en el mundo que podía despertar la ternura de Berntine Skanke: su pinscher miniatura *Tuppsi*, al que como de costumbre llevaba bajo el brazo en un bolso confeccionado expresamente para ello.

La señora Krogh asintió y suspiró:

—Sí, pobre Trude. El Señor sin duda le ha impuesto una vida difícil.

—Es posible. Pero compasiones aparte, en última instancia ella misma se lo ha buscado —dijo la señora Skanke encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la señora Krogh.

La señora Skanke levantó la mano en actitud aleccionadora.

—No es conveniente abandonar el lugar que se nos ha asignado. En este caso se hace evidente una vez más la verdad del versículo de la Biblia: antes de la caída, está la altivez. Si Trude hubiera permanecido con sus iguales, hoy tendría unos buenos ingresos,

aunque modestos. Pero tuvo que embelesar al hijo del dueño del aserradero. Ya era grave que él no supiera manejar el dinero. La catástrofe llegó cuando ella no estuvo a la altura de un hogar de ese nivel y no lo administró con sensatez. Si él hubiera escogido una pareja de su posición, una mujer cuidadosamente preparada para ello, como nosotras...

Un chillido interrumpió su discurso. En su acaloramiento, la señora Skanke había apretado contra sí el bolso en el que llevaba a *Tuppsi*, y su amorcito había proferido un gimoteo de dolor.

—¡Ay, mi pobre *Tuppsi*! —exclamó y se giró para tranquilizar al perro. En

ese momento el sacristán Blomsted se decidió por fin y pidió que le empaquetaran una bolsa de infusión de salvia y flores de camomila, un frasquito de tintura de propóleos y una lata de pastillas para la tos. Salió de la farmacia haciendo una ceremoniosa reverencia hacia las damas y dedicando a Sofie una amable sonrisa. La muchacha aprovechó la ocasión, dio un paso adelante y le tendió al ayudante la receta que debía canjear para su madre. Su esperanza de que la atendieran enseguida y de que pudiera volver a casa sin más retrasos no se cumplió.

—¡Sofie! ¡Pero bueno! ¿A qué viene tanto sigilo? —exclamó la señora

Asmund.

Sonaba a reproche, como si fuera culpa de Sofie que hubieran ignorado u olvidado su presencia. La mujer carraspeó y prosiguió:

—Llegas justo a tiempo. Estaba pensando en pasar a visitaros para preguntar por la salud de tu madre, pero ahora puedes contármelo tú misma.

»Ya queda poco, ¿verdad? —añadió impaciente al ver que Sofie no tenía intención de responder.

Antes de que la muchacha pudiera decir nada, la señora Krogh señaló hacia el ayudante, que en ese momento rodeaba la estantería que dividía la estancia con la receta en la mano y

desaparecía en la parte trasera de la tienda.

—¿Medicinas para tu madre? — preguntó—. ¡Espero que no sea mala señal! Si hay algo que podamos hacer por ella...

Sofie negó enérgicamente con la cabeza. Lo que les faltaba, que esas hienas aparecieran por su casa y se abalanzaran sobre su madre para crisparle los nervios con la excusa de querer ayudarla.

—Muy amable por su parte — respondió—. ¡Pero no es necesario! Mi madre se encuentra bien, solo está un poco cansada. Y lo de la receta no es nada preocupante. El doctor Pedersen

solo le ha prescrito un unguento para las piernas.

—¡Ay, la pobre tiene varices! — exclamó la señora Skanke, que había consolado a su perrito con una galleta y había vuelto a reunirse con las demás—. A mí también me trajeron de cabeza cuando estuve encinta. —Sacudió la cabeza—. Dios mío, ¡cuánto tiempo hace de eso ya! Es inconcebible tener que volver a sufrir estos pesares a una edad tan avanzada.

Dirigió una elocuente mirada a las otras dos mujeres. La señora Asmund le respondió con un asentimiento. Su hermana miraba a Sofie y se mordía el labio inferior. Era evidente que le

resultaba incómodo el rumbo que estaba tomando la conversación. A sus acompañantes no parecía molestarles, y siguieron charlando imperturbables.

—Yo también me alegro de haberme desprendido de esa carga —declaró la señora Asmund.

—Bueno, al fin y al cabo hemos cumplido con nuestra labor —dijo la señora Skanke.

La señora Asmund sacó pecho.

—¡Y que lo digas! Tres varones sanos le di a mi marido. A cambio él tiene ahora la deferencia de no exigirme ya ninguna obligación conyugal.

La señora Krogh tosió levemente, dio un empujón a su hermana y señaló

con la cabeza hacia Sofie.

—¡Gudrid, modérate! ¡Que hay jóvenes delante!

Sofie bajó rápidamente la mirada y esperó que el sonido gutural que se le había atascado en la garganta se interpretara como una señal de turbación juvenil y no se reconociera la risita que intentaba ahogar entre espasmos. La idea de que el director del banco no obligara a su esposa a cumplir con sus obligaciones matrimoniales (cualesquiera que fueran) por deferencia afectuosa era demasiado cómica. Toda la ciudad sabía que el señor Asmund tenía miedo de su esposa, tan delgada como conflictiva, y que aprovechaba

agradecido cualquier oportunidad de escapar de su presencia y hacer prolongados viajes de negocios a Trondheim y a Christiania. Sofie suponía que los rumores de que se resarcía como hombre allá donde fuera estaban relacionados con los establecimientos impíos contra los que el pastor arremetía regularmente en sus sermones.

A Sofie le habría gustado saber más sobre aquellos lugares del pecado. Pero sobre todo se preguntaba qué tenían los instintos de los hombres que podían condenar a una mujer de la noche a la mañana. ¿Cómo podía ser eso compatible con la afirmación de que los señores de la creación eran más

sensatos e inteligentes que lo que se conocía como el sexo débil, que al parecer estaba completamente sometido a sus emociones debido a la falta de juicio y fría imparcialidad? ¿No era eso una contradicción? Por un lado se exigía respeto y obediencia hacia los hombres por tratarse de personas de autoridad con más derechos, y al mismo tiempo se advertía de los instintos de esos mismos hombres, de los que había que guardarse. ¿Y por qué creía todo el mundo que había que tratar a las mujeres jóvenes como si fueran de cristal y protegerlas de ideas perniciosas? ¿No sería mejor explicarles los peligros con claridad y confiar en que las muchachas,

en teoría inseguras e influenciables, los evitarían por sí mismas? ¿Esos tapujos y tabúes no conducían precisamente a una ignorancia fatal?

—¿Señorita Svartstein?

La voz del ayudante de farmacia sacó a Sofie de sus pensamientos. No se había enterado ni del enfrentamiento a media voz entre la señora Krogh y sus acompañantes, que discutían sobre los embarazos tardíos, ni del regreso del ayudante al mostrador. Este le tendía un tarro de cristal.

—Su madre puede frotarse las piernas con esto tres veces al día —le explicó—. ¿Quiere que apunte el importe en la cuenta?

Sofie asintió.

—Muchas gracias, muy amable. Mi padre la abonará a final de mes, como siempre.

Se metió el botecito del unguento en el bolsillo del abrigo, murmuró un «hasta luego» a las damas y se deslizó por la puerta antes de que estas pudieran acribillarla con más preguntas. Bajó de un salto los tres escalones que conducían de la entrada de la farmacia a la calle. Sobre la puerta del edificio esquinero, de madera como casi todas las casas de la pequeña ciudad, relucía un león dorado. A la izquierda descendía la Hyttegata, una de las dos calles principales paralelas de Røros,

que allí, en el cruce con la Rau-Veta, se transformaba en la Mørkstugata, la «calle de la cabaña oscura», bautizada así por el calabozo situado más arriba, un caserón sin ventanas.

Sofie se detuvo un instante y miró hacia el frente sin ver nada. El encuentro con las cotillas había despertado en ella sentimientos encontrados. Por un lado, aquellas damas que se vanagloriaban de su elevado estatus social eran una fuente inagotable de diversión. Sus mojigaterías, envidias y frivolidades la entretenían. Por otro lado, sus juicios mordaces y su estrechez de miras le causaban un vago malestar. En una ciudad pequeña como Røros los

chismorreos podían arruinar una buena reputación y convertir la vida del afectado en un infierno. Era angustioso tener que estar siempre alerta y no dar motivos para la difamación.

Se recompuso y respiró hondo, pero acto seguido se arrepintió. Un fuerte ataque de tos le llenó los ojos de lágrimas. El aire fresco estaba viciado por el hedor sulfuroso de las densas nubes de vapor que el viento arrastraba desde la fundición cercana. Sofie se tapó la nariz con el chal, metió las manos en los bolsillos del abrigo y tomó la Storgata (la «calle grande», como se conocía popularmente a la Hyttegata) hacia la casa de sus padres.

Seguía pensando en las tres damas, a las que seguramente había desconcertado con su brusca salida. Se las imaginaba comentando acaloradas su comportamiento, que en el mejor de los casos disculparían por timidez, aunque era más probable que lo tacharan de grosero e impertinente. El domingo anterior, después de la misa, había oído de pasada un comentario que la mujer del pastor le había susurrado a una conocida cuando Sofie y su hermana Silje, siete años mayor, habían pasado junto a ellas.

—Es increíble que sean hermanas —había dicho—. Son completamente distintas.

Su interlocutora le había dado la razón y había descrito a las dos hermanas Svartstein como un alegre día de sol y una noche de niebla sombría.

Sofie no había dudado ni por un segundo a quién dedicaba esa segunda imagen. Desde que tenía uso de razón, recordaba las alabanzas que recibía su hermana por su carácter afable, su virtud y su buena educación. Ella en cambio era considerada retraída, ensimismada y terca. Algo que a ojos de sus críticos se reflejaba en su apariencia desgarbada, sus rebeldes rizos oscuros, su nariz pronunciada y sus ojos, un pelín demasiado separados. Para esas mismas personas, las curvas femeninas de Silje,

su rostro bien proporcionado, su fino cabello trigueño y sus manos pequeñas eran la muestra de que el aspecto exterior de una persona puede muy bien ser el reflejo de la belleza interior. Sin embargo, en su coro de admiradores se mezclaban cada vez más voces críticas que reprobaban su perfección y discutían sobre si sería ese el motivo de que a sus veintiséis años Silje Svartstein aún no estuviera casada: que ella y sus padres tuvieran expectativas demasiado altas en lo relativo al esposo adecuado.

Sofie torció el gesto. ¿Cómo podía alguien elucubrar sobre semejantes estupideces? Cuando en realidad había cosas mucho más importantes. Por

ejemplo, el inminente parto de su madre. Lo que había dicho Sofie de que solo estaba un poco cansada pero que por lo demás se encontraba bien era la versión que difundía fuera de casa por amor a su madre. En realidad, el embarazo había debilitado mucho a Ragnhild Svartstein, a pesar de que ella jamás lo habría reconocido. Sofie no se dejaba engañar por la alegría que manifestaba. Percibía el temor de su madre con tanta claridad como si fuera ella quien lo sentía. Aunque no habría sabido decir de qué tenía más miedo: de dar a luz a otra niña y fracasar definitivamente ante su marido, o del parto en sí. Sofie tenía claro que lo que le preocupaba era la

vida de su madre, y maldecía el día en que esta le había confesado entre lágrimas de felicidad que Dios por fin había bendecido su cuerpo una vez más tras todos aquellos años de esperanzas frustradas.

3

Bonn, mayo de 1895 – Clara

Tres semanas después de la recepción del club de remo, Clara y Paul se encaminaban de nuevo al Rin. Esa tarde su destino no era el edificio del embarcadero, sino el atracadero del transbordador situado más al norte, junto a la Josefstraße. Era la única opción para llegar al municipio de Vilich y a

otros lugares de la orilla opuesta. Hacía ya varios años que el ayuntamiento de Bonn manejaba planos para la construcción de un puente. No solo para controlar el tráfico en constante crecimiento entre ambas márgenes, sino también para poder cruzar el río sin las trabas de la niebla, la oscuridad, las mareas o los témpanos de hielo en invierno. Sin embargo, un enconado pleito con los responsables de los transbordadores, que se temían drásticas pérdidas económicas, estaba retrasando el inicio de las obras.

A Clara no le daba ninguna pena. Le encantaba el reposado trayecto a través del Rin en la embarcación plana sujeta a

un cable metálico anclado al lecho del río. Una hilera de botes de menor tamaño mantenía el cable en la superficie, de manera que el barquero, que corregía el curso del ferri con un timón desde la popa, aprovechaba la energía de la corriente para llevar a los pasajeros y la mercancía a la otra orilla.

—Mamá, ¿vamos a despegar? —preguntó Paul nervioso tironeando de la manga de Clara.

—¿Despegar? Claro que no, ¿cómo se te ha ocurrido eso? —respondió Clara mirando sorprendida a su hijo.

—El profesor nos ha dicho que esto es un puente volante.*

Paul levantó la mirada inseguro

hacia su madre. Era evidente que le resultaba incómodo que el profesor afirmara algo de lo que su madre no sabía nada.

Clara se quedó perpleja y se echó a reír.

—¡Ah!, ahora lo entiendo. Se les llama así porque vuelan sobre el agua, por decirlo de algún modo, sin necesidad de velas o motores. Pero me temo que no pueden alzar el vuelo como los pájaros.

Paul se mostró disgustado.

—Qué pena. Me habría gustado volar por los aires.

Clara le acarició la mejilla.

—Estoy segura de que algún día lo

harás. Continuamente se están inventando las máquinas más increíbles. Seguro que no tardarán mucho en construir un aparato volador. En Berlín hay un hombre que fabrica artefactos a vela. Creo que se llama Lilienthal.

A Paul se le iluminó la mirada.

—¡Ah, sí! El hombre que se fabricó alas. Papá me enseñó fotos de él. Me prometió que construiría una pequeña maqueta. Cuando tenga tiempo. —Dejó caer los hombros y añadió en voz baja —: Pero siempre está ocupado. Tiene taaaaanto trabajo...

—Es cierto. Tiene varias cosas que hacer antes de que nos marchemos. Pero cuando estemos en el barco podrá

dedicarte más tiempo. El viaje durará varias semanas, y durante esos días no tendrá que trabajar.

Entretanto el transbordador había llegado a la otra orilla. Clara cogió a Paul de la mano y se dirigió a la calle principal que atravesaba Vilich. Paul señaló un campanario imponente con una cúpula que se alzaba a cierta distancia a su izquierda.

—¿Vamos ahí? —preguntó.

—¿A la iglesia de San Pedro? No, la verdad es que no lo tenía pensado —respondió Clara—. ¿Por qué lo preguntas?

—Una vez estuve con papá. Al lado hay un viejo castillo rodeado de agua.

Dimos una vuelta y después caminamos hasta una gran plaza. Había un tiovivo. Y un teatro de marionetas. Y papá me compró almendras tostadas.

—Te refieres a la feria de Pützchen. Y todavía te acuerdas —dijo Clara levantando las cejas—. Hace ya casi un año de eso.

Paul brincaba arriba y abajo junto a ella.

—¿Puedo volver a montar en tiovivo?

Clara se reprendió en silencio por no haber pensado en que Paul podría acordarse. Ahora tendría que decepcionarlo. Se sorprendía una y otra vez de la nitidez con la que recordaba

las cosas que había hecho con Olaf. Seguramente porque siempre era especial que su padre le dedicara tiempo.

—Lo siento mucho, pero la feria no se celebra hasta principios de septiembre. Para entonces ya llevaremos mucho tiempo en Samoa.

—¿Allí también hay ferias?

—Hummm, bueno, eh... No, creo que no —respondió Clara y añadió rápidamente—: Pero allí tendremos un jardín enorme con palmeras. Y te pondremos un columpio.

Clara se alegró de poder prometer a su hijo que cumplirían un deseo que albergaba desde hacía tiempo.

—¡Viva! —exclamó Paul mirándola radiante.

Siguieron caminando en silencio. Paul tarareaba una canción, Clara repasaba mentalmente aquello que debía hacer antes de su partida. Cuanto más se acercaba, más irreal le resultaba la idea de que en catorce días dejarían atrás su país. Nunca antes había salido de la provincia del Rin. Antes de conocer a Olaf, una excursión del colegio a Colonia había sido el viaje más largo que había hecho. Con su marido tampoco había viajado nunca. El sueldo del joven abogado les procuraba unos buenos ingresos y un bonito hogar, pero no podían permitirse estancias

veraniegas en alguno de los populares balnearios, ni mucho menos unas vacaciones en el extranjero. Como regalo de bodas, el profesor Dahlmann les había obsequiado con un crucero río arriba hasta Bingen, donde pasaron una noche en una casa de huéspedes para regresar al día siguiente en ferrocarril. Desde entonces Clara había dormido todas las noches en su propia cama.

¿Volvería a ver Bonn algún día? Aunque Olaf aceptara otro puesto pasados unos años y se marchara de Samoa, era poco probable que regresara con su familia a la pequeña ciudad. Para un jurista ambicioso había lugares mucho más interesantes donde

desarrollar su carrera profesional. Y cuanto más lejos estuvieran de su país de origen, más atractivos le resultaban a Olaf.

Clara nunca se había atrevido a insistir en que le contara qué le había sucedido en Noruega. La mezcla de dolor y rabia con la que la había mirado cuando ella le había preguntado por su familia poco antes de la boda la había silenciado. No había vuelto a sacar el tema nunca más, y había decidido no preguntar si no debían enviar al menos una imagen de los novios a sus padres e informarlos del enlace de su hijo. Se había guardado para sí la decepción por el sueño truncado. Anhelaba

intensamente que el casamiento le permitiera formar parte de una familia de verdad, aunque esta viviera muy lejos, en otro país.

Entretanto habían dejado la calle principal y habían cruzado las vías del ferrocarril de la margen derecha del Rin. Ahora caminaban por la Hardtstraße hacia Pützchen, el destino de su excursión. Los edificios de dos o tres plantas del centro de Vilich dieron paso a pequeñas casas rodeadas por grandes jardines a ambos lados de la calle. No había ni una sola nube a la vista, las abejas zumbaban entre los frutales florecidos y los arriates, y en el aire flotaba el aroma dulce de la hierba

recién cortada, que le recordaba al de la vainilla. No se veían muchos paseantes, de vez en cuando pasaba traqueteando un coche de caballos, y una bandada de gorriones que se peleaba por un cuscurro de pan se desperdigó entre piadas cuando se acercaron. Después de un cuarto de hora largo giraron hacia Adelheidisplatz, en cuyo extremo opuesto había un complejo de edificios que en uno de sus lados, hacia la calle, incluía una gran iglesia.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Clara.

Paul siguió su mirada y comentó:

—Parece muy nueva.

—Lo es. La vieja iglesia se quemó

hace un par de años junto con el antiguo convento, así que los han reconstruido.

—¿Vamos a entrar?

—No, cariño. Quiero enseñarte otra cosa —respondió Clara.

Se dirigió a una abertura en el muro que rodeaba el terreno y entró en una zona algo apartada de la propiedad.

—Cuando tenía más o menos tu edad, la hermana Gerlinde me trajo aquí por primera vez —dijo Clara señalando una capillita junto al muro. Delante de ella había una gran cruz de piedra volcánica oscura. En la base había un tubito que vertía agua en una pila—. Esta es la fuente de Adelaida —explicó—. Adelaida era una noble que vivió

aquí hace muchos siglos e hizo muchas cosas buenas. ¿Conoces su historia?

Paul negó con la cabeza y dijo titubeante:

—El profesor dice que los santos de Bonn son Casio y Florentino.

—Sí, eso es completamente cierto. Son los patronos de la ciudad, los que la protegen.

Paul frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Cómo puede proteger la ciudad si no pudieron protegerse a sí mismos?

—¿A qué te refieres?

—Los mató un hombre malo porque no le obedecieron.

Clara asintió.

—Sí. Fue el emperador romano Maximiano. Era pagano y les ordenó que persiguieran a los cristianos porque... — Se detuvo—. ¿Sabes lo que es un pagano?

—Sí, los paganos odian a Jesús y van al infierno —respondió Paul.

La escueta definición hizo sonreír a Clara, que prosiguió:

—Creo que a ese emperador sobre todo le molestaba que los cristianos, es decir, las personas que creían en Dios, no lo idolatrasen a él. Y por eso los persiguió. Como Casio y Florentino no quisieron ayudarlo, los ordenó matar.

—Pero ¿por qué no se defendieron? —preguntó Paul—. Eran soldados y

tenían armas. ¿Por qué no lucharon?

Se calló y miró a Clara desconcertado. Ella le devolvió la mirada mientras buscaba una respuesta. ¿Cómo se le explicaba a un niño lo que era un mártir, y por qué algunas personas estaban dispuestas a morir por su fe?

—Ya sabes que las promesas hay que cumplirlas, ¿verdad? —comenzó lentamente.

Paul asintió.

—Casio y Florentino le habían prometido a Jesús que nunca lo traicionarían, ni a él ni a su propia fe en él. Pero eso fue lo que les pidió ese emperador malvado. Para demostrar su lealtad a Jesús, prefirieron dejarse

matar que romper su juramento.

El rostro de Paul se iluminó.

—Igual que los soldados, que le juran al emperador Guillermo que siempre le servirán con lealtad y harán todo lo posible para que no le pase nada malo. Eso me lo ha contado Karli. Su hermano mayor pronto será soldado y se ha aprendido el juramento de memoria para no equivocarse al recitarlo.

Para alivio de Clara, Paul se dio por satisfecho con esa explicación.

—¿Me cuentas la historia de Adelaida? ¿A ella también la mataron por creer en Jesús? —preguntó señalando la capilla.

—No, ella murió en paz. Era

abadesa, es decir, la monja más importante de un convento, y se preocupó mucho por los pobres. Se dice que en este lugar obró un milagro.

—¿Un milagro?

Paul abrió los ojos como platos. Seguía absorto las palabras de Clara.

—Por aquel entonces la zona sufría una terrible sequía. Llevaba meses sin llover, los campos de los agricultores se estaban secando, y el ganado se moría de sed. La población, desesperada, suplicó a Adelaida que los ayudara. Ella rezó y clavó su báculo en la tierra aquí, en este mismo lugar. Y hete aquí que del suelo brotó un chorro de agua y...

—Y la gente pudo regar sus campos

y dar de beber a sus animales —terminó Paul la frase con aplausos.

—Desde entonces, este lugar se llama Pützchen, que viene de la palabra latina *puteus* y significa fuente o manantial. —Tomó la mano de Paul—. Y ahora le daremos los buenos días a Adelaida.

Le sonrió y se vio a sí misma apenas veinte años atrás correteando junto a la hermana Gerlinde, inclinada ante el altar, que le había hablado de la santa casi con las mismas palabras. Cuando Clara quiso saber entonces si aquellos milagros aún se producían, la monja le guiñó el ojo.

—Quién sabe. No negaré que los

milagros divinos existen. Pero Adelaida era una mujer muy culta e inteligente. No me extrañaría que no fuera casualidad que buscara el agua a los pies del Ennert. Aquí el suelo es muy arcilloso, de manera que es impermeable. Quizás Adelaida intuyera que el agua subterránea que descendía por las laderas del Ennert se acumulaba sobre esa capa de arcilla.

Esa sospecha sumió a Clara en un dilema. Por un lado estaba desencantada por el revelamiento del milagro, pero por otro, la inteligencia de Adelaida le causó una profunda impresión. A lo largo de los años siguientes, este aspecto se impuso. La abadesa se

convirtió en el modelo de Clara. Adelaida no solo cuidaba enfermos, daba clases a las niñas del colegio y administraba dos conventos, sino que además siempre escuchaba a todos aquellos que se dirigían a ella con sus preocupaciones y sus necesidades. Clara la escogió como su patrona personal, con la que mantenía diálogos interiores cuando no sabía qué hacer. En sus fantasías infantiles, la imagen de la monja medieval se fundía con la de la hermana Gerlinde, que murió pocos meses después de su excursión a Pützchen.

Clara visitaba la capilla de Adelaida siempre que podía. En aquel

lugar tenía la impresión de estar cerca de sus seres queridos fallecidos; la sensación era mucho más intensa que en la iglesia de Peregrinación o en la gran iglesia de San Pedro, que albergaba el sarcófago del santo. Solo evitaba el cementerio en septiembre, ya que durante la feria centenares de fieles peregrinaban hasta la fuente de Adelaida, a cuyas aguas se les atribuían poderes curativos contra las enfermedades de los ojos. A pesar de tener que reconocer que era un gesto anticristiano y de estar oyendo el tono reprobatorio con el que la hermana Gerlinde corregía los arrebatos egoístas de su protegida y la estimulaba a la

generosidad y al amor hacia el prójimo, Clara no quería compartir «su» santa con extraños.

Ese día entre semana Paul y ella tenían la capilla para ellos solos. La luz del sol entraba por la ventana lateral y bañaba la pequeña estancia en un amarillo cálido. Clara se humedeció los dedos con el agua bendita que había en un cuenquito junto a la puerta, se santiguó y dobló una rodilla ante el altar. Paul la miró con atención y la imitó. Juntos se acercaron a la figura de la santa, que se apoyaba en su báculo de abadesa en un nicho sobre la mesa del altar y con una media sonrisa miraba el plato con una pequeña hogaza de pan

que sostenía en la otra mano.

—Parece simpática —susurró Paul después de un breve silencio—. ¿Ha hecho ella el pan?

—No creo. Tenía muchas otras cosas que hacer. Pero ella y sus monjas se lo daban a los pobres. Hoy en día se sigue horneando en su honor el pan de Adelaida, que se reparte a los peregrinos que vienen aquí.

—¿Puedo encender una vela? —preguntó Paul señalando una de las bases en las que podían colocarse delgadas velas como ofrenda.

—Pues claro. Justo te lo iba a proponer.

Metió un par de monedas en el

cepillo y dejó que Paul colocara dos velas una junto a otra. A ella le tembló un poco la mano al encenderlas.

—¿Estás triste, mamá? —preguntó Paul mirándola atentamente a los ojos.

—Un poco —murmuró Clara.

Paul le cogió la mano.

—Podemos llevarnos una imagen de Adelaida a Samoa. Así estará siempre contigo aunque no puedas visitarla.

Clara le rodeó los hombros con el brazo y lo acercó hacia sí. Sintió un profundo agradecimiento. Era uno de esos momentos en los que apenas podía creer la suerte de haber sido bendecida con un niño tan sensible y cariñoso.

Dirigió la mirada a la estatua y rezó

en silencio: «Haré todo lo que sea necesario para que Paul sea feliz. Tócalo con tu mano y dame fuerza para protegerlo de peligros e injusticias. Te lo pido de corazón. Amén.»

Se le hizo un nudo en la garganta. En ese momento fue realmente consciente de la inminente despedida. Llevaría consigo en el corazón los recuerdos de la hermana Gerlinde allá donde fuera, así como el profundo vínculo con la bendita Adelaida. Sin embargo, echaría en falta la modesta capilla, que le infundía una sensación de protección mayor que ningún otro lugar. Se le humedecieron los ojos solo de pensar que podía ser la última vez que

estuviera allí.

* Este tipo de embarcación se conoce en alemán como *fliegende Brücke*, es decir, «puente volante». (N. de la T.)

4

Røros, mayo de 1895 – Sofie

Con el sonido de las campanas de fondo, los dolientes se reunían junto al muro del extremo inferior del cementerio reservado a los habitantes adinerados y distinguidos de la ciudad. Incluso después de la muerte, los miembros de una determinada capa social seguían rodeados por sus

congéneres: los ricos, a pocos pasos de la entrada a la iglesia; los más pobres, más allá del cementerio propiamente dicho, en un prado cubierto de abedules.

Los Svartstein enterraban a sus seres queridos desde hacía muchas generaciones en un panteón familiar rodeado por una elaborada verja de hierro forjado. Esa tarde estaba a la sombra de la Bergstadens Ziir, la impresionante iglesia octogonal construida durante el apogeo de la extracción de cobre «en honor a Dios y para gloria de la ciudad minera», como proclamaba la inscripción sobre la puerta principal.

El imponente campanario alcanzaba

los cincuenta metros de altura, era un símbolo de Røros, y se veía a una gran distancia. Desde la entrada había una buena vista de la ciudad, delimitada al oeste por el río Glåma. A la izquierda, delante de la fundición, se extendía la Malmplass, en la que se apilaban leña y fragmentos de roca. Estos últimos se pesaban en una gran balanza antes de fundir el cobre que contenían. Al borde de la «plaza del mineral» se apretujaban las cabañas de los trabajadores, entre las que asomaban los montones de escoria rojiza y marrón oscura, que parecían toperas. A la derecha discurrían las dos calles principales paralelas, y numerosas callejuelas

flanqueadas por casas, comercios, el colegio y otros edificios públicos.

Doscientos cincuenta años atrás, la zona estaba densamente poblada de bosques. Un par de familias se habían asentado allí y se habían alimentado de la ganadería, la caza y la pesca. El descubrimiento y la explotación de los yacimientos de cobre habían dejado su impronta en el paisaje. En pocas décadas, cientos de mineros, artesanos y otros trabajadores se mudaron a la ciudad, que crecía a gran velocidad. La enorme demanda de leña y los vapores sulfurosos tóxicos de las fundiciones habían transformado poco a poco la meseta en un paisaje lunar estéril que se

abría como una fea herida en un entorno cubierto por bosques de abedules y pinos, lagos y pastos.

Sofie estaba con la cabeza gacha junto a su hermana Silje. Se alegraba de poder ocultar su rostro tras el tupido velo de encaje negro. La protegía de las miradas de los demás, a los que no distinguía como individuos, sino que formaban una masa oscura que la rodeaba como un muro. Tenía los ojos clavados en el ataúd blanco, que desaparecía bajo un centro de peonías rosas, las flores preferidas de Ragnhild Svartstein. Los abuelos las habían traído de Trondheim, como un último adiós del jardín que tanto amaba su hija. Sofie

veía al párroco mover la boca. El panegírico le llegaba como un murmullo lejano. No se sentía capaz de comprender su significado. Solo podía pensar en dos únicas palabras, que le martilleaban incesante la cabeza desde hacía varios días: ¿por qué? ¿Por qué había tenido que morir su madre?

El sacerdote hizo la señal de la cruz e indicó a los portadores que descolgaran el ataúd hacia el profundo agujero que se abría en la tierra. Mientras los hombres agarraban las cuerdas, entonó una canción a la que se sumaron los presentes:

O bli hos meg! Nå er det aftentid,

*og mørket stiger – dvel, o Herre
blid!*

*Når annen hjelp blir støv og duger
ei,
du, hjelpeløses hjelper, bli hos meg!*

¡Oh, acompáñame! Ahora que
anochece y oscurece
—¡quédate conmigo, Dios
bondadoso!

Cuando nada más me ayuda ni me
sirve, tú,
que amparas a los desamparados,
¡acompañame!

El ataúd desapareció lentamente en
la fosa. Sofie se llevó la mano al cuello.

Todo el cuerpo le pedía gritar: «¡No, no, no puede bajar ahí, a esa horrible oscuridad! ¡No puede ser ella, que tanto amaba la luz!» Al mismo tiempo le parecía completamente absurdo que su madre estuviera dentro de esa caja. Junto con el pequeño, que solo la había sobrevivido unas pocas horas. Era imposible. Sofie gimió y se tambaleó. Un golpe en el costado la hizo estremecerse. Silje le había dado un codazo.

—¡Haz el favor de mantener la compostura! —le siseó.

Sofie se irguió y se aferró con tanta fuerza al breviario que los bordes de las tapas de cuero se le clavaron en los

dedos. El dolor disipó el mareo. Se obligó a observar a los presentes. El párroco estaba de espaldas al muro en el extremo superior de la tumba, y frente a él se habían colocado las autoridades de la pequeña ciudad y los amigos de la familia. Los allegados de la fallecida se habían distribuido a los lados de la fosa.

Junto a la hermana de Sofie, Silje, se alzaba la voluminosa figura de su padre, Ivar, que miraba fijamente el hoyo con gesto impasible. ¿En qué estaría pensando? ¿Le dolía haber perdido a su mujer? ¿Lloraba a su hijo? Desde que había regresado de un viaje de inspección que había emprendido poco antes del parto, Sofie no le había visto

derramar ni una sola lágrima ni le había oído expresar su aflicción. La muchacha volvió a posar la mirada en el ataúd y revivió mentalmente por enésima vez la escena que había tenido lugar en el dormitorio poco después de la muerte de su madre. Ella velaba el cuerpo amortajado cuando su padre se precipitó en la habitación todavía con el abrigo puesto y, sin dignarse siquiera mirar a su esposa muerta, se abalanzó sobre la cuna familiar en la que ya habían sido mecidos él y sus hermanos. Al ver el bebé sin vida que había dentro, su rostro se contrajo en una mueca de cólera. Cerró el puño y golpeó con fuerza el tocador de su mujer. El espejo saltó en

pedazos. A Sofie no le habría sorprendido que su padre se hubiera desatado en improperios y hubiera maldecido a Dios por haberle arrebatado el primogénito que tanto deseaba justo después de habérselo concedido por fin. En lugar de eso, se dio la vuelta en silencio y salió pesadamente de la habitación en la que Ragnhild Svartstein había sufrido contracciones y terribles dolores durante tres días.

Al recordarlo, a Sofie se le encogió el estómago. Su madre, que pocas veces levantaba la voz, había gritado y proferido sonidos que la muchacha no había oído jamás. Horrorizada, presa

del pánico y furiosa por no poder ayudar a su madre, había aguantado a su lado sin descanso y se había resistido a todos los intentos de sacarla de la habitación.

Cuando por fin se había abierto el cuello uterino, el niño no se había deslizado hacia la pelvis. El latido se debilitaba, el oxígeno se agotaba. El semblante del doctor Pedersen se había vuelto aún más serio. Ya no hablaba de las complicaciones habituales y del resultado feliz. Sofie comprendía que era cuestión de vida o muerte. El médico intentó varias veces en vano alcanzar la cabeza del bebé con un fórceps. Estaba demasiado lejos. Las fuerzas de Ragnhild se desvanecían, apenas era

capaz ya de acompañar las contracciones. Cuando el médico y la comadrona consiguieron por fin colocar las cucharas de la pinza alrededor de la cabecita, la parturienta se arqueó una última vez y empujó durante las siguientes contracciones. Sofie, que le había estado sujetando la mano todo el tiempo, habría querido refrenarla. Tenía la impresión de que su madre estaba expulsando toda su energía vital fuera de sí.

El gesto preocupado del doctor Pedersen no se había suavizado al asomar el bebé. Estaba completamente azul. La comadrona había aspirado aire con fuerza y había intercambiado una

elocuente mirada con el médico, que había negado con la cabeza de forma casi imperceptible. Sofie solo se había enterado a medias. Toda su atención estaba dirigida hacia su madre, que yacía pálida y sudorosa sobre las sábanas empapadas de su propia sangre. Sofie jamás olvidaría la sonrisa radiante con la que contempló al recién nacido antes de cerrar los ojos para siempre.

Al menos había muerto con la certeza de haber traído por fin un hijo al mundo, después de todos aquellos años. Se había liberado de la vergüenza del fracaso. Sofie esperaba que su madre, allá donde estuviera ahora, no oyera los comentarios despectivos que le

dedicaba su marido para acusarla precisamente de eso. Él consideraba que era culpa de su mujer que su hijo no hubiera sido lo bastante fuerte para sobrevivir. El doctor Pedersen le había explicado que la falta de oxígeno había sido la causa de la muerte del niño, pero esto no solo no cambiaba su opinión, sino que lo reafirmaba en su convicción. A ojos de Ivar, era un castigo justo que Ragnhild tampoco hubiera sobrevivido al parto y se hubiera desangrado debido a que los extenuados músculos del útero no se habían contraído correctamente una vez desprendida la placenta. Sofie se estremeció al recordar el tono gélido con el que su padre había hecho aquella

monstruosa afirmación. Levantó rápidamente la cabeza y dejó que su mirada vagara sobre los demás asistentes al entierro.

La tía Randi, la hermana mayor de Ivar, se había cogido del brazo de este. Su esposo y sus dos hijos adultos, junto con sus familias, con los que había venido desde su granja en las inmediaciones de Drevsjø, cerca de la frontera sueca, se habían agrupado detrás de ella. El hermano de Ivar, Lars, había enviado una carta de pésame desde América, adonde había emigrado antes incluso de que naciera Sofie.

Los miembros de la familia Hustad se apretujaban al otro lado de la tumba

en torno a los padres de la fallecida, como si tuvieran que protegerlos. El abuelo Roald, que caminaba siempre erguido como un pino y desprendía una vitalidad que lo hacía parecer algo más joven de los setenta y cinco años que tenía, rodeaba con el brazo a su esposa, a la que sacaba una cabeza. De él había heredado Sofie la nariz pronunciada y los ojos separados. Hacía muchos años que no veía a varios de sus parientes maternos; algunos rostros ni siquiera los recordaba. Sí le resultaba familiar el del tío Sophus, que se parecía mucho a su hermana Ragnhild. Ambos se parecían a la abuela Toril en el cabello fino, las manos delgadas y las cejas arqueadas.

La estatura elevada y la constitución robusta era lo único que había heredado de su padre. Había venido de Trondheim con su hijo mayor, y su esposa Malene se había quedado en casa con los pequeños. La abuela Toril se apoyaba pesadamente en su bastón, se había retirado el velo y lloraba en silencio. Las lágrimas le resbalaban sin interrupción por las mejillas arrugadas. De vez en cuando se pasaba un pañuelo bordado por los ojos sin tocarlos.

Fue ese gesto de esforzada serenidad el que sacó a Sofie de su letargo. Se le hizo un nudo en la garganta y el sollozo que durante tanto tiempo había contenido le sacudió el cuerpo. Sin atender a la

advertencia que le susurraba Silje, se abrió paso entre las hileras de personas que tenía detrás y corrió hacia la parte superior del cementerio. Ascendió a trompicones la pequeña colina, se cayó, se levantó y siguió a través del prado entre las sencillas lápidas y cruces de madera. Unos puntos negros le bailaban en los ojos. Se detuvo jadeante debajo de un abedul. El estrecho corpiño le dificultaba la respiración. Trató de recuperar el aliento, se quitó el velo y estiró el brazo hacia el tronco en busca de apoyo. La corteza era lisa y fría al tacto. Sofie reposó la frente en el árbol y cerró los ojos. El zumbido de la sangre en los oídos disminuyó. Oía el delicado

murmullo del viento en las hojas, y en la lejanía, el salmo final con el que terminó la ceremonia en la tumba de su madre.

—Disculpe, pero creo que esto es suyo.

Sofie se estremeció, abrió los ojos y chilló. A dos pasos de distancia había un hombre negro. Parecía la personificación de un *fanden*, uno de aquellos personajes diabólicos de los cuentos populares con los que la solía amenazar la niñera cuando no se portaba bien. Todo en él era negro: su chaqueta cedida, los pantalones gastados, los toscos zapatos, la gorra de visera. Y su rostro. Al mirarlo más detenidamente, Sofie se dio cuenta de que estaba

embadurnado de hollín. En medio de todo aquello brillaban dos ojos azules que no tenían nada de infernal. Aquel hombre seguramente trabajaba en la fundición o en una de las minas de cobre, había acabado su turno y se dirigía a su casa.

Sofie se irguió, se esforzó por relajar el gesto y cogió el breviario que él le tendía. Debía de haberlo dejado caer en su huida.

—Gracias, ha sido usted muy atento... —dijo con voz entrecortada. Enmudeció y se tragó las lágrimas que le asomaban.

El hombre extendió una mano como si quisiera tocarle el brazo, pero se

detuvo y la dejó caer. Se le ensombreció la mirada. Señaló con la barbilla hacia la parte inferior del cementerio, de donde los dolientes ya se habían marchado para corresponder a la invitación de Ivar Svartstein a un refrigerio en su casa en recuerdo de los fallecidos.

—Cuando perdemos a un padre o a una madre, también nos despedimos de un pedazo de nuestra infancia —dijo en voz baja—. Dicen que el tiempo lo cura todo. Pero no podrá llenar el hueco que deja su madre. Permanecerá para siempre. —Se llevó una mano a la gorra y la miró a los ojos. Sofie se quedó sin aliento. Aquella mirada irradiaba

empatía y al mismo tiempo era tan penetrante que parecía estar viendo lo más profundo de su alma—. Le deseo mucha fuerza en estos momentos difíciles.

El hombre le hizo un gesto con la cabeza, se dio la vuelta y caminó con paso ligero en dirección a la Mørkstugata.

Sofie lo siguió con la mirada y con el ceño fruncido. Qué hombre tan extraño. No le había parecido mucho mayor que ella. La suciedad de su rostro hacía difícil una estimación precisa. Su voz sonaba joven, y sus movimientos eran enérgicos y ágiles. En cambio sus palabras parecían fruto de la

experiencia, casi filosóficas. Sobre todo viniendo de un modesto trabajador. ¿Cómo se le había ocurrido señalarle de forma tan directa y descarada que el dolor sería prolongado? No era nada decoroso, aunque fuera la verdad. Ni siquiera los amigos más íntimos se permitían semejantes comentarios cuando consolaban a alguien de luto. La mayoría se conformaba con frases hechas vacías en tono amortiguado, y buscaban alivio en la idea de que el fallecido estaba ahora con Dios.

Sofie no habría sabido decir cuántas veces había oído en los últimos días frases como «me permito transmitirle humildemente mi más sincero pésame

por la dura e irremplazable pérdida que ha sufrido». El recuerdo la trajo de vuelta al presente. Ya era hora de que se reuniera con los demás. Se metió el breviario en el bolsillo del abrigo, volvió a colocarse el velo sobre la cabeza y emprendió el camino hacia la Hyttegata.

Pocos minutos después, Sofie se deslizó por la puerta, decorada con una guirnalda de hojas de abeto, de la magnífica casa que construyó en su día el bisabuelo de Ivar Svartstein. Era de madera, y solo los cimientos eran de piedra. Desde hacía diez años, unos marcos de madera tallada embellecían las ventanas de la fachada. A uno de los

lados también se había añadido un balcón al estilo suizo, muy popular entre los habitantes de las ciudades del sur y de la costa desde hacía mucho tiempo. Desde que Røros se había incorporado en 1877 a la red de ferrocarril que unía la capital, Christiania, con Trondheim, las modas también llegaban hasta ese remoto lugar. Aquel que podía permitírselo seguía las tendencias no solo a la hora de vestir, sino también para decorar su hogar.

Del cuarto de estar y del comedor contiguo llegaban voces y tintineo de copas. Sofie se quitó rápidamente el abrigo, lo colgó en el ropero y se arregló el pelo ante el espejo de cuerpo

entero que había junto a la escalera, situada a la izquierda de la puerta de entrada y que conducía al piso superior. Las sombras azuladas que rodeaban sus ojos enrojecidos por las lágrimas daban cuenta de las incontables noches que había pasado en vela dando vueltas en la cama, al principio preocupada por su madre y más adelante triste por su muerte.

De pronto Sofie sintió un cansancio infinito. Le habría gustado subir a su cuarto directamente sin mezclarse con los invitados. Ya tenía un pie en el primer escalón cuando se abrió la puerta de la sala. Sofie se metió en el hueco junto al ropero de forma instintiva y se

asomó por el borde. Una mujer delicada de unos cincuenta años, de rasgos armónicos y ojos oscuros, salió de allí seguida por Ivar Svartstein. Sofie no la había visto nunca antes en casa de sus padres, no pertenecía al círculo de amigos o conocidos de la familia. Se había encontrado con ella alguna que otra vez en misa o en la calle, y hacía poco que había oído su nombre: Trude, la mujer del dueño del aserradero, Sverre Ordal, a los que habían despellejado las cotillas de la farmacia.

—¿Ya has recibido noticias? — preguntó Ivar en voz baja.

Trude negó con la cabeza.

—Pero estoy segura de que vendrá

—respondió ella. En su voz se adivinaba cierto tono de súplica.

Mientras Sofie se preguntaba por qué se tuteaban, oyó que su padre decía:

—¡Eso espero!

—Te lo ruego, danos un poco más de tiempo.

Ivar dudó un instante.

—Bueno, esperaremos. Que más me dan dos semanas más o menos.

—Te lo agradezco —dijo la mujer en voz baja, se ciñó la toquilla y salió rápidamente.

Sofie miró a su padre y parpadeó sorprendida. Nunca antes había visto esa expresión en su rostro. Torturada y vulnerable, llena de dolor y nostalgia.

5

Bonn, mayo de 1895 – Clara

Clara estaba en el dormitorio de su casa y metía el contenido de la cómoda en dos espaciosos arcones de mimbre. Se había remangado la blusa y se había recogido el pelo con un pañuelo. Lo primero que había hecho esa mañana era empaquetar en la cocina la mayoría de las cazuelas y sartenes, el molinillo de

café, varios cuchillos, el espiedo, el batidor, la espumadera, el prensapatatas, el rallador y muchos otros utensilios, y había embalado la vajilla «buena» y la cafetera de plata (un regalo de bodas) en cajas acolchadas con virutas de madera. Ahora estaba organizando las toallas, las sábanas, los manteles y las servilletas que se llevarían a su nuevo hogar en Samoa. Sus libros y los juguetes de Paul (un kit de construcción Anker, un castillo, soldaditos de plomo y varios juegos de mesa) ya habían partido en enormes baúles-armario junto con la ropa, los productos de limpieza de zapatos, el costurero y la plancha. Lo último que había envuelto en papel de

periódico eran tres fotografías enmarcadas, en las que se veía a Olaf y a ella vestidos de boda, a Paul de pequeño montando en un caballo balancín y al niño entre sus orgullosos padres con el inmenso cucurucho del primer día de colegio en las manos, que después había metido entre los trajes de Olaf.

Era casi mediodía, y Paul regresaría pronto de la escuela. Clara no contaba con Olaf, que en estos ajetreados días anteriores a su partida a los mares del Sur pocas veces conseguía volver a comer a casa con su familia. A Clara no le venía mal. Se ahorraba tener que cocinar algo elaborado. A Paul y a ella

les bastaba con unas patatas cocidas con piel acompañadas de queso fresco de hierbas, o con las tortitas con azúcar y canela que tanto le gustaban a su hijo.

Al oír la campanilla de la entrada, dejó escapar un «¡oh, no!» asustado. ¿Sería ya la empresa de transportes que debía recoger el equipaje que no necesitarían durante la travesía y llevarlo a Hamburgo para que se enviara en barco? Clara se secó el rostro acalorado con un pañuelo, se precipitó hacia el pasillo y abrió la puerta.

—¡Otilie! —exclamó—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Tenía delante a su mejor amiga, con la que había crecido en el orfanato de la

Gangolfstraße detrás de la catedral, con las hermanas del Niño Jesús Pobre. Otilie, una mujer castaña y rechoncha de mejillas rosadas y labios rojo cereza, la miraba radiante y meneaba una carta. Llevaba la ropa de trabajo: un vestido de algodón azul oscuro con delantal blanco y una pequeña cofia que coronaba sus cabellos trenzados alrededor de la cabeza.

—Me envía la esposa del profesor —explicó—. Y ha dicho que no hace falta que me dé prisa. —Le guiñó un ojo.

—¡Qué bien!

—Sí, los Dahlmann son unos patronos de primera. Todos los días le doy las gracias al bueno del Señor por

poder trabajar en su casa —dijo Otilie en el dialecto cantarín de los renanos.

Las piadosas hermanas, que siempre dieron gran importancia a que sus protegidas hablaran un alemán culto y correcto, nunca lograron deshabituarla. Mientras Clara había sido acogida por las monjas cuando aún era una recién nacida, Otilie había pasado los primeros años de vida con su familia. Cuando su padre murió en un accidente de trabajo, la madre no se vio capaz de criar sola a sus nueve hijos. Así fue como Otilie acabó en el orfanato. Apenas conservaba recuerdos de su familia. El canturreo al hablar era lo único que atestiguaba aquella época.

Clara no comprendía por qué estaba tan mal visto hablar en dialecto. A ella le encantaba lo melódico que sonaba el de la zona de Bonn y le gustaba que a su amiga se le escaparan de vez en cuando expresiones populares.

—Cuando pienso en la pobrecita Gertrud... —prosiguió Otilie.

Clara contrajo el rostro en señal de compasión. Sentía lástima por el destino de su antigua compañera de clase Gertrud, que también había encontrado trabajo en casa de una familia burguesa. Lo cierto era que ella misma y Otilie habrían podido verse inmersas en una situación similar con facilidad. Gertrud había entrado como chica para todo en

una familia de artesanos para la que se mataba a trabajar quince horas día sí día también. A las labores habituales como hacer las camas, zurcir, limpiar zapatos, atizar fuegos, limpiar hornos, cocinar y servir, se le sumaban tareas adicionales. Un horario semanal determinaba cuándo debía hacer la colada, sacudir las alfombras, pulir los pomos, las puertas de los hornos y las ventanas, enjabonar los aguamaniles, limpiar las lámparas, cambiar las sábanas y frotar a fondo cada una de las habitaciones. También tenía que hacer la compra y los recados, y cuidar de tres niños pequeños. No era raro que se acumulara semejante carga de trabajo en hogares que solo podían o

querían permitirse una única criada, a la que muchas veces trataban como a una esclava.

Gertrud ni siquiera tenía su propia habitación, sino que debía acurrucarse en un altillo encima de la cocina. En su humildad, se consideraba incluso afortunada porque no la alimentaban con comida de menor calidad. Especialmente en los hogares más adinerados, se aprovechaban las comidas para hacer notar a los criados su posición social inferior. Gertrud dedicaba sus tardes libres, que le correspondían cada dos semanas, a ocuparse de su propia ropa. Y a dormir. Siempre estaba cansada y exhausta.

Cuando Clara y Olaf la habían visto unas semanas antes de camino a la iglesia, se habían asustado del aspecto consumido y enfermizo que tenía. Olaf no podía creer que no tuviera más que veinticinco años, como su esposa.

En casa de los Dahlmann, en cambio, el ambiente era agradable. Se trataba a los empleados con respeto, se les remuneraba adecuadamente y se alojaban en habitaciones sencillas pero confortables en la buhardilla. Otilie no cabía en sí de felicidad cuando ocupó el puesto de Clara tras la boda. Y la esposa del profesor compartía ese sentimiento. En los últimos años le había dado a entender varias veces a

Clara lo contenta que estaba con Otilie, y había expresado su deseo, medio en serio medio en broma, de que esta no siguiera el ejemplo de su amiga en un futuro demasiado próximo y se casara.

—Por cierto, la señora Dahlmann te envía un cariñoso saludo —prosiguió Otilie—. Dice que me despida tranquilamente de ti, porque mi próxima tarde libre será cuando ya os hayáis marchado. —Torció el gesto—. No me puedo creer que pronto te habrás ido.

—Yo tampoco. Y cuanto más se acerca la partida, menos —respondió Clara—. Pero entra. Prepararé café. —Hizo un gesto invitador y llevó a Otilie a la cocina.

Después de llenar de agua un hervidor que había sobre el fuego, se sentó junto a su amiga en la mesa bajo la ventana.

—¿Qué es esa carta? —preguntó señalando el sobre que había traído Otilie.

—Es para tu marido. De Noruega, creo —respondió y señaló el sello, que mostraba una corneta de posta en círculo con una corona. Encima ponía *Norge*.

Clara asintió.

—Sí. *Norge* quiere decir Noruega.

La carta estaba dirigida a Olaf Ordal, y se había enviado a la facultad de Derecho de la Universidad de Bonn.

Clara frunció el ceño.

—Olaf nunca había recibido correo de su hogar. Está claro que el remitente no sabe dónde vive o trabaja exactamente.

—Es verdad, parece que cree que sigue estudiando. O que tiene un puesto en la universidad —dijo Otilie—. Por desgracia no puede leerse el nombre, las letras se han emborronado.

Clara dio la vuelta al sobre. Otilie tenía razón, las palabras escritas con tinta eran ilegibles.

—¿Qué pondrá dentro? —Otilie miró a Clara con gesto provocador.

Clara se encogió de hombros y se levantó para dejar la carta en la superficie de la alacena. Después se

acercó al fuego, donde el hervidor había empezado a silbar, y echó el agua hirviendo en la cafetera.

—¿Es que no tienes curiosidad? — preguntó Otilie adelantándose en la silla.

—Pues claro. Pero la carta es para Olaf, así que tendré que esperar a que vuelva a casa.

—Podrías echar un vistazo —dijo Otilie haciendo un gesto hacia el hervidor.

—¿Me estás pidiendo que abra el sobre con vapor? —Clara miró incrédula a su amiga—. No me lo puedo... Cómo se te ocurre... ¡Nunca haría algo así!

Otilie esbozó una sonrisa ladeada.

—Perdona, no quería molestarte. Ya me conoces. Me dan los siete males cuando tengo que tener paciencia. —Se le iluminó la cara—. De todos modos era una idea estúpida. No entenderíamos nada de lo que dice.

Clara sonrió. El carácter relajado de su amiga le resultaba refrescante. A pesar de que a veces la despreocupación de Otilie con respecto a temas delicados la volvía loca, en su fuero interno lamentaba no haber recibido ella misma ese don.

—¿Cuándo os vais exactamente? —preguntó Otilie.

—La travesía a Samoa comienza

dentro de dos semanas. Pero nos marcharemos antes a Hamburgo. Olaf tiene allí un par de reuniones importantes con su nuevo jefe. Y quiere aprovechar la ocasión para mostrarnos la ciudad a Paul y a mí.

—¡Ay, qué envidia! —exclamó Otilie—. Me gustaría tanto viajar y ver mundo algún día... —Se inclinó hacia Clara y la miró fijamente—. ¡Prométeme que me escribirás!

—¡Pues claro! También quería pedírtelo yo a ti —respondió Clara—. Estoy segura de que tendré mucha morriña y de que te echaré mucho de menos.

—Eso espero —dijo Otilie con una

sonrisa pícará—. Me refiero a lo de que me echarás de menos. Pero ¿morriña? Bah, no lo creo. ¡Piensa en los lugares maravillosos que conocerás! —Se perdió en sus ensoñaciones. Un rato después se le encendió la mirada—. ¿Sabes qué? Siempre se dice que en ultramar hay muchos solteros. Puede que me encuentres uno que desee casarse con una alemana.

—¡Mantendré los ojos bien abiertos! —le prometió Clara—. Ay, Otilie, me encantaría llevarte conmigo. La verdad es que tengo un poco de miedo de mudarme a ese país tan lejano. ¿Y si no estamos a gusto allí?

Otilie agarró a Clara del brazo.

—No le des tantas vueltas. ¡Todo saldrá bien! —Se puso de pie—. Ahora sí que me tengo que ir. Ya casi es mediodía, no debería llegar tarde.

Clara asintió.

—Sí, recuerdo que a la señora Dahlmann no le gusta nada la impuntualidad en las comidas.

Siguió a Otilie hacia el pasillo y al pasar junto al salón echó un vistazo a través de la puerta abierta al reloj de mesa que había en una estantería baja. Las manecillas de la esfera de esmalte señalaban las doce y media. La madera de nogal de la caja brillaba en tono cálido. A Clara le encantaba impregnar un trapo suave de crema abrillantadora

con aroma a cera de abeja y pulir los pequeños pies de latón. Una vez a la semana dejaban que Paul le diera cuerda con una llave cuadrada. ¿Aguantaría esa pieza el clima de los mares del Sur? ¿Sería mejor que lo almacenaran con los muebles y lo dejaran en Alemania? Clara contuvo un suspiro. Aún quedaba mucho por decidir y organizar.

El resto del día pasó en un abrir y cerrar de ojos. Paul había vuelto a casa poco después de que se hubiera despedido de Otilie, y hacia el final de la tarde había aparecido el porteador con un ayudante. Justo cuando

desaparecieron con las últimas cajas, Olaf entró en el vestíbulo.

—¡Venga, en marcha! Hoy cenaremos fuera. El día es demasiado agradable para quedarnos en casa — exclamó aún con el abrigo puesto.

Mientras Paul se precipitaba con un grito de júbilo fuera de su cuarto, en el que había estado haciendo los deberes, Clara salió de la sala de estar, donde estaba limpiando los cajones y las casillas de la estantería y de una de las cómodas. Olaf le revolvió el pelo a su hijo y dejó las carpetas junto al ropero. Sonreía relajado. Clara pensó de pronto que lo hacía en muy pocas ocasiones. No, no era del todo cierto. Desde que

tenía en perspectiva el puesto de Samoa, a menudo estaba de buen humor. Pero seguía sin estar acostumbrada. Sobre todo porque durante los últimos días apenas lo había visto.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Paul.

—Estaba pensando en la fonda Unter den Linden, en Plittersdorf —respondió Olaf buscando la mirada de Clara—. ¿Te parece bien? ¿O te queda mucho por hacer?

—No, puede esperar a mañana. Es una idea maravillosa. Desde la terraza hay unas vistas magníficas del Rin y del Siebengebirge.

—Y sobre todo un magnífico

estofado —dijo Olaf guiñando el ojo—. Quién sabe cuándo será la próxima vez que podamos disfrutar de una auténtica comida renana.

Clara asintió y le sonrió. La boca se le hacía literalmente agua al pensar en la carne tierna rociada con una espesa salsa de pasas.

—¿Podré pedir pasteles de patata con puré de manzana? —preguntó Paul con voz ligeramente temblorosa y mirando dubitativo a su padre.

El muchacho no era demasiado carnívoro y no apreciaba los asados, las costillas o los filetes que tanto le gustaba comer a su padre. Sobre todo le repugnaba el estofado, ya que

tradicionalmente se preparaba con carne de caballo. Sin embargo, también le martirizaba la idea de que las vacas, los cerdos o las gallinas tuvieran que morir para acabar en su plato. En ese aspecto reñía con su padre, a quien esas reflexiones le resultaban ajenas, cuando no sospechosas. A ojos de Olaf no eran más que remilgos que él no comprendía ni toleraba. Paul debía estar agradecido de que en el hogar de los Ordal se comiera carne de buena calidad varios días a la semana, sobre todo porque lo convertirían en un chico «grande y fuerte». En una ocasión, Paul le había reconocido a Clara en susurros que no le importaría seguir siendo pequeño y

débil si eso significaba que no se sacrificarían más animales por él.

—Hoy podrás pedir lo que quieras —respondió Olaf.

A Clara se le encogió el estómago al ver el gesto agradecido de Paul. ¿Sería consciente Olaf de lo mucho que se esforzaba el niño por agradarle? ¿De cuánto significaba para él su aprobación? ¿Y de cuánto sufría cuando lo decepcionaba, aunque solo fuera por no querer comer carne?

—Me cambio enseguida. —Clara se dirigió rápidamente a su habitación—. Ay, Olaf, casi lo olvido —dijo por encima del hombro—, en el aparador de la cocina hay una carta para ti.

Pocos minutos después llamaron con timidez a la puerta del dormitorio.

—Ya casi estoy —gritó Clara mientras se ponía un sombrero de paja trenzada con una cinta ancha de terciopelo verde oscuro que conjuntaba con el estampado floreado de su vestido.

La manilla giró. Paul asomó la cabeza. Parecía pálido y desconcertado.

—¡Paul! ¿Qué ha pasado? — exclamó Clara y se precipitó hacia él.

—No lo sé. Papá está... está... — balbuceó, cogió a Clara de la mano y tiró de ella hacia la cocina.

Olaf estaba apoyado en la alacena, jadeando y con la frente perlada de sudor, y tenía la mirada vidriosa

dirigida hacia la carta que sostenía en la mano.

—¿Olaf? —dijo Clara. Tenía un mal presentimiento.

No reaccionó. Hasta que no le tocó cuidadosamente el brazo, no levantó la cabeza y la miró.

—¿De quién es la carta? ¿Qué dice?

—Es de mi madre. Está muriéndose y quiere verme una última vez —respondió Olaf con voz ronca.

6

Røros, mayo de 1895 – Sofie

—Acércate, pequeña.

La voz apagada que provenía del camarín de su madre hizo que Sofie se detuviera. Le recorrió un escalofrío. ¿Se trataba de un espectro? Se encontraba de camino al cuarto que compartía con su hermana Silje, en la planta superior de la residencia de los Svartstein. Después

de que su padre volviera a la sala de estar junto al resto de los asistentes al velatorio, subió las escaleras con sigilo. La idea de unirse a los invitados y tener que entrar en conversación le resultaba más desalentadora que el miedo a recibir una reprimenda por haberse retirado. Al fin y al cabo nadie la echaría de menos.

Sofie aguantó la respiración y giró lentamente la cabeza hacia la puerta entreabierta que conducía a las habitaciones donde su madre solía pasar la mayor parte del tiempo. Suspiró aliviada al descubrir a su abuela sentada frente a la ventana en la butaca favorita de Ragnhild. Los ojos de Toril estaban

enrojecidos; sus pálidas mejillas, empapadas en lágrimas. El moño con el que se había sujetado el pelo, tan abundante como siempre, se había ladeado y estaba a punto de deshacerse. Este pequeño detalle enterneció especialmente a Sofie. No recordaba haber visto jamás a su abuela con un peinado que no fuera perfecto.

Debe de ser terrible que se muera un hijo antes que uno mismo, pensó. ¿Cómo soportar tal pérdida? ¿Cómo puedo consolar a la abuela? Ni siquiera ha tenido la oportunidad de despedirse de su hija, y no se habían visto desde hacía mucho tiempo.

Sofie se acercó a Toril y se sentó a

su lado en la banqueta baja, que estaba tapizada en terciopelo claro, igual que la butaca. Incontables veces se había ovillado de la misma manera a los pies de su madre y había entonado una de las canciones románticas que a Ragnhild tanto le gustaba oír, o había escuchado su suave voz cuando se deleitaba con sus recuerdos de infancia. Toril le acarició la coronilla. Sofie sintió el temblor de la mano. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Ay, *mormor*, la echo tanto de menos —susurró.

—Y yo, mi niña. Sé lo mucho que significaba para ti —dijo Toril—. Y el gran cariño que te profesaba —añadió

en voz baja.

Sofie comenzó a sollozar, se estrechó contra la rodilla de su abuela y cerró los ojos. Se vio rodeada por una suave mezcla de aromas a polvo de maquillaje, agua de rosas y almidón. Era la primera vez desde la muerte de su madre que se sentía un poco consolada. En ese momento fue consciente de lo sola que se encontraba frente a su dolor. Ni su padre ni su hermana parecían compartirlo. Sofie no estaba segura de que Silje llorara la muerte de su madre, de que la echara de menos ni de si lo que más anhelaba era volver a tenerla

cerca, como le sucedía a ella.

Desde que era pequeña, Silje había sido manifiestamente el ojito derecho de papá. De cuando en cuando, Sofie sospechaba que su hermana miraba a su madre con desprecio. No comprendía ni su indulgencia ni sus arrebatos de melancolía. Aunque se esforzase por dar una imagen de joven modesta y de buenos modales, Silje tenía una idea exacta de lo que, en su opinión, le correspondía. No estaba dispuesta a dejarse tomar el pelo ni a renunciar a lo más mínimo, ni se le ocurría guardarse su opinión. Aunque Ivar Svartstein pensara, como la mayoría de sus amigos y conocidos, que las mujeres debían

mostrarse decentes y modestas, le enorgullecía la seguridad en sí misma que irradiaba su primogénita. En más de una ocasión toleraba lo que no habría aguantado a otras personas, y satisfacía los deseos más exigentes en lo concerniente a su vestuario. Adquiría sin refunfuñar para su Silje aquello que normalmente habría censurado como cachivache innecesario o fruslería.

Por el contrario, casi no reparaba en Sofie. A menudo le daba la impresión de ser invisible en su presencia. Cuando era niña, este comportamiento le dolía y le llenaba de inseguridad. Como adolescente, a menudo había reflexionado acerca de los posibles

motivos y finalmente había llegado a la conclusión de que estaba decepcionado, pero no a causa de su personalidad ni de su comportamiento, sino a causa de su sexo. Si hubiera nacido varón, su padre le habría aceptado. Incluso habría llegado a ser el favorito y habría reemplazado a su hermana mayor en el trono de su corazón. ¿Acaso era este el motivo por el que Silje necesitaba demostrar constantemente que era tenaz, segura de sí misma y luchadora? ¿Intentaba sustituir al hijo que él deseaba con tanta vehemencia?

Con el paso del tiempo, Sofie había aprendido a valorar las ventajas que conllevaba su papel invisible, que le

proporcionaba bastante libertad de movimientos. Pronto había descubierto el mundo de las novelas, a diferencia de Silje, que rara vez había tenido un ejemplar entre sus manos. Por su cumpleaños o por Navidad solo pedía libros, y pasaba mucho tiempo curioseando por las estanterías de la librería Amneus Boghandel de la Kirkegata. Le encantaba profundizar en existencias ajenas, conocer personajes históricos interesantes, viajar con héroes por países extranjeros, saborear junto a ellos platos exóticos, vivir aventuras emocionantes a su lado, sufrir con ellos por desengaños amorosos y otros golpes del destino, para finalmente perderse en

especulaciones sobre cómo les iría tras el final de la historia.

—No sabes cuánto me gustaría que nos acompañaras a tu abuelo y a mí a Trondheim y que pasaras un tiempo con nosotros.

La voz de Toril sacó a Sofie de sus pensamientos y la devolvió al presente. Abrió los ojos y esbozó una sonrisa resplandeciente.

—¡De mil amores! —se incorporó y abrazó a su abuela.

—No te puedes imaginar qué alegría nos das —dijo esta en voz baja.

Sofie se levantó.

—Cuando los huéspedes se hayan marchado, pediré permiso a padre.

—¿Permiso para qué?

Sofie se estremeció y se volvió hacia la puerta. En el umbral estaba Silje, que la observaba con cara de reproche.

Sofie casi podía escuchar sus pensamientos: «¿Por qué estás aquí y no abajo en sociedad como corresponde? Nunca vas a aprender a comportarte como es debido. En serio, eres un caso perdido.»

—Le he pedido a tu hermana que venga con nosotros a Trondheim — respondió la abuela en lugar de Sofie.

El rostro de Silje se iluminó.

—¡Es una idea espléndida! Ha pasado mucho tiempo desde la última

vez que fuimos. —Bajó la mirada y se examinó—. Además en Trondheim resultará más fácil vestirse, ahora que necesitamos atuendos de luto. —Sonrió a Toril—. Creo que padre podrá prescindir de mí. Voy a consultarlo con él ahora mismo.

Se dio la vuelta para irse. Sofie arqueó las cejas. ¿Cómo era posible que Silje pudiera pensar en este momento en naderías como el vestuario? ¿Acaso esa era su manera de lidiar con la pérdida? ¿La aliviaba atender asuntos cotidianos? ¿Le era útil para olvidarse de su dolor?

—¿Qué haces ahí todavía? —siseó Silje por encima del hombro a Sofie, y con un gesto le ordenó que la siguiera—.

Ya que no les has hecho compañía, al menos tienes que despedirte de nuestros invitados. Al fin y al cabo ya no eres una niña pequeña, sino una mujer adulta. A pesar de que te cueste comportarte como tal. —Con estas palabras se alejó.

Sofie se mordió los labios y bajó la mirada. Le resultaba incómodo que Silje la reprendiera delante de su abuela. Es tu culpa, le susurró una voz en su interior. Dios sabe que le has dado motivos suficientes para reñirte.

—No te lo tomes tan a pecho —musitó Toril—. Está claro que para tu hermana es muy importante causar siempre una impresión impecable. Les pasa a muchas personas. Los buenos

modales son su punto de apoyo, aunque sean algo superficial.

Sofie levantó la cabeza y respiró profundamente.

—Gracias, *mormor*. Solo me gustaría que Silje no se metiera siempre en todo para ser el centro de atención. Ni siquiera te ha preguntado si...

Toril levantó la mano.

—Claro que también la habría invitado —esbozó una pícaro sonrisa—. Mira el lado bueno de las cosas: si es Silje la que se lo pregunta a tu padre, podemos estar seguras de que dará su aprobación.

Sofie miró con sorpresa a su abuela. Esta le guiñó el ojo.

—¿A que tengo razón?

Sofie sonrió.

—Cierto, efectivamente sería la primera vez que Silje no lo convence —respondió y corrió tras su hermana.

Silje ya se había unido a su padre en el vestíbulo y charlaba con los visitantes procedentes del salón, que esperaban los abrigo y las capas que les traían Ullmann, el ayuda de cámara de Ivar Svartstein, y Britt, la doncella de Silje. Sofie se irguió y se unió a ellos. Le daba fuerzas saber que su abuela estaba de su lado. Con la adecuada expresión de seriedad agradeció las palabras de consuelo y las manifestaciones de condolencia que le dirigían. Estrechó

manos, besó mejillas y deseó un buen camino de vuelta a aquellos que vivían más lejos.

—¿Ves como sí que puedes? — susurró Silje una vez que se hubo vaciado el vestíbulo, y le estrechó el brazo en un gesto escueto—. ¡Bien hecho!

Sofie la miró. ¿Estaba siendo irónica? Silje asintió con una sonrisa de aprobación y corrió hacia su padre, que quería regresar al salón junto a su suegro y algunos otros familiares que pasarían la noche con ellos. Desconcertada por el elogio de su hermana, Sofie permaneció junto a la entrada y observó cómo Silje convencía

a su padre a media voz. Este escuchaba primero con el ceño fruncido y los brazos cruzados delante del pecho. Después de un rato levantó las manos en un gesto de rendición y desapareció en el salón. Silje se giró hacia Sofie, sin emitir sonido alguno vocalizó las palabras «tenemos permiso» y siguió a Ivar. Sofie sonrió para sí misma. La abuela había acertado con su pronóstico. Gracias a Silje, nada se interponía ya entre ella y el viaje a Trondheim.

A los tres días del velatorio ya estaban de camino. La línea de Røros discurría por el cauce del Gaula

pasando por Støren en dirección noroeste hasta la capital de provincia Sør-Trøndelag, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia. La tercera ciudad más grande de Noruega se erigía en una península del río Nidelva que desembocaba aquí, en el fiordo de Trondheim. A pesar de su ubicación septentrional (compartía grados de latitud con Groenlandia), sus aguas se mantenían descongeladas durante todo el año. Gracias a ello, desde hacía tiempo, el puerto de la ciudad se había convertido en una escala crucial para barcos mercantes, lo que deparaba unos buenos ingresos a los comerciantes locales.

El cochero recogió a los abuelos y a Sofie en la estación de tren. Le habían teleografiado la hora de llegada para que les llevara a la finca de los Hustad.

Silje tomó un coche de punto para dirigirse a la casa de la familia en la ciudad. El tío Sophus, que había querido quedarse un tiempo más en Røros tras el entierro de su hermana y había aprovechado para organizar reuniones de negocios con los dueños de los bosques que suministraban madera a su fábrica de papel, les había pedido con cariño a sus sobrinas que visitaran a su mujer Malene y a los niños, y que se quedaran allí tanto tiempo como quisieran. Silje había aceptado la

invitación con entusiasmo. No le apetecía la tranquilidad de la vida de campo. Quería disfrutar al máximo de la ciudad. A Sofie le aliviaba en secreto su decisión y le deseó sinceramente que se divirtieran. Le dio igual que Silje desaprobara con un gesto de incompreensión su negativa a quedarse con ella en la ciudad. Le daba igual que su hermana la considerase aburrida y tímida.

En la memoria de Sofie, Solsikkegård era mayor. La residencia de campo de sus abuelos, que se encontraba en la península de Lade en el fiordo de Trondheim, a pocos kilómetros de distancia del casco antiguo, parecía

haber encogido desde su última visita hacía ya algo más de nueve años. Sin embargo, seguía siendo una mansión impresionante, situada en una elevación en el centro de un parque enorme, desde la que se podía disfrutar del amplio paisaje de los campos de alrededor, los pequeños bosques, las granjas y el brazo de mar.

Entonces, a sus diez años, a Sofie le parecía que la casa con sus torrecillas, voladizos y balcones era un auténtico castillo rodeado de un pequeño reino. Aquella tarde soleada se percató de que este solo había existido en su imaginación y de que en realidad no era nada más que una finca rural, si bien

bastante extensa.

Iban en landó abierto. Tras desviarse de la Uferstraße hacia las tierras de la familia Hustad, cruzaron la amplia Ahornallee. A Sofie le pareció estar viendo el lugar sin el velo romántico con el que lo había cubierto durante su infancia. En sus fantasías lo habitaban animales parlantes y los personajes de los cuentos y sagas que tanto le gustaban que le leyeran o le contaran. En cualquier momento podía pasar un caballero galopando de camino a la cueva del dragón, donde una hermosa princesa ansiaba ser liberada. Detrás de cualquier árbol podía haber un trol escondido, bajo los arbustos y los setos

vivían elfos y duendes, y todas las cabañas modestas eran para Sofie el hogar de Askeladd, ese pobre chico que según sus hermanos solo servía para cuidar del fuego y hurgar en las cenizas. Pero las apariencias engañaban, puesto que con astucia y constancia conseguía superarlos y hacer fortuna.

Sofie observaba con atención las pequeñas casas de los jardineros, cocheros, campesinos y otros sirvientes en la parte más exterior de la villa. Los establos para caballos, vacas lecheras, cerdos y aves de corral; los graneros, cocheras, despensas, talleres y cobertizos, lavaderos, un horno amurallado y otros edificios cuyo uso

era imposible adivinar. Algunos parecían nuevos.

—Verás que algunas cosas han cambiado —dijo el abuelo Roald como si hubiera adivinado sus pensamientos. Estaba sentado junto a su esposa, Sofie había tomado asiento frente a ellos—. Hace ya mucho tiempo que estuviste aquí por última vez.

Sofie asintió y pensó: «en realidad hace demasiado tiempo que no estoy con *mormor* y *morfar*». Cada verano durante los primeros diez años de su vida pasaban varias semanas en Solsikkegård, mientras su padre se encontraba en viajes de negocios. Desde que había dejado que un empleado de

confianza se involucrara progresivamente en los distintos negocios, le había confiado la mayor parte de los encargos en otros lugares. Ivar Svartstein no sentía pasión por viajar ni anhelo por lo desconocido. Si era posible, prefería quedarse en casa. Desde que la línea de ferrocarriles había llegado al pueblo minero, Ivar estimaba aún menos necesario salir de Røros. El tráfico ferroviario abastecía el surtido de las tiendas de los comerciantes y de otros negocios. Era posible conseguir que envasen todo lo que se deseaba desde lugares y países lejanos, y los amigos y familiares que vivieran lejos eran siempre bienvenidos

a visitar a la familia.

Diez años antes había adquirido un terreno en el que construyó una villa a unos kilómetros al suroeste del centro. Así, Ivar podía ofrecer a los suyos además una agradable estancia en verano. Las tierras se encontraban en Kongeveien, en una pendiente sobre el Glåma y se extendían hasta la ribera. Desde la casa en la parte superior se disfrutaba de unas amplias vistas sobre los bosques, picos y mesetas que la rodeaban. El aire era limpio y los árboles y arbustos ofrecían lugares a la sombra para descansar.

Como Ivar daba por hecho que su mujer y sus hijas compartían su rechazo

hacia los viajes, había que tener buenas razones y arte de persuasión cada vez que querían salir. En los últimos nueve años, Sofie y Silje habían acudido con su madre a algunas fiestas en su tierra natal que el hermano de Ragnhild, Sophus, y su mujer Malene habían organizado con motivo de los bautizos o las comuniones de sus numerosos hijos. En estas ocasiones se habían alojado en la casa de ciudad de la familia. Allí vivieron también los abuelos hasta 1887, cuando Roald cedió la gerencia de la fábrica de papel de los Hustad a su hijo y se mudó con su mujer a la finca que hasta ese momento había hecho las veces de estancia veraniega.

—A su edad, tu abuelo se ha convertido en un jardinero apasionado. —La voz de Toril interrumpió los recuerdos de Sofie. Señalaba dos invernaderos bajos, cuyos techos de cristal, situados a varios metros de la avenida, brillaban a la luz del sol—. Esta es su nueva conquista. Se le ha metido en la cabeza cultivar orquídeas. —Observó a su marido mientras negaba con la cabeza cariñosamente.

Roald sonrió satisfecho.

—Querida, sé que me consideras un excéntrico. —Dirigió una mirada radiante a Sofie—. Pero las orquídeas son algo secundario. Espero con impaciencia poder enseñarte el nuevo

huerto. Y las plantaciones de bayas.

Toril se arrimó a él.

—Sí, la verdad es que son impresionantes. El año pasado tuvimos tan buena cosecha de frambuesas, grosellas y uvas espinas, que pudimos vender varios centenares de kilos a la fábrica de zumos Knoff de la Kjøpmannsgata.

—Más que pudimos, tuvimos que venderlos —señaló su marido—. Nuestra cocinera y su ayudante, que iban a preparar las mermeladas y jaleas, se rindieron ante tales cantidades.

Sofie se rio de manera disimulada al imaginar al personal de cocina sepultado bajo montañas de bayas. De

nuevo dejó vagar la mirada por el paisaje. Entretanto, ya casi habían alcanzado el final de la avenida y llegado a la finca.

—Puedo entender por qué madre siempre echaba tanto de menos este lugar. Es realmente un pequeño paraíso —dijo tras una corta pausa.

Los abuelos intercambiaron una mirada. Sofie notó cómo Roald asentía para animarla.

—Pequeña, ¿puedo preguntarte algo? —dijo Toril con voz temblorosa. Sofie asintió y se inclinó hacia delante —. ¿Ragnhild... era muy desdichada?

Sofie se quedó perpleja. La abuela no quería saber si era infeliz, sino

cuánto. Bajó los ojos y entrelazó los dedos de sus manos. ¿Qué debía responder? ¿La verdad? ¿Que su madre era la persona más infeliz que conocía? ¿Que todos los días suspiraba por volver a casa de sus padres, a la época que pasó allí, protegida y despreocupada? No, eso no podía decirlo de ninguna de las maneras. Su madre no hubiera querido que sus padres lo supieran.

—Eso me temía —dijo Roald en voz baja.

Sofie levantó la cabeza y movió los ojos, que enrojecieron. Su abuela le acarició el brazo.

—Perdona, cariño —le dijo a Sofie

—, no queríamos ponerte en un apuro. Es solo que... Siempre nos habíamos preguntado... Si no hubiéramos dejado que Ragnhild... Si ese matrimonio era lo ade... —Se le quebró la voz.

—Durante mucho tiempo no quisimos darnos cuenta —continuó Roald en su lugar—, pero tu madre era como una rosa delicada. No deberíamos haberla trasplantado a esa tierra árida y con ese...

Se interrumpió y abrió la portezuela del carruaje, que se había detenido en la explanada de grava ante el edificio principal. Mientras el cochero se apresuraba para ayudar a descender a la abuela Toril, Sofie se preguntó qué era

lo que había querido decir su abuelo. ¿Se reprochaba haber insistido en el matrimonio de su hija con Ivar Svartstein? Por lo que Sofie sabía, el acercamiento entre sus padres se había producido a través de Roald. Este poseía participaciones en la empresa de cobre de Røros y presentó a su hija al joven Ivar, hijo de otro socio al comienzo de una prometedora carrera como ingeniero de minas.

Toril se colgó del brazo de Sofie y señaló los cinco anchos escalones que conducían a la entrada principal de la residencia.

—Parece que hubiera sido ayer. Tu madre estaba ahí arriba, vestida de

novia. Iba tan radiante que...

—... parecía un ángel —Roald terminó la frase y se secó los ojos.

—De eso estoy segura —dijo Sofie y apretó su mano—. Es un vestido de una belleza atemporal. Mamá lo sacaba a menudo del arcón y lo contemplaba. Os estaba muy agradecida por haberle dejado confeccionarlo a su gusto.

El abuelo le devolvió el apretón de manos y se apartó con rapidez. Toril suspiró profundamente y murmuró.

—Se lo reprocha tanto...

Se soltó de Sofie, se dirigió a su marido y le pasó un brazo por la cadera. Juntos subieron las escaleras. Sofie los observaba.

Su madre le había contado en una ocasión que había aceptado la propuesta de matrimonio de Ivar por dos motivos: por un lado, porque quería hacer feliz a sus padres; y por otro, porque soñaba con una ceremonia espléndida desde que era una niña pequeña. Nunca se había imaginado cómo sería su vida cotidiana tras la ceremonia.

«Ay, *mamma*, fuiste una soñadora sin remedio», pensó Sofie y siguió a sus abuelos a la casa.

Noruega, junio de 1895 – Clara

—Paul, despierta, tenemos que apearlos —le susurró Clara a su hijo.

Se había acurrucado junto a ella mientras dormía, la cabeza se le había caído hasta el regazo de su madre y su brazo la rodeaba con fuerza. Le apartó el cabello que le tapaba la cara, y este abrió los ojos parpadeando y se

incorporó.

—¿Ya hemos llegado?

—No, lo siento. Tenemos que hacer otro cambio —respondió Clara, se levantó y se puso el abrigo.

Paul hizo una mueca malhumorada y profirió un bostezo vigoroso. Clara no podía reprochárselo, puesto que llevaban viajando treinta horas sin pausa desde que habían salido de Hamburgo. En primer lugar habían tomado un tren rápido en dirección a Dinamarca pasando por Flensburgo. En Frederikshavn cruzaron a la otra orilla con el vapor correo hasta la ciudad sueca de Gotemburgo, desde donde continuaron con el tren nocturno a

Christiania, la capital noruega, en la que, tras una breve parada, tomaron la línea de Dovre que les llevó, pasando por Eidsvoll, al lago Mjøsa.

Paul apretó la nariz contra la ventana del compartimento del tren, observó la calle e indicó una señal.

—Estamos en Ha... ma... r —
deletreó y se giró hacia Clara.

—Justo, ya casi lo hemos conseguido. Desde aquí partiremos directamente en dirección a Røros con el tren de vía estrecha. Esa es la ciudad de donde viene tu padre —dijo mientras le ofrecía la chaqueta. Clara anhelaba dar un largo paseo. Después de pasar tanto tiempo sentada notaba rígidas las

articulaciones, sus pulmones codiciaban aire fresco y su circulación, movimiento. Se lamentaba por tener que recorrer el camino al norte de manera tan acelerada, después de enviar en Hamburgo los bultos más grandes a Samoa y de cambiar la reserva del viaje. Cuánto le habría gustado aprovechar la ocasión para explorar todas las ciudades y parajes por los que pasaban. «Si las circunstancias fueran otras —se corrigió—. En este momento no podría dedicarme a ello. Y Olaf mucho menos. Por eso está bien que viajemos tan rápido.»

Le preocupó recordar a su marido. Después de recibir la carta de su madre

parecía otro. La alegría y la ilusión por su nuevo puesto de trabajo se disiparon y dieron paso a un estado de ánimo melancólico. Desde entonces solo decía lo necesario y estaba siempre muy lejos, en su interior, en un lugar donde Clara no llegaba a alcanzarlo. Tampoco parecía percibir a Paul. Se pasó el trayecto con la mirada inerte clavada al otro lado de la ventana o escudado tras un periódico durante horas sin pasar la página.

Clara respiraría hondo una vez que hubieran terminado el rodeo involuntario hacia Noruega y se pusieran de camino a Southampton. Allí querían alcanzar el *Lübeck*, un barco de la línea

naviera de los Kaiserlich-Deutsche Reichspostdampfer para el que habían reservado la travesía de tres semanas a Singapur. Tras varios días de estancia cogerían el enlace a su destino final en los mares del Sur. La compañía Wilson ofrecía travesías regulares a Inglaterra frecuentadas en su mayoría por emigrantes noruegos que desde allí continuaban su viaje a América.

—¿Dónde está papá?

La pregunta de Paul sacó a Clara de sus pensamientos. Se puso el sombrero y cogió su bolso.

—Está buscando algo para comer. En pocos minutos reanudaremos nuestro viaje y en el próximo tren no habrá

restaurante.

Media hora después estaban sentados en el tren de Røros sobre los asientos tapizados del vagón de segunda clase, enganchado detrás del vagón-salón y antes de dos vagones de tercera clase, remolcado lentamente cuesta arriba por una locomotora pintada de verde. De vez en cuando se les ofrecían vistas del Mjøsa, cuya orilla oriental habían recorrido durante las últimas horas. La ribera ascendía en suaves pendientes de prados de jugosa hierba, sotos de abedules y fértiles cultivos; allí se situaban aldeas de coloridas casas de

madera e iglesias blancas, que conferían una apariencia idílica al paisaje. Según la *Guía de viajes Baedeker – Suecia y Noruega*, el Mjøsa era, con sus trescientos sesenta kilómetros cuadrados, el lago más extenso del país, por lo que el geólogo alemán Leopold von Buch lo llamó una vez «el mar interior de Noruega».

Clara dio las gracias en silencio a la señora Dahlmann, que le había regalado el librito rojo poco antes de su precipitada partida de Bonn.

—Para que al menos pueda llevarse una impresión, aunque superficial, de la tierra de su marido —le había dicho—. Ya sé que habla poco sobre el tema. Y

ya que visita Noruega, aunque sea por poco tiempo, una guía así le será útil.

El lago desapareció de su vista en un instante. El tren atravesó durante una hora larga un denso bosque de coníferas. Clara no se había encontrado nunca antes en un lugar tan solitario. La guía *Baedeker* decía que aquella región estaba muy poco habitada, que más allá de las poblaciones no se encontraban moradas humanas en kilómetros a la redonda y que la densidad no llegaba a los dos habitantes por kilómetro cuadrado. A modo de comparación se mencionaban los Alpes alemanes, que al menos llegaban a los treinta habitantes de densidad. Involuntariamente, Clara

suspiró aliviada cuando aparecieron las primeras casas de Elverum. El tren había llegado al valle del Glåma, el río más largo de Noruega, cuyo nacimiento se encontraba en la región de Røros. Después de que Paul aprovechara la breve parada para visitar el baño del edificio de la estación, el viaje continuó por el valle de Østerdal. En un principio, la línea de ferrocarril atravesó la falda de la orilla este del Glåma.

Desde que habían salido de Hamar, Olaf había pronunciado unas diez palabras y seguía absorto en sus pensamientos que, a juzgar por su gesto, debían de ser oscuros y tristes. Clara no

se atrevió a decirle nada ni a tocarlo. Le dolía que no buscara consuelo en ella y que los últimos días hubiera ignorado todos los intentos por su parte de apoyarlo y de hacerle sentir que no estaba solo. A la lástima que sentía por él se le iba sumando un leve rencor, aunque este arrebato la avergonzara sobremanera. El aislamiento de Olaf le parecía egoísta. No era el único agobiado por la situación de no saber cómo se encontraba su madre y si la hallaría con vida. Había rechazado con una rotunda negativa la propuesta de Clara de enviar un telegrama a su padre con la hora de llegada y preguntando por el estado de su madre; una vez más,

dejaba a Clara desconcertada. Tenía que reconocer que no lo comprendía. ¿Qué había sucedido entre Olaf y sus padres? ¿Por qué no podía hablar con ella del asunto? ¿Por qué creía que tenía que arreglárselas solo? Aunque no le importaran sus sentimientos, al menos debía tener un poco más de consideración con los de su hijo.

Paul sentía una honda inseguridad. Clara le había explicado varias veces que la inaccesibilidad de su padre se debía a las malas noticias procedentes de su tierra, y no a que Paul hubiera hecho algo mal y por eso se hubiera disgustado. En tiempos como este, Clara deseaba que su hijo fuera menos

sensible y no estuviera siempre dispuesto a buscar en sí mismo la culpa por el humor de los demás.

—¿Os apetece un bocadillo? —preguntó—. Ya ha pasado la hora de comer.

Acercó la cesta con las provisiones y sacó dos paquetitos envueltos. Paul miró medroso a su padre.

—No, gracias —respondió este, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—Yo tampoco tengo hambre —musitó Paul.

Clara contuvo un suspiro y volvió a guardar los bocadillos. Desistió de obligar a su hijo a probar un par de

bocados, a pesar de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que comieron y de que el niño se encontrara en edad de crecimiento. Clara no pensaba que tuviera sentido obligarlo a comer. Ni siquiera ella sentía apetito.

¿Qué era lo que decía siempre la hermana Gerlinde cuando uno de sus pupilos hurgaba en la comida invadido por la nostalgia o preocupaciones similares? «El buen humor condimenta todas las comidas.» A diferencia de la severa canonesa que vigilaba el comedor y nunca se cansaba de exhortar a los niños a que se comieran todo lo que había en el plato, de buenas maneras y dando gracias, la hermana Gerlinde se

esforzaba por paliar las causas de la falta de apetito. Le gustaba citar al escritor escocés sir Walter Scott, cuyas novelas devoraba en sus escasas horas de ocio. «La carne comida sin alegría es difícil de digerir.» Entonces recitaba un romance cautivador o contaba una anécdota divertida, que siempre resultaba ser un gran acierto. La pesadumbre desaparecía, aunque fuera por el momento, y el apetito regresaba.

—¿Sabes cómo llaman a los campesinos en este lugar? —preguntó Clara a su hijo y señaló la guía de viaje —. *Sofabønder*, esto es, campesinos de sofá.

Paul frunció el ceño.

—¿Es que se pasan todo el día en el sofá?

—Podrían. Son tan ricos que tienen muchos sirvientes que hacen el trabajo por ellos.

—¿Entonces no tienen que matarse a trabajar como el campesino Kunze al que le compras siempre las patatas?

Clara negó con la cabeza y sonrió recordando al hombrecillo encorvado que iba una vez a la semana desde su pueblo a Bonn para vender verduras y patatas. Anunciaba su llegada con una campanilla y minutos más tarde su puestecillo se veía rodeado de amas de casa, cocineras y criadas que se abastecían con verdura recién cosechada

y que aprovechaban la ocasión para parlotear.

—¿El campesino Kunze es pobre?
—preguntó Paul.

—Claro que no. Pero aquí los campesinos no solo tienen prados de hierba y ganado lechero. Cuentan sobre todo con mucho bosque. Talan los árboles, conducen los troncos río abajo hasta las ciudades y allí venden la madera. Así se gana mucho dinero.

Paul asintió.

—Igual que Michel *el Holandés*.

—¿Michel *el Holandés*? —Clara miró a su hijo por un momento indecisa —. ¡Ah, te refieres al del cuento! Sí, lo mismo.

A Paul le encantaban las historias que los viajeros se contaban por la noche para mantenerse despiertos ante el asalto inminente de una banda de ladrones en *El albergue de Spessart*, de Wilhelm Hauff. Especialmente le había encantado el cuento *El corazón frío*. Su imaginación volaba con el destino de Peter el Carbonero, que en la soledad más profunda de la Selva Negra elaboraba carbón de leña y soñaba con hacer la carrera de soplador de vidrio para conseguir riquezas y respeto. Además, el carbonero habitaba en una región que a Paul le parecía extraña y misteriosa. Miró a través de la ventana, tras la cual pasaba el verde de los

bosques de coníferas. Tras varios segundos se giró hacia Clara y preguntó:

—¿Aquí también hay un vidrierillo?

Clara encogió levemente los hombros.

—Es posible. Me imagino que este lugar se parece a la Selva Negra. De manera que...

Las mejillas de Paul se sonrojaron. Se deslizó de su asiento de pura emoción.

—¡Mamá, a lo mejor puedo llamarlo! ¡Nací en domingo! Así que me concederá tres deseos.

Antes de que Clara pudiera responderle y hacerle ver que probablemente un espíritu del bosque

noruego no estaría en condiciones de entender a un niño alemán, Paul se puso a citar el pasaje del cuento con expresión solemne.

—«Guardián del tesoro en tierras de abetos, de años tienes ya varios cientos, tuyas son las tierras donde los abetos crecen, los nacidos en domingo verte merecen.»

Clara decidió no quebrantar la fe de Paul en el personaje del cuento. Se alegraba de que volviera a estar tan animado. Era muy placentero disfrutar de sus ojos iluminados. No quería arrancarle demasiado pronto del mundo mágico de la infancia y enfrentarlo a lo que se consideraba la realidad de

hechos científicamente demostrados, a la que tanta importancia se daba en esos tiempos modernos.

—¿Qué le pedirías al hombrecillo de vidrio? —fue lo que preguntó en cambio.

Paul la miró serio.

—No soy tan tonto como Peter *el Carbonero*.

—Eso seguro que no. —Clara le sonrió y pensó en la evidente indignación de Paul hacia el héroe del cuento de Hauff, que desperdiciaba un deseo pidiendo ser el mejor bailarín a lo largo y ancho de este mundo. Aquella pretensión disparatada había preocupado a Paul durante mucho

tiempo.

—Siempre está bien tener suficiente dinero —continuó reflexionando.

—Eso es cierto —dijo Clara—, pero gozar de salud es incluso más importante. Y tener buenos amigos o...

—O inteligencia, como le descubrió el vidrierillo a Peter —la interrumpió Paul.

Clara asintió, desenvolvió un bocadillo de queso y se lo dio a su hijo, que se sentó de nuevo a su lado, mordió el pan con expresión concentrada y meditó mientras masticaba sobre la cuestión de qué podría desear.

Tras dos horas de recorrido, el ferrocarril cruzó el Glåma por un largo puente y continuó por la orilla oriental subiendo las montañas. En algunos lugares el río se ensanchaba para formar tramos con forma de lago sobre cuya superficie se reflejaban el cielo azul pálido y un par de nubes blancas. En otros tramos se separaba en varios brazos rebordeados por playas de guijarros. Según la guía *Baedeker*, el Glåma y sus afluentes, por sus grandes reservas de truchas, lucios, percas, triglas y otros peces, eran un verdadero paraíso para pescadores. En ocasiones las laderas de las montañas se acercaban al cauce del río, se hacían

más empinadas y le daban un aire alpino al valle.

Al caer la tarde llegaron a la estación de Koppang, la última del día. La locomotora se paró en un resuello y dejó salir silbando el vapor restante de la caldera. Se llevaría a cabo el mantenimiento antes de continuar el viaje la mañana siguiente. Se engrasaban los pistones de los cilindros, se abastecían las reservas de combustible, los tanques se llenaban de agua y las ventanas se limpiaban de hollín. Los viajeros podían elegir entre tres posadas para cenar y pasar la noche. Olaf reservó una habitación para su familia en el Hansens Hotell, una propiedad

suntuosa al estilo de un chalé suizo.

Mientras seguía a su marido con Paul de la mano, Clara tomaba y expulsaba profundas bocanadas de aire. Después de las largas horas en la sofocante atmósfera del vagón, cuyas ventanas habían permanecido cerradas para impedir que entraran las nubes de humo de la locomotora, era un alivio sentir la brisa fresca procedente de los bosques de coníferas en las faldas de las montañas circundantes. El aire traía un aroma a resina y a madera recién cortada, con el que se mezclaba el perfume de las hierbas aromáticas del prado y un toque intenso de cebolla tostada que en esos momentos se

cocinaba en una de las posadas. Clara tragó saliva y se dio cuenta del hambre que tenía. Solo con pensar en un plato caliente se aceleró el ritmo de su paso.

Sin embargo, todavía quedaba más de una hora para la cena, que todos los huéspedes tomarían juntos en las dos largas mesas del comedor. Después de haberse limpiado el grueso del polvo del viaje en la palangana del cuarto, Clara decidió ir a estirar las piernas. Olaf había salido de su ensimismamiento tras la llegada a Koppang y había propuesto a su hijo ir a ver a los ferroviarios durante el mantenimiento de la locomotora. Clara se figuraba que estaba evitando una

charla con ella. Como si hubiera sentido que eso era lo que esperaba. Era la primera oportunidad que tenían de hablar a solas sin molestias desde que habían salido de Alemania. Al despedirse, le había dirigido una mirada suplicante que disipó el enfado por su evasiva. La sosegó reconocer que no le era indiferente cómo su comportamiento influía en ella, y que también apreciaba la alegría de Paul por la proposición de su padre.

Clara salió del edificio, echó un vistazo alrededor y disfrutó de las vistas que ofrecía el bonito conjunto que formaban el edificio de la estación, las pensiones, una gran casa de servicio y

otras edificaciones. El cuadro lo completaba un pequeño parque dispuesto a lo largo de las vías del tren con caminos de grava, una placita rodeada de arbustos podados con esmero y diferentes árboles que se habrían transportado expresamente desde otras regiones. Este formaba un marcado contraste con el espeso bosque que lo rodeaba.

Un sentimiento difuso de amenaza invadió a Clara. Le causaba una impresión extraña encontrar unos jardines en medio de aquella soledad. Le pareció un intento lamentable de enfrentarse a la naturaleza, el último bastión antes de vastas extensiones en

las que uno se podría perder sin dejar rastro alguno. Así imaginaba los territorios intransitables de Norteamérica y Canadá, a los que cada año se dirigían miles de cazadores de fortunas desde todos los lugares del mundo en busca de oro, valiosos animales de piel fina y otros tesoros, y a menudo perdían la vida en el intento. De repente le sobrevino un escalofrío, se dio la vuelta tiritando y regresó a la habitación.

8

Trondheim, junio de 1895 – Sofie

Los días transcurrían tranquilos en Solsikkegård. Los girasoles que daban nombre a la propiedad todavía eran pequeños, con capullos casi imperceptibles, y crecían a lo largo de la valla que rodeaba el antiguo huerto junto a la casa del servicio. Las colmenas, que se mantenían en una

construcción alargada de madera, encontraban bastante alimento. La suave temperatura, muchas horas de sol y de vez en cuando algún aguacero eran las condiciones ideales para los abundantes arbustos, setos, plantas y flores de los arriates, los prados, así como para los jardines. Por todos lados brillaban flores de colores que desprendían un aroma dulce, rodeadas por el zumbido de las recolectoras de néctar.

Sofie pasaba la mayor parte del tiempo fuera, paseando por el familiar y al mismo tiempo desconocido mundo de los veranos de su infancia. El parque detrás de la residencia era un oasis de composición armoniosa con alamedas,

pequeños estanques y arroyos borboteantes. Los bancos a la sombra de altas hayas invitaban a pasar el rato en compañía de los sonidos mágicos de las campanillas de viento que colgaban de las copas de algunos árboles. El abuelo Roald las había pedido expresamente a Nøstetangen, la primera fábrica de vidrio de Noruega.

Sofie disfrutaba de la atmósfera contemplativa y de poder estar con sus abuelos, junto a los que se sentía segura y reconocida. Se alojaba en la antigua habitación de su madre, y andar tras sus huellas hacía que su estancia en la finca fuera especialmente valiosa.

Cuando, al quinto día, Sofie volvió

de su paseo y llegó a la terraza detrás de la residencia, donde su abuela hacía que le sirvieran café con pastas como todas las tardes, esta le tendió un telegrama con expresión de preocupación.

—¿Para mí? —preguntó Sofie—, espero que no haya pasado nada malo.

Toril negó con la cabeza.

—No, no lo parece... pero tendrás que...

Mientras hablaba, Sofie leyó por encima el escueto texto y frunció el ceño.

Ven a la ciudad. Te necesito aquí. Te espero mañana en el tren del mediodía. Silje

P.D.: ¡Saludos a los abuelos!

Sofie dejó el telegrama encima de la mesa y se dejó caer en una silla.

—¿Por qué me necesitará tan urgentemente?

Toril se encogió de hombros.

—Me temo que no lo sabrás hasta que la veas.

Sofie se mostró disgustada.

—En realidad no me apetece lo más mínimo ir a la ciudad. —«Ni dejar que Silje me dé órdenes», añadió para sí misma.

—Reconozco que este es uno de los pocos momentos en los que desearía uno de esos aparatos telefónicos —dijo

Toril—. No quiero tener nada que ver con esos inventos modernos, pero ahora sería muy útil. Así podrías preguntar directamente a tu hermana la razón por la que te llama a su lado.

Se inclinó hacia Sofie y le acarició el brazo.

—A pesar de todo, Malene y los niños se alegrarán de verte. Sería muy egoísta por mi parte tenerte aquí todo el tiempo.

Sofie se animó y sonrió.

—No estaré muy lejos. Lo que Silje quiera de mí, sea lo que fuere, no puede durar para siempre. Después volveré a vuestro lado.

Se tragó en silencio la observación

de que «en caso de que padre no nos ordene volver a Røros». Pensar en su hogar sin su madre la acongojaba. No quería ni imaginar cómo sería su vida a partir de ahora.

Al mediodía del día siguiente, Sofie estaba sentada en un coche de dos caballos frente a su hermana. Acababa de llegar desde la península de Lade hasta la estación de trenes de Trondheim en casi veinte minutos. Después de cruzar el puerto del canal por un puente, pasaron en primer lugar por la Fjordgata antes de girar para adentrarse en la Munkegata, una de las calles principales

del casco antiguo que desembocaba en la catedral. Le faltaba la parte superior de la torre principal. Un revestimiento de madera la protegía del viento y de la lluvia. En sus visitas, Sofie nunca había podido verla sin andamios ni barreras. En 1869 había comenzado la renovación del edificio, parcialmente en ruinas, que se prolongó durante años. No solo se quería reformar el emblema de la ciudad, sino también devolverle su aspecto medieval original, y por tanto se precisaban extensas reconstrucciones y edificar las ampliaciones.

A lo largo de los siglos, los incendios habían causado estragos de manera repetida en Trondheim. Después

de un fuego en 1681, solo quedaron intactas dos iglesias de piedra, por lo que se reconstruyeron calles anchas y rectas que funcionarían como cortafuegos. De acuerdo con el plano de la ciudad, las dos calles que funcionaban como ejes se cruzarían en la plaza del mercado. El resto de las calles estaba distribuido como un tablero de ajedrez, aunque esta idea no pudo verse realizada del todo. Seguían conservándose las *veiten* de la Edad Media, callejuelas laberínticas de pequeñas casas que se iban edificando sobre los cimientos de las antecesoras, reducidas a cenizas.

El cochero había bajado la capota y

silbaba satisfecho sentado sobre el pescante. Del mar llegaba un airecillo suave que jugaba con las plumas negras que adornaban el sombrero de Silje. Evidentemente, esta había estado ocupada en Trondheim adquiriendo un nuevo vestuario. Sofie no reconocía ni la capa de tafetán oscuro ni el vestido negro ornamentado con abundantes encajes que llevaba su hermana. Desde que recibió a Sofie, no paraba de enumerarle las compras hechas y los pedidos encargados. En un principio, a Sofie todo aquello le entraba por un oído y le salía por el otro. Ni compartía el entusiasmo de Silje por las novedades del mundo de la moda, ni comprendía

qué era lo que encontraba tan satisfactorio en comprar cosas como costureros, un juego de peine y cepillo, hilo de bordar o telas para cortinas.

—... encargado dos edredones de plumón en el comercio de Brunn, en la Tryggvasonsgata y... —decía Silje en aquel instante.

Sofie pestañeó e interrumpió a su hermana.

—¿Edredones? Por lo que más quieras, ¿para qué necesitas dos edredones nuevos?

Silje arqueó las cejas.

—¿Acaso no me escuchas? Te lo acabo de explicar.

La había pillado; Sofie murmuró:

—Lo siento, estaba algo distraída.

—Tch, tch, tch —chasqueó Silje y meneó la cabeza—. Eres y seguirás siendo una soñadora. Padre me ha pedido que aproveche mi estancia para completar el ajuar.

—¿Ajuar? Pero eso significa que... Eh... ¿Acaso te vas a casar?

Sofie miró a su hermana con sorpresa. ¿Eran justos esta vez los reproches de su hermana? No era buena señal estar tan profundamente abstraída en su propio mundo como para no enterarse de algo de tal importancia. En la cabeza de Sofie zumbaban preguntas de todo tipo.

—¿Con quién te has prometido?

¿Está permitido que te cases cuando ha pasado tan poco tiempo desde la muerte de madre? ¿Y por...? —barbulló.

Silje levantó una mano y la frenó.

—¡Tranquila! Todavía no he dicho que esté prometida.

—Ah, ¿pero no lo estás? —Sofie arrugó la frente—. ¿Entonces para qué tienes que completar tu ajuar?

—Padre me ha dado a entender que tiene el candidato idóneo para mí —comenzó Silje.

—¿Te lo ha insinuado? —vociferó Sofie—. ¿Eso quiere decir que no sabes quién es?

Silje se encogió de hombros.

—Por favor, no me vengas ahora con

la sandez ingenua de que el amor es el único y verdadero motivo para casarse. Además no creo que padre me obligue en caso de que tenga algo que objetar a su elección.

Sofie dedujo por su tono que Silje descartaba esta última posibilidad. Parecía confiar plenamente en su padre. Si a su parecer había encontrado a un buen hombre, no cabía duda para ella. Sofie no entendía por qué su hermana, que en otras ocasiones era tan testaruda, no quería tomar por su cuenta una decisión tan trascendente; sin embargo, rehuyó otra discusión. En el pasado había constatado que la imagen que tenían Silje y ella de una vida feliz y de

su papel como mujer se encontraban a kilómetros de distancia.

—Aún no me has dicho por qué me necesitabas aquí tan urgentemente —dijo acomodándose en el sillón del coche.

—No exageres tanto siempre. ¿Acaso he dicho que se tratara de algo urgente? —Silje suspiró—. En mi opinión te haría bien estar un poco en compañía y pensar en otras cosas. Ya te has aislado demasiado tiempo. Además, no está bien que ignores a la tía Malene.

Sofie resopló con fuerza. La indignación que le provocaba el comportamiento impertinente de Silje hacía que le hirviera la sangre. ¿Acaso la consideraba una criada que pudiera

manejar a su antojo? Ni siquiera consideraba oportuno darle una explicación. Era humillante. Sofie apretó los labios. Una voz dentro de ella le susurró: «ahora que *mamma* no se encuentra a nuestro lado, nadie puede parar a Silje. Por fin puede presumir de ser lo que siempre había deseado: la señora de la casa —Sofie suspiró—. ¡No tiene por qué ser de nuestra casa! Si los planes de padre salen bien, pronto dará el sí y podrá dedicarse a tiranizar a otros». En su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

—Tienes toda la razón. No debería aislarme todo el tiempo ni ofender a la tía Malene en la medida de lo posible.

Silje le lanzó una mirada desconfiada y se dispuso a hacer una observación.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo el cochero y tiró de las riendas de los caballos delante de una gran casa.

Sofie no se había dado cuenta de que ya habían cruzado la plaza del mercado, pasado la Munkegata, girado a la derecha para entrar en la Erling Skakkes Gata, en cuyo cruce con la Prinsensgata se encontraba la propiedad de la familia Hustad. Como la mayoría de las casas de la burguesía de la ciudad, era una construcción de madera de dos plantas. Acababan de pintar la fachada, revestida con alargados paneles de madera, de un

blanco que resplandecía a la luz del sol. Sobre los marcos de las ventanas había pequeños tejados a dos aguas y una guirnalda de flores tallada adornaba la parte superior de la puerta de dos hojas.

En cuanto Sofie y Silje entraron al vestíbulo, les rodeó un corro de niños que les dieron la bienvenida con un magnífico saludo. Dos de los mayores reconocieron a Sofie, los tres menores la veían por primera vez. La tía Malene, la esposa de Sophus, el hermano de Ragnhild, tenía cuarenta y cinco años y ya había dado a luz a nueve niños cuando dio la vida a principios de año al que por ahora era su último hijo. Con este en los brazos se apresuró desde el

ala lateral, donde se encontraba la cocina. Llevaba un vestido sencillo de estar por casa y los cabellos recogidos en una trenza. Desde un punto de vista superficial era una persona poco llamativa. No obstante, la viveza y el calor que irradiaba le otorgaban un belleza especial. Malene le dio el bebé a una niña de unos doce años y abrazó a Sofie.

—¡Bienvenida! Me alegro de que hayas venido y de que acompañes a tu hermana esta tarde. Por desgracia yo no voy a poder. Y a la mayor seguro que le habría encantado, pero ahora mismo ha ido a visitar a su madrina a Inderøy y... ¡No! ¡Ese mantel, no! El de florecillas

azules.

Mientras exclamaba, Malene se volvió hacia una sirvienta que se dirigía al comedor con una tela doblada. Al mismo tiempo apareció la cocinera por el pasillo que daba al ala de las tareas domésticas.

—El carnicero se acaba de presentar y espera su pedido.

Malene asintió y les dijo a Sofie y Silje:

—Perdonadme, ya veis lo ocupados que estamos. Nos vemos luego en la mesa.

Volvió a coger al bebé, mandó a su hija a por el ama de cría que debía encargarse del pequeño, encargó a un

chico de unos catorce años que subiera la maleta de Sofie y regresó a la cocina gritando:

—¡La comida estará lista a las cinco!

Silje arrugó la nariz.

—Así es todo el día —susurró a Sofie—, siempre tiene algo que hacer. En realidad sabe Dios que no es necesario que se ocupe de todo. Tío Sophus le ha propuesto más de una vez contratar una asistente, pero tía se niega rotundamente.

Sofie se encogió de hombros y siguió a su hermana al primer piso, donde tenían su morada. Entendía bien a su tía. Puede que fuera agotador dirigir

una casa tan grande y al mismo tiempo trabajar en ella. Sin embargo, la felicidad que Malene llevaba literalmente escrita en el rostro se debía a esta condición. Seguro que sentaba bien asumir responsabilidades, sentirse necesitada y velar por el bienestar de los suyos.

—¿Adónde voy a acompañarte esta tarde? —preguntó.

Con un gesto, Silje mandó salir de la habitación a los niños que las habían seguido y cerró la puerta.

—Te va a gustar —respondió—, vamos al Tivoli.

—¿Al teatro de variedades? ¿Nosotras solas? ¿No lo encuentras un

poco... arriesgado?

—¿Por qué arriesgado? El Hjorten, a fin de cuentas, no es cualquier establecimiento de cabaré de segunda clase, sino un local que goza de muy buena reputación. No pasa absolutamente nada porque vayamos. Ya has escuchado que la tía Malene habría dado permiso a su hija.

—Puede ser —dijo Sofie—, es solo que... Lo siento, pero lo que menos esperaba de ti era una propuesta así... — Se detuvo y continuó—. Me refiero a si es conveniente, estamos de luto.

Silje alzó los hombros.

—No sé lo que te pasa de repente. Normalmente no te importa lo que es

conveniente y lo que no. Además aquí no nos conoce nadie. La tía Malene lo ve bien. Está convencida de que aun estando de luto también deberíamos tener derecho a distraernos. Y nuestra madre no habría tenido nada que objetar. Todo lo contrario, siempre nos hablaba del Tivoli con entusiasmo. Así que iremos en su memoria.

—¿Y padre? ¿Crees que estaría de acuerdo? —continuó Sofie. No dejaba de sospechar que Silje le ocultaba algo.

—¡Claro que sí! —soltó—. Eh... supongo. Al fin y al cabo casi lo ha dispuesto él...

—¿El qué?

—Ay, nada —respondió Silje y evitó

la mirada de Sofie.

—¡Ah, entiendo! —exclamó Sofie—. Así que no vamos solas.

—Bueno, a ver... Se trata solo de una cita sin compromiso...

—Y necesitas una carabina, porque esta cita te la ha propuesto un hombre —completó la frase Sofie—. Por eso me escribiste.

Silje pasó por alto su comentario y se volvió hacia el espejo del tocador que se encontraba frente a las camas contra la pared.

—¿Qué me puedo poner esta noche? Ojalá no tuviéramos que ir de este negro tan desagradable. Me hace la piel muy pálida.

—¿Por qué le das importancia?

—Solo tú podías hacer una pregunta así —respondió Silje moviendo la cabeza de un lado a otro—. Que estemos de luto no quiere decir que tenga que ir por ahí como un espantapájaros.

Sofie no se dejó sorprender por su tono de menosprecio.

—¿A quién quieres caer en gracia esta noche? ¿Con quién vamos a encontrarnos?

—Lo dicho, no es seguro que... —masculló Silje.

Sofie se cruzó de brazos y miró a su hermana con un gesto amenazador. Esta suspiró exageradamente y puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, pero solo para que me dejes en paz. Ayer fui al Sparebank para honrar una letra de cambio que padre me había dado. Además, debía entregarle en persona una carta de su parte al señor Lund, el director del banco, que tuvo que excusarse. En su lugar me recibió su hijo Fredrik, que...

—Que aprovechó la ocasión para quedar contigo esta tarde. —Su hermana la interrumpió mientras la escudriñaba con la mirada.

Silje se sonrojó. Sofie entrecerró los ojos. Era extraordinario que su hermana se sintiera avergonzada. Este Fredrik debía de haberle causado una impresión considerable. Estaba desconcertada.

—¿Qué querías decir con que padre lo ha dispuesto? ¿Quizá crees que ha urdido vuestro encuentro?

—No estoy del todo segura. Pero no me puedo creer que haya sido casualidad que justo a esta cita no pudiera acudir el director Lund... — Silje se encogió de hombros.

Sofie asintió. Eso era típico de su padre. Le encantaban las intrigas de ese estilo. ¿Sería el joven banquero el futuro marido que había tomado en consideración para su hija mayor? Sería un partido razonable. ¿Por eso había dejado marchar a Silje de tan buena gana a Trondheim?

—Aunque me parece un poco

extraño —opinó—. ¿Cómo puede maquinarse tales planes justo después de la muerte de madre?

—¿Y por qué no? A fin de cuentas la vida continúa. Además no sabemos si es padre quien se esconde detrás de todo esto. —Cogió un cepillo y se lo tendió a Sofie—. ¿Me ayudas con el pelo? La sirvienta aquí es muy torpe, ni siquiera sabe hacer peinados. Ya has visto cómo anda la tía Malene.

Sofie se calló la observación de que su tía no le daba mucha importancia a que la melena le quedara perfecta y tampoco tenía tiempo para cepillarse el pelo ni para peinados complicados que requirieran horas de dedicación.

Mientras le deshacía el moño a su hermana y empezaba a peinar su larga mata de pelo, volvió a dudar de si realmente confiaba en Silje. ¿De verdad le afectaba tan poco la pérdida de su madre? ¿Solo podía pensar en su apariencia y en flirtear con jóvenes? Sofie no se atrevía a preguntárselo. Temía la respuesta.

A las ocho de la tarde Sofie y Silje se dirigían en un coche de dos caballos a Ila, el barrio de las afueras donde se encontraba el Tivoli. Todavía estaban a plena luz del día. Era una de esas noches de verano en las que el sol se ponía

alrededor de las once después de haber estado brillando casi veinte horas. Por las calles imperaba una actividad frenética. El buen tiempo atraía a multitud de caminantes que paseaban por las anchas aceras. Los coches de caballos, carros y jinetes se desplazaban por la calzada, y de vez en cuando pasaba rechinando un ómnibus de dos pisos.

Si por Sofie fuera, habrían hecho el camino en uno de aquellos vehículos. Le habría encantado sentarse en la cubierta del gran carruaje y disfrutar de las vistas que ofrecía aquel puesto elevado. Silje había rechazado su propuesta con un gesto desdeñoso y le había dado a

entender que apretujarse en un medio de transporte tan proletario era algo muy por debajo de su categoría, ya que probablemente tendría que soportar el traqueteo en un espacio reducido junto a individuos que no se habían aseado.

Silje había ordenado al cochero dar un rodeo por la Kjøpmannsgata y una vez allí recorrer toda la Kongensgata hacia el oeste en dirección a las afueras. Era una paralela a la Erling Skakkes Gata, por la que también se podía llegar a la iglesia de Ila, recién erigida, y al parque público, abierto en 1891, y en cuyo extremo se encontraba el cabaré. Sofie comprendió enseguida el motivo por el que hicieron aquel rodeo. Por un

lado saltaba a la vista que Silje disfrutaba yendo en coche de caballos. Por otro lado, numerosas instituciones municipales y de otra índole habían erigido palacios ostentosos en la Kongensgata, el segundo eje principal de la ciudad. Se trataba de construcciones de piedra, lo que a ojos de Silje daba una imagen más cosmopolita y causaban mejor impresión que las casas de madera.

Cuando el coche llegó al cruce con la Prinsensgata tuvieron que hacer una breve parada para dejar pasar una tropa de caballería del segundo regimiento de Trondheim. Silje admiró los elegantes uniformes, mientras que Sofie dejó

vagar su mirada sobre los transeúntes que pasaban por la acera. Un rápido movimiento que percibió de reojo le hizo girar la cabeza. Un joven había saltado escaleras abajo en la entrada del edificio ante el cual se encontraban estacionados. Lo miró directamente a los ojos y se estremeció. Aquel azul intenso le resultaba familiar. Mientras le daba vueltas a dónde podría haber visto antes a ese hombre, este tocó con la punta de dos dedos la visera de su gorra e inclinó la cabeza en un breve saludo.

—¿Y de qué conoces tú a un socialista? —preguntó Silje y miró a Sofie desconfiada.

—Nada de nada, por supuesto. ¿Qué

pregunta esa? ¿Y cómo has reconocido su orientación política?

Silje señaló el letrero sobre el portal. Se podía leer en grandes caracteres: *Arbeiderforening*. Se encontraban ante el edificio de la Asociación Obrera, en el que también se encontraba la caja de ahorros de los trabajadores.

—Entonces, ¿por qué te ha saludado ese chico?

—No tengo la menor idea —respondió Sofie—. Probablemente se habrá equivocado. Después de todo no conozco a nadie aquí.

Entretanto, la brigada de caballería había terminado de pasar. El cochero

dio un chasquido con la lengua y los caballos volvieron a ponerse en movimiento.

Sofie miró al hombre y sus ojos volvieron a encontrarse. Se estremeció y giró la cabeza, mientras él se alejaba con pasos acelerados en dirección contraria. Aún seguía sintiendo su mirada cuando ya habían pasado varias manzanas. Nadie la había mirado antes de esa manera. No había sido una de esas miradas admiradoras, ávidas o sentimentales que a menudo cosechaba. Había algo más en ella. Una invitación. Como si hubiera visto algo que ni ella misma reconocía y que él quería que descubriera.

Mientras pensaba en aquello, se sintió de repente trasladada al cementerio de Røros. ¡Allí era donde había visto esos ojos azules! El día del entierro de su madre. Eran los del hombre negro que le había ayudado a recoger su breviario del suelo.

Røros, Junio de 1895 – Clara

Poco antes de la medianoche, Clara cayó en un sueño agitado del que despertaría antes de que hubieran pasado tres horas. Todavía reinaba la oscuridad. El sol saldría alrededor de las tres y media, dos horas antes que en Bonn. Clara aguzó el oído. Silencio, silencio absoluto. Ni un sonido entraba

por la ventana abierta. El viento se había calmado, el tenue silbido a través de las agujas de los pinos había cesado. Contuvo la respiración de manera involuntaria. No se acordaba de haber experimentado tal silencio en toda su vida. Era inquietante. De nuevo la invadió un sentimiento de amenaza. El miedo a disiparse en semejante silencio.

—¿Tampoco puedes dormir? — preguntó Olaf en voz baja.

Clara respiró profundamente y sintió una oleada de alivio. La voz de su marido hizo desaparecer la idea de encontrarse dejada de la mano de Dios, en una soledad que podría devorarla si no se andaba con cuidado.

—Lo siento —dijo Olaf y cogió su mano, que yacía sobre la manta.

Clara rodeó sus dedos y los apretó. El contacto le sentaba muy bien después de los días que Olaf había pasado a su lado como un extraño. Se le había hecho una eternidad.

—¿Me dices lo que ha pasado? —susurró después de un rato. Sentía su corazón latirle en el cuello. ¿Había sido demasiado rápida? ¿Volvería Olaf a su caparazón?

Olaf carraspeó. Su voz sonaba ronca.

—Esperaba haber dejado todo en el pasado. Poder huir. Pero se encuentra en lo más profundo de mi ser. Lo llevo a

todos lados conmigo. Incluso a Samoa me acompañaría. Qué tonto he sido al creer que...

Enmudeció. Clara fue soltando poco a poco su mano de la de él y le acarició el brazo.

—Entiendo lo que quieres decir. También he intentado olvidar algo durante mucho tiempo. El dolor de que nadie te quiera. Que te lleven a un orfanato y no saber por qué. Eso fue lo peor. Sentía que no tenía ningún valor.

Clara escuchó cómo Olaf tomaba aire con fuerza.

—No lo sabía —dijo—, me refiero a que habías sufrido tanto. Me habías dado siempre la impresión de ser tan

fuerte y de que a pesar de todo habías tenido una infancia feliz... Si lo hubiera sabido...

—¿Cómo ibas a saberlo? —lo interrumpió Clara—. Nunca te lo he contado. —Para adelantarse a la pregunta que inevitablemente le haría, continuó enseguida—: No porque no quisiera confiártelo, sino porque la hermana Gerlinde me cambió la vida. Muchos años antes de que nos conociéramos. Me dio su amor y me ayudó a dejar de ver mi pasado como una mácula.

Clara no mencionó que, a pesar de todo, a veces le sobrevenía un complejo de inferioridad, y que en los peores

momentos, le daba vueltas a la cabeza sobre el motivo que podrían haber tenido sus padres para dejarla en el orfanato sin ninguna pista sobre su identidad. Ese no era el momento de hablar de ella.

Se dio la vuelta y se apoyó en sus codos. Su marido, que estaba tumbado sobre la espalda a su lado, más que verla la intuía. A cobijo de la oscuridad se atrevió a preguntarle lo que tanto desasosiego le causaba desde hacía años. Esperaba que la penumbra también le facilitase encontrar finalmente la respuesta.

—¿Qué hizo que tú y tus padres os distanciarais? ¿Por qué has perdido el

contacto con ellos?

—En última instancia fue mi negativa a seguir los pasos de mi padre, de dirigir el aserradero —dijo tras una pausa—. No pudieron entenderlo ni quisieron aceptarlo. Pero en realidad no nos hemos distanciado. Eso solo sucede si antes ha habido una cercanía.

—¿Y no la había? —preguntó Clara.

—Ya lo sé, suena increíble —dijo Olaf, que había reconocido la duda en su voz—. No conoces a mis padres. Es cierto que no son malas personas, pero están tan centrados en sí mismos que no perciben el mundo a su alrededor... Nunca debieron tener un hijo. En su pequeño universo no había lugar para

una tercera persona.

Hizo una pausa. Clara permaneció inmóvil y esperó a que continuara hablando, que se liberara de ese antiguo peso que durante tanto tiempo había acarreado.

—Cuando les dije a mis padres que quería licenciarme en Derecho en Alemania, me miraron como si fuera un chiflado. A mi madre se le vino el mundo encima, ya se había imaginado que aliviaría a padre del trabajo y sobre todo de la responsabilidad que en el fondo nunca había llegado a asumir. Debía facilitarle una vida sin preocupaciones. Estaba claro que esperaba eso de mí. Para ella era

inimaginable que pudiera tener otros planes.

—Porque ella misma haría todo lo posible por contentar a tu padre — masculló Clara.

—¡Eso es! Todo el resto le daba igual —dijo Olaf. En su voz vibraba la amargura. Y la tristeza—. Cuando se dio cuenta de que iba en serio, dejé de existir para ella. Ni siquiera se despidió de mí.

—¿Y tu padre?

—Me deseó suerte y en el mismo segundo me dejó claro que no esperara ningún apoyo por su parte.

—¿Y desde entonces nunca has vuelto a...?

—Pues sí, les escribí una vez. Cuando conseguí matricularme en la universidad de Bonn y recibí una beca gracias al profesor Dahlmann. Creí que quizá se sentirían orgullosos y que verían que era el camino adecuado para mí.

—Pero nunca te respondieron. —
Más que preguntarlo, lo constató.

Olaf se volvió hacia ella.

—Te estoy muy agradecido por cómo cuidas a nuestro Paul. ¡Eres la mejor madre que jamás he visto!

Clara apoyó la cabeza en su pecho.

—Espero que puedas hacer las paces con tu madre antes de que...

—Te prometo que lo haré. —Olaf la

besó en la frente—. Entonces empezaremos una nueva vida en los mares del Sur.

Clara cerró los ojos y rezó en silencio: «Te lo ruego, santa Adelaida, ¡no permitas que lleguemos tarde!»

Al día siguiente, la última etapa del viaje los adentró cada vez más en las montañas. Las vías del tren serpenteaban a través de bosques infinitos hacia el noreste siguiendo el Glåma, que cada vez era más salvaje y murmuraba por un cauce que iba estrechándose. Tras varias horas, los árboles se retiraron y dieron paso a una vegetación escasa.

Finalmente llegaron a una meseta cubierta por una extensa turbera, a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar y delimitada por una colina enorme de un blanco resplandeciente. Delante de esta, una iglesia imponente dominaba un pueblo rodeado de oscuras colinas de rocalla.

—¡Mirad! —gritó Paul mientras señalaba fuera de la ventana—. Allí al fondo todavía hay mucha nieve.

—Aquello no es nieve. Es la duna movediza Kvitsanden, que significa «arena blanca» —explicó Olaf.

—¿Una duna de arena? —Clara se inclinó hacia la ventana—. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Creía que solo las

había en el desierto.

—Eso es lo que se suele creer. Se supone que esta de aquí se formó al final de la última glaciación, cuando el viento barrió el material más fino del terreno pedregoso que surgió al descongelarse los glaciares y lo trajo hasta aquí —dijo Olaf.

Clara volvió a mirar por la ventana.

—¿Es Røros? —preguntó y señaló el lugar al que se dirigía el tren.

Olaf asintió y se levantó para sacar la maleta del portaequipajes. Clara sintió que se le encogía el estómago. Se preguntó temerosa qué les esperaba en las próximas horas. Paul saltaba agitado en su asiento y tiraba de la manga de su

padre.

—¿Vivías allí antes de casarte con mamá?

Olaf asintió, miró su reloj de bolsillo, se sentó de nuevo y suspiró. Aún quedaba una media hora para llegar. Clara percibió la tensión.

—¿Y si nos cuentas por qué Røros fue construida en este lugar tan aislado? —preguntó para distraerlo.

Olaf la miró, sonrió de manera imperceptible y se dirigió a Paul.

—Cuando tenía tu edad, nuestro profesor nos llevó una vez a la iglesia. Allí colgaban muchos cuadros de personajes importantes, entre los que se encontraban los hombres que

desempeñaron un papel importante en la fundación del pueblo. Pero para ser exactos, en realidad a quien tenemos que agradecerse lo es a un reno.

—¿A un remo? —preguntó Paul mientras arrugaba la frente—. ¿También se puede llegar en barca?

—Reno, con ene, no remo —respondió Olaf—. La palabra proviene del nórdico antiguo *hreinn*, que quiere decir animal con cuernos o astado. Los renos son un tipo de ciervo que vive aquí en el norte.

Paul asintió y preguntó:

—¿Y qué fue lo que hizo este rennno?

—Veamos, la historia dice así: Hace

mucho, pero que mucho tiempo, solo vivían aquí un par de campesinos que se dedicaban a criar vacas, cabras y ovejas y que al mismo tiempo pescaban y cazaban. Hans Olsen Aasen vivía en una granja con su familia. Un día le entraron ganas de comerse un asado y se dirigió al bosque a cazar un reno.

—¿Al bosque? —Paul interrumpió a su padre e hizo una mueca de duda—. No veo árboles por ningún lado...

Olaf se puso a reír.

—Es verdad, la tierra se ha quedado sin árboles. Pero antes crecían muchos pinos y abedules. Se talaron todos porque la madera era necesaria para construir casas y sobre todo para

encender las estufas.

—Ah, vale... —Paul se apartó de la ventana.

—El caso es que el campesino siguió el rastro de un reno y le disparó —continuó Olaf—. Mientras este luchaba contra la muerte, pataleó contra el suelo y partió una piedra rojiza y reluciente. Como brillaba tanto, Hans Aasen se la guardó en el zurrón y se la llevó a casa. Unas semanas más tarde le visitó Lorentz Lossius, un minero que trabajaba en un yacimiento de cobre a unos cien kilómetros de aquí. Era originario de Alemania, de donde venían los mejores mineros. Cuando nuestro campesino le mostró el hallazgo,

Lossius reconoció enseguida que se trataba de cobre de buena calidad. Se dejó guiar hasta el lugar del bosque en el Storvola donde el reno había sacado la piedra de la tierra y constató que debajo había un gran yacimiento.

—¿Eso fue a mediados del siglo XVII, verdad? —mencionó Clara dando golpecitos a la cubierta de la guía *Baedeker*, en la que poco antes se había informado sobre Røros—. Aquí se excavaron las primeras minas subterráneas en la montaña.

—Eso es —dijo Olaf—. El rey danés Christian IV, que también reinaba en Noruega, ordenó el establecimiento de una explotación con colonia para los

mineros que acudían de todas partes a trabajar. Le otorgó al lugar el estatus de comunidad minera y con ello derechos extraordinarios, ventajas fiscales y otros privilegios que promocionaban la explotación del mineral.

—¿Y qué pasó con Hans Aasen? — preguntó Paul impaciente—. ¿Se convirtió en un rico campesino de sillón?

Olaf arqueó las cejas y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Le he hablado sobre los campesinos del Østerdal, que se han hecho tan ricos vendiendo madera que casi no tienen que trabajar y pueden acomodarse —dijo Clara.

—Os referís a los *sofabønder* —
Olaf sonrió satisfecho—. Sí, así debería
haber sido. Pero en realidad nuestro
campesino fue traicionado. Porque
Lossius sostenía haber descubierto el
cobre y no estaba dispuesto a pagarle
una recompensa, y mucho menos a
hacerle partícipe de las ganancias.

—¡Qué malo! —gritó Paul.

—Sí, fue muy malvado —confirmó
Olaf—. Pero Lossius no supo sacarle
partido. Fue el primer director de la
empresa de cobre, pero pocos años más
tarde perdió su puesto. Otro hombre, a
quien el rey debía mucho dinero, se
había reservado el derecho de vender el
cobre e instó a Lossius a dejar el cargo.

—¿Y el nuevo director le dio algo al campesino? —preguntó Paul.

—No, no le dio nada. Pero al menos le regalaron el terreno en el que estaba su granja. Así como el derecho a darlo en herencia a sus hijos.

Paul torció el gesto. Era evidente que le resultaba difícil digerir que hubieran traicionado de tal manera al campesino.

—Aasengård, la granja Aasen, todavía existe. Es el edificio más antiguo de Røros.

En ese mismo instante sonó el silbido con el que el maquinista anunciaba la llegada. Unos minutos más tarde se encontraban frente al edificio de

la estación, al pie de la población. Clara creía que tomarían una de las dos calles principales que discurrían en paralelo y que subían desde la estación hasta la fundición y la iglesia. Olaf tomó el camino a la derecha que llevaba a un pequeño río, cuyo cauce dividía a Røros. Después de cruzarlo, siguieron su curso unos cien metros, hasta girar en una calle estrecha de casas de un piso. La mayoría estaban construidas con vigas de madera tosca tan oscura que parecía quemada. La impresión se vio acentuada por el olor metálico a quemado que flotaba en el aire.

Paul miró alrededor curioso y preguntó:

—¿Por qué son tan negras las casas?

—Es por el humo sulfuroso que viene de la fundición. A lo largo de los años ha ido penetrando en las vigas de madera y las ha impregnado. Da una impresión muy tenebrosa, ¿verdad? Esto tiene la ventaja de que es más difícil que la madera arda. Si se declara un incendio, no se propaga tan fácilmente.

Se paró frente a una imponente casa de dos plantas con una fachada revestida de paneles amarillo ocre. Los marcos de las ventanas, la puerta de entrada y un gran portón lateral que llevaba al patio interior estaban pintados de un marrón rojizo, y el tejado estaba cubierto con tablillas.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Olaf y dejó las dos maletas en el suelo. Se irguió, subió los tres escalones hasta la puerta y golpeó con la aldaba que había en el centro. Clara cogió a Paul de la mano y miró hacia la entrada conteniendo el aliento. Unos instantes después se abrió. Salió una mujer de unos cincuenta años.

«Es hermosa —pensó Clara—. Así podría haber sido Blancanieves a una edad avanzada: facciones proporcionadas con una piel casi sin arrugas, cabellos negros cubiertos por un par de mechones blancos, labios rojos y carnosos, y ojos grandes y oscuros bajo cejas ligeramente curvas.»

La mujer se estremeció. Se llevó una mano a la boca y con la otra hizo un movimiento de defensa.

Olaf empalideció y vaciló.

—*Mor?* —susurró.

La mujer lo miró sin reparar en Clara ni en Paul y gritó:

—*Nå er alt forbi! Nå er alt håp ute!*

10

Trondheim, junio de 1895 – Sofie

Aquella tibia tarde de sábado, Ila atrajo a muchos habitantes de Trondheim y a turistas. A Sofie le daba la impresión de que la mitad de la ciudad se dirigía al mismo lugar que Silje y ella. En el recorrido a lo largo del parque que terminaba en el Hjorten tuvieron que unirse a una multitud de vehículos de

todo tipo. De vez en cuando les adelantaban jinetes que trotaban a lo largo de la caravana de coches. El ambiente se había animado. El trajín de la ciudad había dado paso a una calma sosegada. Se dirigían cortesías, los sombreros saludaban, los peatones por las aceras hacían señas a sus conocidos, desde el parque llegaban risas, el alegre griterío de niños, ladridos de perros y en algún lugar alguien silbaba una melodía animada.

Sofie no pudo evitar sonreír. En su interior empezó a ilusionarse por la velada. Al mismo tiempo se le removió la conciencia por querer divertirse cuando había pasado tan poco tiempo

desde la muerte de su amada madre. Se mordió el labio. Antes de que pudiera pensar si era algo impío, el cochero refrenó los caballos y las invitó a bajar. Estaban estacionados ante una puerta pintada de blanco. Silje cogió a Sofie del brazo y caminó con ella en dirección a una entrada junto al restaurante por la que se accedía al jardín de la propiedad.

Ya en la década posterior a 1870, el antiguo restaurante con bolera propiedad de Hans Lemvig Christiansen, que lo bautizó como Hjorten («ciervos»), se había convertido en un popular cabaré con un escenario al aire libre. Después de su muerte, la viuda intentó en vano continuar con la fama y mantener el

negocio. Debido a la ausencia de artistas, y en consecuencia de público, las cajas se vaciaron en 1888 y el local arruinado se vendió en una subasta forzosa. Se lo adjudicó Rudolf Gehe, un inmigrante alemán que antes había trabajado de portero en el lujoso Britannia Hotell. Después de una reforma integral del local, el Hjorten volvió a abrir las puertas y experimentó un nuevo apogeo. Gracias a sus buenos contactos en el mundo del cabaré y de las óperas más importantes de Hamburgo y Berlín, Rudolf Gehe pudo comprometerse regularmente con grandes figuras de la música, acróbatas, actores, grupos de baile y otros tipos de

artistas de varietés de renombre internacional y traerlos a Trondheim como invitados para las actuaciones de verano.

Silje se detuvo en un lateral de la plaza, cubierta de gravilla, y dejó que su mirada recorriera las numerosas mesas y sillas dispuestas en varias filas ante el escenario cubierto. Este se encontraba en un extremo del terreno alargado. Frente al restaurante y algunos edificios bajos, situados en uno de los extremos más largos, había plantados árboles y arbustos de los que colgaban farolillos de colores. En el centro del jardín, el agua de una fuente brotaba desde una pileta redonda hacia el cielo. El

borboteo se confundía con las notas de una marcha alegre que tocaba una orquesta de diez miembros en la parte trasera del escenario.

—¡Qué agradable sorpresa!
¡Señorita Svartstein!

Un hombre de unos treinta años se había acercado a ellas y se quitó el sombrero ante Silje.

—Oh, señor Lund —respondió esta y le tendió su mano derecha enguantada.

«Así que es este», pensó Sofie examinando al hijo del director del banco, que ofrecía un aspecto immaculado con una raya lateral perfectamente peinada y las patillas afeitadas. Se había hecho la manicura y

llevaba una levita que le quedaba como un guante.

—No me atrevía a contar con su presencia —continuó, tomó la mano de Silje y se inclinó insinuando un beso.

Silje dijo con una sonrisa altanera:

—He conseguido arreglármelas.

Fredrik Lund le ofreció su brazo y señaló una mesa que se encontraba a unos metros de ellos cerca del escenario. Sentados a ella había cuatro caballeros que miraban en su dirección.

—¿Me permite acompañarla a nuestro pequeño círculo?

Silje asintió y se enganchó a él. Con la otra mano tomó a Sofie por el codo y la acercó a su lado. Fredrik Lund la rozó

con una mirada furtiva.

—Esta es mi hermana Sofie —dijo Silje—. Se ha empeñado en venir. Espero que no le incomode.

Sofie frunció el ceño. ¡Era el colmo! ¡El comportamiento de Silje era inadmisibile! Primero le ordenaba acompañarla sin preguntarle si estaba de acuerdo y luego hacía como si ella hubiera insistido. Como si fuera una niña pesada que hubiera gimoteado hasta satisfacer su capricho de acompañar a los adultos.

Fredrik Lund apretó el brazo de Silje y murmuró:

—Pero ¡por favor! ¿Cómo iba a molestarte? —Saludó a Sofie con el

sombrero y dijo débilmente—: Un placer conocerla.

Sofie se obligó a sonreír y siguió a la pareja hasta la mesa donde estaban los cuatro caballeros. Todos tenían aproximadamente la misma edad que Fredrik Lund, vestían trajes a medida y zapatos de cuero lustrados. Cuando Silje y Sofie se acercaron, se levantaron y se pusieron sus sombreros Homburg de fieltro oscuro y con el ala levantada.

Al principio, atrapada en su enfado por las mentiras descaradas de Silje y la indiferencia con la que el banquero la había saludado, a Sofie le costó trabajo concentrarse en el banquero, que les presentaba a sus amigos. Saltaba a la

vista que dos de ellos eran hermanos; llevaban juntos una empresa. Los dos tenían la misma voz ronca y se parecían mucho por sus perillas puntiagudas y sus caras alargadas. Sofie los bautizó para sí misma *brødrene geitebukk*, los «hermanos cabríos». El tercero tenía un bigote negro con las puntas retorcidas hacia arriba. Su palidez y la gracia con la que se había echado al cuello un chal le daban la apariencia de un dandi inglés o un bohemio. Por lo menos así se imaginaba Sofie a los individuos de esta especie. Incluso se sintió desilusionada cuando se presentó como el hijo del patrón de una fábrica de vidrio. Al presentar al último, un moreno delgado

de ojos oscuros y brillantes con un pequeño bigote, Fredrik Lund tartamudeó.

—Moritz von... eh... Plu... eh... Pla...
Ma...

—Moritz von Blankenburg-Marwitz
—acudió este en su ayuda.

Sofie se dio cuenta de que Silje aguzó el oído y se dirigió al caballero que Sofie sospechaba más joven que el resto y que tendría unos veinticinco años.

—Se trata de un nombre alemán, ¿estoy en lo cierto? —preguntó Silje.

Fredrik Lund asintió.

—Sí, sus sospechas son acertadas. Se encuentra de paso y se hospeda en

casa de mis padres.

—Lo siento, no hablo noruego — dijo en aquel instante el alemán con un fuerte acento.

—No se preocupe —dijo Silje de manera entrecortada en alemán y le regaló una sonrisa—. Así podré volver a practicar por fin su hermoso idioma.

Sofie arqueó las cejas. Si su memoria no le engañaba, a Silje nunca le había gustado especialmente el alemán, que se enseñaba en las escuelas como primera lengua extranjera. Por el contrario, siempre se quejaba de las complicadas excepciones y de la sintaxis enrevesada, y nunca se hubiera prestado, como su hermana, a leer

voluntariamente un libro alemán en el idioma original.

Fredrik Lund carraspeó y se inclinó hacia Silje, a la que le sacaba una cabeza.

—No sé qué pensará usted —dijo a media voz—, pero estos nombres alemanes son puros trabalenguas. Sobre todo los de la nobleza, son exagerados. Por el amor de Dios, ¿quién es capaz de recordar tales monstruosidades de nombre? —Su tono de voz manifestaba su disconformidad.

Sofie contuvo una risita. Fredrik Lund confiaba ciegamente en que Silje compartía sus prejuicios contra los títulos nobiliarios en general y los

alemanes en particular. «Si supiera lo equivocado que está», pensó. Con su comentario había conseguido acabar de despertar la curiosidad de Silje por ese tal Moritz: ella y su debilidad por los nombres de la nobleza. Sintió cómo crecía la alegría en su interior. La velada prometía ser entretenida.

Después de conseguirles sillas a Silje y Sofie y de que todos se hubieran sentado, un camarero se apresuró a tomar nota del pedido de las recién llegadas. Sofie, que había tomado asiento entre los *brødrene geitebukk*, pidió una limonada. Su hermana, flanqueada al otro lado de la mesa por Fredrik Lund y el joven alemán,

estudiaba detalladamente la carta de bebidas.

—¿Me permite invitarla a una copa de champán? —preguntó Fredrik Lund.

—Es muy tentador —respondió Silje —, pero no estoy segura... —Volvió a echar un vistazo a la carta y se dirigió a Moritz von Blankenburg-Marwitz—: ¡Tienen cerveza alemana de barril! ¿Y si la pruebo?

Antes de que este pudiera contestar, el fabricante de vidrio, que presidía la mesa, señaló su copa y dijo:

—¿Me permite una recomendación? El jerez es bastante bueno.

—Disculpe que le contradiga, Eilert, pero esta señorita debería hacer caso de

nuestra elección —replicó uno de los «hermanos cabríos»—. Aquí elaboran un ponche sueco especialmente sabroso.

Su hermano asintió y, a modo de confirmación, le dio un buen trago a aquella bebida preparada con té negro, aguardiente y vino blanco, que debía disfrutarse fría.

Silje se encogió de hombros con afectación e ignoró la tosecilla del camarero, que se balanceaba sobre sus talones y daba golpecitos a la comanda con la punta del lápiz. «Cómo le gusta sentirse el centro de atención y aprovecharse de la rivalidad de los cuatro», pensó Sofie. Le hubiera encantado darle una patada en el pie. Le

avergonzaba la pose de su hermana.

—Póngame también un vino tinto —
anunció finalmente Silje señalando la
copa abombada con un líquido rojo
oscuro que tenía delante el alemán.

—Un burdeos, pues —dijo el
camarero, anotó el pedido y se apresuró
a otra mesa desde la que le habían
llamado repetidas veces con ademán de
impaciencia.

Sofie pudo apreciar cómo Fredrik
Lund torcía el gesto y lanzaba una
mirada sombría a Moritz von
Blankenburg-Marwitz. A juzgar por sus
gestos de descontento, los otros
caballeros también parecieron tomarse
la elección de Silje como una afrenta

provocada por el alemán. Sofie lo miró disimuladamente y se estremeció. Si realmente se sentía halagado por los esfuerzos de Silje por acaparar su atención, sabía esconderlo muy bien. Estaba apoyado relajadamente en su silla y posaba su mirada sobre ella. No sobre Silje, ¡sobre ella! Se le secó la boca. ¿Era su imaginación o le acababa de guiñar un ojo? No, era imposible. Nunca antes habían intentado flirtear con ella delante de Silje. Estaba acostumbrada a pasar casi o totalmente desapercibida en presencia de su hermana.

Rápidamente cogió uno de los programas dispuestos encima de las

mesas y lo abrió. Ya se habían perdido el espectáculo de las Bellona-Ritter, un trío de mujeres que escenificaba una especie de danza de espadas armadas con dagas, así como las acrobacias de un malabarista. No obstante, todavía les esperaba una variado programa hasta que comenzaran los fuegos artificiales a las once, el punto álgido de la noche. Sofie se descubrió a sí misma espiando cómo su hermana sometía a un interrogatorio a Moritz von Blankenburg-Marwitz en un alemán chapurreado.

—¿Qué le ha traído hasta Trondheim? ¿Está aquí por negocios?

—En cierto modo, sí —respondió

—. Mi tío es un apasionado coleccionista de pinturas de paisajes y marinas noruegas. Los últimos veranos ha viajado por el norte para buscar a los artistas o a sus galeristas y comprarles cuadros. En el círculo de bellas artes de esta ciudad conoció hace años al director Lund, de cuya hospitalidad disfruto en estos momentos. —Insinuó una reverencia en dirección a Fredrik Lund y continuó—. Como consecuencia de un grave accidente de equitación, mi tío debe guardar cama durante un tiempo. Por ese motivo me rogó que siguiera comprando obras y descubriendo nuevos talentos si se diera la oportunidad.

—Para ello no tendría por qué haber abandonado su país —intervino Fredrik Lund en la conversación.

—¿Por qué no? —preguntó Silje.

—El señor Lund probablemente se refiere a que muchos pintores escandinavos eligen las academias de arte alemanas para su formación. Algunos incluso han cambiado de domicilio y residen allí de forma permanente.

—Exacto —continuó Fredrik Lund—. Considere aunque sea a los miembros de la escuela pictórica de Düsseldorf, como por ejemplo Hans Gude, Anders Askevold o Morten Müller, por nombrar a alguno de ellos.

Todos ellos pueden reconocer, sin miedo a equivocarse, haber ayudado a que la pintura de género noruega reciba el trato que le corresponde en los foros internacionales.

—No sabía que fueras un entendido en la materia, Fredrik —refunfuñó Eilert, el fabricante de vidrio, mientras contenía un bostezo.

Sofie levantó la mirada y examinó al banquero. A ella también le había sorprendido la vehemencia de su discurso, destinado sobre todo a su vecina de mesa, puesto que había respondido a la pregunta de su amigo vuelto hacia Silje.

—Mi padre ha comprado varios

óleos de paisajes y de panoramas urbanos para el banco. Opina, al igual que yo, que una institución noruega debería hacerse responsable de su nacionalidad. Y ya que no podemos enseñar nuestra verdadera bandera, sino esa con la atroz ensalada de arenques sueca...

—¡Te lo ruego, Fredrik! ¿No podrías ahorrarnos tener que escuchar tus peroratas sobre política al menos esta noche? —dijo Eilert alzando la voz.

—¿Cómo te atreves a ignorar sin más tamaña cuestión? —siseó uno de los «cabríos» y fulminó con la mirada al fabricante de vidrio—. ¿Acaso no te parece insufrible vernos obligados a

enseñar en nuestra bandera un maremágnum de colores suecos y noruegos?

Saltaba a la vista que aquel era el que llevaba la voz cantante de los dos hermanos. El otro limitaba sus intervenciones en la conversación a hacer señales de asentimiento con la cabeza y, según la opinión expresada, a estirar los labios en una sonrisa o apretarlos indignado.

—No ignoro la cuestión —contradijo Eilert—, pero ya que no vamos a solucionar el problema de la bandera aquí y ahora, me gustaría abogar por borrarlo de la orden del día. Además, no queremos aburrir a nuestra

encantadora compañía femenina. —Se quitó el sombrero ante Silje.

Esta no había prestado atención a la pelea verbal entre sus compatriotas, sino que había continuado con el interrogatorio al alemán.

—¿Y a qué se dedica cuando no se encuentra comprando obras de arte por encargo de su tío? ¿Acaso puede mantenerse tan alejado de sus bienes? Supongo que en su cargo tendrá muchas responsabilidades...

Sofie se dio cuenta de que al joven noble le temblaban las comisuras de los labios. Saltaba a la vista que le divertían los esfuerzos de su hermana por tantearle y descubrir si era un

partido que mereciera la pena. Parecía que a Silje no le resultaba contradictorio estar sentada al lado del yerno que su padre había escogido y al mismo tiempo estar tanteando en otras direcciones. Al parecer opinaba que no hacía daño encenderle una vela a Dios y otra al Diablo.

Antes de que Moritz von Blankenburg-Marwitz pudiera satisfacer su curiosidad, un toque de la banda de música anunció el siguiente punto del programa. Todos los ojos se dirigieron al escenario en el que un hombre, con un frac negro y sombrero de copa, hacía una reverencia y usaba palabras melodramáticas para expresar su alegría

por poder presentar a la famosa soprano Olefine Moe, quien deleitaría al público con algunas arias que la habían hecho famosa más allá del territorio escandinavo. Una mujer de estatura media y facciones discretas entró al escenario entre aplausos. Llevaba un vestido cerrado con un pequeño escote y mangas de encaje negro. No se parecía ni de lejos a la imagen de una diva de la ópera que tenía Sofie.

Sin embargo, se dejó cautivar por su actuación en el mismo instante en que abrió la boca y entonó los primeros compases de un aria de María de la ópera cómica *La hija del regimiento*, de Gaetano Donizetti. Cerró los ojos y vio

a su madre frente a ella. Siempre hablaba maravillas del timbre dorado de esta voz, que escuchó una vez en su luna de miel en Christiania poco después del debut de la joven. Desde entonces, Ragnhild Svartstein había seguido de cerca la evolución de la soprano que, como ella, había nacido en 1850.

Olefine Moe había continuado su carrera en Estocolmo, pero tras la temprana muerte de su marido, un pianista sueco, volvió a su tierra natal en Noruega con sus dos hijos pequeños. Allí, junto con una amiga, estableció la primera ópera permanente de Christiania en la que desempeñaba los cargos de intendente, directora artística y cantante

de la mayoría de los papeles principales. A pesar de las buenas críticas y un público entusiasmado, el éxito económico no llegó. Olefine Moe tuvo que cerrar la ópera a los pocos años y ganaba el dinero para criar a sus hijos actuando como artista invitada y dando clases de canto. La madre de Sofie sentía una gran admiración por su coetánea. No solo por su talento, sino sobre todo por la independencia y la energía que la caracterizaban y que echaba de menos en sí misma, como confió una vez a su hija.

Sofie sintió que se le formaba un nudo en la garganta. En aquel momento entonaba un aria del Mignon de la ópera

con el mismo nombre del francés Ambroise Thomas. Envuelta por el sonido del triste romance *¿Conoces el país donde florecen los limoneros?*, Sofie se sintió cerca de su madre y de repente la añoró de tal manera, que empezó a dolerle el cuerpo. Tragó saliva, abrió los ojos y se asustó. Moritz von Blankenburg-Marwitz la miraba fijamente. ¿Cuánto tiempo llevaría clavando los ojos en ella de aquella manera tan descarada, con esa mezcla entre agrado y deseo? Al parecer lo suficiente como para quitarse a su hermana de encima. Silje le había dado la espalda al alemán e intercambiaba susurros con Fredrik Lund, que

resplandecía de felicidad.

Sofie inclinó la cabeza e intentó concentrarse en la música. No lo consiguió. Su corazón le palpitaba contra las costillas como si acabara de correr muy rápido. ¿O era miedo lo que sentía? La mirada del joven noble le quemaba como el fuego, la devoraba como lava al rojo vivo y enardecía un anhelo que nunca había sospechado que se ocultara en su interior. ¿Era esta la lujuria infernal de la que había advertido el pastor tantas veces a sus ovejitas? ¿La tentación en la que no había que caer por muy difícil que resultara si una no quería hundirse en la perdición eterna?

Røros, junio de 1895 – Clara

—¿Es esta mi abuelita? —murmuró Paul y alzó la cabeza hacia Clara.

—Creo que sí —respondió su madre.

—Pues no parece que esté muy enferma —constató Paul y examinó a la mujer que, después de proferir un grito de espanto, parecía que hubiera echado

raíces en la puerta a cuyo marco se aferraba.

—¿Por qué se ha asustado tanto?

—No lo sé —dijo Clara y preguntó—: ¿Olaf, es esta tu madre?

Su esposo se volvió hacia ella y asintió como en un trance. Su rostro había perdido el color y el sudor le perlaba la frente y el labio superior. Clara temía que pudiera desmayarse en cualquier momento.

—¿Qué acaba de decir?

—Que se ha acabado todo y que ya no hay esperanza —respondió con la voz apagada.

—¿Trude? *Hvem er det?* —gritó una voz desde el interior de la casa.

Un instante después apareció un hombre detrás de la madre de Olaf que le sacaba dos cabezas. A Clara le resultó difícil adivinar su edad. Su abundante pelo castaño claro, su cuerpo tenso y las manos tersas hacían que aparentase tener como mucho unos cincuenta y cinco años. Sin embargo, la profunda arruga entre sus cejas, la expresión resignada de sus ojos y la postura ligeramente encorvada traslucían una edad más avanzada.

—¡Olaf! —gritó mientras se llevaba la mano a la boca.

«Lo ha pillado totalmente por sorpresa —pensó Clara al ver el asombro en su rostro—. Pero ¿por qué?»

Debería haber contado con la aparición de su hijo.» ¿Y cómo era posible que la madre de Olaf estuviera allí, delante de ellos, si supuestamente yacía en su lecho de muerte? ¿Qué estaba sucediendo? Clara rodeó a Paul con el brazo, se acercó a Olaf, lo cogió de la mano y asintió a sus padres con una sonrisa tímida.

—*Familien din?* —preguntó el hombre.

El contacto de Clara hizo que Olaf saliera de su estupor. Sintió cómo le recorría un escalofrío. Respiró hondo y dijo con voz firme:

—Sí, os presento a mi esposa Clara y a mi hijo Paul. No hablan noruego, por

lo que os ruego que habléis con ellos en alemán. ¿Podemos pasar? —Con un movimiento de cabeza señaló a un par de transeúntes que se habían detenido y observaban la escena mientras cuchicheaban—. Creo que es más conveniente que continuemos esta conversación dentro.

Los padres cedieron el paso sin decir una palabra, Olaf cogió las maletas y los siguió llevando a Clara y a Paul consigo a la casa que había abandonado diez años atrás.

La impresión lujosa que ofrecía la elegante fachada de la propiedad se contradecía con la realidad del interior. Una vez que sus ojos se acostumbraron a

la débil luz del pasillo, Clara percibió marcas que clareaban en el papel pintado rasgado, como si sobre ellas hubieran colgado grandes cuadros o espejos. El entarimado también presentaba los bordes oscurecidos, lo que era un indicio de que antaño había estado cubierto por un tapiz. El aire era frío y olía ligeramente a moho, como si no hubieran podido calentar la casa lo suficiente como para mantener la humedad fuera de las paredes.

Una jovencita que vestía un traje de casa sencillo con un delantal apareció en el descansillo superior de la escalera que subía a la primera planta. Apoyó en el suelo el cubo de metal y la escoba de

fregar, se inclinó curiosa sobre la barandilla y se dispuso a bajar.

—*Nei, bli der! Dette klarer vi alene*
—voceó la madre de Olaf y agitó la cabeza.

Parecía que había dado a entender a la chica que no precisaban de sus servicios y que podían arreglárselas solos, pensó Clara. Se encogió de hombros y desapareció con los trastos de la limpieza.

Trude señaló un perchero y le dijo a Olaf:

—*Vi er i stua ovenpå.* —Se dirigió a las escaleras que su marido ya había ascendido.

Olaf ayudó a Clara a quitarse el

abrigo. Cuando se disponía a colgarlo, apareció desde el fondo del pasillo, que cruzaba la casa a lo largo, un hombre de cabellos grises que vestía una chaqueta raída y pantalones deformados por el uso. Llevaba al hombro una pequeña escalera y una caja de herramientas en la mano. Tenía las manos cubiertas de callos y a la derecha le faltaban las falanges del meñique y del anular. Se llevó la punta de los dedos al sombrero para saludarles y se disponía pasar por su lado hasta la salida trasera que llevaba al patio interior hasta que su mirada se posó en Paul.

Se detuvo, pestañeó y murmuró:

—*Lille-Olaf? Nei, det er ikke*

mulig!

La escalera se deslizó al suelo con estrépito, la caja de herramientas la siguió con un golpe sordo. El hombre se quedó mirando a Paul con los brazos colgando.

Clara vio cómo los ojos de su marido se abrían de par en par.

—¿Gundersen?

El hombre apartó la mirada de Paul y se fijó en Olaf. Un resplandor cruzó su rostro arrugado.

—¡Olaf!

—*Ja, det er meg!* —respondió este y se dirigió hacia Gundersen con la mano abierta, que este estrechó y sacudió con fuerza. Con la otra se

secaba las lágrimas que le brotaban de los ojos. Olaf se dirigió a Paul, le hizo un gesto para que se acercase y le presentó en alemán. Gundersen le dio un apretón de manos y dijo en un alemán tosco:

—*¡Hei, Paul! Me alegro de conocerte. Me recuerdas mucho a tu padre cuando tenía tu edad.*

Se inclinó hacia él, señaló a Clara y le preguntó:

—*¿Es tu madre?*

Paul asintió avergonzado.

—*Parece muy simpática* —continuó Gundersen, que sonrió a Clara.

—*¿No te duele?* —preguntó Paul en voz baja, que no podía dejar de mirarle

los dedos mutilados con fascinación.

—No, para nada.

—¿Cómo te lo hiciste?

—Antes trabajaba en el aserradero de tu abuelo. Una vez no tuve cuidado y... ¡Zas! La hambrienta sierra me los mordió —explicó Gundersen guiñándole un ojo a Paul.

Olaf observaba a ambos y le dijo en voz baja a Clara:

—¡No me creo que haya vuelto a ver a Gundersen! El día que se fue de Røros a cuidar de su madre enferma fue el más triste de mi infancia.

Tenía la voz ronca. Clara le apretó el brazo.

—Era como un padre para mí —

continuó Olaf.

—Puedo imaginármelo —dijo Clara—, causa una impresión muy simpática.

Gundersen acarició la mejilla de Paul.

—Ven pronto a verme, tu padre sabe dónde encontrarme. Te enseñaré dónde más le gustaba jugar cuando era pequeño. —Se incorporó y le dijo a Olaf—: Vuelvo a vivir en la misma alcoba de antes.

Cogió la escalera y la caja de herramientas y se dirigió hacia la puerta trasera. Clara, Olaf y Paul colgaron rápidamente los abrigos y las chaquetas en la percha. Olaf abrió la puerta frente a la entrada.

—Esperad un momento —dijo—, me gustaría aclarar lo que está...

—No te preocupes —lo interrumpió Clara—. Yo también creo que será mejor que habléis entre vosotros tres. De todas maneras tampoco entendería nada.

—Gracias —dijo Olaf, y añadió furioso—: No durará mucho.

Mientras subía junto a sus padres, Clara y Paul entraron en un pequeño comedor, apenas amueblado. Tres sillas de distinto tipo con el acolchado desgastado rodeaban una mesa. Había un aparador que, si no fuera por un par de jarras cascadas y unos modestos vasos, estaría vacío. Unas manchas más claras

que la pared y unas marcas de arañazos en el suelo daban a entender que habían desaparecido cuadros y otros muebles que antes se encontraban en aquella habitación. Los paneles de madera, una estufa de cerámica decorada con rosas de colores y los rayos de sol que penetraban por las vidrieras emplomadas otorgaban a la estancia una atmósfera placentera. Paul se acercó a la ventana, que daba al patio interior.

—¡Mira, mamá, allí al fondo! Seguro que es la malvada sierra que mordió los dedos de... eh... de...

—Gundersen.

—Eso, los dedos de Gundersen.

Clara se acercó y miró hacia fuera.

El terreno daba directamente al Hitterelva, cuyo caudal ya habían desviado y regulado en 1670 los primeros trabajadores de la fundición. Mediante las aguas del río pretendían accionar las ruedas del martillo con el que se trituraban los fragmentos de roca que contenían el mineral. En el taller de los Ordal, la fuerza del río se utilizaba para las sierras, dispuestas en una nave espaciosa abierta por un lateral. Ante ellas se apilaban los troncos de los árboles en distintas fases del proceso: con corteza, descortezados o ya divididos en tablones. El jardín interior estaba bien recogido y vacío. El molino de agua y las máquinas estaban

inmóviles. Nada indicaba que en los últimos tiempos se hubiera trabajado en ellas.

Las reflexiones de Clara se vieron interrumpidas por palabras iracundas. Le costó reconocer la voz de su marido. Nunca lo había oído chillar tan fuerte ni tan enfadado. Una voz más aguda respondió a gritos. Paul miró hacia arriba y se pegó a Clara.

—¿Por qué se pelean?

—No lo sé, cariño mío.

—¿No se alegran de que su hijo haya venido?

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Clara y acarició el hombro de Paul.

Se oyeron pasos estrepitosos, el

volumen de las voces creció. Paul se echó a temblar. Clara le tomó la mano y salió al pasillo. Olaf apareció arriba en la escalera seguido de su madre, en cuyas facciones se mezclaban la ira y la desesperación. Esta última iba ganando. Estiró un brazo en dirección a Olaf en un gesto de auxilio.

—*Du må hjelpe oss!*

Olaf sacudió la cabeza, se apartó de ella y resopló con esfuerzo. Se tambaleó, dio un paso atrás y erró el último peldaño de la escalera. A Clara se le escapó un chillido de espanto. Olaf dio un traspié, braceó y buscó un apoyo a su alrededor. Finalmente chocó contra la barandilla, a la que se aferró con

ambas manos. Todo esto sucedió en pocos segundos, que a Clara se le hicieron minutos. El tiempo parecía dilatarse de una manera extraña.

«Salvado», pensó, y respiró aliviada. La madera podrida cedió. La boca de Olaf se abrió para proferir un grito. Con los ojos fuera de las órbitas cayó hacia el vacío y se quedó inmóvil sobre su espalda.

Silencio. Como si se hubieran congelado, Trude y su marido, que apareció tras ella, miraban hacia abajo. Sin darse cuenta, Clara apretó con tanta fuerza la mano de Paul que este gimió. El sonido la hizo volver en sí. Cayó sobre sus rodillas junto a Olaf, se

inclinó sobre él y acercó el oído a su boca. Un suave aliento le reveló que seguía respirando. Levantó la cabeza y gritó:

—¡Rápido! ¡Pedid ayuda!

Los padres de Olaf permanecieron quietos como estatuas, completamente inmóviles. Atraída por el ruido, la criada se acercó corriendo, comprendió la situación de un vistazo y salió de la casa mientras decía:

—*Jeg henter Doktor Pedersen.*

Clara no se atrevía a mover a Olaf para acomodarlo en una posición más confortable. Temía empeorar su estado en caso de que su columna vertebral se hubiera dañado. Se acordaba muy bien

del espanto que había sentido de pequeña cuando le partió el cuello a una cría de mirlo que se había caído del nido. Recogió al pajarito desamparado que yacía bajo un árbol y así selló su destino. Le reconcomieron tales sentimientos de culpa durante varias noches, que ni la hermana Gerlinde pudo consolarla. Aunque le asegurasen que toda ayuda hubiera llegado demasiado tarde, no convencían a Clara. No dejaba de hacerse amargos reproches y tardó mucho tiempo en superar su intento fallido de rescate.

Se inclinó de nuevo sobre Olaf, que seguía tendido inmóvil. Le invadió un horror frío cuando dejó de sentir su

aliento. Con un dedo le apretó el cuello y le pidió que le diera una señal de que seguía con vida. Notó unos latidos irregulares y casi imperceptibles bajo sus dedos temblorosos. En silencio dio gracias al cielo.

La criada regresó con el doctor Pedersen más rápido de lo esperado, este se encontraba visitando a un paciente cerca de la casa de los Ordal en la Nedre-Flanderborg. Era un hombre robusto de unos sesenta años. Para gran alivio de Clara, hablaba bien el alemán, ya que había estudiado Medicina en Berlín. Su aparición consiguió movilizar a los padres de Olaf y aplacó el pánico que sentía Clara. El médico dio órdenes

con la voz calmada. Envió al anciano Gundersen, a quien habían encontrado y traído de camino, a por un colchón sobre el que Olaf pudiera descansar provisionalmente. Al percatarse de la presencia de Paul, que estaba de cuclillas perturbado en una esquina, le pidió que trajera un vaso de agua fresca. Clara valoró muchísimo que el médico hubiera reconocido el terrible estado en el que se encontraba Paul y le hubiera distraído con un encargo. El doctor Pedersen le indicó disimuladamente a la criada que acompañase al niño, y que se tomaran su tiempo, antes de dedicarse a su paciente.

Olaf seguía inconsciente. El médico

le palpó con cuidado y le tomó el pulso
—¿Está herido? —preguntó Clara en voz baja.

—A mi juicio, no se han producido daños graves en el cráneo ni en la columna vertebral —respondió el médico—. Su corazón es el que me preocupa mucho más.

—¿Su corazón? ¿Qué le pasa?

—Amenaza con detenerse —respondió el doctor Pedersen.

—Pero... no lo entiendo... ¿por qué? —tartamudeó Clara.

Mientras abría el botiquín, el doctor Pedersen miró a Clara y después a los padres de Olaf, que habían bajado la escalera y seguían de cerca los

acontecimientos.

—Padece una insuficiencia cardíaca desde su nacimiento.

Sacó un estetoscopio de madera compuesto por un tubo de madera que se ensanchaba en la parte inferior hasta formar un embudo. Rápidamente desabotonó la camisa y el chaleco de Olaf y colocó el instrumento sobre su pecho. El estómago de Clara se contrajo al ver su gesto de preocupación.

—No sabía que tenía problemas de corazón —murmuró—. ¿Qué significa eso? Volverá a...

La mirada del médico la hizo enmudecer. Apartó el estetoscopio, se arrodilló detrás de la cabeza de Olaf,

apretó y empujó con ambas manos el diafragma hacia arriba a la izquierda, soltó y repitió este masaje a intervalos regulares.

Clara se mordió el labio y no podía dejar de observar las manos del doctor Pedersen.

—Santa Adelaida, ¿no nos abandones! —murmuró levemente y se santiguó.

No podría decir cuánto tiempo estuvo trabajando el médico. ¿Un minuto? ¿Dos? Se le hicieron una eternidad. Finalmente los párpados de Olaf comenzaron a temblar. El doctor Pedersen desistió. Clara rompió en sollozos, tomó la mano de Olaf y con la

otra acarició su mejilla.

—Olaf, ¿me escuchas?

Este abrió los ojos a duras penas e intentó mirar fijamente a Clara.

—Está muy oscuro. Y hace frío —
murmuró.

Clara se levantó, cogió su abrigo del perchero y tapó a Olaf.

—Clara, prométeme...

—Lo que tú quieras. Pero ahora te tienes que curar —lo interrumpió.

—No... no hay tiempo...

Cerró los ojos un momento, respiró profundamente y le lanzó una mirada penetrante. «Sabe que le queda poco», pensó Clara de pronto. De nuevo cayó presa del miedo. «En este momento no

puedes dejarte llevar —le dijo una voz en su interior—. Tienes que ser fuerte.» Se tragó las lágrimas de manera convulsiva.

—Por favor... haz lo posible por que... Paul... —La voz de Olaf falló.

Clara tomó su mano entre las suyas y la puso sobre su pecho.

—¡Te juro por mi vida que haré todo lo posible por que sea feliz!

La expresión de angustia de los ojos de Olaf desapareció. La tensión de la mano cedió, los párpados se le cerraron y su cabeza cayó de lado.

—Aquí traigo agua —dijo un hilillo de voz a su espalda.

Clara se dio la vuelta hacia su hijo,

que le traía un vaso. Lo cogió, lo dejó en el suelo, rodeó a Paul con sus brazos y lo atrajo hacia ella.

—¿Está durmiendo?

Clara trató de reprimir las lágrimas, el ansia incontenible por gritar de desesperación. De nuevo hizo un esfuerzo por calmarse. Esta vez por su hijo.

—Sí, tu padre se ha dormido para siempre.

—¿Cuándo se va a despertar?

—Aquí ya no se va a volver a despertar —respondió Clara y contuvo un sollozo—. Su alma está ahora con Dios, no podemos verla. Pero él sí puede vernos, y siempre cuidará de ti.

—¿Será mi ángel de la guarda a partir de ahora?

—Sí, cariño —susurró Clara con voz ahogada y le dio un fuerte abrazo a su hijo.

12

Trondheim, junio 1895 – Sofie

Cuando Sofie y Silje regresaron del Tivoli hacia medianoche, se encontraron con que la casa de los Hustad, en Erling Skakkes Gata, estaba intensamente iluminada. Contaban con que la tía Malene y los niños se habrían acostado hacía tiempo, y que a lo sumo alguien del servicio seguiría en pie para

recibir las. Su llegada apenas se notó. Después de abrirles la puerta, la criada se precipitó escaleras arriba cargada con una pila de ropa de cama antes de que las hermanas pudieran preguntarle por el motivo del ajetreo tan tardío. A juzgar por los golpes, las risas y los gritos que llegaban desde arriba, los niños estaban despiertos y no estaban dispuestos a obedecer a su madre, que los conminaba a tranquilizarse e irse a la cama de una vez.

Mientras Silje expresaba su indignación por la permisiva educación de la tía Malene y por la impertinencia de la doncella, que no había hecho siquiera el amago de quitarles el abrigo

o preguntarles si deseaban algo, Sofie descubrió varias maletas en un rincón del vestíbulo.

—Parece que el tío Sophus ha vuelto a casa —dijo.

Silje arqueó las cejas.

—Qué raro. La tía Malene no ha dicho que lo esperara hoy. —Se encogió de hombros—. Seguramente se le olvidó. No me extraña, teniendo en cuenta el caos que reina aquí.

Del salón de fumar que había a la izquierda, junto al comedor, llegaban voces acaloradas.

Sofie se sorprendió.

—Pero si ese es...

—¡Ullmann! —exclamó Silje—.

¿Qué hace usted aquí?

Sofie se dio la vuelta y vio al ayuda de cámara de su padre, que justo estaba saliendo de la cocina. Saludó con una reverencia, se acercó a Silje, le ayudó a quitarse el abrigo y dijo:

—He venido con su padre, señorita Svartstein.

—¿Nuestro padre está aquí? —preguntó Silje.

—Eso es lo que iba a decirte —comentó Sofie haciendo un gesto con la cabeza hacia el salón—. He reconocido su voz.

—Pero ¿por qué...? ¿Por qué demonios ha...? —Silje se calló—. Gracias, Ullmann —añadió,

esforzándose visiblemente por mostrarse serena—. Puede retirarse.

—Les deseo un descanso reparador —respondió, cogió dos de las maletas y se dirigió a las escaleras.

Sofie se contuvo para no agarrarlo de la manga e interrogarlo. No entendía por qué a Silje le parecía indigno preguntar a Ullmann por el motivo del inesperado viaje de su padre. Debía de tratarse de una cuestión importante la que lo había traído desde Røros.

—¿No tienes curiosidad por saber qué hace padre aquí? —le susurró a Silje una vez que desapareció el ayudante—. ¿No quieres buscar a la tía Malene y preguntarle?

—Tarde o temprano nos enteraremos —respondió su hermana—. Tienes que aprender a controlarte. Además ya es hora de que nos vayamos a la cama.

Mientras hablaba, los ojos se le escapaban hacia la puerta del salón de fumar, desmintiendo así el desinterés que fingía.

Sofie sonrió para sus adentros y bostezó con fuerza.

—Tienes razón. Mañana será otro día.

Media hora después se deslizó fuera del cuarto de invitados en el que se alojaban Silje y ella. Su hermana se

había dormido enseguida después de apagar la vela de su mesita de noche. Sofie se preguntaba cómo había sido capaz después de una velada tan agitada. Ya en el camino de vuelta del Tivoli se había dado cuenta de que ella estaba demasiado alterada para dormir, y de que daría vueltas en la cama durante horas, excitada por la imagen del noble alemán que no la había perdido de vista durante toda la noche. Esa atención desacostumbrada la había sumido en un estado de euforia, acompañada de un temor difuso cuyo motivo no lograba identificar y que desde luego no mejoraba la situación. La aparición inesperada de su padre era además otra

razón para las especulaciones infinitas. El hecho de que su pequeña excursión espía seguramente le proporcionara cierta ventaja informativa sobre Silje era un aliciente más. Sofie estaba harta de que su hermana la tachara siempre de ignorante soñadora.

En el pasillo volvía a reinar la calma. Probablemente sus primos ya estuvieran tumbados formales en sus camas, o al menos no se oía nada en sus habitaciones. Solo se veía luz por debajo de la puerta de la habitación de los padres. Sofie dudó si llamar y preguntar a su tía por la razón de que su padre hubiera aparecido por sorpresa. No, no quería molestar a Malene

después de un día agotador. Lo averiguaría por su cuenta.

Se ató la bata que se había echado sobre el largo camisón y se dirigió hacia la escalera en sus pantuflas de fieltro. Se detuvo en el tramo inferior, se aseguró de que todo estuviera despejado, y cruzó rápidamente el vestíbulo hacia el comedor. Después de entrar, se quedó quieta un instante para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Unas puertas correderas de doble hoja en los extremos de la estancia alargada conducían a las habitaciones contiguas. La superficie pulida de la mesa ovalada, en la que cabían tranquilamente veinte personas, brillaba a la luz de la luna que

entraba por las ventanas altas. El resplandor también hacía centellear los adornos de cristal de la lámpara de araña colgada del techo que la tía Malene se había traído de su luna de miel en Italia.

Sofie se acercó a hurtadillas al salón de fumar, abrió con cautela una rendija y oteó. Su padre, el tío Sophus, el abuelo Roald y un hombre de unos cuarenta años con patillas cuidadosamente peinadas, al que Sofie no conocía, estaban sentados en cuatro butacas de orejas tapizadas en cuero colocadas en semicírculo delante de una chimenea abierta. Los cuatro estaban envueltos en una humareda azulada que salía de los

puros de los tres hombres más jóvenes y de la pipa de su abuelo. También estaban bebiendo coñac, dispuesto en una licorera abombada sobre una mesita con ruedas. El semblante serio de sus rostros y la tensión que había en el ambiente le provocaron un escalofrío a Sofie.

—Sería una imprudencia despachar el ruido de sables de los suecos como una simple amenaza —dijo en ese momento Ivar Svartstein dirigiéndose a su suegro.

—¿Y por qué deberíamos ceder? ¿Otra vez? —El tío Sophus, que tamborileaba nervioso con sus dedos delgados sobre el reposabrazos, resopló

enfadado.

—Eso no es lo que he dicho —
respondió Ivar—. Sin embargo
considero que es peligroso que nuestro
gobierno insista en sus demandas a
cualquier precio.

El hombre de las patillas chupó con
fuerza de su habano y espetó:

—Pero es que ya no se comprende
por qué se nos prohíbe tener nuestros
propios consulados a pesar de que
sufragamos la mitad de los gastos del
Ministerio de Exteriores.

—¡Eso mismo digo yo! —exclamó
Sophus—. Sobre todo porque no se
preocupan demasiado por los intereses
noruegos.

—Eso también me molesta —dijo Ivar—. Pero tenemos que analizarlo de forma objetiva. Sencillamente no estamos en posición de enfrentarnos a Suecia en el aspecto militar. Al menos por el momento.

El abuelo Roald carraspeó.

—¿Con eso quieres decir que consideras una opción rearmarnos contra nuestros socios de la unión? —Lo dijo con cierto tono de desaprobación.

—En general, estoy convencido de que una potencia económica fuerte como la nuestra debería disponer de medios proporcionados para defenderse —respondió Ivar con una sonrisa cortés.

—Y no olvides, padre, que nuestra

flota comercial por sí sola es más de tres veces mayor que la sueca — intervino Sophus.

—Es posible —respondió Roald—. Pero eso no es motivo ni mucho menos para retirar nuestra pleitesía al rey y sublevarnos en su contra.

—¿Lealtad ciega en lo bueno y en lo malo? ¡No contéis conmigo! Quizá podría exigirla si tratara a todos sus súbditos por igual —gruñó Sophus, y bebió un buen trago de su vaso.

—¡Exacto! —dijo el hombre de las patillas brindando con él—. Y no mejora la situación nombrando ministro de Exteriores a un belicista como Ludvig Douglas precisamente ahora.

A Sofie le daba vueltas la cabeza. ¿Quién era ese tal Douglas? ¿Y por qué se negaba el rey a conceder a los noruegos sus propios consulados? Se reconoció avergonzada que sabía muy poco acerca de la unión con el país vecino. Y sobre por qué Noruega no era un Estado soberano.

—En ese punto estoy de acuerdo con vosotros —dijo Roald frotándose la frente—. Nombrar a Douglas no ha sido una buena jugada.

—Ese hombre no disimula en absoluto que no tiene buena opinión de los noruegos y que hará valer su autoridad si no nos comportamos como es debido —refunfuñó el de las patillas.

Roald suspiró.

—No entiendo por qué el rey ha aceptado la dimisión de Lewenhaupt, que estaba más que dispuesto a hacer concesiones y a darnos más autodeter...

—Por favor, padre. ¡No te engañes! Ese fue precisamente el motivo por el que tuvo que dimitir —lo interrumpió Sophus—. Puede que Óscar II sea una persona culta y encantadora, pero imponerse no es lo suyo. Jamás se atrevería a enfrentarse a los azuzadores de su gobierno. Y si estos deciden invadir Noruega, no opondrá ninguna resistencia.

Sofie tragó saliva. ¿Había entendido bien? ¿Se estaba debatiendo un

enfrentamiento bélico con Suecia? Recordó la disputa que se había enardecido esa noche entre Fredrik Lund y sus amigos. ¿Estaría aquello relacionado con la cuestión de si Noruega podía utilizar la bandera «limpia» o no? A Sofie le había parecido una cuestión meramente simbólica. Sin embargo, en relación con las demandas de representación propia en el extranjero, entrañaba una explosividad insospechada. Todo aquello olía a rebelión, y en última instancia también a deseos de independencia. Así, no era extraño que Suecia quisiera sofocar dichas tendencias de raíz, y de forma violenta

si era necesario.

Sofie cerró los ojos un instante. Si su padre, al que tan poco le gustaba viajar, se había trasladado hasta allí para debatir la situación, esta debía de ser muy amenazadora. De Røros a la frontera no había más que unos pocos kilómetros. De pronto recordó vagamente escenas de la clase de geografía e historia. En campañas anteriores de los suecos, la ciudad minera había sido saqueada e incendiada varias veces. Para ella y para sus compañeros de clase aquello eran anécdotas de tiempos lejanos, nada que pudiera afectarlos a ellos.

—Naturalmente espero que no

lleguemos a ese punto —dijo su padre, como si le hubiera leído el pensamiento—. Es posible que el rey tenga a un par de fanáticos belicosos entre sus consejeros. Pero en asuntos importantes a quien escucha es a su esposa. En realidad no entiendo que él le permita expresar su opinión acerca de cualquier tema. Pero en este caso haría bien en seguir sus consejos, ya que la reina se ha mostrado explícitamente en contra de una resolución militar del conflicto.

—No dejas de sorprenderme, Ivar —dijo Sophus observando a su cuñado con las cejas arqueadas—. Nunca habría esperado oírte elogiar estas injerencias femeninas en la política de alto nivel.

Incluso la idea del sufragio femenino te resulta obscena.

Ivar se encogió de hombros y se rellenó el vaso de coñac.

—Mi querido Sophus, una cosa no tiene nada que ver con la otra. Evidentemente a las mujeres no se les ha perdido nada en política. ¡Hasta ahí íbamos a llegar! Pero aparte de eso, estoy más que dispuesto a reconocer que una mujer posee sentido común. Y eso es lo único que se necesita para mostrar reservas hacia los enfrentamientos bélicos.

Sofie se mordió el labio. Le dolía oír a su padre hablar con tanto desprecio de las mujeres. ¿Por qué daba por

supuesto que los hombres eran los únicos capaces de tomar decisiones políticas? «¿Acaso serías tú capaz? —le susurró una vocecita interior—. Para ser sincera, los asuntos políticos nunca te han interesado demasiado. Ni siquiera sabrías decir de qué trata exactamente esta conversación, desde cuándo estaba latente el conflicto de los consulados, qué opinión defiende cada uno y cuál es tu postura al respecto. Y eso que te sería muy fácil mantenerte al día. Solo tendrías que leer los periódicos con regularidad.» «¿Por qué no se me ha ocurrido antes?», se preguntó perpleja, y acto seguido se respondió a sí misma: «Porque todas las mujeres de mi

entorno, empezando por *mamma*, lo habrían considerado indecoroso.»

—... los rusos a sus anchas. —La voz del abuelo Roald se abrió paso entre sus pensamientos.

—Con todos mis respetos, las habladurías sobre los planes de invasión rusos no son más que especulaciones sin fundamento —exclamó el hombre de las patillas—. No hacen más que alimentar miedos y acallar a aquellos que abogan por la independencia de...

—Bueno, bueno, bueno —interrumpió Ivar Svartstein al hombre, que se había puesto rojo y gesticulaba con las manos—. No es tan descabellado. Al fin y al cabo, el zar

lleva mucho tiempo ya detrás de un puerto que no se hiele. Desde el punto de vista ruso, Tromsø o alguna otra de nuestras ciudades marítimas del norte resultaría muy atractiva.

—Cierto —dijo Sophus—. Pero ¿qué probabilidad hay de que nos encontremos en ese escenario? En ese caso el zar no solo provocaría a Noruega sino también, y entre otros, a Inglaterra, que temería perder su hegemonía en el Atlántico y muy probablemente respondería con la ocupación de Bergen en la costa occidental.

Ivar hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Ya he oído los rumores. Los avivan sobre todo los alemanes. El emperador Guillermo estará jugando con la idea de adoptar también una postura activa en caso de que los rusos y los ingleses intervengan, y asegurarse una parte del pastel de nuestra costa sur.

—Pero solo como medida extrema. Es indudable que prefiere que se mantenga la unión. Por eso está presionando al rey Óscar para que mantenga a raya a los separatistas — dijo Sophus.

El hombre de las patillas torció el gesto.

—No me sorprende. Está claro que sus convicciones democráticas le

resultan de lo más sospechosas. Y sabe Dios que no es el único.

A Sofie se le encogió el estómago. La mención de los intereses alemanes le había traído a la memoria la imagen de Moritz von Blankenburg-Marwitz. ¿Qué opinaría él al respecto? ¿Y estaría de acuerdo con su padre en relación al papel de las mujeres en la política y en la sociedad? Su mirada recayó involuntariamente en este último. Entre las cejas de Ivar Svartstein se había formado una profunda arruga. Lanzó una mirada penetrante al de las patillas y respiró hondo.

—Que sea lo que tenga que ser — dijo en tono marcadamente tranquilo—.

Deberíamos recordar que estamos aquí en primer término como socios de la empresa. Y como tal, haría usted bien en ejercer una influencia moderadora sobre su delegado. Sabe que no le interesa que los suecos entren aquí y se hagan con las minas.

Ese llamamiento surtió el efecto deseado. Sofie observó fascinada cómo el gesto combativo que exhibía el rostro del hombre de las patillas daba paso a una actitud empresarial. Al recordarle su posición como socio, es decir, copropietario de la empresa de cobre y dueño de una mina, o de participaciones de una de ellas, parecía que Ivar había aportado el argumento perfecto al

debate. Su interlocutor se irguió y dijo en tono ceremonial:

—Haré todo lo que pueda para persuadirlo.

—Encomiable —dijo el abuelo Roald y frunció el ceño—. Pero hacer cambiar de opinión a Jacob Lindboe a estas alturas me parece una empresa con tan poca probabilidad de éxito como colocarse delante de un toro embravecido con las manos desnudas para detenerlo.

—Por suerte no es el único delegado que decidirá sobre ello —dijo Ivar. Se inclinó ligeramente ante su suegro—. Pero naturalmente no es mala idea prepararse para lo peor.

Roald se estiró. Parecía cansado.

—Vayamos a dormir. Mañana podremos seguir consultando con los demás socios.

Sophus se dirigió hacia el hombre de las patillas.

—¿Cuándo se reúne el Parlamento?

—Pasado mañana —respondió—.

Mañana viajo a Christiania.

Ivar se levantó, cogió el vaso y brindó hacia los demás.

—¡Por que se imponga el sentido común!

Mientras los vasos se entrechocaban y tintineaban en el salón de fumar, Sofie emprendió apresurada el regreso. En cuanto terminó de subir las escaleras,

oyó que los cuatro caballeros pasaban al vestíbulo. Regresó al cuarto de invitados con el corazón latiéndole con fuerza y se metió a tuestas en la cama.

Ya tenía respuesta a la pregunta de por qué su padre había venido a Trondheim: el agravamiento del conflicto con Suecia amenazaba a su ciudad y al futuro de la empresa de cobre, cuya dirección estaba establecida en Trondheim, y había convocado a los socios a un gabinete de crisis. El lugar de esa primera pregunta lo ocupaba ahora otra para la que no tenía respuesta. ¿Cómo había soportado semejante ignorancia durante tantos años? Era humillante. Sofie se acurrucó

en la manta y se propuso firmemente cubrir sus lagunas de conocimiento lo antes posible.

13

Røros, junio de 1895 – Clara

El viejo Gundersen encabezaba la pequeña procesión que se dirigía de la propiedad de los Ordal, en Flanderborg, hacia la Kirkegata acompañada del sonido de las campanas. Con semblante solemne, llevaba un *marskalkstav*, un bastón envuelto en un crespón de luto con una cruz en la punta. Lo seguían

cuatro hombres que llevaban el ataúd a hombros. Clara caminaba justo detrás de ellos agarrando con fuerza la mano de su hijo, que trastabillaba intimidado a su lado.

Paul era el vínculo con el mundo real, que seguiría existiendo en algún lugar. Sin él a su lado Clara se habría perdido en la pesadilla en la que vivía desde la caída mortal de Olaf. ¿De verdad habían pasado tres días desde entonces? Tres días interminables en un lugar en que cada piedra le gritaba: «¡Largo, no te queremos aquí! Este no es tu lugar, no hablas nuestro idioma, no compartes nuestra fe, no eres una de nosotros.» ¿Cómo había podido esperar

que la familia de Olaf la recibiera con los brazos abiertos? ¿O que al menos aceptara a Paul con cariño?

Trude y Sverre Ordal se mantenían a varios pasos de distancia, como si después de la muerte de su único hijo aún quisieran demostrar que el vínculo entre ellos se había roto y que no querían tener nada que ver con su viuda ni su hijo. ¿Qué les había hecho para que los trataran con tanta hostilidad? Clara encogió los hombros y clavó la mirada en los dos muchachos jóvenes que flanqueaban el ataúd. Llevaban los *lysskjold*, que se habían colocado junto al féretro durante el velatorio. Eran escudos ovalados de hojalata, que a

Clara le recordaban a los blasones de la nobleza. Gundersen había encontrado dos piezas antiguas y les había dado una capa de pintura. En el centro había pintado las iniciales de Olaf y el año de su muerte con trazos artísticos. A los lados se habían añadido varios adornos: a la derecha una flor de lis como símbolo de vida, a la izquierda una guadaña que encarnaba a la muerte. En la parte superior, una calavera con una estilizada corona de laurel hacía las veces de candelero.

Desde que Gundersen había mencionado una antigua creencia popular según la cual daba mala suerte que una vela se apagara durante el

velatorio, de camino a las exequias o después, durante la ceremonia junto a la tumba, Clara buscaba constantemente ambas luces con la mirada. Cada vez que la llama titilaba, contenía el aliento. Al parecer, si se apagaba la vela derecha era la vida de un hombre la que peligraba, mientras que sería una mujer la que moriría si se trataba de la izquierda. ¿Cómo habrían llegado a esa conclusión? ¿Habría pruebas de ello?

Clara se reprendió por sus estúpidas reflexiones. La hermana Gerlinde le habría cantado las cuarenta si la hubiera pillado. La palabrería supersticiosa, como ella lo llamaba, era una de las pocas cosas que ponía a prueba su

tolerancia. Aunque seguramente se habría dado cuenta de que su protegida no buscaba en serio una respuesta, sino que aquellos días trataba de distraerse con esas cuestiones por otros motivos: la ayudaban a evitar la pregunta realmente importante, a la que no se veía capaz de enfrentarse: ¿qué sería ahora de ella y de Paul? ¿Cómo saldrían adelante tras la muerte de Olaf? ¿Y dónde vivirían? «Ay, hermana Gerlinde —suspiró en silencio—. Lo que no daría por que estuvieras aquí conmigo. ¡Estoy tan sola!» «Pero hija, claro que no estás completamente abandonada», oyó decir a la anciana monja.

«Es cierto», pensó mirando las

anchas espaldas del viejo Gundersen. Era el único que trataba a Clara y a su hijo sin reservas e intentaba ayudarlos. Cuando se enteró de que Clara estaba empeñada en marcharse y trasladar el cadáver de Olaf a Alemania, la había disuadido de aquel acto irreflexivo. Sin condescendencia, sino con gran simpatía y comprensión. Después de que ella chillara desesperada «¡Pero no puedo dejarlo aquí! ¡Precisamente aquí, en el lugar al que nunca había querido regresar!», Gundersen le había hecho ver que Olaf no habría permitido que se endeudara para reunir la inmensa cantidad de dinero que le haría falta para llevar eso a cabo. Con lágrimas en

los ojos, le había prometido solemnemente cuidar de la tumba de Olaf como si se tratara de la de su propio hijo. Y le había señalado que podía trasladar a su marido más adelante, cuando ella y su hijo hubieran comenzado una nueva vida.

Clara bajó la cabeza y rodeó a Paul con el brazo. Los seguían una docena escasa de personas, que se habían ido reuniendo por la mañana en casa de los Ordal. Clara no sabía si se trataba de parientes, amigos de la familia o antiguos empleados del aserradero. Nadie había creído necesario presentarse o entablar conversación con ella. Gundersen, que se avergonzaba del

antipático comportamiento de sus conciudadanos y no habría dejado pasar la oportunidad de recordarles las normas básicas de educación, en ese momento estaba fuera invitando a los vecinos al funeral y recogiendo a los portadores del féretro.

Cuando estos se detuvieron súbitamente, Clara levantó la mirada y vio que habían llegado a la entrada del cementerio. Delante de ellos se alzaba la torre cuadrada de la iglesia, el único edificio de Røros construido enteramente con piedra. Arriba del todo, junto a la esfera del reloj, Clara distinguió los símbolos cruzados de los mineros, el pico y la maza. Estaban

colocados debajo de un círculo con una cruz hacia abajo. Clara entrecerró los ojos. ¿Qué hacía allí la sencilla representación del espejo de Venus, la diosa pagana del amor? Una vez más le pareció de una importancia tremenda responder a esta cuestión.

Cerró un instante los ojos y oyó la voz de su profesora de Ciencias naturales, cuya afición secreta eran los textos de los filósofos de la naturaleza de la Edad Media y de principios de la Edad Moderna. Les explicaba a sus alumnas que en la antigua Grecia se fabricaban espejos de cobre pulido. Para los alquimistas, que habían asignado metales a los distintos cuerpos

celestes, el cobre se correspondía con el planeta Venus. En aquella época este se adoptó como símbolo del metal y se introdujo así en el escudo de la fábrica de cobre de Røros.

Después de que Gundersen abriera la puerta, la comitiva se puso de nuevo en movimiento y entró en la iglesia. Allí se habían reunido ya varios feligreses, cuyas cabezas se volvieron curiosas hacia el pasillo central. Clara miró a su alrededor con asombro. La estancia inundada de luz con las columnas marmoladas en azul y las barandillas pintadas de blanco, con los numerosos retratos con marcos dorados del coro, las cortinas blancas que cubrían los

palcos y las dos banderas bordadas con esmero donadas por los trabajadores de la fundición y los miembros del cuerpo de voluntarios Bergkorps, irradiaba serenidad y no presentaba la desnudez ni la austeridad que se esperaría de un templo evangélico. Como la iglesia de la Cruz de Bonn, consagrada en 1871, un año después de que naciera Clara, y en cuyo interior se había mantenido una decoración muy sencilla.

En la Bergstadens Ziir, justo en el centro y sobre el retablo que representaba la última cena, se alzaba un púlpito imponente. Encima había un bonito órgano barroco. Sin embargo, los acordes del preludio que sonó a la

entrada de la comitiva fúnebre no venían de allí, sino de un segundo órgano situado en la galería lateral izquierda.

Clara había leído que el templo de Røros era el mayor de Noruega después de la iglesia de Konsberg y la catedral de Trondheim, y que tenía mil seiscientos asientos. En ese momento se dio cuenta de lo exagerado de sus dimensiones en relación con los cerca de cuatro mil quinientos habitantes de la pequeña ciudad. A finales del siglo XVII, cuando se construyó la ciudad, toda la población habría cabido incluso en la nave octogonal, en las galerías de dos pisos a los lados, en los palcos sobre la entrada y en el coro.

Mientras los cuatro hombres dejaban el ataúd delante, junto al altar, Clara se detuvo, hizo una profunda reverencia y se santiguó. Un murmullo irritado a sus espaldas la estremeció.

—*Hun er katolsk!* —siseó una voz en tono de sorpresa y desprecio.

El sacerdote, que esperaba ante la mesa del altar, frunció el ceño y apretó la boca. Clara se mordió el labio y se apresuró a buscar sitio con Paul a la izquierda del pasillo, el lado reservado a las mujeres. El ataque la había cogido por sorpresa. Olaf nunca había dado importancia al hecho de que Clara hubiera sido bautizada y educada en la fe católica. Respetaba sus creencias, que

él no compartía. Nunca había sentido la necesidad de formar parte de una comunidad religiosa ni de asistir a misa con regularidad.

Una vez que el profesor Dahlmann había elogiado en una conversación la Constitución noruega por ser una de las más liberales del mundo, ya que garantizaba a todos los ciudadanos derechos básicos como la libertad de expresión y la seguridad jurídica, Olaf había esbozado una mueca burlona y había dicho:

—Solo tiene un caprichoso defecto: no existe la libertad religiosa.

Clara se había enterado entonces de que en el país de origen de su marido la

confesión evangélica-luterana era la religión oficial, y que el catolicismo se rechazaba y se consideraba sospechoso en la misma medida que el judaísmo. En el Imperio alemán también había muchos protestantes que mostraban profundas reservas hacia los «papistas». Sin embargo, en Renania, donde la religión mayoritaria era la católica, Clara nunca se había enfrentado a dicha animosidad.

Mientras la congregación entonaba un cántico, el sacerdote subió al púlpito. Cuando empezó a hablar, el dique que la viuda había levantado en torno a su desesperación se quebró. Se desató y clavó sus afilados dientes en su cuerpo, como un animal salvaje que hubiera

esperado ese momento durante días. Clara se encogió y lanzó un quejido. Las palabras incomprensibles que salían de la boca del clérigo sonaban amenazantes y le anunciaban lo siguiente: «Estás sola, ¡no eres bienvenida aquí! ¡Lárgate!» Clara jamás se había sentido tan perdida. El instante que tanto temía había llegado. Se había cumplido el periodo de gracia. Ya no era capaz de reprimir la muerte de Olaf.

Inmediatamente después del accidente, una parte de ella se había negado a aceptarlo. Aquello la sobrepasaba. Acababa de oír su voz, de

percibir la calidez de su cuerpo y de mirarlo a los ojos. ¿Cómo podía ser que hubiera desaparecido de su vida para siempre? El cadáver rígido que al principio habían velado en un cuarto junto al salón no era el hombre con el que había pasado siete años. Durante el velatorio se había mantenido atenta al ruido de pasos familiares y miraba con la respiración contenida hacia la puerta, por la que aparecería Olaf para liberarlos de aquella pesadilla a ella y a Paul, que se había quedado dormido en una butaca de puro agotamiento. Cuanto más tiempo pasaba sentada en un taburete a los pies de la estrecha cama, más irreal le resultaba la situación. Un

arrebato de superstición la había paralizado. Como si el horror no fuera a hacerse realidad hasta que se moviera y permitiera que el tiempo siguiera transcurriendo, y tuviera que enfrentarse así a su situación, que había cambiado por completo en cuestión de minutos. Había pasado de ser una esposa acomodada con un futuro de color de rosa a convertirse en una viuda prácticamente sin recursos, lejos de su hogar y rodeada de extraños. La gente debía de referirse a ese estado cuando decían que alguien había perdido pie. La mañana después del accidente, una discusión acalorada que había tenido lugar delante de la habitación le había

sacado de su aturdimiento. Entumecida después de tantas horas sentada, se había levantado y había salido al pasillo, donde su aparición había asustado a la madre de Olaf y al viejo Gundersen. Trude Ordal se había retirado dirigiéndole una mirada hostil, lo que le había arrancado al hombre un gruñido de desaprobación. Le explicó a Clara abochornado que los padres de Olaf no se veían en condiciones de organizar un entierro apropiado para su hijo. Ya solo el coste del ataúd, el repique de las campanas y el coro superaban sus posibilidades económicas, por no hablar de las tasas por una tumba individual, una lápida, las

coronas, los adornos florales y otros gastos que generaba un entierro conforme a su posición social.

Clara no había preguntado por los motivos de las penurias económicas de los Ordal ni había intentado averiguar por qué habían atraído a casa a su hijo con falsos pretextos, o sobre qué había tratado la discusión que habían tenido tras su llegada. En ese momento solo le importaba una cosa: ofrecerle un último tributo a su esposo con un entierro digno. Durante la noche, junto a su lecho de muerte, había encerrado dentro de sí la desesperación y el dolor que sentía por su pérdida. No podía ceder a ellos.

—No pienses en ello, no pienses en

ello.

Había murmurado esa frase una y otra vez como si de un conjuro se tratara, aunque no habría sabido decir en qué no quería pensar exactamente. Como un muñeco autómatas al que hubiera que dar cuerda, Clara se había puesto manos a la obra. Todo dependía de conseguir fondos suficientes. Después de comprobar el dinero que llevaba consigo Olaf, que resultó ser una desilusión, Clara le había pedido a Gundersen que le indicara el camino al banco, en Kirkegata. Allí, con una seguridad en sí misma de la que nunca se habría creído capaz, había insistido en que le concedieran un crédito. Como

garantía había ofrecido el derecho a reembolso de sus pasajes a Samoa, además de sus joyas, incluido el anillo de casada, y el dinero que recibiría por la venta de los muebles depositados en Alemania, que quería organizar lo antes posible. El empleado del banco había objetado que la perspectiva de un reembolso en ningún caso constituía una garantía seria, y que sus joyas eran bonitas y estaban bien trabajadas, pero prácticamente no tenían valor; Clara había respondido a sus reservas con una mirada que había obligado al hombre a coger en silencio un formulario que pocos minutos después ella pudo presentar en la caja. Provista de un

saldo de cuatrocientas coronas, había tramitado todo lo demás con ayuda de Gundersen, que la había ayudado con su presencia y sus consejos. Con aquella cantidad, que ascendía a cuatrocientos cincuenta marcos al cambio, no podía permitirse grandes dispendios. Una vez descontados los gastos del entierro, la tumba y una cruz de hierro fundido, le quedaron unas doscientas coronas. ¿Cuánto tiempo aguantarían ella y Paul con ese dinero?

Por el apartamento de tres habitaciones de Bonn, muy confortable y equipado con agua corriente y baño propio, pagaban cuarenta marcos al mes más gastos, algo que se habían podido

permitir tranquilamente con el salario anual de unos tres mil marcos de Olaf. Como también habían podido disponer de alimentos de calidad y ropa buena. Clara había sido educada en el ahorro y no era demasiado exigente con su vestuario o sus comidas. Sin embargo disfrutaba sabiendo que podía servir a su esposo las costillas, los filetes y los asados que tanto le gustaban, tener siempre buena mantequilla, buen café en grano y buen vino en casa, y mimar a Paul de vez en cuando con una tableta de chocolate o un helado. Ahora que estaba sola, ¿podría seguir proporcionándole a su hijo una vida despreocupada y una buena educación? Clara había apartado

esa pregunta por el momento y se había concentrado en las gestiones pendientes, que requerían toda su energía.

Los dos días que habían transcurrido hasta el funeral los había vivido como a través de un tupido velo. Apenas se enteraba de nada que no tuviera que ver con la organización del entierro. Solo hacía caso de Paul, que la seguía a todas partes como una sombra. En silencio y con los ojos muy abiertos, cuya mirada se había vuelto introvertida. Una voz interior advertía a Clara que hablara con su hijo, que lo consolara y que no lo trastornara aún más con su silencio. Más adelante, más adelante, cuando todo haya pasado, se había propuesto, y

pidiéndole perdón en silencio le buscaba la mano o lo rodeaba con el brazo.

Mientras Clara seguía absorta en sus pensamientos, la misa seguía su curso. Después del saludo del sacerdote, la congregación había entonado un cántico y a continuación se había puesto en pie para un rezo, antes de que un hombre mayor leyera textos de la Biblia y acto seguido el pastor retomara la palabra y pronunciara su sermón. Clara percibía las voces y los sonidos como un zumbido lejano. El idioma desconocido la excluía de la comunidad, no le permitía participar de las palabras de recuerdo, de consuelo y de oración con

las que se despedía a Olaf del mundo terrenal. Con los ojos clavados en la espalda de la mujer que tenía sentada delante, seguía sus movimientos arriba y abajo, se levantaba y volvía a sentarse, y movía la boca en silencio cuando los demás cantaban o rezaban. Paul la imitaba. Su gesto atemorizado le partía el corazón a Clara. Cuando tomaron asiento después de otra oración, se inclinó hacia él.

—Pronto habrá pasado todo —le susurró—. Entonces nos marcharemos de esta horrible ciudad y regresaremos a Alemania.

A Paul empezó a temblarle el labio inferior. Una gruesa lágrima le resbaló

por la mejilla. Clara se la secó con su pañuelo y le acarició la cabeza.

—Te lo prometo. Mañana a esta hora ya estaremos en el tren.

Aquella frase le salió sola. Antes de aquello no había planeado qué sucedería después del entierro. La perspectiva de dejar atrás Røros la aliviaba, a pesar de que no tenía ni idea de qué vivirían y cómo se ganarían el sustento Paul y ella en el futuro. Lo principal era no quedarse más tiempo del necesario en aquel lugar inhóspito. Si realizaban el viaje en tren a Alemania en tercera clase, aún les quedarían unos ciento cincuenta marcos como pequeño capital inicial para empezar su nueva vida. Pero

¿dónde se instalarían? En Bonn no, de eso estaba segura, a pesar de que resultaba tentador saber que tendría cerca a su amiga Otilie, y seguro que el profesor Dahlmann y su esposa estarían dispuestos a echarle una mano. Sin embargo, eso también eran argumentos en contra de Bonn: no quería regresar como una pedigüeña. Y una vida en la ciudad en la que todo le recordaría a Olaf se le antojaba insoportable, al menos en el futuro inmediato. Pero ¿adónde se mudarían entonces? Clara apretó las manos entrelazadas. «Tiempo al tiempo —oyó decir a la hermana Gerlinde—. Tomarás la decisión correcta con ayuda de Dios». Clara

respiró hondo y se levantó cuando el sacerdote pidió a la congregación que se pusiera en pie una última vez.

*Fader vår, du som er i himlene!
Helliget vorde ditt navn;
komme ditt rike;
skje din vilje, som i himmelen så og
på jorden!
Gi oss i dag vårt daglige brød;
og forlat oss vår skyld, som vi òg
forlater våre skyldnere;
og led oss ikke inn i fristelse,
men fri oss fra det onde.
For ditt er riket
og kraften og herligheten i evighet.
Amen.*

Clara se estremeció al oír los dos primeros versos de la oración. No había duda, ¡aquello era el padrenuestro! Esas palabras familiares la envolvieron como una brisa cálida y ahuyentaron la sensación de extrañeza. Lo acompañó en alemán en voz baja y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Cuando el organista entonó el postludio tras la bendición del clérigo, cuyas notas acompañaron al féretro hacia el cementerio, Clara siguió rezando en silencio: «¡No permitas que pierda la esperanza, por favor! Dame fuerzas para cumplir mi promesa y procurarle fortuna a Paul.»

Se santiguó y se volvió hacia su hijo

para unirse a los portadores. El corazón le dio un vuelco. El asiento junto a ella estaba vacío. Paul había desaparecido. Clara miró a su alrededor. No lo vio en el pasillo central entre los dolientes que se dirigían hacia la salida, ni al borde de la hilera de bancos o debajo de ellos. No era propio de él escabullirse. Se le aceleraron los latidos del corazón. Se agarró la falda y salió a toda prisa.

14

Trondheim, junio de 1895 – Sofie

Cuando despertó, por un momento Sofie no supo dónde estaba. Observó confusa entre parpadeos las cortinas azules de muselina que se hinchaban al viento sobre las ventanas abiertas. En la antigua habitación de su madre en Solsikkegård, la casa de los abuelos, las contraventanas protegían de la claridad

de las noches de verano. Bostezó y se dio la vuelta. Cuando su mirada recayó sobre la cama que había junto a la otra pared, en la que estaba tumbada Silje, recordó el día anterior. ¿Qué hora sería? Al contrario que su hermana, a la que le gustaba dormir hasta tarde, Sofie normalmente se levantaba temprano. Esa mañana el sol ya brillaba desde lo alto. Se incorporó, apoyó los pies en el suelo y buscó a tientas el tocador, en el que había una palangana esmaltada con agua. Mientras se lavaba la cara, oyó unas risitas y unos cuchicheos detrás de la puerta. La manilla se abrió con cuidado.

—Silje sigue dormida —susurró una voz aguda—. Tenemos que despertarla.

—Mejor que no. O nos volverá a reñir —respondió otro niño.

—Pero si no se levanta, nos reñirá el tío Ivar.

Sofie se rio entre dientes. Vaya dilema que se les presentaba a esos dos. Soportar el mal humor de Silje cuando se la despertaba no era moco de pavo. Pero enojar a su padre no era mejor.

—¿Y qué pasa con Sofie? —musitó el segundo niño.

—No veo su cama.

Sofie se secó rápidamente y se dio la vuelta. La puerta se abrió aún más. Una niña de unos ocho años y un muchacho de seis asomaron las cabezas. Se asustaron al ver a Sofie delante de

ellos. Les guiñó un ojo y señaló a su hermana.

—Yo me encargo —susurró.

Los dos niños asintieron aliviados, le devolvieron una sonrisa pícaro y desaparecieron. Sofie se acercó a la cama y se inclinó sobre Silje, que seguía profundamente dormida.

—¡Silje, despierta!

No reaccionó. Sofie le bajó un poco más la manta. Su hermana, soñolienta, la buscó con la mano y se la volvió a echar encima.

—Silje, lo siento pero tienes que levantarte.

Silje hundió la cabeza en la almohada. Sofie le sacudió suavemente

el hombro.

—Déjame —gruñó su hermana apartándole la mano.

—Padre quiere verte.

—No es verdad —murmuró Silje—. Si ni siquiera está a... —Silje se incorporó de golpe—. ¡Oh, no! Pero si ayer... —Se levantó de un salto y dirigió a Sofie una mirada de reproche—. ¿Por qué no me has despertado antes?

—Yo también acabo de amanecer.

Silje resopló y comenzó apresuradamente su aseo matutino. Sofie se dio la vuelta para ocultar su risa. Era muy divertido ver cómo su hermana se transformaba de una marmota gruñona en la viva imagen de la energía. Sofie se

puso enseguida el conjunto negro de falda larga acampanada y blusa cerrada sencilla que llevaba a diario desde la muerte de su madre, y se recogió el pelo.

Poco después, cuando cruzaron el vestíbulo, Sofie echó un vistazo al reloj de pie que había en un rincón. Eran poco más de las diez. No era de extrañar que su padre hubiera mandado buscarlas. Como buen madrugador al que además no le hacían falta muchas horas de sueño, el hecho de dormir hasta tarde le resultaba sospechoso. En casa solo lo toleraba en situaciones excepcionales. En su opinión era una forma de desperdiciar un tiempo valioso y volvía

a la gente propensa a una holgazanería perniciosa.

Estaba sentado en uno de los extremos de la larga mesa del comedor, enfrente del abuelo Roald. Entre ellos había un hornillo con una cafetera de plata, varios tarros de mermelada casera, una cesta con pan de trigo cortado, una tacita de nata agria, una bandeja con diferentes tipos de queso y embutido, y un plato con gofres. Roald ya había terminado de desayunar y estaba cómodamente recostado en su silla. Ivar miraba con gesto pétreo su plato, en el que había una loncha de jamón cocido que olía muy apetitosa junto a un huevo frito, en el que hurgaba

con el tenedor.

Las hermanas entraron en la sala sin que los dos hombres se dieran cuenta. Sofie apretó las manos. El semblante sombrío de su padre no presagiaba nada bueno. ¿Qué lo habría puesto de tan mal humor? La noche anterior, durante la discusión sobre la tensa situación política, había sonado serio, pero no contrariado. ¿Qué había sucedido desde entonces? ¿O su enfado se debía a motivos personales y no había surgido durante la noche? A Sofie siempre la había impresionado lo fácil que parecía resultarle a su padre separar los asuntos personales de los profesionales. Como si dos personas compartieran un mismo

cuerpo: el director de la mina y el padre de familia.

—Ese pobre miserable no tiene la culpa de que tus planes se hayan desbaratado —dijo Roald con un ligero tono de reproche—. De todos modos era dudoso que hubieran llegado a buen término. Si lo he entendido bien, el chaval no tenía ni la más mínima idea de que Silje... —Roald vio a sus nietas, se levantó y las saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa amable—. Buenos días, queridas.

—*Morfar* —dijo Silje—. No sabía que tú también estabas aquí.

Sofie corrió hacia su abuelo y le dio un beso en la mejilla.

—Qué alegría volver a verte tan pronto. ¿*Mormor* también ha venido?

—No, ella se ha quedado en Solsikkegård. Yo mismo me quedaré poco tiempo en la ciudad y regresaré enseguida.

Sofie se colocó bien la silla junto a él. Cuando Silje quiso sentarse a su lado, Ivar negó con la cabeza, señaló el asiento junto a él y le tendió una tarjeta.

—¿Tendrías la amabilidad de explicarme esto?

Sofie vio que Silje se quedaba rígida.

—¿A qué te refieres, padre?

—Han entregado esto antes para ti. De parte de un joven.

Silje cogió la tarjeta y la leyó en diagonal. Se sonrojó y carraspeó.

—Bueno, eh... Es de Fredrik Lund y...

—Yo también sé leer —la interrumpió Ivar—. Y también sé quién es. Lo que no sé es cómo se le ha ocurrido invitarte a dar un paseo por los bosques en coche de caballos con sus amigos.

—Eh, bueno... Pensé que... —Silje se detuvo y acto seguido prosiguió con voz firme—: ¿Acaso no te parecería bien? Al fin y al cabo tú mismo te encargaste de que nos conociéramos.

Sofie contuvo el aliento. Ella jamás se habría atrevido a replicar a su padre

con un contraataque. Ivar frunció profundamente el ceño.

—¿Puedes explicarme eso, por favor?

—Me diste una carta para el padre de Fredrik. Y cuando fui a...

Ivar golpeó la mesa con la mano.

—¡Basta! No quiero saber qué bobadas te has inventado. ¡Y no volverás a ver a ese tal Fredrik!

Sofie se estremeció. Nunca había oído a su padre emplear un tono tan severo con Silje. Vio que esta palidecía y que abría la boca para replicar. Le dio un puntapié por debajo de la mesa y vocalizó sin emitir ningún sonido:

—¡Déjalo!

Silje bajó la cabeza y guardó silencio. Sofie se sorprendió. No pensaba que su hermana haría caso de su advertencia y dejaría de encararse con su padre.

—¿Y qué hay de malo en una excursión con otros jóvenes? —preguntó el abuelo Roald, que había seguido en silencio el enfrentamiento—. No es más que una diversión inofensiva. —Señaló la tarjeta—. Y Lund hijo parece un muchacho respetable con un futuro prometedor.

Silje levantó la cabeza y le sonrió agradecida.

Ivar dirigió una mirada sombría a su suegro.

—Es posible. Pero de todos modos no quiero que vaya.

Se arrancó la servilleta del regazo, se levantó y salió de la estancia con pasos pesados. Silje lo siguió con la mirada y después se dirigió a su abuelo.

—¿Qué mosca le ha picado? ¿Qué tiene en contra de Fredrik Lund?

Roald se encogió de hombros.

—No creo que tenga nada personal en su contra. Pero puede que antes tuviera otro pretendiente en mente para ti.

—¿Antes?

—Poco antes de salir para Trondheim, tu padre se enteró de que ha muerto.

—¿Tan mayor era? —soltó Sofie, y repasó mentalmente el círculo de amigos y conocidos de su padre en busca de caballeros solteros que pudieran considerarse un buen partido para Silje. La selección no era demasiado grande ni tentadora.

—No, acababa de cumplir los treinta. Parece que fue un trágico accidente —respondió Roald.

—¿Sabes quién era? —preguntó Silje.

—Un tal Opdal o algo así. El nombre no me suena de nada.

Sofie miró a Silje desconcertada. Esta frunció el ceño.

—Hummm, ¿Opdal? No sé quién

podría... —Entrecerró los ojos y después de pensarlo un poco preguntó —: ¿No sería Ordal?

—Puede ser —comentó Roald—. Eso es, ahora lo recuerdo. Se llamaba Olaf Ordal.

Silje arqueó las cejas.

—Me extrañaría mucho.

—¿Y eso? ¿De qué conoces a ese tal Olaf? —preguntó Sofie.

—Conocer es mucho decir. Pero en realidad solo puede tratarse del hijo de Trude y Sverre Ordal. Y este se marchó de Røros hace más de diez años.

—Entonces es casi seguro que era él —dijo Roald—. Ya que vuestro padre mencionó que había llegado hace un par

de días de Alemania.

Silje sacudió la cabeza.

—De todos modos me cuesta creer que padre quisiera casarme con Olaf.

—¿Por qué? —preguntó Sofie.

—Pues porque su familia está en quiebra —respondió Silje—. ¡No me digas que no te has enterado!

—Sí, sí, ya lo sabía —replicó Sofie, y se vio de nuevo en la farmacia Löwen, donde hacía unas semanas aquellas tres cotillas habían estado echando pestes sobre Trude Ordal, que venía de una familia sin recursos y a sus ojos no encajaba en la alta sociedad. La señora Asmund, la esposa del director del Sparebank de Røros, les había contado

además que el aserradero de Sverre Ordal tenía grandes deudas y que el matrimonio corría el riesgo de perder todo su patrimonio.

—Entonces comprenderás que es imposible que Olaf fuera el candidato preferido de padre —dijo Silje—. Al fin y al cabo era pobre.

—Puede que ganara un buen sueldo —alegó Sofie.

Silje resopló.

—¡Por favor! Y aunque así fuera, no habría tenido propiedades ni habría sido dueño del aserradero. Un buen partido es otra cosa.

—No tengo la impresión de que un gran patrimonio sea el criterio decisivo

para tu padre —dijo Roald. Antes de que Silje pudiera seguir indagando, se levantó mirando su reloj de bolsillo y se dirigió hacia la puerta—. Tendréis que disculparme. Por mucho que disfrute de vuestra compañía, el deber me llama. — Se despidió con un gesto atento y salió del comedor.

—¿Qué deber? —preguntó Silje—. Al fin y al cabo ha traspasado los negocios a su hijo.

—Tienen todos una asamblea extraordinaria de socios —respondió Sofie.

Silje frunció el ceño.

—¿De dónde has sacado eso?

—Sencillamente lo sé —respondió

Sofie, y enseguida añadió—: ¿A qué se referiría *morfar* cuando ha dicho que para padre no es importante que su futuro yerno sea acaudalado?

—No lo sé. Habrá malinterpretado algo que ha dicho. ¿O crees de verdad que padre me elegiría a un pobre diablo? —respondió Silje. Esbozó una mueca de disgusto—. ¿Dónde se ha metido el criado? Quiero unos huevos escalfados.

—Hemos llegado tarde. Seguramente ya esté cumpliendo con otras tareas —dijo Sofie pasándole a su hermana la cesta del pan—. Aquí hay cosas deliciosas más que suficientes.

Silje murmuró algo incomprensible y

cogió un gofre, sobre el que extendió una cucharada de nata agria y una de mermelada de fresa. Sofie se preparó una rebanada de pan con queso Jarlsberg y reflexionó sobre las alusiones de su abuelo. A diferencia de Silje, ella no creía que hubiera malinterpretado algún comentario de su padre. Pero ¿por qué había escogido precisamente a ese tal Olaf? Sofie, pensativa, dio un mordisco a su tostada.

Su familia no había tenido trato con los Ordal en el pasado, ni comercial ni social. No se visitaban unos a otros ni se invitaban a celebrar confirmaciones, nacimientos o aniversarios. En las fiestas de otras familias Sofie tampoco

se había encontrado nunca con ellos. Una circunstancia extraña: en una ciudad pequeña como Røros, lo que se conocía como la alta sociedad era un grupo muy reducido. Coincidían constantemente. Sofie se sirvió café y le puso un chorrito de leche. Bebió un sorbito del líquido caliente con cuidado.

¿Qué era lo que había convertido a los Ordal en marginados? ¿No se le habría perdonado a Sverre que no se hubiera casado con alguien de su nivel? No, eso no podía ser. Había demasiados hombres que habían cometido la misma falta. ¿Sería su precaria situación económica lo que los había condenado al ostracismo? Eso tampoco la

convención. Sverre y su mujer habían vivido apartados desde que ella tenía uso de razón. Sin embargo el aserradero no había entrado en números rojos hasta los últimos dos o tres años. ¿Y por qué había sido? Sofie miró fijamente los reflejos luminosos que los adornos tallados de la araña de cristal hacían bailar en la pared. ¿Sería realmente debido a la incapacidad de Trude Ordal para llevar la casa, como había supuesto Berntine Skanke en la farmacia? Sofie tuvo que admitir que no sabía mucho acerca de las sumas de dinero que se gastaban en un hogar de nivel. Pero ¿realmente era posible que Trude Ordal derrochara de tal manera sus ingresos

que hubiera llevado a la ruina una empresa en expansión? Sofie sabía por el tío Sophus que el precio de la madera se mantenía alto, ya que no solo se demandaba como material de construcción o combustible, sino que también era un elemento imprescindible para la industria del papel y la de los muebles.

—Sofie, ¿estás sorda? ¿O hay algún otro motivo por el que no quieras pasarme la mantequilla?

La voz disgustada de Silje se abrió paso en la conciencia de su hermana.

—Perdona —murmuró tendiéndole a su hermana lo que le pedía.

Esta la miró echando chispas.

—En serio, deberías...

Sofie puso los ojos en blanco y la interrumpió:

—¡Ya lo sé, ya lo sé! Una dama bien educada es siempre atenta y servicial. No volverá a suceder.

—¡Eso espero!

Sofie se estremeció. Esas palabras y el tono cortante le recordaron algo. ¿Cómo había podido olvidarlo? No hacía tanto tiempo de la última vez que había visto a Trude Ordal. No había sido en la calle por casualidad ni en la iglesia. Sino en casa de sus padres, el día del entierro, hablando con su padre. Se tuteaban, y Trude había prometido algo en tono suplicante a lo que su padre

había respondido «¡Eso espero!» en tono amenazador. ¿Qué relación tenía él con Trude Ordal? Sofie sintió que se le erizaba el vello de los antebrazos. Una vaga sensación en el estómago le decía que estaba tras la pista de un secreto, oculto en las profundidades del pasado de su padre.

15

Røros, junio de 1895 – Clara

Clara se abrió paso entre los portadores del féretro hasta el atrio y, una vez delante de la iglesia, miró a su alrededor. Ni rastro de Paul. Después de echar un vistazo a la Kirkegata, que se extendía desierta ante ella, echó a correr hacia la parte trasera del cementerio. Tampoco encontró a su hijo junto a la

fosa que habían abierto para Olaf. Se dio la vuelta y fue al encuentro de la procesión, que estaba doblando la esquina de la iglesia. Se precipitó sin aliento hacia el viejo Gundersen, que encabezaba la comitiva junto al sacerdote. Este la miró indignado e hizo un gesto autoritario con la mano para indicarle cuál era su sitio, detrás del ataúd. Clara no le prestó atención alguna. Le daba igual estar incumpliendo las normas del decoro y la decencia. La preocupación por Paul era mayor que la desagradable sensación de ofender al sacerdote y a su parroquia con su comportamiento irrespetuoso. Agarró a Gundersen del brazo.

—¿Ha visto a Paul?

Gundersen arqueó las cejas y negó con la cabeza. Después de mirarla un instante, se apartó y dejó que el cortejo fúnebre pasara de largo.

—Ha desaparecido —sollozó Clara. La lástima que vio en los ojos de Gundersen hizo que el autocontrol que tanto le costaba mantener se tambaleara —. ¿Dónde podría estar?

Gundersen le pasó el *marskalkstav* a un hombre que pasó junto a ellos.

—Lo buscaré —le dijo a Clara en voz baja—. Seguramente estará en uno de los sitios a los que le gustaba ir a su padre, porque se los he enseñado todos.

—Iré con usted y...

Gundersen negó con la cabeza y la empujó suavemente hacia los dolientes.

—No, acompañe a su marido en este último paseo. Encontraré a Paul, ¡se lo prometo!

Clara apenas se enteró de la ceremonia junto a la tumba. Cambiaba el peso de un pie a otro y estiraba el cuello una y otra vez buscando a Gundersen y a Paul con la mirada. Maldijo su baja estatura y la altura de muchos de los asistentes al entierro, que le bloqueaban la vista. Sus miradas de reproche le dieron igual. ¿Qué tenía ella que ver con ellos? No le importaba lo que pensarán de ella. El sacerdote por fin hizo a los portadores la señal para que bajaran el

féretro a la tumba, y dijo:

—*Av jord er du kommet, til jord skal du bli, av jord skal du atter oppstå.*

Clara no entendió las palabras exactas, pero estaba segura de que se trataba del versículo de la Biblia que decía «Polvo eres y en polvo te convertirás»; el clérigo lanzó una palada de la tierra que había junto al hoyo sobre el ataúd. Mientras todos a su alrededor entonaban un salmo, Clara se santiguó, pidió perdón a Olaf en silencio por no poder prestar la atención debida a su despedida, y se deslizó por entre los feligreses. Corrió lo más rápido que pudo hacia la explanada delantera de la iglesia, donde se encontró con el viejo

Gundersen, que se acercaba por la calle sin aliento. Y sin Paul. Clara se llevó la mano a la boca y ahogó un grito.

—Lo siento, me he equivocado. Estaba seguro de que estaría junto al río o en el granero del almacén —dijo Gundersen.

—Por el amor de Dios, puede que se haya caído al agua —exclamó Clara.

—No, yo creo que sigue por aquí. No se marchó hasta el final de la misa, y ninguna de las personas a las que me he encontrado ha visto a un niño pequeño.

Clara se esforzó por sofocar de raíz la histeria que empezaba a sentir.

—Lo buscaré en la iglesia.

Gundersen asintió.

—Yo, en el cementerio.

Clara regresó al templo y se quedó quieta escuchando en el pasillo central. Todo estaba en silencio. Desde fuera casi no llegaba ningún sonido, las voces de los dolientes apenas eran un murmullo lejano. Clara avanzó hacia el altar y se detuvo varias veces. Un ruido atrajo su atención. Salía del lado derecho del coro, de uno de los palcos, con las cortinas cerradas. Clara se acercó corriendo, apartó el visillo y miró dentro. Se le escapó un suspiro de alivio. Paul estaba de rodillas en un rincón de espaldas a ella y tenía la mirada levantada hacia la pared. Murmuraba algo de forma casi

inaudible, interrumpido por los sollozos que le sacudían el cuerpo entero. Clara siguió su mirada.

Sobre el palco había colgado un cuadro oscurecido a lo largo de los siglos por el humo de las velas. Mostraba a un hombre de barba entrecana y melena hasta los hombros vestido con un sobretodo azul. En la mano izquierda sostenía un arma, en la derecha una piedra rojiza. Estaba al aire libre, delante de un árbol, y al fondo un ciervo ascendía a saltos una colina. No, no era un ciervo. Era un reno. Debía de ser la imagen del campesino Hans Aasen, que un día de caza descubrió las ricas reservas de cobre de la zona. Olaf

le había hablado de él a Paul poco después de llegar a Røros. Clara extendió el brazo y le acarició el hombro. Él se dio la vuelta asustado y la miró con los ojos enrojecidos. Clara sintió una punzada al ver el miedo que irradiaban.

—Paul, cariño mío —susurró.

No se atrevió a estrecharlo entre sus brazos. Paul se puso de pie y apoyó la espalda en la pared. Como si buscara la protección de Hans Aasen, se le ocurrió a Clara.

—Paul, no tengas miedo —dijo tendiéndole la mano—. Ven conmigo.

Negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—¡No me iré de aquí!

Clara lo miró perpleja. ¿Qué mosca le había picado?

—Pero ¿por qué no? ¿Qué se te ha perdido aquí?

—No dejaré a papá solo. Quiero quedarme con él.

Clara se mordió la lengua. Le habría gustado gritar: «¡Pero si está muerto! ¡No tenemos por qué quedarnos en este lugar que ni siquiera él quería volver a pisar!»

«No digas nada irreflexivo —se reprendió—. No olvides que Paul es un niño. Ni siquiera tú eres capaz de comprender que Olaf ya no esté. ¿Cómo va a entender un crío qué es la muerte?»

—¿Puedo entrar? —preguntó, y abrió la portezuela del palco, integrada en la barandilla—. Estoy un poco cansada y me gustaría sentarme un ratito —le dijo al ver que Paul la miraba con desconfianza.

Le dolió que la considerara una amenaza. Se dejó caer en el banco con cuidado de no acercársele demasiado. Se recostó, cerró los ojos y ordenó sus pensamientos. Había dado por supuesto que Paul la seguiría allá donde fuera sin cuestionarla. Como siempre había hecho. Al fin y al cabo era su madre y sabía lo que le convenía. Él no estaba en disposición de trazar planes a largo plazo, analizar de antemano las

consecuencias de sus decisiones y prever el resultado de su obstinado rechazo.

«¿Y tú sí? —intervino una voz dubitativa en su interior—. Siendo sincera, tú también has perdido pie, eres como un árbol al que le han cortado las raíces. Claro que sería más fácil empezar una nueva vida en Alemania. Empezando por el idioma. Pero es imposible que sepas si lograrás salir adelante con Paul allí.»

Clara se imaginó como criada o institutriz en un hogar ajeno, o matándose a trabajar en una de las numerosas fábricas que surgían como setas. Apenas tendría tiempo para Paul.

Si gastaba poco, quizá pudiera enviarlo a un internado y darle así al menos una buena educación. La mera posibilidad de separarse de él durante meses le cerró un nudo en la garganta. Puede que encontrara pronto otro marido que le ofreciera seguridad económica. Pero ¿aceptaría a Paul como hijo y lo trataría bien?

¿No había jurado hacer todo lo posible por que su hijo fuera feliz? Al parecer por el momento lo que lo consolaba era estar cerca de la tumba de su querido padre y vivir en el entorno en que este había crecido. Si su promesa era auténtica, debía tenerlo en cuenta. Al menos durante un tiempo, hasta que el

dolor más agudo hubiera remitido. No podía esperar de él que se rigiera por lo que era «sensato» o no. Su alma necesitaba tiempo para recuperarse y aceptar los acontecimientos que se habían sucedido a lo largo de los últimos días. Si le daba la oportunidad de despedirse tranquilamente de su padre, quizás en dos o tres semanas estaría preparado para marcharse de allí y entender que Olaf siempre estaría en sus corazones, sin importar dónde vivieran. Abrió los ojos y miró a su hijo

—Si quieres, podemos quedarnos un par de semanas. Así podremos visitar a tu padre en el cementerio todos los días.

El rostro de Paul se relajó. Se

acercó a ella y la abrazó.

—Gracias, mamá —susurró apoyando la cabeza en su pecho. Clara lo apretó contra sí y lo acunó con suavidad.

Cuando salieron de la iglesia poco después, se encontraron de frente con el viejo Gundersen, que los había estado buscando. Este le revolvió el pelo a Paul con alivio y regresó con ellos a casa de los Ordal, en Flanderborg. Por el camino Clara le contó que había decidido quedarse en Røros por el momento. Haciendo un gesto con la cabeza hacia Paul, que caminaba delante

de ellos, dijo a media voz:

—Necesita tener la sensación de estar cerca de su padre. Por eso se ha escapado. Tenía miedo de que me lo llevara de aquí.

—Me lo imaginaba —dijo Gundersen—. Pero para usted no será fácil.

Clara se encogió de hombros.

—Reconozco que si de mí dependiera, me marcharía hoy mismo. Pero Paul necesita tiempo para digerir la conmoción. Yo no era consciente de que la idea de dejar aquí a su padre lo afectara tanto.

—Sí, los niños lidian con el luto de forma diferente —dijo Gundersen.

Clara asintió y dijo en voz baja:

—Además tiene parientes aquí.

—«Quién sabe, quizá los padres de Olaf entren en razón y abran sus corazones al menos a su nieto», añadió en silencio—.

Me encantaría que tuviera una familia.

Gundersen gruñó algo incomprensible.

Clara tragó saliva.

—Soy consciente de que los padres de Olaf me rechazan. Aunque no entienda por qué. Pero quizá con su nieto... —Clara se calló al ver el gesto escéptico de Gundersen.

—Lo siento mucho. Espero estar equivocado. Pero yo no me haría demasiadas ilusiones —dijo él—.

Aunque quizá se acerquen a Paul y a usted de forma natural —añadió—. Al fin y al cabo viven bajo el mismo techo.

Clara asintió. Desde su llegada, Paul y ella habían dormido en la antigua habitación de Olaf. Se había planteado varias veces marcharse de esa casa en la que la recibían con un rechazo tan evidente y buscar con Paul una habitación en un hostel o una pensión. La preocupación por sus recursos menguantes era lo único que la detenía. Ahora que iban a quedarse en Røros más tiempo del que pensaba, no podían permitirse en absoluto un hotel.

—¿Podré pedirles a los Ordal que nos acojan unas semanas más? —

preguntó Clara.

—No se me ocurre por qué no. Al fin y al cabo tienen sitio más que suficiente —respondió Gundersen. Le sonrió—. La admiro. Poca gente sería capaz de algo así para ayudar a un hijo.

Clara sintió que se sonrojaba. Aquel elogio inesperado la abochornó. Al mismo tiempo le sentó bien saber que había allí una persona que la comprendía. Que entendía lo desagradable que le resultaba tener que pedirles algo a sus suegros.

Entretanto habían cruzado el Hitterelva y habían girado en Flanderborg. Paul corrió hacia el patio del aserradero. En la calle que pasaba

por delante de la propiedad de los Ordal había un carro de caballos cargado con maletas, cestos y cajas. Cuando Clara y Gundersen llegaron, Sverre Ordal estaba sacando a rastras de la casa un arcón de madera. Trude lo seguía y le hablaba en tono suplicante. Sverre negó con la cabeza y levantó el arcón con las demás cosas.

—*La meg snakke med Ivar en gang til* —exclamó Trude cogiéndole del brazo.

Sverre se sacudió la mano de encima.

—*Nei! Vi er ingen tiggere! Jeg vil aldri be Ivar om en almisse!*

—¿Qué está pasando aquí? —

preguntó Clara dirigiéndose a Gundersen—. ¿Por qué discuten?

—Al parecer Sverre no quiere que su mujer le pida algo a Ivar Svartstein —le explicó—. No quiere parecer un indigente mendigando limosnas.

—¿Quién es ese tal Svartstein?

—El director de la fábrica de cobre.

Un hombre muy influyente y adinerado.

—Pero ¿por qué están haciendo las maletas?

—Un momento —dijo Gundersen, y se acercó a Sverre y a Trude.

Clara observó angustiada cómo el hombre se mostraba aturdido y perplejo mientras escuchaba las explicaciones. Un rato después Sverre se dio la vuelta

con un gesto de disculpa. Se subió al carro, le tendió la mano a su esposa, la subió con él al pescante, cogió las riendas y las restalló contra el lomo del caballo. Visiblemente decaído, Gundersen los siguió con la mirada.

—¿Por qué se van? —preguntó Paul, que en ese momento salía a la calle por el portón.

Clara fue hacia él y miró a Gundersen con gesto interrogante. Este suspiró profundamente.

—No sabía que Ivar Svartstein era su principal acreedor. Tendrían que haberle pagado sus deudas esta semana. Como no han podido, ahora todo le pertenece a él.

—Es horrible —exclamó Clara—. Pero ¿por qué se marchan tan precipitadamente?

—Sverre está convencido de que Svartstein los echará en cuanto regrese de su viaje de negocios, y quiere adelantársele.

—¿Es que Svartstein no tiene su propia casa? —preguntó Paul, que los escuchaba con los ojos como platos.

—Sí que la tiene, y es preciosa —respondió Gundersen.

—Entonces ¿por qué necesita otra? —Arrugó la frente—. ¿Es un hombre malo?

—Hummm, en realidad no —contestó Gundersen—. Al menos yo

nunca he visto que se comportara de forma insensible. Pero puede que me equivoque. —Miró a Clara—. Algo ha tenido que pasar. Nunca los había visto así.

—¿Dónde vivirán ahora? —quiso saber ella.

—Con el hermano de Trude, Bjørn. Detrás de la fundición.

—Mamá, ¿iremos allí nosotros también?

Antes de que Clara pudiera responder a su hijo, Gundersen dijo:

—La casa de Bjørn y su esposa es pequeña. Ahora que tus abuelos vivirán con ellos, tendrán que apretarse. Así que me temo que no hay sitio para vosotros

dos.

Paul se abrazó a Clara.

—Pero ¿qué haremos entonces?

—Bueno, no veo por qué no podemos dormir aquí esta noche —dijo Clara mirando a Gundersen con gesto interrogante.

—Estoy de acuerdo —respondió con una sonrisa dirigida a Paul—. Ven, tengo una sorpresa para ti.

—Oh, ¿qué es? —preguntó Paul dándole la mano.

—Enseguida lo verás.

Le hizo un gesto a Clara y entró con Paul en la casa. Ella los siguió lentamente. En pocos minutos su situación había vuelto a cambiar por

completo. Si hace un instante había estado debatiéndose con la idea de pedirles cobijo a sus suegros, ahora estaba en la calle en el sentido más literal de la expresión. Sintió frío. ¿No cesarían nunca las noticias catastróficas? Cerró los puños. «¡No, no me dejaré derrotar! ¡Ni en broma!»

16

Trondheim, junio de 1895 – Sofie

El viernes 7 de junio de 1895 el Parlamento noruego, tras un acalorado debate, decidió retomar las negociaciones con Suecia y abandonar por el momento la lucha por los consulados propios. El deseo de Ivar Svartstein se había cumplido: habían imperado las voces de aquellos que

reclamaban prudencia en vista de la superioridad militar sueca. Los repartidores de periódicos que pregonaron la noticia a última hora de la tarde se vieron rodeados por una muchedumbre que prácticamente les quitaba de las manos las ediciones recién impresas de los diarios.

Sofie, que había ido a recoger a una de sus primas pequeñas de clase de piano, se hizo con un ejemplar del *Trondheimer Adresseavis*, a pesar de que no creía que tuviera oportunidad de leerlo en un futuro próximo. En casa de Sophus y Malene era casi imposible encontrar un rincón tranquilo y dedicarse a alguna tarea sin

interrupción. Además, Sofie echaba una mano a su tía en la medida de lo posible y sustituía a la hija mayor, cuya ausencia había dejado un hueco considerable.

Malene había dejado entrever en varias ocasiones que no quería ni imaginar cómo se las arreglaría sin Torbjørg cuando esta no solo se ausentara un par de semanas a visitar a unos familiares, sino que se marchara de casa de sus padres para casarse y formar su propia familia. Sofie, que en los últimos dos días se había dedicado sin descanso a ocuparse de las tareas de casa, zanjar disputas y supervisar clases de piano, se guardaba el comentario de que quizás a Torbjørg no le resultara

nada apetecible salir del lodo y caer en el arroyo.

Mientras corría detrás de la niña que brincaba delante de ella, contenta de haber escapado de la severa batuta de su profesora de piano, Torbjørg ocupó sus pensamientos. Cuando la había conocido hacía un año más o menos, en la boda de un tío lejano, esta le había confesado que le encantaría estudiar. A Sofie no le había parecido que tuviera ninguna prisa por casarse. A diferencia de su madre, anhelaba una vida independiente lejos de las tareas y obligaciones de una esposa. Su sueño era llegar a ser autónoma y no depender económicamente de un hombre. Sofie

admiraba los objetivos de su prima, y en el fondo también le habría gustado tener tan claro lo que quería para su futuro.

Sin embargo, seguramente a Torbjørg no le resultaría fácil poner en práctica sus ideas. ¿Conocería Malene los planes de su hija? Y si era así, ¿qué opinión le merecían? Sofie consideraba que su tía era muy abierta y tenía muy en cuenta el bienestar de sus hijos. ¿Se opondría a los deseos de Torbjørg precisamente por ese motivo? ¿Por miedo a que esta perdiera su estatus social, a que se sintiera sola y a que fuera infeliz? Sofie lo habría comprendido. En el círculo de amigos de su familia no había ninguna mujer

soltera y trabajadora. Incluso las viudas, a las que una ley permitía desde hacía algunos años continuar con el negocio de sus maridos fallecidos (algo que muchas llevaban a cabo con gran pericia y éxito), por lo general se esforzaban por volver a casarse lo antes posible después del periodo de luto. En la alta sociedad, las buenas formas exigían que una mujer honorable ocupara su lugar en la vida al lado de un hombre.

Sofie seguía cavilando acerca de las razones de esto cuando llegaron a casa de los Hustad. La pequeña desapareció en uno de los cuartos de los niños del piso superior. Sofie se dirigió a la cocina para ayudar a su tía a preparar

los centros florales con los que se adornarían las estancias para el fin de semana.

Durante la cena, a una hora temprana, para la que todos se reunieron en la mesa grande del comedor, la conversación de uno de los extremos de la mesa giró en torno al arreglo temporal del conflicto de la unión. El tío Sophus, que estaba sentado en la cabecera, discutía animadamente con su cuñado y su suegro, que habían tomado asiento a su izquierda y a su derecha. Sofie, situada entre su hermana y uno de sus primos en el centro de la mesa, se

esforzaba en vano por captar al menos algún retazo de la conversación.

Dado que en casa de los Hustad no se consideraba necesario prohibir la palabra a los niños en la mesa, reinaba una alegre algarabía. La tía Malene y su marido estaban de acuerdo en que aquella oportunidad de charlar y saber cómo se encontraban sus hijos era demasiado valiosa para dejarla pasar. No le veían sentido a la costumbre tan extendida de prohibirles hablar a los niños en presencia de adultos, y de cederles únicamente la palabra para recitar conocimientos aprendidos de memoria o responder a preguntas sobre sus éxitos escolares.

A Sofie le gustaba esa actitud. Sin embargo esa noche habría preferido que sus numerosos primos y primas manejaran sus cubiertos con menos alboroto y no se provocaran mutuamente con bromas o protestas de viva voz. Le habría gustado seguir la conversación de los tres hombres, que debatían con semblante serio las noticias que llegaban de Christiania.

—¿Crees que se ha superado la crisis? —le preguntó a su hermana.

—¿Qué crisis? —refunfuñó Silje, que hurgaba de mala gana en las verduras y las patatas que acompañaban la tajada de asado de su plato sin comer nada.

—La de los suecos, cuál va a ser.

—La verdad es que me da igual.

—¿Qué pensará Fredrik Lund del resultado de la votación? —prosiguió Sofie—. Puede que a él y a sus amigos les dé rabia que los parlamentarios noruegos hayan transigido.

A Silje se le petrificó el gesto. Le lanzó una mirada de reproche a su hermana.

—¿Te divierte fastidiarme? —Antes de que Sofie pudiera responder, Silje se levantó y se acercó a su tía, sentada en el otro extremo de la mesa con los niños pequeños—. Discúlpame. Me duele la cabeza.

—Ay, lo siento mucho —dijo

Malene.

—Creo que voy a acostarme un rato
—añadió Silje.

—Hazlo, querida. Más tarde enviaré a la criada a tu cuarto para que te lleve aceite de menta. Te aliviará. Yo siempre me froto un poquito en las sienes cuando me duele la cabeza.

Silje se esforzó por esbozar una sonrisa y salió del comedor. Sofie la siguió con la mirada y reprimió su mala conciencia. Los reproches de Silje no eran del todo injustificados. Había mencionado a Fredrik Lund a propósito. Quería sacar a su hermana de su silencio y saber si entretanto se había puesto en contacto con su admirador. Y sobre todo

le interesaba saber si Silje pretendía hacer cambiar de parecer a su padre y obtener permiso para salir de excursión con Fredrik y sus amigos.

¿Los acompañaría Moritz von Blankenburg-Marwitz? ¿O habría finalizado ya su estancia en Trondheim y había proseguido su viaje en busca de obras de arte para su tío? En ese caso sería muy improbable que volviera a ver jamás al joven alemán. Sofie se sorprendió hurgando en la comida de su plato sin llevársela a la boca, tal como acababa de hacer su hermana.

Escandalizada por el rumbo que habían tomado sus pensamientos, regresó a aguas menos peligrosas.

Desde el arretrato de su padre, durante el que había prohibido a Silje cualquier contacto con Fredrik Lund, Sofie trataba de encontrar una explicación plausible para su brusca reacción. Visto desde fuera, el hijo del director del banco era el yerno que muchos padres desearían para sus hijas. Algún día sucedería a su padre, era el heredero de un patrimonio impresionante, tenía unos modales impecables y podía ofrecerle una vida agradable a una mujer. La prolongada relación comercial entre Ivar Svartstein y Lund padre también abogaba en favor de Fredrik. Y después de la muerte de Olaf Ordal, el candidato que su padre había escogido en un principio para

Silje, no había ningún motivo evidente para las reservas que mostraba hacia Fredrik.

Sofie mojó un trozo de patata en la salsa del asado, se llevó el tenedor a la boca y masticó mientras seguía reflexionando. «¿Sabrá padre algo sobre Fredrik que empañe su imagen?» Se imaginó al hijo del banquero haciendo negocios con contrabandistas y alcahuetes entre la oscuridad y la niebla del puerto de Trondheim, perdiendo sumas ingentes de dinero en casas de juego o divirtiéndose con mujeres de vida alegre en establecimientos de mala reputación.

Ahuyentó esas imágenes y se cortó

un pedazo de su tajada de asado. «No — pensó—, si la reputación del joven Lund estaba dañada, padre lo habría dicho. No tiene pelos en la lengua cuando se trata de esos temas. ¿Será su opinión política lo que le molesta?» Al fin y al cabo Fredrik no ocultaba que estaba a favor de la disolución de la unión con Suecia y que deseaba una Noruega independiente. En cambio, su padre abogaba por una política moderada que no perjudicara las relaciones económicas entre Røros y los empresarios suecos.

Su mirada recayó de forma involuntaria en el extremo de la mesa en el que se seguía discutiendo

animadamente. Si su padre conservaba el mal humor que le había estropeado el desayuno del día anterior, no dejaba que se le notara. Exponía sus argumentos con voz tranquila y escuchaba con mirada atenta los de su cuñado y su suegro. Sofie negó instintivamente con la cabeza. Se podía reprochar una tozudez casi intransigente a su padre en muchos aspectos de su vida, pero su opinión política no era uno de ellos. La defendía con énfasis, pero mantenía la objetividad y se mostraba abierto hacia el parecer de sus adversarios. Sin duda prefería enfrentarse a un oponente con el que pudiera discutir a una persona sin convicciones firmes o, peor aún, un

cobarde que cambiara de camisa o se limitara a transmitir las opiniones de hombres poderosos. De manera que la opinión discrepante de Fredrik Lund no era motivo en absoluto para descartarlo como yerno. Estaba dando vueltas en círculos. Le daba rabia no poder desentrañar el comportamiento de su padre.

Con un asentimiento, Sofie le dio las gracias al criado que le tendía un cuenco con pudin de sémola y salsa de fresa. Se sirvió el postre con gesto ausente. ¿Qué tal se encontraría Silje? No era muy habitual que sintiera lástima por su hermana mayor. Como preferida de su padre, pocas veces había tenido que

luchar por algo o aceptar una prohibición. En el pasado, cuando Sofie recibía una reprimenda por alguna falta o sencillamente se la ignoraba, mientras que Silje gozaba de las atenciones de su padre, había deseado repetidas veces que su hermana disgustara a su padre alguna vez y se cayera del pedestal en el que la había colocado.

Ahora que eso había ocurrido, no se sentía resarcida. Silje se había mostrado muy infeliz cuando su padre la había regañado. En ese momento Sofie había comprendido que su hermana estaba enamorada de verdad. O que al menos tenía grandes esperanzas puestas en su unión con Fredrik Lund. Si se convertía

en su esposa podría marcharse de Røros, tan provinciano en su opinión, administrar una gran casa en Trondheim y disfrutar de una vida social variada.

Sofie entrecerró los ojos. ¿Sería ese el motivo por el que su padre no se planteaba aquel enlace? ¿Porque el pretendiente no vivía en Røros y por lo tanto no se encontraba en su ámbito de influencia? ¿Porque buscaba un sucesor que siguiera sus pasos, que ocupara el puesto del hijo que el destino le había negado? ¡Pues claro! ¡Aquella era la única explicación concluyente! Sofie se reprendió por haber tardado tanto en verlo. A toro pasado, se preguntó cómo había podido pasar por alto lo evidente

durante tanto tiempo. Frunció los labios. ¿Por qué era tan impensable para su padre (así como para la mayoría de las personas de su entorno) nombrar a una hija heredera de una empresa, un negocio o una granja?

—¿Sofie? ¿Puedo pedirte ayuda una vez más?

La pregunta de Malene interrumpió sus pensamientos. Al volverse hacia su tía, se dio cuenta de que los comensales se estaban dispersando. Los tres caballeros se habían levantado y se dirigían a la puerta de cristal de dos hojas que conducía a la terraza, para disfrutar de sus puros a la luz del sol crepuscular. Algunos de los niños más

pequeños salieron correteando junto a ellos al jardín y se disputaron entre gritos el codiciado columpio, colgado de una rama de un impresionante arce. En la puerta del comedor se veía a la niñera con el benjamín de la familia en brazos. El pequeño lloraba y se chupeteaba la manita, que cerrada en un puño.

—Tiene hambre —dijo Malene, que nunca había dejado que una nodriza diera de mamar a sus hijos—. ¿Podrías reunir a los gamberros de ahí fuera y mandarlos a la cama mientras me ocupo de él?

Sofie se levantó.

—Pues claro.

—¡Mil gracias! Más tarde iré a rezar y a darles las buenas noches.

Malene le cogió el bebé a la niñera y subió con él.

Dos horas después, Sofie se dejó caer en la cama con un suspiro de alivio y se abanicó con la mano el rostro acalorado. Silje estaba sentada en una butaca junto a la ventana envuelta en su bata, hojeaba una revista de moda y observó sorprendida a Sofie.

—¿Vienes de una carrera?

—Algo así. He ayudado a la tía Malene a llevar a los pequeños a la cama.

—Bah —exclamó Silje—. De verdad que no entiendo por qué el tío Sophus no hace valer su autoridad y contrata a personal suficiente. ¡No pueden seguir así! Y el hecho de que te endilgue tareas constantemente no dice mucho en favor de las cualidades como anfitriona de la tía Malene

Sofie se incorporó y se apoyó en un codo.

—Estoy encantada de ayudarla. Sencillamente no estoy acostumbrada a tener tantos niños vigorosos a mi alrededor.

—Más bien dirás malcriados —resopló Silje—. Les vendría bien un poco más de severidad.

Sofie se encogió de hombros. No tenía ganas de discutir con su hermana sobre métodos educativos.

—Sea como sea, me asombra que la tía Malene sea capaz de administrar esta enorme casa. Y cuanto más la veo hacerlo, más me gustaría saber por qué las tareas del hogar no se consideran trabajo, sino un simple acto de amor hacia la familia.

—Al fin y al cabo es el destino de la mujer ocuparse de su hogar conyugal y... —comenzó a decir Silje en tono aleccionador.

—¡Por favor! ¡No lo dirás en serio! —exclamó Sofie y se irguió sentada—. Ahora no me vengas con que es la

naturaleza del hombre trabajar en el ámbito público porque al parecer solo ellos poseen las características necesarias, como la inteligencia, el espíritu emprendedor y la habilidad. ¿Por qué una mujer no podría demostrar sus capacidades tanto en la vida laboral como en los corros políticos?

Silje frunció el ceño y abrió la boca para replicar, pero Sofie no le dejó tomar la palabra.

—Piénsalo: ¿qué diferencia en realidad a la tía Malene del jefe de una empresa? Al igual que él, debe organizarse bien, tener en cuenta el bienestar de muchas personas, encargarse de que sus empleados llevan

a cabo su trabajo como es debido y se entienden unos con otros. También tiene que ser capaz de manejar bien el dinero, calcular de forma razonable los gastos que vendrán y ser capaz de tomar decisiones de forma rápida y flexible. Eso requiere intuición, capacidad de mando y una mente objetiva. —Miró a su hermana con gesto triunfal.

Silje se cruzó de brazos.

—Hablas como una de esas tozudas feministas.

Sofie sintió que se le encendían las mejillas. ¿De verdad sonaba como esas sufragistas fanáticas de las que tanto se burlaba su padre? Para él no eran más que unas solteronas que no habían

encontrado marido y que luchaban por lo que ellas consideraban los derechos de las mujeres por pura frustración. Sofie recordaba vívidamente el comentario que había hecho al hilo de un artículo sobre una asamblea de la NSK, la asociación noruega por el sufragio femenino.

—¿Y para qué servirían estos derechos? —le había preguntado su padre—. ¿Acaso las mujeres no tenéis todo lo que necesitáis? ¿Por qué ibais a preocuparos por asuntos áridos y desagradables, si los hombres ya os ahorramos el trabajo bregando con el bronco mundo laboral y político.

En aquella ocasión Sofie no se había

atrevido a contradecirle o simplemente a argüir que lo que decía solo era cierto para un pequeño grupo de privilegiadas. ¿Qué sucedía con las innumerables obreras, granjeras, pequeñas burguesas y otras mujeres que no podían permitirse contratar servicio y a menudo debían trabajar para obtener ingresos necesarios con los que mantener a sus familias, normalmente numerosas? ¿Por qué debían ellas matarse a trabajar sin perspectiva alguna de recibir el mismo salario o de participar en debates que les incumbían tanto como a sus esposos, hermanos o padres?

—¿Y qué? —respondió mirando a Silje con insolencia—. Pues será que

hablo así. Sigue siendo mejor que humillarse y fingir que no eres capaz de sumar dos más dos. Solo para que los amos de la creación no teman por su hegemonía.

Las palabras salieron solas de la boca de Sofie. Silje la miraba fijamente como si fuera un insecto peligroso que hubiera aparecido de pronto y quisiera picarla. Sofie volvió a tumbarse, le dio la espalda a su hermana y escuchó los latidos de su corazón. La idea que acababa de expresar en voz alta la asustaba incluso a ella misma. Tenía algo de herético. Y sabía a rebelión.

Røros, junio de 1895 – Clara

Cuatro días después del entierro de Olaf, Clara estaba sentada en el salón de la casa de los Ordal. Había acercado a la ventana una de las gastadas butacas y remendaba una media a la luz del sol matutino. Justo después de desayunar, Paul había salido corriendo al patio trasero, donde jugaba con un carro y un

caballito tallados en madera y una carga de troncos en miniatura. El vehículo había sido parte de la sorpresa que el viejo Gundersen le había anunciado: una caja con juguetes y libros de la infancia de Olaf. Trude Ordal los había encontrado en el desván mientras recogía y limpiaba la casa, y le había pedido a Gundersen que los tirara. En lugar de eso, se los había guardado a Paul.

Mientras cortaba el hilo con unas tijeritas, dejaba a un lado la media zurcida y cogía una de las camisas de Paul, a la que se le había soltado una costura, Clara planeó el día. En cuanto abriera la oficina de correos, quería

enviar las cartas que había escrito durante el fin de semana para su amiga Otilie y para la esposa del profesor Dahlmann. Pero lo más importante era telegrafiar a la oficina de reservas de la línea naviera de los Kaiserlich-Deutsche Reichspostdampfer. La conmoción por el accidente mortal de Olaf le había hecho olvidar las maletas que habían enviado de Hamburgo a Samoa por vía marítima. Ya era hora de traerlas de vuelta a Europa. Dependiendo de dónde se encontraran y la velocidad a la que pudiera modificarse su rumbo, pasarían al menos dos o tres semanas hasta que llegaran a uno de los dos puertos base de la compañía. Pero ¿adónde debía

redirigir el equipaje? ¿Allí a Røros? ¿O debía encargarse primero que lo guardaran en Bremen o Hamburgo hasta que supiera dónde empezarían su nueva vida Paul y ella?

Clara dejó caer la labor y miró por la ventana hacia el cielo, que se extendía sobre el patio del aserradero en un tono azul pálido. «Ay, Olaf —pensó—. Siempre eras tú quien respondías a estas cuestiones por nosotros. ¿Qué debería hacer? Tengo mucho miedo a equivocarme en mi decisión. ¿Estaré a la altura de la gran responsabilidad que tengo ahora? Me encantaría esconder la cabeza en la tierra... —Clara cerró los ojos—. ¡Serénate! —se ordenó—. No

puedes permitirte ese tipo de arrebatos.» Apretó los labios y decidió enviar las maletas primero a Alemania. Cuando llegaran allí, podría recogerlas directamente o dar nuevas instrucciones, dependiendo de cómo hubiera cambiado su situación para entonces. Se frotó las sienes y volvió a concentrarse en la costura de la camisa.

—¿Trude?

Una voz masculina suave y delicada asustó a Clara poco después. ¿Habría vuelto su suegro a casa en busca de su esposa? Se volvió hacia la puerta. En el umbral había una figura imponente. Gritó mirando fijamente al intruso. Era un hombre bien vestido de unos

cincuenta y pocos años. Bajo sus pobladas cejas relucían dos ojos grises azulados que ahora se entrecerraban. Su rostro expresaba decepción, desconcierto y un enfado creciente.

—*Hvem er de?*

Clara se puso de pie.

—Yo... eh... *jeg er* Clara Ordal.

—Ah, la alemana —gruñó el hombre juntando aún más las cejas. Dio un par de pasos hacia ella y la miró de arriba abajo. Clara se aferró al respaldo de la butaca y respiró con dificultad. El hombre tenía cierto aire amenazador que le cerraba un nudo en la garganta.

—¡No le hagas nada a mi mamá!

Paul se precipitó en la estancia con

ese grito y se colocó delante de Clara con los brazos en jarras.

El hombre bajó la mirada hacia él. Se le suavizaron las facciones y relajó las cejas.

—Eres un muchacho muy valiente. Pero ¿por qué crees que quiero hacerle daño a tu madre?

Paul puso morritos.

—¡Ya sé quién eres! ¡Eres Michel *el Holandés*!

Clara se quedó perpleja. Pues claro, su hijo tenía razón. Aquel debía de ser Ivar Svartstein, al que tanto dinero le debían Sverre y Trude y que ahora era dueño de la casa. El hombre frunció el ceño y miró a Paul desconcertado.

—Ese tal Michel parece un tipo malvado. Pero te prometo que no tengo malas intenciones. Solo me sorprende que estéis aquí. —Se volvió hacia su madre.

Antes de que pudiera añadir nada, Clara recogió sus útiles de costura, cogió a Paul de la mano y se dirigió a la puerta.

—Perdone que nos hayamos quedado. Nos iremos enseguida.

Ivar Svartstein pareció querer replicar, pero cambió de opinión y los dejó pasar.

Un cuarto de hora después, Clara y Paul estaban en un callejón estrecho delante de un edificio poco aparente: la

pensión Olsson. La *Baedeker* había demostrado ser poco útil a la hora de buscar alojamiento. El hotel Fahlstrøm, que según la guía ofrecía un agradable confort, no se ajustaba al escaso presupuesto de Clara. Había preguntado por un albergue más asequible en la estación, situada allí cerca, y le habían remitido a dicha pensión. La dueña resultó ser una sesentona rechoncha de piel sonrosada y rizos cuidadosamente ondulados. Con una sonrisa permanente, les explicó que no tenía habitaciones libres. Cuando clara asintió resignada y se despidió, Paul le tironeó de la mano.

—Mamá, ¿qué será de nosotros? —susurró temeroso—. ¿Adónde vamos a

ir? La abuela y el abuelo tampoco quieren que vivamos con ellos.

La señora Olsson, que ya se estaba retirando, se detuvo, frunció el ceño y preguntó:

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?
¿Ordal?

Clara asintió.

—¿No será usted la esposa de Olaf Ordal, al que enterraron la semana pasada?

—Sí, soy yo —dijo Clara en voz baja.

La dueña la miró compasiva.

—¡Mi más sentido pésame! Sé lo dura que es una pérdida así. Cuando mi marido nos dejó... —Sacudió la cabeza

y se secó los ojos con un movimiento decidido. Se dirigió a Paul—: ¿Sabes qué? ¡Seguro que os encuentro un hueco! —Prosiguió en dirección a Clara—: Si no les resulta demasiado incómodo, me queda un cuartito en la buhardilla que no suelo alquilar. No puede calentarse y es muy estrecho... Pero a cambio es barato y...

—¡Sería maravilloso! —exclamó Clara—. No sé cómo agradecerérselo...

—Bah, lo hago encantada. Las viudas tenemos que ayudarnos unas a otras —dijo la dueña invitándolos a pasar.

Durante los siguientes días Clara envió constantes señales silenciosas de agradecimiento a su protectora Adelaida, que había dirigido sus pasos a la pensión de la señora Olsson. Esta no solo les ofreció un techo, sino sobre todo un poco de seguridad. Había aceptado encantada la oferta de Clara de pagarle el ventajoso alquiler y las comidas ayudándola a limpiar y a cocinar, y de este modo contribuía también a que Clara por fin se sintiera un miembro útil de la sociedad. Paul también se deshizo enseguida de su timidez inicial, le gustaba estar cerca de la señora Olsson y la alegraba con las canciones que a menudo tarareaba a

media voz.

En la pensión, Clara se encontró con fuerzas para hacerse la pregunta apremiante de qué sería de Paul y de ella a partir de entonces. El motivo fue un balance de sus recursos económicos; constató horrorizada que solo les quedaba una cantidad ínfima. La necesidad de ampliar su vestuario con prendas de luto y otros gastos generados por el entierro habían desbaratado sus previsiones sobre el tiempo que aguantarían con las cuatrocientas coronas. Con pánico creciente, Clara contaba una y otra vez los billetes y las monedas que guardaba en la cartera y en un sobre. No había dónde rascar: la

suma a duras penas llegaría para regresar a Alemania. Ni pensar en un colchón para el tiempo que pasaría hasta que Clara encontrara trabajo y un alojamiento asequible. Se vería en la más absoluta indigencia, obligada a contraer deudas o pedir ayuda a los Dahlmann.

Le resultaba insoportable la idea de regresar a Bonn como viuda empobrecida y depender del apoyo del profesor y su esposa, de los que se había despedido pocas semanas atrás en igualdad de condiciones. Más insoportable aún que quedarse en Røros, buscar una fuente de ingresos y reunir en dos o tres meses un pequeño capital

inicial con el que empezar de cero en Alemania.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, Clara respiró hondo y se puso a buscar a la señora Olsson para preguntarle cómo y dónde podría encontrar trabajo. Ya era hora de que tomara las riendas de su destino. Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos, solía decirle la hermana Gerlinde para animarla e insistir en que no dependiera de la caridad de nadie. La señora Olsson, que picaba verdura en la cocina para preparar un puchero, también elogió la determinación de Clara. Esta se sentó junto a ella, cogió un cuchillo y empezó a cortar los

extremos de las judías verdes y a retirar los hilillos laterales.

—A ver, pensemos —dijo la señora Olsson con la frente arrugada—. En esta época del año es muy poco probable que la contraten como doncella o institutriz en uno de los hogares acomodados. La mayoría de la gente acaudalada de la ciudad pasa el verano en su propiedad del campo o viaja al extranjero.

—He visto que en la fundición hay mujeres trabajando como separadoras de fragmentos de mineral. Podría...

—Oh, no, no, ¡ni se le ocurra! —la interrumpió la casera—. Es una tarea muy dura y poco lucrativa. Y además a turnos. Perdería la salud de la noche a la

mañana, ¡y eso no ayudaría a nadie!

La señora Olsson volvió a sumirse en sus pensamientos y troceó una zanahoria.

—Hummm, quizá como vendedora en... Ah, no, para eso necesitaría el noruego... ¡Pues claro, cómo he podido olvidarlo! —exclamó, dejó el cuchillo a un lado y dirigió a Clara una mirada radiante—. El domingo pasado después de misa estuve hablando con la esposa del secretario de las minas. Al parecer está desesperado por encontrar un ayudante.

Clara arqueó las cejas.

—Pero para eso tendría que dominar el noruego.

—Pues no. Al menos no necesariamente —dijo la señora Olsson—. Si lo he entendido bien, solo tendría que copiar expedientes ya redactados. Y de eso seguro que será capaz.

Clara le estrechó la mano a la señora Olsson y le sonrió agradecida.

—Mañana mismo preguntaré si el puesto sigue disponible.

Esa noche, después de recoger, Clara tomó prestada una gran bandeja de madera y se retiró a la buhardilla. Antes de sentarse bajo la ventana inclinada, echó un vistazo al pequeño patio interior que había entre la casa y los edificios de

explotación. La organización de la finca era la típica de Røros, y estaba influida por los mineros alemanes que, en el siglo XVII no solo habían traído consigo sus conocimientos como ingenieros de minas del Harz y de los montes Metálicos, sino también sus métodos de construcción: las viviendas daban a la calle y tenían todas un patio trasero en el que se encontraban los graneros, los establos, los lavaderos y las despensas.

Desde siempre, los mineros de Røros eran también pequeños granjeros que criaban vacas, cabras, ovejas y gallinas para garantizar a sus familias al menos un suministro básico de leche y carne; algo esencial para la

supervivencia en una ciudad que dependía casi por completo de la importación de alimentos, combustible y otros productos imprescindibles para satisfacer la demanda cotidiana. La dueña de la pensión también servía a sus huéspedes jamón, leche, mantequilla, queso y huevos de producción propia.

El patio trasero estaba desierto bajo un cielo ligeramente nublado. Una criada acababa de vaciar la palangana del agua de fregar y había vuelto a desaparecer de la vista de Clara. De uno de los establos salían relinchos. Un comerciante sueco había dejado allí los caballos de su carro. En el tejado del cobertizo un palomo cortejaba a una

paloma que le daba calabazas, cosa que alentaba aún más sus esfuerzos. Arrullaba y daba saltitos alrededor de su amada, que finalmente echó a volar. El palomo se arregló el plumaje y probó suerte con otra paloma.

El escenario idílico se veía enturbiado por el intenso olor a azufre que el viento traía de la fundición y los escoriales. Clara cerró la ventana, se sentó y apoyó la bandeja sobre las rodillas de manera que le sirviera como cartapacio. Puso un folio encima, afiló un lápiz y comenzó a escribir:

Domingo, 16 de junio de 1895
Querida Otilie:

Perdona que hasta ahora no te haya escrito una carta más extensa. En los últimos días he pensado mucho en ti, y he hallado gran consuelo en las líneas que me has enviado. Es una suerte infinita tenerte como amiga, a pesar de que en estos momentos nos separen tantos kilómetros.

Clara se secó una lágrima. Esas últimas palabras acrecentaron la sensación de abandono que la acompañaba siempre. ¡Cómo habría deseado ver algún rostro familiar! Por muy agradecida que le estuviera a la señora Olsson, nunca podría sustituir a

Otilie.

En primer lugar quiero agradecerte de corazón el paquetito, con el que nos deparaste una inmensa alegría a Paul y a mí. Cuando abrimos los regalos hace unos días, un soplo del hogar inundó el cuartito en el que nos alojamos desde hace ya casi una semana.

Ya te habrás dado cuenta de que he descartado regresar inmediatamente a Alemania y que, en contra de mi plan inicial, nos quedaremos una temporada en Røros. ¡Si pudieras ver con tus propios ojos el lugar en el que

estamos! No podrías imaginar un contraste mayor con nuestra querida Renania. Y para que no pienses que tengo prejuicios y que exagero, transmitiré las palabras de la guía de viajes, en la que solo se menciona a Røros como una estación de paso en la que hacer una breve escala de camino a Trondheim: «Desde la estación se ven los edificios bajos y cubiertos de césped de la ciudad, situada en un yermo desierto de arena (restos glaciares), uno de los paisajes más áridos e inclementes del país (¡sic!); aquí ya no crecen cereales, el mercurio se congela en invierno y los bosques de la zona

también han desaparecido como consecuencia de la fundición de cobre.»

Naturalmente no quiero quedarme aquí más tiempo del necesario. Pero tras una profunda reflexión, he decidido buscar trabajo aquí por ahora y regresar a Alemania a finales del verano, una vez que haya ahorrado un pequeño capital inicial. Creo que entonces iré a Colonia. Allí podré moverme más tranquilamente que en Bonn, donde todo me recordará a mi antigua vida. De todos modos podremos vernos con regularidad, ya que a ambas ciudades no las separa una gran

distancia.

Sin embargo, como ya he dicho, primero tengo que llenarme un poco el bolsillo, que por el momento está completamente vacío. Mañana a primera hora solicitaré un puesto de secretaria en la compañía de minas. Mi casera, una mujer cálida que abrió la pensión tras la muerte de su marido y desde entonces se mantiene a flote a duras penas, me ha dado el consejo de compañera a compañera de infortunio, por así decirlo. Por esa misma razón nos hospedamos Paul y yo en este cuarto, que nos ha dejado a muy buen precio. ¡Ha sido una suerte conocer a *madam* Olsson!

(Espero que no malinterpretes lo de madam y sospeches que la encantadora viuda Olsson regenta un establecimiento de dudosa reputación: las mujeres de clase media portan aquí el título de madam, mientras que a las de la alta sociedad se les trata de frue.) La buena mujer se ha ofrecido a cuidar de Paul mientras trabajo. Así sabré que está protegido; otro motivo a favor de quedarnos aquí. En Alemania sería mucho más difícil encontrar una solución para Paul si no puedo ocuparme yo de él, sobre todo porque allí pronto empezarán las vacaciones de verano.

Clara se detuvo y miró a su hijo, que estaba acurrucado a sus pies en el suelo de madera y pintaba un dibujo para Otilie con lápices de colores. Una de sus mejillas estaba hinchada: en ella escondía uno de los caramelos que Otilie había hecho expresamente para él y que había metido en el paquetito dentro de una bonita lata.

—Paul.

—Sí, mamá —respondió levantando la mirada.

—¿Te importaría que la señora Olsson te cuidara a partir de ahora?

Paul torció el gesto.

—¿Tienes que irte? —Sonaba asustado.

—¡No, no! Es solo que... Ahora que papá ya no puede encargarse de nosotros, tengo que ganar dinero y buscar trabajo.

Paul asintió y, pensativo, se mordió el labio inferior. Después de un breve silencio, abrió mucho los ojos.

—¿Así que nos quedamos aquí?

—Sí, cariño. Pasaremos aquí el verano.

—¡Yuju! —exclamó Paul y se levantó de un salto—. ¿Y puedo ir al colegio?

Clara lo miró sorprendida.

—Bueno, no lo sé muy bien. Pronto empezarán las vacaciones. Y no entenderías mucho de lo que dicen.

—Ay, mamá, por favor. ¡Tengo muchas ganas! Quiero aprender el idioma de papá. Así podré leer los libros que había en su caja.

—Está bien, mañana preguntaremos en la escuela. No creo que tengan nada en contra de que asistas a las clases hasta las vacaciones.

Paul rodeó a Clara con los brazos.

—¡Eres la mejor mamá del mundo!

—Volvió a sentarse en el suelo y contempló el dibujo para Otilie, en el que había pintado la casa de la señora Olsson. En las ventanas se veía a la dueña, a Clara y a él mismo—. Pintaré también la escuela.

—Qué buena idea. Así Otilie sabrá

que estás estudiando aplicadamente. Y pronto podrás mandarle tú mismo una carta y darle las gracias si vuelve a enviarnos algo —dijo Clara, y se imaginó a su amiga preparando aquel paquete para ellos.

Además de los caramelos y una ranita metálica de cuerda para Paul, contenía un delicado jabón, una navaja sencilla y el *Diccionario Meyers de conversación danés-noruego* para Clara. Dentro del práctico librito había una notita que decía: *Para que en ese remoto pueblito al menos puedas entenderte a medias con los rudos hombres del norte.*

Aquella frase había arrancado a

Clara una sonrisa despreocupada por primera vez desde la muerte de Olaf. Por un lado, le sentaba bien el altruismo activo de Otilie, que no trataba de consolarla con frases vacías, sino que pensaba en las cosas que la ayudarían en su situación. La postal de la capilla de Adelaida en Pützchen, en la que Otilie había escrito un breve saludo, le proporcionaba a Clara más consuelo que cualquier carta de pésame interminable. Se había emocionado profundamente al ver que Otilie recordaba la importancia que tenía para ella aquel lugar.

Por otro lado, le divertía la imagen que su amiga parecía tener de los habitantes de Røros. Los consideraba

tipos salvajes e indomables de los que una mujer podría tener que defenderse, y que no estaban preparados para el contacto con extranjeros ni disponían de adelantos de la civilización como por ejemplo el jabón. Clara dio la vuelta al folio y siguió escribiendo:

La campana de la iglesia acaba de dar las diez, y sin embargo aún no ha oscurecido. Para vosotros el sol se habrá escondido hace más de media hora, mientras que aquí sigue brillando hasta poco antes de las once y media. Estas noches desacostumbradamente luminosas son un fastidio para Paul y para mí,

nuestro sueño es breve e intranquilo, y por lo tanto siempre estamos cansados. Los acontecimientos de los últimos días también contribuyen a ello. Me cuesta creer que solo llevemos seis días en la pensión; me parece que ha pasado un mes. Al principio, después del entierro, seguimos durmiendo en casa de los padres de Olaf, pero ahora le pertenece al hombre con el que los Ordal estaban endeudados hasta las cejas. No sé cómo llegaron a esa situación. Mis suegros siguen evitándome. Y cuando se encuentran conmigo por casualidad, se niegan a hablar en alemán conmigo a pesar de

que, al igual que la mayoría de sus conciudadanos con educación secundaria, lo aprendieron como primera lengua extranjera en la escuela. También he constatado que Olaf no fue el único noruego que se marchó a Alemania a estudiar. En este país apenas hay universidades, de manera que los aspirantes a juristas, ingenieros, médicos y otros académicos a menudo cursan varios semestres en centros de habla inglesa o alemana, si es que no completan todos sus estudios en el extranjero.

Pero estoy divagando... ¿Que por qué los padres de Olaf me son tan

hostiles? No me lo explico. Parece que me culpan de algo. El viejo Gundersen, que con tanto esmero nos cuidó a Paul y a mí, tampoco ha sabido decirme cuál podría ser el motivo. Pero no cejaré en el empeño de romper el hielo entre nosotros, o de lograr al menos que acepten a su nieto. Esa es otra de las razones por las que me quedaré más tiempo aquí.

«¿Cómo le irá a Gundersen?», se preguntó Clara. Desde que se habían marchado de casa de los Ordal, no habían sabido nada más de él. En secreto deseaba que se quedara en la ciudad. Le venía bien tener un aliado y

un consejero. Al despedirse para buscar empleo en otro aserradero, ella había reconocido avergonzada que no sabía casi nada sobre él. ¿De dónde era? ¿Tenía parientes en la zona? ¿Dónde había estado los años en los que no había trabajado para los Ordal? El hombre había pasado por alto sus preguntas con una sonrisa vaga, pero le había prometido dar señales de vida en cuanto hubiera encontrado dónde quedarse. Clara le había deseado mucha suerte y al mismo tiempo se había preguntado preocupada si a su edad aún encontraría un buen empleo. Estaba ágil, pero ya no era un jovencuelo. Y a juzgar por su vestimenta gastada, no tenía

ahorros dignos de mención con los que aguantar durante una época de sequía prolongada. Los últimos meses había trabajado para los Ordal a cambio de comida y alojamiento, porque ya no podían pagarle su salario.

¿Qué demonios los habría llevado a la ruina? Clara miró fijamente las últimas líneas de su carta y suspiró. El motivo real de sus noches en vela no era la pregunta de por qué le rechazaban los padres de Olaf ni la claridad, sino el sentimiento de culpa que la atormentaba. Había llegado el momento de desahogarse, ya que no se le permitía confesarse a un párroco y recibir después la comunión. Esa circunstancia

la afligía cada vez más. Era desagradable ser un bicho raro en Røros y que la escudriñaran con desconfianza por el mero hecho de ser católica. Pero no tener la oportunidad de participar en una misa o de confesarse le causaba un profundo pesar. Nunca había sido de esas que corrían donde el párroco por cualquier tontería y creían que el Señor les tendría en cuenta todos los pequeños pecados y las castigaría si no hacían penitencia. Sin embargo, siempre había sentido la necesidad de dar cuenta ante un sacerdote si había desobedecido los preceptos cristianos con accesos de envidia o de otro tipo. La confesión era para ella como un ritual purificador, una

oportunidad de mirar en su interior y hacer examen de conciencia. Clara apretó los labios y volvió a inclinarse sobre la carta.

Ay, Otilie, ¡yo misma me echo la culpa! Me arrepiento profundamente de haber empujado a Olaf a acceder a los ruegos de su madre y venir aquí. Pensaba que nunca se perdonaría no haberla visto una última vez antes de su muerte. ¿Cómo podía sospechar que no estaba moribunda ni dispuesta a firmar por fin la paz con su único hijo? ¡Ojalá no hubiera apelado a la conciencia de Olaf! Entonces

estaríamos los tres en el barco rumbo a Samoa soñando con nuestro nuevo hogar en los mares del Sur. Me atormenta sin descanso la pregunta de si no seré yo la culpable de su muerte.

Clara se desplomó en la butaca, se metió el lápiz en la boca y lo mordisqueó.

«¡Lo que faltaba! Lo que pasó no fue culpa tuya —oyó decir a su amiga en su marcado dialecto, y la vio sacudir la cabeza en señal de reproche cariñoso—. Lo has hecho todo bien. No dejes que la conciencia te devore en vano, ¡mira hacia delante! Ahora necesitas tus

fuerzas para cosas más importantes.» Clara se irguió. El diálogo imaginario con Otilie le había sentado bien.

Esos pensamientos me invaden constantemente. Pero comprendo que no me llevan a ningún lado. No puedo alterar el pasado. En cambio sí puedo cambiar mi situación actual. Cruza los dedos para que mi solicitud de mañana tenga éxito.

Bueno, se me ha acabado el pliego de papel y me despido con un afectuosísimo saludo. ¡Muchas gracias de nuevo por el paquetito!

Con cariño,

Clara

Røros, junio de 1895 – Sofie

Seis días después de la inesperada aparición de Ivar Svartstein en casa de los Hustad, él y sus hijas habían regresado a Røros. A Sofie le habría gustado alargar varias semanas la visita a Trondheim, especialmente en casa de sus abuelos. Los días en la propiedad de la península de Lade habían transcurrido

con demasiada rapidez, y no había tenido suficientes oportunidades de saber más acerca de la infancia de su madre y de recordarla junto con Roald y Toril. En Røros Sofie volvería a estar sola con su tristeza.

Silje también había reaccionado con una decepción difícilmente disimulada a la orden de su padre de acompañarlo a casa cuanto antes; así se le arrebatava no solo la oferta social y cultural de la gran ciudad que ella tanto apreciaba, sino sobre todo la posibilidad de encontrarse con su admirador Fredrik Lund y de conocerlo mejor. Sofie sospechaba que era eso precisamente lo que trataba de impedir su padre. Cuando

la tía Malene había intercedido en favor de sus sobrinas y había afirmado que seguirían siendo bienvenidas el tiempo que quisieran, Ivar había torcido el gesto y había refunfuñado algo parecido a «no permitir más tonterías ni ideas estúpidas».

En cambio Sofie dudaba de que fuera ese el motivo por el que había rechazado la invitación de su suegro Roald para que lo acompañaran a Solsikkegård, donde dentro de dos semanas, el 24 de junio, la familia celebraría el solsticio de verano con vecinos y amigos. O al menos esa no había sido la razón decisiva. Desde que tenía uso de razón, su padre sentía una

profunda aversión hacia el día de san Juan. Durante esa época del año, su ánimo solía ensombrecerse, el motivo más nimio lo sacaba de quicio, y lo más inteligente era no molestarle en su ensimismamiento.

Tanto más tentadora le resultaba la perspectiva de una alegre fiesta en el espacioso jardín de sus abuelos o a orillas del fiordo de Trondheim. Sofie recordaba vívidamente los festejos de *jonsok* en honor a san Juan Bautista, en los que había participado de niña junto con su madre en numerosas ocasiones. Le encantaba bailar alrededor de la gran hoguera, escuchar la música de los violines y probar todos los platos que

los criados llevaban en incontables cestas de picnic. Cuando se cansaba, se acurrucaba en el regazo de su abuelo y le pedía que le contara una de aquellas antiguas leyendas que giraban en torno a la noche de san Juan.

Ese año el humor de Ivar era especialmente lúgubre. Se extendía como una nube de tormenta por la enorme casa de la Hyttegata, hacía que el servicio trabajara de la manera más silenciosa posible y sumía a todos en un angustioso estado de espera: ¿cuándo caería el rayo? ¿A quién golpearía? Silje se escondía en su habitación y soñaba con lujosos bailes, visitas al teatro y otros acontecimientos sociales,

con ayuda de los magazines de moda y varios números de la revista femenina *Dagmar*.

—La verdad es que no sé por qué me suscribí a ella. Nunca tengo tiempo de leerla —había dicho la tía Malene entregándole una pequeña pila de números.

Sofie no aguantaba en casa. Al ambiente tenso se sumaba la ausencia de su madre, a la que recordaba a cada paso que daba. Cada mueble, cada cuadro, cada objeto insignificante daba cuenta de su vínculo con Ragnhild, y le suscitaba una nostalgia que la dejaba sin respiración. Por primera vez en su vida le resultaba imposible abstraerse de la

situación leyendo un libro y dejándose llevar por la historia. Al día siguiente de regresar a casa, mientras vagaba sin descanso por los pasillos y las habitaciones, se sintió inútil y superflua. Envidiaba a la cocinera, a las doncellas, a los criados y a los demás empleados, cuyas labores y tareas conferían una estructura y un sentido a sus días.

Cuando se tumbó en la cama por la noche, ya había tomado una decisión: se buscaría una actividad que le permitiera pasar el mayor número de horas posible fuera de casa. En su caso, un empleo remunerado no entraba en consideración. Solo de pensar en el estallido de cólera de su padre, con el

que sofocaría sus intenciones de raíz, Sofie sintió un escalofrío y se tapó con el edredón de plumas hasta la barbilla. En cambio no podría oponerse a un compromiso voluntario. Numerosas damas de su entorno trabajaban para diversas asociaciones y organizaciones benéficas.

Sofie pensó en las honorables esposas del sastre Skanke, del director del banco Asmund, del oficial de correos Krogh y de otros notables de la ciudad, que se reunían regularmente para tomar café y hacer labores. Durante esas tardes bordaban lienzos y hacían salvamanteles de ganchillo para la tómbola del bazar de la iglesia,

trenzaban guirnaldas para las fiestas de la comunidad, y en Navidad y Pascua tejían calcetines para los niños del orfanato, que repartían entre ellos junto con cuadernillos de textos edificantes. A dichas reuniones llevaban también tartas caseras, que engullían con tanto deleite como los últimos cotilleos de la ciudad. Además, aprovechaban para intercambiar remedios contra los callos y contra la mala digestión, para planear festividades inminentes y para lamentarse unas a otras sobre achaques diversos y sobre la decadencia de los modales y la moral entre la juventud de la época.

Sofie se tumbó de lado. No, eso no

era para ella. Comprendía muy bien por qué su madre, que había participado un par de veces en aquellas tertulias, se disculpaba tan a menudo de ellas por sentirse indispuesta o por tener que atender otras obligaciones más importantes. Puede que fuera divertido contemplar a Berntine Skanke y a su malcriado perrito faldero *Tuppsi*, y escucharlas a ella y a sus amigas durante un rato; pero la idea de pasar tardes enteras en su compañía le daba a Sofie unas ganas tremendas de bostezar.

Clavó la mirada en las rendijas de las contraventanas, a través de las cuales entraba la luz de la clara noche de verano. Al pensar en las tres cotillas,

Sofie recordó otro rostro. El del viejo sacristán Blomsted, que siempre la saludaba con tanta amabilidad. Estaba segura de que él sabría cómo podría contribuir de forma voluntaria a la comunidad. Cerró los ojos satisfecha y se durmió enseguida.

Una semana después, el martes por la mañana, Sofie estaba sentada en una sala contigua a la sacristía y pasaba a limpio una canción que Elmer Blomsted había compuesto para el coro parroquial que dirigía. Había acertado de pleno al suponer que el sacristán podría ayudarla a encontrar una ocupación que resultara

útil. Después de asegurarse de que lo decía en serio, le había cogido las manos y había exclamado:

—¡Es el cielo quien la envía!

Resulta que no era solo el propio Elmer Blomsted quien necesitaba ayuda urgente, sino también, y sobre todo, la pequeña biblioteca popular que había enfrente de la iglesia. Durante años se habían conservado los libros en la Raukassa, el edificio de la escuela. Después de que el bibliotecario Christen Evensen renunciara al puesto en 1891, la búsqueda de un sustituto había demostrado ser difícil. El sacristán hacía lo posible por mantener el servicio de préstamo, al menos de forma

esporádica, clasificar las donaciones de libros y comprar nuevo material con las subvenciones que concedía el gobierno a las bibliotecas públicas. Con una sonrisa abochornada le había confesado a Sofie que aquella tarea lo superaba. Sus propias obligaciones ya ponían al límite al anciano en bastantes ocasiones, cosa que a Sofie no le extrañaba en absoluto. Su carácter ceremonioso y su miedo a tomar decisiones y a comprometerse a menudo le suponían un obstáculo.

Sofie se había entregado a su nueva tarea con fervor. La primera vez que entró en la pequeña estancia que albergaba la biblioteca, a duras penas

contuvo un gruñido de estupor. El desorden era total, los libros estaban en dos estanterías, apilados en montones torcidos sobre el suelo, y en cajas aún sin desembalar. Con una sonrisa decidida había despedido de la estancia al sacristán, que quería echarle una mano, y se había puesto manos a la obra. En tres días había catalogado todos los tomos, los había numerado y los había colocado en las estanterías ordenados por géneros.

Durante los primeros años se había adquirido sobre todo literatura de ensayo para promover la cultura general y fortalecer la moral cristiana: libros de geografía e historia, escrituras religiosas

y textos legales. Con el tiempo, y para despertar el interés por la lectura, en especial de los más jóvenes, se añadieron cuadernos de viajes y novelas. Junto a clásicos como *La cabaña del Tío Tom*, Sofie había descubierto algunas obras de escritores noruegos contemporáneos. Esa tarde quería comprar más libros en la librería Amneus Boghandel, y en caso de que no estuvieran disponibles, encargarlos. El sacristán le había dado libertad para realizar la selección, aduciendo que sin duda identificaría los gustos de los jóvenes lectores con mucho más acierto que él. A Sofie le gustó que confiara en ella. Había reflexionado largo y tendido

sobre la lista. El modesto presupuesto de la biblioteca no permitía grandes dispendios. Finalmente se había decidido por un tomo con las obras de teatro de Henrik Ibsen, los relatos de Bjørnstjerne Bjørnson, el recién publicado *Libro de la selva* de Rudyard Kipling y *Las aventuras de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle. Sofie esperaba poder presentar las novedades al final de la semana, cuando abriría la biblioteca por primera vez y ofrecería a los lectores interesados la oportunidad de consultar el catálogo renovado y de llevarse libros prestados.

El campanario dio las once. Sofie se dio prisa en descifrar las últimas notas

que el sacristán había garabateado en un papelito para transcribirlas en el folio en el que había trazado pentagramas con una regla. Ya había copiado las cinco estrofas de la canción, y ahora las metió en la carpeta junto con la partitura. Se levantó rápidamente, salió de la sacristía y bajó corriendo al edificio del periódico local, el *Fjell-Ljom*, que cuatro años atrás se había instalado en una antigua carpintería junto al Hitterelva. El lado que daba al río se sostenía sobre el agua encima de unos pilares de manera que hubiera sitio para la rueda del molino que accionaba la prensa rápida.

Como el periódico solo se publicaba

los martes y los jueves, el editor aceptaba encantado otros encargos de imprenta con los que aumentar sus ingresos. Había sido idea de Sofie reproducir allí las partituras y las letras de las canciones para no tener que seguir copiándolas a mano. Enseguida había despejado las dudas del sacristán sobre el gasto que supondría, ya que la enorme cantidad de tiempo que se ahorra lo convenció.

—¿Cómo me las he arreglado hasta ahora sin usted? —había dicho dándole una palmadita en el brazo.

Sofie había descendido por la Lorentz Lossius Gata en dirección al Hitterelva absorta en sus pensamientos,

la había cruzado a la altura de la Finneveta y había girado por Stigersveien, donde se encontraba la sede del periódico *Fjell-Ljom*. En el piso de arriba vivía el editor con su segunda esposa y una buena cuadrilla de hijos, y en la planta baja se encontraban la oficina de redacción, una papelería, la prensa y la caja de imprenta.

Sofie se enderezó el sombrero, que se le había caído hacia la nuca por el viento, y entró en la imprenta. Estaba desierta. Oyó ruidos amortiguados que venían de una sala contigua. Una mezcla de olores a hollín, resina y aceite caliente de máquina le inundó la nariz. Recorrió con la mirada la estancia,

dominada por un gran aparato. Debía de ser la prensa rápida, que desde hacía algún tiempo sustituía a la vieja prensa manual. Observó con interés el conjunto de engranajes, rodillos, varillas y clisés, que a sus ojos parecía muy complicado.

—¿Nuestra máquina de imprimir Nebiolo le produce curiosidad?

Sofie se asustó y descubrió en el umbral de la puerta a la otra estancia al editor Olaf Olsen Berg, un hombre imponente de unos cuarenta años. Lo había visto en contadas ocasiones. No participaba de la vida en la comunidad y no asistía a misa desde que se había apartado de la iglesia oficial. Como metodista confeso, despertaba la

desconfianza de los luteranos estrictos. Además, la explícita línea editorial de su periódico, de izquierdas y liberal, era un fastidio para la alta burguesía, de tendencias conservadoras y en su mayoría leal al rey. El padre de Sofie también boicoteaba el «panfleto del Venstre»,** como llamaba al *Fjell-Ljom*. Además de la edición semanal del *Aftenposten*, de tirada nacional y que recibía desde Christiania, el *Berliner Tageblatt und Handelzeitung* y el *Financial Times* inglés, también se había suscrito al *Dovre*, que se publicaba en Røros desde hacía un año. Ese periódico del bando de derechas abogaba expresamente por la

continuación de la unión con Suecia y despotricaba contra las voces que en los últimos tiempos exigían el sufragio universal.

—¿Cómo funciona? —le espetó Sofie sin saludar ni presentarse.

A Olsen Berg no pareció molestarle su curiosidad poco propia de una dama ni su falta de buenos modales. Sin decir una palabra, cogió una hoja grande de papel que había en una caja junto a la prensa.

—¡Per, coloca la correa, por favor! —gritó en dirección a la puerta abierta del cuarto trasero, y colocó la hoja sobre una tabla.

Un instante después comenzaron a

girar los cilindros colgados bajo el techo que accionaban la correa de transmisión, que conducía hasta la máquina de imprimir y ponía en funcionamiento el mecanismo. En la parte inferior de la prensa, una plancha lisa de hierro se movía de un lado a otro sobre unas guías. El papel se transportaba hacia esta plancha a través de un plano inclinado.

—¡Gracias! —gritó Olsen Berg—. Esta es la caja con el juego de tipos, lo que se conoce como molde. Como puede ver, en esta imprenta plana, la presión se ejerce desde arriba —le explicó a Sofie.

Esta asintió y señaló un rodillo sujeto encima.

—¿Y con eso se aplica el color? — dijo en tono elevado para que se le oyera por encima del traqueteo rítmico y el zumbido de los engranajes.

—Exacto, ese es el cilindro de presión con los rodillos entintados.

Sofie percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Giró la cabeza y se estremeció. Desde la otra estancia había entrado el ayudante invisible al que el editor le había pedido que conectara la correa de transmisión con la rueda del molino. Lo conocía. Lo había visto por última vez en Trondheim, delante del edificio de la Asociación Obrera. Y antes de aquello, en el cementerio, el día del entierro de su madre.

—Podemos imprimir dos páginas al mismo tiempo —prosiguió Olsen Berg, que se movió hacia la parte trasera de la máquina y le hizo señas a Sofie para que lo siguiera. Las piernas se le pusieron en movimiento de forma mecánica. Oía hablar al editor sin comprender lo que decía—. En la primera vuelta se han imprimido la primera y la cuarta página una junto a otra.

Se detuvo y siguió la mirada de Sofie, clavada aún en el joven de los brillantes ojos azules, que los observaba apoyado tranquilamente en una caja de imprenta a la altura de la cadera. La ponía nerviosa. Antes de que pudiera preguntarse por qué, Olsen Berg le

sonrió.

—Ah, Per, llegas justo a tiempo. ¿Podrías cambiar el clisé? Estoy presumiendo un poco de nuestra adquisición italiana. —Le guiñó un ojo a Sofie—. Esta campeona ha recorrido un largo camino.

Per se acercó a ellos con gesto solícito. La miró directamente a los ojos e hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. Sofie sintió que se sonrojaba. ¿Qué demonios le sucedía? ¿Por qué la ponía nerviosa aquel tipo tosco que actuaba con tanta seguridad en sí mismo y tanto descaro? ¿Quién se creía que era? Se estiró y le dio la espalda a Per.

—Lo sé. Al fin y al cabo ha

mencionado que se trataba de una Nebiolo —le dijo a Olsen Berg en tono marcadamente frío—. Así que supongo que está fabricada en la localidad del Piamonte que lleva el mismo nombre. Mi padre encarga vinos de allí de vez en cuando. Allí se prensa una uva especialmente tardía.

—Estoy impresionado —dijo el editor con sequedad.

«Suenas como Silje —pensó de pronto Sofie—. Pagada de ti misma y marisabidilla.»

—Es muy posible que Giovanni Nebiolo, el fundador de la fábrica, provenga de ese lugar. Sin embargo la empresa tiene su sede en Turín. Y no se

sabe con seguridad que las cepas de Nebbiolo reciban su nombre del pueblo piamontés de Nibiola. Dicha uva podría deber su nombre más bien a la capa blanquecina que se forma sobre los granos maduros. Recuerda a la niebla, que en italiano se dice *nebbia*.

La explicación de Olsen Berg sonó objetiva, sin afán alguno de demostrar que tenía razón o mostrar su superioridad. Sofie se sintió avergonzada. ¡Qué pensarían ahora de ella! Seguro que la consideraban una de aquellas estúpidas altaneras que tan insoportables le resultaban a ella también. Bajó la cabeza y deseó que se la tragara la tierra. Su intento de parecer

una mujer de mundo había fracasado estrepitosamente.

—Bueno, ahora les toca a las otras dos páginas —dijo Per, que durante el breve intercambio de opiniones había cumplido con las instrucciones del editor y había cambiado el juego de tipos. Volvió a colocar el pliego impreso por una cara arriba, en el alimentador.

—Gracias —dijo Olsen Berg. Mientras se imprimía el reverso, dirigió la atención de Sofie hacia una especie de rejilla oscilante que dejaba el papel sobre una gran plancha—. Para terminar, se dobla dos veces con este sistema de plegado —añadió señalando una vara

estrecha que caía hacia el centro del pliego ya impreso—, y aquí está lista la última edición del *Fjell-Ljom*.

Le tendió el periódico a Sofie con una ligera reverencia. Sofie murmuró un agradecimiento y se dispuso a salir de la imprenta. Olsen Berg arqueó las cejas.

—Supongo que no ha venido hasta aquí para investigar el funcionamiento de la prensa, ¿verdad?

—Eh, no... Claro que no. —A Sofie se le humedecieron las manos. Cada vez tenía más ganas de desvanecerse en el aire. Sacó la copia de la canción de la carpeta y se la tendió—. El sacristán Blomsted necesitaría treinta ejemplares de esto.

El editor cogió las hojas y frunció el ceño.

—Con los textos no hay ningún problema. Mañana ya podrá recogerlos. Pero para la partitura tendré que fabricar una autografía... ¿Para cuándo las necesita Blomsted?

—No tiene prisa —respondió Sofie—. El próximo ensayo del coro no se celebrará hasta el final de la semana.

—Bien, para entonces seguro que estarán listas las reproducciones. Muchas gracias por el encargo.

Sofie se despidió con un asentimiento y se dirigió hacia la puerta. Cuando giró la manilla, oyó que Per le susurraba algo al editor.

—Ah, discúlpeme —le dijo este—. Me acabo de enterar de que es usted hija de Ivar Svartstein.

Sofie se dio la vuelta.

—¿No sabrá por casualidad qué se propone hacer su padre con el aserradero, verdad?

—¿Qué aserradero? —Sofie lo observó desconcertada.

Olsen Berg y Per intercambiaron una mirada rápida.

—Bah, no importa —dijo el editor—. No quiero entretenerla.

Sofie se guardó la pregunta de por qué suponía que su familia poseía un aserradero, abrió la puerta de golpe y salió a trompicones. Pocas veces había

hecho tanto el ridículo en un intervalo tan corto de tiempo. Ahora no solo parecía una tonta arrogante, sino que encima había demostrado no tener ni idea en lo relativo a los negocios de su padre. ¡Qué humillante! Y para colmo, aquel joven trabajador tan desvergonzado había sido testigo del embarazoso espectáculo.

****** Partido político noruego enmarcado en la izquierda en el contexto de la época (de hecho, su nombre significa «izquierda»), a pesar de que actualmente su ideología se considere socioliberal. (*N. de la T.*)

19

Røros, junio de 1895 – Clara

El lunes por la mañana, Clara se despertó jadeando y con la frente húmeda. Había soñado que daba un paseo con Paul hacia la duna movediza que había junto a la ciudad. La excursión, en un principio inofensiva, se había convertido en una lucha a vida o muerte. Habían entrado en unas arenas

movedizas engañosas que amenazaban con hundirlos en las profundidades. Clara se había resistido a la succión con todas sus fuerzas. Para su consternación, Paul se había soltado de su mano. Pero no se había hundido, sino que había echado a volar como un pájaro y la había invitado a seguirlo. Clara había intentado desesperadamente elevarse también por los aires, pero no lo había logrado. Antes de que las arenas se la tragaran, se había despertado sobresaltada.

Se levantó de la cama de un salto, se inclinó sobre la palangana que había encima de un taburete y se salpicó la cara con agua fría para disipar las

imágenes de la pesadilla. No era la primera vez desde que habían llegado a Røros que se acercaba a Kvitsanden mientras dormía. ¿Por qué no le conducían sus sueños a paisajes más agradables? ¿Por qué no podía pasear junto al Rin, vagar por las calles de Bonn o visitar la fuente de Adelaida en Pützchen? Clara suspiró, se soltó la trenza y se cepilló el pelo castaño rojizo hasta que estuvo brillante.

Después de desayunar subió con Paul por la Kirkegata hacia la escuela. Para alegría de Paul, el director, Ole Guldal, un hombre en la cuarentena de cabello ralo y bigote poblado, se mostró muy dispuesto a permitirle asistir a sus

clases como invitado. Mientras Clara aún luchaba contra la desazón que le causaba dejar solo a su hijo, este se despidió de ella contento y siguió al director, que lo llevó al aula.

Clara salió de la escuela y emprendió el camino hacia el final de la Hyttegata. Su destino, el Bergskrivergården, era un edificio alargado de un piso construido a finales del siglo XVIII en el estilo clasicista imperante en aquella época. La fachada estaba revestida con paneles blancos de madera, las ventanas de la planta baja tenían pequeños frontispicios y encima de la puerta, a la que se llegaba por una escalera con barandilla, Clara descubrió

la insignia de la empresa de cobre (el pico, la maza y el símbolo de Venus) rodeada por guirnaldas y adornos florales. En esa parte de la calle había muchos edificios de ese tipo, que parecían majestuosos en comparación con las cabañitas de los jornaleros y las sencillas granjas de los trabajadores, pero que a ojos de Clara, acostumbrada a las casas de piedra de varias plantas de Bonn, resultaban muy modestas.

Se sacó el pequeño diccionario del bolsillo de la chaqueta, se aseguró una vez más de que en noruego «oficina» se decía *kontor* o *amtsstua*, y subió los escalones con el corazón acelerado. Después de enviar un ruego silencioso a

Adelaida para que todo saliera bien, abrió la puerta. Preguntó por la oficina a un hombre enjuto al que se cruzó por el pasillo tambaleándose bajo el peso de una gran pila de documentos, y este la envió al segundo piso. Como solo había una planta superior, Clara supuso que en Noruega se contaban los pisos de forma diferente y que la planta baja contaba como primer piso.

La sede administrativa de la compañía de minas no solo albergaba el despacho del secretario, sino también una sala de audiencias y un salón para las reuniones de los socios cuando visitaban Røros.

Clara encontró vacío el despacho y

miró a su alrededor sin saber qué hacer. La sala estaba amueblada con un gran escritorio colocado delante de la ventana, un secreter plegable de menor tamaño y varios archivadores, y en él imperaba un ambiente sobrio. La seguridad con la que Clara le había descrito a su amiga su inminente búsqueda de trabajo el día anterior se desvanecía por momentos. Después de lo que le pareció una eternidad, oyó pasos que se acercaban, y un instante después apareció el hombre que le había indicado el camino. Llevaba una chaqueta azul oscura con botones plateados, el cabello le clareaba y tenía una profunda arruga en el entrecejo.

Después de asegurarse de que entendía el alemán, Clara se presentó y le explicó por qué estaba allí. El hombre la escuchó con gesto impasible. La arruga le confería una expresión severa que intimidaba a Clara. Enmudeció insegura. ¿Se habría equivocado la dueña de la pensión? ¿El puesto ya se había ocupado? ¿O quizá no querían contratar a una mujer? ¿Sobre todo a una que no hablara noruego?

—¿De qué zona de Alemania viene?
—le preguntó el hombre.

—Eh... De Renania —respondió Clara mirándolo perpleja.

En su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

—Permítame presentarme, secretario de minas Dietz —dijo tendiéndole la mano—. Mi abuelo era de la cuenca de Siegerland. Trabajaba en la mina Peter, cerca de Altenkirchen. Seguramente esos nombres no le digan nada...

—¡Claro que sí! —lo interrumpió Clara—. No queda muy lejos de mi ciudad de origen, Bonn. Una vez hicimos una excursión a la zona de Westerwald con nuestra profesora y también pasamos por Altenkirchen —le explicó devolviéndole el apretón de manos.

—Mire por dónde, quién lo habría imaginado. ¡Una paisana, por así decirlo! —El señor Dietz estaba

radiante y le señaló una silla que había delante del gran escritorio—. Tome asiento, por favor. —Él se sentó detrás de la mesa—. ¿Así que quiere trabajar aquí como ayudante, señora Ordal?

Clara asintió. El señor Dietz le pasó un bloc de papel, le desenroscó el tapón de una pluma estilográfica, abrió un libro y se lo colocó delante, encima de la mesa.

—Si me permite, me gustaría que hiciera una prueba de escritura.

Clara cogió la pluma y comenzó a copiar las primeras líneas.

§ 49. Folket udøver den lovgivende makt ved Stortinget, der består av to

avdelinger, et Lagthing og et Odelsting.

§ 50. Stemmeberettigede ere kun de norske Borgere, som have fyldt 25 Aar, have været bosatte i Landet i fem Aar, opholde sig der, og enten:

1) ere, eller have været, Embedsmænd;

2) paa Landet eie, eller, paa længre Tid end fem Aar, have bygslet matriculeret Jord;

3) ere Kjøbstadsborgere, eller i Kjøbstad eller Ladested eie Gaard eller Grund.

Era extraño escribir un texto cuyo contenido no era capaz de descifrar. Los

signos de sección que precedían los apartados, que a su vez estaban divididos en artículos, parecían indicar que el contenido era jurídico. Podía traducir algunas palabras como *folket*, *makt* y *landet*: pueblo, poder y país. Algunas le resultaban familiares, y creía entender lo que significaban. Suponía por ejemplo que *stemmeberettig* era «con derecho a voto», y *opholde sig*, «encontrarse».

—Muchas gracias, eso será suficiente —dijo el secretario unos instantes después.

«Ay, Dios, he metido la pata», pensó Clara poniéndose tensa.

—Entiendo —murmuró enroscando

el tapón de la pluma y sin mirar al señor Dietz.

—Tiene usted una caligrafía muy clara y legible —continuó este—. Estaría encantado de que se incorporara al equipo.

Clara levantó la cabeza y lo miró con incredulidad.

—¿O acaso ha cambiado de opinión? —preguntó al mismo tiempo que ella balbuceaba:

—Significa eso... ¿Quiere decir que el puesto es mío?

—¡Naturalmente! —dijo el señor Dietz—. No se creería a los manazas, y perdone la expresión, que he visto pasar por aquí estos días.

—¿Y no le importa que no hable noruego? —preguntó Clara.

—¡Desde luego que no! Estoy seguro de que lo aprenderá enseguida. Y por el momento ya me será de grandísima ayuda simplemente copiando textos. Poco antes de que aceptara este puesto el año pasado, hubo una inundación que afectó a una parte de los archivos de la mina. Gracias a Dios, desde siempre se han elaborado registros adicionales. Con su ayuda podremos reconstruir los tomos estropeados.

Clara sintió que se relajaba. Lo cierto era que no esperaba encontrar empleo tan rápida y fácilmente. Nunca habría imaginado que recordaría

agradecida los interminables ejercicios de caligrafía de los que tanto se quejaban Otilie y ella en la escuela.

—¿Podría empezar mañana? — preguntó el señor Dietz.

—¡Sí, me encantaría!

El secretario sonrió satisfecho. Clara tragó saliva. La expresión «por el momento» y la certeza de que aprendería noruego rápidamente parecían indicar que no buscaba una ayudante para un tiempo limitado, sino una empleada permanente. Aunque corría el riesgo de que retirara la oferta, no le parecía justo ocultarle que quería regresar a Alemania en un futuro próximo.

—Debería decirle que... Bueno, solo

me quedaré un tiempo en Røros y... Si solo busca a alguien a largo plazo...

El señor Dietz levantó la mano.

—Es cierto que a la larga me vendría bien una empleada competente. Pero como ya le he dicho, en estos momentos lo que necesito es una especie de brigada de emergencias que me copie los archivos dañados lo más rápido posible. Creo que eso llevará de ocho a diez semanas. ¿Cree que se quedará...?

—¡Desde luego! —lo interrumpió Clara—. Le prometo que no me marcharé hasta que haya copiado los libros.

El secretario se levantó y le tendió la mano derecha con gesto solemne.

—¡Magnífico! Prepararé el contrato y la veré mañana a las ocho.

Clara se puso de pie y le estrechó la mano.

—¿Podría decirme ahora qué es lo que estaba copiando? —le preguntó con la vista clavada en el par de líneas que había transcrito.

—Varias frases de nuestra Constitución —respondió, y comenzó a traducir el fragmento que le había servido como modelo a Clara—. «El Pueblo ejerce la autoridad legislativa a través del Storting, es decir, el Parlamento, formado por dos cámaras, el Lagting y el Odelsting.» —Se detuvo—. ¿Le gustaría que se lo explicara?

—Sería muy amable por su parte — respondió Clara, que se había dado cuenta de la satisfacción que le producía enseñarle aquellas cosas.

—A ver, empecemos por el Storting. La palabra está formada por *stor*, «grande», y el término noruego antiguo *ting*. Para los germánicos, el *thing* era la asamblea popular y penal. De los asuntos o «cosas» que se trataban en ella deriva hoy la palabra *thing* en inglés o *Ding* en alemán, que también...

—¡Por fin lo entiendo! —exclamó Clara—. Siempre me había preguntado de dónde venía ese nombre y...

El secretario la miró con gesto interrogante.

—Ay, disculpe —dijo Clara—. Es que en Renania hay fincas de gran tamaño a las que se conoce como *Dinghof*. Hasta el siglo pasado, sus dueños tenían derecho a celebrar juicios anuales sobre delitos corrientes. Gracias a usted por fin sé de dónde viene esa palabra.

El señor Dietz sonrió halagado y prosiguió:

—Los términos *odelsting* y *lagting* también tienen una larga tradición histórica. *Odal* significaba antiguamente «tierra heredada», es decir, un patrimonio agrícola que ha pertenecido a una familia durante muchas generaciones y que normalmente hereda

el hijo mayor. En la asamblea germánica del *thing* y en la vida jurídica, los campesinos «odal» ostentaban el rango más alto. En la Constitución de 1814 se consolidó este derecho y se concedió a dichos mayorazgos el privilegio de proponer nuevas leyes. Disponen de tres cuartas partes de los ciento sesenta y nueve escaños del Parlamento. El Lagting, en cambio... —El secretario enmudeció y miró a Clara abochornado —. Disculpe, no pretendía dictarle una conferencia. Es solo que... Nuestra historia es mi tema favorito. Cuando hablo de ella me olvido de dónde estoy y...

—¡No se disculpe! —replicó Clara

—. ¡Sus explicaciones me resultan de lo más interesante! —Para su propia sorpresa constató que no mentía. La educación que había mostrado al principio había dado paso a un auténtico interés—. ¿Qué función tiene el Lagting?

El señor Dietz le sonrió.

—En él se someten a votación las propuestas legislativas del Odelsting.

—¿Y quién elige el Storting?

El secretario señaló el papel en el que había escrito Clara y tradujo el resto:

—«Solo tendrán derecho a voto los ciudadanos noruegos que hayan cumplido su vigesimoquinto año de edad, que hayan residido en el país

durante al menos cinco años y que: uno, sean o hayan sido funcionarios; dos, dispongan de propiedades rurales o las hayan arrendado durante más de cinco años; y tres, sean ciudadanos de una ciudad comercial, o sean propietarios de un inmueble en una ciudad o una villa.»

Clara le dio las gracias y pensó en Olaf, al que algunas de las disposiciones de la Constitución de su país no le parecían bien. Además de la falta de libertad religiosa, sobre todo solía referirse al sufragio restringido, que no solo excluía a las mujeres, sino también a los hombres sin recursos.

—¿Acaso no pertenecen también al pueblo? ¿No contribuyen también a los

logros de la comunidad y a su bienestar? —solía preguntarse furioso.

Clara solía darle la razón pero sin profundizar demasiado en el tema, que le resultaba demasiado abstracto.

En esta ocasión también pasó por alto esas cuestiones. Lo único importante era que había logrado procurarse ingresos y que podría ayudar a Paul a superar la pérdida de su padre. «Sin embargo, ¿no es precisamente esta actitud la responsable de que la desigualdad no desaparezca? —intervino una vocecita en su interior—. ¿Darle una buena vida a Paul es realmente lo único que importa? ¿No deberías contribuir también a convertir

en un lugar más justo el mundo en el que crecerá?» «Sí, puede ser —se respondió—. Pero ¿qué podría hacer yo? Debería darme por satisfecha con que toleren mi presencia aquí.»

El sábado al mediodía, después de trabajar en el Bergskrivergården, Clara fue a la escuela a recoger a Paul. Durante su primer día de clase se había preguntado cómo se las arreglaría su tímido hijo entre tantos desconocidos cuya lengua no dominaba. Sus temores se habían desvanecido al ver la sonrisa con la que lo había recibido al salir. No había entendido mucho de lo que decían

el profesor y sus compañeros, pero en cambio había resuelto sin errores el ejercicio de cálculo que les habían planteado. Aún estaba más orgulloso de haberse aprendido las estrofas de una canción que después le cantó a la señora Olsson. La melodía le resultaba familiar, era la de *Alle Vögel sind schon da*, pero el texto noruego tenía diferencias considerables con respecto al original alemán.

Alle Vögel sind schon da,

alle Vögel, alle.

Welch ein Singen, Musizieren,

Pfeifen, Zwitschern, Tiriliern!

Frühling will nun einmarschieren,

kommt mit Sang und Schalle.

Todos los pájaros han llegado,
todos los pájaros, todos.

¡Qué manera de cantar, silbar,
trinar, gorjear y piar!

Vienen a inaugurar la primavera
al son de la música.

Lo comprobó cuando la señora
Olsson tradujo literalmente la versión
noruega:

*Alle fugler små, de er
kommet nå tilbake!*

*Gjøk og sisik, trost og stær
synger alle dage.*

*Lerker jubler høyt i sky,
ringer våren inn på ny
Frost og snø de måtte fly.
Her er sol og glede!*

¡Todos los pequeños pájaros
han regresado!

Cucos y jilgueros, zorzales y
estorninos
cantan día tras día.

Las alondras bailan contentas en el
cielo
e inauguran la primavera un año
más.

El hielo y la nieve desaparecen,
¡llegan el sol y la alegría!

A lo largo de los siguientes días Clara y su hijo habían establecido ya una rutina: ella esperaba a la entrada del cementerio, situado enfrente de la escuela, a que sonara el timbre que anunciaba el final de las clases. Poco después la calle se veía inundada por un enjambre de niños que gritaban y reían y se dispersaban en todas las direcciones hacia sus casas. Clara y Paul visitaban la tumba de Olaf antes de conducir sus pasos hacia la pensión de la señora Olsson. Allí comían con los demás huéspedes, y a continuación Paul se sentaba a hacer los deberes mientras Clara ayudaba a la dueña a fregar. Más tarde estudiaba noruego con ayuda del

libro de Paul y poco antes de las tres se marchaba a la oficina, donde copiaba textos hasta las seis.

Su jefe, el secretario Dietz, tenía sobre todo dos labores importantes. Por un lado levantaba acta de las sesiones del tribunal de minas en lo que se conocía como libro de minas. Allí se anotaban además todos los comprobantes de gastos, posesiones, operaciones y capitales de las diferentes minas. La tarea de Sofie era reconstruir esa información por medio de los registros adicionales y sustituir los originales dañados.

Mientras tanto Paul se quedaba al cuidado de la señora Olsson, que

enseguida había cogido cariño al muchacho. Para ella era el nieto que siempre había deseado. No comprendía que sus abuelos biológicos rechazaran el contacto con él y con Clara sin motivo aparente. No alcanzaba a entender que alguien no quisiera incorporar a la familia a dos personas tan encantadoras.

Esa actitud era como un bálsamo para Clara. Después de que el viejo Gundersen se marchara de la ciudad, la dueña de la pensión y el secretario de minas eran las únicas personas que la trataban con amabilidad y aliviaban la sensación de abandono que tenía desde la muerte de Olaf. La rutina estructurada también la ayudaba a no hundirse en el

pozo negro de la desesperación que la pérdida había abierto en su interior. De todos modos constataba con un leve sentimiento de culpa que lo que más echaba de menos no era a Olaf como marido, sino más bien la protección y la seguridad que le brindaba. Esa idea la confundía y la desconcertaba. ¿Acaso no había amado a Olaf de verdad? ¿Sabía en realidad lo que era el «amor»? ¿Aquel que existía entre un hombre y una mujer, aquel que se ensalzaba y homenajeara en innumerables poemas y canciones? ¿Sin el que no existirían miles de novelas, obras de teatro y óperas? ¿O eso no era más que una pasión pasajera que no constituía un

cimiento sólido para un matrimonio?

En cambio Clara no tenía ninguna duda acerca del amor que sentía hacia su hijo. La idea de perderlo era insoportable. Se le arrebataría el regalo más valioso que había recibido jamás. De Olaf. Y por ese motivo le estaría agradecida hasta el fin de sus días.

Esa mañana Clara buscaba en vano a Paul con la mirada. No había salido corriendo con sus compañeros de clase. Cuando estaba a punto de entrar en la escuela, el niño apareció en la puerta. Clara se llevó la mano al cuello con la respiración acelerada. A Paul le sangraba la nariz, y tenía el ojo izquierdo hinchado y enrojecido.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado? —exclamó arrodillándose ante él, sacando un pañuelo y limpiándole con cuidado la sangre.

—Eso me gustaría saber a mí también —dijo una voz grave.

Clara levantó la mirada y vio a Ole Guldal, el director del colegio. Más preocupado que enfadado, observaba a través de sus quevedos a Paul, que estaba cruzado de brazos con gesto obstinado y los ojos clavados en sus zapatos. Clara se levantó. Ole Guldal le tendió la mano para saludarla.

—Parece que ha reñido con algunos de sus compañeros. Estos dicen que Paul los ha atacado sin motivo y que se

ha entrometido en algo que no era de su incumbencia.

Clara negó con la cabeza.

—¡Eso no puede ser! Mi hijo jamás ha empezado una pelea.

El director se encogió de hombros.

—La verdad es que hasta ahora yo tampoco había tenido la impresión de que fuera de los que pasan a las manos. En clase es muy obediente y nunca ha llamado la atención por comportamiento inadecuado. Sin embargo me parece extraño que no diga nada sobre el incidente. Si tuviera la conciencia limpia... —Volvió a encogerse de hombros—. Lo mejor será que hable tranquilamente con él y le deje claro que

esto no puede repetirse. Esta vez lo pasaré por alto. Al fin y al cabo el muchacho está pasando una época difícil.

El director hizo un gesto de asentimiento hacia Clara, le puso la mano en el hombro a Paul y volvió a desaparecer dentro del edificio. Clara lo siguió con la mirada sintiendo una mezcla de agradecimiento e indignación. Por una parte se alegraba de que fuera comprensivo. Muchos otros profesores le habrían dado una paliza a Paul sin preguntarse si tenía razón o no. Por otra parte la enojaba que diera menos crédito a las palabras de su hijo que a las de los otros alumnos. «Bueno, es cierto que lo

conoce desde hace pocos días —se dijo—. ¿Cómo podría saber si Paul dice la verdad? Ni siquiera yo podría afirmarlo con seguridad. Desde la muerte de Olaf es muy difícil acercarse a él.»

Rodeó a su hijo con el brazo y caminó con él hacia el cementerio. El niño trotaba a su lado con la cabeza gacha. Poco antes de llegar a la tumba de su padre, Clara tomó aire.

—Paul, ¿es verdad lo que dice el señor Guldal? —le preguntó.

Paul apretó los labios. Clara se detuvo y se inclinó hacia él.

—¿Se han burlado de ti esos chicos? ¿Por eso les has pegado?

Paul evitaba su mirada.

—¡Paul, por favor! Solo quiero ayudarte. Si no estás a gusto aquí podemos volver a...

—¡No, no, no quiero irme! —la interrumpió.

—Pero entonces, ¿por qué te has peleado?

Paul se encogió de hombros y bajó la mirada.

—Por favor, solo quiero entender qué ha pasado. No te regañaré, ¡te lo prometo! —dijo Clara.

El rostro de Paul revelaba que estaba pensando concienzudamente. Abrió la boca, la volvió a cerrar y se balanceó de una pierna a otra.

—No puedo decírtelo —susurró por

fin en un tono apenas audible—. Lo he prometido.

Røros, junio de 1895 – Sofie

—¿Esa no es la católica?

El comentario siseado a media voz de la esposa del director del banco Asmund hizo que Sofie levantara la cabeza. Estaba sentada en la biblioteca detrás de una mesa en la que había colocado una caja con fichas, y apuntaba los nombres de los lectores que se

habían acercado ese mediodía de sábado para llevarse libros prestados. La primera fecha de apertura, durante la cual presentó la colección recién organizada, había tenido buena acogida. En la primera media hora habían venido varios niños después de clase a buscar libros de cuentos y aventuras. En ese momento tenía delante a un señor mayor que quería llevarse un tratado sobre túmulos. Detrás de él, la señora Asmund y su hermana esperaban a que les llegara su turno.

Ida Krogh, que hojeaba el libro que había escogido, miró por la ventana y asintió.

—Sí, es la viuda del joven Ordal.

—¿Por qué sigue aquí? —preguntó la señora Asmund—. No encaja en este sitio. Ni siquiera sus suegros quieren saber nada de ella.

—¿Y por qué no?

Sofie, que entretanto había terminado de despachar al señor, se levantó de la silla y oteó por la ventana. Justo en ese momento salía del portón del cementerio una mujer vestida de negro rodeando con el brazo a un muchacho. Así que esa era la alemana que se había casado con Olaf Ordal sin que sus padres lo supieran. Sofie no veía gran cosa desde lejos. La mujer, que estaría en la veintena, tenía una tez muy clara. Bajo la cofia negra asomaban

varios mechones rojizos. No era muy alta y, con su sencillo vestuario, proyectaba una imagen más bien modesta. La manera en que sujetaba a su hijo, protectora pero no posesiva, despertó un sentimiento de calidez en Sofie.

—¿Cómo puedes preguntar eso? — le dijo la señora Asmund a su hermana —. Esa persona selló la ruina de los Ordal.

—¡Pero Gudrid! Ella no tiene la culpa de que el aserradero quebrara — replicó Ida Krogh titubeante.

La señora Asmund arrugó la nariz y siguió con la mirada a la joven, que avanzó con el niño por la Kirkegata y

desapareció de su vista.

—¡Claro que sí! Si no fuera por ella, habrían podido salvarse, porque podrían haber... —Su mirada recayó en Sofie. Se sobresaltó, omitió el resto de la frase y prosiguió—: Sea como sea, no puede uno confiar en los pelirrojos. ¡Traen mala suerte!

Ida Krogh se estremeció y dijo en voz baja:

—Tienes razón. ¡Como los arrendajos! Esos pájaros de mal agüero también tienen plumas rojas.

Sofie negó con la cabeza involuntariamente. La asombraba una y otra vez lo supersticiosa que era mucha gente, sobre todo aquellas personas que

se consideraban cultas e inteligentes. Nunca había entendido por qué se le había dado el nombre de arrendajo funesto al gracioso pájaro que anidaba en los bosques de abetos cubiertos de líquenes y los animaba con su alegre trajín, ni por qué se sospechaba que estaba relacionado con los demonios del averno. Como tampoco comprendía los prejuicios que existían contra las personas de cabello rojo.

—Me gustaría llevarme prestado este —dijo la señora Asmund pasándole a Sofie un libro con relatos de viajes por Italia—. Es que en otoño queremos ir a Venecia, Florencia y Roma —explicó con una sonrisa de suficiencia

— Mi esposo tiene que ir por trabajo. Y yo pensé: ¿por qué no aprovechamos la oportunidad y hacemos un viajecito educativo para estudiar las famosas obras de arte y los numerosos vestigios de la Antigüedad?

Ida Krogh frunció el ceño con escepticismo.

—No puedo por menos de recomendarte un viaje así —prosiguió su hermana, ofendida—. De ese modo una puede ampliar su horizonte cultural y espiritual, escapar del desagradable clima otoñal de aquí y disfrutar de las delicias culinarias del sur.

«Y seguro que tu marido ya está pensando en los placeres que ofrece el

encantador sexo femenino italiano», añadió Sofie para sí, y se preguntó cómo habría reaccionado el director del banco cuando su mujer le había dicho que lo acompañaría. Sofie se habría apostado una corona a que no le parecía en absoluto buena idea, y que le habría gustado disfrutar de un par de semanas de supuesta soltería.

La señora Krogh negó con la cabeza.

—No, Gudrid, eso no es para mí. ¿No tienes ningún reparo en pasar tanto tiempo en un país cuya población es católica, sin excepción?

—¿Temes por la fortaleza de mi fe? —preguntó la señora Asmund, y dedicó una mirada indignada a su hermana.

—No, claro que no. Pero sin duda es inquietante encontrarse sola entre tantos papistas...

Sofie contuvo una risita. ¿Se imaginaba Ida Krogh a su hermana y a su esposo en peligro, arrastrados por italianos sanguinarios a unas catacumbas subterráneas, donde los sacrificarían según sus rituales diabólicos por negarse a abjurar de su fe protestante? Para la mujer del oficial de correos no parecía haber gran diferencia entre los católicos y los caníbales. Seguramente estos últimos le parecían menos peligrosos, ya que no tenían sus miras puestas en impedir la salvación eterna de sus víctimas.

Volvió a sentarse y buscó en la caja la ficha de libro correspondiente, mientras intentaba descifrar las vagas insinuaciones de la esposa del banquero y otros comentarios sobre los Ordal que había oído últimamente: la conversación con el abuelo Roald en el desayuno en Trondheim, durante la que se había enterado de que su padre había escogido a Olaf como esposo para Silje; y a principios de semana, la desconcertante pregunta del editor del *Fjell-Ljom* acerca de lo que se proponía su padre con el aserradero. Al parecer ahora era de su propiedad. Así que Sverre Ordal también se había endeudado con él y no solo con el banco, como Sofie creía. Y

el día del entierro de su madre, Trude, la esposa de Sverre, le había pedido una prórroga para la devolución y le había dicho: «Estoy segura de que vendrá.» Solo podía estar refiriéndose a su hijo Olaf. ¿Así que ese era el trato? ¿Su padre les habría condonado las deudas a los Ordal si Olaf se hubiera convertido en su yerno? Seguía sin saber por qué su padre se había fijado precisamente en ese joven, al que apenas conocía. Porque era el hijo de Trude, se le ocurrió de pronto a Sofie. Recordó la expresión de anhelo con la que su padre había mirado a Trude después de aquella conversación.

—¿Serías tan amable de apuntar

también el libro de mi hermana?

La voz disgustada de la señora Asmund sacó a Sofie de sus pensamientos.

—Naturalmente, ¡discúlpeme!

Ida Krogh le tendió una antología del poeta nacionalista romántico Johan Sebastian Welhaven.

—Me alegro mucho de que la biblioteca haya vuelto a abrirse. Y debo decir que lo has organizado todo de forma ejemplar. Nuestro querido sacristán se deshace en elogios sobre ti.

—Se giró hacia su hermana—. ¿No es cierto, Gudrid?

La señora Asmund esbozó una mueca de desdén y murmuró:

—Bueno, el pobre hombre debe de ser fácil de contentar.

Sofie fingió no haber oído el comentario.

—Muchas gracias, me alegro mucho —dijo, y tras una brevísima pausa, bajó decorosamente la mirada y añadió—: Un elogio por su parte significa mucho para mí.

La esposa del banquero sonrió halagada.

—Siempre es bonito que la juventud contribuya a la sociedad. Por desgracia eso está pasando de moda. Y ahora que tu madre (que en paz descansa) ya no está con nosotros, tú y tu hermana os veréis más obligadas a aportar vuestro

granito de arena. Como yo, que también me cargo con muchas responsabilidades. —Suspiró como si acarreará una pesada losa—. Pero lo hago encantada, al fin y al cabo es mi deber cristiano.

Mientras Sofie aún se preguntaba a qué carga se refería Gudrid Asmund, esta continuó hablando:

—Por cierto: puedes acudir a mí siempre que necesites consejo maternal.

Se metió el libro en una bolsa de ganchillo, se enganchó del brazo de Ida Krogh y se encaminó hacia la puerta.

«Preferiría arrancarme la lengua de un mordisco, espantapájaros», pensó Sofie estremeciéndose.

Aproximadamente una hora después, Sofie cerró la tapa de la caja de fichas, la dejó en uno de los estantes y salió de la sala de los libros. En el pasillo se encontró con Ole Guldal. El director de la escuela se había alegrado mucho de que su viejo amigo Elmer Blomsted hubiera encontrado a alguien resuelto que le echara una mano y que hubiera tomado cartas en el asunto de la biblioteca. Le había entregado a Sofie una pila de libros de su propiedad y le había transmitido sus propuestas para nuevas adquisiciones.

—Llego justo a tiempo —dijo tendiéndole la mano—. Me habría gustado pasarme antes y preguntarle

cómo le va. Espero que esté satisfecha con...

—¡Oh, sí! —lo interrumpió Sofie con gesto radiante—. Esto ha estado de bote en bote. De hecho, me he preguntado si será suficiente abrir la biblioteca solo los sábados. Quizá debería abrirla una tarde más entre semana, ¿qué opina?

Ole Guldal se acarició el bigote y sonrió.

—¡Me encanta su entusiasmo! Quizá deberíamos pensar en buscarle refuerzos. Se me ocurre por ejemplo...

—Me las arreglo bien sola —replicó Sofie—. Y no será demasiado trabajo para mí —añadió enseguida.

Se cruzó de brazos. La propuesta, que sin duda tenía buenas intenciones, despertaba cierto rechazo en ella. No quería compartir «su» biblioteca con nadie más. Al menos por ahora. Era la primera vez que era la única responsable de algo, y esa sensación le producía una satisfacción insospechada. El director levantó las manos en señal conciliadora.

—¡En ningún caso pretendía insinuarlo! Todo lo contrario... —Se recolocó los quevedos—. A decir verdad, yo mismo tengo también un proyecto que requeriría de su tiempo y su altruismo.

Sofie dejó caer los brazos y se sintió

un poco ridícula.

—Como ya sabe, soy presidente de la Asociación Obrera local —comenzó a explicarle—. Este otoño, algunos de nuestros miembros están planeando de nuevo una pequeña función de teatro. Se trata de una comedia cantada en tres actos. Hasta ahora siempre habíamos podido contar con el apoyo musical del sacristán Blomsted, que nos acompañaba al armonio. Pero este año me ha pedido que le busque un sustituto. Y en la conversación salió su nombre.

Se detuvo y la miró esperanzado. Sofie arqueó las cejas.

—Quiere decir que yo...

—Lo sé, es mucho pedir, y si no

tiene tiempo...

Sofie negó con la cabeza.

—No, no, no es eso. Pero... no creo que yo sea la más... Creo que sobrevalora mis capacidades... Es decir, no soy tan... y además... Eh... En público nunca he... —balbuceó mientras sentía que se acaloraba.

El director la había avasallado. La halagaba que le pidiera ayuda. Al mismo tiempo, la propuesta le parecía un espanto. Desde siempre, solo la idea de tener que recitar un poema, cantar una canción o tocar el piano delante de más de tres personas le revolvía el estómago, le humedecía las manos y le provocaba mareos.

Ole Guldal la escudriñaba con la mirada. ¿Pensaría que era una de esas mujeres caprichosas e hipócritas que hacían remilgos y escondían sus talentos tras una falsa modestia? ¿Que disfrutaban haciéndose de rogar eternamente y a continuación se regodeaban pensando en los aplausos que les dispensaría su actuación? A Sofie ese comportamiento le parecía estúpido. Le gustaba cantar y tocaba el piano de forma aceptable, pero no consideraba que tuviera un talento especial. La disposición de su hermana a sentarse a las teclas en las reuniones sociales hacía que ella rara vez se viera en la tesitura de tener que tocar en

público. Le estaba agradecida a Silje por ello, y celebraba los aplausos sin envidia alguna.

—De verdad que me gustaría ayudarle —respondió—. Pero le digo con toda sinceridad que tengo un terrible miedo escénico. Estoy segura de que no les conviene que toque mal de puro nerviosismo y les estropee la función.

Ole Guldal relajó el semblante.

—Bah, por eso no se preocupe. No somos precisamente la compañía nacional. Somos aficionados. Y nuestros espectadores no esperan perfección, sino un entretenimiento. Verá por sí misma que, sobre todo, es muy divertido.

Sofie entrelazó las manos. La idea de formar parte de un grupo y preparar una obra de teatro con otras personas era tentadora. Pero a la imagen de ella rodeada por un alegre grupo de jóvenes se superpuso la mueca furiosa de su padre. Por mucho que lo intentara, no era capaz de imaginar que le permitiera hacer causa común con la «chusma socialdemócrata», como los llamaba.

Desde su creación en 1889, la Asociación Obrera de Røros era para él una piedra en el zapato. El hecho de que el director de la escuela, al que tanto apreciaba, se hubiera hecho cargo de la presidencia no mejoraba las cosas. A Ivar Svartstein los objetivos de lograr

una mejor educación, un seguro y una remuneración justa le parecían pretextos tras los que sospechaba intenciones subversivas. En su opinión, la asociación se alineaba peligrosamente cerca de los comunistas, que amenazaban todos aquellos valores que él consideraba importantes.

Contuvo un suspiro y dijo:

—Seguramente tiene usted razón.

Pero me temo que mi padre no me dará permiso.

Hundió la cabeza. Era humillante reconocerlo.

—No pretendía abochornarla —dijo Ole Guldal en voz baja—. Tendría que haberlo tenido en cuenta antes de

abordarla. Al fin y al cabo sé que su padre alberga sus sospechas hacia nuestra asociación.

Sofie lo miró. Se le estaba despertando el espíritu luchador.

—De todos modos se lo preguntaré. No pierdo nada. Además, ¿cómo de amenazadora puede resultarle una actuación que cuenta con el apoyo del sacristán Blomsted?

El director contrajo las comisuras de los labios.

—No, al bueno de Elmer sin duda no se le puede reprochar la connivencia con los anarquistas y otras fuerzas enemigas del Estado.

Sofie sonrió burlona y se imaginó al

sacristán repartiendo panfletos revolucionarios, instigando a los trabajadores a la rebelión con discursos encendidos y levantando él mismo barricadas para la lucha callejera.

—Hablaré con mi padre lo antes posible —dijo.

—¡Magnífico! —Ole Guldal sonreía—. No hay prisa. No nos pondremos manos a la obra de verdad hasta el final del verano.

Justo al volver a casa, Sofie tuvo la oportunidad de cumplir su promesa. Cuando entró en el vestíbulo, el ayudante de cámara Ullmann le estaba poniendo el abrigo a su padre. La saludó ausente con la cabeza. Ella se interpuso

en su camino.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

—Ahora no. Ya ves que estoy a punto de marcharme.

Sofie se obligó a permanecer donde estaba.

—No te llevará mucho tiempo.

Ivar Svartstein frunció el ceño.

—¿De qué se trata? ¿No puedes buscar a Silje y...?

Sofie negó con la cabeza.

—Está bien —dijo mirándola con impaciencia indisimulada.

Sofie, que de camino a casa se había preparado un discurso entusiasta en el que justificaba su compromiso con el

grupo de teatro de la Asociación Obrera y refutaba los argumentos de su padre, respiró hondo.

—Quería preguntarte —comenzó a decir— si te parece bien que sustituya al piano al sacristán Blomsted en los ensayos de una pequeña representación.

Ivar Svartstein se encogió de hombros. A Sofie no le habría sorprendido que respondiera: «¿Qué? ¿Y para eso me molestas? No estoy de humor para esas tonterías.»

—Sí, ¿por qué no? Mientras no descuides tus obligaciones aquí en casa —gruñó, cogió el gorro que le tendía el criado, se lo puso y salió de casa.

Sofie se mordió el labio. A la

sensación de alivio por la victoria obtenida sin combate se sumaba cierta desazón. Su padre averiguaría antes o después en qué consistía aquella representación. «Aunque puede que no —intervino una vocecita obstinada en su interior—. Al fin y al cabo no le interesa en absoluto lo que hago. No le habría llevado ni un minuto preguntarlo. Pero ni siquiera se toma ese tiempo para mí.» Sofie sintió una punzada al darse cuenta de lo poco importante que era para su padre. La libertad que le granjeaba ese desinterés no era más que una compensación insuficiente. La añoranza por su madre casi no la dejaba respirar. ¿Cómo soportaría la vida sin ella?

Røros, junio de 1895 – Clara

La mañana del domingo Clara decidió visitar a sus suegros. Su esperanza de entablar conversación en algún encuentro casual y romper el hielo entre ellos se había visto truncada numerosas veces a lo largo de las últimas dos semanas. Quizás esa tentativa tuviera más éxito. En algún

momento tendrían que comprender que no les deseaba ningún mal. Clara no podía creer que ni siquiera quisieran conocer a su nieto.

Gracias al secretario de minas, que tenía un listado con todas las direcciones de los empleados de la fábrica, sabía que el hermano de Trude Ordal, Bjørn Berse, vivía en el Sleggveien, el «camino de la escoria». Le pidió a la señora Olsson que le dejara utilizar la cocina y horneó una bandeja de *Rosinenstütchen*, como se llamaba en Renania a los bollitos dulces. Los puso en una cesta, llamó a Paul, que jugaba en el patio, y se encaminó con él hacia el Sleggveien,

que discurría enfrente de la fundición, por encima de Flanderborg.

Las casas de los obreros se agazapaban entre enormes montones de escombros. Estaban construidas con troncos toscos cubiertos de una pátina negra de humo, y techadas con piedra picada o césped. La luz del sol acentuaba la desolación que transmitía el entorno, ya que hacía que las viviendas parecieran especialmente miserables. Clara se detuvo indecisa en el centro de la callejuela sin asfaltar. Las casas no tenían números, y tampoco había rastro de letreros con nombres.

—Creo que tendremos que preguntar a alguien dónde viven ahora tus abuelos

—le dijo a Paul, y se dirigió hacia un hombre mayor que caminaba hacia ellos apoyado en una muleta. Al preguntarle por Bjørn Berse, señaló en silencio hacia una casita a un par de pasos de distancia. Clara le dio las gracias, respiró hondo y llamó a la puerta, que se encontraba en el lado más estrecho. No hubo ningún movimiento. Llamó de nuevo. Paul se soltó de la mano, dobló la esquina y oteó por una de las dos ventanas que daban a la calle. Regresó donde Clara y susurró:

—Creo que hay gente dentro. Algo se ha movido.

Clara llamó una tercera vez y gritó:

—*Her er Paul og Clara Ordal. Vi*

vil besøke Trude og Sverre.

No hubo reacción. Clara apoyó la oreja en la puerta y escuchó. No se oía ningún ruido. Se volvió hacia Paul, que la observaba con curiosidad.

—Lo siento, pero parece que no hemos tenido suerte.

Paul torció el gesto y dejó caer los hombros. Clara dejó la cesta de los bollitos delante de la puerta y se sacó un cuadernito del bolsillo del abrigo.

—¿Sabes qué? —prosiguió—. Dejaremos la cesta aquí con un mensaje indicando dónde vivimos ahora.

A Paul se le iluminó el rostro.

—La abuela y el abuelo se pondrán contentos. Están taaaan ricos —dijo

lanzando una mirada ansiosa hacia los dulces. Clara se rio y le dio uno.

—Entonces esperemos que a tus abuelos les gusten tanto como a ti. —«Y que lo superen de una vez y se muestren más accesibles», añadió en silencio.

Varias horas después Clara estaba en la puerta de la cocina de la señora Olsson, en la que olía a carne asada, a bayas de enebro y a tomillo.

—¿Pongo la mesa? —preguntó.

La dueña estaba delante de un fogón de hierro fundido sobre el que hervía una olla de patatas, que acompañarían el asado del domingo. Después de pinchar

con un tenedor uno de los tubérculos, retiró la cazuela del fuego y se volvió hacia Clara.

—Muy amable, gracias. Pero solo para siete personas. El comerciante sueco se ha marchado justo después de desayunar.

Clara asintió y se acercó a la alacena en la que se guardaba la vajilla. Al sacar los platos, contó en voz baja en noruego:

—*En, to, tre, fire, fem, seks...* eh...

—*Sju* —le ayudó la señora Olsson.

—*Takk* —respondió Clara, y cogió el último plato—. *Sju*.

La dueña le sonrió y señaló sucesivamente las patatas, el fogón y las

cazuelas que había encima de él sobre un estante.

—*Poteter* —dijo Clara—. *Komfyr og gryter*.

—*Fint!*

La señora Olsson siguió con el juego. Después de que Clara nombrara correctamente también el cuchillo y el tenedor (*kniv og gaffel*), la sartén y el colador (*panne og sil*), así como el cucharón y el rodillo (*øsekar og kjevle*), la dueña aplaudió y exclamó:

—¡Bravo! Está haciendo muchos progresos.

Clara levantó una mano.

—Gracias por el cumplido. Pero cuando veo lo rápido que aprende mi

hijo el nuevo idioma...

—A los niños les resulta más fácil.

La señora Olsson escurrió las patatas y las echó a un recipiente abombado. Clara cogió una bandeja, puso en ella los platos y los vasos, añadió los cubiertos y la llevó al salón, en el que dos mesas juntas hacían las veces de comedor. La abigarrada mezcla de sillas delataba que el hogar no había sido pensado para tantas personas en un principio. El matrimonio Olsson no había tenido hijos. Tras la muerte de su marido, la viuda complementaba su modesta pensión recibiendo huéspedes. Normalmente alquilaba tres habitaciones.

La mayoría de los inquilinos se alojaba en casa de la señora Olsson de manera regular desde hacía muchos años. Eran carreteros que traían a Røros mercancías de localidades y valles lejanos, predicadores ambulantes, comerciantes suecos y almadieros que transportaban troncos desde el lago Femund o alguna otra gran acumulación de agua de la zona que se encontrara rodeada por bosques inmensos. La demanda de leña de la fundición había descendido desde la inauguración de la línea ferroviaria de Røros, en favor del barato coque inglés. Sin embargo, seguían necesitándose grandes cantidades de madera local para los

pilares y las paredes de las galerías de las minas, así como para construir casas y muebles.

Clara extendió un mantel blanco sobre las mesas, colocó los platos, los vasos y los cubiertos y sacó las servilletas de un armarito empotrado. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—*Unnskyld! Hvor finner jeg Madam Olsson?*

Clara se volvió hacia la puerta, en la que había un hombre joven. Era alto y algo mayor que ella. Al verlo, la primera palabra que le vino a la cabeza a Clara fue «audaz». Debajo de los pronunciados pómulos le crecía una

barba de tres días, tenía la nariz estrecha y recta, y el cabello y la barba oscuros, que junto con su piel morena realzaban el brillo de sus ojos azules grisáceos. Llevaba un guardapolvo de color claro y un borsalino gris con el que ahora la saludaba. Junto a él había una gran maleta.

—Eh... *Madam Olsson er i...* cocina... eh... *kjøkken* —respondió Clara señalando en dirección al pasillo.

—*Vet De kanskje om jeg kan få et rom?* —preguntó él.

Clara esbozó una mueca lastimera, rebuscó el diccionario en el bolsillo de la chaqueta, pasó las páginas y dijo:

—*Jeg forstår Dem ikke. Jeg*

snakker ikke norsk.

El hombre la miró con sorpresa. Seguramente la había tomado por una criada local.

—*Do you speak English?*

Clara se encogió de hombros.

—*A little bit.*

—¿Sabe si hay alguna habitación disponible? —preguntó el hombre lentamente en inglés.

—Creo que sí. Esta mañana se ha librado una —respondió Clara—. Pero será mejor que se lo pregunte a la señora Olsson.

—Lo haré —dijo. Cogió la maleta, le sonrió y desapareció en la dirección que le había indicado.

Diez minutos después reapareció junto a la dueña y se sentó en una de las sillas libres junto al resto de los huéspedes, que entretanto se habían reunido en torno a la mesa para la comida principal del día, que tenía lugar a última hora de la tarde. Después de tomar asiento en la cabecera, la señora Olsson presentó al recién llegado. Clara solo entendió que se llamaba Mathis Hætta y que estaba de paso. Mientras este se veía envuelto en una conversación con sus vecinos de mesa, un vendedor de maíz de Rakkestad y un cerrajero artístico de Setesdal, la señora Olsson se inclinó hacia Clara, que estaba sentada junto a ella en la esquina

con Paul.

—Es un joven muy viajado —le contó visiblemente impresionada—. Ha estudiado en Inglaterra y ahora acaba de llegar de América. Ha trabajado allí durante tres años como ingeniero en la construcción de una central hidroeléctrica junto a las cataratas del Niágara, que se pondrá en funcionamiento en agosto. Por eso ha regresado a su viejo hogar y ha solicitado un empleo en la empresa de cobre, que está construyendo una central en Aursunden. Mañana empieza a trabajar allí.

—América —susurró Paul, y miró a Mathis Hætta con la boca abierta.

Este se dio cuenta, señaló el ojo hinchado de Paul, que ahora tenía un tono violeta azulado, y levantó el dedo pulgar en señal de reconocimiento.

—*Imponerende! Håper det var en rettferdig kamp.*

Paul miró con gesto interrogante a Clara, que se encogió de hombros. La señora Olsson acudió en su ayuda.

—El señor Hætta está impresionado por tu ojo morado y espera que fuera un combate justo.

Paul negó con la cabeza.

—*Nei, tre mot en* —dijo en voz baja.

Mathis arqueó las cejas y le dijo a Clara en inglés:

—¡Tres contra uno! Su hijo es un muchacho muy valiente.

Antes de que ella pudiera reaccionar, Paul le tironeó de la manga y susurró:

—¿Puedes preguntarle si ha visto indios?

Para el pasmo de Paul, Mathis Hætta había conocido a un auténtico jefe siux y había pasado un tiempo con su tribu. Mathis respondió encantado a todas las preguntas del chico. Los demás huéspedes también se mostraron interesados en sus experiencias en el Nuevo Mundo, y animaron al joven ingeniero a relatarlas al detalle. La señora Olsson lo traducía todo para Paul

y para su madre.

Era la primera vez que Clara volvía a ver a su hijo relajado y despreocupado desde la pelea en la escuela, sobre cuyo motivo seguía sin soltar prenda. El entusiasmo con el que acudía al colegio al principio se había enfriado. Seguía deseoso de aprender la lengua y hacía progresos diarios, pero Clara tenía la impresión de que evitaba a sus compañeros. Seguía sin querer desvelar sus razones, a pesar de que era evidente que le resultaba difícil mantenerle algo en secreto a su madre. Clara se rompía la cabeza en vano preguntándose a quién le habría prometido un silencio tan obstinado. Apenas conocía a nadie en

Røros. La señora Olsson, a quien Clara se había confiado, estaba convencida de que no había motivo para preocuparse en serio. Al preguntárselo Clara, la mujer había negado rotundamente que fuera demasiado permisiva con su hijo y que tuviera que mostrarse más severa. Ella no estaba de acuerdo con aquello de la «mano dura» y con la supuesta necesidad de doblegar la voluntad de los niños para hacer valer la autoridad de los padres.

—Lo hace estupendamente, querida —le había dicho—. Si lo obliga a romper su promesa, pondrá en juego su confianza.

Paul no era el único que escuchaba

embelesado el relato de Mathis Hætta. Además de trabajar como ingeniero de construcción, había dedicado mucho tiempo a viajar por todo Estados Unidos y había reunido incontables impresiones y experiencias. Tenía el don de contarlas de forma tan gráfica, que Clara se sintió transportada al lejano país y vivió sus aventuras como en su propia piel: se sumergió en el trajín de las grandes ciudades, en las que la vida latía día y noche, sintió el viento que recorría las praderas infinitas y el temblor de la tierra al pasar una manada de mustangos salvajes, ascendió a la cumbre de las montañas Rocosas, descendió el Misisipí en un vapor de ruedas, probó la

dulzura de las naranjas recién recogidas en un bosque frutal de Florida, olió el aroma rico y pesado de los campos de tabaco al atardecer y oyó los cánticos de los trabajadores negros en las plantaciones de algodón de Carolina del Norte.

A Clara le resultaba difícil imaginarse a Mathis Hætta inclinado sobre unos planos o dibujando edificaciones técnicas sobre un tablero durante horas. Para ella era el aventurero libre en persona, ese que vaga sin rumbo fijo, se enfrenta sin temor a peligros de todo tipo y siempre está dispuesto a conocer a extraños y sus costumbres y a probar platos y bebidas

desconocidos. ¿Se habría propuesto instalarse allí a largo plazo?

La señora Olsson parecía estar pensando lo mismo. Clara entendió su pregunta sin necesidad de una traducción:

—*Hvor lenge vil De bli her?*

«¿Cuánto tiempo se quedará?» Se sorprendió esperando ansiosa su respuesta. Bajó la mirada rápidamente y tironeó de la servilleta para enderezarla en su regazo. ¿Qué le importaba a ella cuánto tiempo estaría Mathis Hætta por la zona? ¿Por qué quería saber si volvería a verlo? De todos modos era muy poco probable. En primer lugar, porque la obra estaba a unos doce

kilómetros de Røros, y en segundo, porque sus días en aquella ciudad estaban contados.

—Seguramente estaré en Glåmos hasta que comience el invierno —dijo Mathis. En inglés.

Clara levantó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos claros. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Era como si se asomara a un abismo en el que acechaba algo tentador y al mismo tiempo prohibido. No era capaz de apartar la mirada.

—Y aquí arriba eso es ya en octubre —prosiguió Mathis en voz baja—. Entonces se suspenderán las obras y yo... Bueno, ya veremos... Pueden pasar

tantas cosas...

—Mamá, ¿puedo tomar un poco más de crema de trol?

La pregunta susurrada de Paul rompió el hechizo. Clara le pasó a su hijo su propio platito de postre. Tenía un nudo en la garganta, no podría tragar ni un bocado más del ligero dulce preparado con claras de nuevo montadas, azúcar y conserva de arándanos rojos.

Poco después, la señora Olsson quitó la mesa. Antes de que los comensales se dispersaran, el comerciante de maíz propuso que más tarde fueran todos juntos a la celebración de *Sankthans*, en la que

habría una inmensa hoguera.

—¿Conocen esa costumbre en su país? —le preguntó la dueña a Clara.

—Claro, nosotros también encendemos fuegos en honor de san Juan Bautista —respondió.

Evocó el recuerdo de la hermana Gerlinde, que les contaba a sus alumnas entre guiños lo prácticos que eran los líderes de la Iglesia en la Edad Media. Como no lograban erradicar antiguas costumbres paganas como la fiesta del solsticio de verano, las transformaron directamente en festividades cristianas. Y así fue como el *Mittsommerfest*, que tan importante era para celtas y germánicos y con el que celebraban la

energía vital del sol, se convirtió en el día en que nació Juan el Bautista, el hombre que anunció la venida de Jesús (cuyo nacimiento decidió celebrarse con la Navidad, coincidiendo con el solsticio de invierno).

—¿Vendrán? —preguntó Mathis Hætta levantándose y mirando a Clara con actitud esperanzada.

La señora Olsson negó con la cabeza. Se le acercó y le habló a media voz. Clara oyó las palabras *dødsfall*, *sorg* y *enke*: fallecimiento, luto y viuda. Mathis la escuchaba con gesto cada vez más afectado, y finalmente se volvió hacia Clara.

—Discúlpeme. No pretendía ponerla

en un apuro. No sabía que recientemente había sufrido una terrible pérdida. ¡Lo siento mucho! —Insinuó una reverencia y salió de la estancia.

La señora Olsson lo siguió con la mirada.

—¡Qué hombre tan agradable! Muy educado. Y además, guapo e inteligente. —Su mirada recayó en Clara y ladeó la cabeza—. Es una pena que por el momento usted... Pero naturalmente todavía es pronto. —Enmudeció lanzándole una elocuente mirada.

Clara fingió no haber entendido la insinuación y comenzó a recoger la mesa. «¿Qué pensaría de mí la señora Olsson si pudiera leerme el

pensamiento? —se preguntó—. Si supiera que la tristeza que siento por Olaf no es profunda en absoluto y que durante un instante he olvidado por completo que como viuda no era apropiado que participara en fiestas alegres.»

—Bueno, querida, estos tiempos difíciles pasarán —dijo la señora Olsson apoyando la mano en el brazo de Clara—. Sé de lo que hablo. Cuando perdí a mi marido, el mundo parecía un lugar negro y desolador. Pero también llegarán días luminosos, se lo digo por experiencia.

—Se lo agradezco —dijo Clara—. Aprecio mucho su simpatía.

En el fondo se alegraba de poder librarse de la celebración con la excusa del luto. Estaba cansada. La semana había sido dura, y al día siguiente tenía que volver a levantarse temprano. El tiempo había cambiado a lo largo del día, hacía fresco y estaba nublado, y por lo tanto no se correspondía con la imagen idílica que tenía de las templadas noches de San Juan, en las que las luciérnagas bailaban sobre los campos de flores y el canto de los grillos inundaba el aire. A eso se sumaba la perspectiva de encontrarse con sus suegros o con otras personas que se mostraran hostiles hacia ella.

Clara no habría confesado el

verdadero motivo ni siquiera a su mejor amiga Otilie: Mathis Hætta. Mejor dicho: los sentimientos que despertaba en ella. ¡No podía ser que mostrara interés por otro hombre siendo tan reciente la muerte de Olaf! ¡Eso no estaba bien! ¿Qué mosca la había picado? Aquello la inquietaba y alteraba la imagen que tenía de sí misma. Menos mal que el joven ingeniero solo se quedaba una noche en Røros. Por primera vez en su vida, el verso de la oración «no nos dejes caer en la tentación» adquirió un sentido concreto para Clara.

Engerdalen, verano de 1895 – Sofie

Sofie y Silje pasarían los meses de verano con la hermana de su padre, que vivía con su familia cerca de Drevsjø, en el municipio de Engerdalen, cerca de la frontera sueca. Ivar Svartstein había decidido no utilizar ese año la villa de Kongeveien, que había hecho las veces de residencia veraniega para su familia

durante los últimos años, ya que eso habría significado trasladarse allí con parte del menaje y del servicio. A sus ojos, se trataba de un gasto inútil para cualquier persona razonable, sobre todo porque él apenas tendría ocasión de alojarse allí. Las relaciones políticas con el otro miembro de la unión, Suecia, la planificación de grandes proyectos de construcción de la empresa de cobre y otros asuntos profesionales exigían su presencia en Røros. No se planteaba abrir la villa de campo solo para sus hijas. Así como tampoco consideró la propuesta de Silje de que Sofie y ella pasaran los meses de julio y agosto en Solsikkegård con sus abuelos.

Le había cortado la palabra con un duro «¡no!» y no había admitido discusión. Sofie estaba segura de que no quería dar a su hija mayor ninguna oportunidad de profundizar en su relación con Fredrik Lund y de urdir a espaldas de su padre planes que él no aprobaría. Desde su punto de vista, enviar a sus hijas a Femundsmarka era sin duda la solución perfecta: descansarían en un entorno famoso por su aire fresco y su tranquilidad bajo la vigilancia de su hermana, lejos de las tentaciones de la ciudad, que podían meterles pájaros en la cabeza.

En opinión de Silje, bien podría haberlas mandado a Laponia. Para ella,

aquel arreglo era como un destierro a un exilio especialmente inhóspito. A Sofie eso le parecía un poco exagerado, pero se reconoció a sí misma que tenía una sensación similar. La perspectiva de pasar varias semanas en casa de la tía Randi y su familia no era demasiado alentadora. No era tanto por la ubicación aislada de su finca. Lo que le echaba para atrás a Sofie era la firme convicción protestante de sus parientes. Su madre Ragnhild había formulado en una ocasión la sospecha de que su cuñada se había vuelto tan rigurosa en sus creencias porque había perdido a la mayoría de sus hijos. Dos habían nacido muertos y cinco no habían superado los

tres años de vida. Uno de los chicos había perdido la vida poco después de la confirmación por una meningitis. Solo un hijo y una hija habían alcanzado la edad adulta.

Randi era dos años mayor que Ivar y se había casado hacía treinta años con Egil Skogbakke, el heredero de una importante granja cuyos antepasados, dueños de grandes extensiones de bosques, habían acumulado una riqueza considerable vendiendo madera y carbón. Egil había aumentado el patrimonio comerciando con cuero y pieles valiosas. Sus bosques albergaban incontables alces, renos, castores, nutrias, osos, zorros, glotones y otros

animales que proporcionaban reservas fiables a su negocio. Empleaba ya a una docena de cazadores que le suministraban las solicitadas pieles. Su hijo regentaba una curtiduría en la que se elaboraba cuero para zapatos, ropa de trabajo, bolsos y maletas; y su yerno era peletero, y junto con sus compañeros ennoblecía las pieles para confeccionar abrigos, gorros, guantes y otras prendas. Debido a los olores desagradables, estos talleres se habían instalado a cierta distancia de la vieja granja, a orillas de un riachuelo cerca de Drevsjø. La casa de verano de la familia estaba aún más alejada, en una isla en el extremo sur del lago Femund.

Sofie había estado por última vez en Drevsjø con sus padres y Silje en 1891, para la boda de su prima Merit, que se había casado con el maestro peletero. En aquella ocasión habían recorrido los cerca de ciento veinte kilómetros con su propio coche de caballos durante dos días, y de camino habían hecho noche en casa de un latifundista amigo. Dado que Ivar necesitaría la calesa en las próximas semanas, Sofie y Silje emprendieron la primera etapa de su viaje en un coche de *skyds*.

En Noruega apenas había sillas de postas que transportaran personas. Las zonas a las que no se podía llegar en ferrocarril disponían de una red de

estaciones de *skyds*. Originalmente, la palabra *skyds* se refería a la obligación de ciertas granjas a transportar a funcionarios y a otros oficiales en cualquier momento y a precios moderados establecidos. Ahora ya había numerosas estaciones de *skyds* fijas con fondas que disponían de varios caballos para dar servicio a la creciente afluencia de turismo y a otros viajeros privados. En cambio, en zonas más remotas se seguía dependiendo de lo que se conocían como estaciones por aviso, en las que era necesario comunicar de antemano por correo postal o a través de otros viajeros la demanda de caballos y coches.

Sofie y Silje se dirigieron al extremo norte del lago Femund en un *stolkjærre*, el vehículo característico de la población rural. Aquel coche ofrecía asiento para dos personas, y el chófer lo conducía desde un pescante elevado detrás del caballo. Silje, que hasta poco antes de su partida había conservado la esperanza de hacer cambiar de opinión a su padre y conseguir pasar las siguientes semanas en Trondheim, se miraba las puntas de los zapatos con los labios apretados y no prestaba atención al paisaje ni a los intentos de su hermana por entablar conversación.

Sofie pronto se dio por vencida y disfrutó del trayecto. Enseguida dejaron

atrás Røros, con su hedor y su ruido. La pequeña carretera conducía a través de claros bosques de abetos que constantemente se abrían para dejar ver largas extensiones de aguas y prados en los que pastaban ovejas, cabras y vacas de Røros. Estas últimas eran animales robustos y frugales, la mayoría eran blancas con orejas y morros negros, y se las arreglaban bien en terrenos intransitables de alimento escaso y largos inviernos. De vez en cuando Sofie veía pequeñas granjas de montaña que se explotaban desde San Juan hasta mediados de septiembre. El olor de las hierbas aromáticas que había en el aire se mezclaba con el humo de las

carboneras en las que se quemaba carbón vegetal.

Después de tres horas escasas llegaron a Langensgård, una antigua granja que funcionaba como estación de *skyds* desde hacía varios años y en la que se había abierto una fonda. Tras una breve pausa prosiguieron hacia Synnervika, donde Sofie y Silje se subieron al vapor de madera *Fæmund*, que desde 1887 recorría las granjas y los pueblos junto al lago y transportaba personas, ganado, mercancías y correo. El Femund, con sus sesenta kilómetros de longitud, era el tercer lago más grande del país. Con oleaje tranquilo, el barco tardaba seis horas en llegar de un

extremo al otro.

Aquel día soleado el *Fæmund* estaba lleno. Además de numerosos excursionistas, en la cubierta se agolpaban un afilador, una campesina con una cesta llena de gallinas y un hombre que vigilaba dos caballos ensillados. Silje se hizo con uno de los pocos asientos en la popa y se sumergió en la lectura del último número del *Illustreret Familie-Journal*. Sofie se había colocado delante, apoyada en la barandilla, y no podía dejar de admirar el reflejo de los rayos del sol sobre el agua, que centelleaban en las olas. De vez en cuando dejaba vagar la mirada por las orillas, a ratos cubiertas de

bosques y a ratos rocosas, en las que a veces aparecían playas de arena clara. Detrás, en el lado oriental, se extendía una infinita región despoblada y casi virgen que se adentraba en Suecia. Sobre las colinas y pantanos poco poblados de la meseta se alzaban las cumbres del Elgåhogna y el Store Svuku, que justo alcanzaban los mil quinientos metros de altura. Sofie trató de imaginar qué aspecto tendría el mundo desde allí arriba. Echó la cabeza hacia atrás, se protegió los ojos con la mano y siguió el vuelo de un pigargo que trazaba círculos sobre ellos.

—¡Ojalá pudiéramos volar así! — dijo en alemán una voz que le resultó

familiar.

Sofie se quedó de piedra. ¡Era imposible! Antes de poder volver la cabeza, supo que Moritz von Blankenburg-Marwitz se había colocado junto a ella. Su loción de afeitar lo había delatado. Se apoyó relajadamente en la barandilla y observó al ave a través de unos prismáticos. Se los tendió con una ligera reverencia.

—Con esto podrá contemplar aún mejor a este magnífico ejemplar.

No hubo saludo ni exclamación de sorpresa por encontrarla allí. Sofie cogió los binoculares en silencio y se los llevó a los ojos. Estuvo tentada de pellizcarse. ¿Estaba delirando? ¿Cómo

demonios había llegado el joven noble hasta allí? ¿Y qué se le había perdido en aquel páramo? Lo miró de reojo disimuladamente. Había cambiado el traje a medida que llevaba en el Tivoli, en Trondheim, por un conjunto de pantalones de montar estrechos, botas altas de cuero y un abrigo corto de resistente *tweed*.

—No tenía ni idea de que había galerías de arte por la zona —dijo como de pasada, y fingió estar completamente fascinada por el vuelo de la gran rapaz, que se elevaba en círculos cada vez más altos.

Moritz se echó a reír.

—Mis intereses son muy variados.

Sofie bajó los prismáticos y se los devolvió. Los dedos del joven acariciaron como por casualidad el dorso de su mano. Sintió que se le erizaba el vello de los antebrazos y se le secaba la boca. Bajó la mirada.

—¿Y adónde se dirige usted? — preguntó él.

—¡Moritz! ¿Vienes? Estamos a punto de llegar —gritó una voz grave.

Un hombre fibroso de pelo corto que estaba a varios metros de ellos, junto a los caballos, le hizo una señal al alemán. El *Fæmund* había recorrido ya más o menos la mitad del trayecto y enfilaba ahora el embarcadero de Elgå, un pueblo de la orilla este formado por

un puñado de casas de madera rojas y amarillas.

Moritz se despidió de Sofie con la cabeza, se echó los binoculares al cuello y citó en voz baja:

—«¡Deja que adiós te diga con los ojos, ya que a decirlo niéganse mis labios!»

Sofie lo miró y se estremeció. Era como si sus ojos la acariciaran.

—¡Hasta pronto! —Con esas palabras la dejó allí y fue hacia su conocido y los caballos.

Sofie, obnubilada, se frotó la frente. Poco después los dos hombres desembarcaron, montaron y echaron a cabalgar en dirección a las montañas.

Mientras el *Fæmund* zarpaba de nuevo, Sofie fue a la popa para seguirlos con la mirada. Constató con alivio que Silje se había quedado dormida en el asiento y no había presenciado el incidente. Cuando volvió a mirar hacia el punto en el que había visto a Moritz y a su acompañante por última vez, estos ya habían desaparecido de su campo de visión. Como por arte de magia.

Clavó la mirada en la orilla, que se deslizaba lentamente, y trató de serenarse. El breve encuentro la había alterado y excitado. ¿Por qué despertaba en ella emociones tan intensas aquel alemán al que apenas conocía? ¿Por qué tenía en su presencia la sensación de

estar en grave peligro? ¿Y por qué sentía al mismo tiempo el deseo de estar cerca de él, tan cerca como no lo había estado de ninguna otra persona?

Durante las siguientes semanas Sofie tuvo mucho tiempo para cavilar acerca de estas cuestiones. La casa de campo de la familia Skogbakke cumplía todos los requisitos que una persona cansada del trajín de la gran ciudad podía pedirle a una residencia de vacaciones: situada en una pequeña isla, por lo demás deshabitada, cubierta de abedules y abetos, ofrecía tranquilidad absoluta. La vivienda más cercana, la fonda junto

al embarcadero en el extremo del Femund, se encontraba a una hora a remo. Desde allí hacía falta una hora más en coche de caballos para llegar a Drevsjø. El trayecto hasta allí, que la tía Randi recorría todos los domingos con sus invitadas para asistir a misa, era el punto álgido de la semana.

El resto de los días se respiraba una calma que para el gusto de Silje acariciaba el límite del aburrimiento mortal. Su único rayo de esperanza era Valda, la esposa de su primo, que pasaba el verano en la isla con su hija de tres años Line mientras su marido estaba de viaje por negocios con su padre. La hija de Randi, Merit, se había

ido con su marido a casa de los padres de este, que vivían en Lillehamer.

Después de que Silje y Valda descubrieran su pasión común por la moda y los chismes de sociedad, pasaban la mayor parte del tiempo juntas, inclinadas sobre figurines y revistas para mujeres, y solo se dejaban ver a la hora de las comidas. Mientras tanto la pequeña Line recibía los cuidados de una niñera, para gran disgusto de la tía Randi. Su nuera ignoraba por completo los reproches por descuidar sus obligaciones como madre y entregarse a una ociosidad perniciosa. También pasaban inadvertidos los llamamientos de Randi para que ayudara

en las tareas del hogar o para que al menos colaborara en las labores para la beneficencia. Valda, al igual que Silje, opinaba que su estancia obligada en la casa de la isla, en la que no había acontecimientos sociales ni la posibilidad de visitar a los vecinos o hacer excursiones a lugares interesantes, ya era sacrificio suficiente.

A Sofie la monotonía también le pesaba. Pero al contrario que Silje y Valda, con gusto le echaba una mano a su tía. La ayudó a preparar mermelada y compota, festoneó veinte servilletas nuevas y bordó en ellas las iniciales de la familia, redactó un buen montón de invitaciones a la fiesta de la cosecha, en

la que Randi solía reunir a toda la parroquia para celebrar un festín en su finca de Drevsjø, y tejió a ganchillo innumerables tapetes que se rifarían con ocasión del próximo mercadillo de la iglesia. Si no hubiera podido ofender con ello a la cocinera y a las criadas, también se habría hecho cargo de la colada, habría limpiado zapatos, habría quitado el polvo y habría realizado otras tareas consideradas inferiores. Cualquier cosa para distraerla de sus reflexiones, para las que de todos modos le habría quedado tiempo más que suficiente. Si no había nada que pudiera hacer en la casa, paseaba por la isla, recogía bayas o se sentaba en un banco

junto a la orilla y leía. La mayoría de las veces dejaba caer el libro después de unas pocas páginas y alargaba la mirada sobre el agua hacia las lejanas montañas del este, donde suponía que se encontraba Moritz von Blankenburg-Marwitz.

Se rompía la cabeza durante horas preguntándose qué se le habría perdido en el intransitable territorio fronterizo entre Noruega y Suecia. Repasaba mentalmente decenas de veces su breve encuentro en el vapor, analizaba cada mirada, cada palabra y cada gesto del alemán en busca de mensajes en clave, y siempre acababa preguntándose lo mismo: ¿qué había querido decir al

despedirse diciendo «¡hasta pronto!»? ¿A qué intervalo de tiempo se refería? ¿Días? ¿Semanas? ¿Por qué pensaba que volverían a cruzarse? ¿O había sido una expresión trivial?

La idea de volver a ver a Moritz despertaba en ella temor, y al mismo tiempo una agitación placentera. Imaginaba un *tête-à-tête* de color de rosa en el que él paseaba con ella de la mano una noche clara de verano, la estrechaba entre sus brazos y la besaba, y finalmente hincaba una rodilla y le pedía que se convirtiera en su esposa. La voz de la razón que había en su interior se burlaba de aquellas fantasías, las tachaba de tonterías románticas, y le

bajaba los humos con el argumento de que era muy poco probable que volviera a encontrarse con Moritz por casualidad. Como no había podido decirle dónde se alojaría, él tampoco podía buscarla. Por no hablar de que ni siquiera sabía si él tenía interés alguno en ella.

Una vez llegada a ese punto en sus reflexiones, se prometía a sí misma dar carpetazo al tema y no desperdiciar más tiempo pensando en ello; un propósito que no duraba mucho tiempo. Sofie, que no podía ni quería confiarse a nadie y tampoco se atrevía a mencionar el asunto en su diario, pronto se hartó de sí misma. Deseaba con todas sus fuerzas una actividad con la que sentirse

realizada, y contaba los días que faltaban para regresar a mediados de agosto a Røros, donde la esperaba la biblioteca y poco después comenzarían los ensayos para la obra de teatro de la Asociación Obrera.

Røros, verano de 1895 – Clara

Las semanas posteriores a las celebraciones del solsticio fueron tranquilas para Clara y Paul, que tenía vacaciones. El trabajo en el despacho de las minas le resultaba agradable. Copiar documentos oficiales podía ser algo monótono, pero desde su punto de vista pesaban más la amabilidad de sus

superiores y su incansable disposición para explicarle palabras y contextos desconocidos. El hecho de que además le quedara tiempo suficiente para ayudar a su casera, aprender noruego y explorar el entorno con su hijo, le hacía sentirse muy agradecida.

Su temor a que Paul se sintiera desatendido al pasar ella tantas horas lejos de él resultó infundado. Parecía sereno y ya no se mostraba tan asustadizo como los primeros días. Cuando llovía, se retiraba con la caja de los libros y los juguetes de Olaf o ayudaba a la señora Olsson en la pensión barriendo el patio, dando de comer a las gallinas y trayendo leña del

cobertizo para el fogón. Cuando hacía buen tiempo, paseaba por el pueblo, visitaba la tumba de su padre y jugaba en el terreno abandonado de la finca de los Ordal.

En contra de lo que Clara esperaba, el nuevo dueño no hizo amago alguno de volver a poner en funcionamiento el aserradero o de utilizar la vivienda. No había vuelto a ver a Ivar Svartstein desde aquel breve encuentro antes de trasladarse a la pensión. A sus suegros también parecía habérselos tragado la tierra. No obtuvo respuesta al mensaje que les dejó con los bollitos. Clara reflexionaba intensamente acerca de las posibles razones de ello. ¿Podía ser que

sus motivos no tuvieran nada que ver con ella? ¿Y si Trude y Sverre se avergonzaban de su miserable situación y se escondían porque lo habían perdido todo? ¿Sería su orgullo herido la verdadera razón? A Clara le parecía comprensible, pero solo hasta cierto punto. No perdía la esperanza de que Trude y Sverre hicieran un hueco en su vida al menos para Paul.

Como había predicho la señora Olsson, en julio Røros parecía estar muerto. Los habitantes más adinerados habían viajado al extranjero o pasaban el verano junto a un fiordo o en el sur del país, en lo que se conocía como la Riviera noruega. Los trabajadores de las

minas y de la fundición aprovechaban el *fyrmåned* para cosechar heno y realizar otras tareas en sus pequeñas explotaciones agrícolas y en sus jardines. Cuando Clara preguntó por la explicación del aquel «mes del fuego», el secretario Dietz se rio entre dientes y le explicó que en este caso la palabra *fyr* no significaba fuego, sino que venía de la palabra «fiesta».

Antes de contarle en qué consistía el mes festivo, divagó ligeramente para explicarle a Clara la organización del calendario minero: el año minero, que comenzaba a finales de febrero o principios de marzo, tenía trece meses de veintiocho días y se dividía en cuatro

trimestres, los periodos contables de la empresa de cobre. Cada trimestre tenía trece semanas, así que el año completo solo duraba trescientos sesenta y cuatro días, lo que provocaba una desviación con respecto al año común. Para compensar la discrepancia, que crecía constantemente, de vez en cuando se introducían trimestres complementarios.

El derecho minero garantizaba a los empleados de la empresa de cobre un mes en el que podían dedicarse por entero a sus actividades secundarias como agricultores. Se trataba de una especie de vacaciones pagadas que la compañía concedía por su propio interés. Por un lado, al trabajar al aire

libre, los trabajadores podían recuperarse de las condiciones malsanas a las que se exponían bajo tierra y en los hornos de la fundición, y al mismo tiempo podían pasar tiempo con sus familias, a las que apenas veían durante el año. Por otro lado, así se aseguraban un suministro básico de alimentos para el largo invierno.

En épocas anteriores, durante esas cuatro semanas el trabajo en las minas y la fundición de cobre se paralizaba por completo. Sin embargo, un mayor afán de lucro y el temor a perder competitividad habían provocado el retroceso de dicho privilegio y finalmente se había renunciado a seguir

pagando los salarios durante ese tiempo. Muchos compañeros ya no se podían permitir tomarse libre el *fyrmåned*; una circunstancia que causaba gran descontento. Voces preocupadas alertaban del polvorín social al que podía conducir este empeoramiento de las condiciones de vida, que ya de por sí eran difíciles.

A Clara le gustaba aprender acerca del desconocido mundo de la minería y profundizar poco a poco en sus leyes, su trasfondo histórico y sus particularidades. El secretario Dietz, que había controlado como capataz todas las minas de la zona durante años, estaba más que dispuesto a satisfacer su

curiosidad. Se complacía especialmente en desvelarle las raíces alemanas de algunas palabras o costumbres. Además de los términos técnicos de la minería, algunas expresiones cotidianas también se habían introducido en la lengua de los habitantes de Røros. Así, utilizaban la palabra alemana *Ross* en lugar de *hest* (caballo) y *Kirchspiel* en lugar de *kirkesokn* (parroquia), la oscuridad la conocían como *Dunkelkeit* (y no *mørke*), y habían adoptado la expresión *Katzenjammer*.

Una tarde de principios de agosto, cuando Clara volvía a la pensión, Paul

salió a su encuentro corriendo y la saludó emocionado con un sobre en la mano.

—¡Mira lo que he encontrado, mamá!

—¿Encontrado? ¿No ha llegado con el correo?

—No, estaba en uno de los libros de papá —respondió Paul tendiéndole la carta.

El sobre estaba arrugado y se había sellado en Molde hacía varios meses. Estaba dirigido a Olaf Ordal, Flanderborg, Røros. A Clara el nombre de la remitente, Ernestine Brun, no le decía nada. Perpleja, giró el sobre entre las manos.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó Paul, que se balanceaba de un lado a otro con impaciencia.

—No sé si...

—Puede que sea algo importante.

Paul no cedía. Clara esbozó una mueca de indecisión. Le resultaba desagradable abrir una carta ajena. Incluso aunque su destinatario estuviera muerto y ella fuera su viuda y su heredera legítima.

—¡Por favor, mamá! ¡Tengo mucha curiosidad!

—Pero seguro que está escrita en noruego, y todavía no soy capaz de...

—Puedes pedirle a la señora Olsson que nos la lea —la interrumpió Paul y la

miró esperanzado. Clara se dio por vencida, le acarició la cabeza y asintió.

—¡Buena idea!

Diez minutos más tarde estaban sentados enfrente de su casera en un banco en un rincón del patio interior, que en verano la dueña transformaba en un lugar acogedor para pasar el rato gracias a varias macetas con flores. La señora Olsson se había mostrado más que dispuesta a dejar la plancha por el momento para hacerle el favor a Clara. Se sentía honrada de que Clara confiara en ella y quisiera que le tradujera la carta. Antes de abrir el sobre, frunció el ceño.

—Hummm, Ernestine... —murmuró

— El nombre me resulta familiar... —
Entrecerró los ojos y, tras un breve silencio, exclamó—: ¡Pues claro! ¡Ernestine Ordal! Era la tía de Sverre, el padre de Olaf. Cuando yo era pequeña se casó con Thor Brun, el dueño de una fábrica de muebles, y se mudó con él a Molde, en la costa occidental.

—¿Por qué le habrá escrito a Olaf?
—preguntó Clara—. Nunca mencionó a ninguna tía abuela y...

Se detuvo en seco. Olaf no le había contado nada de su familia. Ni siquiera sabía cuántos parientes tenía.

—Bueno, averigüémoslo —dijo la señora Olsson, abrió el sobre con un cuchillo, sacó dos pliegos de papel y les

echó un vistazo—. Primero leeré la carta —anunció, y empezó a traducirla antes de que Clara pudiera preguntarle qué era la segunda hoja.

Molde, 3 de octubre de 1894

Querido Olaf:

Muy a mi pesar, no he tenido la suerte de conocerte. Debo reconocer que yo misma tengo parte de culpa en este hecho lamentable. Al fin y al cabo yo también me aparté de tu padre cuando este se casó con tu madre en contra de la voluntad de la familia. Con el tiempo he comenzado a considerar esta intransigencia una actitud completamente contraria a

los principios cristianos. Siento ahora de corazón la necesidad de pedir perdón a tus padres.

Sin embargo, hasta el momento mis intentos de acercarme a Sverre y retomar el contacto no han tenido éxito. Quizá su herida sea demasiado profunda. En cualquier caso no ha respondido a ninguna de mis cartas. Dado que hace ya algún tiempo que debo guardar cama, no puedo emprender yo misma el viaje a Røros. En esta situación de desamparo en la que me encuentro, le pedí a un amigo de mi difunto esposo que tenía asuntos de negocios que resolver en vuestra ciudad que

se personara en casa de tus padres y les explicara mi deseo. Regresó con las manos vacías y me transmitió el mensaje inequívoco de que no volviera a importunarlos en el futuro. A pesar del dolor que me causa su respuesta, debo aceptar la decisión de tus padres.

Ahora mis esperanzas están puestas en ti; quizá tú estés dispuesto y seas capaz de liberarte de las rencillas y los rencores y de tenderle la mano a tu vieja tía abuela. Como no sé cuánto tiempo me queda, quiero hacerte llegar ya por medio de esta carta mi testamento como señal de buena voluntad. Me haría

muy feliz recibir noticias tuyas o quizá conocerte personalmente. ¡Siempre serás bienvenido en mi casa!

Que Dios te bendiga. Te envía un muy cariñoso saludo,

Tu tía abuela Ernestine

La señora Olsson dejó caer la carta e intercambió una mirada con Clara, que la había escuchado con creciente emoción.

—Madre mía, qué situación tan turbia. Ciertamente no me gustaría ofenderla, querida, pero en la familia de su marido parece haber un buen número de tozudos.

—Eso parece. —Clara sacudió la cabeza—. No lo entiendo. Si el padre de Olaf sufrió tanto por el rechazo de su familia, ¿por qué hizo lo mismo con su hijo? ¿Por qué no le permitió seguir su propio camino? Precisamente él tendría que haberlo comprendido.

—Sí, habría sido lo lógico —dijo la señora Olsson—. Pero muchas veces son exactamente esas personas las más incapaces de ver que hacen a otros lo mismo que les sucedió a ellos.

—Es como una maldición —musitó Clara.

—Mamá, ¿por qué no visitamos a la tía abuela? —preguntó Paul, que seguía la conversación visiblemente

desconcertado—. Es muy simpática, ¿no crees?

Clara le sonrió.

—Es verdad. Y estoy segura de que se alegrará una barbaridad de conocerte.

Mientras tanto, la señora Olsson había hojeado el segundo pliego de papel y se dirigió a Paul.

—Tienes razón, la señora Brun es muy muy simpática.

—¿A qué se refiere? —preguntó Clara.

La casera señaló el papel.

—Se trata de un testamento en el que le deja una casa a Olaf Ordal.

—¿Una casa? ¿En Molde?

—No, aquí. Junto al Hittersjøen. Es

un pequeño lago a las afueras de Røros.

—Parece que la tía abuela de Olaf no sabía que se había marchado de la ciudad hacía muchos años —dijo Clara después de un breve silencio.

La señora Olsson asintió.

—Y como sus padres debieron de guardar la carta sin abrirla, debe de suponer que Olaf tampoco quería tener nada que ver con ella.

Clara acarició la carta.

—Qué horror. Y ahora tengo que comunicarle a la pobre mujer que lo ha sobrevivido.

—No debería tardar mucho en hacerlo. Por desgracia no parece estar pasando por su mejor momento de salud.

—Es cierto —dijo Clara—. Le enviaré un telegrama ahora mismo.

La señora Olsson se sacó del delantal un reloj de bolsillo que pertenecía a su marido y le echó un vistazo.

—Correos cierra dentro de media hora. Si se apresura...

Clara se levantó de un salto.

—Ven, Paul, quizá pronto conozcamos a una amable pariente de tu padre.

Se imaginó viajando con su hijo a Molde, donde Ernestine Brun los recibiría en una casa magnífica, recostada en un sillón reclinado y realmente feliz por poder estrechar entre

sus brazos al menos a la pequeña familia de su sobrino nieto. Quizá los invitara a vivir con ella una temporada. Podrían hacer compañía a la anciana en el ocaso de su vida, cuidar de ella y corresponder su cariño. Quizá Paul y ella encontrarían en Molde aquello que se les negaba aquí: un vínculo con la familia de Olaf. La aliviaba la perspectiva de no tener que ocuparse por sí sola del bienestar de su hijo, sino tener alguien a su lado cuya suerte le preocupara tanto como a ella. Y la hacía consciente de lo mucho que le pesaba aquella responsabilidad. Una vocecita esperanzada en su interior le susurró: «Si Ernestine Brun es tan accesible y

generosa como deja entrever su carta, estará más que dispuesta a ocuparse junto conmigo del futuro de Paul sin que le suponga una carga.» Clara se encaminó hacia la oficina de correos animada por esa idea.

Cinco días más tarde, la carta de un abogado de Molde truncó sus sueños. El asesor jurídico de Ernestine Brun informó a Clara de su fallecimiento tres meses atrás. Al mismo tiempo le confirmó la validez del testamento de su clienta, y la agració con la casa en la orilla norte del Hittersjøen, que pasaría a ser de su propiedad una vez

formalizados varios trámites.

—¿Y para qué quiero esa casa? —se le escapó a Clara después de que la señora Olsson le hubiera leído la carta del abogado—. Espero que no me considere usted una desagradecida. Pero habría preferido mil veces que la tía abuela de Olaf siguiera viva. Es como un embrujo. Como si estuviéramos predestinados a no conocer a ningún pariente suyo.

—La comprendo, querida —dijo la señora Olsson—. Pero seguro que el deseo de la fallecida no habría sido que rechazara la herencia.

—Probablemente no —respondió Clara—. Es solo que...

—Si no quiere vivir en ella, podría venderla —respondió la casera.

Clara se dejó caer contra el respaldo de la silla. Poco a poco estaba asimilando que era la dueña de una casa. Ella, la huérfana Clara, que nunca había podido tener nada suyo. Ella, la viuda Ordal, a la que la muerte de su marido había vuelto a poner en graves apuros económicos. Si la vendía, de pronto dispondría de una bonita suma con la que podría regresar a Alemania y comenzar una nueva vida.

—Naturalmente eso sería una posibilidad —dijo—. Aunque primero tendría que ver en qué estado se encuentra la casa. Si ha estado vacía

mucho tiempo, quizás esté en ruinas.

—Puede ser. Pero no lo creo. La mayoría de las casas de por aquí son muy sólidas y resisten bien las inclemencias del tiempo. Pero incluso aunque el edificio ya no valga un céntimo, solo por la finca ya obtendría un buen precio —dijo la señora Olsson—. El lago está a solo un par de kilómetros de aquí, pero está lo bastante apartado para protegerse del ruido y del hedor de la fundición. Además, por la orilla norte discurre la Svenskveien, la carretera hacia Suecia, que conduce directamente hacia Røros. De manera que es fácil llegar a la casa. —Cogió la carta del abogado y señaló la línea de la

dirección—. Si no me equivoco, la Bjørkvika, es decir, la bahía de los abedules, se encuentra más o menos a media altura del lago. A pie tardará aproximadamente tres cuartos de hora en llegar; con un coche de caballos o con un trineo en invierno le llevaría bastante menos.

—Suenas muy prometedor —dijo Clara—. Podría pedirle al secretario Dietz que me ayudara con la venta. Sabe muchísimo acerca de contratos de todo tipo.

—Y seguramente podrá proporcionarle contactos de posibles interesados —dijo la señora Olsson.

Clara asintió pensativa y se colocó

detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había soltado del moño. Además del alivio por la inesperada fuente de dinero, sentía un vago malestar. Las palabras «el deseo de la fallecida» resonaban en su cabeza. En los últimos años de su vida, Ernestine Brun no había querido otra cosa que reconciliarse con los padres de Olaf. Qué mal debía de haberse sentido al darse de cuenta de que eso ya no sería posible.

—Hay una cosa más que podría hacer con la casa —murmuró más para sí que para la señora Olsson. Esta la miró con gesto interrogante—. Puedo ofrecérsela a mis suegros para que vivan en ella. Al fin y al cabo ahora están

viviendo muy apretados en casa del hermano de Trude. Si pudieran disponer de la casa de la tía de Sverre, quizás hicieran las paces con ella, aunque lamentablemente sería ahora que ella ya ha fallecido.

La señora Olsson la miró sorprendida.

—Disculpe, pero ¿no es un poco excesivo? Hasta ahora esa gente la ha tratado, y perdone la expresión, como una leprosa. ¿Y ahora quiere recompensarlos por ello y dejarles vivir gratuitamente en su casa?

—La verdad es que visto así parece una locura —dijo Clara con una sonrisa ladeada—. Pero en realidad lo haría con

segundas intenciones. Admito que con ello albergo la esperanza de entablar por fin una relación con ellos.

La señora Olsson escudriñó a Clara con la mirada.

—Creo que ya sé a qué se refiere. Tener una familia es más importante que el dinero. Sobre todo para usted, que está criando sola a su hijo. La tranquilizaría que Paul pudiera contar con sus abuelos en el futuro.

Clara estrechó la mano de la señora Olsson.

—¡Gracias! Es un alivio saber que me comprende. —Suspiró—. Solo espero que mis suegros también lo hagan.

La señora Olsson le dio unas palmaditas a Clara en el antebrazo.

—Muy tozudos e insensibles tendrían que ser para que este generoso gesto no los emocionara.

Røros, agosto de 1895 – Sofie

El día después de su regreso del lago Femund, Sofie estaba impaciente por correr a la escuela y abrir la biblioteca. El sacristán Blomsted le había enviado un mensaje. Después de expresar ceremoniosamente su deseo de que hubiera descansado y gozara de buena salud, la informaba de las

numerosas solicitudes que había recibido en su ausencia. Él mismo estaba asombrado de la cantidad de vecinos ávidos de lectura que había en la comunidad ansiosos por llevarse libros prestados. «¡Y sin duda eso es mérito suyo! Gracias a su compromiso y a su capacidad organizadora, por fin podemos felicitarnos por tener a nuestra disposición una biblioteca bien surtida», le había escrito al final de la carta, y le había pedido que se pusiera en contacto con él lo antes posible y le comunicara cuándo podría retomar su labor voluntaria.

Después de que Sofie respondiera a su petición, el sacristán había corrido la

voz sobre los nuevos horarios de apertura de la biblioteca a través de sus enlaces habituales, que en este caso consistían en el círculo de estudio de la Biblia y el coro parroquial. Una vez difundida por sus miembros, la información llegó a todos los rincones de la población con una rapidez pasmosa. El sábado por la tarde, cuando Sofie había entrado en el edificio de la escuela diez minutos antes de que comenzara el primer horario de préstamo, ya había una decena de personas esperando en el pasillo delante de la sala de los libros. La alegría por semejante afluencia le aceleró el corazón. ¡Cuánto había echado de menos

llevar a cabo una tarea práctica que la divirtiera y resultara útil a otros!

En ese momento Sofie estaba apuntando en la lista dos novelas inglesas que había escogido una joven, cuando una suave voz femenina preguntó atragantada:

—*Unnskyld...* Eh, *har De...* quizás... Ehm, *en norsk utgave av los Cuentos de Grimm?* Quiero decir... *eventyr?*

Sofie levantó la mirada y vio delante de su mesa a la joven viuda Ordal con su hijo pequeño. Era la primera vez que veía de cerca a la mujer que había desbaratado los planes de su padre, aquella desconocida católica sobre cuyo cabello rojo habían estado

despotricando las hermanas Ida Krogh y Gudrid Asmund antes de las vacaciones, y a la que habían tachado de pájaro de mal agüero.

La señora Ordal medía aproximadamente una cabeza menos que ella misma, y tendría la edad de Silje. A diferencia de esta, causaba una impresión afable. Sus ojos marrón verdoso despertaron una sensación agradable en Sofie, que esbozó una sonrisa de forma automática.

—Sí, los tenemos —respondió en alemán y se levantó—. De hecho, es un libro especialmente bonito con muchas ilustraciones. —Le guiñó un ojo al muchacho, que la miraba con timidez. Se

recordó a sí misma a esa edad: curiosa, apocada y algo soñadora—. ¿Cuál es tu cuento favorito?

El pequeño tragó saliva y se sonrojó.

—De niña yo siempre le pedía a mi madre que me leyera *Askepott*, es decir, *Cenicienta* —prosiguió Sofie.

—*La serpiente blanca* —dijo en voz baja—. Ese es mi preferido.

—Sí, ese también me gusta. Me parece maravillosa la idea de poder entender el lenguaje de los animales.

Su madre, que seguía la conversación con una sonrisa, añadió:

—Sería aún más maravilloso poder aprender otros idiomas humanos de la

noche a la mañana. Debo reconocer que estoy teniendo problemas con el noruego, a pesar de estar emparentado con el alemán.

—Sé a qué se refiere —dijo Sofie—. Precisamente cuando dos lenguas son tan cercanas, se puede caer en muchas trampas.

La señora Ordal puso los ojos en blanco.

—Ay, ¡y que lo diga! Sigue pareciéndome confuso que *øl* signifique cerveza, *fløte*, nata, y *blødkake*...

Paul se rio entre dientes.

—¿«Caca de bluf»?

—No exactamente. En realidad significa pastel blando, es decir, tarta —

respondió su madre revolviéndole el pelo—. En cualquier caso, creo que será un buen ejercicio leer en noruego estos cuentos tan familiares.

—Es una idea excelente —dijo Sofie—. Un segundo, por favor, les traeré el libro.

—¡Un momento! Primero búscame los poemas religiosos de Jørgen Moe — se inmiscuyó una voz decidida en noruego.

Sofie no se había dado cuenta de que Berntine Skanke había entrado en la sala y ahora quería adelantarse a la señora Ordal y a su hijo. «Parece una fragata con las velas izadas», pensó Sofie. La esposa del sastre llevaba una

voluminosa capa de seda que se hinchaba sobre su figura rechoncha. Su pinscher miniatura, *Tuppsi*, iba en una bolsa confeccionada con el mismo tejido.

Sofie tensó los músculos. Esforzándose por utilizar un tono amable, dijo:

—Buenos días, señora Skanke. Enseguida estoy con usted. Pero ahora estoy atendiendo a la señora Ordal y...

El rostro de la señora Skanke se puso rojo.

—¡Sofie Svartstein! —siseó—. ¡Cómo te atreves! ¡Ni se te ocurra hacerme esperar por culpa de esta cualquiera! A mí, la esposa de...

—Sé muy bien quién es usted —la interrumpió Sofie—. Pero eso no cambia el hecho de que su turno llegará después del de la señora Ordal.

El color del rostro de la señora Skanke mutaba hacia el púrpura. Miraba fijamente a Sofie y respiraba con dificultad. Mientras tanto, su perro olisqueaba los dedos del chico, que se los había acercado a modo de saludo antes de acariciarlo detrás de las orejas. Berntine Skanke apartó el bolso con un movimiento brusco y se hizo a un lado.

—¡Quita, *Tuppsi!* —le ordenó al pinscher, que se echó a lloriquear asustado—. ¡No te dejes acariciar por ese! Quién sabe qué habrá tocado con

esas manos sucias.

El muchacho miró desconcertado a su madre, que se encogió de hombros con perplejidad. Al parecer no había comprendido el significado del comentario hostil. Pero sí el tono. Clara Ordal miró a la señora Skanke directamente a los ojos.

—Si tiene prisa, no tiene más que decirlo —dijo con marcada cortesía—. La dejaré pasar encantada. De donde yo vengo, es de buena educación comportarse de forma amable y respetuosa hacia los demás. —Se volvió hacia Sofie—: Atienda tranquila a esta impaciente dama primero. Nosotros podemos esperar.

—¡Oh, no! ¡Ni se me ocurriría! —
respondió Sofie, miró con severidad a la
esposa del sastre y se acercó a una
estantería.

—¡Te arrepentirás de tu insolencia!
—Con esta amenaza, la señora Skanke
salió volando de la biblioteca y al pasar
fulminó a la señora Ordal con los ojos.

Esta la siguió con la mirada
sacudiendo la cabeza.

—Siento haberle causado
molestias...

Sofie levantó la mano.

—Por favor, no se preocupe. He
disfrutado mucho devolviéndosela por
fin a ese espantapájaros.

La señora Ordal sonrió con picardía.

—Sí, la verdad es que parece un magnífico ejemplar de esa especie.

Sofie asintió con una mueca. Después, sonriente, le tendió el libro de cuentos al chico.

—Bueno, y ahora ya solo queda apuntar vuestros nombres y ya podréis llevároslo.

—Mi mamá se llama Clara, y yo me llamo Paul —respondió.

Sofie volvió a sentarse detrás de la mesa y se inclinó sobre la lista de préstamos.

—¿Y tú eres Sofie Svartstein? —le preguntó el niño.

—Exacto. ¡Sí que has prestado atención!

Paul frunció el ceño y la escudriñó con la mirada.

—Eres muy simpática y agradable —constató.

—Eh, gracias, muy amab... —comenzó a decir Sofie.

—Y eso que eres la hija de Michel *el Holandés*.

—¿A qué te refieres? ¿Quién es...?

Clara se inclinó hacia su hijo y dijo en voz baja:

—Puede que aquí haya más de una familia que se apellide Svartstein.

Sofie negó con la cabeza.

—No, su hijo tiene razón. Mi padre es el único Svartstein de todo Røros. Mi tío emigró. —Se volvió hacia Paul—.

¿Me explicas quién es Michel *el Holandés*?

Antes de que Clara pudiera evitarlo, Paul soltó:

—Michel *el Holandés* es muy grande y muy fuerte. Es el hombre más rico de todos. Pero tiene el corazón de piedra, es cruel y no tiene compasión.

Sofie tragó saliva y miró turbada al muchacho. Su madre se sonrojó.

—¡Perdónelo, por favor! En la mente de Paul la figura de su padre se ha mezclado con la de un personaje de cuento. No era eso lo que quería decir y...

—No se preocupe. Su hijo no está del todo equivocado. En ocasiones mi

padre puede parecer duro e intransigente. —Carraspeó y le dijo a Paul—: Pero no tiene el corazón de piedra. Yo creo más bien que se le rompió hace mucho tiempo. Y desde entonces le resulta difícil sentir cariño o afecto.

Paul la miró con seriedad.

—¡Pobre! Seguro que está muy triste. Y solo.

Sofie buscó la mirada de la madre, cuyos ojos reposaban sobre ella llenos de compasión. Sintió una gran confianza hacia aquella joven, que parecía comprenderla sin necesidad de muchas palabras.

Una hora más tarde, cuando salió de la biblioteca y regresó a la Hyttegata, Sofie seguía dándole vueltas al comentario del chico. Ella había expresado sin pensar el motivo por el que creía que su padre parecía arisco. Nunca antes se había cuestionado en serio si detrás de la fría fachada que mostraba su padre la mayor parte del tiempo podía ocultarse un hombre infeliz que anhelaba calidez y amor. Siempre había dado por hecho que no sentía esa necesidad, que para él eran más importantes cosas como el poder, la prosperidad económica y la reputación social.

¿Se abriría a su querida Silje y le

dejaría entrever lo que había detrás del muro? No, Sofie no lo creía. Su hermana no habría desaprovechado la oportunidad de hacer alusiones a la información exclusiva que tenía y de hacer notar a Sofie una vez más lo poco importante que era. Estaba segura de que Silje tampoco tenía ni idea de lo que emocionaba y torturaba a su padre en lo más profundo de su alma.

Las reflexiones de Sofie se perdieron en el jaleo que la esperaba en casa. Eline, que la recibió en el vestíbulo de camino al salón de fumar con un candelabro de latón lustrado y una pila de ceniceros también brillantados, le anunció que el señor de

la casa traería visita a cenar, algo de lo que había avisado solo media hora antes. Sofie se lamentó en silencio. ¿Era su padre lo más mínimamente consciente de lo que provocaba con semejantes sorpresas? ¿De la actividad frenética que se extendería en la cocina, cuya responsable en aquel momento seguramente se estaba mesando los cabellos desesperada preguntándose cómo demonios podría elaborar de la nada en tan poco tiempo un menú apropiado para la ocasión?

En fin, si lo sabía, a su padre no le importaba. En su opinión se sobreentendía que sus empleados debían ocuparse siempre de que la casa

funcionara a la perfección. No le interesaba saber cómo lo lograban. Al fin y al cabo él cumplía con su papel de patrón sin dar tampoco ninguna información: remuneraba decentemente al servicio, ponía a su disposición cuartos sencillos pero secos y calientes, no escatimaba en buenos alimentos y, además del medio día libre habitual por semana, les concedía tres días de vacaciones al año.

Sofie subió la escalera a toda velocidad y entró corriendo en su habitación. Allí se encontró a su hermana en bata, sentada al tocador, delante de una cajita con horquillas, cintas y peinetas. Silje se puso un

pasador adornado con brillantes negros en el moño y se levantó.

—Llegas justo a tiempo —dijo haciendo una señal a Sofie para que se acercara—. ¿Me ayudas a atarme el corsé?

—Claro. Pero no se me da tan bien como a tu doncella —respondió Sofie—. ¿Por qué no le pides que venga?

—Britt tiene que plancharme el vestido y coserle un ribete —dijo Silje acercándole el corpiño.

Mientras se afanaba en dar forma a su hermana, como solía decir para sí, Sofie le preguntó:

—¿Y para qué ilustre visita te estás acicalando tanto?

—Parece que padre espera a gente importante con los que él y un par de socios más quieren deliberar durante los próximos días. Hoy los recibe en casa para que puedan conocerse en un ambiente relajado.

—Suenan misterioso —dijo Sofie mientras estiraba de las cintas del corsé—. ¿De qué quieren hablar? ¿Y de qué personas importantes se trata?

Silje se encogió de hombros.

—Padre ha estado hace poco en la obra de la central hidroeléctrica. Quizá tenga algo que ver con eso. O con la situación política. Pero qué más da. Lo importante es que yo no haga el ridículo como anfitriona.

—Así que no sabes quién viene exactamente ni de qué tratarán esas dudosas conversaciones —constató Sofie.

—Tarde o temprano nos enteraremos —respondió Silje, y le pidió a su hermana que le apretara más la cintura.

Silje estaba en lo cierto con sus conjeturas acerca de los motivos de la invitación de su padre. Cuando ella y Sofie entraron al comedor, su padre estaba presentando a dos socios de la empresa de cobre a un joven llamado Mathis Hætta. Lo había conocido unas semanas atrás, cuando había querido

hacerse una idea de los progresos de la obra que se estaba llevando a cabo en Kuråfossen, junto a Glåmos.

Impresionado por los conocimientos y la agudeza del ingeniero recién contratado, le había pedido que participara como asesor técnico en las conversaciones que quería organizar con algunos socios y un representante de alto rango del Ministerio de Defensa noruego sobre la fortificación de la frontera con Suecia en general y sobre la protección de Røros y sus minas de cobre en particular. La crisis con el otro miembro de la unión se había suavizado a principios de junio, pero aún seguía sobre la mesa. Para poder negociar con

Suecia en igualdad de condiciones en el futuro y poder poner más énfasis en su postura, el Storting noruego había decidido rearmar de forma considerable el ejército de tierra y la marina.

Mientras Silje y Sofie saludaban a todos, el ayuda de cámara Ullmann anunció un invitado más. El hombre calvo de uniforme, cuya figura compacta le recordó a Sofie a una estufa de hierro fundido de varias alturas, resultó ser el general Verge.

—Siéntense, por favor —pidió Ivar Svartstein a los presentes. Señaló los dos cubiertos que sobraban—. Los dos caballeros a los que aún espero han telegrafiado avisando que se retrasarán.

De manera que empezaremos a comer sin ellos.

Sofie vio que su padre se aseguraba como de pasada de que Silje, sentada enfrente de él al otro lado de la mesa en la antigua silla de su madre, tuviera a Mathis Hætta como vecino. Ella se sentó entre el socio Hagstrøm, un viejo conocido de su padre, y el hombre de las patillas cuya conversación con su abuelo, su padre y el tío Sophus había espiado. En aquella ocasión se le había encargado que moderara la opinión de un delegado del Parlamento para influir sobre la decisión del Gobierno noruego en la cuestión de los consulados. Sofie supo ahora que se llamaba Einar

Bredde. Al otro lado de la mesa, el general Verge se sentó junto a los dos asientos vacíos.

Mientras se servía un sabroso caldo de carne con arroz y pequeñas albóndigas de tocino, el Patillas, como lo seguía llamando para sí Sofie, respondió a la pregunta del señor Hagstrøm acerca de la financiación del rearme planificado para el ejército noruego:

—En Christiania han comprendido que se debe incrementar de forma sustanciosa el presupuesto del departamento de Defensa. Por ese motivo, el 25 de julio se decidió disponer recursos extraordinarios para

la construcción de fortificaciones nuevas o que refuercen las existentes a lo largo de la frontera con Suecia, así como invertir en la compra de nuevos buques de guerra.

El general, que oyó las explicaciones, levantó la copa y brindó en dirección a Silje y a Sofie.

—Así es. Sin embargo debo señalar que nuestro primer torpedero, que en estos momentos se está construyendo en el astillero alemán de Schichau, se pagará con el dinero que han recaudado y donado nuestras mujeres por todo el país. En su honor, se bautizará como *Valkyrjen*.

Después de que todos los

comensales brindaran a la salud de las valientes patriotas y del *Damenes Krigsskib*, Sofie se dio cuenta de que Silje se inclinaba hacia Mathis Hætta y le susurraba algo con una risita. Él se echó a reír y respondió con algo que provocó la hilaridad de la muchacha. Ivar Svartstein, que escuchaba las explicaciones del general acerca de los detalles del rearme, los observó con semblante satisfecho.

Sofie albergaba la sospecha de que su padre no solo había invitado a cenar al ingeniero por sus conocimientos técnicos. ¿Querría aprovechar la ocasión para tantear al posible candidato para Silje y averiguar al

mismo tiempo qué reacción provocaba el joven en ella?

Si resultaba ser cierta su conjetura previa, según la cual su padre buscaba un yerno al que pudiera formar para convertirlo algún día en su sucesor y administrador de la obra de su vida, Mathis Hætta (a juzgar por lo que había visto en ese breve intervalo de tiempo) era una buena opción. Era un joven seguro de sí mismo que sin embargo no se imponía ni acaparaba el protagonismo; era evidente que era un experto en su campo, le apasionaba su trabajo; tenía unos modales impecables y además era atractivo. Sofie no sabía si provenía de una familia distinguida, si

era acaudalado o tenía perspectivas de heredar una fortuna considerable, pero estaba convencida de que a su padre eso no le importaba.

Entretanto ya se habían comido las chuletas con guisantes, pastelitos de patata y una sabrosa salsa de setas y nata, y esperaban al postre. El señor Hagstrøm preguntó a Sofie por la biblioteca, para la que su nieta no tenía más que buenas palabras, y quiso saber con qué libros pretendía ampliar el fondo en el futuro. Al parecer le gustó la selección, ya que le prometió un donativo con una sonrisa amable.

Para el postre la cocinera había preparado una tarta de limón, cuya

crema afrutada y ácida le encantaba a Sofie. Esta se acababa de meter un tenedor a la boca cuando la puerta del pasillo se abrió de nuevo y Ullmann entró acompañado de los invitados que llegaban tarde. El cubierto se le resbaló de la mano y cayó sobre el plato con un tintineo. Se atragantó y luchó contra un ataque de tos. La última vez que había visto a aquellos dos hombres había sido en el vapor con el que había cruzado el lago Femund en dirección a la casa de verano de la tía Randi: eran Moritz von Blankenburg-Marwitz y su fibroso acompañante de pelo corto, al que Ullmann presentó como el comandante Von Rauch.

Su padre se levantó de un salto y estrechó cordialmente las manos de los recién llegados. Dirigiéndose a los demás invitados dijo:

—Me alegro de poder presentarles a dos caballeros que han dedicado las últimas semanas a explorar el territorio fronterizo, a encontrar ubicaciones favorables para las fortificaciones y a desarrollar estrategias de defensa sensatas en caso de que llegara a producirse un enfrentamiento bélico.

Las palabras de su padre y los consiguientes saludos de los demás le llegaron a Sofie desde la lejanía. Cogió el vaso de agua y bebió un buen sorbo. El ataque de tos remitió. El rojo subido

de sus mejillas disminuyó. «¡Está aquí, ha venido!», celebraba en silencio. Solo tenía ojos para Moritz von Blankenburg-Marwitz, que saludaba a los presentes de uno en uno.

—«¡En mis venas, fuego! ¡En mi corazón, brasas! Te vi, y tu dulce mirada inundó mi alma de serena alegría» — susurró él de forma apenas audible cuando se inclinó por fin sobre su mano.

A Sofie se le secó la boca. No fue capaz de proferir ningún sonido. Le asintió en silencio y esperó que nadie notara lo alborotada que se sentía.

Røros, agosto de 1895 – Clara

Formular su oferta a sus suegros resultó ser una empresa casi imposible. Después de tener en sus manos la confirmación oficial que la acreditaba como dueña de la propiedad junto al Hittersjøen, Clara se había acercado dos veces a casa del hermano de Trude, había esperado delante de la puerta

cerrada y había regresado con las manos vacías. El sábado, después de visitar la biblioteca, llevó a cabo un tercer intento y se enteró por boca de una vecina de que Bjørn Berse y su esposa pasaban el verano en su cabaña de la montaña, donde pastoreaban su vaca y varias cabras, elaboraban queso para el invierno y segaban heno. Trude y Sverre se habían quedado en Røros pero se dejaban ver muy poco, a lo que la vecina había añadido entre gruñidos:

—Creen que están por encima de todo esto y no quieren tener nada que ver con nosotros.

Clara decidió probar suerte después de la misa del domingo, a la que asistía

regularmente la mayor parte de la población de la ciudad. No había pisado la iglesia desde el funeral de Olaf. No quería volver a exponerse a las miradas de desaprobación del sacerdote y a los cuchicheos malvados de muchos de los feligreses que había cosechado la última vez. Hacia el final de la tarde esperó con Paul a que acabara la misa algo apartada de la entrada principal del cementerio. Sus esperanzas se vieron truncadas una vez más. Sus suegros no se encontraban entre los fieles que salieron del templo después del himno final.

Cuando regresaban a la pensión, situada en una estrecha callejuela entre

las dos calles principales, Paul exclamó:

—¡Mira, ahí está la abuela!

Clara siguió su brazo extendido y vio a Trude Ordal, que recorrió la Hyttegata a unos metros de distancia de ellos y desapareció en el Bergskrivergården.

—¿Qué hace ahí dentro? —preguntó Paul.

—No lo sé —respondió Clara—. Solo sé que no dejaré escapar la oportunidad de hablar con ella. Ven, la seguiremos.

Después de cerrar la puerta de la entrada tras ella, Clara se detuvo un momento y aguzó el oído. En la planta

baja del edificio reinaba el silencio, el pasillo estaba desierto. Del piso superior llegaban voces amortiguadas. Clara cogió a Paul de la mano y subió con él la escalera. La puerta de la sala de reuniones estaba entornada.

—*Ikke gå!* —oyó Clara decir a una voz masculina.

«¡No te vayas!» ¿Quién quería que su suegra se quedara? Clara se acercó de puntillas y espió por la rendija de la puerta. Delante de una gran mesa cubierta de planos y mapas estaban Trude Ordal e Ivar Svartstein.

—*Jeg må!* —respondió Trude.

El hombre dio un paso hacia ella. Sus palabras sonaban a reproche y al

mismo tiempo suplicantes.

—Ikke gå! Når har du tenkt å forlate denne taperen? Hvorfor blir du hos ham? Nå somhan har mistet alt? Kom til meg! Jeg kan tilby deg det livet du fortjener.

Clara entendió que le pedía a Trude que abandonara a su marido, que lo había perdido todo. Y que se fuera con él, que podría ofrecerle la vida que se merecía.

Su suegra negó con la cabeza y replicó con amabilidad pero decidida:

—Du har aldri forstått det. Jeg giftet meg ikke med Sverre fordi han hadde noe å tilby meg. Jeg elsker ham. Uansett om han er rik eller fattig.

Un susurro desvió la atención de Clara hacia Paul, que seguía la conversación fascinado junto a ella. Para su sorpresa, tradujo en voz baja la respuesta de Trude:

—Nunca has llegado a entenderlo. No me casé con Sverre porque tuviera algo que ofrecerme. Lo amo, sin importar si es rico o pobre.

Clara no tuvo tiempo de sorprenderse por aquella nueva muestra de los notables progresos que había hecho su hijo en el aprendizaje de noruego durante las últimas semanas. Trude se disponía a marcharse. Clara se retiró a toda velocidad y salió corriendo a la calle con Paul. No quería que la

descubrieran como espectadora clandestina de aquella conversación que arrojaba una nueva luz sobre la relación entre Ivar Svartstein y su suegra. A los dos los unía mucho más que las deudas que el esposo de Trude había contraído con él.

Se imaginó a este y a Sverre de jóvenes disputándose el favor de su suegra, que provenía de una familia humilde, pero era tan hermosa y atractiva que había vuelto locos a dos muchachos de buena cuna. Al parecer el director de la mina nunca había superado que Trude hubiera preferido al hijo del dueño del aserradero.

—Mamá, ¿por qué quiere Michel *el*

Holandés que la abuela se vaya con él?
—interrumpió Paul sus pensamientos.

Antes de que pudiera responder, la puerta del Bergskrivergården se abrió y Trude salió. Clara se interpuso en su camino y la saludó. A Trude se le petrificó el rostro, y Clara se hizo a la idea de que la evitaría y proseguiría sin decir una palabra. Un instante después, las facciones de Trude se relajaron y le devolvió el saludo.

—En realidad está bien que nos hayamos encontrado —dijo—. Así puedo despedirme de vosotros.

—¿Despedirte? —preguntó Clara.

—Sí, nos marchamos de Røros.

Aquí ya no tenemos ninguna

oportunidad. Ni siquiera tenemos un techo propio sobre nuestras cabezas.

—Por eso quería hablar con vosotros —dijo Clara—. Lo cierto es que...

Trude no dejó que se explayara.

—Nos vamos a Christiania. Allí le han ofrecido un buen empleo a Sverre.

—Pero ¡tengo una casa para vosotros!

Trude frunció el ceño y miró escéptica a Clara.

—¿Tú? ¿Una casa para nosotros...? Bueno, aunque así fuera. Nuestra decisión es firme. Nos marchamos. Tendríamos que haberlo hecho mucho antes.

Clara se puso tensa y abrió la boca. Trude levantó una mano.

—Déjalo, por favor. Eres una buena persona. Pero no tiene... En otras circunstancias quizá... —se calló y se encogió de hombros.

Clara agarró a Paul del hombro y dijo con voz ahogada:

—¿Acaso no te importa tu nieto? ¿De verdad quieres desaparecer de su vida sin más ni más?

Trude miró fugazmente a Paul.

—¿Y qué le aportarían unos abuelos como nosotros?

—¡Una familia! —respondió Clara—. Algo que yo no puedo ofrecerle. Crecí en un orfanato.

—Lo siento por ti. Pero no puedo ayudarte. —Le tendió la mano—. Os deseo lo mejor a ti y a tu hijo.

Clara se la estrechó.

—¿Nos contaréis cómo os va en Christiania y dónde vivís?

Trude hizo un gesto vago con la cabeza, se dio la vuelta y echó a caminar.

—¿Por qué no le gusto? Yo no le he hecho nada —dijo Paul en voz baja.

Clara se inclinó hacia él y lo rodeó con el brazo.

—Creo que solo hay una única persona a la que quiere de verdad. Y esa es su marido. —Paul hizo una mueca y quiso replicar, pero Clara añadió

rápídamente—: Sé que es difícil de entender. Tu padre me dijo una vez que la vida de tus abuelos solo gira en torno a sí mismos. Es como si vivieran en una islita y ni siquiera vieran a las personas que los rodean. Como si estuvieran envueltos en una densa niebla.

Paul asintió con gesto serio. Clara le pellizcó la mejilla con suavidad.

—¿Qué te parece si damos un paseo y vamos a ver la casa que nos ha dejado la tía abuela Ernestine?

A Paul se le iluminó el rostro.

—¡Oh, sí!

—Estupendo. Si he entendido bien a la señora Olsson, no tenemos más que seguir esta calle para llegar

directamente a la Svenskveien.

Paul se cogió de la mano de Clara y caminó junto a ella absorto en sus pensamientos.

—¿Las familias felices existen? — preguntó un rato después.

Clara, que estuvo a punto de exclamar «¡pues claro, cómo se te ocurre preguntar algo así!», se mordió la lengua.

Entretanto habían dejado atrás la Hyttegata y salían de la ciudad por una vía amplia. Las montañas de escoria fueron desapareciendo y pronto se vieron rodeados por pastos verdes en cuyas lindes crecían arbustos y árboles bajos.

—Yo creo que sí. O eso espero —
dijo en voz baja.

Paul levantó la cabeza y la
escudriñó con la mirada.

—¿Conoces alguna?

Clara se frotó las sienes. La pregunta
tenía miga.

—Eh... ¿Quizá la familia de tu amigo
Karli?

A Paul se le alegró el semblante.

—Sí, en esa familia son todos muy
simpáticos unos con otros. Su abuela le
prepara siempre su tarta favorita y le
teje chaquetas. Y su tío lo llevó al circo.
Y su tía nunca le pegaría ni lo
vendería... —Paul se llevó la mano a la
boca y parpadeó asustado.

—¿De dónde has sacado esas ideas tan horribles? —preguntó Clara.

Paul se puso rojo. Clara no insistió. Desde la pelea en el colegio soltaba comentarios de ese tipo una y otra vez. Clara suponía que tenían que ver con el secreto al que achacaba la disputa con sus compañeros. Al principio se había temido que fuera un adulto el que lo estuviera presionando y amenazando con castigarlo si rompía su silencio. Pero Paul no parecía asustado ni atormentado. Al contrario, a medida que pasaba el verano cada vez estaba más contento y seguro de sí mismo. A esas alturas Clara estaba convencida de que protegía a otro niño al que había prometido no contarle

nada a nadie. Esta última alusión de Paul la reafirmó en sus sospechas. ¿Qué le habría sucedido a aquel muchacho?

—¡Mira, mamá, el Hittersjøen! — exclamó Paul señalando un lago alargado que se extendía delante de ellos. La carretera recorría la orilla izquierda.

—Ya no puede quedar mucho entonces —dijo Clara, y se apartó para evitar un carro que se acercaba en la dirección opuesta.

Una ligera brisa que encrespó la superficie del lago la invitó a respirar hondo. El aire olía a hierbas aromáticas. El cielo se extendía sobre ellos cubierto por un delicado velo de nubes, los

mosquitos bailaban a la suave luz del sol, y de vez en cuando un murmullo en la maleza revelaba la presencia de ratones de campo. Una bandada de patos los sobrevoló y aterrizó en el lago entre chapoteos y graznidos. Paul se soltó de la mano de Clara y corrió hacia una estrecha franja de guijarros. Buscaba piedras planas y las hacía rebotar en el agua. Clara miró a su alrededor para comprobar que nadie la observaba y se unió a él.

—¿Me explicas cómo se hace?

Paul le dio un canto rodado y le enseñó a lanzarla con la muñeca. Clara siguió sus instrucciones, y la piedra cayó pesadamente en el lago. Se rio

entre dientes, se agachó para coger otro guijarro y lo intentó otra vez. Tras varias tentativas, su piedra rebotó tres veces antes de hundirse. Paul aplaudió.

—Venga, sigamos —dijo Clara, y se recolocó el sombrero, que se le había ladeado mientras jugaba.

Un kilómetro más adelante la franja entre la carretera y el agua se ensanchaba para formar una península. Detrás de varios abedules Clara descubrió una bahía y una casa de dos pisos con los postigos cerrados.

—Esa debe de ser la Bjørkvika.

Un muro de piedra tosca a la altura de la cadera rodeaba el terreno. Clara empujó un portón de madera podrida y

atravesó con Paul la hierba alta para llegar a la casa, cuya pintura ocre estaba desconchada en varios puntos. Se levantaba sobre una base tapiada, y el tejado estaba cubierto de tablillas de pizarra. En un primer vistazo, a Clara le pareció que el edificio estaba un poco deteriorado, pero desde luego no en ruinas. A un par de metros de distancia había varias construcciones pequeñas, seguramente cobertizos y establos. Rebuscó en el bolsillo la llave que le había enviado el abogado, ascendió los tres escalones hasta la entrada y la metió en la cerradura. Ofreció un poco de resistencia pero enseguida cedió, la puerta se abrió con un chirrido y del

interior salió una oleada de aire rancio. Clara cruzó el umbral con paso vacilante y oteó el pasillo en penumbra con cuidado. El corazón se le aceleró. No se hacía a la idea de ser la dueña de una casa y un gran terreno en una ubicación inmejorable. ¿Le habría parecido bien a Ernestine Brun? Al fin y al cabo le había legado la propiedad a su sobrino nieto, no a ella, una completa desconocida. ¿Realmente le correspondía hacer uso de ella? No le habría sorprendido que apareciera alguien, la echara de allí indignado y la acusara de allanamiento.

—Está dormida —susurró Paul, que la seguía—. Puede que esté encantada,

como el castillo de la Bella Durmiente.

Clara no pudo evitar sonreír ante la comparación. Desde luego aquella casa no era un castillo. Pero al mismo tiempo Paul había expresado lo que ella misma sentía. ¿No se decía que las casas tenían alma? Mientras exploraban las habitaciones, miraban debajo de las sábanas blancas que cubrían los escasos muebles, abrían los postigos y subían al piso de arriba por los escalones, que crujían, Clara tuvo la impresión de que la casa despertaba de su letargo y les daba la bienvenida. Una vez más fue Paul quien dio voz a sus pensamientos:

—Creo que le gustamos. Puede que el espíritu de la tía abuela Ernestine

viva aquí.

No sonaba temeroso, sino esperanzado.

—Es posible —respondió Clara, a quien la idea de un espíritu bondadoso le resultaba agradable.

—¿Viviremos aquí? —preguntó Paul.

—Eh... Seguramente no. El plan era volver a Alemania en otoño, ¿no?

Paul hundió las comisuras de los labios.

—Qué pena —dijo en voz baja.

Varias horas más tarde, poco después de la medianoche, algo

sobresaltó a Clara.

—¡Mamá, mamá, despierta!

El grito asustado de su hijo se mezclaba con el sonoro repicar de una campana. Clara se despertó de golpe y abrió los ojos. Paul estaba junto a su cama y le sacudía el hombro. Por la ventanita entraba una luz titilante que hacía bailar las sombras de los muebles.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se incorporaba.

—¡El aserradero está ardiendo!

—¿El aserradero? ¿Y cómo sabes...?

Clara se levantó de un salto y corrió hacia la ventana. Al otro lado del Hitterelva, en Flanderborg, el cielo estaba iluminado en tonos rojos y el

viento arrastraba un penacho de humo negro.

—Dos hombres lo han anunciado a gritos en la calle —respondió Paul, cogió a Clara de la mano y tiró de ella hacia la puerta—. ¡Rápido, mamá! ¡No podemos llegar tarde!

—¿Tarde? Estoy segura de que los bomberos ya están de camino. Nosotros dos no podremos hacer gran cosa —objetó Clara—. Y no creo que quieran mirones por allí. Lo único que haríamos sería molestar y...

—¡Por favor, mamá!

A Clara le extrañó la desesperación con la que hablaba.

—¡Bodil está allí! —exclamó

corriendo hacia la puerta.

Clara lo siguió y lo agarró del cuello del pijama.

—Ponte zapatos. Y una chaqueta. Fuera hace frío.

Mientras Paul obedecía, Clara se echó el abrigo sobre el camisón y se puso las botas de cordones, que se ató al vuelo.

—¿Quién es Bodil? —preguntó mientras bajaban las escaleras a trompicones y salían de la casa instantes después.

—Mi amiga.

—¿Por qué crees que está en el aserradero?

—Vive allí.

«Esto es una locura. ¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó Clara de pronto—. Estoy corriendo de noche casi desnuda porque mi hijo está preocupado por una niña a la que no ha visto nadie excepto él.»

Entretanto habían llegado a la Finneveta, por la que se llegaba al puente inferior de los dos que cruzaban el Hitterelva. Desde allí veían la antigua propiedad de los Ordal, que daba directamente a la orilla. La vivienda todavía parecía a salvo de las llamas, pero el cobertizo con las sierras y el almacén de madera estaban ardiendo. Clara y Paul siguieron corriendo y poco después llegaron al patio, lleno de

figuras negras. Algunos luchaban contra el fuego con una bomba de incendios instalada en un carro, otros formaban una cadena para transportar cubos de agua desde el río, y otro grupo se había subido al tejado de la vivienda y separaba con hachas las tablillas que prendían por culpa de las chispas.

Clara se acercó al hombre que daba órdenes a los demás y dirigía las operaciones.

—Disculpe, ¿han visto a una niña pequeña? Creemos que estaba por aquí cuando se inició el fuego.

El hombre negó con la cabeza.

—No, gracias a Dios esto estaba desierto. Y ahora márchese, por favor,

¡es demasiado peligroso!

—No, no, ¡seguro que está ahí! —
exclamó Paul señalando hacia la parte superior del cobertizo. Allí se había construido un altillo en el que se guardaban herramientas. Además albergaba tres cuartitos en los que antes dormían el viejo Gundersen y otros empleados.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—¡Porque yo le enseñé el escondite a Bodil al principio de las vacaciones!
—respondió Paul—. Desde entonces vive ahí.

—¿Es que no tiene casa? ¿Ni padres?

Clara miró a Paul con escepticismo.

¿Sería esa tal Bodil un producto de su imaginación? ¿Un personaje de fantasía que se había inventado para no estar tan solo?

—Sí que tiene padre. Pero no está —contestó Paul—. ¡Tenemos que ayudarla!

—Puede que se haya despertado a tiempo y haya salido corriendo —dijo Clara.

—¡No! —sollozó Paul—. Tiene un sueño muy profundo. ¡Seguro que sigue ahí dentro!

Clara se mordió el labio y lo miró indecisa.

Paul tenía los ojos muy abiertos y miraba el fuego con miedo.

—¡Se va a quemar! —gritó, y echó a correr hacia el cobertizo.

Clara lo agarró del brazo, lo apartó a un lado y dijo:

—Yo sacaré a Bodil. Tú quédate aquí y no te muevas, ¡prométemelo!

Paul asintió.

—Dame tu pañuelo.

Paul se lo sacó de la chaqueta.

—¿Dónde duerme Bodil?

—En el cuarto de fuera, encima del almacén de madera —respondió Paul señalando una ventanita en el lado más estrecho del cobertizo.

Clara se acercó a toda velocidad a los hombres que sacaban agua del río, cogió un cubo lleno, empapó el pañuelo

y se lo escurrió encima. Antes de que nadie pudiera reaccionar, corrió hacia la sala de las sierras circulares, cuya entrada en el lado más largo del edificio estaba abierta. Se ató el pañuelo mojado encima de la boca y la nariz, entrecerró los ojos, oteó a través del humo y, a mano derecha, delante del almacén de madera, descubrió la escalera de mano que conducía al altillo.

Clara vivió los siguientes segundos como en un sueño. Se movía con la seguridad de una sonámbula. Sus piernas se dirigieron por sí solas hacia la escalera, evitaron las vigas incandescentes que había en el suelo, saltaron a un lado poco antes de que un

pilar se inclinara entre quejidos, y finalmente escalaron los peldaños. Clara constató aliviada que el fuego que se extendía por el otro extremo del cobertizo aún no había alcanzado los cuartos. Sin embargo, las llamas ya lamían la barandilla que protegía el pasillito al que daban las puertas. Clara se ciñó el abrigo húmedo y corrió hacia el final de la galería. El último cuarto estaba cerrado. Se lanzó contra la puerta con todas sus fuerzas, una y otra vez. Finalmente el cerrojo cedió. Clara se tambaleó hacia la pequeña estancia, llena de humo. Distinguió vagamente un catre en el que yacía un cuerpo estrecho. Jadeaba, tosía, y unos puntitos le

bailaban en la mirada. ¡Ahora no te desmayes! Clara se acercó a tientas a la ventana y la abrió de golpe. El viento entró, disipó brevemente la nube de humo y avivó como un fuelle gigante las llamas que ya alcanzaban el marco de la puerta. El miedo le golpeó a Clara como un puñetazo en el estómago. Tenía cortada la retirada. Era imposible que atravesara sana y salva el infierno que se había desatado al otro lado de la puerta.

Clara levantó a la niña inerte y corrió hacia la ventana.

—¡Hola! ¡Socorro! —gritó lo más fuerte que pudo.

Un par de hombres de la cadena de

cubos se fijaron en ella. Los gritos de espanto resonaron por el patio y se mezclaron con los chasquidos y el crepitar del fuego. Clara vio rostros que miraban hacia arriba, desencajados por el horror. Los bomberos deliberaban nerviosos. El capitán se acercó a toda velocidad y dio órdenes gesticulando. Dos muchachos corrieron hacia el carro de la bomba de agua y regresaron con una tela doblada que desplegaron con la ayuda de aproximadamente una decena de hombres. Tomaron posiciones debajo de la ventana y le gritaron algo a Clara. No entendió el significado de las palabras, pero sí el sentido: tenía que saltar.

Pasó con cuidado al otro lado del alféizar a la niña, que seguía inconsciente, se estiró lo más lejos que pudo y dejó caer a la pequeña. Esta rebotó en el centro de la tela y la pusieron a salvo inmediatamente. Los hombres volvieron a colocarse en sus puestos. Clara se santiguó y salió a la repisa de la ventana. La vista desde allí arriba la hacía temblar. ¿Y si no acertaba sobre la tela? Se rompería todos los huesos. Se echó hacia atrás. El calor a su espalda era insoportable. Así debió de sentirse Odiseo cuando se vio atrapado entre los monstruos marinos Escila y Caribdis.

—¡Mamá!

El grito desesperado de Paul la sacó de su entumecimiento. Cerró los ojos, murmuró «¡que Adelaida me ayude!» y se empujó en el marco de la ventana.

Debió de perder brevemente el conocimiento. Lo siguiente que vio fueron varias manos que la agarraban y la levantaban. Los párpados le aleteaban. La dejaron cuidadosamente en el suelo. Algo se lanzó sobre ella y la abrazó.

—¡Mamá! —exclamó Paul escondiendo el rostro en su cuello—. ¡He pasado mucho miedo!

—¿Qué ha pasado con Bodil? —preguntó Clara. Tenía la voz ronca por el humo.

Paul se soltó. Tenía las mejillas empapadas en lágrimas.

—¡La has salvado!

Røros, agosto de 1895 – Sofie

El domingo se dilataba casi hasta el infinito ante los ojos de Sofie. Su padre se había retirado al Bergskrivergården, donde consultaba mapas y planos de terrenos y a lo largo del día se reuniría a deliberar con otros socios de la empresa de cobre. Su hermana dormiría hasta tarde, pediría que le llevaran el

desayuno a la cama y le escribiría una carta larguísima a su prima política Valda, de la que se había hecho amiga durante la estancia en casa de la tía Randi. Posiblemente le daría noticias frescas de Mathis Hætta, que la noche anterior había aparecido en escena de forma inesperada como nuevo candidato a esposo, a pesar de que probablemente él ni siquiera lo sospechara.

Sofie vagaba inquieta por la casa, buscaba algo con lo que distraerse, pero no encontraba nada que interrumpiera sus pensamientos, que giraban en círculos desde que se había ido a la cama la noche anterior después de cenar. Había pasado la mayor parte de la noche

en vela cavilando sobre Moritz von Blankenburg-Marwitz. ¿Quién era aquel hombre?

En Trondheim se lo habían presentado como el sobrino de refinado gusto artístico de un noble acaudalado por cuyo encargo debía adquirir cuadros noruegos. Ahora había descubierto que aquel no era más que un pretexto con el que encubrir el auténtico objetivo de su viaje: una misión secreta como asesor militar del Ministerio de Defensa noruego. Secreta, porque el emperador alemán no había adoptado una postura oficial en el conflicto entre ambos socios de la unión, pero que sin embargo en privado no ocultaba que esperaba un

duro ataque por parte del rey sueco contra los rebeldes noruegos que aspiraban a la independencia de su país.

Si Sofie lo había entendido bien, en Alemania había muchos altos cargos del gobierno y miembros de otros círculos influyentes que aprobaban el fortalecimiento de la conciencia nacional Noruega y que comprendían perfectamente el deseo de constituirse en un Estado soberano. Moritz, que ocupaba un puesto importante en el estado mayor del ejército imperial, pertenecía a esa facción y había aceptado encantado la invitación de analizar al detalle la frontera con Suecia desde una perspectiva estratégica junto

con el hombre del pelo corto, un reconocido constructor de fortificaciones, y ayudar al ejército noruego con sus conocimientos.

Esa mañana los dos alemanes habían salido a caballo con Mathis Hætta en dirección a Glåmos para que el joven ingeniero les mostrara la obra de la central hidroeléctrica. Sofie habría dado cualquier cosa por ser hombre por un día y acompañarlos. Imaginaba que sería magnífico galopar a lomos de un caballo a través de la meseta cubierta de abedules y arbustos y dejarse envolver por el aire fresco, que de madrugada ya comenzaba a tener un matiz gélido que anunciaba el invierno. Por no hablar de

lo maravilloso que sería disfrutar de forma natural y durante todo un día de la compañía del hombre que se había apoderado de sus ideas y sus sentimientos.

Su único consuelo era la perspectiva de volver a ver a Moritz al día siguiente. O al menos esperaba que se le presentara la oportunidad. Mathis Hætta se quedaría en las inmediaciones de Kuråfossen, la cascada que en el futuro suministraría la energía a la central, y retomaría su trabajo, mientras que los dos alemanes se reunirían con Ivar Svartstein el lunes. Sofie no sabía por qué, puesto que esas cuestiones de negocios se habían discutido ya entrada

la noche en el salón de fumar, entre puros y copas de oporto, y sin contar con las mujeres. Sofie repasó durante horas las opciones que tenía de provocar disimuladamente un encuentro con Moritz en caso de que su padre no volviera a recibirlos en casa.

En la noche del domingo al lunes, Sofie volvió a dar vueltas en la cama hasta que por fin se durmió agotada. En sueños se perdió en una biblioteca que se transformaba en un laberinto gigante a cuya salida solo llegaría si encontraba el libro con el poema que había citado Moritz. En el silencio sepulcral que reinaba al principio en el intrincado edificio empezaron a oírse gritos y el

sonoro repicar de una campana. El escenario cambió. Sofie formaba parte ahora de una multitud que recorría una calle presa del pánico. Sin saber de qué huía la gente, se dio la vuelta y vio a Moritz, que la saludaba. Se detuvo aliviada y les gritó a los demás que no había peligro. La gente siguió corriendo sin reparar en ella. Quería correr hacia Moritz, que estaba ahora a lomos de un caballo y cabalgaba en su dirección. Extendió la mano para que él pudiera agarrarla y subirle con él a la silla. Pasó de largo al trote. Sofie quiso gritar su nombre pero no podía abrir la boca.

Se despertó sin aliento y necesitó unos instantes para desprenderse de la

sensación de impotencia a la que había sucumbido en el sueño.

Silje seguía dormida cuando Sofie se vistió en silencio, salió de la habitación y bajó al comedor. Constató sorprendida que el cubierto de su padre seguía intacto sobre la mesa del desayuno. El reloj de péndulo del rincón junto a la alacena marcaba las ocho. Los días de trabajo, Ivar Svartstein solía tomar el café matutino a las siete y media a más tardar.

—¿Desea huevos revueltos o al plato?

El ayuda de cámara Ullmann había entrado en la estancia sin hacer ruido y le sirvió café a Sofie de una jarra que

había sobre un hornillo.

—Ninguno de los dos, ¡muchas gracias! —dijo Sofie—. ¿Mi padre ya ha salido?

El rostro de Ullmann se contrajo de forma casi imperceptible. ¿Era posible que hubiera visto un asomo de desaprobación en su semblante, que por lo general era tan impenetrable como el de un jugador de póquer?

—Está indispuesto y guarda cama.

Un extraño no habría sospechado nada y se habría imaginado que Ivar Svartstein había enfermado. Pero para Sofie, que conocía a Ullmann desde hacía muchos años, el tono reservado de la respuesta confirmó lo que imaginaba:

su padre había hecho algo que su ayuda de cámara no aprobaba. Este se adelantó a las posibles preguntas de Sofie.

—¿Ya se ha enterado del incendio?

—¿El incendio?

—Esta noche se ha declarado un fuego en el aserradero de Flanderborg —le explicó Ullmann.

Así que la campana que había sonado en su sueño había sido real. Con ella habían alertado a los bomberos.

—¡Qué horror! ¿Ha habido algún herido?

—Gracias a Dios no —respondió—. Pero he oído que una joven ha salvado de las llamas a una niña en circunstancias dramáticas.

—Pensaba que ya no vivía nadie allí —comentó Sofie, que entonces cayó en la cuenta de que debía de tratarse de la antigua propiedad de los Ordal, por la que le había preguntado el editor del periódico—. ¿O acaso mi padre la ha vendido en este tiempo?

—Que yo sepa, no. De todos modos la niña no estaba en la vivienda, sino en el cobertizo de las sierras.

—Qué raro —dijo Sofie—. ¿Qué estaría haciendo allí en mitad de la noche? ¡Menos mal que no le ha pasado nada!

Ullmann asintió y salió de la sala con una reverencia. Sofie lo siguió poco después, tras comerse sin ganas media

tostada con queso fresco. En el pasillo se encontró con Britt, la doncella de su hermana, y la criada de quince años, Eline, que chismorreaban en voz baja.

—¡... como una cuba! —estaba diciendo Britt en ese momento—. Apenas se tenía en pie. Ullmann lo arrastró a duras penas hasta la cama.

Eline se llevó la mano a la boca.

—¿Nuestro patrón? ¿Borracho? Me resulta difícil ima...

—¡Chsss! —siseó Britt, que había visto a Sofie.

La criada se alejó sonrojada. Britt la saludó y se marchó también. Pensativa, Sofie las siguió con la mirada. Mientras se preguntaba por qué su padre, al que

nunca había visto achispado, y mucho menos borracho, podía haberle dado así a la botella, oyó el timbre. Se acercó al vestíbulo, donde Ullmann estaba abriendo la puerta. El corazón le dio un vuelco. Moritz von Blankenburg-Marwitz y el comandante Von Rauch estaban delante de la casa y preguntaban por Ivar Svartstein, que no se había presentado en el Bergskrivergården a la hora acordada. Antes de que Ullmann pudiera decir nada, Sofie se puso junto a él.

—Mi padre lo lamenta enormemente, pero por desgracia hoy no puede atenderlos. Una emergencia que no admitía demora lo ha reclamado de

madrugada. Siente muchísimo haber faltado a su cita. Les ruega comprensión y desea preguntarles a qué fecha desean posponer la reunión.

Aquellas palabras le salieron solas. Por el rabillo del ojo vio que el rostro de Ullmann mostraba alivio. Y reconocimiento. Asintió para confirmar sus explicaciones.

Los dos alemanes intercambiaron una mirada. El comandante Von Rauch se encogió de hombros.

—Aún estaremos dos o tres días en la ciudad. Si a su padre le viene bien, podemos vernos mañana. Dígale de nuestra parte que nos haga llegar un mensaje. Nos alojamos en el

Proviantskrivergården. —Se llevó la mano al quepis para despedirse y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Un momento! —dijo Moritz—. Quizá la señorita Svartstein pueda mostrarnos el fortín. —Insinuó una reverencia en dirección a Sofie—. Si dispone de tiempo, naturalmente.

Su acompañante torció el gesto de forma involuntaria y se dispuso a replicar.

—Será un placer —dijo Sofie enseguida—. Permítanme que coja el sombrero y podremos ponernos en marcha.

Asustada y al mismo tiempo feliz por la serenidad que había mostrado,

Sofie se unió poco después a los dos hombres y les mostró el camino hacia la Rau-Veta, un callejón que conducía al puente superior. Una vez al otro lado del río, continuaron hacia la Korthaugen Skanse, situada en una pequeña elevación rodeada de escoriales. De la antigua fortificación ya solo quedaba el almacén de piedra en el que la compañía de minas guardaba los explosivos necesarios para el trabajo en las galerías.

Sofie caminaba en silencio junto a Moritz, al que el comandante había metido en una conversación sobre las ventajas y los inconvenientes de un fortín dentro de una ciudad. El caballero

ignoraba a Sofie de forma ostensiva y la reafirmaba en la impresión de que no le había parecido bien la propuesta de Moritz. Este no se dejaba impresionar por el comandante. Le ofreció el brazo a Sofie y le cubrió la mano con la suya. El contacto le revolvió el estómago a la muchacha. Apenas podía respirar de lo agitada que estaba, y no se atrevía a levantar la cabeza. Tenía miedo de perder por completo la compostura si miraba a Moritz a los ojos.

Una vez que llegaron al fortín, se soltó de él, se colocó delante de ambos, recuperó los recuerdos que tenía de las clases de geografía e historia y les explicó con el tono de una guía turística:

—Durante la Gran Guerra del Norte a principios del siglo XVIII, los socios de la compañía minera encargaron la construcción de una fortaleza. Se temían, con motivo, que los suecos atacaran la ciudad y les arrebataran las minas y las existencias de cobre. No habría sido la primera vez. Por ese motivo, ya en 1675 se fundó el cuerpo de voluntarios Bergmannskorps, que en épocas de crisis recibía el apoyo de oficiales de carrera de destacamentos regulares.

Su voz, que al principio le había temblado ligeramente, se estabilizó. A Sofie le gustaba aquel papel, que le devolvía la serenidad. Moritz la escuchaba con una sonrisa divertida,

mientras que el comandante Von Rauch levantaba una ceja en señal de escepticismo.

—Resulta difícil imaginar que aquí hubiera estacionados cientos de soldados en esa época —refunfuñó.

—Bueno, por aquel entonces la colina se encontraba fuera de la ciudad y tenía acceso libre por todos lados. Los escoriales y las casas se han ido acercando a lo largo de las últimas décadas —replicó Sofie.

Moritz miró a su alrededor y preguntó:

—¿Y qué aspecto tenía la fortaleza?

Sofie respiró hondo y prosiguió con énfasis.

—Caballeros, se encuentran ustedes en la plaza que en su día estaba rodeada por un muro con cuatro baluartes redondeados. Allí donde se ubica ahora el polvorín había una torre vigía. En 1711 se amplió con una obra avanzada pentagonal situada en un nivel inferior, que protegía un arsenal y un lavatorio. Además, en los bastiones salientes se instalaron cañones con los que bombardear a los invasores.

—¡Fíjese, es usted toda una especialista en fortines! —exclamó Moritz guiñándole el ojo—. No pensé que una joven dama pudiera interesarse por un tema tan marcial.

—Nuestra ciudad siempre ha sido

objeto de la codicia ajena —respondió Sofie—. Sería una insensatez no preocuparse por su defensa.

Moritz la escudriñó para después dejar vagar la mirada por la zona.

—Es evidente que esta fortaleza no resistió a los embates del enemigo. ¿La sitiaron? ¿O fue una batalla breve y violenta? ¿O se entregó quizá sin ofrecer resistencia?

Sofie tragó saliva. ¿Por qué tenía la sensación constante de que Moritz no hablaba del destino de la Korthaugen Skanse?

—Resulta algo embarazoso —respondió esforzándose por hablar con tono neutral—, pero el mando que debía

defender Røros en 1718 no se cubrió de gloria precisamente. Cuando oyó que una tropa sueca bajo las órdenes del general De la Barre marchaba hacia aquí, hizo dismantelar el fortín y se largó con sus soldados.

—Vaya, impresionante. ¿De qué sirve la mejor fortaleza si se deja en manos de un cobarde? —exclamó el comandante Von Rauch frunciendo el ceño—. A juzgar por todo lo que nos ha contado —le hizo un gesto a Sofie—, la construcción estaba bien pensada y habría podido defenderse sin dificultad. Al menos durante un tiempo.

Sofie se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos. En cualquier

caso, Røros quedó así completamente desprotegida, y los suecos entraron como Pedro por su casa y confiscaron el cobre, que se les entregó de forma voluntaria ya que de lo contrario habrían prendido fuego a la ciudad.

Moritz le lanzó una elocuente mirada.

—A veces capitular no es la peor solución. La defensa a cualquier precio no siempre conduce a la felicidad.

—Perdona, ¿qué tonterías estás diciendo? —le preguntó su acompañante—. ¿El camino a la felicidad? ¡Nunca habría imaginado oírte decir algo así!

Sofie, que no quería dar a Moritz más oportunidades de insinuarse, dijo

enseguida:

—Los suecos no pudieron disfrutar de su éxito durante mucho tiempo. Al contrario, la mayoría lo pagó con la vida.

El comandante frunció el ceño.

—¿Está usted haciendo referencia a la Marcha de la Muerte Carolina?

Sofie asintió.

—¡Exacto! Entonces ya sabe de qué estoy hablando.

El rostro del comandante esbozó por primera vez una sonrisa.

—Pero yo no —dijo Moritz.

El comandante murmuró un «no me extraña» y le hizo una señal a Sofie para que prosiguiera con sus explicaciones.

—La campaña tuvo lugar en invierno —comenzó a decir—. Después de los días de Navidad, el general De la Barre se marchó con sus hombres para reunirse con las tropas del general Armfeldt al norte de Røros. Cuando se enteraron allí de la muerte de su rey, que había caído durante el asedio infructuoso de la fortaleza noruega de Fredrikshald, emprendieron la retirada. En una meseta se vieron sorprendidos por una terrible tormenta de nieve en la que miles de soldados murieron congelados, se perdieron o murieron de hambre. Solo una pequeña parte de las tropas alcanzó su país.

El comandante negó con la cabeza.

—Es frustrante comprobar una y otra vez cuántos hombres mueren en una guerra fuera del campo de batalla, solo porque tienen superiores incompetentes que no planifican con previsión, no tienen en cuenta circunstancias como el clima o el terreno impracticable, y exponen a sus subalternos a peligros evitables.

—Como Napoleón en Rusia —dijo Sofie—. Él también perdió a gran parte de su ejército por subestimar el duro invierno de la región.

—¡Muy buen ejemplo! —se admiró el comandante.

—¡Para obtener la victoria final hay que ser osado! —intervino Moritz, que

había seguido la conversación con una sonrisa burlona, y levantó las manos en señal de defensa cuando el del pelo corto lo fulminó con la mirada—. Eso dijo Napoleón. Y a fin de cuentas tenía razón.

Sofie lo miró irritada.

—Pero es injusto que los altos mandos normalmente salgan sanos y salvos del entuerto que ellos mismos han provocado y queden sin castigo. Incluso aquellos dos generales suecos fueron ascendidos y condecorados repetidamente. ¡Es imposible que eso le parezca bien!

Moritz se encogió de hombros.

—El mundo es injusto. Y otra vez en

palabras del gran Bonaparte: en la guerra y en el amor, todo está permitido. —Se inclinó hacia Sofie y añadió a media voz—: Y solo los tenaces ganan las batallas.

Le buscó la mirada y le cogió la mano. Ella se asustó. ¿Había formulado el joven en voz alta la pregunta que ella leía en sus ojos? Miró de reojo al comandante. No, este estaba absorto en la contemplación del entorno y no les prestaba atención. «¡Ten cuidado! —le suplicó una voz en su interior—. Ni siquiera sabes qué intenciones tiene Moritz.» «Por favor —le replicó a la escéptica que llevaba dentro—. ¡Me ha escogido a mí! A mí, no a Silje ni a

alguna otra belleza. ¿Por qué iba a rechazar mi suerte?»

Le devolvió la mirada y le respondió bajando los párpados.

Røros, agosto de 1895 – Clara

Una vez que Clara pudo volver a levantarse, el capitán de los bomberos había ordenado a dos de sus hombres que los acompañaran a ella y a Paul de vuelta a la pensión. Uno de ellos sujetaba a Clara, que después del salto desde la ventana tenía las piernas flojas, y el otro llevaba a la pequeña Bodil, que

seguía inconsciente. La señora Olsson los recibió, preparó una cama para la niña en el salón y mandó llamar al doctor Pedersen. Después de examinar a la pequeña, el médico tranquilizó a Paul, que lo observaba muy preocupado y no se apartaba del lado de Bodil.

—Tu amiguita ha respirado un poco de ese humo malo. Pero por suerte no tanto como para dañarle los pulmones.

Para convencerlo, el doctor Pedersen le dejó a Paul escuchar el pecho de Bodil a través del estetoscopio y le explicó que si tuviera una intoxicación grave, su respiración sería ronca y esforzada.

—Cuando dormimos aspiramos

menos aire —le dijo—. Ha tenido suerte. Pero sobre todo se ha salvado porque tu madre la sacó del incendio a tiempo.

Clara y Paul pasaron lo poco que quedaba de noche junto al lecho de Bodil. Clara no quería que la niña se despertara y saliera corriendo al verse de pronto en un entorno desconocido. Ella también estaba agotada y molida, pero estaba demasiado alterada e inquieta para conciliar el sueño. Lo mismo le sucedía a la señora Olsson, que les hizo compañía y les sirvió un sabroso caldo de pollo para que recuperaran las fuerzas.

Después de vaciar las tazas, Paul se

acurrucó contra Clara en el sofá. La señora Olsson añadió dos leños al fuego de la chimenea, se sentó en su butaca y se inclinó hacia Paul.

—¿Me cuentas quién es Bodil y por qué vivía sola en el aserradero? —preguntó adelantándose a Clara, que tenía la misma duda en la punta de la lengua.

Miró a la niña, que dormía en el otro sofá. A juzgar por su pequeña estatura y su constitución delgada, calculó que tendría unos cinco años. Tenía el pelo castaño enredado, llevaba un vestido remendado y una chaqueta de punto con agujeros. Sus pies desnudos estaban cubiertos por gruesos callos, tenía las

mejillas chupadas, y la piel visible en cuello, brazos y piernas estaba ennegrecida por la suciedad y el humo. A Clara le recordó a un pajarito despeluchado y hambriento que se hubiera caído del nido.

Paul reflexionó un instante antes de empezar a hablar a trompicones:

—Su madre está en el cielo. Su padre está de viaje con sus hermanos mayores. En invierno volverán a Røros.

—¿Y por qué no se llevaron a Bodil con ellos? —preguntó Clara.

—Eso querían hacer. Pero entonces se puso muy enferma. Así que su padre la llevó con una prima para que la cuidara mientras él no estuviera.

—Ajá, ¿y por qué ya no está con ella?

—El marido de la prima es un hombre malo. Bodil dice que no trabaja, sino que bebe todo el día. Y como no tiene dinero, quería vender a Bodil a unos campesinos. Para que trabajara para ellos. La prima le dijo que no podía deshacerse de Bodil. Entonces se enfadó muchísimo y le pegó. Y Bodil se escapó.

La señora Olsson y Clara se miraron consternadas.

—¡Dios mío, pobre criatura! — exclamó la señora Olsson—. Por desgracia estos casos se repiten una y otra vez. Muchas familias sin recursos

venden a sus hijos como mano de obra porque no saben qué hacer y no son capaces de alimentar a tantas bocas hambrientas. ¡Qué horror! Con lo pequeña que es Bodil. ¿Cuántos años tiene? —le preguntó a Paul.

—Siete —respondió.

La señora Olsson se mostró sorprendida.

—Habría dicho que era más joven.

Clara asintió en señal de acuerdo y siguió interrogando a Paul.

—¿Conociste a Bodil el día que te pegaste con tus compañeros?

Paul se incorporó. Los ojos le brillaban de rabia.

—¡Sí! Le estaban tirando piedras y

gritándole que era una gitana sucia y que se fuera al infierno.

—¿Estaba en la escuela?

—No, cerca de allí. En la calle de detrás hay varias casitas. En una de ellas vive la familia de Bodil cuando pasan el invierno en Røros. Se había escondido allí.

—Así que le enseñaste los cuartos del aserradero —dijo Clara.

Paul asintió.

—No sabía adónde ir.

—Pero ¿por qué no me lo contaste?

—Le prometí a Bodil que no se lo diría a nadie. Tiene mucho miedo de ir al orfanato. Porque además tiene papá.

La señora Olsson frunció el ceño.

—¿Sabes cómo se llama su padre?

Paul negó con la cabeza.

—¿O a qué se dedica? ¿Cómo se gana el dinero?

—Toca el violín y vende caballos. Y arregla pucheros.

—Entonces podría ser Fele-Nils — dijo la señora Olsson.

Clara la miró con gesto interrogante.

—Qué nombre tan extraño.

—*Fele* significa violín —explicó la señora Olsson—. Muchos de los viajantes, a los que aquí conocemos como *tatere*, son músicos de mucho talento. Y Fele-Nils, «Nils-Violín», es famoso por lo bien que toca ese instrumento de cuerda. Además es

comerciante de caballos y *fortinner*. Son gente que baña los recipientes de cobre con una capa de estaño que los protege del óxido.

Clara asintió.

—Donde vivimos también hay gitanos. Viajan por todo el país como caldereros, afiladores, buhoneros, canasteros y así. No gozan precisamente de la mejor reputación.

—Aquí tampoco —dijo la señora Olsson tironeando de los ricitos que le asomaban bajo la cofia—. Y eso que por lo general son buena gente. Al menos yo pondría la mano en el fuego por Fele-Nils. Es muy generoso, se preocupa a conciencia de que sus hijos no cometan

faltas y es muy religioso. Además, estoy segura de que no sabe nada del marido borracho de su prima. De lo contrario nunca le habría confiado a su hija.

Paul asintió con vehemencia.

—Sí, Bodil me dijo lo mismo. Ya se había quedado otras veces con la prima, antes de que se casara, y estuvo muy a gusto.

—Lo que yo decía, Fele-Nils es un padre responsable y cariñoso —dijo la señora Olsson—. Ya podrían aprender de él algunos vecinos supuestamente decentes que miran por encima del hombro a los *tatere* por considerarlos incivilizados.

Clara tuvo que reconocer que no

sabía mucho sobre los gitanos. En Bonn rara vez había visto miembros de aquella minoría de la que tanto se desconfiaba, y a la que se atribuían habilidades mágicas y adivinatorias, cierta tendencia a robar y a mentir, y otras características negativas. Sin embargo, Clara nunca había conocido a nadie que pudiera confirmar aquellos prejuicios por experiencia propia. La imagen que ella misma tenía de ellos estaba alimentada por una canción popular:

*Qué divertida es la vida del gitano,
faria, faria ho.*

Sin pagar un centavo al soberano,

faria, faria ho.

*Es divertido vivir en el bosque,
los gitanos cantan y bailan de
noche.*

*Faria, faria, faria,
faria, faria, faria ho.*

*Cuando el hambre nos asalta,
salimos enseguida de caza.
Cervatillo ten mucho cuidado
si ves empuñar el fusil al gitano.*

*Cuando la sed nos tortura,
buscamos fuentes en la espesura.
Nos bebemos el agua como si fuera
vino
y fingimos que es champán fino.*

*Cuando el bolsillo aprieta vacío,
valemos para un roto y para un
descosido.*

*Salimos a actuar como los gitanos
sabemos
y las monedas tintinean cuando las
recogemos.*

*Y cuando no tenemos dónde dormir
cavamos un hoyo aquí o allí,
un poco de musgo y hojarasca
y a dormir hasta mañana.*

La percepción que tenía también había recibido la influencia de la señora Dahlmann, que le había hablado con pelos y señales de la ópera *Carmen*. A

Clara le había impresionado y desconcertado el personaje de la gitana orgullosa que no tenía miedo de seducir a los hombres y valerse de ellos para sus propios objetivos, y que prefería morir a renunciar a su libertad. Le resultaba misteriosa y extraña, pero al mismo tiempo sentía lástima por ella. Se imaginaba a Carmen como una mujer solitaria que, por culpa de su actitud arrogante, no encontraba a ningún hombre de igual condición o que estuviera dispuesto a aceptar su necesidad de independencia.

—Mamá, ¿qué pasará ahora con Bodil?

La pregunta de Paul interrumpió las

cavilaciones de Clara.

—¿Tendrá que ir al orfanato?

Clara miró a la niña con indecisión. Esa sería sin duda la solución más sencilla, constató su lado sensato. Allí la cuidarían bien y todo se haría conforme a las normas. Al fin y al cabo en estos casos son las autoridades las responsables.

—Mamá... Yo... Dentro de poco es mi cumpleaños... —dijo Paul en tono vacilante.

—Sí, ¿por qué lo dices? —preguntó Clara, y en ese mismo momento supo qué vendría a continuación.

—Este año no quiero regalos — prosiguió Paul mirándola con

ingenuidad—. No hace falta que me compres nada, de verdad. Ni siquiera quiero tarta. Solo tengo un único deseo.—Respiró hondo y lo soltó—: Quiero que Bodil se quede con nosotros hasta que vuelva su papá.

Clara contuvo un suspiro.

—Por favor, mamá, por favor —suplicó—. Puede dormir en mi cama. Yo me tumbaré en el suelo. Y tampoco comerá mucho. Y...

Clara se echó a reír y dijo:

—Parece que ya lo tienes todo planeado.

Paul asintió con vehemencia y la miró esperanzado. Clara se recostó y se frotó las sienes.

«La vía oficial sería la más sencilla», continuó diciéndose en el diálogo interior que el ruego de Paul había interrumpido. «Pero parece que Bodil no quiere ir a un orfanato por nada del mundo —replicó otra vocecita—. Seguro que se escaparía a la menor oportunidad. ¿Y qué sucedería entonces? En las próximas noches ya comenzaría a hacer mucho frío a pesar de ser todavía mediados de agosto. Si le sucediera algo, nunca te lo perdonarías. Al fin y al cabo no la has rescatado de las llamas para que ahora enferme o se congele miserablemente.»

«No, pero si me hago cargo de ella, se acabaron los planes de regresar

pronto a Alemania —argumentó la voz de la razón—. Tendremos que quedarnos más tiempo en Røros. Al menos hasta que aparezca el padre de Bodil. Y quién sabe cuándo será eso.»

¿Tan terrible sería? Lo cierto es que un par de semanas más o menos daban igual. ¿Y no parecía un guiño del destino que hubiera heredado una casa precisamente ahora? Tenía dudas de si le correspondía. ¿Y si había llegado a sus manos para que pudiera darle un hogar a una niña desamparada?

—¿Mamá? —preguntó Paul en voz baja—. ¿Puede quedarse Bodil con nosotros?

Clara buscó la mirada de la señora

Olsson, que se encogió de hombros.

—No soy yo quien debe decidirlo. Pero su cuartito en la buhardilla se les va a quedar pequeño.

—Lo sé. Pero solo sería provisional. Hasta que la casa junto al Hittersjøen esté más o menos habitable —expresó en voz alta la idea que había tomado forma en su subconsciente durante el diálogo interior—. Aunque esté un poco entrada en años y haya que hacer algunas reparaciones, al menos tendríamos un techo sobre nuestras cabezas. Y a diferencia de nuestra habitación aquí, aquella casa sí que puede calentarse.

Paul dirigió a Clara una mirada

radiante, se acercó corriendo a Bodil y se arrodilló junto a su lecho.

—¡Puedes quedarte con nosotros! — le susurró al oído.

La pequeña gimió en sueños. Paul le acarició la cabeza.

—Todo irá bien, ya lo verás. Tengo la mejor mamá del mundo. Ella cuidará de ti.

Clara los observó y se preguntó si no habría prometido demasiado. ¿Y si las autoridades se oponían e insistían en llevar a Bodil a un orfanato? «Le pediré consejo al señor Dietz —decidió—. Además, ¿qué podría aducirse en contra de que me haga cargo de la niña? Seguramente incluso se alegren de no

tener que cuidarla a costa del dinero de la comunidad.» La señora Olsson, que se estaba secando los ojos con un pañuelito, buscó la mirada de Clara.

—Está haciendo lo correcto —dijo con la voz empañada—. Y yo la ayudaré en lo que pueda.

—Ay, nos ha ayudado tanto ya —respondió Clara—. ¡No sé qué haría sin usted!

—Cómo no voy a hacerlo —replicó la casera—. Es un placer. —Se inclinó hacia delante y le estrechó la mano a Clara—. Les he cogido cariño. Estoy encantada de poder cuidarlos un poco.

Clara rodeó la mano de la señora Olsson.

—¡Le estoy muy agradecida! ¡Más de lo que podría expresar con palabras!

Por primera vez, la perspectiva de quedarse en Noruega más tiempo de lo previsto no le resultaba angustiada. Al contrario, a Clara le costaría mucho despedirse de la señora Olsson.

Røros, agosto de 1895 – Sofie

El martes solo se hablaba de una cosa en la pequeña ciudad: el incendio del aserradero. En la biblioteca, que Sofie abrió durante dos horas por la tarde, las conversaciones también giraban en torno al fuego, que gracias a la rápida intervención de los bomberos y los vecinos no se había extendido

hacia otros edificios y solo había destruido el cobertizo de las sierras. Al principio Sofie apenas prestó atención a las suposiciones a media voz acerca de las causas del incendio, los detalles de las labores de extinción y el temerario rescate de la niña que ya había mencionado el ayuda de cámara Ullmann.

Mientras permanecía sentada en su silla, apuntaba libros en la lista de préstamos o tachaba ejemplares devueltos, respondía preguntas y ayudaba a buscar lecturas concretas, todo ello aparentemente tranquila, por dentro no podía más y cada dos minutos miraba de reojo a la puerta. La espera

cada vez era más insoportable. Sofie experimentaba en su propia piel la expresión de «estar consumiéndose de impaciencia». Las ganas de volver a ver a Moritz daban paso a preguntas angustiosas: ¿habría entendido el joven alemán el comentario que le había susurrado el día anterior al despedirse indicándole dónde podría encontrarla hoy fuera de casa de su padre? ¿Algo lo habría retenido inesperadamente y no podría venir? ¿O acaso no quería verla? A Sofie cada vez le resultaba más difícil permanecer sentada y soportar la incertidumbre.

—... persigue la mala suerte. Primero fallece su esposa junto con su

único hijo. Después muere el hombre al que había escogido como marido para su hija mayor. Y ahora se incendia su aserradero.

Sofie aguzó el oído en dirección a aquellos cuchicheos. Levantó la mirada del libro de préstamos, que miraba fijamente sin ver nada desde hacía varios minutos. El ayudante de la farmacia, un comerciante y las dos mujeres a las que acababa de atender se habían marchado. En un rincón estaban Berntine Skanke (esta vez sin su pinscher *Tuppsi*) y Gudrid Asmund. Sofie volvió a bajar la cabeza con rapidez y fingió estar absorta en la lista.

—Sí, el señor le ha impuesto una

pesada carga —dijo la señora Asmund, y añadió con voz ahogada—: ¿No crees que es extraño que la católica anduviera por allí? Siempre que aparece les trae mala suerte a los Svartstein.

—Eso mismo le dije yo a mi marido —respondió la esposa del sastre—. Desde luego no creo que estuviera en el aserradero por casualidad.

—¡Yo tampoco! ¿Qué podría estar haciendo allí en mitad de la noche?

La señora Skanke se inclinó aún más hacia su amiga. Sofie contuvo el aliento para poder entender lo que susurraban.

—Si quieres saber lo que opino, estoy segura de que la joven Ordal fue la que prendió fuego al aserradero.

La señora Asmund se llevó la mano al pecho y abrió los ojos como platos. Berntine Skanke asintió con gravedad.

—Los pelirrojos son todos hijos del demonio y...

—Disculpe, pero ¡eso no son más que estupideces!

Aquella voz decidida hizo que Sofie se estremeciera. Las dos chismosas también se dieron la vuelta asustadas hacia la puerta, en la que había una elegante mujer de unos cuarenta años. Llevaba un abrigo verde oscuro ceñido a la cintura y un sombrero de terciopelo a juego, decorado con plumas y un gran lazo.

—¡Señora Dietz! —exclamó la

señora Skanke mirando indignada a la esposa del secretario—. ¿Puedo saber en qué basa su afirmación?

La señora Dietz le devolvió una mirada glacial.

—¡Por supuesto! Aparte de que la señora Ordal no tenía el menor motivo para provocar el incendio, es perfectamente demostrable que no apareció en Flanderborg hasta mucho después de que se iniciara, y salvó a una criatura que estaba rodeada por las llamas.

La señora Asmund se sonrojó y bajó la mirada abochornada.

—Culpa suya, por no vigilar a su propio chiquillo y dejarlo andar por ahí

de noche —resopló Berntine Skanke cruzándose de brazos.

—No era su hijo, sino una niña pequeña —dijo la señora Dietz.

La señora Skanke abrió la boca, volvió a cerrarla e hizo una mueca de disgusto. Sofie sonrió para sus adentros. Era delicioso ver a esa deslenguada quedarse sin habla. Se levantó en silencio y se acercó con un libro a la estantería tras la que se encontraban las tres damas, que no le prestaron atención. Sofie enderezó los tomos y escuchó la conversación, que con la aparición de la señora Dietz había adquirido un matiz mordaz.

—¿Qué niña? —preguntó la señora

Asmund.

—Una hija de Fele-Nils —
respondió la esposa del secretario.

—¡El gitano! Más gentuza
sospechosa —murmuró la señora
Skanke.

La señora Asmund asintió.

—¡Esos son capaces de cualquier
cosa! Seguro que estaba jugando con
fuego.

La señora Dietz negó con la cabeza.

—Pues resulta que no. Aún no se ha
establecido la causa del incendio. Sin
embargo, dado que la pequeña dormía
en uno de los cuartos sobre el almacén
de madera y el fuego se inició en el
cobertizo de las sierras, está

comprobado que la niña no fue la responsable.

Miró a ambas con gesto severo. La señora Skanke se mostró disgustada, pero no replicó. La señora Asmund cabeceaba pensativa. Se le sonrojaron las pálidas mejillas, jadeó alterada y espetó:

—Ciertamente no me gustaría lanzar falsas acusaciones. Pero lo cierto es que solo hay una persona en el mundo con un motivo fundado para querer destruir el aserradero.

Se detuvo y miró a las otras dos damas con gesto invitador. La señora Dietz se encogió de hombros. Berntine Skanke puso los ojos en blanco.

—¡No te hagas de rogar! —dijo.

—Pensadlo: ¿a quién le pertenecía antes el aserradero? ¿Quién lo ha perdido todo y ni siquiera tiene un techo sobre su cabeza? —La señora Asmund parpadeó con un gesto elocuente.

—¿No te referirás a Sverre Ordal?

—¿Y quién si no? —dijo la señora Asmund triunfal.

Sofie vio que la señora Dietz fruncía el ceño pensativa.

—Eso encajaría —musitó.

—¿A qué se refiere? —preguntó la señora Skanke.

—Mi marido me ha contado que Sverre Ordal y su esposa querían marcharse de la ciudad el domingo. El

hombre le avisó un par de días antes.

—Pero el incendio se produjo la noche del domingo al lunes —dijo la señora Asmund.

—Sverre Ordal podría haber vuelto a hurtadillas fácilmente. Al fin y al cabo aquí ya no tiene nada que perder —dijo Berntine Skanke.

—Eso es verdad —coincidió la señora Asmund—. Es fácil imaginar que le guarda un inmenso rencor al hombre que se lo ha arrebatado todo.

—Y solo porque Trude tenía a los dos locos por ella. Y Dios sabe que había suficientes hijas de buenas familias... —dijo la señora Skanke, y dirigió a su amiga un gesto de

asentimiento acompañado de una mirada elocuente.

Sofie contuvo un quejido. Se imaginó a Berntine Skanke y a Gudrid Asmund veinticinco años atrás flirteando con Sverre y con su padre, y muertas de envidia porque los objetos de su deseo solo tenían ojos para la hermosa Trude.

—¿Qué insinúa? —preguntó la señora Dietz.

—Bah, fue hace mucho tiempo —respondió la señora Skanke—. Y usted se mudó aquí hace solo quince años.

Su voz tenía un matiz presuntuoso, cierta suficiencia con la que tachaba a la esposa del secretario como

«advenediza», indigna de participar de los secretos de la comunidad. Sofie estaba en un tris de hacerle ver a la señora Skanke lo ridículo de su postura. A excepción de un par de familias de campesinos, Røros era una comunidad de inmigrantes desde los primeros hallazgos de cobre. Los antepasados del sastre Skanke habían llegado hacía unos ciento cincuenta años desde la región sueca de Jämtland, y su familia materna provenía de Stavanger y se había mudado a la ciudad pocos años antes de que naciera Berntine.

Después de que las tres damas hubieran escogido sus libros y se hubieran marchado de la biblioteca poco

antes de que cerrara, Sofie decidió esperar a Moritz media hora más. Cogió el catálogo de la librería Amneus Boghandel y lo repasó en busca de otras novelas interesantes que pudiera pedir en el futuro.

Unos pasos firmes en el pasillo distrajeron a Sofie poco después. «¡Por fin!», pensó. Comprobó que tenía bien el pelo, se humedeció los labios y se enderezó el lazo de la blusa. Tuvo que esforzarse por esbozar una sonrisa al ver un instante después que quien entraba en la sala era el director del colegio, Ole Guldal. Lo seguía el joven trabajador al que Sofie había visto por última vez en la editorial del *Fjell-*

Ljom. Si no recordaba mal, se llamaba Per.

—Buenas tardes, señorita Svartstein —dijo Ole Guldal—. ¿Tiene un ratito? Queremos echar un vistazo a la sala donde se celebrarán los ensayos. Así podrá decirnos dónde colocar el armonio que el sacristán Blomsted pondrá amablemente a nuestra disposición.

Sofie asintió y se levantó. Per se apoyó relajadamente en el marco de la puerta y la observó con esa mirada escudriñadora que ya la había inquietado en otras ocasiones. El director se llevó la mano a la frente.

—Discúlpeme, ni siquiera los he

presentado. —Apoyó una mano en el hombro de Per y le sonrió benévolo—. Per, esta es la señorita Svartstein. Ya te he dicho que se hará cargo del acompañamiento musical de nuestra función.

Per se llevó los dedos a la gorra. Ole Guldal se volvió entonces hacia Sofie.

—Y este es Per Hauke. Nos construirá los decorados. Y tendrá un papel.

Sofie asintió tensa. Lo que le faltaba. La agradable imagen de los ensayos con el alegre grupito se empañó. Ese tal Per la hacía sentirse inhibida e insegura. La perspectiva de pasar varias horas en su

compañía durante las próximas semanas amortiguaba su entusiasmo por el proyecto. En fin, no debería ser difícil ignorarlo, se convenció, y siguió a ambos fuera de la biblioteca.

Diez minutos después, cuando salieron de la sala en la que el grupo de aficionados prepararía la obra, Moritz von Blankenburg-Marwitz estaba en el pasillo. Al verla se le iluminó el rostro, y Sofie sintió un agradable escalofrío. Se despidió rápidamente de Ole Guldal, que se retiró a su despacho, y se acercó a Moritz. Pero no parecía tener intención de marcharse de la escuela. Al pasar junto a él, se dio cuenta de que observaba al alemán con el ceño

fruncido. ¿Eran imaginaciones tuyas o había extendido el brazo hacia ella, como si quisiera retenerla?

Moritz pareció tener la misma impresión. Le tomó la mano con una pequeña reverencia y preguntó en voz baja:

—¿Vengo en mal momento?

—¡Naturalmente que no! —

respondió Sofie.

—No lo sé, ese tipo rabioso de ahí atrás parece opinar lo contrario — susurró Moritz en tono misterioso—. Es como si le hubiera quitado la comida del plato.

—No sé a qué se refiere. Solo lo conozco de pasada.

—Vaya vaya —musitó Moritz—.

Bueno, sea como fuere no deberíamos darle más oportunidad de atravesarnos con la mirada. Me empiezo a sentir como un queso suizo.

Se inclinó con una galantería exagerada, le ofreció el brazo y preguntó:

—Hermosa señorita, ¿me permite ofrecerle mi brazo y mi compañía?

Sofie, apocada, rio entre dientes. La sensación de que Moritz temía tener un competidor era desacostumbrada y halagadora a partes iguales. Al mismo tiempo le resultaba embarazoso que se tratara precisamente de aquel joven obrero tan tosco. Ignoró la vocecita en

su interior que la acusaba de presuntuosa y arrogante. Se cogió del brazo de Moritz, sacó pecho y pasó junto a Per sin mirarlo de camino a la puerta.

Cuando salieron a la calle, Sofie miró el reloj del campanario y comprobó que no le quedaba mucho tiempo hasta la cena. Si se retrasaba, corría el riesgo de que le hicieran preguntas a las que no quería responder. Estaba en la cuerda floja. En ese momento se dio cuenta de que en cualquier momento podría verla algún conocido de la familia. La euforia no le había permitido pensar en qué pasaría si su padre averiguaba que se había visto

con un joven a solas. Sofie se caló el sombrero y puso rumbo hacia el cementerio. Moritz la miró divertido.

—Un lugar muy poco habitual para una cita.

—Eh, bueno... Es que... Por desgracia no tengo mucho tiempo. Y allí hay un rincón que me gustaría enseñarle —balbuceó Sofie, y se mordió el labio.

«¿Es que has perdido la cabeza? —preguntó la voz de la razón en su interior—. Deberías dar media vuelta aquí mismo e irte a casa antes de que pase algo de lo que después te arrepentirías. Apenas lo conoces. ¿Y si se aprovecha de la situación?»

Moritz le apretó el brazo.

—Lo comprendo. En ningún caso querría que su reputación quedara en entredicho. Quizá lo mejor sea que nos separemos aquí mismo. En una ciudad pequeña como esta los rumores se extienden enseguida.

Sofie suspiró de alivio. «Lo ves, es un caballero —replicó a la severa vocecita—. No haría nada que me comprometiera.»

—Le agradezco mucho su preocupación —respondió—. Pero creo que podemos atrevernos a compartir un ratito.

Giró a la izquierda delante de la iglesia y condujo a Moritz a una capilla en la parte inferior del cementerio. El

pequeño edificio estaba revestido con paneles rojos, y la fachada blanca estaba decorada en un magnífico estilo rococó. Sobre el portón de dos hojas, entre una guadaña y un reloj de arena (los símbolos de la muerte y de lo efímero) había un niño desnudo en una concha que sostenía una calavera en una mano y en la otra blandía un hueso a modo de cetro, como señal de la vida eterna. La capilla estaba rodeada por un muro encalado de un par de metros de altura. En el arco de entrada de hierro forjado que conducía al terreno, unas letras doradas señalaban el nombre del donante: Peder Hjort, que en 1789 halló descanso eterno en la cripta, junto a

otros miembros de su familia. De niña, en las pocas ocasiones en las que se abría la cripta, Sofie solía contemplar con una mezcla de horror y fascinación el cadáver embalsamado del antiguo director de la fundición de cobre, al que se había conservado en un ataúd de cristal vestido con un uniforme de minero negro junto con un sable y una especie de bastón de paseo.

En clase de confirmación, el pastor lo había alabado como ejemplo magnífico de convicción cristiana y caridad inteligente. Como no había tenido hijos, Peder Hjort había legado su patrimonio a una fundación en favor de los habitantes sin recursos de Røros.

Deseaba no solo ayudar en el aspecto financiero o material a los necesitados, sino facilitar que salieran de esa situación por sus propios medios. Dispuso que la fundación adquiriera todos los años ovejas que se distribuyeran entre los pobres, que confeccionaban con su lana ropa de abrigo y mantas que la fundación después les compraba. Más adelante los productos se repartían entre los necesitados. De este modo, para las numerosas personas que primero habían recibido una remuneración por su trabajo, los textiles eran además una limosna; tal y como había dicho Peder Hjort en su testamento: «Así se fomenta

la laboriosidad, y aquel que quiera disfrutar de los beneficios, tendrá que ganárselos trabajando.»

Sofie abrió la puerta de hierro. Su esperanza de que a aquella hora de la tarde tuvieran el pequeño jardín de la capilla para ellos solos se cumplió. Moritz miró a su alrededor y se dirigió hacia un banco junto al muro.

—Una elección magnífica. Aquí estamos a salvo de miradas curiosas.

Sofie asintió y se sentó junto a él.

—He estado esperando este momento desde aquella noche en el Tivoli —le susurró Moritz mirándola a los ojos.

A Sofie se le secó la boca, el

corazón le latía con fuerza y se le aceleró la respiración. Moritz le cogió las dos manos y se las acercó a la boca una después de la otra. El contacto fugaz de sus labios sobre la piel desnuda de la muñeca, entre el guante y la manga, le dio una punzada en el estómago. Moritz le puso la mano bajo la barbilla, le levantó un poco la cabeza y la besó en la boca. Sofie se apartó de golpe. Él le rodeó la cintura con el brazo y la acercó hacia sí.

—¿Acaso estaba equivocado?

—No... Es solo que... —balbuceó

Sofie bajando la mirada.

«Ahora pensará que no eres más que una tonta que se hace de rogar», pensó y

sintió que se sonrojaba.

—No tengas miedo —le susurró al oído—. ¡Escucha a tu corazón! El mío solo late por ti desde que mis ojos te vieron por primera vez.

Sofie lo miró.

—El mío también —musitó, y le ofreció sus labios. Él apretó suavemente su boca contra la de ella, pero la separó enseguida.

Sofie resistió la tentación de arrimarse a él y pedirle un beso más largo. Se recompuso y le hizo la pregunta que llevaba tantos días atormentándola:

—¿Tiene algún futuro nuestro amor?
Antes de que él pudiera responderle,

le tapó la boca con el dedo.

—Perdona que sea tan directa. Puede que sea inexperta, pero no ingenua. Contéstame con sinceridad: ¿eres libre? ¿Puedes decidir por ti mismo? ¿Aprobaría tu familia que te casaras con una burguesa?

Moritz le devolvió la mirada con semblante serio.

—Me alegro de que me lo preguntes con tanta honestidad. Me demuestra lo profundos que son tus sentimientos hacia mí. Y eso me convierte en el hombre más feliz de la tierra. —Se deslizó del banco, hincó una rodilla en el suelo y recitó:

«Mi querida niña, me agradas de tal modo,
y ahora que estamos el uno junto al otro,
nunca querré apartarme de ti;
a partir de ahora seremos dos aquí.»

Moritz le cogió la mano derecha y la apretó con dulzura:

—Te prometo que haré todo lo posible para que seamos felices juntos.

Sofie le devolvió el apretón de manos y lo miró radiante.

—Con mucho gusto correspondo a tu promesa.

—Ahora deberías irte a casa antes de que empiecen a preocuparse —dijo

Moritz levantándose.

Sofie se colocó frente a él.

—Sí, pero no sin un beso de despedida.

Él se inclinó hacia ella y le posó los labios en la boca. Con un brazo le rodeó el cuerpo y con la otra mano le acarició el cuello. Sofie cerró los ojos. En ese momento el mundo entero se reducía a la calidez de su cuerpo y al aroma acre de Moritz, en el que se mezclaba una nota de jabón de afeitado y un matiz de tabaco. Su pequeño bigote le hacía cosquillas en la nariz. La punta de la lengua del alemán comenzó a explorarle las comisuras de la boca. Los labios se le abrieron solos a Sofie y se apretaron

con más fuerza contra los de él. Le dio un vahído. Ladeó un poco la cabeza y trató de recuperar el aliento. Volvió a oír a la vocecita de advertencia: «¡No lo hagas! Recupera la cordura. ¡No puedes olvidarte de ti misma y arriesgarlo todo!»

—No tengas miedo —le susurró Moritz al oído—. No haré nada que tú no quieras.

«Qué hay de malo en un beso», pensó Sofie, e hizo callar a la voz amonestadora que llevaba dentro.

Moritz la atrajo aún más hacia sí. Sus bocas se fundieron. El cuerpo de Sofie latía al ritmo de un deseo desconocido. Moritz se apartó un poco

de ella.

—Ya basta —susurró con voz áspera—. Me quitas el sentido. Márchate antes de que olvidemos quiénes somos.

Sofie tenía ganas de gritar que no quería apartarse de él, que quería estar con él, para siempre. «Escúchalo —replicó la voz de la razón—. Puedes sentirte afortunada de que sea considerado. Y de que vaya en serio contigo.»

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó.

—El comandante Von Rauch y yo nos reuniremos con tu padre mañana a primera hora. Después nos han invitado a un desayuno de tenedor en vuestra

casa.

—¿Desayuno de tenedor? — preguntó Sofie, que nunca había oído esa expresión.

—Un almuerzo contundente —le explicó Moritz.

Sofie se mostró disgustada.

—Es probable que mi padre no tenga intención de invitarnos a mi hermana ni a mí. Pero de una u otra manera conseguiré que nos encontremos por la casa. —Esbozó una sonrisa ladeada y prosiguió en voz baja—: Al menos nos veremos. Es mejor que nada. Pero preferiría estar a solas contigo.

Moritz le acarició la mejilla.

—Entonces ya somos dos.

Sofie sonrió, se dio la vuelta para marcharse y le lanzó un beso con la mano.

—Ya te echo de menos —exclamó él cuando ella salía del jardín de la capilla.

«Me quiere, me quiere —se regocijaba Sofie por dentro—. Así que esto es lo que se siente cuando una está a punto de explotar de felicidad.» El cuerpo le pedía movimiento. Se remangó las faldas con una mano, se sujetó el sombrero con la otra y echó a correr.

Røros, agosto de 1895 – Clara

El lunes Clara no fue a trabajar a la oficina. El secretario Dietz le hizo llegar una caja de fruta confitada y una carta en la que la felicitaba por su valentía y le pedía que se tomara al menos un día para recuperarse después de su heroica intervención. También le decía lo siguiente:

Es un honor para mí haberla conocido y trabajar con usted. Nuestra comunidad ha encontrado en usted (si bien será solo durante un tiempo, por desgracia) a una valiosa conciudadana y a un ejemplo extraordinario de altruismo activo y participación discreta en momentos de necesidad. Si me permite el comentario, le diré que estoy muy orgulloso de usted.

Estas amables palabras reafirmaron a Clara en su decisión de quedarse en Røros más tiempo del planeado e instalarse con Paul y Bodil en la casa del Hittersjøen. Se propuso acercarse a

la propiedad de la Bjørkvika ese mismo día y elaborar un inventario de los daños, las reparaciones urgentes y las compras necesarias.

El estado de Bodil había mejorado a ojos vista. A lo largo de la mañana su sueño se había tranquilizado y el tono pálido de sus mejillas se había convertido en un rosa delicado. El doctor Pedersen había recomendado que dejaran descansar lo máximo posible a la pequeña paciente para que el sueño surtiera su efecto reparador. Hacia el mediodía Clara subió a la niña a su propio cuarto y la tumbó en la cama. Paul los siguió y se quedó dormido junto a su amiguita agotado por los

acontecimientos de la noche.

La señora Olsson le preparó a Clara unos bocadillos y una botella de agua en una cesta y le prometió que vigilaría a los dos niños mientras ella estuviera fuera. El movimiento al aire libre le levantó el espíritu. Recorrió animada la Svenskveien a lo largo de la orilla del Hittersjøen y disfrutó de las amplias vistas que se le ofrecían gracias al ambiente despejado, que alcanzaban las lejanas cumbres del este, ya espolvoreadas de nieve recién caída.

La segunda revisión a la casa fue más concienzuda y le procuró a Clara algunas desilusiones. Confirmó su primera impresión de que la

construcción era sólida. Sin embargo, presentaba muchos desperfectos que debían arreglarse antes de poder instalarse cómodamente. Parte del tejado no era impermeable. La humedad filtrada había hinchado el entarimado en un rincón del desván y lo había hecho reventar. La bomba de agua de la cocina no funcionaba, aunque Clara no habría sabido decir si se debía al sistema mecánico o a las tuberías tendidas entre el lago y la casa. Había una ventana rota, varias contraventanas colgaban torcidas de las bisagras oxidadas, y todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. Clara no fue capaz de determinar si el fogón, la chimenea del salón y otra

estufa del piso superior seguían intactas. No se atrevió a encender nada. Consideró que el riesgo de que la chimenea estuviera llena de hollín o atascada y se produjera un incendio era demasiado alto.

Todo parecía indicar que la casa llevaba mucho tiempo inhabitada. Había muy pocos muebles. Faltaban las cortinas, las alfombras, las sábanas y otros textiles, y en la cocina solo una sartén abollada, dos cacerolas y una tabla de madera arañada daban cuenta de que allí se hubiera cocinado en algún momento. Clara lo examinó todo a conciencia durante dos horas hasta que se sentó al sol en el escalón superior de

la entrada. Sacó un bocadillo de rosbif de la cesta de la señora Olsson y pensó en los siguientes pasos que tendría que dar para rehabilitar la casa. Después de comer plasmó sus ideas en un cuadernito.

La lista era larga. Algunos de los puntos la hicieron suspirar. La reparación del tejado y del entarimado estropeado, una ventana nueva, la inspección y posible reparación de la chimenea y las estufas, la renovación de las tuberías de agua; todo ello supondría un gran esfuerzo para su pequeño bolsillo. Además también tendría que comprar mantas de abrigo, colchones, leña y los utensilios más necesarios para

la cocina.

«Si se quiere, se puede», oyó decir a su amiga Ottilie. Clara esbozó una amplia sonrisa. «Es verdad —pensó—. Y además ya no soy tan pobre. Solo tengo que pedir que me envíen los arcones y las cajas que ya han llegado a Hamburgo, y así tendremos por lo menos la ropa de cama, la vajilla y otras cosas útiles.»

Clara se levantó, se sacudió las migas de la falda y cerró la puerta con llave. Dejó la mano apoyada un momento en la madera calentada por el sol y levantó la mirada hacia la fachada de la casa.

—Vamos a llevarnos bien, lo

percibo —dijo en voz baja.

Volviendo a la ciudad, descubrió un tentador sendero a través del talud que conducía a una pequeña elevación y daba un rodeo por los campos que había a la derecha, junto a la carretera. En un bosquecillo dio con unas matas de arándanos repletos de bayas. Clara dedicó la siguiente media hora a llenar la cesta de la señora Olsson, y se imaginó la cara feliz y embadurnada de zumo que tendría Paul después de devorar la dulce fruta.

Un fuerte crujido y unos gritos sacaron a Clara de su ensimismamiento. Se incorporó y se vio frente a un puñado de niños entre los cinco y los diez años

liderados por un adolescente que tendría unos catorce. Se habían quedado a un par de pasos de distancia de ella. A juzgar por sus muecas desencajadas y el tono hostil, no habían aparecido en son de paz. En una suerte de cantinela, gritaban alternativamente:

—*Fyrheks! Fyrheks!*

—*Lavskrike, lavskrike!*

—*Pigg av! Dra til helvete!*

Clara se puso tensa y cerró los puños. ¿Qué tenían esos niños en su contra? ¿Por qué la llamaban bruja? No conocía la palabra *lavskrike*, pero las otras significaban: «¡Largo de aquí! ¡Vete al infierno!»

El líder se le acercó y braceó como

si quisiera ahuyentar un insecto molesto. Clara contuvo el impulso de salir corriendo, se cruzó de brazos y lo miró directamente a los ojos. El chico escupió delante de ella y le dio una patada a la cesta, que estaba en el suelo. Las bayas salieron rodando. A una señal del adolescente, los demás niños se acercaron entre gritos y pisotearon la fruta.

—*Hvorfor gjør dere det?* (¿Por qué hacéis eso?) —gritó Clara dando un paso hacia el grupo.

Los niños se apartaron, empezaron a bailar a su alrededor y retomaron la cantinela.

—*Fyrheks! Fyrheks!*

—*Lavskrike, lavskrike!*

—*Pigg av! Dra til helvete!*

Clara se tragó a duras penas las lágrimas que le inundaban los ojos. «¡No muestres debilidad!», se ordenó. Los niños le parecieron duendes malvados e impredecibles. ¿Qué debía hacer? ¿Salir corriendo? No, eso no era buena idea. Las faldas se le engancharían en la maleza y correría el riesgo de caerse. A saber qué sucedería entonces. Clara ya se veía sepultada por sus perseguidores, que la golpearían con sus pequeños puños, la pisarían y la morderían.

Una de las niñas abrió los ojos como platos. Enmudeció y señaló con el brazo

algo detrás de Clara. Los demás niños siguieron su mirada. Gritaron y se dispersaron a toda velocidad. El líder blandió el puño en dirección a Clara y se unió a los fugitivos. En sus ojos vio miedo y terror. Se dio la vuelta. A unos metros detrás de ella había una mujer más o menos de su estatura. Llevaba un abrigo amplio, botas y un sombrero masculino de ala ancha. Se apoyaba en un largo bastón arqueado en la parte superior y llevaba una bolsa de cuero al hombro. A Clara le resultó difícil calcular su edad. Su postura erguida, los ojos brillantes y los labios carnosos transmitían una imagen juvenil. Sin embargo, las manos nervudas, los

mechones blancos de su cabello castaño, que llevaba recogido en una trenza, y las arruguitas en torno a la boca y los ojos indicaban que había superado ampliamente los cuarenta. La mujer le sonrió a Clara.

—No le des importancia —dijo haciendo un gesto hacia los árboles tras los que habían desaparecido los niños—. Los pobres críos son así. Tienen padres tontos. Dicen que el *lavskrike* es un pájaro de mal agüero. Y eso que todos los niños de mi pueblo saben que trae suerte.

Clara miró fijamente a la mujer, que la tuteaba con naturalidad. A ella no le parecía que infundiera temor. Quizá sí

era un poco extraña. Pero no inquietante. ¿Por qué tenían los niños tanto miedo de ella?

Como si le hubiera leído el pensamiento, la mujer se lo explicó:

—Creen que soy bruja. —Se rio entre dientes—. Es muy útil. Los mantiene alejados de mí.

—También piensan que yo lo soy — dijo Clara.

La mujer asintió.

—Lo sé. Has salvado a la niña del fuego. La noticia ha llegado aquí también.

—Pero ¿por qué me llamaban «bruja del fuego»?

—Algunos creen que los pelirrojos

como tú tienen un vínculo con el diablo y por eso el fuego no les hace daño.

Clara arqueó las cejas.

—¡Eso es una locura!

La mujer le guiñó un ojo.

—Pues eso, que la gente es tonta. —

Levantó la mano para despedirse—. Tengo que seguir. Me alegro de haberte conocido.

—Gracias por su ayuda —dijo Clara.

—Bah, si no he hecho nada —respondió la mujer, se llevó la mano al ala del sombrero y se marchó.

En ese momento Clara se dio cuenta de que entre las ramas de los abedules bajos que rodeaban el claro de los

arándanos había numerosas ovejas y cabras. La mujer se metió dos dedos en la boca. Se oyó un silbido estridente, y un perro peludo se acercó de un salto y ayudó a su dueña a llevar el rebaño hacia la loma.

Clara regresó a la carretera. El encuentro con los niños y la pastora la había agitado. En el plazo de un día había experimentado reconocimiento y aprobación, hostilidad y rechazo, y por último ayuda y atención; una auténtica montaña rusa de emociones. ¿Qué prevalecería en las próximas semanas y meses? ¿Cómo reaccionaría la gente a la noticia de que estaba cuidando de la niña gitana? ¿Tendría problemas con las

autoridades, que quizás insistirían en meter a Bodil en un orfanato? ¿Y qué sería de su hijo? ¿Lo aceptarían en la escuela después de las vacaciones o lo insultarían y lo marginarían como a un extraño?

Esa pregunta le rondaba a Clara desde hacía un tiempo. Paul, al igual que su padre, estaba bautizado por la Iglesia evangélica. Olaf, al que nunca le había interesado mucho ejercer su fe y jamás había asistido a un servicio protestante en Bonn, siempre se había mostrado de acuerdo en que Clara le transmitiera a su hijo sus ideas religiosas. En las festividades importantes como la Navidad, la Pascua y Pentecostés, los

acompañaba a misa, y a veces también iba con ellos a la iglesia los domingos. Para él era importante que Paul recibiera una educación cristiana, pero le daba igual bajo qué signo fuera.

Clara sospechaba que aquella postura era una excepción. Puede que para la señora Olsson y el secretario Dietz tampoco fuera importante a qué confesión pertenecía. Sin embargo la inmensa mayoría de los habitantes de Røros parecía mostrar reservas no solo hacia la gente con otras creencias, sino en general hacia las personas con un estilo que se saliera de su norma. Clara hizo una mueca. Seguramente era así en todas partes y no era una característica

propia de aquel lugar. ¿Por qué le resultaba tan difícil a la mayoría de las personas aceptar otras convicciones, otras religiones y otras costumbres, tal como decía la expresión: «vive y deja vivir»?

Entretanto había llegado al extremo del Hittersjøen y ya veía las primeras casas de la ciudad. Respiró hondo y levantó la cabeza. No, no dejaría que los estrechos de miras la espantaran. Mientras supiera que había personas como la señora Olsson y el secretario Dietz de su lado, aguantaría las hostilidades y los rumores supersticiosos. Recordó las palabras con las que la hermana Gerlinde la había

consolado en una ocasión en que dos niñas se habían burlado de ella en clase de primera comunión diciendo que era una huérfana miserable a la que nadie quería.

—No les hagas caso —le había dicho—. Que digan esas cosas tan feas de ti no significa que valgas menos que ellas. Al contrario, demuestra lo cerrada que tienen la mente y lo inseguras que son. Te molestan para sentirse mejor. En el fondo merecen tu compasión.

Cuando Clara regresó a la pensión hacia el final de la tarde, la señora Olsson estaba sirviendo la comida principal del día a sus huéspedes. Paul y Bodil aún no se habían dejado ver, y la

última vez que la dueña había ido a mirar, seguían dormidos. Clara puso tres platos de guiso de cordero en una bandeja y los subió a la buhardilla. Encontró a los niños sentados juntos y en armonía en la cama, con las cabezas enterradas en un libro ilustrado.

—¡Mamá!

Paul se levantó de un salto, corrió hacia ella y la abrazó. Clara lo apretó contra sí y miró a Bodil, que se había movido hacia el borde de la cama y la observaba con desconfianza.

—¿Me presentas a tu amiga?

Paul se soltó, se acercó a Bodil, la cogió de la mano y la levantó de la cama.

—Esta es mi mamá. ¡No tengas miedo de ella!

Clara se agachó.

—Haz caso a Paul. ¡No te haré nada! Y tampoco te llevaré al orfanato. Si quieres, puedes quedarte con Paul y conmigo hasta que vuelva tu papá.

Las facciones de Bodil se relajaron un poco. Escudriñó a Clara con sus ojos grises oscuros, sobre los que se dibujaban unas cejas finamente arqueadas. «Ningún niño debería tener una mirada así —pensó Clara—. Tan seria y precavida. Pero no me extraña, sabiendo las experiencias tan horribles por las que ha pasado en su corta vida.»

—Bueno, empezaremos por

recuperar fuerzas —prosiguió, y señaló los platos humeantes de los que emanaba un sabroso aroma.

Los niños devoraron sus raciones en un abrir y cerrar de ojos. Clara sonrió y propuso hacer juntos una excursión a la cocina.

—Me parece recordar que la señora Olsson ha preparado leche frita de postre. Estoy segura de que habrá sobrado para nosotros.

«Y después a la bañera», añadió en silencio. Bodil estaba cubierta de mugre. Ojalá no se resistiera. Después de un día tan agotador, no era precisamente alentador pensar en una batalla campal acuática con aquella niña

ágil que quizá se defendería con arañados y mordiscos.

Los temores de Clara no se hicieron realidad. Al contrario: Bodil se mostró impaciente por que el barreño se llenara con el agua que Clara calentó en dos grandes cazuelas sobre el fuego. Después de hacer salir a Paul de la cocina, la niña se deslizó en el baño con un suspiro agradable. Dejó que Clara se quedara. Mientras le lavaba el pelo, esta parpadeaba a través de los vapores que emanaban del agua caliente. Clara sintió que el cuerpecito se ponía tenso.

Antes de que pudiera preguntarle si le había hecho daño o si le había entrado jabón en los ojos, la pequeña

musitó:

—El hombre de humo estuvo donde las sierras. ¿Fue él quien encendió el fuego?

Clara se quedó perpleja.

—¿Qué quieres decir?

Bodil giró la cabeza hacia ella.

—Por la noche, antes del incendio.

Entonces fue cuando lo vi.

—¿A quién? ¿Sabes cómo se llama?

—No, no lo reconocí. Estaba demasiado oscuro.

—¿Y por qué lo llamas el hombre del humo?

—Porque estaba rodeado de él.

—¿Lo habías visto alguna otra vez?

Bodil negó con la cabeza. Clara

cogió una esponja y comenzó a frotarle la espalda. ¿A quién habría visto la niña? ¿Sería el responsable del incendio? ¿O sería aquel hombre del humo un producto de su imaginación, alimentada por alguno de los personajes que poblaban las creencias populares de la zona? Clara se propuso preguntar al secretario Dietz, que recopilaba los mitos y las leyendas del lugar. Tenía que evitar a toda costa que aquello diera pie a rumores y que se condenara a alguien de forma injusta.

—Mientras no sepamos a quién viste, este será nuestro secreto, ¿de acuerdo? —dijo apoyando una mano en el hombro de Bodil.

La niña le devolvió la mirada y asintió.

30

Røros, agosto de 1895 – Sofie

Las sospechas de Sofie resultaron ser ciertas: su padre no tenía ningún interés en contar con la presencia de sus hijas en la comida a la que había invitado a los dos alemanes después de la reunión. Silje lo aceptó con indiferencia, incluso con cierto alivio, ya que la eximía de la responsabilidad

de ocuparse del bienestar de los invitados como señora de la casa que era. Por mucho que le gustara aquel papel que había adoptado tras la muerte de su madre, Silje no se dedicaba a él en cuerpo y alma. Analizaba cuidadosamente para quién merecía la pena hacer el esfuerzo y cuándo podía rehuir su nueva responsabilidad sin miedo de enfadar a su padre. En este caso la situación estaba clara: Ivar Svartstein, cuyo humor había tocado fondo desde el fin de semana, no había dejado lugar a dudas de que no deseaba más compañía que la de su ayuda de cámara, que serviría a los caballeros.

En el fondo Sofie se alegraba de

poder evitar a su padre. Reventaba de rabia a la menor ocasión. Esa mañana había sido el cortapuros, que no había encontrado en su estuche al querer metérselo en el bolsillo del traje. Le gustaba cortar sus habanos en forma de uve con aquella herramienta de acero de unos quince centímetros de largo, cuyos lados estaban decorados con cuerno de ciervo. En opinión de Sofie, el encono que su padre había descargado sobre Ullmann no tenía nada que ver con el valor de aquel objeto, que sin duda era útil, pero no especialmente caro. El ayuda de cámara le daba lástima. Al menos su padre no había cometido el error de acusarlo de robo a él o a algún

otro miembro del servicio. Ullmann corrió por la casa, preguntó a la criada Eline y a la doncella Britt si habían visto el utensilio perdido entre la colada o en algún otro lugar, registró a conciencia todos los cajones y armarios y no tuvo reparos en ponerse a cuatro patas y buscar debajo de las butacas del salón de fumar.

Mientras tanto, Sofie se preguntaba desesperada cómo lograría hablar con Moritz sin levantar sospechas, aunque solo fuera un momento. No sabía cuánto tiempo se quedaría en Røros. El lunes, el comandante Von Rauch había comentado que de dos a tres días. ¿Y si Moritz tenía que marcharse antes de que

volvieran a verse? ¿Cómo hablarían entonces de qué sucedería entre ellos a partir de ahora?

Después de que no lograra cazarlo al entrar en la casa, y con el temor de que se fuera después del almuerzo sin ocasión de hablar y planear otro encuentro, recurrió a una artimaña. Subió al desván y buscó la caja de sus viejas cosas de la escuela. Entre cartillas de lectura, cuadernos, libros de texto de geografía, ciencias naturales e historia, un catecismo y un cancionero, encontró el librito de anécdotas pasadas de Røros. Su profesor de geografía e historia local, muy preocupado por la conservación de la herencia cultural de

la ciudad, había regalado a todos sus alumnos un ejemplar de la obra escrita por él, con la esperanza de plantar en ellos la semilla de su pasión de manera que no se perdiera el recuerdo de la historia viva del lugar.

Sofie se rio para sus adentros al coger el libro y pensó: si el pobre hombre supiera para qué servirá hoy su obra. Arrancó una hoja en blanco de un cuaderno de cuentas, sacó un lápiz de un plumier de madera que utilizaba para guardar los utensilios de escritura en la escuela, y escribió:

Librería Amneus Boghandel a las dos.

Metió el papelito doblado en el libro a modo de marcapáginas allí donde se describía la desafortunada campaña del ejército sueco en el invierno de 1718/1719, y bajó a buscar a Ullmann. Encontró al ayuda de cámara en la cocina, adonde había ido a buscar una jarra de café recién hecho. Sofie lo esperó en el pasillo y se aseguró de que no tuvieran público.

—¿Puedo pedirle un favor?

Ullmann frunció el ceño.

—No se preocupe, no lo distraeré de sus obligaciones —dijo Sofie señalando con la barbilla hacia la jarra de café—. Solo quiero pedirle que le entregue este libro al señor Von Blankenburg-

Marwitz. Anteayer tuve ocasión de guiar a los dos caballeros hacia la Korthaugen Skanse. Mientras la recorriamos, surgió el tema de la invasión sueca durante la Gran Guerra del Norte. Dado que el señor Von Blankenburg-Marwitz mostró un gran interés por dicho capítulo de nuestra historia, me ofrecí a prestarle alguna lectura sobre el tema.

Ullmann cogió el libro y asintió en dirección a Sofie.

—Lo haré inmediatamente. ¡Tiene usted todo mi respeto! Sustituyó a su padre de forma ejemplar. Los caballeros pueden sentirse afortunados de que se mostrara usted interesada.

Sofie bajó la mirada abochornada.

Los elogios le agradaban, pero al mismo tiempo le resultaban incómodos. ¿Qué pensaría Ullmann de ella si supiera lo que tramaba en realidad? Las citas secretas sin duda no tenían lugar en su concepción del mundo, marcada por la corrección y las normas del decoro. Desechó la mala conciencia, dio las gracias al ayuda de cámara y subió a su cuarto.

Sofie abrió la puerta de la librería de Kirkegata a las dos en punto. Per Daniel Amnéus, un hombre robusto en la sesentena de barba y patillas pobladas que dirigía el negocio desde la muerte

de su tío en 1869, la saludó con una simpática sonrisa.

—Ah, señorita Svartstein, ¿en qué puedo servirla hoy? —Se colocó bien las gafas sin montura de cristales redondos y miró a Sofie con expresión de lamento—. El envío de Christiania, en el que están incluidos los libros que pidió usted, aún no ha...

—No se preocupe —lo interrumpió Sofie—. No he venido por eso. Simplemente quería echar un vistazo.

El señor Amnéus insinuó una reverencia, hizo un gesto invitador hacia las estanterías y se retiró a la parte trasera de su negocio, donde se encontraba su pequeña oficina.

En cuanto Sofie se acercó a la estantería de las novelas inglesas y de otros países, se oyó la campanita de la puerta y Moritz entró en la tienda. El vendedor se acercó rápidamente y le preguntó qué deseaba. Moritz le mostró el librito de las anécdotas históricas de Røros y quiso saber si tenía más obras del mismo autor.

El señor Amnéus negó con la cabeza.

—Me temo que debo decepcionarlo. Hasta donde yo sé, esa es la única publicación de nuestro apreciado geógrafo e historiador.

—Qué lástima —dijo Moritz—. He encontrado información muy valiosa en

él y me habría gustado saber más.

Sofie, que hojeaba una novela de sir Walter Scott, sintió que se le aceleraba el corazón. Dejó el libro en su sitio y se acercó al mostrador, junto al que se encontraban el señor Annéus y Moritz.

—¿Ha encontrado algo, señorita Svartstein? —preguntó el librero.

—No, no me he decidido. Volveré a pasar por aquí en los próximos días —respondió Sofie y se despidió del señor Annéus, que le sujetó la puerta. Cuando pasó junto a Moritz, él la miró a los ojos y después desvió la mirada hacia el bolsillo de su abrigo. Una vez en la calle, ella metió la mano dentro y sacó una nota doblada varias veces.

Si consigues arreglártelas, ven al edificio trasero del Proviantskrivergården. En estos momentos está vacío. Estoy impaciente por estrecharte en mis brazos. ¡Espero que hasta ahora! M.

Sofie recorrió la Kirkegata hasta la Rau-Veta, giró a la derecha hacia el callejón y poco después estaba delante de la farmacia Löwen, enfrente del edificio alargado al final de la Hyttegata que en su día había sido la vivienda, el almacén y la oficina del administrador de las provisiones y de los alimentos de la empresa de cobre. Desde hacía varios años se utilizaba para alojar a los socios

que venían de fuera y a los invitados de la compañía minera.

Sofie continuó un poco por la Rau-Veta en dirección al Hitterelva, que discurría por la parte posterior del terreno, hasta un portón que le condujo al patio interior de la propiedad. Estaba desierto. Se quedó allí sin saber qué hacer. La alegría por el encuentro con Moritz se mezcló con una sensación inquietante. ¿Cómo justificaría su presencia allí si aparecía alguien? ¿Y si la veían con el joven alemán? «Date la vuelta antes de que sea demasiado tarde», la apremió la voz de la razón. Sofie se volvió hacia el portón y casi chocó contra Moritz, que entraba justo

en ese momento. Dio un traspiés.

—¡Epa! —Le tendió una mano con una sonrisa y la sujetó—. No sabes lo mucho que me alegro —dijo en voz baja.

Las reservas de Sofie se desvanecieron. Le devolvió la sonrisa y lo siguió a un edificio bajo en el extremo del patio. Al igual que muchas otras grandes propiedades de la ciudad, el Proviantskrivergården también disponía de una casa para el servicio. A diferencia del edificio principal, los toscos tablones no estaban revestidos con paneles. Un par de peldaños de madera conducían a la entrada.

—¿Estás seguro de que no hay nadie

dentro? —susurró Sofie.

Moritz asintió.

—Al parecer lleva mucho tiempo vacía. Quieren renovarla y reamueblarla.

Abrió la puerta y condujo a Sofie a una sala decorada en muchos colores.

—Parece una casa de muñecas —dijo Sofie señalando el techo bajo y las pequeñas ventanas con los vidrios soplados abombados.

Moritz se dejó caer sobre un banco tapizado, y atrajo a Sofie hacia sus rodillas.

—En la menor de las cabañas hay sitio suficiente para una pareja que se ama.

—¿Eso también es de tu escritor favorito, Goethe? —preguntó Sofie.

—¿Así que has reconocido las citas? ¡Impresionante! —dijo rodeándole la cintura con el brazo—. No, esta es de Schiller.

—Sea quien sea, tiene razón —dijo Sofie—. Imagina que esta fuera nuestra casita y pudiéramos vivir aquí.

—Mi pequeña soñadora —replicó Moritz, y la besó en la punta de la nariz—. Puede que a la larga se nos hiciera un poco pequeño.

Sofie se encogió de hombros.

—Mientras esté contigo, me da igual dónde y cómo viva. —Prosiguió con una sonrisa pícaro—: Aunque... Cuando

haya cuatro o cinco niños por aquí, puede que sí necesitemos más sitio.

Moritz se estremeció de forma casi imperceptible. Sofie se rio entre dientes.

—Deberías verte la cara. Pero no te preocupes, antes de ser madre quiero vivir un poco y ver mundo.

Moritz asintió.

—Deberías hacerlo, sin duda. Eres demasiado joven para la vida seria de un ama de casa.

Sofie se apartó un poco de él y le buscó la mirada.

—¿Viajaremos mucho? ¿Dónde viviremos?

Moritz sonrió.

—¿Cómo sería tu vida ideal

conmigo?

—Hummm, la verdad es que no lo he pensado con tanto detalle. Sé tan poco sobre ti y tu familia, dónde vives, dónde trabajas exactamente, tus gustos... — Sofie se detuvo y reflexionó—. Estaría bien tener una casa propia con un gran jardín. No demasiado lejos de la ciudad, pero tampoco en el centro... —Se calló y se encogió de hombros—. Pero como ya te he dicho, en el fondo me da igual. Lo importante es que pasemos mucho tiempo juntos.

—En cuanto deje el servicio, tendré todas las opciones que quiera —dijo Moritz—. Y tiempo a espuestas.

—¿Cuándo será eso?

—La próxima primavera. Entonces planearé mi boda y lo arreglaré todo.

Sofie le tomó la mano.

—¿Nos veremos de vez en cuando?

—Me temo que no puedo prometértelo.

Sofie torció el gesto.

—Lo entiendo, tienes muchas obligaciones y tareas. Pero puedo esperar. De todos modos tendré que hacerlo. Mi padre no permitiría una boda antes de que pasara el año de luto.

—Frunció el ceño—. ¿Y tus padres? ¿Estarán de acuerdo?

—Se alegrarán de que me case por fin. Hace ya un tiempo que no me dejan en paz con el tema —respondió Moritz.

—Pero yo no soy noble —dijo Sofie.

—Mis padres son liberales en ese aspecto. Lo más importante es que mi esposa sea de buena familia, culta y tenga modales impecables. No sé qué podrían objetar a mi elección.

Sofie se arrimó a él.

—Daría cualquier cosa por poder irme ya contigo a Alemania.

Moritz le quitó el sombrero, le sacó un mechón de pelo del moño y se lo enrolló en el dedo.

—¿Me lo das?

Sofie se sonrojó y musitó:

—Llévatelo como prenda de mi amor.

Moritz se sacó una navaja del bolsillo del pantalón y cortó el mechón.

—¿No tienes calor? —preguntó, e hizo un amago de soltarle la chaqueta.

Sofie se asustó, le sujetó las manos y negó con la cabeza. Él levantó los brazos en señal de rendición.

—Solo quiero que estés cómoda. No voy a hacer nada que no quieras, te lo prometo.

—Es todo tan extraño para mí —susurró Sofie—. Quiero estar muy cerca de ti, y al mismo tiempo tengo miedo. ¿No es una locura?

—Puede que sí —dijo Moritz con una sonrisa amable—. Pero no deberías tener miedo, de verdad. No soy el lobo

feroz que devora a la inocente ovejita.

Sofie profirió una risita al imaginárselo y volvió a arrimarse a él. Cerró los ojos y aspiró profundamente su aroma. «¿Cómo se puede estar tan feliz y tan triste al mismo tiempo? — pensó—. En sus brazos me siento indescriptiblemente a gusto. ¿Cómo voy a vivir sin él?»

—Ay, Sofie, si pudiera detener el tiempo... No quiero ni pensar que mañana por la mañana tendré que despedirme —susurró Moritz abrazándola más fuerte.

—¿Mañana ya?

Sofie se incorporó y miró a Moritz a los ojos, en los que se reflejaba su

propio deseo. Todo el cuerpo le pedía acercarse a él. «¡No debes! —exclamó la voz de la razón—. ¡No seas imprudente ni pongas en juego tu buena reputación! ¡No puedes entregarte a él, todavía no!» «Pero nos amamos —replicó a las advertencias—. Y pronto también seré suya a ojos de los demás. Así que, ¿por qué esperar?» Sofie se inclinó hacia Moritz y le dio un beso, al que él respondió con creciente intensidad. Un rato después ella sintió que él deslizaba una mano bajo su corpiño. Sintió un escalofrío al percibir el tacto de sus dedos en la piel desnuda. Las advertencias se reanudaron, la vocecita le suplicó que se apartara antes

de que fuera demasiado tarde. Sofie la ignoró. Las sensaciones que la inundaban eran demasiado excitantes.

Moritz se separó y preguntó en voz baja:

—¿Puedo verte?

A Sofie se le aceleró el pulso. Sin esperar respuesta él comenzó a soltarle las cintas del corsé. Mientras tanto la cubría de pequeños besos en el cuello y en la nuca. A Sofie se le encogió el estómago. Moritz le quitó el corpiño por la cabeza y deslizó los labios por las clavículas y el hueco que había entre ellas. Al mismo tiempo le acariciaba los pechos. Sofie profirió un gemido. No sabía qué le estaba sucediendo. Una ola

de nuevas sensaciones la inundaba. Con Moritz como guía, descubrió su cuerpo, aprendió a conocer zonas sobre las que antes ni siquiera se habría atrevido a hablar. La voz en su interior volvió a gritar. Resonaba sin que nadie le hiciera caso, acallada por el zumbido en los oídos de Sofie. La tormenta de pasión que había desatado Moritz barrió todas las dudas y reservas. Ni siquiera el dolor punzante que la recorrió de forma inesperada la sacó del delirio que experimentó cuando se fundieron en uno.

—Ya soy tu mujer —murmuró Sofie cuando Moritz se dejó caer de espaldas entre jadeos y ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Tienes un talento natural —dijo Moritz pasándole la mano por el pelo, que en algún momento había soltado del moño.

—¿A qué te refieres?

—Tienes una curiosidad refrescante y no muestras esa falsa vergüenza que os inculcan en los pensionados y los liceos.

Sofie se apoyó en los antebrazos y observó a Moritz.

—¿Con cuántas chicas has estado ya como para poder juzgarlas así? —le preguntó poniendo cara de disgusto.

—Tengo hermanas y primas —respondió con sequedad—. Todas se enfrentan al matrimonio sin tener ni idea, con una mezcla de miedo y tontería

romántica. La mayoría suele olvidarse de esto último en la noche de bodas. Aún recuerdo el espanto en los ojos de la esposa de mi hermano mayor cuando se acercó dando traspiés a la mesa del desayuno la mañana siguiente de su boda.

—Pobre. Sé a qué te refieres. Aquí no se habla de esas cosas. Al menos no delante de muchachas inocentes —dijo Sofie—. Quién sabe qué me habría sucedido a mí si no te hubiera conocido.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo Moritz.

—Y esa es mi intención. Si te soy sincera, yo tampoco tenía ni idea de lo que me esperaba —respondió Sofie.

Siguió con un dedo la línea de las cejas del joven y, tras un breve silencio, continuó—: No entiendo por qué se supone que algo tan bonito es pernicioso y pecaminoso. Por qué se demoniza y se nos convence de que no es decoroso. ¿Por qué nos ha dado Dios la capacidad de sentir estas emociones si no quiere que las experimentemos?

—Los guardianes de la virtud te responderían que no es un don de Dios, sino del diablo —dijo Moritz—. Pero me alegro de que tú no lo veas así —añadió, y la atrajo hacia sí para darle un largo beso.

Sofie volvió a sumirse en una felicidad que le quitaba el sentido.

«Seré la mujer más feliz del mundo»,
pensó estrechando a Moritz entre sus
brazos.

Røros, agosto de 1895 – Clara

Clara no le habló a nadie de su encuentro con los niños hostiles. No quería asustar a Paul. O que la señora Olsson, preocupada por su seguridad, intentara convencerla de que no se mudara a la casa junto al Hittersjøen. Para saber algo más de la mujer que había ahuyentado a los niños, el

miércoles, cuando retomó el trabajo en la oficina, se informó como de pasada con el secretario Dietz.

—¿Podría decirme qué vecinos tendré allí, en la Bjørkvika? —le preguntó en la pausa del café que hacían todas las mañanas.

El señor Dietz se rascó la barbilla.

—Hummm, es difícil de decir. En realidad solo hay grandes propiedades en la otra orilla. —La observó con detenimiento—. ¿Le resulta demasiado solitario?

—No, solo lo pregunto porque ayer me encontré con una pastora y tengo curiosidad por saber dónde vive.

—Al otro lado de la Svenskveien

hay un par de *seter*, es decir, cabañas de montaña —dijo el secretario—. Seguramente vive en una de ellas, al menos en verano. Pero algunas se utilizan durante todo el año.

Clara asintió.

—Ya me había contado que muchos de los obreros también son agricultores. Solo me ha sorprendido un poco que esa mujer cuidara de un rebaño tan grande.

—Algunos pequeños campesinos no cuidan ellos mismos del ganado, sino que se lo encargan a pastores que a menudo vigilan los animales de varios dueños al mismo tiempo. —El señor Dietz frunció el ceño—. Pero tiene razón. Es extraño que se tratara de una

mujer. Es habitual que las mujeres trabajen en los pastos, pero por lo general se contrata a hombres para los grandes rebaños. Personalmente no conozco a ninguna pastora en Røros. Puede que venga de otra zona.

—Es posible. Hizo algún comentario que parecía indicar que no era de por aquí —murmuró Clara y bebió un sorbo de su taza de café.

El secretario ladeó la cabeza.

—¿No será usted una detective frustrada? ¿Qué motivó sus sospechas?

Clara se encogió de hombros apocada.

—Puede que me equivoque. Al fin y al cabo apenas estoy en disposición de

juzgarlo.

—No sea tan modesta. Tiene una intuición muy aguda. Dígame, ¿de qué comentario se trataba?

—Fue sobre un pájaro, el *lavskrike*.

—¿El arrendajo funesto? —preguntó el secretario.

—Exacto. Parece que aquí tiene mala fama —respondió Clara—. En cambio la mujer dijo: «Todos los niños de mi pueblo saben que traen suerte.»

—Efectivamente es un indicio que corrobora sus sospechas. Yo diría que la pastora es lapona.

—¿Una lapona? ¿Tan al sur? Siempre había creído que vivían mucho más al norte —dijo Clara.

Recordó el cartel de uno de los zoológicos humanos de Hagenbeck que había visto con Paul en una columna de anuncios un año antes. Para la exposición se había traído a una gran familia lapona que pudo admirarse en el zoo de Hamburgo, y más adelante también en Berlín y en Leipzig. Paul se había lamentado de que no pasaran por Bonn. Le habría encantado ver con sus propios ojos a aquellas exóticas personas, cuya vida imaginaba completamente libre y llena de aventuras.

En la parte superior de la imagen se veían tres retratos de aquel pueblo nómada nórdico. Tenían la piel tostada

por el sol y su mirada tenía un matiz feroz. Llevaban gorros altos, abrigos coloridos y zapatos de piel con las puntas levantadas. Debajo se veían escenas del campamento en el que vivían durante la exposición. En él levantaban y desmontaban una y otra vez sus tiendas, que a Sofie le recordaban a los tipis de los indios, daban de mamar a sus bebés, cocinaban en hogueras y tallaban utensilios. De vez en cuando atrapaban con el lazo a los renos que Carl Hagenbeck había traído también de Laponia, los ordeñaban o los ataban a los trineos para dejarse arrastrar un poco de aquí allá y dar así a los espectadores una idea de las

migraciones que realizaban con aquellos animales entre los pastos de invierno y los de verano.

—Sí, muchos miembros de este pueblo primitivo son criadores de renos en Finnmark y en el extremo norte de Suecia y Finlandia —respondió el secretario—. Pero también hay numerosos lapones sedentarios que se dedican a la pesca y a la agricultura en las costas. Y en esta zona viven desde hace varios siglos algunos clanes de *sørsami*, como se llaman a sí mismos, es decir, lapones del sur. Antes estaban asentados aquí y sus renos pastaban en los prados montañosos y los bosques poco densos del Rørosvidda. Sin

embargo, la ley lapona noruego-sueca de 1883 permite a los Estados retirarles a los lapones el derecho a pasto o limitarlo de forma considerable allí donde la cría de renos constituye un obstáculo para la agricultura o la silvicultura. Desde entonces, se ven obligados a trasladarse con sus rebaños a Suecia para que los animales encuentren comida suficiente. Sin embargo, algunos se han empobrecido y ahora malviven como jornaleros o mendigos. ¡Es terrible!

—¡Qué horror! —exclamó Clara—. Pobre gente. ¿Por qué nadie lucha por ellos?

El señor Dietz miró a Clara con

seriedad. La arruga entre sus cejas se hizo más profunda.

—Se trata de una gran injusticia. Pero me temo que somos pocos los que opinamos así. Los campesinos y los dueños de bosques de la zona tienen mucha influencia y desprecian a los lapones, a los que consideran primitivos e incultos.

—Algunos días tengo la impresión de que apenas hay personas capaces de aceptar a los demás de forma abierta y sin prejuicios —musitó Clara.

—La entiendo muy bien —dijo el secretario—. Yo también me desespero a menudo cuando veo la estrechez de miras de algunos de nuestros coetáneos.

Y las ansias por criticar a los demás y propagar chismes.

—¡Y usted que lo diga! —se le escapó a Clara.

El señor Dietz le dedicó una mirada pesarosa.

—Sé que vivir aquí no es fácil para usted. Y créame cuando le digo que mi mujer y yo hacemos todo lo posible por contrarrestar los rumores que circulan sobre usted.

Clara frunció el ceño.

—¿Qué tipo de rumores?

—Eh... Disculpe, no quería... Siento mucho... —balbuceó el secretario. Se sonrojó.

—No se disculpe. Yo misma he

podido oír algunos de ellos. Al parecer soy una bruja del fuego porque logré sacar a la niña ilesa de entre las llamas.

El señor Dietz negó con la cabeza.

—¡Increíble! ¡Menuda estupidez!

Pero, por decirlo en palabras de su compatriota Theodor Fontane: «Toda la inteligencia del mundo es impotente contra cualquier estupidez que esté de moda.»

Clara rio entre dientes.

El secretario le guiñó un ojo y continuó con más seriedad:

—Por desgracia la ignorancia puede causar mucho daño. En estos momentos la ciudad bulle de especulaciones sobre la causa del incendio del aserradero.

Así es fácil que un inocente sea considerado sospechoso.

La elocuente mirada con la que acompañó estas palabras dejó a Clara petrificada.

—¿Con eso quiere decir que piensan que fui yo?

—Como ya he dicho, circulan diversos rumores —dijo el señor Dietz, a quien le resultaba visiblemente incómodo abochornar a Clara—. Otros creen que fue su suegro.

—Por el amor de Dios, ¿cómo se les ha ocurrido eso? —exclamó Clara.

—Creen que Sverre Ordal quería vengarse por haberlo perdido todo a manos de Ivar Svartstein —respondió

— Se le achaca un motivo similar a otro sospechoso, un antiguo empleado del aserradero que acabó en la indigencia debido a la quiebra de su superior. Creo que se llama Gundersen.

Clara abrió los ojos como platos.

—¡No, es imposible! ¡El viejo Gundersen no! Él jamás... —Se detuvo y continuó más tranquila—: No ha podido ser él, hace semanas que no está en la ciudad.

—Hummm, yo no sé nada. Pero al parecer varias personas lo han visto en los últimos días —comentó el secretario.

—¿Acaso hay pruebas de que fuera intencionado? —preguntó Clara.

—No, todavía no. El capitán de los bomberos hará investigar las ruinas del cobertizo para averiguarlo. Espero que obtenga resultados pronto y ponga fin a los desafortunados cotilleos.

—Eso espero yo también —dijo Clara pensando en el misterioso hombre del humo que había mencionado Bodil. ¿Fue Sverre Ordal a quien vio aquella noche? ¿O al viejo Gundersen? ¿Sería uno de ellos el culpable? Clara se quedó sin respiración solo de pensarlo.

Poco antes de volver a la pensión al final de la tarde, llevó una caja con documentos recién copiados al archivo

del Bergskrivergården. Absorta en sus pensamientos, descendió las escaleras que conducían a la pequeña estancia de la planta baja protegida por una puerta ignífuga. No conseguía olvidar el comentario de que el viejo Gundersen estaba en Røros de nuevo. En las últimas semanas se había preguntado a menudo cómo le iría y si habría encontrado un buen trabajo. Había esperado en vano que él diera señales de vida, y cada vez estaba más preocupada. Si realmente había regresado, eso significaría que su búsqueda de empleo estable no había tenido éxito. ¿Dónde estaría alojado? No tenía parientes en la ciudad.

Clara estaba ordenando los libros de un archivador cuando dos voces masculinas que mantenían una conversación en alemán en el pasillo atrajeron su atención. Debían de pertenecer a los dos asesores militares de los que le había hablado el secretario. Ivar Svartstein le había pedido un par de días antes que les sacara planos e inventarios de propiedades. Al parecer venían a devolverlos. Clara se acercó a la puerta entornada, oteó por la rendija y confirmó sus suposiciones. Los dos hombres que avanzaban lentamente por el pasillo llevaban uniformes, y a juzgar por los galones que llevaban en los

hombros, ostentaban un alto rango. El mayor de los dos, un hombre nervudo de pelo corto, seguramente era capitán. Dirigía una mirada de profunda desaprobación a su acompañante, un joven oficial de pequeño bigote, pelo castaño y constitución delgada.

—Ya es hora de que nos marchemos de Noruega —dijo—, antes de que vuelvas locas a más muchachas inocentes. ¡Como no tengas cuidado, acabarás metido en un buen lío!

—Qué le voy a hacer si en este país crecen florecillas tan hermosas —respondió el joven guiñando el ojo.

—Pero no hace falta que las cojas todas. Sobre todo porque pronto dejarás

el servicio y te casarás.

—¡Precisamente por eso! —dijo el oficial—. Ahora es cuando tengo que disfrutar de mis últimos días de libertad.

—Actúas como si fuera la cárcel lo que te espera —gruñó el capitán.

El joven sonrió burlón, exageró una mueca solemne y levantó una mano como para prestar juramento.

—Prometo que no pescaré en mares ajenos una vez que haya atracado en el puerto del matrimonio.

—Déjate de bobadas —dijo el mayor—. Solo quiero evitar que tengamos un disgusto. ¿Tenía que ser precisamente Sofie Svartstein? No podemos permitirnos tener a su padre en

nuestra contra.

—El riesgo es lo que le da emoción —respondió el oficial, que le sujetó la puerta al mayor y lo siguió hacia la calle.

Clara, que había seguido la conversación con indignación creciente, salió del archivo y se frotó la frente. Recordó a la simpática muchacha de la biblioteca, que no había dudado ni un segundo en pararle los pies a la desvergonzada que había insultado a Paul y se había colado. Se le encogió el corazón al pensar que Sofie Svartstein podía caer víctima de las artes seductoras de aquel mujeriego sin escrúpulos. «¡Tengo que avisarla! —

pensó—. Ojalá no sea demasiado tarde.» De camino a la puerta se detuvo. ¿Se estaría extralimitando con aquel acto audaz? Al fin y al cabo apenas conocía a la chica. Pero ¿dejar que Sofie se metiera en la boca del lobo? No, ¡no podía permitirlo! Giró la manilla y salió a toda prisa.

Poco después estaba delante de la puerta de la gran casa en la que vivía Ivar Svartstein con su familia. Un criado de aspecto distinguido le abrió y la miró de arriba abajo con gesto impasible, para después hacerla pasar al vestíbulo y pedir a una joven doncella que fuera a

buscar a Sofie Svartstein. Clara suspiró aliviada cuando pocos instantes después esta bajó saltando desde el primer piso y la saludó con amabilidad. Se sentía fuera de lugar en aquella estancia llena de espejos, cuadros al óleo en marcos dorados, alfombras y un suntuoso ropero de madera tallada; como un ratoncito gris en un jardín colorido.

—¡Señora Ordal, qué sorpresa! — exclamó Sofie estrechando la mano de Clara—. ¿Qué le trae por aquí? —Abrió la puerta que conducía a un salón, hizo un gesto invitador para que la siguiera, y entró—. ¿No quiere quitarse el abrigo? ¿Quiere que pida un té?

—No, gracias, muy amable. No la

molestaré mucho tiempo —dijo Clara.

Tragó saliva y se esforzó por mantener la compostura. De nuevo la asaltó la duda de si tenía derecho a advertir a Sofie acerca del oficial alemán. La miró a los ojos. «Está radiante —pensó Clara—. Parece tan feliz y... sí, enamorada. Y yo voy a apagar ese brillo. Cómo me gustaría que no fuera necesario.» Carraspeó.

—No me considere una desvergonzada, por favor. No es mi intención ofenderla. Y naturalmente no me corresponde inmiscuirme en su vida privada... Pero es que... creo que... debería saber... —balbuceó Clara.

Dejó caer los hombros y se estrujó

las manos.

—Suéltelo —dijo Sofie, y señaló una de las butacas agrupadas en torno a una mesita baja delante de una chimenea de azulejos.

Clara se sentó en el borde y esperó a que Sofie tomara asiento frente a ella.

—Tengo que informarla de algo muy desagradable. Se trata de algo relativo al oficial alemán con el que se relaciona.

Sofie arqueó las cejas y se llevó una mano a la boca.

—¿Moritz? ¿Le ha sucedido algo?

Clara negó con la cabeza.

—No, a él no. Pero albergo el temor fundado de que a usted le sucederá algo

relacionado con él.

Sofie se sonrojó. El brillo se acentuó. Miró a Clara con el rostro radiante.

«Oh, no, ya ha sucedido», pensó esta mordiéndose el labio inferior.

—No sé cómo se ha enterado de lo que hay entre él y yo —dijo Sofie en voz baja—. Pero no hay ningún motivo para preocuparse. Moritz von Blankenburg-Marwitz es un hombre de honor.

Clara tragó saliva.

—Pero... se va a... ¡se va a casar!

—¡Claro! ¡Conmigo! —exclamó

Sofie.

Røros, agosto de 1895 – Sofie

Sofie vio que la señora Ordal palidecía y apartaba la mirada. Sentía lástima por ella. Estaba segura de que había acudido allí con las mejores intenciones, empujada por una preocupación auténtica por su bienestar. Sin duda no era de aquellas que se erigían en guardianes de la virtud y

repartían consejos que nadie había pedido. Sofie se deslizó hacia delante en su butaca y apoyó una mano en el brazo de Clara. Antes de que pudiera abrir la boca, esta se enderezó.

—Lo siento, pero está usted equivocada —dijo con tranquilidad—. Ya está prometido a otra. Acabo de escuchar involuntariamente una conversación en la que él mencionaba su boda inminente con su prometida y no disimulaba en absoluto que hasta entonces quería divertirse todo lo que pudiera.

Sofie retiró la mano, se puso tensa y sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡Debe de haberlo malinterpretado!

Hace solo unas pocas horas Moritz me ha explicado su plan. En cuanto deje el servicio en el ejército, pedirá oficialmente mi mano a mi padre y me llevará con él a Alemania.

—Disculpe mi impertinencia, pero ¿lo ha dicho con esas mismas palabras? —preguntó Clara.

—¡Por supuesto! Cómo se atreve a poner en duda lo que digo —se enfadó Sofie.

El rostro de Clara revelaba que estaba pensando con intensidad.

—Entonces es aún más miserable de lo que yo pensaba —murmuró. Se irguió y buscó la mirada de Sofie—. Me sentiría muy aliviada si efectivamente lo

hubiera malinterpretado y mis sospechas fueran falsas, ya que le deseo la mayor suerte del mundo de todo corazón. Pero los comentarios del joven han sido inequívocos.

Sofie se cruzó de brazos y apretó los labios.

Clara se levantó.

—Será mejor que me vaya. Me imagino que se resiste a creerme. Es perfectamente comprensible.

Sofie también se puso en pie.

—Le agradezco su preocupación —dijo con frialdad—. A pesar de que sea completamente en vano.

Clara se dirigió a la puerta y se dio la vuelta una última vez.

—Si en algún momento necesita desahogarse con alguien... No dude en acudir a mí.

Salió de la estancia y cerró la puerta en silencio tras de sí. Sofie la siguió con la mirada, sacudida por emociones de lo más contradictorias. En un primer momento dominaba el enojo por lo que a sus ojos era una acusación injusta y malintencionada: que Moritz era un pendenciero que le había mentado a la cara. ¿Envidiaba la joven viuda su felicidad en el amor y por eso trataba de estropeársela? «No seas ridícula —se reprendió a sí misma—. ¿Qué obtendría a cambio? Además, no parece nada propio de ella. A otros sí los creo

capaces, pero no a esta mujer tan amable. No, seguro que lo ha entendido mal o ha malinterpretado algún comentario de Moritz.»

La contrariedad de Sofie se desvaneció. «Si nos hubiera visto con sus propios ojos, sabría que va en serio», pensó sentándose en el reposabrazos de una de las butacas. Cerró los ojos y se deleitó con el recuerdo de las horas que había pasado con Moritz el día anterior. Volvió a sentir sus manos en el cuerpo, percibía su olor y el sabor de su boca en la lengua, oía las dulces palabras que le había susurrado al oído y veía el brillo en sus ojos cuando la miraba. ¡Esa

mirada no mentía! Salía del corazón y expresaba con más intensidad sus sentimientos por ella de lo que las palabras podrían hacerlo jamás.

Del comedor contiguo le llegaba desde hacía varios minutos el tintineo de la vajilla y los cubiertos con los que la criada estaba preparando la mesa para la cena. ¡Ya era hora de que se cambiara! Sofie despertó de su ensoñación, se levantó y subió a su cuarto.

A la mañana siguiente, Sofie amaneció temprano. Silje seguía profundamente dormida cuando se

levantó en silencio, se lavó y se cepilló con fuerza el pelo hasta que brilló. A continuación se situó delante del armario y por primera vez comprendió las quejas de su hermana por el negro desolador que debían vestir durante el duelo. Le molestaba que, cuando se despidiera de ella, Moritz la conservaría en el recuerdo como una corneja sombría. Para Sofie no cabía duda de que volvería a verlo. El tren con el que el comandante Von Rauch y él viajarían a Christiania salía a las nueve de la mañana. El camino a la estación los conduciría justo por delante de la casa de los Svartstein. Sofie les había repetido numerosas veces que su padre

se levantaba pronto. Por lo tanto, la buena educación exigía que Moritz se despidiera personalmente de él, y de paso aprovechara la oportunidad de dirigir al menos una mirada de adiós a Sofie.

Poco antes de las ocho, Sofie se sentó a la mesa del desayuno. Su padre se había atrincherado detrás de un periódico y reaccionó a su aparición con un gruñido de buenos días. Sofie se alegró de que no le prestara atención. Miraba como hipnotizada la esfera del reloj de péndulo que tenía enfrente y seguía el avance del minuterero. Se le enfrió el café en la taza, y la rebanada de pan que se había servido en el plato

quedó intacta. Todos los ruidos que llegaban de fuera la ponían en estado de alerta.

«¡El timbre tiene que sonar ya! — pensaba cada dos segundos—. ¡Llegará enseguida! Ullmann entrará en cualquier momento, anunciará a Moritz y lo conducirá aquí. Ay, será horrible no poder besarlo, no poder echarme en sus brazos una vez más y estar cerca de él. En lugar de eso, será un saludo formal o quizás un beso en la mano lo último que recordaré durante los próximos meses.»

La campanada de menos cuarto fue como un golpe para Sofie. ¿Se habría equivocado? ¿Había ido Moritz directamente a la estación? Su padre

dobló el periódico, lo dejó en la mesa, le hizo un gesto con la cabeza y salió del comedor. Confundida, lo siguió con la mirada y buscó una explicación para la ausencia de Moritz. «Seguro que le ha surgido algo importante —pensó—. Quizá se ha dormido y ha tenido que darse prisa para no perder el tren. O temía descubrirse al verse delante de mí y no ser capaz de ocultar sus sentimientos.» Esa idea la consolaba y le dio fuerzas para levantarse y adoptar una expresión relajada.

Para distraerse, se dedicó en cuerpo y alma a los preparativos de los

ensayos, que comenzarían a principios de septiembre. El sacristán Blomsted ya le había hecho llegar las partituras de las canciones y las melodías que debía tocar entre las escenas o para dar mayor intensidad a alguna de ellas. Sofie decidió practicar hasta que se las supiera de memoria con la esperanza de reducir su miedo escénico a unos límites soportables. Aunque Ole Guldal, que además de ser director de la escuela también lo era de la obra, afirmara que lo más importante era divertirse, sus palabras apenas aliviaban el nerviosismo de Sofie. Para ella siempre había sido horrible actuar en público. Pero ¿dónde ensayaría? En su casa tenía

dos opciones, que sin embargo en ese momento ni siquiera contemplaba: un moderno pianoforte en el salón y el viejo clavicordio de su madre, que estaba en su camarín. Se trataba de una herencia que ya llevaba unos cien años en la familia Hustad.

Sofie no había vuelto a tocarlo desde la muerte de su madre. Había empezado a hacerlo cuando tenía seis años. Al principio era su madre, y más adelante fue una profesora de piano la que le daba clase del instrumento, que parecía una mesa estrecha cuando la tapa que cubría las cuerdas estaba cerrada. Estas estaban tendidas en diagonal hacia las teclas y se percutían

con tangentes metálicas. Los sonidos obtenidos de esta manera eran mucho más suaves que los de un piano o incluso que los de uno de cola, pero podían modularse más y transformarse en una suerte de vibrato. A Sofie le gustaban el cálido tono marrón de la madera de nogal y la delicada marquetería de la tapa y los lados de la caja. Pero sobre todo le encantaba el tono contenido del clavicordio, que le recordaba a la voz de su madre.

No le sorprendía que Silje, que también había dado sus primeros pasos musicales con aquel instrumento, hubiera insistido poco después de su confirmación en que compraran un piano

«de verdad» en el que pudieran interpretarse piezas más enérgicas y dinámicas. Su padre, a quien no le interesaban en absoluto esos tecleteos, como los llamaba él, había cumplido su deseo y había encargado un elegante ejemplar a una reconocida tienda de música de Christiania, que desde entonces lucía en el salón. Él disfrutaba sobremanera de lucir las artes de su primogénita en recepciones, cenas y otros acontecimientos sociales, y de regodearse en los elogios de los invitados.

Sofie pocas veces se había sentido atraída por el piano de abajo, y se había mantenido fiel al clavicordio de su

madre. Utilizarlo ahora para practicar las piezas de la obra le parecía irrespetuoso. Además, aún era demasiado doloroso enfrentarse a los innumerables recuerdos de momentos felices con la difunta que evocaba aquel instrumento. El piano no era una alternativa. El carácter alegre, en algunos casos incluso cómico, de las melodías escogidas no era compatible con el ambiente de una casa de luto. A eso se sumaba que Sofie no quería llamar innecesariamente la atención sobre su colaboración con el grupo de teatro.

Después de reflexionar durante un rato sobre cómo solucionar el problema,

se acordó del armonio de la sala de ensayos de la escuela. Se felicitó por la idea, ya que no solo le ofrecía más oportunidades de escapar del ambiente angustioso de la casa, sino que también era un lugar en el que abandonarse a su anhelo por Moritz sin arriesgarse a recibir miradas de recelo. Ese mismo jueves fue a ver al director de la escuela, que no tuvo nada que objetar a su propuesta, y que le dio su beneplácito con las siguientes palabras:

—Al fin y al cabo ya tiene la llave de la escuela.

Durante los siguientes días salía a hurtadillas todos los mediodías de la casa de la Hyttegata y se retiraba a la

escuela, que aún dormitaba por vacaciones. La sala de ensayos se encontraba en la planta baja y daba al patio interior, cosa que a Sofie le encantaba. Así se encontraba a salvo de las miradas curiosas de los viandantes, y cuando hacía buen tiempo podía abrir la ventana, siempre y cuando el viento fuera favorable y no arrastrara hacia allí el humo de la fundición.

Sofie dominó en poco tiempo las melodías simples de los entreactos y la música de escena. Mientras las estudiaba, sus dedos de vez en cuando escapaban por sí solos hacia otras piezas que conocía de memoria. La que más tocaba era «La canción de

Solveig», del poema dramático *Peer Gynt*, de Henrik Ibsen, que el compositor Edvard Grieg había musicado veinte años atrás. Cantaba las dos estrofas a media voz, mientras sus pensamientos vagaban hacia Moritz:

*Te esperaré aquí un otoño más,
otro invierno, otra primavera
y otro verano. Volverás,
volverás algún día del año
y me encontrarás, fiel a la promesa
que te di.*

*¡Dios te guarde!
¡Dios dirija tus pasos!
¡Dios inspire tus actos!*

*Si aquí regresas,
aquí me encontrarás, sin un
reproche.*

*Y si allá arriba me esperas,
allá te encontraré, amado mío.****

La melancolía que transmitía aquella música emocionaba a Sofie de inmediato y daba expresión a su propia espera impaciente. Solo había pasado media semana desde que se había despedido de Moritz, pero tenía la sensación de que había sido un mes. Intentaba imaginar dónde se encontraba él en ese momento, qué estaba haciendo, con quién hablaba. Si pensaba en ella, si la añoraba, y si quizás estaba admirando

su mechón de pelo.

Cuando los sentimientos voluptuosos se sosegaban, se hacía preguntas más prácticas: ¿cuándo le escribiría? ¿Y adónde enviaría las cartas? Esperaba que no las mandara a su casa sino que, mientras no pudieran hacer oficial su relación, lo hiciera a lista de correos. Sin embargo, tampoco era la solución ideal a largo plazo, ya que si acudía regularmente a la oficina a recoger cartas, enseguida empezarían las habladurías.

Sofie trataba de ignorar la posibilidad de que Moritz no diera señales de vida. No siempre lo lograba. Cuanto más tiempo pasaba sin saber de

él, más audible era la voz de la duda, que le susurraba: «¿Y si Clara Ordal no malinterpretó sus palabras? ¿Y si eres tú la que se equivoca?»

Sofie recordó la escena en las estancias del servicio del Proviantskrivergården y se obligó a analizarla con la mayor objetividad posible. Efectivamente, Moritz no había dicho con esas mismas palabras que pediría su mano y que se casaría con ella. «En cuanto deje el servicio, tendré todas las opciones que quiera», había dicho. Y también: «Entonces planearé mi boda y lo arreglaré todo.»

Helada, se rodeó el cuerpo con los brazos. ¿Había fingido Moritz sus

intenciones serias y la había confundido con comentarios ambiguos? «¡No, no! ¡Es imposible! ¡No puede ser! —gritó por dentro—. ¡Me quiere! Si tenía una prometida en Alemania, romperá la relación. Es imposible que estuviera simulando sus sentimientos. ¡Me habría dado cuenta!»

La perspectiva de tener que aguantar años y años sin señales de vida de la persona a la que amaba, como Solveig, era horrible, como también lo era la sospecha de que Moritz tenía más en común con el protagonista del drama de lo que ella quería reconocer.

Peer Gynt era un hombre encantador y por lo tanto atractivo, pero también un

notable mentiroso ambicioso que buscaba su lugar en el mundo. Para lograr sus objetivos no dudaba en atentar contra la moral, mientras que Solveig, su único gran amor, lo esperaba en su hogar. Al final fracasaba estrepitosamente y debía reconocer que no había logrado nada en la vida. Sumido en la espiral infinita del autoengaño, no había evolucionado ni había desarrollado una personalidad interesante. Al final, solo podía salvarle de la perdición la única persona que aún estaba dispuesta a ser su fiadora: Solveig, la mujer a la que Peer Gynt había abandonado. A su pregunta «¿Sabes dónde estaba desde que nos

vimos la última vez?», Solveig respondía: «Conmigo en fe, esperanza y amor.»****

¡No, Sofie no quería acabar así! Decidió esperar un par de días y si para entonces no había recibido noticias de Moritz, le escribiría ella misma una carta. No podía ser tan difícil hacerse con la dirección de su regimiento. Se sintió dolida por no tener su dirección personal y no saber dónde vivía su familia. «Apenas tuvimos tiempo de hablar —se consoló—. Y seguramente ya haya una carta suya en camino. Ten un poco de paciencia.»

Sofie tuvo varias veces la sensación de oír crujidos y murmullos en la sala de ensayos. Pero siempre que se detenía y aguzaba el oído, los ruidos enmudecían. Si echaba un vistazo al pasillo o al patio interior, nunca veía a nadie. Sofie supuso que las viejas vigas y los tablones de madera del edificio, construido en 1799, cobraban vida propia y de vez en cuando crujían y gemían. O que los ratones susurraban en las paredes.

Una tarde, de camino a casa, se dio cuenta de que se había dejado los guantes y regresó. Al entrar en el edificio oyó una melodía familiar. Alguien estaba tocando la canción de

Solveig. Sofie se deslizó de puntillas hacia la sala de ensayos y abrió la puerta con cautela. En el suelo, delante del armonio, había una niña pequeña en cuclillas. Había cerrado los ojos y se balanceaba suavemente al ritmo de la melodía que un muchacho arrancaba a las teclas del instrumento. Sin partitura. Al parecer sintió la corriente que entraba por la puerta, porque paró, se dio la vuelta y miró asustado a Sofie con los ojos muy abiertos.

—¡Paul! —exclamó sorprendida cuando reconoció al hijo de Clara Ordal —. ¿Qué estás haciendo aquí?

Paul se bajó de la silla con gesto compungido. La niñita se levantó de un

salto, corrió hacia la ventana, la abrió y salió por ella a toda velocidad.

Sofie le sonrió a Paul.

—Dile a tu amiguita que no tenga miedo de mí. —Dio un paso hacia él—. Tocas muy bien para tu edad. ¿Te ha enseñado tu madre?

Paul negó con la cabeza.

—La escuchaba a usted y después probaba yo —dijo en voz baja.

Sofie arqueó las cejas.

—¿Nunca has recibido clases? ¡Es increíble! No me digas que nunca antes te habías sentado a un piano o a ningún otro instrumento.

Paul la escudriñaba con la mirada, como si no estuviera seguro de si estaba

enfadada.

—He tenido mucho cuidado —dijo en voz baja—. No he roto nada, lo prometo.

—¡Eso ya lo sé! —le aseguró Sofie—. Solo estoy asombrada por el talento que tienes. Otras personas tienen que practicar durante mucho tiempo para tocar así.

Las facciones de Paul se relajaron.

—Es muy fácil. Cuando tarareo la melodía en mi cabeza, los dedos encuentran las notas ellos solos.

Sofie lo miró pensativa. Sin duda tenía delante a un niño prodigio. Y por lo visto era la primera en descubrir aquel don. Una experiencia emocionante

y satisfactoria; seguramente era así como se sentía un explorador que daba inesperadamente con una veta de oro.

—¿Te gustaría aprender a leer las notas? —le preguntó—. Así también podrías tocar piezas sin haberlas oído antes.

—¿Notas? ¿Cómo las del colegio?

Sofie se echó a reír.

—No, no me refiero a los *karakterer*, que es como se llaman las notas escolares en noruego, sino a notas musicales como estas.

Abrió la partitura de las melodías para la obra de teatro, se la tendió a Paul y señaló los pentagramas.

—Puedo enseñarte si quieres —dejó

caer.

Paul la miró con incredulidad.

—Eso... eso... —Se le encendieron los ojos—. ¡Eso sería genial! —Se puso a aplaudir.

Sofie se mordió el labio. ¿Qué la había empujado a proponérselo? No creía que Clara Ordal diera su consentimiento. Después de la brusca réplica que le había dado, seguro que no estaba dispuesta a escucharla. Además, podía tomárselo como una osada intromisión en su vida personal. Como un reproche por no fomentar ella misma el talento de su hijo. Si no le daba permiso, Paul se llevaría una tremenda decepción. No contemplaba reunirse con

él a espaldas de su madre. No quería incitar a mentir al muchacho, sobre todo porque antes o después los descubrirían. Era muy poco probable que nadie se enterara de sus lecciones secretas.

—Solo si tu madre te da permiso — dijo titubeante.

—¡Seguro que me lo da! Le preguntaré después, cuando vuelva del trabajo —exclamó Paul, brincando agitado de una pierna a la otra—. ¿Puedo empezar mañana? —preguntó.

—Eh, sí... Pero espera a ver qué...

Paul lanzó un grito de alegría sin dejar que terminara de hablar y salió corriendo de la sala. Sofie cogió los guantes que se había dejado y lo siguió

hacia fuera. Ya había recorrido un buen trecho de la Kirkegata de la mano de la niña que al parecer lo había estado esperando delante de la escuela. Seguramente era aquella a la que Clara Ordal había salvado del fuego. Sofie los siguió con la mirada. El grito de júbilo de Paul aún le resonaba en el oído. «Espero que mañana pueda venir — pensó—. Sería maravilloso poder enseñarle algo.»

*** Henrik Ibsen, *Peer Gynt*. Alique, José Benito (trad.). Madrid: Magisterio Español, 1978.

**** Henrik Ibsen, *Peer Gynt*, Pérez Bances, José (trad.), Losada, Buenos Aires, 2007.

Røros, agosto de 1895 – Clara

—Mamá, mamá, ¿puedo aprender las notas?

Clara acababa de regresar del Bergskrivergården a la pensión cuando Paul la asaltó con esas palabras. Se quitó la cofia, se desabrochó el abrigo y le acarició el pelo a Paul, que tenía la cara sonrojada de pura emoción.

—¿Qué notas?

—Notas musicales. Así podré tocar lo que quiera.

Clara se dejó caer sobre una banqueta que había en el pasillo junto al ropero, se masajeó las sienes con los dedos y miró a su hijo sin entender nada. El día había sido largo, como los anteriores. Desde que una semana antes había tomado la decisión de convertir la casa junto al Hittersjøen en un lugar habitable, apenas tenía un minuto libre. Después de trabajar en la oficina, se dedicaba a tachar los puntos de la lista que había ordenado en función de su urgencia y de la capacidad de su bolsillo.

Lo primero era reparar los daños del tejado. Con ayuda del señor Dietz, Clara había encontrado a un carpintero que había llevado a cabo su trabajo con eficacia y por un precio moderado. También se había ocupado de la ventana rota y había enderezado los postigos. También era imprescindible inspeccionar la chimenea y las estufas. Para alivio de Clara, la chimenea tenía mucho hollín, pero estaba intacta. El fogón de la cocina también funcionó después de una limpieza a conciencia. El hogar del salón tenía estropeada la válvula con la que se regulaba el tiro, pero no requería una reparación costosa. En cambio la estufa de hierro fundido

del piso superior estaba muy deteriorada y presentaba numerosas abolladuras. No merecía la pena arreglarla, así que Clara tendría que comprar una nueva. Esa adquisición podría esperar, por ahora se las arreglarían con las dos fuentes de calor de la planta baja. En ese momento tampoco podía permitirse arreglar las tuberías ni una bomba de agua nueva.

Para la limpieza de la casa, a la que se dedicaron el fin de semana, Paul y Bodil sacaron agua del lago y la llevaron dentro cubo a cubo. Entre los tres fregaron suelos y azulejos, frotaron ventanas, y sacaron el polvo de los estantes y los marcos de las puertas, que llevaba años acumulándose. Por las

tardes Clara y la señora Olsson se sentaban juntas a la mesa del comedor de la pensión y se dedicaban a las labores. La dueña cosía cortinas y Clara confeccionaba ropa para Bodil, que apenas había podido llevarse nada al huir de casa de su prima. Cuando Clara se iba a la cama por las noches, caía como un tronco en un profundo sueño del que su despertador la sacaba demasiado pronto por las mañanas.

—¿Por qué quieres aprender a leer partituras? ¿Cómo se te ha ocurrido? — Miró atentamente a Paul. No era muy habitual que expresara un deseo con semejante claridad—. ¿Es porque quieres aprender a tocar un instrumento?

Paul asintió y la miró con ojos radiantes.

—¡Sí! ¡Y ya sé tocar un poquito!

Clara frunció el ceño.

—Pero si no tenemos ninguno.

Paul bajó la mirada y titubeó:

—En la escuela hay como un pequeño órgano.

—Seguramente sea un armonio —dijo Clara—. ¿En la escuela, dices? Pero si todavía estáis de vacaciones. —Extendió la mano, le sujetó la barbilla y le levantó la cara—. ¿Cómo has entrado?

—La ventana de uno de los trasteros no cierra bien —dijo Paul—. Siempre entramos por ahí.

—¿Entramos? Así que sois Bodil y tú —constató Clara—. ¿Ya sabes que eso está prohibido?

Paul miró hacia el suelo y musitó:

—Sí. Pero no hemos roto ni nos hemos llevado nada, ¿de verdad!

—¿Y por qué queréis entrar en el edificio? ¿Os gusta más jugar allí?

Paul negó con la cabeza.

—Oímos la música. Es taaaan bonita... Y como a Bodil le gusta mucho, toco para ella.

—¿Y a quién escuchabais? —preguntó Clara—. ¿Al director? ¿A un profesor?

Paul negó con la cabeza.

—No, a Sofie Svartstein.

Clara cada vez estaba más confusa. ¿Por qué tocaba el armonio de la escuela la hija del director de la mina? En el salón de los Svartstein, en el que Sofie la había recibido unos días atrás, había un piano.

—Quiere enseñarme a leer las notas —dijo Paul—. Si tú me dejas.

Clara se frotó la frente.

—¿Leer las notas?

—¿Me dejarás, mamá? —preguntó Paul con mirada suplicante.

—¿Así que Sofie Svartstein quiere darte clase?

—Sí, y empezaría mañana al mediodía. Por favor, mamá. ¡Tengo muchas ganas!

Clara se levantó del taburete.

—Está bien. Mañana iré contigo y hablaré con la señorita Svartstein —dijo—. Y ahora a lavarte las manos. Seguro que la señora Olsson ya nos está esperando para comer.

Paul salió corriendo con un grito de alegría. Clara respiró hondo y fue hacia la cocina, de la que llegaba el seductor aroma del pan recién hecho y de las hierbas aromáticas. Seguía sin entender lo que le había contado Paul. ¿Qué había empujado a Sofie Svartstein a dar clases de música a su hijo? Clara no se lo explicaba. Bueno, al día siguiente lo sabría. Y si Paul no la había malinterpretado y Sofie realmente quería

enseñarle a tocar el armonio, ella no se opondría.

A Paul siempre le había gustado cantar. A Olaf y a ella nunca se les había ocurrido enviarlo a aprender un instrumento. Si Paul estaba empeñado y con ello le daba una alegría, no tenía motivos para prohibírselo. De todos modos la sorprendía que precisamente Sofie Svartstein se hubiera ofrecido como profesora. Después de su último encuentro, Clara había dado por hecho que la evitaría. Desde luego estaría encantada de aclarar el malentendido que se había producido entre ellas. La fría despedida de Sofie le había resultado dolorosa.

Al día siguiente, cuando Clara acompañó a Paul y a Bodil a la escuela durante su descanso del mediodía, no pudo evitar buscar con la mirada al viejo Gundersen. Lo hacía desde que se había enterado de que el hombre había vuelto a Røros. Pero hasta el momento no había tenido éxito. ¿Se habría marchado de nuevo? ¿O se había tratado de una confusión y nadie lo había visto en realidad?

Sofie Svartstein los esperaba delante de la Raukassa, como se conocía también al edificio de la escuela. Se acercó a Clara con una sonrisa tímida y le tendió la mano. Clara se la estrechó y saludó a la joven con amabilidad.

—No sé si he entendido bien a mi hijo —dijo—. Me ha contado que se ha ofrecido a darle clases de música.

Sofie asintió.

—Exacto. Creo que tiene un talento especial. Es capaz de tocar de memoria una melodía complicada sin sabérsela de antemano. Y además en un instrumento que no conocía.

Hablaba con asombro y admiración. Clara miró a Paul, que esperaba con Bodil a un par de pasos de distancia, muy pendiente de su conversación. Le dolió pensar que no era consciente del don que tenía su hijo. Sofie Svartstein debía de considerarla una ignorante. O creer que boicoteaba el interés de Paul

por la música a propósito.

—Creo que lo descubrió él mismo al sentarse al armonio —dijo Sofie en voz baja—. ¿Cómo habría podido verlo usted?

Clara la miró a los ojos. Sintió un profundo afecto.

—Se lo agradezco. Ya me creía una mala madre por no haberme dado cuenta de lo que le interesaba ni de lo que le pasaba a mi hijo.

«Lo que sin duda está siendo el caso estos últimos días —añadió para sí—. Casi no me he enterado de lo que han estado haciendo Paul y Bodil. Pero no puedo multiplicarme. Y una vez que nos hayamos instalado en la casa del lago,

espero volver a tener tiempo para ocuparme de Paul.»

—Oh, no, no puedo imaginarme una madre mejor que usted —exclamó Sofie, y acto seguido se tapó la boca con la mano—. Disculpe, ahora pensará que quiero ganármela con torpes cumplidos.

Clara se disponía a replicar, pero Sofie negó con la cabeza.

—No, no diga nada. Me he portado fatal con usted. Y por eso quiero pedirle mis más sinceras disculpas.

—No tiene por qué hacerlo —dijo Clara—. Al fin y al cabo la cogí totalmente por sorpresa.

—Puede ser. Pero fue muy valiente. La mayoría de las personas se habría

callado por miedo a granjearse enemistades o a sacar los pies del tiesto. Y no pocos habrían cotilleado al respecto a mis espaldas —dijo Sofie con una mueca de disgusto—. Por ejemplo la señora Skanke, a la que hace poco conoció en la biblioteca. Ella y sus amigas no dudarían ni un segundo en despellejarme si dispusieran por la información que tiene usted.

Paul se acercó a Clara y le tironeó de la manga. Ella le rodeó los hombros con el brazo y le dijo a Sofie:

—Creo que haría muy feliz a mi hijo si le diera clases. Y yo le estaría muy agradecida por hacer realidad sus deseos.

—Me alegro de que confíe en mí —
respondió Sofie, y le sonrió a Paul—.
¿Empezamos con la primera lección?

—¡Sí, por favor! —exclamó Paul—.
¿Bodil puede escuchar? Le gusta mucho
la música.

Clara se volvió hacia Bodil, que
estaba un poco apartada. Había cerrado
los puños y miraba a Sofie con gesto
sombrio. «Está celosa», pensó Clara.

—Por supuesto —respondió Sofie
haciendo una señal a Bodil para que se
acercara.

Esta negó con la cabeza, se dio la
vuelta y salió corriendo. Paul, perplejo,
la siguió con la mirada y se encogió de
hombros sin saber qué hacer.

—¿Por qué no quiere venir? — preguntó—. Antes me ha dicho que quería acompañarme y escuchar.

Clara le acarició la mejilla.

—Puede que esté un poco triste porque vas a hacer algo sin ella. Hasta ahora siempre habéis estado los dos y lo habéis hecho todo juntos.

Paul se mordió el labio.

—¿Será mejor que no aprenda a tocar el armonio? No quiero que Bodil esté triste.

—Si renuncias a ello, serás tú el que estés triste. Y seguro que Bodil tampoco quiere eso, ¿a que no?

Era evidente que Paul estaba reflexionando. Clara y Sofie

intercambiaron una mirada.

—¿Sabes qué? —dijo Sofie—. Puedes componer una melodía para ella y regalársela. Así sabrá que piensas en ella incluso aunque durante este rato no podáis jugar juntos.

Clara vocalizó un agradecimiento silencioso, al que Sofie respondió guiñándole un ojo. Con una sonrisa de felicidad, Paul se despidió de su madre, que se dirigió con paso rápido al Bergskrivergården.

Cuando casi había llegado, una figura atrajo su atención. Al otro lado de la calle vio a un hombre enjuto vestido con una chaqueta gastada y unos pantalones cedidos que le venían muy

holgados. Tenía las mejillas chupadas, la piel pálida y los ojos hundidos. Clara se asustó al reconocer al viejo Gundersen. Tenía aspecto enfermo y triste. Contuvo el impulso de acercarse a él y saludarlo, por miedo a ponerlo en evidencia. Le habría parecido lógico que al hombre le resultara desagradable que lo viera en ese estado. En lugar de eso, lo siguió disimuladamente hasta el final de la Hyttegata, donde giró, y un par de metros más adelante, en el cruce con la Kirkegata, en lo que se conocía como Nilsenhjørnet en honor a un panadero instalado allí, desapareció en una casa sencilla.

Las campanadas le recordaron a

Clara que había rebasado ampliamente su pausa del mediodía. Desanduvo la Hyttegata a toda velocidad y pocos minutos después entró en la oficina con la respiración acelerada. El secretario la escudriñó con la mirada.

—Disculpe el retraso... —empezó a decir Clara.

—¿Va todo bien? —la interrumpió el señor Dietz—. Comenzaba a preocuparme. Por lo general es usted puntualísima.

—Lo siento, me ha surgido algo y...

El secretario levantó la mano.

—Lo importante es que está bien. Siempre es tan cumplidora que de vez en cuando puede permitirse algún desliz

como este.

Clara le dio las gracias con una sonrisa y se sentó a su mesa. Trabajaron un rato en silencio. Mientras Clara copiaba las cuotas de ganancias, es decir, los datos de las concesiones de prospección, de la calidad y de las dimensiones de los pozos y las galerías, y otros detalles legalmente relevantes, sus pensamientos giraban en torno al viejo Gundersen. Al parecer sus sospechas de que a una edad tan avanzada le resultaría difícil encontrar trabajo habían resultado ser ciertas. Al menos tenía un techo sobre su cabeza. ¿De quién sería la casa donde se alojaba?

—¿Puedo molestarlo un momento?

—preguntó Clara.

El secretario levantó la mirada del acta que estaba comprobando y asintió.

—¿Podría decirme a quién pertenece la casa de la esquina de Nilsenhjørnet?

—Es nuestra casa de caridad —respondió el señor Dietz, y frunció el ceño—. ¿Por qué lo pregunta?

Clara tragó saliva y se esforzó por sonar despreocupada.

—Ah, por nada en particular. Solo intento ampliar mis conocimientos sobre la ciudad.

El secretario murmuró satisfecho y volvió a inclinarse sobre el documento. Clara clavó la mirada sobre la página

del registro que tenía delante. Se le encogió el corazón. El viejo Gundersen estaba aún peor de lo que se temía. Qué destino tan horrible, acabar en un asilo de pobres después de toda una vida de trabajo y esfuerzo. ¡No podía quedar así! Clara se incorporó. Encontraría la manera de ayudar a Gundersen sin herir su orgullo.

Røros, agosto de 1895 – Sofie

No llegaba ninguna carta de Alemania. Sofie esperaba todas las mañanas con el corazón en un puño al cartero que traía los periódicos a los que estaban suscritos fuera de la ciudad, los catálogos de materiales y las cartas personales y profesionales, que el ayuda de cámara Ullmann recogía y repartía.

Lo único que recibió Sofie fue una postal de la abuela Toril, que había hecho una excursión en barco con su marido. Haciendo gala de todo el dominio sobre sí misma del que era capaz, esperó más de una semana hasta que por fin preguntó en la oficina de correos si había llegado alguna carta para ella. El funcionario de la ventanilla contestó negativamente con una mirada de extrañeza. Al parecer no concebía que la hija del director de la mina esperara cartas en lista de correos y que además las recogiera ella misma en lugar de pedírselo a un criado. Sofie prefirió no pensar en lo que se estaría imaginando y salió de la oficina

completamente ruborizada.

A la decepción por la ausencia de noticias por parte de Moritz se sumaba la pregunta angustiosa de adónde podría enviarle cartas sin que nadie se enterara. ¡Necesitaba un aliado! Enseguida desechó la idea de pedirle a la abuela Toril que actuara como intermediaria. Sería demasiado complicado. Además Sofie no se atrevía a confiarle su secreto. No estaba segura de si su abuela aprobaría su amor hacia el noble alemán. Si tenía reservas, la petición de Sofie la pondría en un apuro. No quería arriesgarse a ello.

¿Podía atreverse a pedirle ayuda a Clara Ordal? Era la única que sabía

algo de Moritz. ¿Y no le había dicho que acudiera a ella si lo necesitaba? Tras una noche en vela durante la cual analizó los pros y contras desde todos los puntos de vista, decidió confiarse a la madre de Paul. No quería esperar más a escribir a Moritz. Después de la siguiente clase de música con el chico, lo acompañó a la pensión. De todos modos quería informar a Clara de los asombrosos progresos de Paul e invitarla a participar en una clase cuando tuviera ocasión, para que lo viera por sí misma. Sofie había convencido al director para que dejara que Paul practicara en el armonio, cosa que el chico hacía durante horas con

entusiasmo. Bodil seguía evitando a Sofie, pero se unía a Paul para escuchar lo que tocaba en cuanto la profesora desaparecía de su vista.

Para alivio de Sofie, Clara no tuvo ningún inconveniente en que Moritz dirigiera sus cartas a ella y a la pensión. Sin embargo dejó entrever que seguía albergando el temor de que el joven alemán fuera un sinvergüenza que estuviera jugando con los sentimientos de Sofie. Al mismo tiempo reconocía la posibilidad de que se estuviera equivocando con él. Y eso solo lo averiguarían si el joven tenía la oportunidad de escribirle a su amada. Con una sonrisa pícaro, Clara propuso

hacerlo pasar por un pariente lejano en caso de que alguien hiciera preguntas. Tampoco amagó con intentar detener a Sofie en su propósito de tomar la iniciativa y ser la primera en escribir arguyendo que no era propio de una joven bien educada. Sofie le estaba especialmente agradecida por ello. Ya recibía suficientes advertencias sobre el comportamiento decoroso.

Esa misma noche, Sofie se retiró con su papel de cartas al antiguo camarín de su madre, que desde su muerte seguía igual, en una suerte de letargo, como esperando a que su dueña regresara. Sofie se deslizaba allí a veces, cuando la añoranza por su madre amenazaba con

dominarla. El tacto de los peines y cepillos, la imagen de las figuritas de adorno, y el olor delicado y familiar que había conservado su bata la consolaban un poco. Muy a su pesar, pronto perdería aquella oportunidad de sentirse cerca de la fallecida. Desde que habían regresado del lago Femund, Silje insistía a su padre en que le dejara utilizar las estancias de su madre. Seguir compartiendo habitación con su hermana pequeña, por muy espaciosa que fuera, le parecía indigno ahora que era la señora de la casa. Solo era cuestión de tiempo que su padre cediera a sus deseos.

Silje se había tumbado en la cama

con una novela de amor que leía por entregas en una revista femenina, y a su padre lo habían invitado a cenar en casa de unos compañeros de negocios. Sofie se sentó al secreter de patas torneadas, abrió la tapa que cubría la superficie, encendió la lámpara de petróleo que había en la repisa superior y desenroscó el tapón de su estilográfica.

Røros, 23 de agosto de 1895

Querido Moritz:

Te escribo estas líneas a tu dirección de servicio con la esperanza de que te encuentres de camino a tu regimiento o ya hayas llegado allí.

Hasta después de que te marcharas de Røros no me di cuenta de que no habíamos hablado de cómo intercambiar correspondencia durante nuestra separación. Probablemente no estás seguro de si puedes arriesgarte a enviarme cartas, y temes comprometerme. Aprecio tu preocupación, pero he encontrado la manera de que me escribas sin ponerme en peligro a mí, o mejor dicho, a mi «buena reputación».

Por favor, envía el correo a Clara Ordal, que se aloja en la pensión de *madam* Olsson. Goza de mi plena confianza y me hará llegar

tus cartas con la mayor discreción.

Espero que hayas tenido un buen viaje y que te encuentres bien. Mis pensamientos a menudo vagan hacia ti; ¡ojalá pudiera volar con ellos y estrecharte entre mis brazos! Te echo mucho de menos y estoy deseando tener entre mis manos unas líneas tuyas.

Cuídate y recibe un cariñoso saludo,

Sofie

Leyó atentamente lo que había escrito una vez más. ¿Eran demasiado frías sus palabras? ¿O demasiado exigentes? No, eran sinceras y honestas.

No quería empezar a sopesar sus palabras. Dobló el pliego de papel y lo metió en un sobre. Estaba contenta de acabar por fin con la espera pasiva. Pegó el cierre del sobre, cerró un instante los ojos e invocó el rostro de Moritz.

—¡Contéstame pronto, por favor! —
susurró.

El sábado 31 de agosto el grupo de teatro se reunió en la sala de ensayos. Sofie, que antes había abierto la biblioteca durante dos horas, se unió a ellos con las manos húmedas por los nervios. Ole Guldal, el director, había

colocado un par de sillas en círculo en las que ya se habían sentado dos muchachas de la edad de Sofie que se reían entre dientes, un chico en la veintena y una pareja de unos cuarenta años. Per Hauke estaba ocupado trabajando en una mesa al fondo. Sofie se alegraba de que no le prestara atención y evitó mirar en su dirección. Ole Guldal se acercó a ella con una sonrisa amable y la acompañó con los demás.

—Esta es Sofie Svartstein —dijo en voz alta—. Sustituirá a nuestro sacristán y se encargará del acompañamiento musical.

Sofie sonrió apocada en derredor,

dominada por una profunda inseguridad. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que los demás podían verla como una persona ajena por ser la hija de uno de los hombres más ricos y poderosos de la ciudad. El director tampoco pertenecía a la clase obrera, pero llevaba años implicado en la lucha por sus derechos y por unas mejores condiciones de vida para ellos y sus familias.

—No sea tímida, jovencita —dijo el hombre de mediana edad, y dio unos golpes con su mano callosa en la silla libre que tenía a su lado, mientras que su mujer le dirigía una sonrisa. Él llevaba un traje de minero de doble

abotonadura, y ella un sencillo vestido azul pálido y una cofia almidonada. Sofie les dio las gracias con un asentimiento y se sentó.

Ole Guldal se colocó detrás de una silla y dijo:

—Espero que no tengan nada en contra de que nos tuteemos durante los ensayos, siguiendo la vieja tradición del mundo del teatro. Facilita el trabajo y fortalece la sensación de pertenencia al grupo.

La emoción de Sofie creció. Sus conocimientos sobre las costumbres y la etiqueta en el teatro eran escasos. En los suplementos culturales del *Aftenpostens Ugeudgave* y del *Berliner Tageblatt*, a

los que estaba suscrito su padre, normalmente se describían y criticaban funciones, se retrataban actores o directores populares, y se presentaban autores contemporáneos y sus obras. Sin embargo, Sofie solo tenía ideas vagas sobre la vida y el trabajo de aquellas personas detrás de las bambalinas, alimentadas mayormente por los comentarios y los rumores sobre las actrices y bailarinas de mala vida que tanto disgustaban a las damas «decentes», que sospechaban que su única intención era seducir a sus esposos e hijos, llevarlos por el mal camino y desplumarlos como gallinas.

Claro que entre una compañía de

actores profesionales y el grupo de aficionados que se había reunido allí había una diferencia abismal. Sin embargo, el hecho de que este último estuviera formado por miembros de la clase obrera los ponía a la misma altura. Al menos a ojos de mujeres como Berntine Skanke y sus amigas, que consideraban que las gentes sencillas, como ellas decían, eran cortos de entendederas e incultos, y por lo tanto especialmente proclives a la decadencia moral y a las ideas subversivas.

Sofie se sentó erguida y dijo con voz firme:

—Por mí, encantada. Estoy deseando trabajar con vosotros.

Las dos chicas de las risitas, a las que Sofie había tomado por hermanas, si no gemelas, debido a lo mucho que se parecían, resultaron ser las amigas Hilda y Tilda. Al mirarlas con más atención se veía que eran muy diferentes, pero era evidente que trataban de tener un aspecto lo más similar posible: llevaban las trenzas enroscadas sobre las orejas, las chaquetas que vestían estaban tejidas con el mismo patrón, y sus gestos y voces, tan parecidos que podían confundirse, distraían del hecho de que Hilda era castaña y regordeta, mientras que Tilda tenía el pelo oscuro y era de constitución huesuda. Ambas se

esforzaban por atraer la atención del joven que estrujaba su gorro con timidez y se movía de un lado a otro en su silla. Se llamaba Jakob, era alto y musculoso, tenía rasgos angulosos y los mismos ojos azules brillantes que su hermano pequeño Per, que se sentó en la última silla libre justo enfrente de Sofie mientras el director presentaba a los demás. No se enteró del nombre de la pareja, solo oyó que la mujer cosería los trajes y ayudaría a Ole Guldal a establecer las fechas de los ensayos y a llevar a cabo otras tareas organizativas. Per, que miraba a Sofie sin ningún tipo de disimulo, y la ponía nerviosa y la distraía. Bajó los párpados y clavó los

ojos en una mancha del suelo. «Vaya panorama —pensó—. Tienes que aprender a no dejar que te desconcierte. Simplemente ignóralo y concéntrate en cosas más importantes.»

Miró a Ole Guldal, que en ese momento decía:

—Antes de que os hable un poco sobre la obra y elaboremos un calendario, podemos echar un vistazo a los decorados. —Señaló hacia la mesa—. Per ha tenido el detalle de construir una maqueta.

Todos se levantaron y se colocaron alrededor de la mesa, en la que había una caja abierta por arriba y por delante en la que había un escenario de madera,

cartón, alambre y tela: una habitación amueblada de forma confortable al estilo de las granjas de los campesinos ricos de los valles vecinos. Impresionada por la precisión de los objetos hechos a mano, Sofie contempló los muebles, las lámparas y las alfombras, todo diminuto. Ni siquiera faltaban el reloj de pie, una chimenea de ladrillo y las cortinas de las ventanas. Per explicó dónde se encontrarían las entradas y salidas para los actores, cómo se dispondría la iluminación, y les dijo que quería aislar una zona junto al escenario por medio de telas colgadas tras las que los actores podrían permanecer entre sus apariciones.

Después de que se volvieran a sentar en círculo, Ole Guldal repartió los libretos que había encargado a la imprenta del *Fjell-Ljom* y les pidió que se los leyeran para la próxima vez, cuando repasarían la obra juntos. A continuación les resumió el guion de la obra, una adaptación libre de *El juego del amor y del azar*, del dramaturgo francés Pierre Carlet de Marivaux, que había introducido la comedia de equívoco en la alta burguesía parisina de principios del siglo XVIII. Al traducirla, el director había condensado algunas partes y había introducido referencias locales, había sustituido los nombres franceses por noruegos, había

ambientado la acción en el entorno de Røros y había cambiado un personaje.

Sin embargo había mantenido el núcleo del texto original acerca del amor y sus convenciones en las diferentes clases sociales: un padre adinerado quiere casar a su hija con el hijo de un socio. Esta, que se muestra escéptica hacia los hombres y hacia el matrimonio, quiere cambiarse por su doncella para poder comprobar el auténtico carácter del prometido escogido sin ser reconocida. Su padre está de acuerdo y espera con ansias el espectáculo inminente, ya que además es el único que sabe que el candidato a marido también se ha cambiado por su

criado para observar disimuladamente a su futura esposa. A partir de esa situación se desarrolla un enredo turbulento azuzado por el padre.

Hilda y Tilda, que en realidad se llamaban Hiltrud y Matilde, seguían las explicaciones de Ole Guldal con risitas, lanzaban miradas maliciosas a Jakob y a Per, y no se dejaban amedrentar por los carraspeos de advertencia del minero. Sofie se mordió el labio para no reventar de risa. Mientras Per reaccionaba de forma relajada a los coqueteos de las muchachas, su hermano se había puesto completamente rojo y tenía aspecto de querer salir corriendo de allí. A él se le había asignado el

papel del criado, que en la obra se enamoraba de la doncella, interpretada por Hilda. Sofie miró de reojo a Ole Guldal. Le esperaba una ardua tarea como director para librar a Jakob de su timidez e imponer la seriedad necesaria a las chicas. Se alegraba de no tener que salir al escenario y en cambio poder seguirlo todo a una distancia prudente desde la banqueta del armonio.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Ole Guldal se dirigió a ella:

—En algunas escenas hemos introducido canciones. ¿Podría ensayarlas con los implicados?

—Claro —respondió Sofie—. Lo

mejor será hacerlo antes o después del ensayo en sí, si es posible.

—Es una muy buena idea —dijo el director, y se volvió hacia la mujer de mediana edad—. Astrid, ¿podrías elaborar una lista de cuándo puede venir cada uno a los ensayos de canto?

Astrid asintió.

—Todavía tenemos que decidir también qué trajes necesitamos. Para que pueda empezar a coser con tiempo. —Se volvió hacia Hilda y Tilda—. Y vosotras dos me ayudaréis.

Las dos muchachas se mostraron disgustadas, pero no se atrevieron a replicar. Cuchichearon entre ellas un instante, miraron radiantes a Jakob y

Per, y exclamaron al unísono:

—¡Os coseremos vuestros trajes!

—Nada de eso, impertinentes —dijo Astrid—. En primer lugar os ocuparéis de vuestros propios vestidos.

Se levantó y se acercó a Ole Guldal para anotar las fechas de los siguientes ensayos. Hilda y Tilda pusieron morritos. Jakob se inclinó hacia su hermano y le susurró algo al oído. Per negó con la cabeza y le puso una mano en el brazo a Jakob, como si quisiera retenerlo.

—¡No, quédate! Verás cómo te diviertes —dijo en voz baja—. No hagas caso a esas dos.

Sofie dirigió a Jakob una mirada de

lástima y al mismo tiempo divertida. La situación era bastante cómica. Precisamente Per, que no la perdía de vista sin importarle si la ponía en un apuro, le daba ese consejo a su hermano. «Bueno, por mi parte le haré caso», pensó Sofie, y entabló conversación con el minero Gunvald, cuyo nombre ya había pescado en alguna frase.

Gunvald respondió solícito a las preguntas sobre su experiencia con el grupo de teatro, al que su esposa y él pertenecían desde su creación. Ya no se imaginaba la vida sin actuar. Elogió la labor experta de Ole Guldal, que había despertado en él el amor por el teatro. La posibilidad de convertirse en otra

persona y dejar atrás el día a día durante un par de horas le resultaba apasionante al minero, cuya vida por lo demás consistía sobre todo en trabajar. Tradicionalmente la función anual se representaba al principio del adviento, y atraía a Røros a muchos espectadores de los alrededores. El orgullo con el que hablaba Gunvald enterneció a Sofie. ¿Cómo podía alguien ser tan arrogante como para negar a los trabajadores, supuestamente más «sencillos», la sensibilidad para la poesía y la belleza?

Se reconoció avergonzada que ella misma había dado por supuesto que los teatros obreros, que se multiplicaban como setas, por lo general representaban

un repertorio de burdos sainetes y operetas frívolas. Nunca se le habría ocurrido asistir a una de aquellas funciones. «En realidad eres tan jactanciosa como Silje y muchos otros miembros de nuestro círculo —pensó Sofie—. Tampoco tú te has cuestionado lo suficiente si esos prejuicios se corresponden con la verdad.»

«¿Qué opinará Moritz sobre este tema? —pensó de pronto—. Como noble que es, quizá sea aún más estrecho de miras. Al parecer en Alemania la diferencia de clases es más pronunciada todavía que en nuestro país.» Sofie se preguntó, y no era la primera vez que lo hacía, si Moritz acertaba al confiar en

que sus padres no tendrían nada que objetar a una nuera burguesa. Contuvo un suspiro. Ya se ocuparía de eso más adelante. Era mucho más importante recibir noticias de Moritz. Su carta ya debía de haber llegado al regimiento. ¿Estaría esperando la respuesta en la pensión de la señora Olsson? Decidió desviarse en el camino de vuelta a casa y hacer una visita a Clara Ordal.

35

Røros, agosto de 1895 – Clara

Los días posteriores a haber visto al viejo Gundersen, Clara daba siempre un rodeo al ir y al volver del trabajo para pasar por Nilsenhjørnet con la esperanza de volver a encontrárselo por la calle. Prefería no visitarlo en la casa de caridad. Sospechaba que le incomodaría mucho que ella supiera dónde se alojaba

y que dependía de las limosnas. Seguramente era ese el motivo por el que no se atrevía a ponerse en contacto con ella y con Paul. ¿Cómo podría ayudarlo sin dejarlo en evidencia?

Después de una semana de intentarlo en vano, una noche le habló de su dilema a la señora Olsson mientras recogían la cocina después de cenar. Esta negó con la cabeza y dijo con cierta desaprobación:

—Querida, su delicadeza la honra. Pero a veces nuestras deferencias son exageradas.

—Sí, pero... —replicó Clara.

—Lo digo en serio. ¡Le da usted demasiadas vueltas! ¿Quiere sacar al

señor Gundersen de su precaria situación? ¡Nada más fácil que eso! Dele trabajo.

Clara arqueó las cejas.

—¿Yo? Cómo podría... ¿A qué diablos se refiere?

—Bueno, tiene usted una casa en la que hay cosas que reparar —respondió la señora Olsson—. Y por lo que me ha contado, el señor Gundersen es muy hábil con las manos. Así que quién más indicado que él para...

Clara se golpeó la frente.

—¡Cómo no se me ha ocurrido antes! ¡Es una idea fantástica! —Se detuvo un instante—. Pero no puedo permitirme remunerarle como es debido.

Ni por asomo. Las últimas facturas han reducido al mínimo mis recursos.

—Quizá no pueda pagarle el trabajo con dinero. Pero podrá darle algo mucho más valioso —dijo la señora Olsson—. Una labor con sentido y la sensación de que alguien lo necesita.

Clara asintió.

—Es cierto. Y por supuesto le daré de comer y le ofreceré que viva con nosotros.

—¿Quién va a vivir con nosotros?

Paul había entrado en la cocina sin que Clara ni la señora Olsson se dieran cuenta.

—¿Te acuerdas del viejo Gundersen?

—¡Pues claro! —dijo Paul—. Él fue quien me dio la caja de juguetes de papá.

—Pues ha regresado a Røros —continuó Clara—. Quiero proponerle que se mude con nosotros a la casa del lago.

A Paul se le iluminó la mirada.

—¡Genial! Así podrá contarme más cosas de papá cuando era pequeño. Voy a contárselo a Bodil —exclamó y salió corriendo de la cocina.

La señora Olsson, sonriente, lo siguió con la mirada.

—Bueno, su aprobación ya la tiene.

—Espero que con Gundersen también sea así de fácil —dijo Clara.

Al día siguiente renunció a su descanso del mediodía y regresó a la pensión hacia las tres de la tarde, donde recogió a Paul y a Bodil para ir con ellos a Nilsenhjørnet. Poco antes de llegar al cruce, se detuvo y se inclinó hacia los niños.

—Quiero pedirlos una cosa. Al viejo Gundersen no le va muy bien. No tiene trabajo ni casa. Por eso ahora vive en un hogar para personas necesitadas.

Bodil hizo una mueca de disgusto.

—¡Pobre! A mí también me querían meter en un hospicio —susurró estremecida.

—No es exactamente lo mismo —dijo Clara—. Pero sin duda es terrible.

Por eso es importante que no le preguntéis sobre eso. Se avergüenza de vivir allí, a pesar de que no es culpa suya.

Bodil y Paul se miraron afectados y asintieron con semblante serio.

—¿Tampoco tiene familia? — preguntó Bodil.

—No, creo que no —respondió Clara—. Y por eso vamos a verlo y a llevárnoslo con nosotros. Si él quiere.

—Sí, vamos cuanto antes, para que no tenga que pasar más tiempo en ese sitio tan horrible —dijo Paul.

Antes de que Clara se diera cuenta, el niño y Bodil se cogieron de la mano, corrieron hacia la entrada del hogar y

desaparecieron dentro. Clara los siguió a toda prisa. Cuando llegó a los dos escalones que conducían a la puerta, esta se abrió de golpe desde dentro y los dos niños se precipitaron fuera. Habían agarrado al viejo Gundersen por las mangas de la chaqueta y casi lo llevaban a rastras.

—¡Ven, enseguida serás libre! — gritó Paul, al tiempo que Bodil exclamaba:

—¡Jamás tendrás que volver al asilo!

El rostro de Gundersen expresaba perplejidad. Miraba a los niños desconcertado. Clara no sabía si reñirles o reír. Había fracasado

estrepitosamente en su intento de que Paul y Bodil actuaran con tacto. «Las cosas salen como salen», oyó decir a Otilie, que se habría divertido de lo lindo con aquella situación y le habría aconsejado a Clara que la aprovechara al máximo, de acuerdo con la expresión: Obra empezada, medio acabada.

—¡Gundersen! —exclamó Clara colocándose delante de él—. ¡Me viene como caído del cielo!

Gundersen dio un paso atrás instintivamente y entrecerró los ojos.

—Justo ayer le decía a mi casera lo bien que me vendría su ayuda en estos momentos y lo mucho que lamentaba que ya no estuviera en Røros. —Le tomó la

mano y la apretó—. No me puedo creer que lo tenga delante.

«Seguramente cree que estoy chiflada —pensó Clara al ver que Gundersen cada vez estaba más desconcertado—. Pero no importa mientras él no se pregunte por qué los niños sabían que estaba aquí.»

—Mamá, ¿le enseñamos nuestra casa? —preguntó Paul.

Clara carraspeó.

—Disculpe que lo asalte de esta manera, Gundersen. Pero ¿tendría usted tiempo de acompañarnos? Resulta que yo, mejor dicho, Olaf tenía una tía que le dejó una casa junto al Hittersjøen. En los próximos días queremos mudarnos

allí. Pero aún hay mucho que arreglar para que sea habitable, y por eso...

Clara se detuvo y bajó la mirada. No necesitó fingir la turbación que se reflejaba en su rostro. De pronto su plan le parecía presuntuoso. ¿Cómo se le había ocurrido entrometerse de tal manera en la vida de Gundersen? ¿Y si solo quería que le dejaran en paz? «Tendrías que haberlo pensado antes — le dijo la voz severa que llevaba dentro —. Ahora ya no puedes echarte atrás.»

—Sé que es mucho pedir... — prosiguió a trompicones—, pero no sabría a quién más decírselo y... — Levantó la cabeza y miró al hombre a los ojos—. ¿Sería muy atrevido por mi

parte pedirle ayuda?

Gundersen se estremeció. El velo vidrioso que le cubría los ojos desapareció.

—Señora Ordal, no puedo imaginar nada mejor que echarles una mano a Paul y a usted. ¡Haría lo que fuera por la familia de Olaf!

—¡Muchas gracias! —dijo Clara, y sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta.

—No me dé las gracias tan pronto. Primero tendremos que ver si realmente puedo ayudarlos.

—¡Oh, desde luego! Estoy segura de que así será. ¿Quiere que vayamos ahora para que pueda hacerse una idea? No

está lejos.

Gundersen asintió.

—¡Yuju! —exclamó Paul dando saltos a su alrededor.

Gundersen no regresó a la ciudad con Clara y los niños. Quiso quedarse en la propiedad de la Bjørkvika y ponerse manos a la obra de inmediato. Se sentía feliz de volver a estar rodeado por cuatro paredes solo para él, por muy modestas que fueran. Al principio a Clara le había resultado incómodo que no quisiera alojarse en uno de los dormitorios del primer piso, sino que insistiera en arreglarse el cuartito sobre

el establo. Sin embargo, Gundersen le aseguró de forma convincente de que no podía imaginar nada mejor, ya que le recordaba al cuarto del aserradero de los Ordal, en el que había pasado tantos años felices.

Después de recorrer juntos la casa y los edificios adicionales, Clara apuntó las herramientas y el material que necesitaba Gundersen para las reparaciones pendientes y para otras tareas, y le prometió que lo compraría todo lo antes posible. Él se frotó las manos con una sonrisa satisfecha y afirmó que en principio no habría ningún problema en que ella y los niños se instalaran en la casa el siguiente fin de

semana.

Clara se mostraba más escéptica. Le parecía que aún quedaba mucho por hacer antes de poder vivir de forma mínimamente confortable en aquella propiedad. Desde los colchones y las mantas, pasando por la leña y unas provisiones básicas, hasta el menaje, que aún no había llegado desde Hamburgo. Se guardó las dudas para sí misma. No quería empañar el entusiasmo que Gundersen acababa de recuperar. Además, los niños estaban emocionados con la idea. Sobre todo Paul, que podría celebrar su séptimo cumpleaños el 2 de septiembre en su nuevo hogar.

En la pensión, la señora Olsson los recibió con gesto preocupado.

—El capitán de los bomberos la espera en el salón —le dijo a Clara a modo de saludo. Bajó la voz—: Mejor dicho, a Bodil.

Clara asintió. Ya contaba con que antes o después interrogaran a la niña sobre la noche del incendio. Llamó a Bodil, que estaba a punto de subir corriendo las escaleras con Paul.

—Bodil, enseguida podrás ir a jugar con Paul. Pero antes tenemos que hablar un momento con un hombre que está investigando por qué ardió el aserradero.

Bodil dio un paso atrás y negó

vehementemente con la cabeza.

—¿Un policía? Seguro que quiere meterme en el orfanato.

Clara se estremeció al ver el pánico en su rostro. En las últimas semanas se había vuelto más confiada y parecía relajada. En ese momento Clara volvió a ser consciente de lo enraizados que estaban en ella el miedo y la desconfianza. Se arrodilló y la miró a los ojos.

—No es policía. ¡Y no te va a llevar a ningún lado! Te prometo que no lo permitiré.

—Yo iré contigo —dijo Paul, que se colocó junto a Bodil y la rodeó con el brazo—. Si quiere llevarte con él,

tendrá que vérselas conmigo.

Clara contuvo una risita al imaginar a Paul abalanzándose sobre el capitán de los bomberos.

—Eso es muy valiente por tu parte —le dijo—. Pero seguro que no será necesario.

Le puso la mano en el hombro a Bodil y entró con ella en el salón. El capitán, que estaba sentado en una butaca delante de la chimenea, se levantó de un salto y se inclinó.

—Disculpen las molestias, pero todavía tenemos un par de preguntas y...

Clara asintió, señaló la butaca y dijo:

—Tome asiento de nuevo, por favor.

Ella se sentó con Bodil en el sofá de enfrente. Paul se puso junto a Bodil y miró al capitán con el ceño fruncido. Este se acercó a la niña, que se abrazaba a Clara.

—No tengas miedo. Necesito tu ayuda. Quizá seas la única que pueda decirnos por qué se incendió el aserradero.

—¡No fui yo! ¡No encendí ningún fuego! —exclamó Bodil.

—Nadie cree que fueras tú —dijo el bombero—. Al menos no a propósito. Pero puede que encendieras alguna vela antes de ir a dormir, ¿no?

—Pensaba que el fuego no se había iniciado en la zona de los cuartos, sino

en el cobertizo de las sierras —dijo Clara.

—Bueno, sería posible que la pequeña hubiera jugado con fuego allí y después hubiera subido a...

—¡No, no! —gritó Bodil—. No lo hice. No tenía velas. Ni cerillas.

—¡No pasa nada, tranquila! —dijo el capitán—. Pero ¿viste algo? Viviste allí durante un tiempo. ¿Te llamó alguna vez la atención alguien que rondara por la zona?

Clara sintió que Bodil se ponía tensa. Pensó en el misterioso hombre del humo que la pequeña había mencionado el día después del incendio y del que Clara no sabía si era real o era fruto de

la imaginación de la niña. Al parecer Bodil recordaba su promesa de no decir nada sobre él, ya que negó con la cabeza.

—No vi a nadie. Aparte de Paul, que venía a visitarme. Pero eso siempre era durante el día.

—Y yo nunca jugué con cerillas ni nada de eso. ¡Mi madre me lo tiene prohibido! —dijo Paul.

El capitán asintió y se levantó.

—Muchas gracias.

Clara se levantó también.

—Lamento que no podamos ayudarlo más.

—Si le digo la verdad, tampoco creía que fueran a hacerlo —respondió

encogiéndose de hombros—. Naturalmente tenía la esperanza, pero cuando no hay testigos oculares, estas investigaciones suelen ser difíciles y por desgracia no suelen arrojar ningún resultado concluyente.

Clara lo acompañó a la puerta.

—¿Siguen considerando que fue intencionado? —preguntó.

El capitán levantó las manos.

—Es lo lógico. ¿Cómo se habría iniciado el fuego si no? Hacía mucho tiempo que nadie trabajaba en la finca, así que es imposible que alguna máquina se recalentara. La proyección de chispas desde alguna chimenea vecina también está casi descartada.

—Pero ¿por qué iba alguien a prenderle fuego a propósito? —preguntó Clara.

—Podría haber varios motivos plausibles —respondió el bombero—. Por ejemplo, para estafar al seguro. O por venganza personal. O puede tratarse simplemente de un pirómano que disfruta provocando incendios.

—Ninguna de las opciones es demasiado reconfortante —dijo Clara con gesto de disgusto—. ¿Y pagará el seguro?

—No lo sé. Parece que no. De hecho, por lo que sabemos, ni siquiera se ha presentado una reclamación por daños y perjuicios. Ni por parte del

dueño actual, ni por parte del anterior, que seguía siendo el propietario oficial, ya que aún no se habían firmado los documentos del traspaso. —El capitán de los bomberos abrió la puerta, se caló la gorra de servicio y le estrechó la mano a Clara—. Avíseme si la niña recuerda algo más.

—Por supuesto —respondió Clara.

Regresó con sentimientos encontrados al salón, del que los niños habían desaparecido. Había dado por supuesto que la cuestión de la propiedad se había aclarado mucho tiempo atrás, y que ahora la finca de Flanderborg le pertenecía a Ivar Svartstein. ¿Sería posible que su suegro hubiera querido

aprovecharse del descuido? Clara se pasó la mano por la frente. Pero entonces ¿por qué no había reclamado los daños del incendio al seguro? Porque se marchó de la ciudad antes del incendio y no se enteró de nada, siguió pensando y suspiró aliviada. Le pareció ridícula la idea de que no hubiera querido traspasar la obra de su vida a su antiguo rival y que por eso le hubiera prendido fuego. Eso no encajaba con su carácter melancólico. Pero habría mucha gente que sí creería capaz de algo así a Sverre Ordal.

«¿Y el viejo Gundersen? ¿Sigue formando parte de la lista de sospechosos?», se preguntó, y decidió

averiguar dónde se encontraba esa noche. No porque creyera en serio que podía ser el culpable. Quería hacer todo lo posible para demostrar su inocencia y bajar los humos a las malas lenguas que afirmaban lo contrario. Dudaba de que pudiera hacer lo mismo por Sverre Ordal. Mientras no supiera dónde estaban él y Trude, no tenía ninguna posibilidad de preguntárselo. Poco a poco estaba perdiendo la esperanza de volver a saber de ellos. Hasta el momento no habían accedido a su petición de mantener el contacto por el bien de Paul.

Clara se encogió de hombros. Si no conseguían entrar en la familia de Olaf,

tendría que aceptarlo. En realidad no los necesitas tan imperiosamente, pensó de pronto. Estás reuniendo una pequeña familia propia a tu alrededor. Gundersen es un abuelo maravilloso para Paul, Bodil es como una hermana para él, y ya no me imagino la vida sin la señora Olsson. Animada por esta idea, Clara se apresuró hacia la cocina, donde la dueña de la casa estaba ocupada preparando la cena. Estaba de espaldas a la puerta, junto al fogón, y justo estaba metiendo una fuente con un gratén de pescado en el horno.

Todavía en la puerta, Clara le preguntó:

—¿Tiene tiempo y ganas de celebrar

con nosotros el lunes que viene el cumpleaños de Paul? ¿E inaugurar al mismo tiempo nuestro nuevo hogar?

—Será un placer, muchísimas gracias por su amable invitación — respondió una voz masculina.

Clara dio un paso hacia la cocina. Mathis Hætta estaba apoyado en la alacena del rincón y le sonreía.

A Clara se le escapó un «¡oh!».

La señora Olsson se volvió hacia ella.

—Nuestro joven ingeniero ha venido a la ciudad para un par de días y se aloja de nuevo bajo mi humilde techo — anunció radiante—. A pesar de que se le ha ofrecido un establecimiento mucho

más suntuoso.

Mathis Hætta hizo un gesto de rechazo.

—No tengo ningún interés en el lujo. La buena compañía me parece mucho más importante.

Buscó los ojos de Clara. Ella bajó rápidamente la mirada, murmuró algo sobre «ir a ver a los niños» y huyó de allí. Se detuvo en el último tramo de las escaleras con la respiración acelerada. «¿Se puede saber qué te pasa, por qué te pone tan nerviosa ese hombre?», se preguntó. Le vino a la mente el rostro de Otilie, que esbozaba una sonrisa burlona:

«Pero si se ve a la legua: te has

enamorado de él.»

Røros, agosto de 1895 – Sofie

—No, lo siento mucho, señorita Svartstein —dijo la dueña, que atendía a Sofie a la puerta de su pensión—. La señora Ordal no está. Esta mañana se ha mudado a su casa junto al Hittersjøen. Pero me ha pedido que le informe de que no hay noticias —añadió ladeando la cabeza—. Signifique eso lo que

signifique.

Sofie no se prestó a satisfacer la curiosidad de la señora Olsson y agradeció en silencio la discreción de Sofie. La decepción por no haber recibido correo de Moritz le hizo un nudo en la garganta. Acertó a pronunciar un educado «muchas gracias» y se dio la vuelta para marcharse.

—Espere —dijo la señora Olsson—. Casi lo olvido. Paul le ha dejado un mensaje. Iba a mandárselo después con el mozo, pero ahora puedo entregárselo en persona.

Desapareció un instante en la casa, regresó con un sobre y se lo tendió a Sofie.

—Tiene al muchacho encandilado — dijo—. Siempre está impaciente por asistir a sus clases de música.

Sofie sonrió.

—Me alegro mucho. Aunque pronto tendremos que buscarle otro profesor. A la larga yo no podré sacar todo el provecho de su talento. Paul necesita lecciones de un profesional.

La señora Olsson la miró con simpatía.

—Pero siempre le estará agradecido, ya que si no hubiera sido por usted, quizá nunca habría descubierto el talento musical que tenía.

Sofie se despidió y caminó lentamente hacia su casa. El elogio de la

dueña de la pensión había endulzado la amarga noticia de no haber recibido correo de Moritz. Se prohibió pensar en los posibles motivos, y abrió el sobre en el que Paul había escrito su nombre con letras irregulares. Dentro encontró una hoja doblada en la que había pintado un dibujo de colores. En él se veía una mesa en medio de un prado florido sobre la que había una tarta gigante decorada con un 7. Había varias personas sentadas. Un sol iluminaba al grupo desde la esquina superior derecha. En la parte inferior del folio se leía:

Por favor, ven ami cumple.

Habrá mucha tarta rica. Una brazo
de Paul

En el reverso, Clara Ordal había
escrito:

Querida Sofie Svartstein:

Al igual que Paul, me alegraría
mucho que el lunes por la tarde,
hacia las tres, pudiera venir a la
Bj rkvika del Hittersj en para
celebrar su cumpleaños. Un saludo
cordial,

Clara Ordal

P.D. Si quiere, puede venir en el
carro de la señora Olsson. Saldrá de

la pensión hacia las dos y media.

Si Silje hubiera recibido una invitación de un niño y de una mujer considerada una marginada, habría fruncido el ceño y le habría parecido una desfachatez. En cambio Sofie sintió una gran alegría. La perspectiva de conocer mejor a Clara Ordal y poder entablar una relación de amistad con aquella mujer tan simpática le hizo acelerar el paso y comenzar a tararear una melodía para sí misma.

En el vestíbulo se encontró con su padre, que había llegado a casa poco antes que ella. Lo saludó con un gesto en silencio y se disponía a subir a su

cuarto, pero para su sorpresa, él le dirigió la palabra. Parecía estar de buen humor.

—¡Ah, Sofie! ¿Has tenido un buen día?

Ella lo miró perpleja. Antes de que pudiera responderle, continuó:

—Hija mía, ¿podrías avisar a tu hermana de que Mathis Hætta vendrá hoy a cenar?

—Claro —contestó Sofie—. ¿Lo sabe la cocinera?

Su padre se mostró sorprendido y le dirigió una mirada en la que Sofie distinguió algo que nunca antes había visto: reconocimiento.

—Muy bien pensado. Me gusta que

estés atenta. Pero no es necesario hacer preparativos especiales. El señor Hætta lo ha pedido expresamente. No le interesa la comida refinada ni la parafernalia. Así que bastará con que se sirva la comida de costumbre.

Le hizo un gesto de asentimiento y desapareció en el salón. Los días anteriores Sofie ya había percibido el buen humor de su padre, que, después de la prolongada depresión en la que se había sumido a mediados de agosto, recorría la casa como una brisa templada y permitía respirar aliviados a sus habitantes. Para Sofie no había duda de que era a Mathis Hætta a quien debían agradecer el cambio.

El joven ingeniero estaba en la ciudad para discutir con Ivar Svartstein y otros socios de la compañía minera los proyectos que podrían ponerse en marcha en cuanto la central hidroeléctrica de Aursunden estuviera lista y produjera energía. Además de dotar a las minas principales de luz eléctrica e iluminar la Hyttegata, también se había planeado la construcción de un funicular. Con él se podrían transportar los fragmentos de mineral extraídos de la mina Olav a la celda de flotación en la campa de Storwartz, donde se separaban las partículas de cobre mediante un proceso de sedimentación antes de llevarlas a la

fundición de Røros.

Era evidente que su padre no solo valoraba a Mathis Hætta por su competencia profesional, sino que le profesaba un afecto auténtico. Ni siquiera se había tomado a mal que hubiera rechazado su invitación a instalarse en una habitación confortable del Proviantskrivergården, y que en su lugar hubiera preferido una sencilla pensión. A su padre le gustaba que tuviera los pies en la tierra y estuviera seguro de sí mismo, cosas que evitaban que el joven ingeniero cambiara de camisa según las circunstancias o dijera siempre lo que querían oír los poderosos. Cuando Silje se quejó a su

padre de que Mathis Hætta evitaba las preguntas relativas a sus circunstancias familiares, su padre le había dado a entender de forma inequívoca que debía dejar de asediarle con su curiosidad. La sólida educación que había recibido, la formación en el extranjero y sus modales exquisitos eran muestra de que provenía de una familia bien situada, a pesar de que quizá no estaba muy arraigada y por eso no la mencionaba. Para Ivar Svartstein, los orígenes no eran importantes en este caso; se había quedado prendado del joven ingeniero.

Sofie se preguntó si su padre seguiría sintiendo el mismo afecto por él si Mathis Hætta tuviera sus propias

ideas con respecto a otros temas además del alojamiento. ¿Y si no estaba dispuesto a formar parte de la familia Svartstein como su yerno?

Durante la cena, Sofie se reafirmó en su impresión. Su padre conversaba animadamente con el invitado y le preguntaba por su opinión acerca de los temas más diversos: desde el conflicto candente con Suecia y el movimiento creciente por la independencia, por el que Mathis Hætta sentía una gran simpatía, pasando por el desarrollo económico noruego, hasta las últimas novedades tecnológicas como los neumáticos de cámara de aire para los automóviles o el cinematógrafo, que

permitía mostrar imágenes en movimiento.

Ivar Svartstein intentaba en todo momento involucrar a su hija mayor en la conversación. Silje se esforzaba al máximo por impresionar al joven ingeniero con sus conocimientos y al mismo tiempo tratar de embelesarlo. Sofie observaba fascinada la facilidad con la que su hermana dejaba caer los cumplidos y lo sutilmente que mencionaba sus propios gustos y habilidades. Tal como habían acordado, su padre introducía los temas apropiados, y se encargó de que Silje le pusiera una guinda musical al postre. Mientras esta tocaba al piano una balada

de la colección de melodías populares de Magnus Landsted, Sofie miraba de reojo a Mathis Hætta. Habría dado cualquier cosa por saber en qué pensaba. ¿Lo halagaban el interés y las atenciones con las que se le obsequiaba? El gesto educado con el que escuchaba la actuación de Silje no revelaba lo que sentía en realidad por la hija de su anfitrión.

Cuando Ivar Svartstein hizo servir café y pastas en el salón, Mathis se sentó junto a Sofie. Durante la comida apenas le había dirigido la palabra, ya que su padre y Silje lo habían acaparado. Esta última frunció el ceño indignada cuando Mathis ignoró el gesto invitador que le

hizo para que se sentara a su lado. Sofie se puso tensa. Enfrentarse a Silje, y por lo tanto también a su padre, era lo último que quería.

—He oído que tiene usted un alumno con mucho talento —dijo Mathis mirándola atentamente con sus ojos azules grisáceos.

—Eh, cómo... Eh, quiero decir... ¿A qué se refiere? —balbuceó y bajó la mirada.

—¿Qué alumno? —preguntó Silje.

Sofie apretó los labios y deseó estar muy lejos de allí. Hasta ese momento ni su padre ni su hermana sabían que tenía contacto con Clara Ordal o que daba clases de música a Paul. Tampoco se

habían enterado de la visita de la joven viuda. Ullmann, que era quien la había hecho pasar, no se lo había mencionado a su señor, algo por lo que Sofie le estaba muy agradecida. A ambos les parecería una grosería inaudita, si no una traición, el hecho de que dedicara tiempo precisamente al hijo de la mujer que había desbaratado los planes de Ivar Svartstein para casar a su hija mayor, aunque no hubiera sido a propósito.

Mathis Hætta pareció percibir su incomodidad. Antes de que Silje pudiera seguir indagando, se llevó la mano a la frente y exclamó:

—Perdone, me he confundido. La dueña del establecimiento donde me

alojo me ha contado que ha organizado usted la biblioteca. Y como esta se encuentra en la escuela, por un momento he pensado que trabajaba como profesora.

Sofie se mordió la lengua. Para sacarla del aprieto, el joven se había metido en camisa de once varas. Silje le lanzó una mirada de extrañeza. Su padre, que se había recostado en su butaca y acababa de terminar el ceremonioso proceso de escoger, cortar y encender un puro, también se mostró sorprendido.

—Es muy loable que las mujeres jóvenes de hoy en día sientan la vocación de ejercer la actividad pedagógica antes del matrimonio y se

dediquen a enseñar a los niños —dijo, y chupó su habano—. Sobre todo muchachas de familias más desfavorecidas, que de esta manera pueden obtener su propio sustento y no suponer una carga para sus padres. Pero mis hijas tienen el privilegio de poder seguir sus inclinaciones y dedicarse a aquello que les apasiona sin la necesidad de tener que ganar dinero con ello.

Sofie clavó la mirada en Mathis y contuvo el aliento. Si el joven era consciente de haber metido la pata al acusar a la hija de su anfitrión de ejercer una profesión indigna, no dejó que se le notara. Se encogió de hombros con una

sonrisa.

—Naturalmente es maravilloso no tener que trabajar por necesidad para mantenerse a flote. Sin embargo opino que no hay nada más satisfactorio que desempeñar una profesión y obtener reconocimiento por ello.

—¿Y por qué opina así? —preguntó Ivar Svartstein—. No creo estar exagerando al decir que la mayoría de las mujeres también siente dicha y satisfacción al criar a sus hijos y llevar un hogar bien organizado.

Mathis entrecerró los ojos.

—Puede que tenga usted razón, incluso lo espero. Sin embargo pienso que...

Silje dejó su taza de moca con un tintineo y miró indignada a Mathis.

—¡Por favor! Las mujeres cargamos con una gran responsabilidad. Sin nosotras la sociedad no funcionaría.

Mathis insinuó una reverencia en su dirección.

—¡Desde luego no seré yo quien lo niegue! Pero al fin y al cabo vivimos en un mundo en que la mayoría de las veces el reconocimiento llega en forma de una remuneración económica, y...

—Un buen esposo no dudará en suministrar a su mujer recursos suficientes y en darle total libertad para completar su vestuario, organizar el hogar común y gestionar la economía

familiar.

Sofie vio que Mathis esbozaba una sonrisa ínfima. Seguramente lo divertía el orden de la enumeración de Silje.

—¡No tengo ningún reparo en desearle ese tipo de hombre a todas las mujeres del mundo!

A Sofie se le escapó una risita. Silje se mostró disgustada.

Mathis levantó una mano en señal de sosiego y prosiguió con seriedad:

—El problema va más allá. El dinero no solo garantiza la existencia material, sino que también implica influencia y poder. Piense por ejemplo en el sufragio limitado, que no permite a los menos adinerados participar en las

decisiones políticas y con ello conformar la sociedad en la que viven.

Silje se cerró en banda. Mathis se deslizó hacia delante en su butaca.

—Y no olvide que el dinero da independencia —dijo—. Es posible que ese sea el motivo de que en general se les impida a las mujeres acceder libremente a él.

Silje negó con la cabeza.

Sofie carraspeó y dijo en voz baja:

—Por lo menos, la ley del matrimonio de nuestro país se cambió hace siete años para concederles a las mujeres el derecho a la propiedad.

Mathis se volvió hacia ella.

—Tendría que haberse hecho mucho

antes. Pero tiene razón, hay que celebrar cualquier paso en la dirección correcta, por muy pequeño que sea.

—¿Así que usted permitiría que las mujeres trabajaran? —preguntó Sofie.

Mathis recorrió con dos dedos el trazado recto de sus cejas.

—¿Permitir? Perdóneme, pero su propio vocabulario es muy elocuente. ¿Por qué no iba a poder un ser racional decidir por sí mismo en ese aspecto?

Ivar Svartstein, que había seguido con el ceño fruncido el rumbo que había tomado la conversación, sacudió las cenizas del puro y se inclinó hacia Mathis.

—¡Mi querido y joven amigo! Su

idealismo y su generosidad le honran. Pero haga caso de un viejo como yo, que ha reunido suficiente experiencia para estar seguro de lo siguiente: la afirmación de que las mujeres y los hombres son iguales, tal como quieren hacernos creer últimamente algunos exaltados, es un engaño. Como hombre instruido que soy, no llego al punto de afirmar que son una calumnia para el orden divino. Pero querer negar las diferencias entre sexos es sencillamente absurdo.

—Y no es eso lo que pretendo — dijo Mathis.

Ivar Svartstein le palmeó la rodilla y volvió a recostarse en la butaca.

—¡Un hombre sensato! Venga, probemos el oportuno, ayer recibí una nueva remesa. —Le hizo una señal a Silje, que se levantó diligente y cogió una licorera con un líquido rojo oscuro de una mesita auxiliar algo apartada.

Sofie estaba segura de que Mathis habría podido seguir hablando sobre el tema. Sin embargo, y muy a su pesar, renunció a ello. A la joven le habría gustado ahondar en sus opiniones al respecto.

—¿Cuándo regresará a la obra? —preguntó Silje tendiéndole la copa de cristal tallado en la que le había servido la bebida.

—Lo cierto es que quería

marcharme pasado mañana. Pero finalmente partiré el martes, porque he prometido a mi casera que el lunes por la tarde la llevaré en coche a una fiesta de cumpleaños.

A Sofie se le resbaló de la mano la galleta que acababa de coger, que aterrizó en la alfombra. Se quedó helada. No podía ser casualidad.

—Patosa —le siseó Silje.

Mathis le guiñó un ojo a Sofie, se agachó y recogió la pasta. Ella lo miró fijamente y le suplicó en silencio: «¡No digas el nombre! ¡No menciones a Clara ni a su hijo!» Mathis frunció el ceño con gesto interrogante.

—Es usted un auténtico caballero —

dijo Silje—. La dueña de la pensión puede sentirse muy afortunada de alojar a un huésped tan solícito.

—No es nada —respondió Mathis—. Además, yo también tengo ganas de disfrutar de la excursión.

—¿Y dónde se celebrará la fiesta? —preguntó Silje.

—No seas tan curiosa —dijo Sofie.

Silje le dirigió una mirada furibunda. Mathis se encogió de hombros.

—No es ningún secreto de Estado —dijo—. Aunque no creo que conozca a la anfitriona. Se mudó aquí hace tres meses escasos. Se llama Clara Ordal.

Sofie contuvo un lamento. Silje se

estremeció e intercambió una mirada con su padre, que arrugó el ceño.

—¿De qué conoce a la dama? — preguntó este último.

—También vivía en la pensión de la señora Olsson. Allí fue donde nos encontramos —respondió Mathis.

Silje había recuperado la compostura.

—Tiene razón. Aún no he tenido ocasión de conocer a la señora Ordal.

—Debería hacerlo cuanto antes — dijo Mathis—. Es una persona muy agradable.

Sofie vio que su hermana se tensaba. «Debe de estar suponiéndole un esfuerzo tremendo dominarse —pensó—. ¿Acaso

Mathis no se da cuenta del avispero en el que se ha metido? A ojos de Silje, elogiar a Clara Ordal es prácticamente imperdonable.»

Su hermana mayor ignoró ese último comentario y le tendió un cuenco de arándanos confitados con una sonrisa adorable.

—Los he recogido yo misma.

Sofie no pudo por menos de admirar a su hermana. «Habría que darle uno de los papeles de la obra de teatro —pensó—. Con ella se ha perdido una gran actriz: miente más que habla sin abochornarse lo más mínimo. Y también es capaz de disimular a la perfección. Si no la conociera, jamás se me ocurriría

pensar que ahora mismo está muy enfadada. Tengo que avisar a Clara — pensó de pronto—. Si Mathis tiene el menor interés en la joven viuda, Silje se lo hará pagar.»

Røros, septiembre de 1895 – Clara

El 2 de septiembre prometía ser un día soleado. Cuando Clara abrió las contraventanas de su dormitorio pronto por la mañana, sobre el lago aún flotaban algunos jirones de niebla. A lo largo de la mañana se disolverían y franquearían el paso a un cielo despejado que ya se intuía. Había un

matiz gélido en el aire que advertía del invierno inminente, y las briznas de hierba estaban blancas por el rocío. De todos modos, Clara estaba convencida de que podrían celebrar la merienda en el prado que había delante de la casa, tal como Paul lo había pintado en el dibujo para Sofie. El sol aún tenía fuerza suficiente y sus rayos calentarían a la pequeña reunión de cumpleaños.

Clara se alegraba de no tener que recibir a los invitados en la casa. Desde que ella y los niños se habían instalado en ella dos días atrás, el caos había remitido un poco, pero aquello aún estaba lejos de ser un hogar confortable. A Paul y a Bodil les encantaba sentarse

en cajas a falta de sillas, comer de platos que no iban a juego y tenían alguna que otra mella, dormir en sacos de paja y llevar cubos de agua a la cocina. Para ellos era una gran aventura que estimulaba su imaginación. Jugaban a ser descubridores en un país lejano que exploraban un castillo encantado lleno de monstruos peligrosos y cuartos misteriosos, y trotaban por la casa y por los demás edificios de la mañana a la noche. De vez en cuando ayudaban al viejo Gundersen. Reunían el heno que él segaba con la guadaña, engrasaban las bisagras y los quicios de las puertas que chirriaban, lijaban las piezas de madera a partir de las cuales él fabricaba sillas

y banquetas, y apilaban junto a la pared de un cobertizo la leña que él había partido. Mientras tanto Clara blanqueaba las paredes, colgaba las cortinas que la señora Olsson les había cosido y se encargaba de las comidas y de la colada.

A primera hora de la tarde, los niños se acercaban corriendo a la carretera cada vez más a menudo y buscaban con la mirada el coche que vendría de la ciudad con la señora Olsson, Sofie Svartstein y Mathis Hætta. Clara se sorprendió mirándose en el reflejo de una ventana, arreglándose el peinado y pellizcándose las mejillas para darles más color. Se apartó rápidamente y salió

afuera con una guirnalda de flores de papel que quería colgar entre dos arbustos detrás de la mesa. La idea de volver a ver a Mathis Hætta la ponía nerviosa y al mismo tiempo le producía una alegría que le habría gustado pregonar cantando a pleno pulmón.

—¡Ya vienen, ya vienen!

Paul y Bodil se acercaron corriendo y gritando, y saltaron alrededor de Clara.

—Lavaos las manos, por favor — dijo empujándolos hacia la casa. Se quitó el delantal e hizo señas a Gundersen, que en ese momento estaba sacando una silla terminada del cobertizo donde tenía el taller.

—Ya está bien de trabajar. Ha llegado la hora de la celebración. Los invitados están a punto de llegar.

Arriba, en la carretera, se detuvo un coche del que se apearon dos mujeres. Clara frunció el ceño. ¿Por qué Mathis Hætta no se acercaba hasta la casa? El coche giró y se alejó de nuevo en dirección a Røros, mientras la señora Olsson y Sofie Svartstein abrían el portón del muro y entraban en la finca. Clara fue hacia ellas.

—¡Bienvenidas! —exclamó, y le cogió a la señora Olsson la cesta en la que llevaba la tarta para Paul. La dueña de la pensión y Sofie acarrearón juntas una segunda cesta con regalos hasta una

pequeña mesa que Clara había colocado junto a la principal. En ella, además de un tarro de conservas en el que había puesto un ramo de flores silvestres, estaban sus regalos empaquetados y los de Gundersen.

—El señor Hætta les manda saludos —dijo la señora Olsson—. En realidad quería acompañarnos, pero hace dos horas un mensajero de la obra le ha traído la orden de que regrese inmediatamente a Glåmos. Al parecer ha sucedido algo que requería su presencia.

¿Eran imaginaciones de Clara o Sofie Svartstein la estaba escudriñando con la mirada, como si quisiera averiguar cómo reaccionaba a la

noticia?

—¡Qué pena! —exclamó Paul, que acababa de salir corriendo de la casa con Bodil—. Nos había prometido que fabricaría un arco con flechas. Teníamos muchíiisimas ganas, ¿a que sí, Bodil?

Se volvió hacia la niña, que se había detenido a medio camino y observaba a Sofie con la boca apretada.

—Algún día cumplirá su promesa, cuando tenga tiempo —dijo Clara acariciándole la mejilla a Paul.

—¡Seguro! —confirmó la señora Olsson—. Le habría gustado mucho felicitarte en persona. —Rebuscó en la cesta de los regalos—. Este es de su parte —continuó, y le tendió a Paul una

cajita alargada atada con un lazo.

Mientras repartía los demás paquetes por la mesa, Paul abrió el estuche y palideció. Abrió los ojos como platos.

—Mira, mamá —dijo en voz baja, y le enseñó el regalo de Mathis con la mano temblorosa. Pocas veces lo había visto Clara tan emocionado—. ¡Un auténtico cuchillo Bowie!

Hablaba con un profundo respeto. Sacó el mango de cuerno de ciervo de la funda de cuero y les presentó a los demás la cuchilla, ancha y con la parte delantera arqueada hacia arriba. Tenía su nombre grabado.

—Es un regalo extraordinario —dijo

la señora Olsson, y le revolvió el pelo a Paul.

—También te ha escrito algo —dijo Clara señalando un papel doblado en la base del estuche.

—¿Puedes leérmelo, mamá? —preguntó Paul.

Clara asintió

—«Querido Paul, durante mis viajes por América le compré este cuchillo a un viejo cazador de pieles cuando dejó la vida de trampero y abrió una tienda en una pequeña ciudad. Me ha prestado un gran servicio y podría contarte muchas aventuras relacionadas con él. Es para mí una alegría que ahora te pertenezca a ti y también te sea útil.

Feliz cumpleaños de parte de Mathis.»

Clara dejó la carta en la mesa de los regalos y pidió a los invitados que se sentaran. La señora Olsson había sacado una magnífica tarta de merengue y almendra y había puesto siete velas en ella. Sofie se acercó a Bodil, se puso en cuclillas delante de ella y le habló en voz baja. Clara captó un par de palabras. Parecía que le estaba pidiendo a la pequeña que colaborara en algo. Bodil mantuvo su gesto de rechazo, pero siguió a Sofie hacia la mesa y se colocó entre las sillas de esta y de la señora Olsson. Las tres se hicieron una señal con la cabeza y empezaron a cantar:

*«Ja, må han leve,
Ja, må han leve,
Ja, må han uti hundrede år!
Javisst skal han leve,
Javisst skal han leve,
Javisst skal han leve uti hundrede
år! HURRA!»*

Clara conocía la melodía. Era la misma que la de una canción de cumpleaños alemana. Cuando repitieron el estribillo, se unió a ellas, y Gundersen tarareaba el bajo.

Después del último «¡hurra!», Paul aplaudió, sopló las velas y cortó la tarta con su nuevo cuchillo.

Unas tres horas más tarde, Clara, Paul, Bodil y Gundersen despedían desde el portón junto a la carretera al *stolkjærre* que llevaba a la señora Olsson y a Sofie de vuelta a Røros. Durante el viaje de ida, la dueña de la pensión le había dicho al cochero que necesitarían de nuevo sus servicios más tarde, y el tiempo había volado. Después de merendar y de abrir los regalos, habían jugado primero a *Svarteper*, un juego de cartas, y después a la charada, interpretando diferentes juegos de palabras o personajes de cuentos y sagas, lo que provocaba las carcajadas de todos una y otra vez. Después se dedicaron a los trabalenguas, que para

diversión de Paul en noruego se llamaban *tungekrøll*, es decir, tirabuzón o espiral de lengua.

Gracias a Sofie, Bodil, que al principio se había mantenido en un segundo plano por timidez, fue participando poco a poco. La joven no se dejó desconcertar por el rechazo que exhibía la niña hacia ella. Involucró a Bodil en los juegos preguntándole cosas o pidiéndole que se uniera a ella contra la señora Olsson, emparejada con Gundersen, y contra Paul y Clara. Todo esto lo hacía sin mostrarse más simpática de lo normal y sin tratar a la niña con displicencia. A medida que avanzaba la tarde, a Bodil cada vez le

resultaba más difícil mantener su actitud reservada. Cuando Sofie se despidió de todos, la pequeña anunció que a partir de entonces acompañaría a Paul a sus clases de música.

Mientras el viejo Gundersen, que había disfrutado de la alegre compañía y había conversado animadamente con la señora Olsson a lo largo de la tarde, ayudaba a esta a llevar las cestas a la carretera, Clara se había acercado a Sofie y le había dado las gracias por tratar a Bodil con tanto tacto. Sabía que era muy importante para Paul que su profesora, a la que adoraba, y su amiga se llevaran bien. Sofie había hecho un gesto de humildad con la mano y le

había dado las gracias por las horas de diversión. Clara no había podido evitar tener la impresión de que Sofie quería decirle algo más, y la había animado a confiar en ella y a contárselo. Sofie había negado con la cabeza y había murmurado:

—Seguro que no son más que imaginaciones mías y me estoy preocupando en vano. —Acto seguido había corrido hacia el coche, que entretanto había llegado a la finca.

Mientras recogía la mesa, Clara se preguntó por qué estaría preocupada Sofie. ¿Tendría algo que ver con aquel noble alemán que guardaba silencio y no respondía a su carta? No, eso no

encajaba con su último comentario. Más bien sonaba a que estaba inquieta por Clara. Pero ¿por qué? Se encogió de hombros y dobló la sábana que había utilizado a modo de mantel. «Espero que nuestras cosas lleguen pronto de Hamburgo —pensó—. Así por fin tendremos suficiente mantelería, toallas y sábanas, y podré devolverle a la señora Olsson todo lo que nos ha prestado.»

Hacia las ocho de la noche, Clara cerró la puerta de la habitación que compartían Paul y Bodil. Tan agotados como estaban por los acontecimientos

del día, ambos se habían acostado sin suplicarle que les dejara quedarse más tiempo despiertos. El viejo Gundersen se había retirado antes incluso a su cuarto, donde normalmente trajinaba un rato, tallaba cucharas u otros utensilios, o reparaba algo. Le resultaba difícil mantenerse desocupado y cruzado de brazos.

Clara bajó a la cocina. Quería escribirle a Otilie antes de irse a dormir. Su amiga no se había olvidado del cumpleaños de Paul y le había enviado un cancionero ilustrado y un puñado de bastones de caramelo a la dirección de la pensión. La señora Olsson había traído el paquete, que

también contenía una gruesa carta para Clara en la que Otilie le daba noticias de su hogar en su habitual tono jovial y le hacía muchas preguntas sobre su día a día en Noruega.

Clara preparó papel y lápiz en la mesa de la cocina y se acercó a la ventana. Fuera estaba oscureciendo. En el cielo se estaban formando nubes en tonos rojos y naranjas por el sol del crepúsculo. Una pareja de ánsares chicos, cuyos caretos blancos destacaban sobre sus picos, aterrizó en el lago entre graznidos, y desde la carretera llegaba el traqueteo de pezuñas que se alejaban en dirección a la ciudad y se iban apagando hasta que

solo se oía el murmullo del viento en las hojas de los árboles del prado. Y un mugido. Clara se quedó perpleja, contuvo el aliento y aguzó el oído. De nuevo oyó el sonido. Desde la ventana no veía nada. Salió de la cocina y abrió la puerta de la casa. Justo al lado de la pared había una graciosa vaca blanca con el morro, las orejas y los flancos negros. Estaba atada con una cuerda al banco que Gundersen había colocado allí un par de días atrás.

—¿De dónde has salido tú? — preguntó Clara mirando incrédula al animal—. ¿Quién te ha traído hasta aquí?

La vaca restregó la frente contra el

respaldo del banco y mugió. Clara oteó en la penumbra y descubrió una figura que corría hacia el portón del muro. Clara la siguió.

—¡Eh, hola, espere!

La figura se detuvo y se dio la vuelta. Era la pastora con la que se había encontrado Clara varios días después del incendio. Esta vez también llevaba el amplio abrigo y el sombrero masculino de ala ancha.

—Ah, sí que estás despierta. Pensaba que estaríais todos dormidos. No he visto luces.

Clara se frotó las sienes.

—Ajá. Pero ¿por qué ha atado la vaca ahí?

—Los niños necesitan leche fresca.

Clara miró fijamente a la mujer. No sabía qué pensar de ella. ¿Cómo se le había ocurrido llevarle de pronto una vaca a una completa desconocida? ¿La habría convertido la soledad en una persona un poco excéntrica?

—No se preocupe, tengo todos los tornillos en su sitio —dijo la mujer, y le tendió la mano a Clara—. Me llamo Siru.

Clara le estrechó la mano, que apretó la suya con firmeza y calidez.

—Soy Clara Ordal.

—Lo sé —dijo Siru—. Quería pasarme antes y felicitar a tu muchacho. Pero había demasiada gente de la

ciudad. Les gusta hacer preguntas estúpidas. No me apetecía.

—¿Cómo sabía que Paul...? —
empezó a decir Clara.

Siru hizo un gesto con la mano.

—Simplemente lo sabía. Y por favor, deja de hablarme de usted. Es incómodo. Hace que me sienta solemne.

—Como quiera... eh... quieras —
dijo Clara.

Estaba un poco mareada. Por un instante se planteó la idea de estar sufriendo alucinaciones. Quizá Siru era una ilusión inspirada en las criaturas de las sagas que les leía a los niños todas las noches. ¿Sería una duende o un hada del bosque? El mugido de la vaca la

devolvió a la realidad. El animal existía de verdad.

—No puedo aceptar la vaca —dijo—. Es un regalo demasiado grande.

Siru se encogió de hombros.

—Entonces considérala un préstamo.

La necesitaréis.

Sin esperar respuesta de Clara, se dio la vuelta y se adentró en la oscuridad que entretanto había descendido sobre el prado.

—¡Pero si ni siquiera sé ordeñar! —exclamó Clara, y extendió un brazo como para traer a Siru de vuelta—. ¡Vuelve, por favor!

Entrecerró los ojos y oteó en la dirección en la que había desaparecido

Siru. No había movimiento, no se oían pasos. Solo una leve risa que se mezclaba con el murmullo del viento. Clara dejó caer el brazo y regresó a la casa. «Ojalá Gundersen sepa ordeñar una vaca», pensó. Miró por la ventana hacia su cuarto. Tras la madera resquebrajada del postigo no había luz. Ya se había acostado. Sofie dudó un instante si debía despertarlo. No, el día ya había sido lo bastante largo para él.

La vaca estaba junto al banco con la cabeza gacha. Clara permaneció a varios pasos de distancia y la miró con inseguridad.

—¿Qué voy a hacer contigo? — preguntó Clara—. Espero que seas

simpática y no muerdas.

—No, es muy cariñosa —dijo una voz aguda.

Clara se dio cuenta en ese momento de que Bodil estaba acucillada delante de la vaca medio oculta por el banco.

—Los mugidos me han despertado. ¿De dónde ha salido?

—Alguien nos la ha regalado, para que tengamos leche fresca. Pero no creo que podamos quedárnosla.

—¿Por qué no?

—No estaría a gusto con nosotros. La verdad es que no sé qué necesita una vaca ni cómo cuidarla. Ni ordeñarla.

—Pero yo sí —dijo Bodil—. En casa de mi tía siempre me encargaba de

limpiar el establo y ordeñar los animales.

Se levantó, se puso delante de Clara y le tomó la mano.

—¿Puedo cuidarla, por favor?

Clara decidió guardarse el comentario dubitativo que tenía en la punta de la lengua. Se dio cuenta de lo importante que era para la niña. Si al final resultaba que había sobreestimado sus capacidades, siempre podrían pensar qué hacer con el animal.

—Bien. Pero tenemos que encontrarle sitio. El establo sigue estando lleno de trastos, ahí no puede estar.

—Por ahora puede quedarse fuera

—dijo Bodil—. Estas vacas no pasan mucho frío, ¿verdad, *Svarthvit*?

—¿*Svarthvit*? —preguntó Clara.

—Sí, la he bautizado así porque es negra y blanca.

—Es un buen nombre. Pues ahora dale las buenas noches, ¡ya es hora de que vuelvas a la cama!

—Paul tiene razón. ¡Eres la mejor!
—dijo Bodil en voz baja.

Acarició el cuello de la vaca, le susurró algo al oído y subió a saltos la escalera de la entrada.

Clara la siguió despacio. La carta a Otilie se alargaría más de lo que pensaba. ¡Tenía tanto que contarle de aquella nueva vida en la que parecía

haber sorpresas esperándola a la vuelta de cada esquina! Si en mayo le hubieran dicho a Clara que menos de cuatro meses después sería la dueña de una casa con un terreno magnífico y de una vaca, y que se sentiría responsable no solo de su propio hijo, sino también de una niña pequeña y de un anciano solitario, esa idea absurda seguramente la habría hecho reír a carcajadas. Tenía la impresión de que su vida en Bonn era un recuerdo muy lejano. ¿Realmente seguía siendo la misma Clara? «Pues claro que sí, ratita —le oyó decir a Ottilie—. Sigues necesitando a alguien a quien mimar.» Clara se sonrió y fue rápidamente a la cocina para escribir a

su amiga.

Røros, octubre de 1895 – Sofie

Llegó el otoño, que teñía de amarillo las hojas de los abedules y de rojo los musgos de turbera, hacía madurar los arándanos rojos, llenaba el aire con los graznidos de los ánsares que emprendían el viaje hacia el sur, y traía las primeras nieves a la meseta. Hacía tiempo que los obreros habían regresado a los pozos y a

las fundiciones, y se dejaban la piel bajo tierra o delante de los hornos abrasadores. En los graneros de los campesinos se acumulaba el heno, que olía a hierbas aromáticas, en las despensas se apilaban el queso, las mermeladas, las conservas de verdura, las setas secas, así como las salchichas y el jamón ahumados, y los pescadores se llevaban a casa succulentos botines de los ríos y los lagos.

En la lejana Christiania se produjo un cambio de gobierno después de que la coalición existente hubiera demostrado no estar capacitada para actuar. Con la aprobación del rey sueco, Francis Hagerup, el diputado del

Høyre,***** se convirtió en primer ministro al frente de una alianza entre conservadores y liberales moderados. A diferencia de su predecesor, este era muy leal al rey y no tenía ningún interés en disolver la unión con Suecia, de manera que el conflicto acerca de la representación noruega en el extranjero se suavizó y el ambiente caldeado se tranquilizó.

Ivar Svartstein había recibido el resultado de las elecciones con un gruñido de satisfacción. De joven, en casa de su suegro Roald Hustad, había conocido a Hagerup, que había crecido en Trondheim, y consideraba al jurista de formación un hombre prudente e

inteligente. Su preocupación por la posibilidad de un enfrentamiento armado con Suecia se desvaneció. Para él no era contradictorio que el gobierno noruego mantuviera su propósito de rearmarse. En su opinión, una nación con conciencia propia debía ser capaz de defenderse.

En cambio, el padre de Sofie y Silje reaccionó con un simple rechazo indiferente a otro de los temas omnipresentes en la prensa durante el mes de octubre: por primera vez se convocaba a las mujeres a votar. Por deseo expreso de las autoridades, podrían ejercer el derecho a voto en el referéndum local sobre la prohibición

de la venta de alcohol. No se trataba de un gesto desinteresado, ya que las damas eran carne de urna para la mejor opción, que en este caso era la reducción del consumo de alcohol. Dado que en esta cuestión las mujeres eran consideradas excepcionalmente más sensatas que los señores de la creación, debían votar también y evitar así que los «borrachos» de sus esposos, padres y hermanos impusieran el acceso ilimitado a los licores y a otras bebidas espirituosas.

En el hogar de los Svartstein apenas se discutió sobre los pros y contras de dicha prohibición, que en otros lugares irritaba los ánimos y provocaba debates acalorados. A sus diecinueve años,

Sofie era demasiado joven para votar, ya que ese derecho estaba reservado a los mayores de veinticinco, independientemente de su sexo. A Silje, que sí habría podido acudir a la cita con las urnas, no le interesaban semejantes futilidades. Estaba demasiado ocupada planeando estrategias para seducir y conquistar a Mathis Hætta durante los inminentes meses de invierno, que el joven pasaría en su mayor parte en Røros.

Su padre no era amigo de una intromisión excesiva del Estado en los asuntos personales de los ciudadanos, ya que en su opinión dicha tutela por lo general provocaba que la gente

obtuviera de forma ilegal aquello que se le había prohibido. Lo que a su vez obligaba a las autoridades a emplear más dinero en controles, inspectores, procesos judiciales y otras medidas para hacer efectiva la prohibición.

Cuanto más se alejaba el verano, más difícil le resultaba a Sofie justificarse el silencio persistente de Moritz y encontrar disculpas para la ausencia de correo. Se debatía entre la desesperación y la esperanza. Se preguntaba cada vez más a menudo si Clara Ordal habría oído bien y efectivamente había otra mujer en su

vida. Quizá la impresión que se había llevado Clara sobre Moritz era cierta, y se trataba de un pendeñero irresponsable al que no le importaba seducir a otras mujeres a pesar de estar prometido. En esas horas sombrías, se lo imaginaba riéndose junto con su prometida alemana de la tonta noruega que se había dejado engatusar con tanta facilidad.

En cambio, cuando era el optimismo lo que se imponía, se imaginaba a su amado enfermo y en cama, gritando su nombre febril, incapaz de hacerle llegar ningún mensaje. Esa fantasía terminaba con él poniéndose en contacto con ella nada más curarse, o viajando al norte

para ir a buscarla.

Para sentirse cerca de Moritz, Sofie leía todos los poemas de su escritor favorito que caían en sus manos. Sentía que la canción de Mignon describía de forma tan certera su anhelo como si Goethe la hubiera compuesto para ella:

*¡Solo aquel que conoce la
languidez del alma
sabe lo que yo sufro!
De todos separada, privada de la
calma,
siempre en lance duro,
miro yo el firmamento por la parte
que está
diáfano, limpio y puro.*

*Aquel que, allá, tanto me conoce y
me ama,
allá lejos se encuentra; do yo miro,
no dudo.
Mi cabeza da vueltas, y todo en mis
entrañas
arde en dolor agudo.
¡Solo aquel que conoce la
languidez del alma
sabe lo que yo sufro!******

Los únicos momentos alegres del día eran para Sofie las lecciones que impartía a Paul y los ensayos de teatro. En esas horas se distraía y no se sentía reducida al papel de quien espera. El grupo de teatro se reunía una o dos

veces por semana en la sala de ensayos de la escuela. La obra se representaría al principio del Adviento en el Bekholdtgården del maestro fundidor Holmsen. La propiedad disponía de un espacioso salón que el dueño, un entusiasta del teatro, estaba encantado de poner a su disposición.

Además del acompañamiento musical, Sofie había aceptado el papel de apuntadora. Al parecer Jakob, el hermano de Per, tenía dificultades con su texto. Tras un par de ensayos fallidos, el director le pidió a Sofie que practicara con Jakob de forma individual y le diera la réplica en sus diálogos. Rápidamente constató que el joven dominaba sus

intervenciones a la perfección y podía declamarlas al pie de la letra sin errores. Sin embargo, al verse enfrente de su *partenaire*, con la que tenía que dialogar en la mayoría de las escenas, apenas era capaz de terminar una sola frase correctamente.

Sofie estaba convencida de que Hilda lo ponía tan nervioso que lo hacía enmudecer, y que el muchacho estaba completamente enamorado de la hermosa dama. El hecho de que su papel implicara cortejarla con cierta seguridad en sí mismo no mejoraba las cosas. Cuando Sofie se lo comentó a Jakob con delicadeza, el joven robusto, que con veinticinco años ya había alcanzado el

puesto de capataz y tenía varias personas a su cargo, se puso rojo como un tomate y reconoció entre susurros que lo había descubierto: estaba prendado de Hilda y creía estar condenado a vivir en desamor y soledad hasta el fin de sus días. Le resultaba impensable que sus sentimientos pudieran ser correspondidos. Sofie, que estaba convencida de lo contrario, lo animó a manifestar su amor por Hilda por boca del impetuoso criado y a interiorizar el papel también cuando no estuviera ensayando.

Ole Guldal se maravilló al ver a Jakob poco después actuando con bravura y pronunciando sin titubeos y

con voz enérgica frases como «Vuestra primera mirada hizo nacer mi amor, dióle la segunda fuerza, y a la tercera ya fue mayor de edad» o «¡La razón! ¡Ay, la que he perdido! Vuestros bellos ojos son los rateros que me la robaron».

Justo después, el director llamó a un aparte a Sofie y le dijo:

—Tiene usted buen ojo para las personas. Es muy hábil poniéndose en la piel del otro y es capaz de sacar a la luz sus fortalezas y sus habilidades ocultas. Piense por ejemplo en el muchacho al que da clase. Si me permite el consejo, ¡aproveche este don!

Sofie sintió que se sonrojaba.

—Pero no es nada especial —

murmuró.

—¡Claro que lo es! —replicó Ole Guldal, y regresó con los demás para ensayar la siguiente escena.

Sofie se sentó en su silla al borde del escenario, que estaba marcado con tiza en el suelo. Abrió el libreto y trató de concentrarse en el siguiente pasaje mientras en un segundo plano reflexionaba acerca del sorprendente elogio del director de la escuela. Aquellas palabras le dieron qué pensar. Era una experiencia poco habitual y muy feliz que alguien reconociera su competencia en una labor. ¡Qué satisfacción se sentiría al poder poner en práctica sus habilidades en el trabajo

y ganarse el sustento con ello!

Unas cuatro semanas antes del estreno, el director anunció a la compañía que se habían quedado sin actriz protagonista. Los padres de Tilda la habían enviado con una pariente enferma para que la cuidara. Como esta vivía a más de cuarenta kilómetros de Røros, en una localidad que no estaba conectada por ferrocarril, Tilda no podría seguir participando en los ensayos ni podría actuar en la función, que debido a esta circunstancia pendía de un hilo. Parecía imposible encontrar una sustituta con tan poca antelación.

Muchas de las jóvenes que habían participado en las funciones del teatro obrero en años anteriores se habían mudado de la ciudad, se habían casado o no podían hacerse cargo del papel de Tilda por algún otro motivo.

Per seguía el debate sobre la sustituta balanceándose en la silla y con la mirada gacha. Un rato después se dejó caer hacia delante y dijo:

—No sé por qué nadie se ha dado cuenta aún. Tenéis la solución delante de las narices.

Hizo un gesto con la cabeza hacia Sofie. Todas las miradas recayeron en ella, que levantó las manos en señal de defensa y negó con la cabeza.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar!

—¿Y por qué no? —preguntó Per mirándola a los ojos—. El personaje te está como hecho a medida. Y el texto te lo sabes de memoria. Como los de todos los demás. Cuando haces de apuntadora hace tiempo que ya no miras el libreto.

Sofie evitó su mirada y jugueteó con un botón de la blusa.

Ole Guldal carraspeó y dijo:

—Debo reconocer que a mí también se me había ocurrido. Creo que hablo en nombre de todos si le pido de corazón que considere la idea. Sería una auténtica lástima tener que cancelar el estreno y que todos nuestros esfuerzos hubieran sido en vano.

Los demás aplaudieron y miraron a Sofie esperanzados. «¡Esto es chantaje!», le habría gustado gritar. Además su padre jamás lo permitiría.

—¡No puedo! —exclamó—. No sería capaz, lo siento. —Se cruzó de brazos y añadió—: Además, ¿quién tocaría el acompañamiento entonces?

—El muchacho al que le estás enseñando a tocar el armonio —respondió Per—. Por lo que dicen, está haciendo enormes progresos.

Sofie dejó caer los hombros. Per había pensado en todo, no le dejaba escapatoria. Intuía que tampoco permitiría que utilizara el miedo escénico como excusa. Y tampoco la

bronca que podría llevarse en casa por actuar en la obra. Para Per todo era fácil, se dejaba guiar por la máxima de «si quieres, puedes». Le parecía ridículo utilizar las convenciones y el decoro como pretextos. Sofie se mordió el labio. ¿Era una cobarde? ¿Por qué estaba tan segura de que su padre se cerraría en banda a que participara en la función? ¿Acaso no le era completamente indiferente a qué dedicara el tiempo siempre que no ensuciara la buena reputación de la familia? Y desde luego ese no sería el caso con aquella obra inofensiva.

Se preguntó fugazmente qué le parecería a Moritz que hiciera teatro.

¿Lo aprobaría o lo condenaría? No tenía ni idea. Sabía muy poco sobre él. Y él sobre ella. ¿Acaso le interesaba qué pensaba ella, qué esperaba de la vida, cuáles eran sus sueños? «Deja de darle vueltas —se ordenó—. No tiene sentido y solo consigues entristecerte. Es mejor que dejes de pensar en él por completo. —Sofie contuvo un suspiro—. Ojalá fuera tan fácil.»

—¡Por favor, Sofie! —dijo en voz baja Jakob, que estaba sentado a su lado—. Si con tu ayuda he conseguido no ser tan tímido, tú lo lograrás seguro.

«Pero no es lo mismo», estuvo a punto de decir Sofie. La mirada de Jakob la detuvo. Sus súplicas le hicieron

cambiar de opinión. Comprendió que para él la función de teatro no era lo único que estaba en juego. Sin los ensayos, jamás se atrevería a seguir cortejando a Hilda. La idea de ayudar a otra pareja le proporcionaba un consuelo agrídulce. En un arrebato supersticioso imaginó que el destino mostraría compasión por su propio amor si daba un paso adelante, superaba sus miedos y salía al escenario. Quizás aquello le valiera el enfado de su padre. Sofie esbozó un gesto obstinado. «Bah, qué más da —pensó—. Si no se lo restriego por las narices, ni siquiera se enterará. Solo debo tener cuidado.»

—Está bien, no seré yo la

responsable de que se cancele la función —dijo—. Pero no me riñáis si os avergüenzo y hago el ridículo. Lo mío no son precisamente las candilejas.

Diez minutos más tarde habría deseado que se la tragara la tierra. El sincero agradecimiento con el que había reaccionado el grupo a su decisión le había dado alas y le había hecho acometer la primera escena con energía. Pero cuando se vio delante de Per, fue como si se le hubiera vaciado la cabeza. Este no era tan alto como su hermano, sus rasgos eran más juveniles y sus manos, más finas. Sin embargo su cuerpo atlético irradiaba algo que desconcertaba a Sofie; una sensación

que se acentuaba al mirar el profundo azul de sus ojos. La simple presencia de Per despertaba algo en ella que no era capaz de explicar, y que le provocaba inseguridad. De pronto comprendía por qué Ole Guldal quería involucrarlo en la causa por los trabajadores: el carisma de Per le permitía convencer y arrastrar a la gente. Tal como había logrado que ella superara sus propias barreras mentales y pisara terreno desconocido.

El director quería comenzar el ensayo de esa tarde con un diálogo entre Silvia, la protagonista, y el candidato que había escogido para ella su padre, un joven que en la versión de Ole Guldal no se llamaba Dorante, sino

Ingmar. Ambos se habían disfrazado de sus propios criados. Mientras que Ingmar enseguida se sentía atraído hacia la muchacha de orígenes supuestamente humildes y lo reconocía con franqueza, Silvia trataba por todos los medios de reprimir la certeza de que se había enamorado de un subordinado, y al principio trataba a Ingmar con frialdad e indiferencia.

Sofie avanzaba a trompicones por el texto, evitaba mirar a Per y ni por asomo se comportaba con la seguridad en sí misma que mostraba el personaje de Silvia.

Per, alias Ingmar, acababa de decir:
—«Haces bien: esa altivez te sienta

de maravilla; y aunque dicta mi sentencia, no dejas de gustarme con ella.»*****

Sofie debía replicar en la voz de Silvia:

—«Dime: ¿quién eres tú, que así me hablas?»

Apenas se le oyó pronunciar las palabras con voz ahogada.

Ole Guldal, que seguía la representación desde detrás de una mesa, se levantó de un salto y se acercó a Sofie.

—Querida, ¡valor! Aquí estamos en familia. Simplemente interiorice los buenos consejos que le dio a Jakob.

Sofie asintió y se irguió.

Per le sonrió y musitó:

—No te costará cantarme las cuarenta. Y por fin tienes la oportunidad de hacerlo abiertamente.

Sofie lo fulminó con la mirada y siseó:

—Será que eso es habitual en los círculos en los que te mueves.

La sonrisa de Per se amplió.

—Bueno, pues eso. Lo que yo decía: el papel te va que ni pintado.

Sofie resopló y miró a Ole Guldal, que les hizo una señal para que retomaran la escena desde el principio. En el momento en que Silvia le insinuaba al lujurioso Ingmar por qué no tenía ninguna posibilidad con ella, Sofie

no pudo evitar pensar en Moritz. Las palabras le salieron solas, con convicción:

—«Pues te deseo de corazón una situación mejor de la que gozas, y me gustaría contribuir a ello. Mal te trató la fortuna.»

Ingmar replicó que esa profecía no excluía que él se enamorara de Silvia, y añadió:

—«Peor me trató el amor. Preferiría que se me permitiera demandar tu corazón a poseer todos los bienes de la tierra.»

Per declamó esas palabras con tanto fervor que Sofie se sonrojó.

Ole Guldal estaba entusiasmado.

Aplaudió y exclamó:

—No me imagino un reparto mejor para los papeles de Ingmar y Silvia.

***** Partido político conservador noruego. (*N. de la T.*)

***** Johann Wolfgang von Goethe, *Wilhelm Meister*, Falguera, Rogerio Z. (trad.), Ramón Sopena, Barcelona, 1931.

***** Pierre Carlet de Marivaux, *El juego del amor y del azar*, Nadal Sauquet, A. (trad.), Plaza & Janés, Barcelona, 1962.

Røros, octubre de 1895 – Clara

Bodil no había exagerado. Efectivamente sabía mucho sobre vacas y se ocupaba de *Svarthvit* como si lo hubiera estado haciendo toda la vida. Todas las mañanas, al levantarse, iba al establo que los niños habían levantado con Gundersen, ordeñaba la vaca y limpiaba el estiércol. Después del

colegio, que habían retomado a principios de octubre, corría de vuelta a la Casa de los Abedules, como habían bautizado Clara y los demás a su nuevo hogar. La mayoría de los días, Paul se quedaba en la Raukassa para practicar con el armonio. Si tenía clase con Sofie, regresaba más tarde al lago con Clara, que lo recogía después del trabajo. Mientras tanto Bodil llevaba a *Svarthvit* a los prados que rodeaban la casa para que comiera hierba fresca el máximo tiempo posible antes de que hiciera demasiado frío y la nieve y el hielo se adueñaran del paisaje.

La señora Olsson, que los visitaba regularmente los domingos después de

misa, le enseñó a Clara a hacer mantequilla, requesón y un queso sencillo. También le aconsejó que almacenara medio quintal de patatas y que comprara varias gallinas.

—Cuanto más independiente sea y más pueda autoabastecerse, mejor —le había explicado—. No vive demasiado lejos, pero en los peores días del invierno, es tranquilizador saber que tiene en casa lo más necesario y que puede aguantar un par de días sin salir a comprar a la ciudad.

Por ese mismo motivo, Siru se pasó varias veces por allí y les enseñó a Clara y a los niños dónde recoger las últimas bayas y setas, dónde crecía el

liquen y el musgo que debían secar para alimentar a *Svarthvit* en invierno, qué hierbas eran las mejores para el té y cómo ahumar lo que pescaba Gundersen.

Un día apareció incluso con una oveja recién sacrificada y despellejada. Mientras Paul se echó a llorar al ver al animal muerto y huyó de la cocina, Bodil ayudó hábilmente a la pastora y a Clara a escabechar la carne, a preparar salchichas con las tripas y la grasa, y a colgarlas de la chimenea junto a las patas de jamón para ahumarlas.

Clara intentó en vano averiguar qué motivación tenía Siru para mostrarse tan solícita. La mujer ignoraba las preguntas de Clara y no hacía amago alguno de

explicarse. Después de un tiempo, Clara dejó de insistir y aceptó la ayuda de la misteriosa pastora como un regalo que podía haberle enviado su protectora Adelaida.

La idea de contar con la ayuda de un ser superior la consolaba. Seguía carcomiéndola el hecho de no poder asistir a misa, confesarse y recibir la comunión rodeada por una congregación que la aceptara. Sin embargo, la afligía aún más que Paul tuviera problemas en el colegio por su culpa. Una vez finalizadas las vacaciones, había enviado a su hijo y a Bodil a clase contando con que el muchacho se pelearía con los demás alumnos por su

pequeña amiga. Al parecer, el director Ole Guldal les había dejado bien claro a todos que no toleraría burlas contra Bodil por sus orígenes, y los amenazó con castigarlos si no obedecían. La mayoría de los niños los recibió con amabilidad. A pesar de ello, un par de bravucones liderados por Morten, el chaval de catorce años que ya había azuzado a varios niños en contra de Clara después del incendio, no daban tregua y se dedicaban a importunar a Paul.

Unos días después de que comenzaran las clases, el niño regresó a casa cariacontecido. Al principio no quiso decirle por qué a Clara, que en

ese momento estaba preparando la comida en la cocina.

Al insistirle suavemente, titubeó y finalmente preguntó:

—Mamá, ¿qué es un *avgudsdyrker*?

Clara, que no había oído nunca esa palabra, dejó el cuchillo con el que estaba pelando patatas, cogió el diccionario, buscó en él y frunció el ceño. ¿Por qué quería saber Paul qué era un idólatra?

—¿Dónde has oído esa palabra?

—En la escuela. Morten y sus amigos dicen que eres una infiel y que tienes un trato con el diablo. —La miró temeroso y preguntó en voz baja—: ¿Por qué aquí nunca vas a la iglesia?

Clara se mordió el labio. ¿Cómo podía explicarle a un niño por qué había diferentes tipos de cristianos, por qué en ocasiones se enfrentaban de forma irreconciliable, y por qué se acusaban mutuamente de profesar la fe incorrecta y de no vivir de acuerdo con los preceptos divinos? Ni siquiera ella misma comprendía realmente por qué existía aquel profundo abismo, sobre todo dentro de una religión cuyo fundador predicaba el amor al prójimo, el perdón y la compasión.

Clara se acomodó en una banqueta y sentó a Paul en sus rodillas.

—Ya sabes que hay católicos y protestantes, ¿verdad? —comenzó.

Paul asintió y la miró con atención.

—Aquí en Noruega, casi todas las personas son evangélicas. Yo soy católica. Pero todos somos cristianos y creemos en el mismo Dios. Y en Jesús, su hijo, y...

—Y en el Espíritu Santo —completó Paul—. Que es como una paloma.

—Sí, así suele representarse en las imágenes. Es una parte de Dios, que siempre está en nosotros y nos ayuda a hacer lo correcto.

—¿O sea que hay tres dioses? —preguntó Paul con el ceño fruncido.

—No, solo uno. Pasa lo mismo que con el agua. La vemos en forma de gotas líquidas, de hielo firme o de vapor, y sin

embargo siempre es agua.

Paul ladeó la cabeza y reflexionó un instante.

—¿Entonces por qué dice Morten que rezas a muchos dioses?

—Seguramente se refiere a los santos.

—¿Como santa Adelaida, o san Martín?

—Eso es.

—¿Y los evangélicos no creen en ellos?

—Sí, también adoran a los santos y toman sus buenas obras como ejemplo. Sin embargo, solo dirigen sus oraciones directamente a Dios o a Jesucristo.

—Pero tú le rezas a menudo a santa

Adelaida, ¿verdad?

—Sí, le pido que interceda ante Dios por mí.

—No hay nada malo en eso —dijo Paul—. No entiendo por qué Morten se enfada tanto.

—Me temo que yo tampoco puedo explicártelo, cariño —dijo Clara acariciándole la coronilla—. Simplemente hay gente que no soporta que otras personas crean en algo diferente. Se siente amenazada.

—¿Eso quiere decir que Morten te tiene miedo? —preguntó Paul abriendo los ojos como platos.

Clara sonrió.

—Parece extraño, ¿verdad?

Paul se llevó el dedo a la frente y afirmó:

—Morten es muy tonto.

Sonaba aliviado. Se bajó del regazo de Clara y salió corriendo a jugar.

Clara se levantó y volvió a coger el cuchillo. Esta vez había conseguido tranquilizar a su hijo. Sospechaba que aquel tema seguiría siendo una cuestión peliaguda. En la época en que daba por supuesto que regresarían pronto a Alemania, apenas había reflexionado acerca de la educación religiosa de Paul. Pero ahora todos los días se enfrentaba en la escuela al hecho de vivir en un país en el que su madre se veía marginada por su confesión. Como

hijo de un padre noruego, él pertenecía a la iglesia evangélica, pero había recibido la influencia de las creencias de Clara. ¿Cómo lidiaría con esa dicotomía a largo plazo? ¿Y qué sería de ella misma? ¿Soportaría la presión? ¿Tendría que convertirse para mantener la paz?

Clavó la mirada en el cuenco de patatas. ¿Qué habría opinado la hermana Gerlinde sobre esta idea? ¿Se habría mostrado horrorizada o comprensiva? ¿Habría animado a Clara a reafirmarse en su fe costara lo que costase? No, seguramente le habría hecho comprender que Dios veía el corazón de las personas y no se preocupaba por

formalidades como la pertenencia a una confesión u otra. Que para el Creador solo importaba cómo se comportaba y si actuaba con respeto y amor. Clara respiró hondo y pensó: ojalá hubiera más personas como la hermana Gerlinde. El mundo sería un lugar mucho más agradable.

A finales de octubre Clara recibió dos noticias que la llenaron de alivio y alegría. Por un lado, el viejo Gundersen salió oficialmente de la lista de sospechosos del incendio. Según la declaración de un testigo con credibilidad, la noche en que se había

quemado el aserradero de Sverre Ordal, Gundersen dormía en casa de un campesino cuya granja estaba cerca de Orvos, al norte de Røros. Durante la cosecha había trabajado allí como jornalero, y había vuelto a la ciudad minera poco después del incendio.

Por otro lado, por fin habían llegado las maletas y cajas que Clara había enviado con Olaf desde Hamburgo hacia los mares del Sur. Resulta que el equipaje había vivido una auténtica odisea, y había llegado mucho más lejos de lo que Clara viajaría jamás. Después de que las hubieran traído de vuelta a Hamburgo más o menos rápidamente, un empleado de la compañía naviera, que o

bien era corto de vista o un chapucero, las había enviado a Transilvania, al reino de Rumanía, donde había un pueblecito llamado Romos. Las cajas habían esperado allí durante semanas a que alguien las recogiera, hasta que por fin se trasportaron vía Bucarest de vuelta a Alemania, donde se subsanó el error y se pusieron en camino hacia Noruega.

Una tarde de sábado, Clara se acercó a la estación con Paul, que quiso acompañarla a toda costa. Un mozo de andén ayudó al cochero a subir con gran esfuerzo los baúles, los arcones y las cajas a un carro de dos caballos con el que los llevarían a la Casa de los

Abedules. Paul los rodeaba a saltos, impaciente por que todo estuviera cargado.

—Bodil y yo por fin podremos jugar con las construcciones, los soldaditos de plomo y el castillo —exclamó.

Clara aguardaba escéptica a desembalarlo todo, y se preparó para encontrar la vajilla y otros objetos frágiles en un estado lamentable después de semejante periplo.

—No se nos estará marchando, ¿verdad? —preguntó una voz familiar.

Clara se dio la vuelta y se vio enfrente de Mathis Hætta, que había entrado en el edificio de la estación con una maleta en la mano. Se había

levantado el sombrero para saludarla y la miraba con una mezcla de alegría y decepción en el rostro.

—¡Señor Hætta! —exclamó Paul y lo miró radiante—. ¡Hacía muchísimo que no te veíamos!

Aquel encuentro inesperado fue como un golpe para Clara, que trataba de sosegar. Apoyó una mano en el hombro de Paul. El contacto la tranquilizó.

—No, no nos marchamos —le respondió—. Al contrario, acaban de llegar nuestras cosas de Alemania.

El brillo que iluminó el rostro de Mathis acentuó el cosquilleo en el estómago de Clara.

—¿Vendrás a visitarnos pronto? — preguntó Paul.

Clara se inclinó hacia él y dijo en voz baja:

—¡Ya sabes que no debes tutear a los adultos! Es de mala educación.

—No, por favor, de verdad que no hace falta que me hable de usted —dijo Mathis guiñándole un ojo a Paul—. Entre tramperos y aventureros nos tratamos con menos formalidades.

Paul sacó el cuchillo Bowie, que llevaba atado al cinturón. Muy a su pesar no podía llevarlo al colegio, pero por lo demás lo llevaba allá donde fuera.

—Todavía tienes que contarme las

historias que viviste con él.

—Será un placer —dijo Mathis buscando la mirada de Clara—. Esta vez me quedaré más tiempo en Røros, así que quizá tengamos la oportunidad, ¿no?

Clara tragó saliva.

—Por supuesto. ¿Volverá a alojarse en la pensión de la señora Olsson?

—Esa era mi intención, pero por desgracia está casi al completo durante las próximas semanas —respondió—. La compañía minera me ha ofrecido una de sus habitaciones de invitados en el Proviantskrivergården.

—Seguro que allí estará muy a gusto —dijo Clara—. Al menos desde fuera el edificio parece muy confortable.

Mathis se encogió de hombros.

—Puede ser, pero la verdad es que...

—Mamá, mira, ahí está Sofie —dijo

Paul saludando hacia el otro lado de la calle.

Clara le siguió la mirada y vio que la señorita Svartstein se dirigía hacia ellos. La acompañaba una joven de unos veinticinco años. Al igual que Sofie, llevaba ropa de luto, que en su caso estaba confeccionada con tejidos nobles y adornada con puntillas y volantes. Su sombrero estaba embellecido con unas plumas negras que relucían al sol.

—Ah, las hermanas Svartstein —dijo Mathis acercándose a ellas—. Qué sorpresa tan agradable. Justo acabo de

llegar.

—Qué casualidad —murmuró la hermana de Sofie.

—¿Me permite presentarle a la señora Ordal? —continuó Mathis—. Ya le comenté que...

Ella ignoró la propuesta, se adelantó a Clara, le tendió la mano derecha a Mathis y, con un gesto vago de la izquierda en dirección al centro, añadió:

—Teníamos que hacer un encargo por la zona.

Clara se dio cuenta de que Sofie hacía una mueca y se sonrojaba. Era evidente que el comportamiento de su hermana le resultaba embarazoso. Esta hizo una señal al mozo de estación, que

se disponía a alejarse del carro ya cargado.

—Buen hombre, lleve por favor el equipaje de este caballero al Proviantskrivergården —dijo señalando la maleta de Mathis. Prosiguió en dirección al joven—: No tendrá inconveniente en que nos lo llevemos directamente a casa con nosotras, ¿verdad? Mi padre se alegrará mucho de que coma con nosotros.

Mathis pareció querer objetar algo, pero no tuvo ocasión de hablar.

—Está impaciente por discutir con usted sus últimas ideas. La perspectiva de que el año que viene vayamos a disponer de electricidad gracias a usted

aviva su imaginación. Todos los días nos sorprende con nuevas ocurrencias, ¿no es cierto, Sofie?

El semblante de Sofie desmintió aquellas afirmaciones. Murmuró algo que podía pasar por asentimiento y se miró las puntas de las botas, que le asomaban por debajo de la falda.

—No perdamos más tiempo. De todos modos ya es tarde. Seguro que no querrá desilusionar a mi padre —dijo su hermana.

La sonrisa de sus labios no se extendía a sus ojos. En el tono de su voz había cierta amenaza. Se enganchó del brazo de Mathis, dirigió una fría mirada a Clara y se marchó con paso orgulloso.

—Silje no tiene remedio. Lo siento muchísimo —susurró Sofie antes de seguirla.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó el cochero subiéndose al pescante después de comprobar los arneses.

Clara asintió, dejó que el hombre la ayudara a subirse y se sentó en el estrecho madero atornillado al costado del carro junto a Paul, que escaló tras ella.

—Pobre Sofie —dijo Paul en voz baja.

Clara lo rodeó con el brazo y lo atrajo hacia sí. El cochero señaló una manta doblada que había debajo del asiento.

—Abríguense.

Clara siguió su consejo, extendió la manta sobre las piernas de Paul y las suyas, y le preguntó a su hijo:

—¿Por qué te da pena la señorita Svartstein?

—Por su hermana. Silje es muy guapa. Pero no parece que sea simpática con su hermana. —Reflexionó un instante—. Puede que Sofie ni siquiera sea su verdadera hermana. Silje se parece a Michel *el Holandés*. También tiene el corazón de piedra. Pero Sofie es muy cariñosa y divertida. Igual también es huérfana como tú y los Svartstein la acogieron.

Miró a Clara esperanzado.

—No lo creo. Desde luego nunca he oído que Sofie no sea la hija legítima del señor Svartstein. Pero tienes razón: las dos hermanas son completamente diferentes.

Clara tembló al recordar la mirada gélida que le había dirigido Silje. La estaba retando. Y no era difícil adivinar en relación a qué: la hermana mayor de Sofie le había echado el ojo a Mathis Hætta. La descortesía, rayando la desvergüenza, con la que se había entrometido en la conversación ignorándolos a Paul y a ella no dejaba lugar a dudas: Silje la consideraba una competidora de la que se desharía con todos los medios a su alcance.

Las armas no estaban repartidas de forma equitativa. Clara se enfrentaba a la hija de uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Si se lo proponían, los Svartstein podían destrozarle la vida. Una palabra del padre de Silje bastaría para que perdiera su empleo con el secretario Dietz. Clara no quería ni imaginar qué más podría obrar la influencia del director de las minas. Mathis también dependía de él. A pesar de haber adornado sus palabras, Silje lo había dejado muy claro.

«En fin, un motivo más para quitártelo de la cabeza», pensó Clara, y dirigió la cara hacia el viento helador

que soplaban desde el Hittersjøen, cuya orilla recorrían ya al trote.

Røros, noviembre de 1895 – Sofie

El encuentro en la estación había reafirmado a Sofie en sus sospechas de que Mathis Hætta albergaba más sentimientos hacia Clara Ordal de lo que le habría gustado a su hermana. La mirada que le dirigía a la joven viuda lo había delatado. Sofie no habría sabido decir si sus emociones eran

correspondidas. No tenía importancia, al menos en lo que respectaba a Silje. Para ella Clara Ordal representaba una amenaza tuviera o no la intención de conquistar a Mathis y de disputárselo. Silje no permitiría que desbaratara sus planes de boda una vez más.

Al mismo tiempo Sofie dudaba de que a su hermana le importara el propio Mathis Hætta en sí. También habría podido tratarse de otro candidato del agrado de su padre. Sofie no veía ningún indicio de que Silje estuviera enamorada del joven ingeniero. Sí que sospechaba que su hermana seguía extrañando al hijo del banquero al que su padre había rechazado

categoricamente. Sofie se había dado cuenta varias veces de que Silje aguzaba el oído cuando su padre mencionaba a sus compañeros de negocios de Trondheim, y de que en dichas ocasiones trataba de desviar la conversación disimuladamente hacia la familia de Fredrik Lund. Y pocos días atrás la había sorprendido contemplando el programa del Tivoli mientras suspiraba de nostalgia.

A Sofie le costaba comprender la actitud de Silje. No podía imaginarse a sí misma renegando hasta tal punto de sus sentimientos como para contraer matrimonio con un hombre al que no amaba. Aun a riesgo de provocar la ira

de su padre, no aceptaría un arreglo de ese tipo.

Pero ¿era comparable su situación? Si Moritz pedía su mano, nadie tendría nada que objetar. En su caso su padre no insistiría en que se casara con un hombre que se dejara acaparar por él y que se ajustara a su ámbito de influencia. Si acompañaba a Moritz a Alemania, Ivar Svartstein no se opondría. En cambio la situación de Silje era muy distinta. Había muchas más expectativas puestas en ella. Era la preferida de su padre, pero tenía mucho más que perder si actuaba en contra de su voluntad. En el fondo debería alegrarme de estar a la sombra de Silje

y de que apenas me presten atención. Solo así le era posible dar clases a Paul y actuar en el teatro sin que nadie en casa se diera cuenta de a qué se dedicaba exactamente.

Sofie consideraba que el riesgo de que a Silje o a su padre les apeteciera asistir a la función del grupo de aficionados, que además estaba formado por simples trabajadores, era muy pequeño. Lo mismo pensaba de la mayoría de gente de «su círculo». La simple idea de que Berntine Skanke y sus amigas se rebajaran a honrar con su presencia un acontecimiento de ese tipo era absurda.

Un par de días después de que Sofie

se subiera al escenario por primera vez durante el ensayo, Sofie le preguntó a Paul en la clase de armonio si le apetecería participar en la obra de teatro y encargarse del acompañamiento musical. El niño abrió los ojos como platos, no podía creer que le permitieran tomar parte en una actividad de adultos. Clara, que recogió a Paul más tarde, tampoco tuvo nada que objetar y se mostró deseosa de asistir al estreno. Con una sonrisa apocada le reconoció a Sofie que nunca antes había ido al teatro. Su difunto marido no mostraba interés por ese tipo de acontecimientos culturales, ya que prefería dedicar su escaso tiempo libre al club de remo o a

las excursiones al campo con su familia. Sentarse en silencio durante horas para escuchar un concierto o ver una obra de teatro no era para él.

Sofie no sabía si debía mencionar el incidente con Silje en la estación y expresarle sus temores acerca de lo que su hermana era capaz de hacer cuando alguien se interponía en su camino. Si Clara no sentía nada por Mathis Hætta y solo lo conocía de pasada, creería que Sofie era una exagerada, o la consideraría una presuntuosa que se dedicaba a pregonar suposiciones impertinentes. ¿Y qué haría si Clara efectivamente había quedado prendada de Mathis? ¿Aconsejarle que se apartara

de él porque de lo contrario Silje la atacaría? ¿Quién era ella para dar semejantes consejos? Si alguien hubiera querido alejarla de Moritz, ella habría respondido con más ímpetu aún. Sofie decidió no levantar la liebre y limitarse a tantear el terreno por el momento. Si constataba que se estaba cociendo algo entre Clara y Mathis, siempre estaría a tiempo de actuar y de advertirles del espíritu vengativo de Silje.

Noviembre estaría marcado para Sofie por los preparativos del estreno. *Los juegos del amor y del azar* también ocupaban su vida entre ensayos, e

incluso la perseguían en sueños. Cada vez le resultaba más fácil cumplir su propósito de alejar a Moritz de sus pensamientos. Repasaba las escenas una y otra vez, murmuraba los diálogos para sí y practicaba los gestos y la mímica delante del espejo del tocador de su cuarto, que ocupaba ella sola desde que Silje se había mudado a las antiguas estancias de su madre. Además se cuidaba a conciencia de que no la descubrieran y de no levantar sospechas.

En lo que respectaba a Silje y a su padre, el riesgo era bajo. Los dos estaban entretenidos engatusando a Mathis Hætta. Ivar Svartstein le presentaba a sus colegas y a otras

personalidades importantes de la ciudad, realizaba con él pequeños viajes de inspección a las distintas minas de cobre de la zona, le permitía participar en las reuniones de los socios y lo invitaba regularmente a comer a su casa. Allí era Silje la que se hacía cargo del invitado, lo colmaba de manjares excepcionales, lo entretenía con canciones y piezas de piano que estudiaba expresamente para él, y leía para adquirir conocimientos en los ámbitos que suponía que le interesaban. Sofie estaba impresionada, a su pesar, por la soltura y la competencia con la que su hermana conversaba sobre temas que unas semanas atrás la habrían hecho

abandonar la estancia entre bostezos.

Mathis Hætta reaccionó con serenidad a la ofensiva de Silje. La trataba con cortesía sin faltar a las normas del decoro. Sofie no podía evitar tener la sensación de que ponía mucha atención en evitar cualquier comentario o gesto que pudiera interpretarse como señal de acercamiento o expresión de afecto. Estaba al nivel de Silje en lo que respectaba al arte de la conversación, de la insinuación y de las maniobras de evasión, cosa que no hacía sino acuciar los esfuerzos de la joven.

En cambio, en presencia de su padre, Mathis parecía relajado. La

convivencia de ambos estaba marcada por la armonía y la confianza, a pesar de que en algunos casos sus opiniones fueran distintas y discutieran animadamente, lo que procuraba a ambos un evidente placer. No hacía falta ser demasiado sagaz para darse cuenta de que Mathis era el hijo que Ivar Svartstein siempre había deseado.

En otro momento Sofie se habría dedicado con mayor intensidad a observar a los tres y a preguntarse cómo reaccionaría su padre si Mathis no le pedía la mano de Silje, y cómo asimilaría ella el desaire. Sin embargo, esos días Sofie casi no podía dejar de pensar en los ensayos y, siendo sincera

consigo misma, en uno de sus compañeros de reparto: Per Hauke.

Desde su primer encuentro en el cementerio, Sofie chocaba contra aquella actitud arrogante y desafiante que nada tenía que ver con el comportamiento educado que se inculcaba a sus semejantes desde pequeños. Lo que al principio le había parecido atrevimiento y provocación, había resultado ser una libertad de espíritu que molestaba a la mayoría de las personas de su entorno: Per interactuaba con los demás sin importarle de qué ambiente provenían, si eran poderosos y acaudalados, o incultos y pobres. Para él lo importante

era que estuvieran dispuestos a cuestionar las estructuras imperantes y a formarse una opinión propia.

En este sentido, parecía haberse propuesto la tarea de liberar sobre todo a Sofie de los patrones de pensamiento habituales, o esa era la impresión que tenía ella. Per no desaprovechaba ocasión alguna de sacarle de su cascarón con comentarios mordaces y de involucrarla en las conversaciones. Al principio, su impertinencia molestaba a Sofie, que trataba de ignorarlo. No lo lograba. Comprobó que las preguntas y las afirmaciones de Per acerca de temas como la justicia, las normas sociales y la participación de todos los ciudadanos

la perseguían mucho tiempo después de que las pronunciara. Comenzó a reflexionar seriamente sobre ellas.

Mientras su hermano Jakob se daba por satisfecho con seguir los pasos de su padre y su abuelo y dedicarse a la minería, Per quería luchar por los derechos de los trabajadores y mejorar sus condiciones de vida. El director Ole Guldal, que presidía la Asociación Obrera de Røros, animaba al joven carpintero, que aseguraba las galerías de las minas con troncos de árbol y trabajaba la madera en general, a seguir formándose y a aspirar a un puesto de responsabilidad en el movimiento obrero. En su opinión, era importante

atraer a los más inteligentes de entre sus propias filas y prepararlos para los enfrentamientos con los dueños de las fábricas, los propietarios de las minas y otros industriales, a los que les esperaba una época de conflictos cada vez más graves. A diferencia de los profesores y otros académicos, que al igual que Ole Guldal solían liderar las asociaciones obreras, los hombres como Per conocían mejor las necesidades y la idiosincrasia de la gente a la que representaban.

Sofie abría los ojos a un mundo ajeno, que en realidad existía a dos pasos de su hogar. La avergonzaba lo poco que sabía de la vida de los demás miembros de la compañía. Cuando,

durante un descanso entre escenas, le preguntó a Jakob sobre su labor en la mina, Per se inmiscuyó en la conversación.

—Mira tú por dónde, la hijita del director quiere saber de dónde sale la riqueza que la rodea —dijo en tono irónico.

Jakob se sonrojó y abrió la boca para reprender a su hermano.

Sofie, que tenía una réplica mordaz en la punta de la lengua, le puso la mano en el antebrazo.

—Déjalo estar. Al fin y al cabo Per tiene razón. Al menos en este caso. En cambio su tono deja mucho que desear, como de costumbre. —Fulminó a Per

con la mirada y prosiguió en dirección a Jakob—: No estoy familiarizada con los métodos de extracción del cobre, al que Røros debe su prosperidad. Pero cómo iba a conocerlos. Difícilmente podría entrar en una mina sin más y echar un vistazo. Y hasta ahora apenas había tenido la oportunidad de preguntarlo. Mi padre pensaría que me he vuelto loca si le sacara el tema. Puede que sea rica y privilegiada, pero también estoy sujeta a las estrictas reglas del juego que imperan en nuestros círculos.

Echó un vistazo a Per y constató satisfecha que se ponía serio.

—¿Realmente quieres saberlo? — preguntó tras un breve silencio.

—¿Lo que sucede en la mina? Sí, me interesa de verdad.

—Bien. Entonces te lo enseñaré — dijo Per.

—Pero no la puedes... —intervino su hermano—. ¡Es demasiado peligroso!

—No te preocupes, tendré cuid... — comenzó a decir Per, al tiempo que Sofie exclamaba:

—¡No soy una figurita de porcelana! Per le sonrió y le tendió la mano.

—De acuerdo entonces. Nos vemos en la estación pasado mañana a las cuatro y media de la madrugada, y desde allí iremos a Nordgruvfeltet.

Sofie aceptó sin pensarlo dos veces y respondió a su enérgico apretón de

manos.

La noche siguiente se retiró temprano a su cuarto. Se había llevado el despertador del antiguo camarín de su madre. A Silje, que ya se había instalado en la habitación de la difunta, le molestaba el tictac. Como de todas formas nunca necesitaba levantarse pronto, había condenado al despertador a un arcón, donde yacía mudo con otros objetos que habían pertenecido a su madre. Sofie le dio cuerda, lo ajustó a las cuatro, se acurrucó debajo de la manta y estaba a punto de apagar la luz cuando se oyeron unos golpecitos en la

puerta. Eline, la criada adolescente, asomó la cabeza.

—Disculpe la molestia. Pero Per me ha dicho que mañana debería vestirse con esto. —Le tendió un paquete envuelto en papel de embalar. Sofie se incorporó y miró asustada a la criada.

—¿De qué...? ¿Conoces a Per?

Eline entró en la habitación y cerró la puerta.

—Sí, él y Jakob con primos míos. Me ha contado que participa usted en la obra de teatro.

—¡Oh, no! —exclamó Sofie—. ¿Lo sabes?

—No se preocupe, por favor —dijo Eline—. Ni se nos ocurriría delatarla.

Nos parece magnífico y ya estamos deseando ver la función.

—¿Nos? ¿Quién más lo sabe pues?

—Britt y la cocinera —respondió Eline—. Ullmann no, de todos modos nunca le contamos nada. Es muy tiquismiquis y siempre está pendiente de lo que es decente y lo que no. —Se rio entre dientes—. Seguro que no aprobaría que una dama como usted participara en el teatro obrero.

Sofie dejó caer los hombros.

—Y yo que pensaba que estaba siendo discreta.

Eline dejó el paquete en una silla, se colocó enfrente de Sofie y la miró con franqueza.

—Y lo ha sido. Yo no me habría dado cuenta si Per no me lo hubiera contado. —Se acercó un paso más, bajó la voz y prosiguió en tono conspirativo —: ¿De verdad quiere que le enseñe una mina?

—Eh... sí —dijo Sofie, y puso los ojos en blanco—. Así que de eso también se ha chivado. Espero que no le vaya con el cuento a más gente.

Eline negó con la cabeza.

—No, seguro que no. Per no suele cotillear. —Sonrió con timidez y continuó—: Yo opino que es usted muy valiente. No creo que me atreviera a entrar en una mina. Ya me da miedo que me envíen al sótano...

Se despidió con un gesto de asentimiento y salió a hurtadillas del cuarto. Sofie abrió el papel de embalar y sacó una camisa de algodón a rayas, un pantalón y una chaqueta de dril, zapatos reforzados con punteras de hierro, y un gorro. Se le secó la boca. Pero iba en serio. De verdad quería llevarla a las profundidades de una mina de cobre. En secreto había imaginado que la pasearía un poco por las instalaciones de la superficie y como mucho le dejaría echar un vistazo a la entrada de la mina.

Se tumbó en la cama y trató de apartar las imágenes que la asaltaban: paredes de pozos que se derrumbaban, aguas que lo inundaban todo y galerías

oscuras con escasa entrada de aire.

Per tenía buen ojo. El uniforme de minero que le había enviado a Sofie le quedaba como un guante. Solo los zapatos eran grandes. Sofie se había levantado incluso antes de que sonara el despertador, se había echado encima un sencillo vestido de casa y se había deslizado de su habitación hacia la salida trasera con el paquete bajo el brazo. En los pasillos y en las cocinas aún no había movimiento a esas horas de la madrugada, y el patio trasero también estaba desierto y a oscuras. Sofie se había cambiado en el lavadero, se había

metido el pelo debajo del gorro y había escondido sus ropas femeninas para después salir a hurtadillas a la calle por un portón. Le supuso un gran esfuerzo dar los primeros pasos con aquellos zapatos pesados y toscos, cuya parte delantera había relleno con pañuelos arrugados. Estuvo a punto de tropezarse consigo misma y le costó evitar las irregularidades y los pequeños obstáculos del camino. En cambio le resultó muy agradable la libertad que sentía en las piernas gracias a los pantalones. Alargó el paso involuntariamente y disfrutó de poder caminar más deprisa. Delante de la boca se le formaban nubecillas blancas en el

aire helador. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y encogió los hombros para protegerse del viento que barría la Hyttegata.

Per ya la estaba esperando delante de la estación. Cuando la vio se le iluminó la mirada. La saludó con la mano.

—Debo reconocer que pensaba que no vendrías.

—¿Pensabas o esperabas? — bromeó Sofie para disimular su nerviosismo.

Per hizo caso omiso de su tono.

—Me alegro de que me acompañes —dijo con una sonrisa franca.

Se dio la vuelta y caminó delante de

ella hacia el edificio de la estación, donde compró dos billetes. Pocos minutos después se subieron a un vagón de tercera de la línea de Røros. Sofie se sentó en la ventana y evitó el contacto visual con los demás pasajeros, que, a juzgar por sus ropas, eran principalmente obreros. La mayoría de ellos dormitaba, algunos conversaban a media voz, pero nadie le prestaba atención. Para su alivio, Per no hizo amago alguno de charlar con ella. Sacó la última edición del *Fjell-Ljom* de la mochila y se enfrascó en la lectura.

Se oyó un pito de vapor, la locomotora se puso en movimiento y salió de la estación. Primero pasaron

junto a la duna movediza Kvitsanden, que brillaba a la luz de la luna. A continuación recorrieron unos doce kilómetros en dirección noroeste a lo largo del río Glåma, siempre monte arriba, y en medio de enormes escombreras cubiertas por una capa de nieve, pasaron junto a una gran piedra que marcaba el punto más alto de la línea ferroviaria, a seiscientos setenta metros sobre el nivel del mar: la divisoria entre el Glåma y el Gaula, cuyo curso siguieron hasta la estación de Tyvold, donde Per y Sofie se apearon después de tres cuartos de hora de viaje junto con muchos de los demás pasajeros.

—¿Las minas están aquí? —preguntó Sofie mirando a su alrededor.

Aparte de la pequeña garita de la estación, junto a las vías solo había unos pocos edificios sencillos de madera, rodeados por montones de mineral de cobre.

Per negó con la cabeza.

—No, se encuentran hacia el oeste. Seguiremos con la línea de Arvedal —le explicó y señaló una locomotora con varios vagones de mercancías enganchados.

Sofie asintió y apretó los labios. Recordó retazos de una conversación entre su padre y Mathis Hætta. Los dos daban vueltas a los planes de equipar

próximamente con un funicular las minas de Nordgruvfeltet, después de las de Storvartsfeltet. Y eso que no hacía ni diez años que la compañía de minas había conectado esos pozos a la línea de Røros con un tramo propio de vía estrecha con el que por fin habían rentabilizado la extracción y el transporte de pirita a gran escala. Este brillante mineral dorado, que también se conocía como «oro de los pobres», estaba muy lejos de ser tan lucrativo como la mena en cuanto a contenido en cobre, pero era muy codiciado como materia prima para obtener ácido sulfúrico. Si Sofie lo recordaba bien, este era de gran importancia para la fabricación de

explosivos.

Sin embargo, poco después de la puesta en marcha de la línea de Arvedal, habían surgido grandes problemas que causaban dificultades a los ferroviarios, sobre todo en invierno. Las vías y los trenes tenían que desenterrarse una y otra vez de metros y metros de nieve. Y cuando los vagones completamente cargados descendían de la meseta a la estación de Tyvold, muchas veces los guardafrenos, a pesar de hacer el máximo esfuerzo, no lograban detener el tren y evitar chocar contra la vía de la línea de Røros. A Sofie se le encogió el estómago al pensar en recorrer el camino de regreso en un vehículo

infernál de aquellos. La excursión prometía convertirse en una gran aventura cuyos peligros poco a poco vislumbraba.

Røros, noviembre de 1895 – Clara

Hacia mediados de noviembre los días eran notablemente más cortos. A Clara le costaba acostumbrarse a que en Røros el sol no saliera hasta las ocho y media, una hora más tarde que en Bonn, donde brillaba hasta las cuatro y media más o menos, mientras que aquí solo había siete horas de luz. Se angustiaba al

pensar que las noches se alargarían de forma considerable hasta Navidad. La oscuridad temprana y el gris difuso de la niebla o de las nubes que a menudo cubrían el cielo durante días eran un fastidio. Envidiaba a la ardilla que construía su madriguera en un alto abedul de su finca, donde hibernaría la mayor parte del invierno. Imaginaba que sería muy agradable acurrucarse en el nido acolchado con musgo y no volver a salir hasta que hiciera más calor.

Los días de Clara comenzaban mucho antes de que saliera el sol. Después de levantarse, encendía el fogón de la cocina, en el que por la noche había colocado gruesos leños. Si

reducía la entrada de aire en cuanto ardían bien, las brasas aguantaban bajo la capa de ceniza hasta bien entrada la medianoche. Así la chimenea no se enfriaba, tiraba bien al encenderla la mañana siguiente y en poco tiempo irradiaba un calor confortable. A continuación Clara ponía al fuego un puchero con sémola de cebada o de avena, preparaba los bocadillos para los niños y los despertaba en cuanto la mesa de la cocina estaba puesta. También llamaba a Gundersen a desayunar con una campanita que habían instalado encima de la puerta de entrada.

Después de comer, los niños iban con Gundersen al establo, donde

limpiaban el estiércol, ordeñaban la vaca, daban de comer a esta y a las gallinas, y recogían los huevos. Mientras tanto Clara recogía y preparaba la comida principal, que tomarían juntos por la tarde.

Hacia las siete y media se marchaba de Bjørkvika con Paul y Bodil. Gundersen se quedaba allí y, hasta que regresaban, se dedicaba a limpiar las cenizas de las estufas, retirar la nieve si hacía falta, recoger leña, y completar el mobiliario. Gracias a su habilidad como ebanista, los niños ya tenían su propia cama cada uno. También había colocado junto a la entrada varios tablones para los zapatos y un ropero; la vajilla de

Clara, de la cual dos tercios habían salido indemnes del transporte, lucía ahora en una estantería que Gundersen había colgado en la cocina, y el número creciente de sillas y taburetes permitía a Clara ofrecer un asiento como es debido no solo a los suyos, sino también a los invitados.

Clara acompañaba a los niños al colegio, que estaba de camino al Bergskrivergården. En la oficina la esperaba el señor Dietz con una taza de café caliente para despertarle el ánimo a su empleada favorita, como llamaba a Clara guiñándole un ojo. Después de la rápida caminata por el frío, le agradecía mucho aquel gesto amable. A cambio,

desde que había descubierto su predilección por los bollitos dulces de su hogar renano, todos los lunes le llevaba al secretario unos cuantos de los que horneaba los domingos para desayunar.

Hacía tiempo que había repuesto los registros dañados que el señor Dietz le había encargado copiar. Pero una vez terminada la labor para la que la había contratado originalmente, seguía habiendo trabajo a espuestas. Entusiasmado por la pulcra caligrafía de Clara, su jefe le pedía que apuntara en los registros los importes de las facturas, los pedidos, los presupuestos y otras operaciones comerciales, que

pasara a limpio las actas de las sesiones del tribunal de minas y redactara las cartas.

A las tres, Clara emprendía el paseo de vuelta al Hittersjøen, de camino compraba alimentos como café, especias, pasas y azúcar, y productos como aceite para lámparas, jabón, cordones, botones o lana, es decir, todo aquello que no podía producir ella misma en casa. La mayoría de los días recogía a Paul del colegio, cuando había tenido clase con Sofie o había estado practicando en el armonio. Avanzaban pesadamente por la carretera nevada, de la mano y con las cabezas gachas bajo el incipiente crepúsculo, envueltos en

gruesas bufandas y gorros bien calados. El momento más hermoso del día era cuando veían la ventana iluminada de la Casa de los Abedules, que les daba la bienvenida en la distancia. Gundersen y Bodil los esperaban normalmente en la cocina, les ayudaban a quitarse los abrigo y las botas y les servían un té caliente, que expulsaba el frío de sus cuerpos.

La cocina se había convertido rápidamente en el punto central de la casa, y la estufa, en su corazón. Cuanto más frío y desagradable era el ambiente fuera, más a menudo se reunían en torno a la mesa del rincón, junto al fogón. Después de haberlo limpiado a

conciencia, no solo ofrecía una bonita vista gracias a la elaborada placa exterior de hierro fundido, sino que también había resultado ser tan fiable como práctica. Tenía una espaciosa cámara de cocción, un gran depósito de agua y mucho sitio para pucheros y sartenes. La superficie para cocinar consistía en unos anillos de acero independientes y desmontables, las gruesas paredes distribuían el calor de forma uniforme y el cajón de las cenizas se podía vaciar mientras el fuego estaba encendido.

Gundersen había construido un banco esquinero de madera en el que cabían todos cómodamente. Después de

comer, Clara a menudo echaba mano de su cesta de labores y remendaba medias y otras prendas estropeadas, cosía fundas de cojín para las sillas, preparaba masa madre para el pan que horneaba una vez a la semana y realizaba otras tareas domésticas. Los niños hacían los deberes. Cuando terminaban, le suplicaban a Gundersen que les contara alguna saga o algún cuento mientras limpiaba y rellenaba las lámparas de petróleo, cepillaba los zapatos o lustraba el caldero de cobre que Clara había comprado para elaborar queso. La señora Olsson se lo había aconsejado. El cobre evitaba que sobrefermentara y facilitaba una rápida

maduración del queso y el pleno desarrollo del aroma.

A Clara también le gustaba oír las historias de la región de Røros, que muchas veces giraban en torno a los *jutuler*. Se trataba de parientes de los trolls, criaturas gigantes que superaban los mil años de edad y hacían de las suyas por las noches. Una cabezada de estos seres podía durar un siglo, su risa desencadenaba avalanchas, se fabricaban esquís con las vigas de los techos, y los tirantes, a partir de raíles del tren. Tenían muchísima fuerza y devoraban toneladas de comida para saciar su inmenso apetito. Eran muy irascibles, y su cólera podía asolar el

paisaje como un huracán. Sin embargo, como los *jutuler* eran aún más estúpidos y más cortos de entendederas que los trols, y se caracterizaban por una insensibilidad grotesca, era fácil embaucarlos y dejarlos fuera de combate. Las numerosas rocas con formas extrañas eran lo que quedaba cuando un *jutul* descuidado se exponía a la luz del sol y quedaba petrificado.

Los niños no se cansaban de oír historias acerca de aquellos gigantes tan bobos que estimulaban su imaginación y los empujaban a inventar aventuras en las que engañaban a las criaturas malvadas. Clara en cambio prefería a los *nisser*, de los que había varios tipos.

Aquellos duendecillos también poblaban las historias que Gundersen recuperaba noche tras noche de su arsenal de cuentos, prácticamente inagotable.

Los duendes del bosque construían sus casitas en árboles huecos o bajo las raíces; los de las iglesias vivían en los campanarios, donde se ocupaban de la limpieza y ahuyentaban a los ratones; y los duendecillos del hogar se instalaban en las buhardillas y por las noches alborotaban por las habitaciones de los seres humanos.

Sin embargo, los más abundantes eran los *fjøsniisser*, los duendecillos de los graneros. Gundersen contaba que se les consideraba los protectores de las

granjas, una creencia que se remontaba a los tiempos paganos. En aquella época la gente estaba convencida de que en la estación oscura, el fundador de una granja, al que solía enterrarse cerca de ella, se levantaba de su tumba y comprobaba que todo seguía en orden en su propiedad. Para apaciguarlo, se le dejaba comida y bebida. A modo de agradecimiento, él protegía la granja y a todos sus habitantes, tanto animales como personas. Con el paso de los siglos, el espíritu intimidante se había convertido en un duende del tamaño de un gato más o menos, vestido de color gris y con un gorro rojo, que vivía en el establo. La gente seguía creyendo que se

preocupaba por el bienestar del ganado y que podía traer mala suerte a los granjeros si no trataban bien a los animales; una excusa muy oportuna cuando se rompía algo o sucedía una cosa inexplicable. La mayoría de los hogares campesinos mantenía la costumbre de dejar un cuenco de sémola en el establo para los *fjøsniisser* en Navidad. Clara decidió adoptar aquella simpática tradición. En secreto se imaginaba que el espíritu de la tía abuela de Olaf, Ernestine, vigilaba la propiedad y que quizás ahora era un duendecillo instalado en su establo.

Esas noches tan plácidas, sentados todos juntos, Clara se sentía

profundamente agradecida al observar a su hijo. La desesperación en que lo había sumido la muerte de su querido padre había dado paso a un luto silencioso que seguramente no remitiría jamás, pero que quizá ya no le ensombrecería el ánimo. La amistad con Bodil fortalecía su conciencia de sí mismo, las clases de armonio con Sofie le abrían un nuevo mundo en el que desarrollar sus facultades, y la mudanza a un hogar propio junto al lago le había dado seguridad. Clara tenía una sensación similar. En la Casa de los Abedules se sentía protegida, y la preocupación por no estar a la altura de las exigencias de la vida sin Olaf a su

lado se había desvanecido. En su interior crecía una confianza en sí misma que nunca antes había sentido: la certeza de ser capaz de lograr y soportar mucho más de lo que jamás habría creído.

Una tarde, una hora antes de echar el cierre, el secretario dejó una caja plana de cartón encima de la mesa de Clara y le pidió que clasificara y archivara en las carpetas correspondientes los documentos que contenía.

—No me explico por qué no se hizo hace tiempo ya —dijo sacudiendo la cabeza—. Estos archivos tienen muchos años y se habrán traspapelado. Me he

tropezado con ellos por casualidad en un trastero. Alguien los guardaría allí en algún momento en esta caja sin rotular.

Pronunció aquel «alguien» con una mueca sombría. Clara sonrió compasiva. No era la primera vez que el señor Dietz se enfadaba por la actitud relajada de su predecesor en cuanto a la conservación de documentos. Al parecer no solía controlar a sus empleados y no notaba ni corregía sus descuidos, cuando no era él mismo quien los cometía.

El secretario se despidió avisándola de que tenía que hacer una gestión fuera de la oficina y se marchó. En cuanto empezó a revisar los documentos, Clara tropezó con un nombre conocido: Sverre

Ordal. Al parecer, hasta hacía unos años su suegro había hecho muy buenos negocios con la compañía de minas, y había suministrado madera para las reformas de la fundición, para asegurar las galerías, y para construir alojamiento para los obreros y otros edificios. En Trondheim también había tenido clientes, entre ellos la fábrica de papel Hustad, que le compraba grandes cantidades de leña menuda.

En los documentos que Clara tenía delante se preguntaba por escrito de forma interna si los contratos temporales con el aserradero de Ordal debían renovarse. Por su jefe sabía que, cuando la empresa estaba satisfecha con los

socios, los proveedores o los artesanos, como era habitual después de una colaboración prolongada, ese tipo de acuerdos normalmente se renovaba después de negociar unas nuevas condiciones. En el caso de Sverre Ordal, por algún motivo se había tomado la decisión de no hacerlo. En los documentos había comentarios garabateados a mano en los márgenes que a Clara le costó descifrar. Reconoció la palabra *oppsigelse*, que según su diccionario quería decir «rescisión», así como *annullere* y *avbestille*, que tenían un significado parecido. No se sabía quién había redactado aquellas notas. No estaban

firmadas.

A Clara se le aceleró el pulso. ¿Había dado con la causa de la ruina de su suegro? ¿Por qué había perdido esos encargos? La explicación más inocente era que la empresa ya no tenía demanda de madera. A Clara le parecía improbable, pero antes de abandonarse a las especulaciones, quería comprobar si era posible que ese fuera el motivo.

Abrió el cajón del escritorio, sacó la llave del archivo y buscó allí los registros de los proveedores de los años en que se habían rescindido los contratos con Sverre. Todos ellos se habían renegociado con otros aserraderos, algunos de los cuales se

encontraban fuera de Røros, de manera que no era fácil llegar a ellos. A juicio de Clara, los precios no eran inferiores a los de Sverre, así que no parecía haber ningún motivo lógico para el cambio. Un gran pedido del año 1888 presentaba condiciones especialmente desfavorables. Ese año la fundición se había incendiado y tuvo que reconstruirse por completo. ¿Lo más lógico no habría sido pedir la madera a los Ordal? En lugar de eso, había sido necesario un transporte muy complicado.

Clara devolvió la carpeta a su sitio y se frotó las sienes. Alguien se había encargado durante años de que se le revocaran al aserradero de los Ordal

todos los contratos de la compañía minera, aunque eso no supusiera ningún beneficio. Clara consultó archivos anteriores y descubrió que el padre de Sverre ya era uno de los principales proveedores de la fábrica de cobre. En uno de los contratos en el que otro colaborador, el fabricante de papel Roald Hustad de Trondheim, le pedía madera, se le mencionaba incluso como socio. Aquella relación comercial también se había roto. Clara frunció el ceño. Si lo había entendido bien, se les llamaba socios a los copropietarios de la compañía minera que poseían una mina o al menos participaciones en algún pozo. ¿Qué había sido de las

acciones mineras de Ordal? ¿Sverre heredó los derechos sobre la mina o se vendieron cuando su padre aún vivía? Y si era así, ¿por qué motivo? En lugar de encontrar respuestas a sus preguntas, dio con más cuestiones sin esclarecer.

—¿Señora Ordal?

La voz del secretario le llegó desde el pasillo. Salió rápidamente del archivo y lo cerró con llave.

—Ahí está —dijo el señor Dietz, y se acercó a ella—. Ya son más de las tres. Su diligencia la honra. Pero debería irse a casa, ya casi está oscuro. El trabajo seguirá aquí mañana.

Clara se debatió un instante entre informar al secretario sobre sus

sospechas o no. Quizás él supiera más sobre el tema y pudiera aclarárselo. «No, es muy poco probable —se contradijo a sí misma—. Solo lleva un año en el cargo. Todos estos contratos con otros aserraderos se firmaron antes de que él llegara. Antes de informar a nadie, tengo que averiguar más sobre el trasfondo del asunto.»

—Muchas gracias, he perdido la noción del tiempo —dijo Clara.

—No deja usted de asombrarme —dijo el señor Dietz—. Nunca habría creído posible que a una joven se le fuera el santo al cielo ordenando aburridos expedientes. ¿O acaso ha dado con una inesperada lectura interesante en

esa caja que le he dado? —añadió con una mueca pícara.

Clara tragó saliva y se esforzó por esbozar una sonrisa despreocupada. «Si supiera que ha dado en el blanco», pensó.

—No, es lo de siempre —respondió—. A veces no calculo bien el tiempo que me lleva archivar.

El secretario asintió.

—Como ya le he dicho, el trabajo no va a irse a ningún lado. Así que nos vemos mañana a primera hora.

Le hizo un gesto para despedirse y se retiró a la parte del edificio en la que vivía con su esposa. Clara fue al despacho, se puso el abrigo y, después

de un breve titubeo, metió los expedientes de la caja en la cesta de la compra. Quería revisarlos tranquilamente en casa y estudiarlos a fondo. Se propuso actuar con la mayor imparcialidad posible y no caer en la tentación de creer haber descubierto al responsable de la ruina de Sverre: Ivar Svartstein.

Cuando Clara se acercaba a la Bjørkvika, divisó el perfil espectral de un coche y un caballo delante de la puerta. La oscuridad no le permitía distinguir si se trataba de un coche de punto. ¿Les habría hecho la señora

Olsson una visita sorpresa? Aceleró el paso sin perder de vista la casa. En la ventana iluminada de la cocina se dibujaba la silueta de un hombre imponente. No era la figura delgada y ligeramente encorvada del viejo Gundersen. Se le encogió el estómago. ¿Sería Mathis Hætta? Desde el encuentro en la estación no había vuelto a verlo.

Se había esforzado por apartarlo de su mente y no abandonarse a las fantasías románticas que seguramente nunca se harían realidad. Durante el día conseguía cumplir su propósito la mayor parte del tiempo. Pero justo antes de quedarse dormida, en cuanto la voz de la

razón cedía terreno, el joven ingeniero se deslizaba en sus pensamientos. Si aparecía de forma casual en sus sueños, se despertaba con un anhelo que le producía dolor físico. Al mismo tiempo tenía mala conciencia. ¿No era una falta de respeto albergar esos sentimientos por otro hombre cuando no había pasado ni medio año desde la muerte de su esposo? ¿Y si además eran sensaciones que Olaf nunca le había provocado?

Saber que Mathis estaba cerca y que podía encontrarse con él en Røros en cualquier momento la había sumido durante las últimas semanas en un estado de nerviosismo latente que por fin había logrado controlar. La posibilidad

inminente de estar enfrente de él, de sentir el tacto de su mano, de oír su voz y de percibir su aroma la dejó sin aliento. Ralentizó el paso involuntariamente. Se obligó a respirar hondo y se aflojó la bufanda que llevaba enrollada al cuello.

Entretanto había llegado al coche. Era una calesa de dos ruedas con pescante acolchado y cargado hasta los topes de cajas y fardos. De la parte trasera colgaba una tina de cinc. El caballo, tapado con una manta, dormitaba con la cabeza gacha. Mientras Clara pasaba junto al vehículo en dirección a la entrada de la finca, se preguntó si Mathis había venido a

despedirse. A juzgar por el equipaje del carro, tenía todos sus enseres consigo. Se detuvo extrañada. La última vez que había visto a Mathis, llevaba únicamente una maleta. ¿Tantas cosas había comprado en ese tiempo? ¿Planeaba instalarse en la región de forma permanente? ¿O habría decidido marcharse y probar suerte en otro lugar?

Sus reflexiones se vieron interrumpidas con brusquedad. Un perro grande y gris de tipo spitz salió disparado hacia ella y se interpuso en su camino con fuertes ladridos. Clara gritó y dio un paso atrás. El miedo la paralizó. Incapaz de moverse, miró fijamente al animal, cuyos dientes

relucían en la oscuridad.

Røros, noviembre de 1895 – Sofie

Sofie no había contado con que hubiera toda una población en la árida meseta. Además de los edificios funcionales de la mina, que albergaban entre otras cosas un molino de pisón y una calibradora, una fundición para fabricar o reparar herramientas y otros objetos metálicos, una gran rueda

hidráulica que accionaba las bombas de desagüe y los montacargas, así como almacenes para los explosivos y el combustible, había barracas y viviendas para los cerca de trescientos obreros y sus familias, una pequeña escuela, una oficina de correos y un colmado.

Tiesa de frío por el viento gélido al que había estado expuesta en el vagón descubierto del tren de mercancías, Sofie trastabillaba detrás de Per, que iba de las vías hacia las casas a través de un escorial nevado. Habría dado cualquier cosa por tener consigo su abrigo con cuello de piel y su manguito forrado, que la habrían protegido del frío mucho mejor que el uniforme de minero. Se

metió las manos bajo las axilas, daba patadas en el suelo al caminar y se preguntó cuánto tardarían en congelársele los dedos de los pies. Tenía la impresión de que eran pequeños témpanos de hielo.

Per, que había recorrido el trayecto sentado en silencio a su lado, pareció leerle el pensamiento. Se volvió hacia ella.

—¿Quieres que entremos un poco en calor antes de que te enseñe la mina?

Sofie asintió y apretó los dientes, que le castañeteaban de frío.

—Ah, sí, una cosa más. Iba a decírtelo antes —añadió Per—. Sería bueno que te hicieras pasar por hombre.

Los mineros son gente supersticiosa. Muchos de ellos están convencidos de que trae mala suerte que una mujer baje a la mina.

Sofie bajó la mirada hacia su cuerpo.

—Ni mi propio padre ni mi hermana me reconocerían en el montacargas, así que dudo mucho que nadie me vea como una criatura femenina.

Per sonrió.

—Tienes razón. Si hablas lo menos posible, el camuflaje será perfecto. Podrías pasar por un *vaskarryss*.

—¿Te refieres a esos pobres chicos que, llueva o truene, limpian y clasifican los fragmentos de mineral bajo el agua

en esas artesas alargadas?

—Exacto. Enseguida conocerás a alguien que se dedicaba a ello. Johan ya trabajaba en la mina a los ocho años. Ahora ayuda en el negocio que su padre abrió hace un par de años, cuando tuvo que dejar de ser minero.

Abrió la puerta de la tienda, a la que ya habían llegado, y entró delante de ella. Detrás del mostrador había un muchacho de unos dieciséis años sentado y leyendo un libro. Era de complexión delgada y tenía rasgos delicados, dominados por una cejas pobladas. Al ver a Per se levantó de un salto y le tendió la mano.

—¡Per! ¡Qué alegría volver a verte!

—Sí, hace mucho tiempo ya de la última vez —dijo Per estrechándosela—. Tenía un par de encargos en la fundición. Y he estado viajando mucho por asuntos del movimiento obrero. ¿Y tú? ¿Qué tal te va? ¿Y tus padres?

—Muy bien, gracias. Estamos todos bien —respondió Johan—. ¿Con quién vienes? —preguntó haciendo un gesto hacia Sofie, que se había colocado junto a una estufa que había en un rincón y trataba de entrar en calor.

—Un primo lejano. Busca trabajo.

—Seguro que aquí lo encuentra. Están contratando mucha gente nueva en las minas —respondió Johan sonriéndole a Sofie.

—Olsen Berg me manda saludos para ti —dijo Per—. Quiere saber si no te gustaría publicar uno de tus relatos en el *Fjell-Ljom*.

Sofie vio que Johan se sonrojaba. Levantó las manos como para defenderse.

—Es todo un honor. Pero creo que aún no estoy a la altura.

Per se encogió de hombros y se volvió hacia Sofie.

—Estoy seguro de que Johan será un gran escritor algún día. Redacta cartas de amor conmovedoras para los compañeros que no se atreven a hacerlo ellos mismos, y ya ha conseguido conquistar a más de una pretendida en su

nombre. Pero sobre todo escribe magníficos relatos sobre la vida de los mineros, que transmiten...

—Bah, no exageres —lo interrumpió Johan—. Solo describo lo que he vivido y he visto aquí.

—Puede ser. Pero lo haces de forma tan vívida y conmovedora que resulta fácil imaginárselo todo —dijo Per—. En cualquier caso espero que pronto podamos leer algo tuyo. Sería una gran contribución a nuestra causa, y podrías hacer ver a la gente lo dura que es la vida de los trabajadores y sus familias. La explotación a la que se les somete. Ya es hora de que las cosas cambien.

Sofie bajó la cabeza. ¿Estaban

dirigidas a ella las palabras de Per? ¿O solo eran imaginaciones suyas, provocadas por su mala conciencia? Al fin y al cabo ella pertenecía a la clase privilegiada que sacaba provecho de los abusos a los mineros.

Per se sacó una nota del bolsillo de la chaqueta y se la tendió a Johan.

—¿Te apetece venir a ver nuestra obra de teatro?

Johan hojeó el papel, en el que Ole Guldal había encargado imprimir el anuncio del estreno y un breve resumen de la obra.

—Suena divertido —respondió—. Si tengo tiempo, iré seguro.

Per se llevó la mano al gorro para

despedirse. Johan le deseó mucha suerte a Sofie en la búsqueda de trabajo, se sentó y volvió a enfrascarse en la lectura.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Sofie mientras caminaban uno junto al otro hacia Kongensgruve.

—El año pasado construí aquí un par de cobertizos y nuevas rampas de carga. Pasé mucho tiempo en la tienda charlando con Johan. Un chaval muy despierto, muy culto y curioso. —Permiró de reojo a Sofie—. ¿Quién lo diría, verdad? Viniendo de una familia tan humilde.

Sofie lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué me acusas siempre de

albergar tantos prejuicios?

—¿Acaso no es así? —preguntó Per.

—Es posible. Pero no creas que tú eres diferente —replicó Sofie—. Actúas como si pudieras leerme la mente y supieras exactamente lo que pienso. A mí me parece que es lo mismo.

Per sonrió y le dio un empujoncito.

—Es solo que a veces no puedo evitar la tentación de tomarte el pelo. Te irritas de forma muy graciosa.

Sofie se calló el comentario de que no era apropiado golpear a una dama.

—¿A qué se debe que Johan escriba tan bien? —preguntó en cambio—. El director Guldal me ha contado que a menudo los hijos de trabajadores solo

van a clase un par de semanas al año porque tienen que ayudar en las granjas o porque los envían a las minas y a la fundición. Por eso muchos de ellos apenas saben leer y escribir después de siete años de educación primaria.

Per se puso serio.

—Johan ha tenido suerte. Sus padres son muy abiertos y leídos. Su padre adora la literatura francesa y es un partidario acérrimo de los ideales revolucionarios de la igualdad y la fraternidad. La madre de Johan le contaba historias y sagas desde pequeño, y su tío le enseñó a leer y a escribir.

—¿Y en tu caso? —se le escapó a

Sofie—. Al fin y al cabo tú también... eh... Quiero decir... —balbuceó maldiciéndose por dentro. Había vuelto a darle munición a Per.

El joven contrajo las comisuras de los labios. Sin embargo no hizo ningún comentario mordaz.

—Yo también tuve suerte —dijo—. En mi caso fue Ole Guldal quien me animó. Tengo mucho que agradecerle, sobre todo después de que mis padres... —Se le ensombreció el rostro. Se calló y señaló un inmenso agujero que se abría ante ellos en una hondonada—. Bueno, pues ya hemos llegado. Por aquí se baja a la galería principal. ¿Estás preparada?

Sofie asintió como ausente y se detuvo. ¿Qué les habría pasado a los padres de Per? ¿Habrían muerto? No se atrevió a preguntárselo. Por un momento había percibido en él la tristeza que tan bien conocía ella. Recordó el rostro de su madre, y con él el dolor que su pérdida seguía causándole. Se le hizo un nudo en la garganta. Per, que ya se había adelantado un par de pasos, se volvió hacia ella y la observó con atención. Pensó que el motivo de su titubeo eran el miedo y la vergüenza.

—No tienes por qué sentirte incómoda. A mí me sigue resultando desagradable entrar en una mina —dijo—. Simplemente mantente cerca y detrás

de mí.

Sofie se esforzó por sonreír y lo siguió. Caminaron por unos rieles que se adentraban en la mina. No comprendía a aquel joven. Hacía un par de minutos se estaba burlando de ella y ahora se mostraba comprensivo y preocupado por tranquilizarla.

—A la entrada de la galería principal se la conoce como bocamina —dijo Per—. Esta de aquí se adentra dos kilómetros en la montaña en horizontal.

—¿Y a cuánta profundidad baja?

—Por ahora a unos cuarenta metros. Nos encontramos encima de la vieja mina de Arvedal, que se cerró hace ya

mucho tiempo. Mientras la extracción se realizaba por el pie del valle, la nueva mina de Kongen podía explotarse sin problemas. Sin embargo, cuanto más se profundizaba para buscar el mineral, más complicado resultaba bombear y conducir el agua hacia la superficie — explicó Per.

—Sí, lo sé —lo interrumpió Sofie—. Mi padre estuvo hablando hace poco con un ingeniero sobre los avances en técnicas de elevación y se ha informado sobre las posibilidades que existirán una vez que se disponga de electricidad.

—Eso facilitará mucho las cosas —dijo Per—. Pero no solucionará todos los problemas. Las distancias seguirán

siendo largas, también para transportar los fragmentos de roca. Por eso en 1849 empezaron ya a conectar ambas minas con un pozo para utilizar los accesos de la vieja mina de Arvedal. Cuando terminen dentro de un par de años, bajará hasta los ciento veinte metros de profundidad.

—¿Así que a los túneles que se excavan en vertical se les llama pozos, y a los horizontales, galerías? —preguntó Sofie.

—Exacto. Aunque estas últimas se conocen como guías o transversales cuando no conducen a la superficie.

Entretanto habían atravesado el espacioso túnel de entrada y se

encontraban delante de un agujero estrecho, más o menos de la altura de una persona, en el que se adentraban los raíles. Sofie vio varias aberturas más pequeñas en varios puntos. En los oídos le retumbaba una cacofonía de martillazos, gritos ahogados, crujidos, traqueteos y golpes. No habría sabido decir de dónde venía cada sonido. Tampoco fue capaz de clasificar los olores que había en el ambiente. Era una mezcla de aceite lubricante y humo de las lámparas, en la que se percibía también el toque acre del aceite de vitriolo y el azufre. Las paredes eran de piedra porosa, cuyo color variaba entre tonos amarillentos y marrones rojizos.

A Sofie le costaba respirar. Observaba angustiada el oscuro túnel. ¿Qué la esperaba allí dentro? Esperaba no sufrir claustrofobia. Recordó las viejas sagas sobre montañas mágicas y las criaturas que las habitaban. Si un excursionista ingenuo se adentraba brevemente en ellas, al regresar a la luz del día comprobaría que entretanto habían transcurrido varias décadas; eso si los seres subterráneos no lo encerraban allí para siempre. Sofie se rodeó el cuerpo con los brazos y obligó a sus piernas a resistirse al deseo de echar a correr hacia atrás.

Per sacó una lámpara de su bolso de cuero. Era de latón y a Sofie le recordó

a una pequeña plancha. La mecha asomaba en la punta, y detrás, en el asa arqueada hacia delante, había un gancho del que podía colgarse.

—Un minero sin luz es como un vivo en un ataúd —dijo Per encendiendo una cerilla.

—¿El fuego no es peligroso? —preguntó Sofie.

—¿Por los gases, quieres decir?

Ella asintió. Per levantó la lámpara y avanzó un par de pasos por el túnel.

—No te preocupes, es raro encontrarlos en las minas de minerales metálicos. Aquí tenemos más problemas con el agua —dijo, y llamó la atención de Sofie sobre un surco que discurría al

borde del suelo de la galería—. En esta zona hay muchos ríos y lagos. Además, en las montañas hay venas de aguas por todas partes, y nunca se sabe a ciencia cierta lo fuertes que son. A menudo, la extracción de mineral hace que la capa de roca se vuelva demasiado delgada y ya no soporte la presión del agua.

Sofie lanzó una mirada desconfiada a los postes de madera encajados en la galería como marcos de puertas a intervalos irregulares.

—Es abeto. No es precisamente la madera más estable.

—Pero a cambio tiene fibras muy largas —dijo Per—. Cuando la presión de la montaña crece súbitamente,

comienza a crujir y así avisa al minero antes de romperse.

—Ah, qué tranquilizador.

A Sofie le habría gustado darse la vuelta de inmediato. A partir de ese momento no bajaría la guardia ni un momento y estaría atenta a los quejidos delatores de los troncos de abeto a punto de reventar. «¡Contrólate! —se reprendió—. Está empeñado en ponerte en evidencia como a una damita remilgada.» Sofie cerró los puños. No, no le daría esa satisfacción.

El joven se detuvo unos minutos después e iluminó un estrecho túnel que nacía a un lado de la galería.

—Es un antiguo... eh... el lugar

donde se abría la transversal —añadió al ver la mirada interrogante de Sofie—. En aquella época aún se trabajaba de forma tradicional, con pico y maza.

Sofie miró a su alrededor a la luz de la lámpara. Aquella cámara, de unos tres metros de largo, tenía una sección ovalada que le recordó a las iglesias románicas. El suelo estaba húmedo y embarrado.

—¿Por qué es tan oscura la roca aquí dentro? —preguntó acariciando con los dedos una piedra cuyos cantos brillaban en tono azulado. Era áspera al tacto.

—Es gabro —respondió Per—. Proviene de las profundidades de la

tierra, es magma solidificado de erupciones volcánicas antiquísimas. El color azulado se debe al cobre oxidado.

—¿Así que las vetas de mineral en el fondo no son más que antiguas corrientes de lava?

—Podría decirse que sí —dijo Per—. Es una locura imaginar que este material sólido una vez fue líquido. —Le sonrió—. Para que te hagas una idea de lo duro que es: antes, dos mineros en un turno de doce o trece horas justo conseguían picar uno o dos centímetros de roca.

—¡Madre mía! —exclamó Sofie—. ¿Tan poco?

Sacudió la cabeza y volvió a mirar a

su alrededor. ¿Cuántos turnos habrían hecho falta para terminar aquella transversal? ¿Qué se sentiría metido en aquel agujero día tras día a la luz titilante de dos lamparitas, manejando las pesadas herramientas en medio de tanta humedad y tragando un polvo que poco a poco devoraba los pulmones, y todo ello por un salario que muchas veces ni siquiera bastaba para mantener mínimamente a una familia?

—Por suerte hoy en día es un poco más fácil —dijo Per—. Sobre todo gracias a la dinamita, que se inventó hace apenas veinte años.

—Fue ese sueco, Alfred Nobel, ¿verdad?

Per asintió.

—Las explosiones con dinamita, o voladuras, como se llaman en la jerga minera, son mucho menos peligrosas que las de la pólvora negra. Esta última a menudo estallaba antes de tiempo al rellenar las perforaciones, y causaba graves accidentes.

Sofie se estremeció al pensar en los horribles daños que podía causar a los mineros una explosión descontrolada. Si sobrevivían, a menudo debían sufrir amputaciones en los miembros afectados, lo que solía condenar a los inválidos al asilo de pobres. Si es que la gangrena no los mataba.

En ese preciso momento se oyó un

tintineo agudo. Per escuchó con atención.

—Eso es el triángulo que anuncia una voladura inminente. Será mejor que nos demos la vuelta. No sabemos cómo de cerca estamos.

Sofie lo siguió de vuelta hacia la galería y unos pocos pasos después chocó contra la espalda de Per, que se había detenido de repente a la entrada de la transversal. Murmuró una disculpa y miró hacia la entrada principal por encima de él. A unos metros de distancia de ellos había un vagón en los raíles. Estaba cargado hasta los topes de fragmentos de roca.

—Vaya, ¿quién ha dejado eso ahí?

—dijo Per—. Cuando hemos llegado no estaba.

Recibió como respuesta una maldición contenida. Detrás del vagón apareció un hombre. Le brillaba la cara de sudor, que se mezclaba con el polvo y le resbalaba en regueros oscuros por la frente y las mejillas.

—Y bien, amigo, ¿dónde se ha atascado? —preguntó Per.

—No lo sé —gruñó el hombre—. Pensaba que las ruedas estaban bloqueadas. Pero parece que el único problema es que pesa demasiado. —Se deslizó pegado a la carretilla y se echó a los hombros las correas de cuero con las que tiraba de ella.

—¿No vamos a ayudarlo? —
preguntó Sofie.

A Per se le iluminó la mirada.

—Me has leído el pensamiento.

Se colocaron uno junto al otro detrás del vagón. Per le gritó al hombre que ya estaban preparados, y a su señal se apoyaron contra la parte trasera. El vagón no se movió. Sofie apretó los dientes y empujó con más fuerza. Oía los jadeos de Per, que se mezclaban con los suyos. Cuando echó a rodar, fue más fácil mantenerlo en movimiento.

—¿Por qué tiene que arrastrar él solo una carga tan pesada? —preguntó Sofie en voz baja protegida por el traqueteo.

—Seguramente ha sido descuidado en el trabajo o se ha llevado las culpas de algo. A veces se castiga a los mineros haciéndoles tirar de las vagonetas.

—¿Vagonetas? ¿Así se llama a las carretillas?

—Exacto. Es como se conocen estos carros en la jerga minera.

Un ruido atronador acalló su respuesta. Sofie se estremeció y se quedó quieta. El eco rebotó de aquí allá en las paredes y le vibró en el estómago. Se tambaleó, y no fue porque le fallaran las piernas, sino porque el suelo temblaba bajo sus pies. De repente no oía nada.

—No tengas miedo, enseguida habrá pasado.

Sofie le leyó los labios a Per. Había demasiado ruido. El pánico se apoderó de ella. ¿Se estaba derrumbando la montaña entera? ¿Y si se le habían reventado los tímpanos? Abrió la boca en un bostezo. La presión desapareció con un chasquido. Los sonidos regresaron. El retumbar de la voladura se extinguía.

—Uf, ha sido emocionante —dijo Sofie con voz débil.

Per le guiñó un ojo.

—No quería escatimar en efectos, y no podías irte sin experimentar una voladura.

Sofie sonrió burlona.

—¡Una escenificación perfecta! Ni Ole Guldal lo habría hecho mejor.

—¿Podemos seguir? —gritó el minero desde la parte delantera del vagón.

—Sí —respondió Per regresando a su puesto para empujar.

Sofie se colocó junto a él y volvió a concentrarse en no tropezar con el terreno irregular y en seguir el paso de Per. Percibía la calidez de su cuerpo junto al suyo propio y durante unos breves instantes se movieron completamente al unísono. Aquella aventura conjunta era una experiencia nueva y feliz. Todas las reservas,

inseguridades y diferencias entre ellos se desvanecieron. En ese momento sentía más confianza y cercanía hacia Per de las que nunca antes había sentido por nadie. Ni siquiera por Moritz. Con Per, por primera vez en su vida se sentía reconocida como persona. No como hija de alguien ni como miembro de cierta clase social. Sino como ella misma.

Røros, noviembre de 1895 – Clara

—¡Guro! ¡Atrás!

Una fuerte voz masculina hizo enmudecer al perro. Sin embargo, permaneció delante de Clara, que se había pegado al muro, y la miraba vigilante. Se acercaron pasos desde la casa. Clara giró lentamente la cabeza. El hombre cuya silueta había visto por la

ventana se acercaba a ella iluminando sus pasos con una linterna de establo. Calculó que tendría unos cuarenta años de edad. Llevaba un traje cedido de tejido basto y tenía bigote. Su piel morena daba cuenta de una vida al aire libre.

—¡Perdone! —exclamó, abrió el portón y salió a la calle—. Espero que *Guro* no la haya asustado demasiado.

Clara miró al perro, que se retiraba hacia donde estaba el caballo, respiró hondo y se acercó al hombre. Sus ojos gris oscuro, sobre los cuales se arqueaban unas finas cejas, le resultaban familiares.

—¿Es usted Fele... eh... el padre de

Bodil? —preguntó.

El hombre asintió y le tendió la mano con una inclinación.

—Nils Jakupson, también conocido como Fele-Nils.

Clara tragó saliva. Durante las últimas semanas apenas había pensado en qué sucedería cuando el padre de Bodil regresara a Røros. Cuanto más lejos quedaba aquel día de agosto en que había decidido acoger a la niña, menos probable le parecía que Fele-Nils reapareciera. Para ser sincera, había intentado olvidarlo. Se había encariñado de Bodil, y ya no se imaginaba la vida sin ella, sobre todo la vida de Paul. La llegada del hombre la

había traído bruscamente de vuelta a la realidad.

Clara le estrechó la mano, cubierta de callos.

—Me alegro mucho de conocerlo, señor Jakupson —dijo, y añadió algo apesadumbrada—: Seguro que Bodil está muy feliz de que haya regresado.

—Sobre todo estoy muy aliviado de que mi hija esté bien —respondió—. No me atrevía a desear encontrarla tan sana y alegre.

Caminaron juntos hacia la casa.

—En realidad quería volver a Røros mucho antes. Aunque solo fuera para cambiar por fin el carro por el trineo que dejé aquí —prosiguió—. Pero a la

vuelta de Suecia, cuando quise recoger a Bodil de casa de mi prima en Tydal, no estaba allí. Nadie sabía dónde podía haber ido. Estaba muerto de preocupación y recorrí la zona durante días buscándola.

—Ya me imagino cómo se sentía — dijo Clara—. Si mi Paul desapareciera... —Se estremeció y sacudió la cabeza.

El padre de Bodil continuó:

—Finalmente me encontré con un carretero que en verano llevó a mi hija un trecho en dirección a Røros, así que me puse en camino hacia aquí lo más rápido que pude. Ya me la imaginaba muerta de hambre y congelada. Al fin y

al cabo no sabía que un alma caritativa la había acogido.

Entretanto habían llegado a la puerta de la casa.

Fele-Nils se detuvo y miró a Clara a los ojos.

—Las palabras no alcanzan para expresar la gratitud que siento hacia usted.

—Cómo no iba a hacerlo —comenzó a decir Clara—. Cualquiera habría...

—¡Desde luego que no! —la interrumpió—. No con gente como nosotros.

Clara le devolvió la mirada.

—Quizá debería saber que yo tampoco gozo aquí de la mejor

reputación. Soy católica y...

—Lo primero y más importante es que es usted una buena cristiana y tiene un gran corazón. Y también es muy valiente. Si no hubiera sido por usted, Bodil se habría quemado en el incendio. O asfixiado.

Clara volvió la cabeza abochornada y entró primera en la casa. Paul y Bodil se le acercaron a saltos.

—Por fin, mamá —exclamó Paul—. Llevábamos muchísimo tiempo esperándote. El padre de Bodil ya nos ha contado muchas cosas de su viaje. Una vez el trineo casi se le vuelca por la tormenta —dijo a borbotones, y le tendió una bolsa con regalices—.

¿Quieres uno? Los ha traído el padre de Bodil.

—Quizá después de comer —dijo Clara, le revolvió el pelo a su hijo y echó un vistazo hacia la cocina, donde el viejo Gundersen removía la cazuela de potaje que ella había preparado por la mañana.

—¿Y dónde están sus otros hijos? —le preguntó a Fele-Nils—. Si no recuerdo mal, Bodil tiene dos hermanos mayores.

Antes de que pudiera responder, Bodil dijo:

—Papá los ha dejado en casa de la prima. Para que la protejan y se encarguen de que su marido no le pegue

más.

El rostro de Fele-Nils se ensombreció.

—Qué canalla. Sin él nunca se habría producido todo este follón. Me siento muy culpable por no haberme dado cuenta de lo granuja que era.

Clara colgó el abrigo en el ropero.

—¿Cómo habría podido verlo? —dijo—. Ese tipo de personas suelen ser muy hábiles disimulando ante los demás. Sobre todo si solo tienen que mantener la farsa durante un rato. Apenas tuvo usted oportunidad de conocerlo bien.

—Ve, a eso me refiero: es usted una buena persona y no juzga a los demás a primera vista —dijo el padre de Bodil.

—¡La cena ya está lista! —exclamó Gundersen, que mientras tanto había puesto la mesa.

—Magnífico —dijo Clara, a la que le rugía el estómago después de un día tan largo. Había pasado mucho tiempo desde el bocadillo de queso de la pausa del mediodía.

Los niños corrieron hacia la cocina. Fele-Nils se quedó en el pasillo.

—Venga, por favor. Hay suficiente para todos —dijo Clara con un gesto invitador.

Se acercó a la pila y se lavó las manos. A su espalda oía los ruidos habituales: el golpeteo de los platos en los que Gundersen iba sirviendo los

cucharones de potaje, el crepitar de los leños en el fogón, el suave tintineo de los vasos y los cubiertos que los niños movían impacientes de un lado a otro entre cuchicheos y risitas. Clara se puso tensa. Sintió un golpe en el estómago al pensar que Bodil se marcharía. El hambre se desvaneció. Se sentó en el banco esquinero y estuvo a punto de pedirle a Gundersen que no le llenara el plato.

«No te pongas así —se reprendió—. No puedes dejar que se te note. ¿Qué pensaría el padre de Bodil? ¿Que quieres quitarle a su hija? Entonces te pondrías a la altura de las autoridades que se llevan a los hijos de los viajantes

y los meten en orfanatos para que se conviertan en noruegos decentes y sobre todo sedentarios.» Se esforzó por esbozar una sonrisa y les deseó buen provecho a todos.

Paul también parecía desanimado. Clara se dio cuenta de que estaba pálido, hurgaba en el plato y miraba una y otra vez al padre de Bodil con disimulo. Este estaba preguntando a su hija por sus progresos en la escuela y conversaba con Gundersen acerca de si los indicios auguraban un invierno duro o no. Un rato después, Paul dejó la cuchara y se inclinó hacia Clara.

—Mamá, ¿Bodil tendrá que irse? — preguntó en voz baja.

Sus palabras coincidieron con una pausa en la conversación. Bodil abrió los ojos como platos y miró fijamente a su padre. Clara contuvo el aliento. Gundersen hizo una mueca de pena. Paul juntó las manos y vocalizó un ruego silencioso: «Haz que se quede, por favor.»

Fele-Nils ladeó la cabeza y se mesó el bigote. Unos segundos después, que a Clara le parecieron minutos, se dirigió a su hija.

—Estás muy a gusto aquí.

No era una pregunta, sino una afirmación. Bodil se irguió y lo miró a los ojos. Los dos mantuvieron una conversación muda, que Fele-Nils dio

por terminada con las siguientes palabras:

—Está bien. Pero solo si la señora Ordal está de acuerdo.

Bodil y Paul intercambiaron una mirada radiante.

—Oh, seguro que sí, ¿no es cierto, mamá? —exclamó Paul.

Clara suspiró y asintió.

—¡De mil amores!

Fele-Nils se volvió hacia ella.

—Debo reconocer que me alegraría mucho que Bodil pudiera pasar el invierno con ustedes. Solo podré venir a Røros de vez en cuando, porque los negocios este año no han ido demasiado bien. Viajaré mucho, tocaré en fiestas e

intentaré acabar de vender mi mercancía. Así que si de verdad no le...

—No me ofrecería si no estuviera realmente dispuesta —lo interrumpió Clara.

Fele-Nils asintió y dijo:

—Nunca pensé que dejaría a mi hija voluntariamente con una familia *buro*, eh... sedentaria, quiero decir. Pero con usted es diferente. Ha acogido a Bodil como si fuese suya y ha evitado que la metan en un orfanato. Desde la muerte de su madre todo es más difícil... —Se le quebró la voz.

—Sé que después de una separación tan larga no le resultará fácil dejar aquí a Bodil y no llevársela consigo —dijo

Clara—. Pero le doy mi palabra de que la cuidaré bien. Y siempre será usted bienvenido cuando pase por Røros, y naturalmente sus hijos también.

Después de cenar, Fele-Nils metió el carro en un cobertizo y llevó el caballo al establo. *Guro*, que según Bodil pertenecía a la raza de cazadores de alces, lo seguía al trote. Clara les iluminó el camino. Mientras tanto Gundersen recogió con los niños las balas de paja que quedaban en el box de *Svarthvit*, que seguía toda aquella actividad con curiosidad. Cuando Fele-Nils entró con el caballo, Bodil se abalanzó sobre el animal con un grito de alegría, le rodeó el cuello con los

brazos y lo abrazó efusivamente. Clara se mantuvo a cierta distancia. Aquel robusto semental de sangre fría le infundía respeto. Era negro y tenía la crin rizada, la grupa ancha y las piernas fuertes con pobladas barbas. Clara admiraba su belleza, pero no tenía ninguna gana de acercarse a él o tocarlo. Paul, en cambio, superó enseguida su timidez y le acarició la piel brillante con dedicación.

Clara le ofreció a Fele-Nils dormir en una de las habitaciones vacías de la casa. Sin embargo, él rehusó con amabilidad pero con decisión. Prefería instalar su campamento en el heno, encima de los animales, donde su perro

Guro pudiera tumbarse a sus pies. Paul suplicó a Clara hasta que esta le permitió dormir también en el establo con Bodil. Entusiasmados, sacaron las mantas de la casa, ansiosos por asustarse mutuamente con historias de espíritus y apostando a quién se moriría de miedo el primero.

Clara se había propuesto revisar con tranquilidad antes de irse a dormir los documentos de la caja que le había dado el secretario. Sin embargo, al recoger y limpiar la cocina ya se le estaban cerrando los ojos. Decidió investigar otro día los secretos en torno a la ruina económica de su suegro y se acostó temprano. Antes de apagar la vela de su

mesilla, se incorporó asustada y cogió la caja. Una vaga sospecha le rondaba desde que había examinado los viejos contratos en el archivo. Sacó una de las solicitudes de renovación de un contrato con Sverre Ordal, se fijó en las notas al margen y se quedó sin respiración. Se trataba de la misma caligrafía con la que había firmado los contratos el predecesor del señor Dietz. Clara volvió a guardar el papel. ¿Qué habría empujado al anterior secretario a actuar en contra de su suegro? Decidió averiguar dónde vivía ahora y, si no estaba muy lejos de Røros, visitarlo para preguntárselo.

A la mañana siguiente, después de desayunar juntos, Fele-Nils se despidió, anunció que regresaría por la tarde y se marchó a lomos de su caballo en compañía de *Guro*. No les dijo adónde se dirigía, se limitó a esbozar una sonrisa pícaro y comentó que traía mala suerte hablar de negocios que aún no se habían cerrado.

Después de trabajar, Clara hizo una parada de camino a casa en la pensión de la señora Olsson.

—No quiero molestarla —dijo cuando la dueña le abrió la puerta con el rostro acalorado y las manos enharinadas.

El aroma a filetes empanados

friéndose en mantequilla inundó la nariz de Clara y confirmó sus sospechas de que la había interrumpido mientras cocinaba.

—¡No diga tonterías! ¡Pase!

—Es muy amable, pero tengo que marcharme enseguida. Solo quería aprovecharme de sus conocimientos sobre los vecinos de Røros —dijo Clara—. Espero que pueda ayudarme y que...

—¡No me tenga en vilo!

—¿Sabe qué fue del anterior secretario? —preguntó Clara.

—¿Se refiere al señor Slokkmann, el predecesor del señor Dietz?

Clara asintió. La mujer se rascó la barbilla.

—Hummm, buena pregunta. Muchos se sorprendieron cuando dimitió de su cargo. Al fin y al cabo aún le quedaban muchos años para jubilarse. En general se sospechaba que había encontrado un puesto mejor en otro lado. Pero nunca supe nada más. Se marchó de la ciudad al amparo de la noche, como se suele decir.

Clara dejó caer los hombros. La señora Olsson entrecerró los ojos.

—Quizá su hermana pueda darle más información. Se casó en Tolga. Con el jefe de estación, si no recuerdo mal.

—Muchas gracias —dijo Clara.

—¿Puedo saber por qué busca al señor Slokkmann? —preguntó la señora

Olsson.

—Creo que he descubierto algo que explicaría la ruina de mis suegros. Nos llevaría demasiado tiempo, y además ni siquiera estoy segura de...

La señora Olsson levantó una mano.

—No se preocupe. Ya me lo contará el próximo domingo, así también estaremos más tranquilas que aquí, ni dentro ni fuera.

—Encantada, espero impaciente su visita —respondió Clara, y se despidió.

Poco antes de llegar a Hittersjøen, vio que por la carretera se le acercaba en la otra dirección un trineo tocando las campanillas desde lejos. Iba sumida en sus pensamientos y no le prestó

atención.

—¡Mamá!

Clara levantó la cabeza y vio a su hijo en el pescante junto al viejo Gundersen. Este detuvo el caballo con un «¡brrr!». Era una yegua de pelaje castaño rojizo, que parecía delicada en comparación con el semental de Fele-Nils.

—¡Suba! —exclamó Gundersen, mientras Paul gritaba atropelladamente:

—¿No es fantástico, mamá? Ahora tenemos un caballo y un trineo. Y Gundersen dice que en verano podremos atornillarle ruedas. Así se convertirá en un carro.

Clara arqueó las cejas.

—¿Un caballo? ¿De dónde lo hemos sacado? —Contuvo una risita histérica. Si la gente seguía dándoles animales, pronto tendrían que construir nuevos establos.

—Nos lo ha regalado el padre de Bodil —respondió Paul Gundersen asintió.

—Así es. Le manda recuerdos y...

—¿Se ha vuelto a marchar? —preguntó Clara subiéndose al banco trasero del trineo.

—Sí, no quería perder más tiempo y quería regresar hoy mismo a Tydal para comprobar que su prima estaba bien y recoger a sus hijos.

—Vaya, seguro que Bodil se ha

puesto muy triste —le dijo Clara a Paul—. ¿Por qué no os la habéis llevado con vosotros? Se ha quedado sola en casa.

—Pero no por mucho tiempo. Y prefería quedarse con *Svarthvit* —respondió él.

Clara asintió. Ya había notado que Bodil buscaba consuelo en la vaca cuando estaba afligida.

—Además también quería preparar el box para nuestro caballo —añadió Paul.

Clara miró a la yegua, que esperaba impaciente y de vez en cuando resoplaba. «Nuestro caballo.» ¿Qué sería lo siguiente? ¿Cabras, ovejas? ¡Pero si ellos no eran campesinos! De

todos modos sería imposible no quedarse la yegua. No solo porque Fele-Nils podría ofenderse si rechazaba su regalo, sino porque Paul y Bodil no la dejarían en paz hasta que cambiara de opinión. Las miradas que dirigía su hijo al caballo no dejaban lugar a dudas: había cumplido uno de sus sueños. Clara respiró hondo.

—¿Ya sabéis cómo se llamará? — preguntó.

—*Myka* —respondió el niño.

—¿«Mansa»?

—Sí, es que es muy dócil.

Gundersen se volvió hacia Clara.

—Paul tiene razón. Esta yegua es una *lyngshest*, una raza antiquísima muy

equilibrada y sociable. Además, estos caballos también son resistentes, insensibles al frío y frugales.

—Me alegro de que sepa de caballos —dijo Clara—. No tenía ni idea de que supiera llevar un coche.

Gundersen se echó a reír.

—En realidad todos los niños que crecen en una granja aprenden a hacerlo. No es gran cosa. Le enseñaré si quiere.

Clara hizo una mueca.

—No sé yo. Tengo miedo a los caballos.

—No deberías, mamá —dijo Paul—. *Myka* es muy buena. A la ida he sujetado yo las riendas un rato.

Gundersen le sonrió.

—Con el tiempo apreciará mucho este regalo. En pleno invierno será una lata ir a la ciudad a pie.

¿Pleno invierno? Clara se estremeció. Para ella ya hacía semanas que lo sufrían. Por las noches las temperaturas estaban muy por debajo de cero, y durante el día apenas subían. La mayor parte del lago estaba congelado. Clara aún no permitía a los niños patinar en él con las cuchillas afiladas que les había fabricado Gundersen para atarlas a las botas. Pero era solo cuestión de días que la capa de hielo fuera lo bastante gruesa para sostener su peso.

Gundersen se irguió, tensó las riendas, que caían flojas sobre el lomo

del caballo, chasqueó la lengua y ordenó a *Myka* que girara el trineo. Regresaron a la Bjørkvika a gran velocidad.

Røros, noviembre de 1895 – Sofie

Los días posteriores a la visita a la Kongensgruve, una semana antes del estreno de la obra de teatro, transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos para Sofie. El primer domingo de Adviento, que ese año caía en 1 de diciembre, se acercaba con demasiada rapidez. Cada vez estaba más nerviosa y

le costaba mantener la fachada de hija educada de buena cuna que dejaba pasar la vida con aburrimiento contemplativo, y en el mejor de los casos se acaloraba moderadamente cuando le llegaban rumores picantes o se preguntaba si un lazo gris claro en el pelo atentaba contra las buenas formas después de medio año de luto.

Gracias a la criada Eline, la doncella Britt y la cocinera, el estado de ánimo de Sofie no llamó la atención de su hermana ni de su padre más de lo debido, ya que podrían haberle hecho preguntas que la pusieran en evidencia. Las tres mujeres, que estaban tan ansiosas o más que la propia Sofie por

que llegara el día de la función, se habían confabulado con todos los medios a su alcance para encubrir la participación de la señorita Svartstein. A Sofie le emocionaba ver lo orgullosas que estaban las tres leales empleadas de que «su» señora representara uno de los papeles de la obra.

La muchacha se dio cuenta, no sin cierta vergüenza, de que no sabía casi nada acerca de las opiniones, los deseos y los sueños de las criadas. ¿Cómo sería dedicar prácticamente toda una vida a la existencia de otros? ¿Postergar las ideas y los planes propios y contar con que nunca se harían realidad? En comparación, las limitaciones que le

imponían a ella las normas y las convenciones sociales le parecían una tontería, y su descontento con la vida, ridículo. El simple hecho de tener tiempo para reflexionar sobre ello ya era un privilegio.

A su regreso de Nordgruvfeltet, Eline había esperado a Sofie en la calle, la había llevado al lavadero discretamente y la había ayudado a transformarse de nuevo de un muchacho obrero en una joven dama. También le había explicado la idea que se les había ocurrido a las tres cómplices: que Sofie fingiera un fuerte resfriado durante los días que quedaban hasta el estreno de manera que pudiera pasar la mayor parte

del tiempo en su cuarto, evitar las comidas y rehuir otras obligaciones. Sofie aceptó agradecida la propuesta y se retiró de inmediato a su habitación. Mientras Britt disculpaba su ausencia en la cena ante Silje y su padre, la cocinera le subió una bandeja con manjares sobre los que Sofie se abalanzó hambrienta después de los esfuerzos desacostumbrados de su pequeña aventura.

El día siguiente lo pasó entero en bata practicando su texto. Mientras lo hacía, su mente vagaba una y otra vez hacia la excursión al lejano mundo de los mineros, y sus pensamientos giraban en torno a sus impresiones, a sus

experiencias, y a Per, con quien las había compartido. Sofie no habría sabido decir qué le aceleraba más el pulso: si el miedo al público o la idea de volver a ver a Per y subirse al escenario con él. De todos modos jamás se habría reconocido a sí misma que el joven carpintero se estaba apoderando poco a poco del puesto que Moritz había ocupado durante el verano. Este apenas se había asomado a sus pensamientos durante las últimas semanas. Se había desvanecido en un recuerdo agrídulce que ya no dominaba su corazón.

En algún momento del otoño había dejado de intentar convencerse de que el joven alemán tuviera intenciones serias

para con ella. Reprimía en la medida de lo posible la sensación humillante de haber entregado su inocencia precisamente a aquel mujeriego. La vergüenza de haber sido tan ingenua ya solo la asaltaba muy de vez en cuando, sobre todo porque nadie sabía de su paso en falso a excepción de Clara Ordal, y porque en vista de las circunstancias, había salido muy bien parada. En los escasos momentos de disgusto, se consolaba con un aforismo del físico alemán Georg Christoph Lichtenberg, al que su abuelo apreciaba mucho por sus opiniones ilustradas y liberales: «Observa siempre la norma de no arrepentirte de nada y no mirar

atrás. Lamentarse es un terrible desperdicio de energía; no podrás reconstruir los hechos, solo regodearte en ellos.»

La confusión y el enredo de la comedia daban que pensar a Sofie más allá de la memorización del texto y sus entradas. El conflicto de la protagonista, Silvia, la tocaba muy de cerca. Esta constataba horrorizada que se había enamorado del criado Ingmar, un hombre con una posición social muy inferior a la suya y que por lo tanto distaba mucho de ser un candidato adecuado para el matrimonio. Silvia dudaba de sí misma y temía perder su identidad: si amaba a un criado, no podría seguir siendo la hija

de su padre ni la señora de su doncella, y por lo tanto dejaría de ser la Silvia que había sido hasta ese momento. Pero si negaba su amor, también dejaría de ser ella misma, ya que su corazón pertenecía a Ingmar, y sus sentimientos hacia él se habían apoderado de ella por completo y determinaban ahora su vida. Para fortuna de Silvia, el dilema se desvanecía al descubrirse que su amado pertenecía a su mismo nivel social. Así se firmaba la paz entre cabeza y sentimiento, entre el amor y la razón.

A Sofie no le gustaba el final de la historia. En el fondo Silvia no había cambiado, y su vanidad había salido reforzada: se había enamorado

instintivamente de un hombre de su misma posición, y no de un subordinado, como parecía en un primer momento. Pero ¿qué habría hecho si no hubiera sido así? ¿Si Ingmar hubiera resultado ser quien pretendía: un criado? Sofie se reconoció que la respuesta estaba más relacionada consigo misma de lo que le habría gustado.

Cuando había conocido a Moritz, no estaba segura de poder satisfacer las exigencias de la familia noble de este por ser una burguesa. Le parecía una ironía del destino encontrarse ahora en la situación opuesta. Aunque nunca lo habría admitido y lo negaría vehementemente ante otros, si los

orígenes de Per no hubieran sido humildes, ya habría reconocido que sus sentimientos hacia él eran más intensos de lo que hacía ver.

Hacia el final de la tarde, Sofie estaba delante del espejo de su tocador recitando un pasaje en que el personaje de Silvia, enredada en un terrible caos emocional, luchaba contra su destino. Sofie pronunciaba las frases con fervor. El escritor de la obra parecía haberlas escrito para ella:

—«¡Ah! ¡Tengo el corazón oprimido! No sé qué desazón se añade al pesar que me agobia; toda esta aventura me aflige; desconfío de todas las caras, no estoy contenta de nadie, ni

de mí misma.»»

Alguien llamó a la puerta y la asustó. Se deslizó bajo la manta, tosió de forma audible y gritó con voz apagada:

—¡Adelante!

La puerta se abrió y entró el doctor Pedersen. A Sofie se le escapó una exclamación de espanto.

—Buenas tardes, señorita Sofie. Su padre ha mandado a buscarme. Está preocupado por su repentina enfermedad. Por lo general está usted bendecida con una salud de hierro. —El médico se acercó y frunció el ceño—. Debo decir que comparto su inquietud. Resulta alarmante que precisamente usted guarde cama de forma voluntaria.

De niña apenas solía estar dispuesta, ni siquiera cuando tenía fiebre.

Sofie sintió que se sonrojaba. Le había salido el tiro por la culata. En lugar de cubrirse las espaldas, el plan de sus cómplices había provocado exactamente aquello que trataba de evitar: llamar la atención. Pero ¿quién habría imaginado que su padre se tomaría tan en serio su supuesta indisposición? Sofie había dado por hecho que no le importaría demasiado. Cerró un instante los ojos y respiró hondo. No había remedio, tendría que poner fin a la farsa.

—¿O esta fiebre no se deberá quizás a cierto miedo escénico?

Sofie parpadeó y vio que el doctor Pedersen contraía las comisuras de la boca.

—Un pajarito llamado Eline me ha susurrado algo en ese sentido —dijo.

Sofie se incorporó.

—Eh, bueno... Es que... No quería que mi padre...

—No se preocupe, no diré nada a nadie —dijo el médico guiñándole un ojo—. Ya me imagino qué opinión les merecería a Silje y a su padre su actuación en el teatro obrero. Totalmente opuesta a la de su querida madre. Ella la habría apoyado y se habría alegrado de que participara.

—Así que no dirá nada... ¿y no me

delatará?

—¡Le doy mi palabra! —dijo el doctor Pedersen, y en tono conspirador añadió—: Nosotros, los hijos de Talía, tenemos que ayudarnos los unos a los otros. Resulta que yo también soy un gran aficionado a las artes escénicas. Y todos los años disfruto con las puestas en escena de mi viejo amigo Ole Guldal. Y su presencia lo mejorará.

—¡Oh, por favor, no ponga demasiadas esperanzas en mí! —exclamó Sofie—. Me temo que el nerviosismo me hará tartamudear y que olvidaré mi texto.

El médico sonrió y sacó el taco de recetas de la bolsa.

—Enviaré a Eline a la farmacia para que le traiga *Passiflora incarnata*. Son unas gotas que se obtienen a partir de la pasionaria y que alivian el nerviosismo y los trastornos del sueño. Al fin y al cabo queremos que el domingo se suba usted al escenario fresca y descansada. Y lo más relajada posible.

—Si cree usted que servirá de algo... —dijo Sofie con gesto dubitativo—. Pero le estoy muy agradecida de que no me delate —añadió, y le tendió la mano.

El doctor Pedersen se la estrechó y la miró a los ojos. La sonrisa que expresaba la mirada del médico dio paso a un gesto escrutador. Estuvo a

punto de hacer un comentario, se detuvo, negó con la cabeza y murmuró algo que sonó como «no, no puede ser».

Sofie se incorporó y miró alarmada al doctor. ¿Habría visto algún indicio de una enfermedad grave? Antes de que pudiera preguntárselo, este se despidió con amabilidad y salió de la habitación. Se dejó caer en la almohada. No, si el doctor Pedersen hubiera tenido motivos para sospechar que le pasaba algo, la habría examinado a conciencia y le habría preguntado si tenía alguna molestia. No había razón para preocuparse.

La tarde del primer domingo de Adviento, Sofie se deslizó por la escalera del servicio hacia la salida trasera después de que Eline se asegurara de que la casa estaba despejada. Silje estaba invitada a tomar café con una antigua amiga del pensionado, y su padre se había retirado al salón de fumar y leía el periódico. El ayuda de cámara Ullmann dedicaba la tarde libre a su afición preferida: una extensa colección de monedas que desde hacía años compraba o cambiaba, organizaba en bandejas, lustraba con regularidad y clasificaba en un álbum encuadernado en piel.

Al igual que la noche anterior,

cuando se había celebrado el ensayo general y Eline también la había ayudado a salir de casa sin que la vieran, Sofie llevaba una sencilla capa de algodón con la capucha bien calada. El Bekholdtgården del maestro fundidor Holmsen, que había puesto a disposición el gran salón para la función, estaba a pocas casas de distancia. Sofie descendió veloz la Hyttegata, por la que a esa hora apenas pasaba gente. Aquellos que no tenían que salir de forma obligada, permanecían en una habitación cálida, encendían la primera vela de adviento y cantaban canciones prenavideñas con su familia. Siempre que no fueran obreros con turno en la

fundición.

Detrás de la puerta del Bekholdtgården se encontró con Paul, al que su madre había llevado con antelación antes de ir con Bodil a la pensión de la señora Olsson, donde las dos harían tiempo hasta que comenzara la función. El chico estaba apoyado en la pared, en un rincón, pálido y tembloroso.

—Paul, ¿qué haces ahí? ¿Por qué no subes a cambiarte?

—Creo que tengo ganas de vomitar —susurró agarrándose la tripa—. No puedo tocar el armonio. Se me ha olvidado todo.

Al ver al niño hecho una lástima,

completamente deshecho, Sofie volvió a ponerse nerviosa.

—No, no es verdad —dijo, y lo cogió de la mano—. Estoy segurísima de que tocarás de maravilla.

El niño negó con la cabeza.

—Sé cómo te sientes. Yo también estaba así hace un rato —continuó Sofie.

—¿En serio? —Paul levantó la mirada hacia ella con gesto interrogante.

—¡En serio! —Se agachó hacia él y dijo en voz baja—: ¿Y sabes qué? Todavía lo estoy. ¡Tengo muchísimo miedo!

—¿Tienes miedo?

—¡No sabes cuánto! —dijo Sofie—. Pero tengo un amuleto que me ayudará.

—Se sacó un pastillero del bolsillo del abrigo. La tapa de porcelana estaba decorada con una peonia, la flor preferida de su madre, a la que había pertenecido la cajita. Sofie se lo había llevado como amuleto en un arrebato supersticioso, inspirada por lo que había dicho el doctor Pedersen de que su madre se habría alegrado de que actuara —. Esta cajita estaba siempre en la mesilla de mi madre, que ahora está en el cielo, como tu padre. Pero estoy segura de que me cuida desde allí arriba.

Paul asintió con gesto solemne.

—Mi padre también. —Rebuscó en el bolsillo de su pantalón—. Y yo tengo

mi propio amuleto —dijo enseñándole un objeto alargado del grosor de un pulgar.

Sofie se quedó perpleja. Era un cortapuros con el que los fumadores hacían incisiones en forma de uve en sus cigarros. Los laterales de la herramienta de acero estaban revestidos con cuerno de corzo. Le resultaba familiar.

—¿Era de tu padre?

—No. Me lo dio Bodil.

—¿Bodil? Qué raro. ¿Qué hace una niña pequeña con un cortapuros?

—¿Un cortapuros? —preguntó Paul mirando asombrado el utensilio—. ¿Para qué se necesita un...?

Sofie no lo dejó seguir hablando.

—¿De dónde lo sacó Bodil?

—Lo encontró en el aserradero de mi abuelo. Después del incendio volvimos porque Bodil tenía la esperanza de que sus cosas no se hubieran quemado. Pero no quedaba nada —explicó Paul.

Sofie observó el cortapuros con el ceño fruncido. Para entonces ya estaba segura de que conocía a su dueño: su padre. Un par de días después del incendio lo había echado de menos y se había enfadado mucho cuando su ayuda de cámara, que lo había buscado por toda la casa, no lo había encontrado.

Paul la miró con gesto inseguro.

—¡De verdad que Bodil lo encontró!

¡No lo robó!

Sofie le sonrió y se esforzó por utilizar un tono liviano.

—¡Te creo! Solo estaba pensando que quizá tengamos el doble de suerte si nos intercambiamos los talismanes. Así sabremos siempre que hay alguien más con miedo escénico y no nos sentiremos tan solos.

Contuvo el aliento. Había dicho lo primero que se le había ocurrido para hacerse con el cortapuros disimuladamente. La propuesta, que a ella misma le sonaba bastante extraña, pareció entusiasmar al muchacho. Le entregó su amuleto, recibió el pastillero y se lo metió en el bolsillo, todo ello

con gesto ceremonioso.

Sofie no tenía tiempo de preguntarse cómo y por qué había acabado el cortapuros de su padre en el antiguo aserradero de Sverre Ordal. ¿Lo habría perdido allí su padre al inspeccionar la propiedad después de que se le traspasara? No había oído ningún comentario de Ullmann o de Silje acerca de ninguna visita a la finca.

Un recuerdo inquietante le rondaba la cabeza mientras subía junto a Paul a las dos habitaciones que los actores utilizarían como camerinos. Volvió a ver a Britt y a Eline chismorreando la mañana después del incendio sobre el estado deplorable de su padre, que

había llegado a casa borracho como una cuba y había alcanzado la cama solo gracias a su ayuda de cámara. Y el rostro indignado de Ullmann al mencionar la «indisposición» de su padre. ¿Dónde habría estado bebiendo? ¿Y por qué? Sofie apenas se atrevía a imaginar que él hubiera sido el responsable del incendio.

Decidida a preguntar a Bodil a la siguiente oportunidad que se le presentara, empujó a Paul hacia el vestuario masculino y corrió hacia la habitación en la que Astrid, que había preparado allí los trajes para ella y para Hilda, las ayudaría a vestirse. Cuando abrió la puerta y Hilda la saludó con las

mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, el miedo escénico volvió a apoderarse de ella y apartó cualquier otro pensamiento.

Røros, noviembre de 1895 – Clara

Poco antes del primer domingo de Adviento, Clara se tomó una tarde libre y fue en ferrocarril a Tolga, situado a unos treinta kilómetros de distancia al sur de Røros, a orillas del Glåma. A medio camino, después de Os, el tren atravesó la cordillera de Hummelfjell, de cimas redondeadas y poco boscosas.

Clara solo las distinguió vagamente a través de la fuerte nevada que había comenzado poco después de partir. Cuando llegaron a la pequeña estación de Tolga más o menos una hora después, se alegró de no tener que recorrer más que unos pasos hasta la garita. El viento arremolinaba los gruesos copos, que envolvían a Clara por todos lados. Se sentía como un muñeco de nieve.

Rodeó con la cabeza gacha el edificio de dos pisos y tejado empinado a dos aguas, y llamó a la puerta. Le abrió una mujer alta y delgada de unos cincuenta años de edad. Llevaba un sencillo vestido oscuro y el pelo tirante hacia atrás y recogido en un moño.

Irradiaba una severidad que cohibió a Clara.

—Disculpe las molestias —dijo—.

¿Es usted la esposa del jefe de estación?

—Sí, Ole Herstad es mi marido.

—¿Entonces es usted la hermana del secretario Slokkmann? Quiero decir, del antiguo secre...

La señora Herstad entrecerró los ojos y asintió escuetamente.

—¿Podría decirme dónde encontrarlo, por favor?

—¿Qué tiene usted que ver con él?

—Acompañó la pregunta con una mirada desconfiada.

—Nada. Solo quiero preguntarle algo —respondió Clara.

La señora Herstad apretó los labios. Clara dio por supuesto que le cerraría la puerta en las narices. Sin embargo, tras un breve titubeo dio un paso atrás.

—Pase antes de que la casa se nos llene de nieve.

Clara la siguió hacia el pasillo, que atravesaba toda la casa hasta una puerta de cristal traslúcido, tras la que supuso que estaría la oficina del jefe de estación.

—Por aquí, por favor, es donde hace más calor —dijo la señora Herstad señalando una estancia junto a la entrada.

Clara la siguió y se detuvo indecisa en una cocina meticulosamente

ordenada. Una alacena pintada de blanco ocupaba toda una pared, y enfrente había un fogón de obra y una pila de esmalte. Encima estaban colgadas las sartenes y las cazuelas ordenadas por tamaño. Del horno salía el aroma a canela y clavo, lo que le recordó a Clara que de regreso a casa tenía que comprar especias para los bollos de Navidad. En las relucientes superficies de trabajo no se veía ni una mota de harina. No había ningún indicio de que allí se hubiera preparado masa de galletas hacía poco.

—Quítese el abrigo, lo colgaré junto a la estufa. Está empapado —dijo la señora Herstad.

—Muchas gracias, es usted muy amable —respondió Clara. Le tendió la mano—. Ni siquiera me he presentado. Soy Clara Ordal.

La mujer se estremeció.

—¿Ordal? ¿De Røros?

Clara asintió. La señora Herstad se dejó caer sobre una de las dos sillas que había junto a una mesa estrecha delante de la ventana. Se había quedado lívida. Se llevó una mano al pecho y trató de recuperar el aliento.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le traiga un vaso de agua? —preguntó Clara.

—Ya estoy mejor —respondió la señora Herstad, y se enderezó—. Algún

día tenía que suceder. En el fondo me alegro de que haya llegado el momento.

Señaló la silla que tenía enfrente. Clara se sentó y la miró con gesto interrogante.

—Siempre le dije a mi hermano que estaba pecando —prosiguió la mujer—. Y que nuestro Señor haría que el asunto saliera a la luz tarde o temprano. Pero no quiso escucharme. Y tampoco disfrutó del dinero mucho tiempo.

—¿Y eso? ¿Acaso ha falle...?

—Sufrió un ataque a principios de año.

Clara estuvo a punto de santiguarse, pero se detuvo en el último momento y exclamó:

—¡Oh, es terrible! Lo siento mucho. Si lo hubiera sabido...

La señora Herstad levantó una mano.

—No se preocupe, no tiene nada que reprocharse. Él mismo se lo buscó.

Clara carraspeó.

—¿A qué se refiere con eso? Me temo que no sé...

—Ha venido por lo del aserradero de los Ordal, ¿verdad? ¿Qué quería preguntarle a mi hermano?

—Quería saber si él podía explicarme por qué no se renovaron los contratos de mi suegro Sverre Ordal con la fábrica de cobre —respondió Clara.

La señora Herstad frunció el ceño.

—¿Y por qué no se lo pregunta a su

suegro?

—Me habría gustado hacerlo. Pero él y su esposa se marcharon de Røros en agosto y se mudaron a Christiania. Desde entonces no he vuelto a saber nada de ellos.

—¿Así que no viene de su parte?

Clara negó con la cabeza.

—Trabajo en la secretaría con el señor Dietz, el sucesor de su hermano. Hace poco me topé con unos documentos en los que se solicitaba la renovación de dichos contratos. Su hermano había apuntado en el margen que dichas peticiones debían denegarse. A continuación, los envíos de madera se encargaron a otros aserraderos, algunos

de los cuales tenían que transportar la mercancía desde lejos. Dado que estas decisiones llevaron a mi suegro a la ruina, quiero averiguar qué sucedió.

—Es comprensible —murmuró la señora Herstad. Suspiró con fuerza—. No me resulta fácil reconocerlo. Y no se debe hablar mal de los muertos. Pero mi hermano era una persona débil. Era codicioso y fácil de corromper. En resumen, cayó en las garras del demonio del dinero. —Levantó la voz y citó el evangelio—: Nadie puede servir a dos señores. No se puede servir a Dios y a las riquezas.

Clara se imaginó sin querer al antiguo secretario ante un altar adorando

con incienso y bailes a una estatua dorada. Ahuyentó la visión y dijo:

—¿Así que le pagaron por no renovar los contratos?

—Así es. Aunque el dinero fue más bien para pagar su silencio.

—¿Y quién se lo dio? —preguntó Clara.

—No quiso decirlo —respondió la señora Herstad—. Pero tuvo que ser un hombre muy influyente.

Clara asintió. Estaba prácticamente segura de que se trataba de Ivar Svartstein.

—Tengo una última pregunta: ¿por qué dejó su hermano el puesto y se marchó de Røros? ¿Alguien lo obligó?

—¿Se refiere al hombre que lo sobornó? Eso pensé yo también. Seguro que estaba interesado en librarse de un cómplice incómodo. Pero no fue así. Mi hermano se fue voluntariamente. No cabía en sí de alegría y se jactaba de que pronto dispondría de una caudalosa fuente de dinero y de que podría vivir a todo tren sin trabajar.

—¿Y qué fuente de dinero era esa?

La señora Herstad se encogió de hombros.

—No lo sé. Actuaba con mucho misterio. —Se echó a reír con amargura—. Y ya ve qué fue de sus grandes planes. ¡Antes de la quiebra está el orgullo!

Cuando Clara regresó a Røros por la noche, el viejo Gundersen la esperaba en el trineo delante de la estación. Se sentó junto a él en el pescante y se envolvió en la segunda manta.

—Tenía usted razón. Le estoy muy agradecida al padre de Bodil por habernos dado a *Myka* —dijo—. Solo de pensar en volver andando a casa con esta nieve ya siento los sabañones.

Gundersen sonrió y dirigió a la yegua hacia la Kirkegata. Su nueva tarea como cochero le proporcionaba un gran placer. Todas las mañanas llevaba a Clara y a los niños a la ciudad, y los recogía al mediodía o por la tarde. Clara se alegraba sobre todo de no tener

que cargar con la compra hasta casa. Algunos días, cuando llevaba la cesta llena de aceite para las lámparas, azúcar, harina y otros productos pesados, el camino se le hacía muy largo. Avanzar por la carretera nevada suponía un esfuerzo aún mayor. Si se mantenía en el arcén, se hundía, pero si utilizaba la calzada, corría el riesgo de resbalar en las superficies congeladas.

—¿Ha conseguido lo que quería? — preguntó Gundersen—. ¿La hermana ha podido darle más información?

Clara le había confesado la noche anterior su sospecha de que alguien había arruinado a propósito a su antiguo jefe. Su esperanza de que Gundersen

podría ayudarle con más datos se había desvanecido. Sverre Ordal y su mujer jamás habían mencionado los motivos de su ruina económica. Gundersen tampoco sabía si el padre de Sverre había sido dueño o socio de una de las minas. Había empezado a trabajar para Sverre después de que este muriera.

—En parte —respondió Clara—. He conseguido un par de respuestas, pero me han surgido más preguntas. En cualquier caso algo es seguro: a mi suegro le jugaron una mala pasada. La gente que afirma que no administró bien el negocio o que su mujer dilapidó su patrimonio está completamente equivocada.

—Ya me extrañaba a mí —gruñó Gundersen.

—Arrojaré luz sobre este asunto tan misterioso —dijo Clara—. Se lo debo a Olaf y a sus padres.

—Prométame que tendrá cuidado. — Gundersen la miró de reojo con preocupación—. Si sus sospechas son ciertas, se enfrenta a un enemigo muy poderoso.

La tarde del primer domingo de Adviento, Clara estaba sentada entre Bodil y la señora Olsson en una sala que ocupaba toda la longitud del piso superior del Bekholdtgården. Sentía un

hormigueo en el estómago. Paul estaba muy nervioso cuando lo había dejado dos horas antes en la entrada de la propiedad. Había rechazado su oferta de hacerle compañía hasta que empezara la función con las siguientes palabras: «No soy un niño pequeño.» Al mismo tiempo parecía tan desanimado que Clara había estado a punto de ignorar sus objeciones. «De verdad, mamá, puedo solo», había añadido el niño, y se había deslizado rápidamente hacia el interior. ¿Cómo se encontraría ahora? Ella en su lugar seguramente estaría hecha un manojo de nervios. Se mordió el labio y trató de distraerse estudiando lo que la rodeaba.

Delante del escenario, construido con toscos tablones de madera, se habían colocado varias hileras de sillas, en las que solo quedaban unos pocos huecos. El señor Gundersen estaba sentado junto a la señora Olsson, y en la fila de delante Clara distinguió al secretario Dietz y a su esposa. El doctor Pedersen la había saludado escuetamente con la cabeza al entrar. La sala bullía con las voces de los espectadores, que conversaban con sus vecinos de asiento o saludaban a gritos a conocidos sentados a gran distancia.

—¡Ahí está Paul! —exclamó Bodil deslizándose hacia delante en su silla.

Clara miró hacia el armonio, a la

derecha del escenario. Paul estaba sentándose en la banquetta. Estaba pálido y parecía perdido. Clara tuvo que contenerse. Le habría gustado correr hacia él y abrazarlo. Los ojos del niño recorrieron el público. Bodil lo saludó con la mano. Paul le devolvió el saludo. Sus facciones se relajaron un poco.

La sala se oscureció. Un hombre estaba apagando con un matacandelas las velas de las dos arañas que colgaban sobre los espectadores. Ole Guldal apareció delante del escenario, en cuyo borde había varias lámparas que lo iluminaban. Las voces enmudecieron.

—Bienvenidos a nuestra función de teatro de este año —dijo el director de

la escuela—. Me alegro de que el público sea tan numeroso. Les deseo a todos una agradable velada, y después de la representación, les invito con mucho gusto a una copa de ponche y a pastas. Y sin más dilación les presento *El juego del amor y del azar*, de Pierre Carlet de Marivaux.

Le hizo un gesto a Paul y se sentó en una silla de la primera fila. Paul colocó las manos sobre el teclado. Clara vio que le temblaban. Contuvo el aliento. Podía sentir su miedo, como si estuviera sentada justo a su lado.

La señora Olsson le dio unas palmaditas en el brazo y susurró:

—¡Tranquila! Lo hará de maravilla.

Paul tocó las primeras notas. Se oyó un vals. Cerró los ojos. Sus dedos volaban sobre las teclas, a las que arrancaba variaciones de la melodía inicial de forma fluida y sin esfuerzo aparente. En el preludio animado enseguida se mezclaron algunas notas más lentas, que se resolvían con compases alegres. Después de varios acordes emocionantes, la pieza desembocó de nuevo en el vals.

Clara escuchaba a su hijo y sentía que se le formaba un nudo en la garganta. El niño le había contado que había compuesto él mismo la melodía. A Clara eso no le decía mucho, y había supuesto que sería una pieza sencilla.

Cuando se oyó el acorde final, el público prorrumpió en aplausos.

—¡Su hijo es un prodigio! — exclamó la señora Olsson agarrándola del brazo.

No era la única que lo pensaba. La ovación por el número de Paul se prolongó, y Clara oía exclamaciones de asombro hacia aquel muchachito que tocaba como un maestro.

—Estoy muy orgullosa de ti — musitó entre lágrimas de alegría.

Hasta entonces no había oído tocar a Paul. El niño quería sorprenderla con sus habilidades. A Clara le costaba creer que fuera su hijo el que estaba sentado allí, transportado a otro mundo.

Le resultaba desconocido, maduro y autónomo. A la alegría y el orgullo que sentía se les sumó un dolor sordo: el presentimiento de una despedida a la que todos los padres se enfrentaban antes o después, cuando sus hijos volaban del nido.

Se abrió el telón y apareció un salón confortable en el que había dos jóvenes. Una de ellas, con delantal y cofia, representaba a una criada, la otra vestía con una elegancia considerable. Clara casi no reconoció a Sofie Svartstein. Hasta entonces solo la había visto de luto, con ropa oscura y cerrada. Ahora llevaba un vestido escotado y floreado adornado con lazos y volantes, tenía el

cabello recogido en un elaborado moño alto, y las mejillas y los labios le brillaban en tonos rosas.

Entre la doncella y su señora se había originado una disputa sobre el matrimonio. Mientras que para la criada se trataba del principal objetivo de la vida de toda mujer, Silvia, la señorita de buena cuna, tenía sus dudas. El argumento de que al estar casada estaría atendida y cumpliría con las normas sociales no le bastaba; tenía demasiado miedo a acabar con un hombre de carácter difícil.

Sofie declamaba su texto con pasión. Clara estaba convencida de que compartía la opinión de Silvia y jamás

accedería a una boda concertada. Sin embargo, dudaba de que Ivar Svartstein fuera tan indulgente como el padre de la obra, que no quería obligar a su hija a casarse. Incluso le permitía tantear al posible candidato y presentarse ante él disfrazada de su propia doncella.

Clara se sorprendió una vez más de lo mucho que podía cambiar la ropa a una persona. La transformación de Sofie en una criada con un vestido sencillo y chanclos de madera resultaba muy convincente. Su melena oscura rizada se había recogido en una trenza, y una cofia blanca le rodeaba el rostro. Sin embargo, el talento de Sofie impresionó a Clara aún más que su metamorfosis

exterior. Estaba convencida de que también habría logrado representar el papel de forma convincente sin los trajes. Su temor a que se notara el carácter aficionado de la representación resultó ser infundado.

Durante la siguiente hora y media Clara cayó en el embrujo del enredo, que constantemente tomaba nuevos rumbos debido a la doble mascarada y a los malentendidos que provocaba. De todos modos no pudo evitar tener la sensación de que las dos parejitas no solo fingían su afecto. El muchacho que representaba al criado y se intercambiaba los papeles con su señor suspiraba abnegadamente por la chica

que fingía ser Silvia. En el fragor de la obra, incluso la llamó por su auténtico nombre en una ocasión.

—«¡Bravo, Hilda! Me confunde la alegría y temo perder los estribos. ¡Vos me amáis...! ¡Es admirable!»

Aquello hizo que Hilda se sonrojara y se confundiera, y que la apuntadora, sentada en primera fila junto al director, interviniera por primera vez.

Sofie, alias Silvia, y su contraparte Ingmar también resultaban muy convincentes a la hora de transmitir el amor incipiente entre los dos supuestos criados. Cuando Ingmar le revelaba a la muchacha su auténtica identidad al final del segundo acto y le confesaba sus

sentimientos hacia ella, Clara tuvo la sensación de que ambos pronunciaban aquellas palabras desde el corazón.

A la pregunta de Silvia: «Vuestra inclinación por mí ¿es firme? ¿A tal punto me amáis?», Ingmar respondió: «Hasta el punto de renunciar a toda alianza si no se me permite unir mi suerte a la tuya.»

La señora Olsson confirmó la percepción de Clara. Cuando los actores entonaron una canción acompañados por Paul al final del tercer acto, esta se inclinó hacia Clara y susurró:

—No puedo evitarlo, la representación de la señorita Svartstein me resulta extremadamente creíble. Casi

se podría decir que no está actuando. Ya sabe a qué me refiero.

Clara sonrió y miró a Sofie. Le vino a la mente la palabra «florecida». «Está radiante de felicidad —pensó—. Cómo me alegro por ella. Espero que el joven sea digno de ella. Sería terrible que le hicieran daño otra vez después de la decepción que ha sufrido con ese noble sinvergüenza.»

La señora Olsson la miró negando ligeramente con la cabeza.

—Parece que se alegra de ello.

—Sí, ¿y por qué no? —preguntó

Clara.

—En fin, siempre es bonito que dos corazones se encuentren. Pero en este

caso me sorprendería mucho que la historia tuviera un final feliz. El padre de la señorita Svartstein no lo permitirá.

Antes de que Clara pudiera preguntarle por el compañero de reparto de Sofie, al que veía por primera vez, para saber qué quería decir con aquel comentario, comenzó el último acto.

Røros, diciembre de 1895 – Sofie

En el mismo instante en que Sofie pronunció su última frase, el nerviosismo se desvaneció. No veía a los espectadores, a los que antes de la representación había observado por una rendija del telón, y que le habían parecido una masa amenazadora que solo esperaba a abuchearla y a criticar

su falta de talento. Estaba completamente concentrada en lo que sucedía en el escenario, y vivió el estreno en el sentido más estricto de la palabra: como si fuera la primera vez que lo decía y oía todo, la primera vez que escuchaba su propio texto y el de los demás, y como si se fundiera con el papel.

Después de que Ingmar le revelara su verdadera identidad en el segundo acto, Silvia decidía ponerlo a prueba un poco más y averiguar si sus sentimientos seguían siendo los mismos a pesar de la supuesta diferencia de clases, y si seguía cortejándola. Sofie se sorprendió sintiéndose decepcionada, igual que

Silvia, cuando el joven anunciaba su partida, y alegrándose por dentro cuando finalmente este no era capaz.

—«¿Qué os importan mis sentimientos?» —preguntó con voz temblorosa.

Per la miró directamente a los ojos y respondió:

—«¡Si me importan! ¿Duda aún de mi cariño?»

Sofie se mareó. Según la puesta en escena, en ese momento Silvia debía retroceder un poco y hacerle ver a Ingmar lo que se estaba jugando. Que corría el peligro de enfrentarse con su familia si tomaba como esposa a una criada. De pronto Sofie empezó a ver

puntitos negros, le cedieron las piernas. No estaba en condiciones de declamar el siguiente pasaje. Per se dio cuenta.

Le acercó una silla e improvisó:

—«Intuyo cuál será su respuesta.

Quiere advertirme de las consecuencias y salvaguardarme de las injurias. ¡Ahórrese sus palabras!»

Entonces, y ya siguiendo de nuevo el guion, se arrodilló y prosiguió con su texto:

—«Vuestro corazón es sincero; sois sensible a mi devoción. No podréis arrebatarme esta certidumbre. ¿No consentís en ser mía?»

Sofie se recuperó y retomó el hilo:

—«¿Me aceptaréis por esposa, a

pesar de vuestra condición y la cólera de un padre?»

—«El mérito bien vale el linaje. No disputemos: yo no cambiaré jamás. No reprimáis vuestra ternura, dejadla responder...»

Después de aquella declaración, Silvia también se revelaba como la hija del señor, y la obra desembocaba en un gran final feliz, ya que los dos criados también se habían encontrado el uno al otro.

La ovación del público envolvió a Sofie. Estaba entre Per y Hilda en el borde del escenario, donde se habían colocado todos los actores. Ole Guldal se encargó de que la modista y

apuntadora Astrid se uniera a ellos, y acompañó personalmente a Paul del armonio a la tarima. Todos se cogieron de las manos y se inclinaron una y otra vez. Los espectadores aplaudían entusiasmados, lanzaban «bravos» y «hurras» y pataleaban con los pies.

Las velas de las arañas volvieron a encenderse. En la multitud oscilante, en la que en un primer momento Sofie solo distinguía bocas abiertas y manos, empezaron a destacar algunos rostros conocidos. Reconoció a Britt, a Eline y a la cocinera de su casa, descubrió a Clara Ordal, a la señora Olsson y al viejo Gundersen, vio al dueño de la librería, al ayudante de la farmacia, a

varios habituales de la biblioteca, y en la última fila estaban el sacristán Blomsted, el doctor Pedersen y Olsen Berg, el editor del periódico *Fjell-Ljom*.

La expresión «borracha de felicidad» adquirió para Sofie un significado real. Se sentía embriagada. Animada y llena de energía, alimentada por el aplauso, que en medio del alboroto se había transformado en un ritmo festivo que vibraba en cada poro de su piel.

«*Mamma* estaría orgullosa de mí.» Esa idea se le ocurrió de pronto y le asestó una pequeña punzada. No estaba acostumbrada a echar de menos a su

madre en los momentos felices. Qué bonito habría sido que estuviera sentada allí abajo con los demás. Adoraba el teatro, y se habría alegrado conmigo de que hubiera superado la función sin meter la pata y de que ahora cosechara tanto reconocimiento.

Una vez que se apagaron los aplausos, Ole Guldal repitió la invitación a terminar la velada con una agradable reunión, y pidió a un par de jóvenes que retiraran las sillas hacia las paredes de la sala. Mientras tanto, los actores se bajaron del escenario. Al salir, Sofie avistó a Mathis Hætta, que se abría paso hacia Clara y ya la miraba radiante desde lejos.

Sofie sabía que Silje esperaba al joven ingeniero de vuelta en el tren de la tarde después de un breve viaje de inspección y que quería invitarlo a cenar. Había enviado al cochero a recogerlo en la estación. ¿Mathis no lo habría visto? ¿O lo habría ignorado a propósito? Debía de haber ido directamente al Bekholdtgården. Llevaba una mochila al hombro y del brazo colgaba un abrigo de viaje forrado con piel de reno. Sofie miró a Clara, cuyas mejillas se sonrosaron. Le devolvía a Mathis una mirada en la que se mezclaban la timidez y la alegría. «Menos mal que Silje no está aquí — pensó Sofie—. Se pondría hecha una

furia.»»

Hasta que estuvieron en el pasillo, Sofie no se dio cuenta de que Per seguía dándole la mano. Se la apretó con suavidad antes de soltarla y dirigirse con su hermano al vestuario masculino. Obnubilada, ella siguió a Hilda hacia el femenino. Cuando salió de allí un cuarto de hora más tarde para regresar a la enorme sala, vio a Per y a Ole Guldal en el pasillo enfrascados en una conversación.

—Ya está todo arreglado —dijo el director de la escuela—. Lo mejor será que te marches mañana mismo. Así no te perderás nada. Por ahora podrás vivir con el presidente. Ya le pedí que te

propusiera para la beca. No tengo la menor duda de que la recibirás. Y más adelante podrás buscarte tu propio alojamiento.

—Te lo agradezco mucho. Pero antes tengo que pensar si... —dijo Per en voz baja.

Ole Guldal frunció el ceño y lo interrumpió.

—Perdona, pero ¿qué es lo que tienes que pensarte? ¡No deberías dejar escapar una oportunidad como esta! Sobre todo sabiendo que ahora mismo no tienes ningún encargo aquí. —El director vio a Sofie y se acercó a ella con una sonrisa—. ¡Ah, Sofie! Felicidades. ¡Esta tarde se ha superado

a sí misma! Y Paul también ha estado asombroso. El sacristán Blomsted apenas podía creer el oído musical que tiene su alumno. Ha quedado impresionado, como todos nosotros, por el virtuosismo del chico. Pronto acudirá a usted para que entre los dos decidan cuál es la mejor manera de estimular el talento de nuestro niño prodigio.

—Será un placer —dijo Sofie—. Hace tiempo que pienso que Paul se merece una enseñanza profesional.

Ole Guldal asintió y dijo:

—Bueno, ahora debería ir a mezclarme con los demás. Seguro que nos veremos más tarde. —Se volvió en dirección a la sala, y al pasar junto a Per

le dijo en voz baja—: No te lo pienses demasiado.

—¿Qué es lo que no debes pensarte? —preguntó Sofie cuando el director se alejó de ellos.

—El movimiento obrero de Christiania ofrece un curso de formación jurídica para que los miembros de las asociaciones profesionales puedan ofrecer un mejor asesoramiento legal.

—¿Y tú podrías asistir? ¿Incluso con una beca, si lo he entendido bien? Es fantástico, ¿no? —preguntó Sofie.

—Hasta hace unos días habría aceptado sin pensármelo —respondió Per—. Pero ahora una parte de mí quiere quedarse.

Sofie clavó la mirada en sus ojos. Nunca habría imaginado que la alegría que había despertado en ella el aplauso del público pudiera ser aún mayor. No, mayor no. Más profunda. El entusiasmo que se había apoderado de ella en el escenario era pasajero. Lo que sentía al mirar a los ojos de Per era una certeza duradera, profundamente enraizada en su corazón.

«¿No pensaste lo mismo con Moritz? —le susurró la voz de la duda—. ¿No estabas completamente segura también? —Sofie ahondó en la pregunta—. No, era distinta —se contestó a sí misma—. Estaba cegada. Embargada por las atenciones que me dedicaba Moritz. El

hombre que me vio y me rescató de una vida en la sombra. Estaba enamorada del amor que supuestamente él sentía por mí. Si soy sincera, podría haber sido cualquier otro. Con Per no es así. Para mí es único. Y siempre lo será, incluso aunque nos separáramos en este momento y no volviéramos a vernos jamás.»

—Y una parte de mí daría lo que fuera por que te quedaras —respondió—. Pero sería muy egoísta por mi parte. Tienes que ir a ese curso a toda costa. Solo son cuatro meses.

Escuchó su corazón y se tranquilizó. La fuerza del afecto que sentía por Per le latía en todo el cuerpo, la inundaba y

prevalecía sobre todos los miedos y las dudas.

—Soy tuya —dijo entonces.

Per palideció. Su rostro irradiaba una solemne seriedad. Le cogió la mano y se la llevó al corazón. Sofie sintió que palpitaba a gran velocidad, al mismo ritmo que el suyo propio. El mundo se redujo a aquellos latidos dobles que se fundían en uno.

—Y yo soy tuyo también.

—¡Ahí estáis! —exclamó una voz aguda.

Sofie y Per se apartaron de un salto. El hechizo se rompió. Eline se les acercó corriendo y sin aliento.

—Señorita Sofie, me temo que la

han descubierto. Su hermana acaba de aparecer.

A Sofie le entró pánico. ¿Y si Silje la veía con Per? ¿Y si ya la había visto? Informaría inmediatamente a su padre. Sofie no quería ni imaginar cómo reaccionaría este. Ya le parecía estar oyendo su voz encolerizada cantándole las cuarenta.

«Bienvenida a la realidad —dijo una voz irónica en su interior—. ¿Cómo has podido olvidar de dónde vienes? ¿Realmente eres tan valiente como para enfrentarte a todo lo que ha conformado tu vida hasta ahora?»

Eline abrió la puerta del camerino y le hizo una señal a Sofie.

—Venga, por ahora escóndase aquí. Después ya veremos cómo la sacamos y la llevamos a casa sin que se dé cuenta.

Sofie se mordió el labio y miró indecisa a Eline.

—Haz lo que dice —dijo Per, y prosiguió en voz baja—: No te exijas demasiado. Sé perfectamente que no puedes contárselo todo de un día para otro.

Sofie corrió vacilante hacia la criada y se deslizó hacia la estancia, mientras Eline regresaba a la sala. Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando volvió a abrirla de golpe. Per estaba justo delante de ella, con la mano en el pomo.

—No, ya estoy harta —dijo ella—. No aguanto más esta farsa. Iremos con los demás a celebrarlo. ¡Y que Silje piense lo que quiera!

Per la cogió del brazo y la empujó suavemente.

—No te precipites. Eso no beneficiará a nadie. Piensa por ejemplo en Eline y en Britt. Si alguien se entera de que te han ayudado, es probable que se metan en un buen lío.

La llevó hasta una silla y acercó otra. Sofie se sentó y dejó caer los hombros.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? ¿Por qué no puede una vivir como quiera?

—Lo harás, estoy completamente seguro —dijo Per—. Si es lo que quieres de verdad.

Sofie se irguió.

—Tienes razón. Es estúpido lamentarse.

Per le tomó la mano derecha entre las suyas.

—Por ahora seremos discretos. Yo me iré a la formación. Y mientras tanto puedes reflexionar tranquilamente si de verdad estás...

—¡No hace falta! —exclamó Sofie—. Soy consciente de que si me decido por ti estaré quemando todas las naves. Y de que tendré que renunciar a muchas cosas. Pero eso no me asusta, y estoy

completamente... —Se calló y observó a Per con atención—. Pero ¿igual te asusta a ti? ¿Eres tú quizás el que necesita tiempo para pensarlo? ¿Te da miedo tener que responsabilizarte de mí? ¿Crees que espero que me...?

—Basta —dijo Per apretándole la mano—. Lo que me gustaría es casarme contigo ahora mismo y empezar nuestra vida juntos lo antes posible, a pesar de que sería una vida muy modesta, al menos al principio. Sé que no das ninguna importancia a las fruslerías que a otras personas de la alta sociedad les parecen indispensables. Y que eres muy capaz de ganarte tu propio sustento.

—¿Pero? —insistió Sofie.

—Quiero que seas feliz. Y solo podrás serlo si estás en paz contigo misma. Si te escapabas, no solo harás daño a tu familia. ¿Crees que soportarías el aislamiento social?

Sofie estaba a punto de replicar que la opinión de gente como Berntine Skanke y sus amigas le era absolutamente indiferente, y que para ella no valía nada que sus semejantes la aceptaran.

Per levantó una mano y siguió hablando:

—No te lo tomes a la ligera. Un paso así debe darse con prudencia. Por eso creo que es importante que te tomes tu tiempo.

—Qué sensato eres —dijo Sofie.

Per levantó una ceja.

—¿Preferirías que te colmara de promesas de amor eterno y te convenciera para escaparte conmigo esta misma noche?

—No, claro que no —musitó Sofie evitando su mirada. Le resultaba embarazoso que hubiera dado en el blanco con sus sospechas.

—Reconozco que esa idea también me habría parecido muy romántica —le susurró él al oído.

Su aliento le acarició la mejilla. Volvió a sentirse mareada. «Está a punto de besarme», pensó. Cerró los párpados y le ofreció la boca. El ruido de la silla

arrastrada hacia atrás hizo que los abriera de nuevo. Per se había levantado.

—Me voy —dijo con voz ronca.

Sofie también se puso de pie y lo miró a los ojos. El deseo que veía en ellos la reconcilió con la decepción que se había apoderado de ella un segundo antes.

—Si te beso o simplemente te toco, no podré marcharme —dijo—. ¿Me escribirás?

Sofie asintió.

—Todos los días.

El rostro de Per se iluminó.

—Y yo a ti. A la dirección de la biblioteca. —Se dirigió hacia la puerta,

la abrió y se volvió hacia ella una última vez—: ¡Cuídate, amor mío!

—Tú también —respondió Sofie.

Cuando salió al pasillo un instante después, Per ya había desaparecido. Le costaba pensar con claridad. En su cabeza se arremolinaban retazos de la conversación que acababa de tener. Quería salir corriendo detrás de Per y pedirle que no la dejara sola, y al mismo tiempo estaba convencida de no poder emitir ningún sonido. Se sentía débil y temblorosa, añoraba su cama y se preguntaba cómo llegaría a ella sin ayuda. ¿Estaba cayendo enferma? Llevaba días con la nariz taponada. ¿O se le habría enfriado la vejiga? Iba al

baño muy a menudo, pero no tenía dolores. Tampoco mostraba otros síntomas de un resfriado. ¿Estaría sufriendo algún tipo de enfermedad grave como castigo por haberse retirado a su cuarto los últimos días fingiendo una? «Bah, ni siquiera tú crees en esas cosas —se reprendió—. Solo estás cansada.»

Se dirigió lentamente a la sala de fiestas, desde la que le llegaban los sonidos de un acordeón, las risas y las voces alegres. Se detuvo en la puerta y miró a su alrededor. En el escenario había un hombre mayor tocando un *rørospols*, un baile popular en el que varias parejas giraban en el centro del

salón despejado a un compás de tres por cuatro.

—Por el amor de Dios, ¿qué hace aquí todavía?

Sofie giró la cabeza a un lado y vio a Eline apoyada en la pared junto a la puerta.

—Pensábamos que ya estaba en casa.

—¿Y Silje? —preguntó Sofie—. ¿Sigue aquí?

—Sí, ahí atrás —respondió Eline señalando hacia el otro extremo de la sala—. Me he equivocado; no venía a buscarla a usted. Pero debería marcharse ya y no poner a prueba su suerte.

Sofie asintió como ausente. Había descubierto a su hermana. La expresión en su rostro le produjo un escalofrío. Miraba hacia la pista de baile con los labios apretados y el ceño fruncido. Sus ojos expresaban puro odio. Sofie siguió su mirada hasta la pareja que en ese momento pasaba girando delante de ella: Mathis Hætta y Clara Ordal.

Sofie se llevó la mano al cuello. Su hermana daba la impresión de estar haciendo un esfuerzo inmenso por no abalanzarse sobre ellos. «Si las miradas mataran —pensó Sofie—. Tienen que estar dándose cuenta.» Su mirada volvió a recaer sobre Clara y Mathis, que daban vueltas y giraban al ritmo de un

baile que recordaba a la mazurca, y sintió una punzada al verlos tan absortos en sí mismos. Habría dado cualquier cosa por haber podido unirse con Per al corro de bailarines. Contuvo un suspiro, se dio la vuelta y emprendió el camino a casa.

Røros, diciembre de 1895 – Clara

Clara giraba alrededor de Mathis, o era él quien daba vueltas a su alrededor. Sus pies daban los pasos correctos como por sí solos, a pesar de que desde el borde de la pista de baile le habían parecido complicados. Se dejaba llevar por él, por la suave presión de sus manos, con las que la dirigía, y por el

ritmo de la música, que se había apoderado de sus piernas. Se sentía ligera y libre de toda preocupación. Había olvidado la cuestión de si como viuda en su primer año de luto era apropiado que bailara, y para colmo con un hombre soltero.

Cuando Mathis se lo había pedido, había rehusado automáticamente. Antes de que él pudiera repetírselo, la señora Olsson le había susurrado:

—Un baile al año no hace daño. ¡Dese un capricho inocente! —Acto seguido la había empujado hacia Mathis.

Había objetado que le pondría en ridículo porque no dominaba en absoluto aquel *rørospols*, pero él había

rechazado su protesta con una sonrisa, la había cogido de la mano y se la había llevado al centro de la sala. Desde ese momento, el mundo se reducía a las notas del acordeón y a la coreografía que Mathis y ella ejecutaban juntos.

—Ha sido maravilloso —dijo Clara cuando la música terminó y se detuvieron sin aliento.

—Más que eso. Para mí han sido los minutos más felices que he vivido en mucho tiempo —respondió Mathis—. Concretamente desde el día en que pregunté por una habitación a una joven tímida y muy simpática en la pensión de la señora Olsson.

Clara se sonrojó. Se apartó de él y

balbuceó abochornada:

—Debería marcharme. Los niños tienen que irse a la cama. Mañana tienen colegio y...

Mathis asintió.

—Puedo esperar. El luto no durará para siempre —dijo en voz baja—. Mi corazón siempre te ha estado esperando. Llenas el vacío que hasta ahora nadie ha podido ocupar.

Clara se quedó sin respiración. No se atrevía a mirarlo.

—Lo digo en serio.

Le apretó la mano. Clara levantó la cabeza y sus ojos azul grisáceo le confirmaron sus palabras.

Mathis se acercó a la silla en la que

había dejado la mochila y el abrigo, los recogió y salió de la sala sin darse la vuelta.

Clara lo siguió con la mirada y fue consciente de la sacudida que le había asestado con su declaración. Era como el repicar de una campana, que había transmitido la vibración a su interior y la había inundado de una alegría casi insoportable.

—Gracias —susurró Clara, y dedicó una oración silenciosa a su protectora Adelaida.

La tierra no se paró, siguió girando, y la rutina retomó su viejo trote. A la

mañana siguiente Clara estaba sentada en el despacho como siempre. Le costaba concentrarse en la carta que debía redactar. Estaba sola, ya que el señor Dietz estaba participando en una sesión del tribunal de minas. Los pensamientos de Clara vagaban una y otra vez hacia el baile con Mathis y hacia sus palabras de despedida. Habían sonado tan evidentes como si estuviera declarando un hecho sabido por todos. Por primera vez desde que lo había conocido, Clara se admitió a sí misma que fantaseaba con la posibilidad de que Mathis y ella se convirtieran en un «nosotros».

Y no solo formado por ellos dos.

Paul era una parte importante de esa idea, no un apéndice. Desde el principio había mostrado afecto y confianza hacia Mathis, y la noche anterior, después de la función, lo había saludado con un grito de júbilo. En el cumpleaños del niño, la señora Olsson ya había expresado su convicción de que este veía en Mathis a un amigo paternal, que si bien nunca sustituiría a su padre, sí representaba un papel importante para él desde la primera vez que se habían visto.

Clara apoyó el codo en la mesa, descansó la barbilla en la palma de la mano y miró por la ventana. Las vistas del tejado nevado del edificio de

enfrente y del cielo nublado quedaron eclipsadas por imágenes veraniegas: se vio con Mathis, Paul y Bodil navegando por el Hittersjøen en un bote de remos, haciendo una excursión a las montañas con el carro, paseando por las calles de la pequeña ciudad y cenando con el viejo Gundersen y la señora Olsson junto a la Casa de los Abedules a la luz del sol de las noches de verano.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió sus ensoñaciones. Se sentó erguida, exclamó «¡adelante!» y miró expectante hacia la puerta. El corazón le dio un vuelco. Era Silje Svartstein quien atravesaba el umbral. Se detuvo en el centro de la estancia y miró a su

alrededor con expresión condescendiente. Llevaba un abrigo de color gris antracita con el cuello forrado de piel de zorro negro. El manguito, los guantes de cuero y el sombrero adornado con un pequeño velo y plumas negras también estaban confeccionados con materiales caros y a la moda. Clara encogió los hombros involuntariamente. Con su sencillo vestido negro y los dedos manchados de tinta, seguramente parecía Cenicienta a los ojos de la hermana de Sofie.

«Pero eso es exactamente lo que pretende —oyó decir a su amiga Otilie—. No ha aparecido toda emperifollada una mañana de lunes en una oficina por

casualidad. ¡No te dejes intimidar! Lo importante está en el interior. Y esta golfa seguramente no tenga mucho que ofrecer en ese sentido.»

Fortalecida por aquel diálogo interior, Clara hizo acopio de valor y dijo:

—Buenos días, señorita Svartstein. Si busca al señor Dietz, en estos momentos está reunido. Y no sé cuánto tiempo...

Silje levantó una mano.

—No he venido por él.

—Vaya. Y bien, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó Clara señalando una silla junto a su mesa—. ¿No quiere sentarse?

Silje negó con la cabeza, se cruzó de brazos y miró a Clara con desprecio. La hostilidad que transmitía hizo que Clara se pusiera de pie. Quería estar a la misma altura que aquella mujer, fuera cual fuera el tema que pensaba poner sobre la mesa.

—Solo quiero darle un buen consejo —dijo Silje—. ¡No se interponga en mi camino ni en el de mi padre!

—¿A qué se refiere? ¿Cómo podría yo...?

—No se haga la tonta —siseó Silje.

Clara la miró tranquilamente, respiró hondo y, después de una breve pausa, dijo:

—Me temo que ahí tiene usted razón.

Al parecer no tengo luces suficientes para seguir su razonamiento. Tendrá que ayudarme un poco.

Además de la tensión y el miedo que sentía, Clara percibió un atisbo de malicia en su interior. Al encararse con Silje y obligarla a formular claramente lo que quería decir, sintió que se estaba resarcendo. Aunque las armas estuvieran repartidas de forma desigual y ella no fuera rival para la hija de uno de los hombres más poderosos de Røros, al menos no renunciaría a su amor propio sin luchar primero.

—¡Quítele las manos de encima a mi prometido! —dijo Silje.

Clara levantó las cejas.

—¿Su prometido? ¿Con eso quiere decir que...?

—¡Estoy comprometida con el señor Hætta, sí señora! —acabó Silje la frase en tono triunfal.

Clara buscó apoyo en el respaldo de la silla. ¡No, era imposible! «Está mintiendo, estoy segura», pensó. Miró a Silje directamente a los ojos. Esta parpadeó. Se le formaron dos manchas rojas en las mejillas. Dio un paso hacia Clara y sostuvo el índice derecho muy cerca de su cara.

—Se lo advierto. Si vuelve a meterse donde no le llaman, no saldrá usted bien parada. Y no será la única.

Su tono gélido dejó a Clara

petrificada. «Paul no estaba del todo equivocado al preguntarse si Silje y Sofie realmente eran hermanas —pensó—. Si no lo supiera, jamás lo habría dicho.»

—¿Qué espera de mí? —preguntó.

—Si quiere conservar su trabajo y quiere seguir viviendo en paz con su hijo y la gentuza a la que acoge, manténgase alejada del señor Hætta.

—Yo no me acerqué a él. Fue él quien... —se le escapó a Clara.

Se tragó el resto de la frase. «No lo empeores —se advirtió—. De eso se trata en realidad: Silje se ha enterado de lo que Mathis siente por mí. Y eso es lo que la enfurece.»

—Entonces convénzale de que no tiene ninguna posibilidad con usted — dijo Silje—. ¡De una vez por todas! De lo contrario usted será la responsable de las consecuencias. Y créame cuando le digo que para mi padre será pan comido acabar con usted y con su gentuza.

«¿Como hizo con Sverre Ordal y con su esposa?», estuvo a punto de decir Clara. Cerró los puños.

Silje le miró las manos y dijo en voz baja:

—Y si el destino de esas otras personas no le importa, tenga por seguro que los días felices de Mathis Hætta también estarán contados si comete la estupidez de rechazarme por usted. —

Con esas palabras se dio la vuelta y salió a toda prisa de la estancia.

Clara se dejó caer en la silla y lanzó un gemido. La indignación por la insolencia de Silje dio paso a un miedo que la paralizó. No dudó ni por un segundo que la amenaza iba en serio. Ivar Svartstein y su hija eran de esas personas que siempre imponían su criterio sin miramientos y reconocían enseguida el punto débil de su oponente. Si además había sentimientos en juego, se volvían impredecibles y peligrosos. Silje no dudaría en atacar la debilidad de Clara, las personas a las que quería y de las que se sentía responsable.

Estaba

mareada.

Salió

precipitadamente de la oficina tapándose la boca con la mano y llegó justo a tiempo al retrete del patio para vomitar el desayuno. Cuando regresó al edificio principal, se encontró con el secretario, que acababa de salir de la sala de vistas.

—¡Vaya!, ¿no se encuentra bien? — exclamó observándola preocupado—. Disculpe que sea tan directo, pero tiene usted un aspecto horrible.

Clara se esforzó por sonreír.

—Sí, parece que algo me ha sentado mal.

—¡Pobre! ¿Quiere que llame a un trineo para que la lleve a casa?

—Gracias, es muy amable por su

parte. Pero iré a casa de la señora Olsson y volveré a casa más tarde con los niños, cuando Gundersen los recoja de la escuela.

—Como quiera. Espero que se recupere pronto —dijo el señor Dietz, y se despidió de ella.

Clara cogió el abrigo y se encaminó hacia la pensión. Al verle la cara, la señora Olsson la acompañó al salón sin decir ni una sola palabra, la sentó en una butaca, sacó del aparador una botella con un líquido marrón y le sirvió un vasito.

—Beba.

Clara bebió un sorbo y tosió. El licor de hierbas le quemó la garganta.

Sintió calor en el estómago. El mareo remitió un poco.

—Gracias, era justo lo que necesitaba —dijo.

La señora Olsson sonrió satisfecha y se sentó enfrente de ella.

—¿Qué ha pasado?

Quince minutos más tarde cogió de nuevo la botella, le sirvió otro vaso a Clara, y esta vez otro para sí misma. Había escuchado sin interrumpirla el relato de la visita de Silje al Bergskrivergården, sus sospechas sobre los tejemanajes de Ivar Svartstein en contra de su suegro, y las indagaciones

que había hecho al respecto. De vez en cuando había sacudido la cabeza con incredulidad y había palidecido por momentos. Ahora se bebió el vaso de un trago.

—A lo largo de mi vida he visto muchas infamias y he conocido a muchas personas malvadas —afirmó—, pero Silje y su padre las superan con creces. —Miró a Clara con seriedad—. Siento muchísimo que se haya puesto en el punto de mira de esa familia, aunque haya sido sin querer. Con que solo la mitad de los rumores sobre el viejo Svartstein sean ciertos... —Se calló y se mordió el labio inferior.

Clara se frotó la frente. En el fondo

esperaba que la señora Olsson quitara importancia a las amenazas de Silje y la animara a no dejarse intimidar.

—Me pregunto por qué está tan segura la señorita Svartstein de que Mathis Hætta siente afecto por mí —dijo.

La señora Olsson la miró sorprendida.

—¿Acaso no la vio? Ayer se presentó en el Bekholdtgården después de la función. Pensé que se había dado cuenta.

—No, no la vi —dijo Clara—. Entonces seguramente vio cómo bailábamos Mathis y yo, y sacó sus propias conclusiones.

La señora Olsson asintió.

—La verdad es que no puedo reprocharle que se sintiera celosa. Había que ver cómo la miraba el caballero.

Clara hizo una mueca.

—Ojalá hubiera rechazado su invitación.

—Ay, querida, la señorita Svartstein se habría dado cuenta antes o después de que su corazón late por otra. Si es que no lo intuía ya.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Clara.

—¿Y si se lo cuenta todo al señor Hætta y...?

Clara negó vehementemente con la

cabeza.

—No, ¡de ningún modo! No toleraría que nadie se entrometiera así en sus asuntos y es muy probable que le pidiera cuentas a la señorita Svartstein.

—No sería una mala idea —exclamó la señora Olsson—. ¡Esa jovencita se merece que le canten las cuarenta!

—Puede ser. Pero no ayudaría en absoluto. Sobre todo porque actúa con el consentimiento de su padre —dijo Clara—. En opinión de ellos dos, no solo habría desobedecido sus instrucciones, sino que además habría azuzado a Mathis en su contra. No quiero ni imaginar cuál sería su venganza.

—Disculpe, ha sido una propuesta irreflexiva —dijo la señora Olsson—. Sin duda descargarían toda su ira contra usted.

—Y no solo en mi contra; la señorita Svartstein lo ha dejado muy claro.

Las dos se sumieron en sus reflexiones. En verano la solución habría sido evidente para Clara: habría regresado a Alemania con Paul y habría tratado de salir adelante allí. Sin embargo, desde entonces su vida había cambiado radicalmente. Era dueña de su propia casa, tenía nuevos amigos y un trabajo que le permitía llevar una vida independiente. Su hijo había echado raíces y no solo había descubierto su

talento musical, sino que tenía gente a su alrededor que quería potenciarlo. Si Clara decidiera marcharse de Røros, le arrebataría a su hijo todo aquello, y sobre todo le privaría de su hogar, algo que también afectaría a Gundersen y a Bodil. Además era responsable de la niña mientras su padre estuviera de viaje. Silje Svartstein había identificado a la perfección todo lo que se jugaba Clara: arriesgaría lo que había construido durante los últimos meses y se expondría a un futuro incierto.

—Le escribiré una carta a Mathis y le pediré que se mantenga alejado de mí —interrumpió Clara el silencio—. Le diré que ayer me dejé llevar por el

momento, pero que mi conciencia no me permite siquiera pensar en una boda tan poco tiempo después de la muerte de mi marido, y que... —Se detuvo—. No, eso no bastará. Le escribiré que no siento nada por él. Que lo siento si ayer por la noche se llevó la impresión de que sus sentimientos eran correspondidos. Que por eso quiero aclararle lo antes posible que no es así. Que no sería capaz de fingirlo. Que no se merece que lo trate así, y que será mejor que busque a una mujer digna de él. —Miró a la señora Olsson—. ¿Qué opina? ¿Lo convenceré?

—No lo sé. No creo que el señor Hætta se deje desanimar con tanta facilidad. Querrá oírlo de su boca. Y

dudo que logre engañarlo cara a cara. Es usted demasiado honesta.

Clara se sentó más erguida.

—Entonces tendré que formularlo de forma más drástica. Tiene que creerse mis palabras. Porque en eso tiene usted toda la razón: jamás podría decírselo en persona.

—Querida, ¿está completamente segura de esto? —preguntó la señora Olsson. Las lágrimas le brillaban en los ojos.

Clara asintió y tragó saliva. La compasión de la señora Olsson hizo que su autocontrol se tambaleara.

—Es la única posibilidad que veo —dijo con la voz apagada—. Cualquiera

otra cosa sería irresponsable y sobre todo egoísta. Tengo que anteponer el bienestar de Paul. Se lo prometí a su padre en su lecho de muerte. Y mi hijo no es el único a quien podrían hacer daño los Svartstein si no cumplo con sus exigencias.

La señora Olsson se sacó un pañuelo del bolsillo del delantal y se sonó.

—¡Qué valiente es usted! ¡Ojalá se me ocurriera alguna otra solución! —Le cogió la mano a Clara y se la apretó—. ¡Pero me resisto a perder la esperanza! Y usted también debería. Aún no está dicha la última palabra. Me sorprendería mucho que esa conspiradora conquistara el corazón del

señor Hætta.

Clara dejó caer los hombros.

—Puede que su corazón no. Pero Ivar Svartstein puede allanarle el camino hacia una carrera fulgurante y nombrarlo heredero de la obra de su vida. O hacer todo lo contrario y condenarlo a la miseria si desbarata sus planes. —Miró a la señora Olsson a los ojos y continuó en tono derrotado—: No puedo permitirlo.

—Lo ama de verdad —constató la señora Olsson.

Se levantó y apretó a Clara contra su pecho. «Como lo haría una madre —pensó esta—. La madre que nunca tuve.» No pudo evitar un sollozo. Apoyó la

frente en el hombro de la señora Olsson
y dio rienda suelta a sus lágrimas.

Røros, diciembre de 1895 – Sofie

—¡Quiero que esa bruja desaparezca!

Sofie estaba a punto de entrar en el comedor, donde en breve se serviría la cena, pero se quedó en la puerta, que estaba entornada, y aguzó el oído.

—Sería la solución más sencilla. Y para ti sería un juego de niños —

continuó diciendo Silje.

—Cualquiera que te oyera se asustaría —respondió la voz grave de su padre. Lo dijo con un ligero tono divertido—. Pero te recuerdo que no estamos en el salvaje Oeste, donde despachaban a los enemigos con una bala. ¿O es que quieres que contrate a un asesino?

—No, claro que no. Pero no haría falta más que una palabra tuya para que perdiera su empleo. Al fin y al cabo el secretario de minas es tu subordinado —insinuó Silje.

—No me mires así —oyó Sofie que decía su padre con dureza—. Conmigo no funcionará. Por lo que me has dicho,

ya te has pasado bastante de la raya. Y sin hablarlo conmigo antes.

—Pero también lo hago por ti — protestó Silje.

Al parecer la respuesta fue una mirada severa. A media voz añadió:

—Lo siento. Tendría que haberte preguntado antes. Pero hoy has salido muy temprano de casa, y no quería perder más tiempo, quería poner a raya a esa víbora lo antes posible.

—Esta bien —refunfuñó su padre.

—Bueno, ¿y qué harás? ¿Le ordenarás al señor Dietz que la despida?

—No, lo dejaré como está. Puede que hace un par de meses eso hubiera surtido efecto. Pero ya no será tan fácil

librarnos de esa mala hierba. Ha echado demasiadas raíces aquí.

Sofie sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Sin duda estaban hablando de Clara Ordal. La frialdad y la crueldad con la que discutían la asustaron. Como si la joven madre no fuera una persona, sino un simple obstáculo en su camino.

—Entonces ocúpate de que metan a esa canija gitana en un orfanato, que en mi opinión es donde debería estar. O mejor aún, haz que la señora Ordal pierda la custodia de su propio hijo. Como papista ejerce una mala influencia sobre él, y no lo educa en la fe protestante. Seguro que se puede hacer

algo.

—¡Vayamos por partes! No sirve de nada matar moscas a cañonazos — respondió su padre—. ¡Al contrario! Si acorralas a cierta gente, el tiro puede salirte por la culata. Apenas conozco a la señora Ordal, pero tengo la impresión de que bajo toda esa contención y dulzura hay una luchadora.

—¿No la admirarás, verdad? — preguntó Silje.

Sofie no tuvo que hacer ningún esfuerzo para imaginarse su gesto de indignación.

—Reconozco que me infunde cierto respeto —dijo su padre—. Además, considero que intentar expulsarla de

aquí es la táctica equivocada. Ya le has mostrado nuestras armas, las utilizaremos más adelante si es necesario. Por el momento creo que los recursos pacíficos serán suficiente.

—¿Y cuáles son?

—Me encargaré de que Mathis no tenga ocasión de encontrarse con la señora Ordal en un futuro próximo.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó Silje—. Aquí es imposible no verse a menudo.

—Es cierto, por eso dará clases como profesor invitado en el Instituto Técnico de Trondheim durante una temporada.

—¿Cómo dices? ¡No sabía nada de

eso!

Un carraspeo asustó a Sofie. El ayuda de cámara Ullmann estaba detrás de ella con una bandeja en la que llevaba una sopera.

Sofie murmuró una disculpa, entró en el comedor delante de él y observó a su padre y a su hermana con una sensación desagradable. Aún no los había visto ese día, y se preguntó temerosa si ya se habrían enterado de su actuación en el teatro obrero. Puede que Silje no la hubiera visto en persona en el Bekholdtgården, pero puede que alguno de los espectadores le hubiera comentado algo sobre ella. O que su padre hubiera oído algo a través de un

conocido o un compañero de negocios.

Después de que Sofie se sentara junto a su hermana, Ullmann sirvió un sabroso caldo de carne en el que nadaban dados de zanahoria y apio. Silje seguía sus movimientos pausados con una impaciencia apenas disimulada. ¿Estaría deseando denunciar la aventura de su hermana pequeña en cuanto volvieran a estar solos? Sofie cogió su servilleta con torpeza y se la extendió en el regazo. Al mismo tiempo miró de reojo a Silje y trató de descifrar su expresión. Parecía disgustada, casi indignada. Sofie tragó saliva y se preparó mentalmente.

En cuando Ullmann salió de la

estancia, Silje se dirigió a su padre.

—¿Quieres mandar a Mathis lejos de aquí? No lo entiendo. ¿Entonces cómo voy a...?

Ivar Svartstein le lanzó una mirada severa.

—Si me permites, primero me gustaría tomar la sopa con tranquilidad.

Silje estuvo a punto de replicar, pero tras un breve titubeo bajó la cabeza y cogió la cuchara. Durante un par de minutos reinó el silencio, roto únicamente por el suave tintineo de las copas, el murmullo de las servilletas de lino almidonadas y el tictac del reloj. Sofie, que al entrar en el comedor no sentía hambre por miedo a una situación

desagradable, se comió el delicioso caldo con apetito. ¡No la habían descubierto! Su secreto no había salido a la luz. Al parecer Silje no había tenido ojos más que para Clara Ordal y Mathis la noche anterior, y no había hablado con nadie del público.

Cuando Sofie se terminó el plato, se inclinó hacia Silje y, con un gesto de ignorancia que esperó que resultara creíble, susurró:

—¿Adónde van a mandar a Mathis?
¿Y por qué?

—Padre dice que impartirá clases como profesor invitado en el Instituto Técnico de Trondheim. Pero no sé decirte por qué —respondió Silje

mirando de reojo a la cabecera de la mesa, en la que su padre se recostaba en ese momento y bebía un sorbo de su copa de vino.

—¿No es evidente? —dijo él—. Hasta el momento está claro que la ofensiva de tus encantos no ha surtido el efecto deseado. Llegados a este punto, no tiene sentido seguir insistiendo. Pero también sería una imprudencia dejarlo cerca de tu rival. La ocasión hace al ladrón.

—Pffff —resopló Silje—. ¡Rival! Ni siquiera sé qué ve en esa pavisosa. Seguramente apela a su instinto protector y finge ser una dama en apuros que necesita su ayuda.

A su hermana pequeña casi se le escapa que Silje cometía un error juzgando a los demás y suponiendo que Clara tenía tan pocos escrúpulos como ella. Sofie no conocía a nadie menos calculador que la madre de Paul. Clara no caería ni en sueños en los juegucitos que tanto le gustaban a Silje. Esta en cambio no parecía poder imaginar que seguramente aquella fuera una de las características que Mathis apreciaba en la joven viuda.

Sofie se volvió hacia su padre y le preguntó:

—¿Cómo se te ha ocurrido la idea de que Mathis dé clases? ¿Acaso le gusta?

—Sí, dice que podría imaginarse dedicándose a ello —respondió—. De todos modos no es todo de mi propia cosecha, la propuesta la hizo el funcionario Grundt, de Trondheim, a quien le corresponde el directorado de nuestra empresa de cobre. El año pasado se hizo cargo además de la presidencia del consejo del instituto. En la última reunión de socios aquí en Røros le presenté a Mathis, y Grundt le preguntó si no le apetecería compartir con los estudiantes en alguna ocasión la experiencia que había acumulado en la construcción de las centrales del Niágara, y ofrecerles un aperitivo de los últimos avances técnicos.

—Y esa ocasión se presenta ahora
—dijo Sofie.

Su padre asintió.

—Es el momento perfecto. En realidad no necesitamos a Mathis aquí, los proyectos para el año que viene ya están decididos y las obras no podrán retomarse hasta la primavera. Así que nada impide que pase allí varias semanas. —Se frotó las manos con expresión satisfecha—. Y no está de más saber que el funcionario Grundt me deberá un favor si le presto a mi ingeniero.

La conversación se interrumpió al aparecer Ullmann, que recogió los cuencos vacíos y sirvió el plato

principal (filetes de halibut al horno con mantequilla de perejil y patatas cocidas). Sofie contempló los reflejos de la luz sobre la mesa, proyectados por las facetas talladas de la jarra de agua, y pensó en Per.

Por un momento se imaginó cómo habría sonado aquella conversación desde su punto de vista. Sofie apretó los labios. Solo de pensarlo sentía una inmensa vergüenza. ¿Qué opinaría sobre los temores y las intrigas de Silje? ¿O sobre las reflexiones tácticas de su padre, que buscaba su propio beneficio en cualquier situación y consideraba que molestarse porque alguien mezclara los sentimientos y los negocios no era más

que un arrebatado de sentimentalismo? Per seguramente sonreiría burlón y se reafirmaría en su convicción de que la formación superior y la enseñanza refinada de las que tanto se enorgullecían los miembros de la alta sociedad no eran más que una fina capa de barniz bajo la que se ocultaban la misma brutalidad y crueldad que se achacaba a las personas más humildes. Seguramente también comentaría que a los trabajadores de su entorno les encantaría tener que lidiar con esos problemas, sobre todo en un salón caldeado con buena comida y la perspectiva de una cama confortable.

Al pensar en su propia cama, Sofie

no pudo contener un bostezo que rápidamente ocultó detrás de su servilleta. Desde hacía días luchaba contra un cansancio que ella atribuía a las muchas horas en vela por los nervios previos a la función. Esa mañana se había levantado tarde después de un largo reposo nocturno, pero unas horas más tarde volvía a sentir sueño.

Después de comer, la familia se separó: Silje se reunió con varias damas para planear el banquete de beneficencia que se celebraba todos los años antes de Navidad. Tras la muerte de su madre, a la hermana de Sofie se le había exigido que se hiciera cargo de su papel y se implicara en los preparativos. Ivar se

trasladó al salón de fumar, y Sofie quería retirarse a su cuarto a leer. Cuando pasó por delante de la habitación de los caballeros, oyó que su padre la llamaba. Se detuvo y fue donde él. Había sacado un habano de una cajita y estaba cortando la punta con unas tijeras para puros. Al ver la sencilla herramienta que se había comprado en agosto después de perder su cortapuros, Sofie recordó que se había hecho con él la noche anterior y aún debía averiguar cómo había acabado en la finca del aserradero de Sverre Ordal.

—Por lo que he oído, ocultas talentos insospechados —dijo su padre—. El secretario Dietz me ha felicitado

antes por tu éxito y no tenía más que elogios para tu actuación de ayer por la tarde.

Sofie se quedó de piedra. «Te has alegrado antes de tiempo», pensó. No se atrevía a mirarlo.

—Eh, yo... me pidieron que sustituyera a... y... —balbuceó.

—Me gusta que tomes la iniciativa por tu cuenta y te involucres —dijo su padre.

Sofie levantó la cabeza. Ivar le sonrió, se encendió una cerilla, la acercó a su puro y se recostó en la butaca con un gruñido de satisfacción. Sofie salió del salón aturdida. Contaba con que su padre le echara un sermón, y

en cambio la había despachado con un halago. Aliviada, corrió escaleras arriba.

En su habitación se cambió el vestido y el corsé por un camisón cómodo, se acurrucó en la butaca con las piernas recogidas y abrió el libro que había adquirido unos días antes: *La máquina del tiempo*, del inglés Herbert George Wells. El señor Amnéus le había lanzado una mirada de asombro a través de sus gafas redondas sin montura. Era evidente que su elección le extrañaba. A Sofie no le sorprendió, ya que efectivamente era muy diferente a los libros que solía comprarle.

El director de la escuela Ole Guldal

le había recomendado a Per esta novela breve recién publicada, que analizaba el lado oscuro de la industrialización centrándose en las injusticias sociales. El autor mostraba una opinión crítica hacia el glorificado progreso y prevenía contra la creación de una clase trabajadora sin nombre ni derechos que se matara a trabajar en las fábricas para aumentar la riqueza de una clase alta insaciable.

Sofie hojeó por encima la introducción, en la que se reflexionaba largamente sobre el espíritu de los tiempos, y viajó con el protagonista anónimo del relato al año 802701. En ese futuro lejano, la tierra se había

convertido en un lugar idílico cuyos habitantes humanos, los pacíficos Eloi, llevaban una vida libre de guerras, hambre, trabajo u otras penurias similares, mientras que unas máquinas antiquísimas les suministraban alimento y ropa.

Las apariencias engañaban. Pocas páginas después Sofie se sumergió fascinada y al mismo tiempo horrorizada en un mundo de todo menos paradisiaco: bajo tierra vivían los Morlock, unas criaturas simiescas que por la noche se arrastraban a la superficie a través de unos pozos y salían a cazar para alimentarse precisamente de esos Eloi que eran los descendientes de la clase

alta. Milenios de ocio habían causado tal degeneración en estos últimos, que habían perdido toda iniciativa y estaban completamente a merced de sus enemigos. Los Morlock no se presentaban como la maldad absoluta, sino como unos personajes condenados por partida doble: sus antiguos amos los habían esclavizado y se habían visto forzados a vivir bajo tierra; y en ese exilio involuntario se habían envilecido hasta transformarse en los caníbales primitivos y sedientos de sangre que eran ahora.

Sofie había llegado al punto en que los Morlock daban caza al viajero en el tiempo cuando un hormigueo en la tripa

la distrajo. Se quedó inmóvil. Volvió a sentirlo. ¿Qué era eso? Nunca había notado nada parecido. La sensación era diferente a la de aquello que había supuesto en un principio: aires, como se llamaba con vergüenza a las flatulencias y a otros sonidos del proceso digestivo. Era más delicado, como un aleteo. Sofie se puso la mano en el vientre y se quedó de piedra. ¿Eran imaginaciones suyas o estaba un poco abultado? Se levantó, se colocó delante del espejo del tocador, se levantó el camisón y contuvo el aliento. Debajo del corpiño se dibujaba una ligera curva. Sofie volvió a dejar caer la tela.

«No, no, ¡no es posible! —gritó en

silencio—. ¡No puede ser!»

«Pero sí que es posible —le respondió una voz—. El periodo se te ha retrasado mucho.»

«¿Y qué? Después de que madre muriera también pasé varias semanas sin sangrar. Además, ¿no dicen que la mayoría de las mujeres tiene náuseas al principio del embarazo? Yo no me he encontrado mal ni un solo día. Y tampoco he tenido antojos extraños de comidas que por lo general no me gustan.»

«¡Eso no quiere decir nada! No todas las mujeres reaccionan de la misma manera, lo sabes perfectamente.» Sofie se rodeó el cuerpo con los brazos

y caminó de un lado a otro de la habitación. Recordó la mirada escrutadora del doctor Pedersen unos días atrás. Cuando la había visitado por su supuesto resfriado, al despedirse había notado algo que había descartado por considerarlo imposible. Y Eline, que se encargaba de su colada, le había preguntado avergonzada una vez por unas prendas «más sucias de lo normal» y le había dicho que se las dejara a ella, que al fin y al cabo limpiarlas formaba parte de su trabajo.

Sofie se detuvo delante de la ventana y contempló la oscuridad, que había envuelto la pequeña ciudad hacia las tres de la tarde. El cielo seguía nublado,

hacía días que no se habían dejado ver ni el sol ni las estrellas. «Piensa —se ordenó Sofie—. ¿Desde cuándo tienes retraso?» Su cita funesta con Moritz había tenido lugar a mediados de agosto. Suspiró aliviada. Se había equivocado, no estaba embarazada. En septiembre y octubre había estado indispuesta; el periodo había sido más corto y más escaso de lo habitual, pero en su caso siempre variaba.

«No te creas a salvo todavía —volvió a decir la voz de la duda—. Al parecer hay casos en los que eso no es determinante.» Se obligó a respirar con tranquilidad y a reflexionar. Solo podría estar segura si la examinaba un médico o

una comadrona. Sin embargo, en su fuero interno Sofie ya sabía la verdad: ¡estaba esperando un niño!

Se apartó de la ventana, se tiró en la cama, se acurrucó y enterró la cabeza en el cojincito que decoraba la colcha.

—¡Ay, *mamma!* —sollozó—. ¿Por qué no estás aquí para decirme qué debo hacer? ¡Tengo mucho miedo!

Røros, diciembre de 1895 – Clara

Cuatro días después de la función, cuando Clara entró en la habitación de los niños para despertarlos, la recibieron tosiendo y sorbiéndose por partida doble. La noche anterior Paul ya se había quejado de dolor de garganta. Por la noche se había extendido el resfriado. Para alivio de Clara, ninguno

de los dos tenía fiebre alta. Se preguntó un instante si debía quedarse en casa y cuidarlos. La ocasión le venía que ni pintada. Desde que Silje se había presentado en la oficina, lo único que quería hacer Clara era encerrarse y no ver a nadie.

Había escrito la carta para Mathis el mismo lunes por la noche, después de hablar con la señora Olsson. Al día siguiente Gundersen la había entregado en el Proviantskrivergården. Clara aún no había recibido respuesta. Su lado sensato la felicitaba por la capacidad de persuasión con la que parecía haber escogido las palabras para explicarle a Mathis que a partir de ese momento

debía mantenerse al margen de su vida. Sin embargo, su corazón estaba decepcionado, y contra toda razón, deseaba que le hiciera llegar una señal. Un intento de persuadirla, la promesa de someterse a los Svartstein por el momento, pero no para siempre.

Clara se sentía herida y por las noches lloraba hasta conciliar el sueño. Durante el día se esforzaba por mostrar una apariencia alegre, o al menos neutral, y llevar a cabo sus tareas a conciencia, algo a lo que dedicaba mucha energía. La idea de no ir a trabajar era tentadora. Al mismo tiempo sospechaba que si no se mantenía ocupada, su desesperación sería aún

mayor. Más tiempo para pensar era lo último que necesitaba en ese momento. Cuando no tenía distracciones, se torturaba preguntándose si Dios la estaría castigando y negándole la bendición de una vida feliz. ¿Le guardaría rencor por llevar tantos meses sin confesarse y sin comulgar?

—¡Hija, no te sientas culpable! — solía advertirle la hermana Gerlinde en los momentos difíciles—. Dios no está siempre pendiente de esos rituales ni castiga las faltas con venganzas mezquinas. No, si lo mantienes en tu corazón, te dará fuerza para superar estos momentos complicados. Y recuerda que la felicidad es una

compañera voluble.

Acariciaba la mejilla de Clara y citaba un poema de Heinrich Heine guiñándole un ojo:

*La suerte es una mujerzuela,
no quiere quedarse en un solo
lugar.*

*Te aparta el pelo de la frente,
te besa deprisa y volando se va.*

*Mas, al contrario, doña Desgracia
te tiene abrazado con amante
firmeza.*

*Te dice que no tiene prisa,
se sienta a tu cama y hace
calceta.******

Clara sonrió al recordar a su antigua mentora y se remangó el vestido. Encendió la estufa de su dormitorio, arrastró los colchones de la habitación de los niños, que aún no tenía su propia fuente de calor, y preparó un campamento para los enfermos. Mientras la sémola de avena matutina hervía a fuego lento, preparó una infusión de cebolla picada y cristales de azúcar. Cuando estos se disolvieron, coló el denso jarabe y le pidió a Gundersen que les diera a los niños una cucharada tres veces a lo largo del día. Él le aseguró que lo haría encantado y le prometió que cuidaría de los dos.

Sin embargo, le quitó de la cabeza la

idea de ir caminando a la ciudad como excepción para que los niños no se quedaran solos. Zanjó la discusión diciendo que no dejaría que nadie con aspecto de poder desmayarse en cualquier momento anduviera solo por ahí, y le insistió en que se abrigara más de lo habitual. Estaba convencido de que a lo largo del día despejaría, y que se avecinaban fuertes heladas. En vista de las nubes que esa mañana también cubrían pesadas el paisaje, Clara se preguntó por qué estaba tan seguro. Ella no veía ningún indicio de que el tiempo fuera a cambiar.

En el descanso del mediodía se acercó rápidamente al edificio de la

escuela para avisar a Sofie Svartstein de que Paul no iría a clase de música. Y no solo ese día por estar enfermo. No volvería hasta nuevo aviso. Clara se había debatido intensamente antes de tomar la decisión. Le repugnaba arrebatarse a su hijo esas horas que siempre esperaba con impaciencia. Pero por otro lado, después del incidente con Silje le había quedado claro que sería una imprudencia para con su hermana que Paul siguiera recibiendo sus clases. Sofie corría el riesgo de enfrentarse con su familia, si es que eso no había sucedido ya.

Clara se encontró a Sofie sentada en la banqueta del armonio, que después de

la función de teatro habían devuelto a la sala de ensayos. Estaba ensimismada y reaccionó con retraso a los golpecitos que Clara dio en la puerta. Cuando se volvió hacia ella, se asustó. Sofie estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos y hundidos, y no se parecía en nada a la criatura floreciente que Clara había visto sobre el escenario.

La muchacha se levantó, metió un papel doblado en el bolsillo de su chaqueta y se acercó a ella. La consternación le cambió la expresión.

—¡Señora Ordal! ¿Qué ha pasado?
—exclamó mientras Clara preguntaba al mismo tiempo:

—Señorita Svartstein, ¿le preocupa

algo?

Enmudecieron, se miraron y no pudieron evitar una risita.

—Creo que hoy no necesitamos ningún espejo para comprobar el aspecto que tenemos —dijo Sofie.

—Es cierto. Basta con mirar el rostro de la otra —respondió Clara.

Sofie frunció el ceño y miró hacia la puerta.

—¿Dónde está Paul? Hace mucho que ha sonado el timbre. ¿No le habrá pasado nada, verdad?

—No, solo se ha resfriado y está en casa, en la cama —contestó Clara.

—Es muy amable por su parte haber venido expresamente a avisarme.

—Cómo no. De todos modos quería hablar con usted —dijo Clara, y acercó una silla a la banqueta del armonio—. Le estoy infinitamente agradecida por haber dedicado su tiempo a Paul y haberle enseñado tanto.

—Habla usted en pasado —constató Sofie, y tomó asiento.

—Sí. Porque no quiero que tenga problemas por mi culpa.

Clara vio que Sofie tragaba saliva.

—Lo siento mucho —murmuró—. Yo tampoco sé qué mosca le ha picado a mi hermana... —Agachó la cabeza.

—¡No se sienta culpable, por favor! —exclamó Clara, se inclinó hacia Sofie y le apoyó una mano en la rodilla—. No

se me ocurriría cometer el error de considerarla a usted responsable también. A estas alturas la conozco demasiado bien para eso. Su amistad significa mucho para mí. Y precisamente por eso creo que lo mejor será que Paul deje de venir a sus clases por ahora. — Enmudeció y añadió en voz baja—: Se entristecerá mucho. Y espero que la situación se calme pronto. En cuanto el señor Hætta pida la mano de su hermana... —Le falló la voz.

Sofie levantó la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es usted muy buena persona. ¡Ojalá pudiera ayudarla!

—Esas palabras ya significan

muchísimo para mí —respondió Clara—. Pero sea sincera: ¿ha sufrido ya dificultades por nuestra culpa? Seguro que ni su hermana ni su padre aprueban que esté enseñando a tocar el armonio a mi hijo y...

—No, no se preocupe, ninguno de los dos lo sabe —la interrumpió Sofie.

—¿Y qué es lo que la angustia entonces, si me permite la pregunta?

Sofie apartó la mirada y se puso tensa. Se le veía pensar concentrada.

—No, no puedo —musitó finalmente, y se levantó de un salto—. Disculpe —le espetó, y salió rápidamente de la estancia.

Clara la siguió con la mirada. ¿Qué

la habría perturbado tanto? ¿Sería que no soportaba su presencia porque le recordaba el vergonzoso comportamiento de su hermana? «No, seguro que no tiene nada que ver contigo», se replicó a sí misma. Seguramente la señora Olsson tuviera razón y el padre de Sofie se oponía totalmente a un enlace con Per Hauke. Desde su punto de vista no sería de extrañar, ya que al fin y al cabo el joven era un «simple» obrero. Era extraño que Sofie siempre se enamorara de los candidatos inadecuados. «Espero que sus sentimientos hacia Per no sean muy profundos —pensó Clara—. Quizá me equivoque, y no fuera más que un

arretrato fugaz propiciado por la obra de teatro.»

Se levantó y se puso en camino hacia el colmado, donde debía hacer un par de compras y del que le recogería Gundersen con el trineo. La predicción del hombre había resultado ser cierta. Reinaba un frío cristalino, las nubes se habían disipado y en el cielo brillaban las primeras estrellas. Cuando llegaron a la Bjørkvika, el gélido aire de la marcha había dejado a Clara helada, de manera que se apresuró a entrar en la casa mientras Gundersen desenganchaba a la yegua y la llevaba al establo.

Paul y Bodil estaban tumbados en sus colchones como les había dicho, y

según Gundersen habían dormido casi todo el día. Entremedias este había calentado el caldo que Clara había preparado y se había encargado de que bebieran mucho. Clara decidió mantener también esa noche el campamento de los niños en su habitación, donde podría tenerlos vigilados y mantener una temperatura cálida constante. En la farmacia Löwen había comprado un frasco de bálsamo de alcanfor con el que les frotó el pecho. Los aceites esenciales, que despedían un intenso aroma similar al eucalipto, debían despejar las vías respiratorias y aliviar los ataques de tos que sufrían los dos niños. Cuando llegó el turno de Bodil,

Clara comprobó asustada que tenía mucha fiebre. Le preparó unas compresas frías con la esperanza de que le bajara.

Cuando tapó a Bodil y le acarició la frente, la niña le cogió la mano y murmuró:

—¿Me cantas la canción de las estrellas, *daj*?

—*Daj*? —Clara miró a Paul con gesto interrogante.

—En su idioma eso significa «madre» —susurró él.

A Clara se le hizo un nudo en la garganta. Ese gesto confiado de Bodil despejó un poco el velo gris que le ensombrecía el ánimo desde hacía

varios días. Se agachó junto al colchón de la niña y entonó la primera estrofa de la canción que ya solía cantarle a Paul para dormir cuando aún era un bebé. Bodil no entendía la canción al pie de la letra, pero le encantaba la melodía y su mensaje de consuelo:

*¿Sabes cuántas estrellitas
brillan en la bóveda azul?*

*¿Sabes cuántas nubes recorren
el mundo entero?*

*Dios Nuestro Señor las ha contado
para que no falte ninguna
y el cielo esté completo.*

Más tarde, cuando Clara estaba

recogiendo la cocina y amasando el pan que hornearía al día siguiente, oyó que alguien llamaba a la contraventana. Se limpió las manos enharinadas en el delantal y fue a ver quién la visitaba tan tarde.

—*Hei*, Clara —dijo una voz familiar.

Clara se asomó hacia fuera y distinguió a Siru, que estaba delante de la ventana con su amplio abrigo.

—Buenas noches —respondió—. Un momento, por favor, le abro... eh... te abro la puerta.

A Clara seguía costándole tutear a Siru. La mujer le infundía algo que solo acertaba a describir como respeto. La

pastora, a la que no le importaban las normas del decoro ni los buenos modales, irradiaba tal seguridad en sí misma que a ojos de Clara eso la hacía un poco inaccesible; una sensación acentuada por su silencio acerca de su propia vida. Al mismo tiempo era atenta y cariñosa.

—No, sal tú —dijo Siru—. Quiero enseñarte algo.

Clara se había acostumbrado a no cuestionar sus escuetas instrucciones. Asintió, cerró la ventana y echó un vistazo a los *Flutschmoppen* que había metido en el horno después de preparar la cena. Las bolitas aplastadas, un típico dulce de Navidad renano, estaban

doradas y olían a clavo, canela y cardamomo. Clara sacó la bandeja del horno, la dejó sobre la superficie del fregadero, salió al pasillo, se puso las botas forradas y se echó el abrigo encima. Siru la estaba esperando en la puerta, y se le adelantó hacia el otro lado de la casa. Señaló el horizonte sin decir una sola palabra. A Clara se le escapó un «¡oh!» Se le aceleró el corazón.

Sobre ella se extendía el firmamento, lleno de incontables estrellas. Debajo de ellas colgaba un telón traslúcido de color verde que se movía lentamente, se recogía en una espiral y se desvanecía en la nada de la

que había surgido. Un instante después se formaron nuevas franjas, que en un primer momento no eran más que delicados velos de niebla que en cuestión de segundos crecieron y se convirtieron en arcos de colores que se extendieron por el cielo y lo iluminaron. Por momentos, aquellos arcoíris de la noche, como los había bautizado Clara, descendían tanto hacia la tierra que estaba tentada de estirar la mano y tocarlos antes de que volvieran a desaparecer en la oscuridad.

Clara se santiguó. Nunca antes había sido tan consciente de lo diminuta e insignificante que era su existencia en comparación con el universo como ante

aquel espectáculo. Lo bello e inexplicable de aquel fenómeno la colmaban de humildad.

—Son auroras boreales, ¿verdad?
—rompió el silencio un rato después.

Siru asintió.

—En Laponia se dice que las almas de las vírgenes fallecidas bailan ahí arriba. Aquí en el sur creemos que son cristales de nieve que los zorros se sacuden del pelaje. —Sonrió burlona y continuó—: Seguro que mi hijo podría darte una explicación científica.

Clara la miró sorprendida. Era la primera vez que Siru mencionaba a un hijo. Había supuesto que era una mujer solitaria sin familia.

—¿Están mejor los niños? — preguntó Siru antes de que Clara pudiera ahondar en el tema.

—¿Cómo sabes...?

—Hoy por la mañana no iban en el trineo. Todavía no son vacaciones. Así que he pensado que estarían enfermos.

Clara se habría sentido incómoda e intranquila si hubiera sabido que cualquier otra persona los estaba observando. Pero en el caso de Siru no le resultaba en absoluto amenazador. Al contrario, se sentía protegida, por muy increíble que sonara.

—Sí, Bodil está especialmente mal —respondió—. Tiene mucha fiebre.

Siru abrió la bolsa de cuero que

llevaba colgada al hombro como de costumbre y sacó una bolsita de tela.

—Prepárale esto.

Clara la abrió y asintió. Reconoció las hojas ovaladas secas. La hermana Gerlinde siempre tenía una reserva de ellas en su botiquín. Era trébol de agua, una planta acuática de flores blancas a la que se atribuían muchos poderes curativos. La monja solía preparar una infusión que administraba a sus pupilas cuando sufrían indigestiones. Clara hizo una mueca al recordar su sabor amargo. En cualquier caso, el brebaje siempre les curaba el dolor de estómago.

—Muchas gracias —dijo—.

Siempre nos cuidas y te preocupas por

nosotros.

Siru hizo un gesto de modestia con la mano y se dio la vuelta para marcharse. Clara se interpuso en su camino sin pensarlo.

—Tu hijo. ¿Vive cerca? ¿Lo ves de vez en cuando?

Siru la miró a los ojos con semblante impasible. Clara le aguantó la mirada. Estaba firmemente decidida a averiguar más cosas sobre la visitante misteriosa.

—Sí, desde hace un par de meses —respondió tras un breve silencio—. Me mudé aquí por él.

—¿Puedes contarme cómo se llama y a qué se dedica? ¿Tiene mujer e hijos?

—Todavía no, pero se casará el año que viene.

—Oh, qué bien —dijo Clara—. ¿O acaso no lo apruebas? —añadió, confundida por las respuestas monosilábicas de Siru.

—Sí, sí, claro. Estoy muy contenta incluso. —Una sonrisa casi imperceptible se asomó a las comisuras de sus labios—. Al fin y al cabo tengo delante a la novia.

***** Heinrich Heine, *Antología poética*,
Balzer, Berit (trad.), Ediciones de la Torre, Madrid,
1995.

Røros, diciembre de 1895 – Sofie

Tras el encuentro con Clara Ordal, Sofie había huido de la sala de ensayos a la biblioteca y se había encerrado allí. Necesitaba un lugar para pensar en paz. La madre de Paul la había sorprendido leyendo la primera carta de Per desde Christiania, que había llegado esa mañana con el correo. Antes de eso

había tratado de expulsar a Per de sus pensamientos en la medida de lo posible. El recuerdo de la ligereza y la alegría desmesurada que había despertado en ella su declaración de amor era demasiado doloroso. Sofie estaba convencida de que jamás volvería a sentirse así.

Su desesperación se acentuó al leer las entusiastas palabras de Per acerca de sus primeras impresiones de la capital y su pena por no poder explorarla junto a ella. Él le escribía desde un mundo en el que ella ya no tenía cabida. Un mundo en el que imperaban la franqueza y la sinceridad, el afecto y la consideración. La calidez de las palabras con las que se

reafirmaba en su vínculo y le expresaba lo mucho que la añoraba le partió el corazón. Debía decirle la verdad, se lo debía; sobre todo a él, que siempre le había sido sincero y leal. Al mismo tiempo sabía que no sería capaz de reconocer su paso en falso y las consecuencias fatales a las que se enfrentaba ahora. Sentía demasiada vergüenza. Había caído en desgracia. Había sido muy ingenua al pensar que saldría ileso de todo aquello.

Sofie se sentó en el borde de la mesa en la que estaba el libro de préstamos. «¿Y si lo haces desaparecer?», susurró una voz en su interior. Pensó en los comentarios cuchicheados acerca de

mujeres que intentaban deshacerse del fruto no deseado de su vientre con caídas intencionadas, fuertes laxantes o incluso con agujas de tejer. Involuntariamente se rodeó el cuerpo con los brazos. No, era demasiado peligroso. No quería ni imaginar que pudiera sucederle lo mismo que a la doncella de un socio de su padre. Esta se había quedado embarazada del hijo de su señor. Para que no la despidieran en el acto, había conseguido unos polvos de brotes de sabina. El aceite esencial de esta mata emparentada con el enebro, que también se conocía como sabina rastrera, provocaba fuertes sangrados y se utilizaba como método abortivo

desde la Antigüedad. Al parecer la doncella se había aplicado una dosis demasiado alta y se había desangrado entre horribles convulsiones.

Al temor a envenenarse o a sufrir otros daños se le sumaba el miedo al deshonor que acarrearía sin duda un intento fallido de aborto. No solo por parte de la familia y de la sociedad. La acusarían y la llevarían ante los tribunales. Estaba terminantemente prohibido abortar un niño. «Padre me mataría —pensó Sofie—. Y Silje lo ayudaría. Si deshonro a la familia y desato un escándalo, no podré contar con su apoyo ni su piedad.»

Se desplomó y miró fijamente el

suelo sin ver nada. Unos instantes después sintió el burbujeo en el vientre que provocaba el niño al moverse, que ya se había convertido en una sensación familiar. Sofie se acaloró. ¿Cómo había podido plantearse durante un segundo siquiera librarse de aquella criatura inocente y matarla? El bebé no tenía la culpa de las circunstancias de su concepción. ¡Debía mantenerlo a salvo y hacer todo lo posible por protegerlo de las injusticias!

Sofie se levantó de un salto. «¡Piensa! —se ordenó—. «¿Qué opciones tienes? ¿Qué te aconsejaría madre?» Al pensar en ella no puedo evitar lamentarse.

—Ay, *mamma*, ¿por qué no estás aquí? —susurró, y en silencio añadió: «¡Te necesito! Eres la única que me ayudaría. Tú no permitirías que le sucediera nada a tu nieto. Y a mí tampoco me apartarías de tu lado.»

Caminó hasta la ventana, dio media vuelta, regresó, se volvió, y así una y otra vez. Finalmente se detuvo y clavó la mirada en los lomos de los libros que tenía enfrente, en la estantería. A la altura de los ojos había varias obras de literatura de viajes.

Podría emigrar. A América, como el tío Lars.

«Ni siquiera podrías pagar el pasaje —replicó una voz burlona—. ¿Y de qué

vivirías allí? Dicen que en el Nuevo Mundo es fácil salir adelante, e incluso hacerse rico. Pero seguro que no es así para una madre soltera sin formación. ¿O acaso quieres caer aún más bajo y prostituirte?»

«¡No, preferiría morir! De hecho, ¿no sería esa la mejor solución? Para mí y para el niño, que tendría que sufrir de por vida la vergüenza de haber nacido fuera del matrimonio. ¿No sería mejor ahorrarle ese destino? ¿Y ahorrarme yo la humillación que sin duda me espera como mujer desflorada?»

Sofie se imaginó su cuerpo flotando inerte en unas aguas oscuras y profundas. Libre de toda preocupación.

Una idea tentadora.

«Solo hay un pequeño problema — comentó la voz sarcástica—. Tendrías que esperar a la próxima primavera, a que los lagos se deshielen.»

«Entonces me envenenaré. O me ahorcaré. Hay muchas opciones para quitarse la vida.»

Sofie se llevó las dos manos a la cabeza y se apretó las sienes.

«¡No puedes pensar así ni en broma! ¡Es pecado! Estarías condenada para siempre.»

«¿Y qué? ¿No lo estoy ya? Te sepultarían en tierra no consagrada, sin oraciones fúnebres ni preces.»

Al darse cuenta de que si se

suicidaba no descansaría en el panteón familiar junto a su madre, Sofie recobró el juicio. Le costaba respirar, así que abrió la ventana de golpe y asomó la cara al frío viento que soplaba hacia ella. Tras un par de respiraciones se calmó un poco. Imaginó el rostro de su madre y supo lo que debía hacer. Cerró la ventana, se sentó a la mesa y abrió el cajón en el que estaban los lápices y el bloc de notas en el que apuntaba las reservas y las propuestas de los lectores para la compra de nuevos libros. Lo puso en la mesa, afiló un lápiz y comenzó a escribir:

Røros, jueves 5 de diciembre de 1895

¡Querido Moritz!

Se atascó. Le parecía impropio tratar de «querido» al hombre que la había seducido y después la había dejado tirada. Sofie tachó la palabra.

¡Hola, Moritz!

Hoy me dirijo a ti como hombre de honor. Nuestra cita en la casa del servicio del Proviantskrivergården ha tenido sus consecuencias. Desde hace unos días tengo la certeza. Nadie sospecha nada sobre mi estado aún, pero no podré ocultarlo durante mucho más tiempo.

Entonces me lo aseguraste con

estas mismas palabras: «En ningún caso querría que su reputación quedara en entredicho.» Y con razón supusiste que en una ciudad pequeña como la nuestra era fácil convertirse en objeto de las habladurías. Por lo tanto, te exijo que asumas tu responsabilidad para conmigo y que reconozcas el niño tuyo que espero.

En ningún caso deseo una convivencia conyugal, que de todos modos estaría basada en una falsedad. Únicamente quiero que mi familia me considere una mujer íntegra y evitar así que esta mancha ensucie su reputación. A cambio tienes mi palabra de que tras un

intervalo de tiempo apropiado solicitaré el divorcio y no te reclamaré nada más.

Sofie se detuvo y hojeó las líneas. ¿Debía añadir cuáles pensaba ella que serían los siguientes pasos? Aparte de que se veía superada por la situación, era posible que fuera demasiado. Si Moritz conservaba un mínimo de caballerosidad, tomaría él mismo la iniciativa y planearía el resto. Quizás interpretara las propuestas concretas como una tutela por su parte, que asestaría un golpe mortal a su posible predisposición.

Una vez más tuvo la impresión de

oír la voz de su madre, que en una ocasión le había explicado con una mezcla de resignación y divertimento lo siguiente: «La mayoría de los hombres necesitan tener la sensación de llevar las riendas y de estar haciendo las cosas como ellos quieren. A pesar de que la realidad sea muy distinta y también estén sometidos a influencias y limitaciones externas, como nosotras. Si quieres que un hombre haga algo a lo que se opone, apela a su honor y evita en la medida de lo posible señalarle lo influenciabile que es.»

Al recordar aquella conversación, el desamparo que Sofie sentía desde que sabía lo de su embarazo se desvaneció.

El diálogo interior con su madre le daba fuerzas y le permitía mirar al futuro con un poco más de confianza. Tenía la impresión de que era su madre quien guiaba el lápiz que ella volvió a posar sobre el papel.

—Tienes razón, *mamma* —musitó—. No hará daño apelar ligeramente a su caballeridad.

Sofie hizo una mueca. Aunque le resultara desagradable presentarse como una criatura desamparada, no era el momento de exhibir un falso orgullo.

¡Te ruego encarecidamente que no me dejes en la estacada! Y piensa sobre todo en tu hijo. Dale la

oportunidad de llegar a esta vida en unas circunstancias favorables. No permitas que sufra en sus propias carnes la ingenuidad de su madre, que confió en las promesas de amor de un...

Sofie se detuvo de nuevo. No, nada de reproches. Eso solo daría a Moritz un pretexto para rechazarla ofendido. Tachó la última frase.

Con la esperanza de una pronta respuesta (envíala por favor a la dirección de la biblioteca: Raukassa, Kirkegata 39), me despido con un cordial saludo,

Sofie respiró hondo, dobló el papel y se lo metió en el bolsillo. En casa pasaría a limpio la carta en el grueso papel de tina de su padre. Pero ¿adónde la enviaría? No sabía si Moritz seguía en el regimiento o si se alojaba en algún otro lugar. Entrecerró los ojos. «La enviaré a casa de sus padres —decidió—. Y sin su nombre de pila, dirigida simplemente a la familia Von Blankenburg-Marwitz. Así, la posibilidad de que la carta se tire o se devuelva sin ser abierta será menor. Y si Moritz quiere escaquearse, quizá sus padres se encarguen de que asuma su

responsabilidad. Seguramente pase la Navidad con su familia, así que es el momento perfecto.»

Sofie se levantó, se puso el abrigo y siguió cavilando. «Si la envío hoy mismo, la carta llegará a Alemania más o menos a mediados de la semana que viene. Debería recibir una respuesta antes de que acabe el año.» Se mordió el labio y se propuso no abandonarse a más fantasías sombrías hasta entonces, sino dar cabida a la esperanza. Cerró los ojos y le suplicó a Moritz en silencio: «¡No me decepciones, por favor! ¡Tienes que ayudarnos!» Contuvo el aliento. Se llevó la mano al vientre. Por primera vez había sentido que lo

que crecía en su interior formaba parte de ella, había pensado en el niño y en ella misma como en una unidad.

—No tengas miedo —susurró—. No te haré daño. Me ocuparé de que tengas una buena vida. Te lo prometo.

Røros, diciembre de 1895 – Clara

Clara miró fijamente a Siru. Era imposible. ¿Habría entendido mal?

—¿Eso quiere decir que... eres la madre de...?

—Máhtto —dijo Siru—. O Mathis, como lo llamáis vosotros.

—¿Mathis Hætta es tu hijo? —susurró Clara, y se llevó la mano al

cuello.

Pronunciar su nombre reabrió la herida que trataba de cerrar con las obligaciones del día a día. El dolor ardía en su interior. Le costaba respirar.

—¿Tan malo es? —preguntó Siru levantando las cejas—. ¿Me había equivocado contigo? No pensaba que precisamente tú...

—¡No, por Dios! ¡No tiene nada que ver contigo! ¡No pienses eso, por favor! —exclamó Clara, y extendió una mano hacia la pastora—. No sabía cómo te apellidabas. Solo estoy sorprendida.

Siru la miró a los ojos.

—Y desesperada. ¿Qué sucede?

Clara dejó caer los hombros.

Mientras contemplaba las auroras boreales apenas había percibido el frío, pero ahora le mordía las manos, le subía por las piernas y hacía que los dientes le castañetearan. De un momento a otro se quedó fría y entumecida.

—¿Po... podemos seguir hablando dentro? —tartamudeó a duras penas.

Siru asintió y la siguió dentro de casa. Una vez sentadas a la mesa de la cocina, una enfrente de la otra, Siru rodeó las manos de Clara con las suyas, que eran cálidas y algo ásperas al tacto.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Clara dudó un instante si debía abrir su corazón y desahogarse con aquella desconocida de la que apenas sabía

nada. «¿Tan importante es eso? —se preguntó—. Siru forma parte de nuestra vida desde hace mucho tiempo, nos obsequia con su simpatía y su tiempo, a pesar de que no entiendo por qué nos ha elegido. Pero uno no elige a sus ángeles de la guarda, y nunca sabe lo que piensan o sienten.»

Clara respiró hondo y respondió con otra pregunta:

—¿Por qué piensas que me casaré con tu hijo?

—Me lo ha dicho él. No tenemos secretos entre nosotros.

—¿Cuándo lo habéis hablado?

—Hace dos días. Un poco antes de que se marchara en el tren de la mañana

—respondió Siru—. ¿Por qué es eso importante?

Clara apartó las manos y se tapó la boca.

—¿Se ha marchado?

—Sí, ha sido por sorpresa. Se ha ido a Trondheim, a un instituto. A dar no sé qué clases. Seguramente se quedará una tempo... —respondió Siru.

Clara la interrumpió.

—Hace dos días, dices. ¿Así que el martes? Entonces ni siquiera ha leído la carta.

—¿Qué carta?

Clara se desplomó.

—La carta en la que le pedía que... Bah, no importa. Sobre todo ahora que

ya no está aquí.

Siru frunció el ceño.

—No te entiendo. ¿Mathis estaba equivocado? ¿No lo amas?

—¡Claro que sí, y mucho! —susurró Clara, y sollozó.

—¿Entonces por qué estás triste? ¿Porque tendréis que esperar? Pues al cuerno con el año de luto. ¿O realmente es importante para ti?

Clara negó con la cabeza.

—¡Pues entonces casaos!

—¡Pero jamás lo permitirán! — exclamó Clara, se levantó de un salto y se retorció las manos desesperada.

—¿Que no lo permitirán? ¿Quiénes?

—Silje Svartstein y su padre.

El semblante de Siru se ensombreció.

—¿Ivar Svartstein?

—Sí, el director de la compañía de minas —respondió Clara.

—¿Y qué tiene él que ver contigo y con Mathis?

—Él quiere que Mathis se case con su hija mayor. Y como Silje se ha dado cuenta de que Mathis me ama, me ha amenazado con arruinar mi vida y la de todas las personas a las que quiero. — Clara se echó a temblar al recordar la escena de Silje en la oficina—. Quizá creas que exagero y que me preocupo innecesariamente. Pero si la hubieras visto... —Se rodeó el cuerpo con los

brazos.

Siru se puso de pie.

—Puedo imaginármelo. Sobre todo si se parece a su padre. —Apoyó una mano en el hombro de Clara—. Silje no se casará con mi Mathis.

—Pero...

—Sin peros. No sucederá. Confía en mí.

Clara miró a Siru a los ojos, que reflejaban la convicción con la que hablaba.

—¿Y cómo lo lograrás? —preguntó.

Siru negó con la cabeza.

—Cuando llegue el momento lo sabrás.

Clara asintió. Sabía que no tenía

sentido insistirle. Señaló el hervidor que había en el fogón.

—¿Quieres un té o un café antes de irte?

—Café. Y un poco de eso que huele tan bien.

Clara sonrió, se acercó al fregadero en el que había dejado la bandeja con los *Flutschmoppen* recién hechos para que se enfriaran, puso unos pocos en un plato y lo dejó en la mesa. Siru volvió a sentarse y comió varias pastas con visible apetito mientras Clara preparaba el café, sacaba tazas del armario y servía leche en una jarrita de un cántaro abombado de la despensa.

—¿Puedo preguntar por el padre de

Mathis? ¿Vive aún? —preguntó cuando le pasó la leche a la pastora.

—Crie a Mathis sola.

Clara decidió no hacer más preguntas acerca del padre del hijo de Siru. Seguramente Mathis había nacido fuera del matrimonio.

—Seguro que no fue fácil —dijo, se sentó y bebió un sorbo de su taza—. ¿Tu familia te ayudó?

Siru negó con la cabeza.

—Me avergonzaba. Me escapé. Era muy joven. Y estúpida.

Clara le dirigió una mirada afectada.

—Mathis puede considerarse muy afortunado de que cuidaras de él. Mi madre ni siquiera lo intentó y me dejó en

un orfanato poco después de que naciera. —Titubeó antes de preguntar—: ¿Nunca pensaste en aban...?

—¿Abandonarlo? ¿A mi hijo? —En su entrecejo se formó una profunda arruga—. ¿Abandonarías tú a Paul?

Clara tragó saliva.

—No, jamás.

Se calló el comentario de que ella se encontraba en una situación muy diferente. Al fin y al cabo Paul ya tenía siete años y no era un recién nacido con el que apenas había establecido un vínculo... «No —zanjó el diálogo interior—. No es cierto. Lo amaste desde el mismo instante en que nació. En ningún caso lo habrías dejado con

personas desconocidas.»

Siru, que la observaba con atención, dijo entre dientes:

—¿Lo ves? Mathis no tiene la culpa de que su padre me... —Se calló y prosiguió en un tono más amable—: ¿Sabes qué significa su nombre?

—No.

—En hebreo, Matías significa «regalo de Dios». Lo llamé así porque eso es lo que fue para mí. —Se levantó—. Bueno, tengo que volver con mis animales. —Le hizo un gesto de asentimiento a Clara y salió de la cocina.

Antes de que Clara pudiera reaccionar, oyó que la puerta de entrada

se cerraba. Se frotó la frente. Así que Mathis era hijo de Siru. Seguía resultándole difícil de creer. Siempre había supuesto que provenía de una familia burguesa que le había costado una buena educación escolar y más adelante los estudios universitarios. ¿Cómo lo habría logrado Siru siendo una simple pastora que además pertenecía a una etnia que se enfrentaba a muchas dificultades en la sociedad? ¿Dónde lo había criado? ¿Y cómo había conseguido dinero suficiente para ello?

Hasta ese momento Clara no había sido consciente de lo poco que sabía de Mathis. Nunca le había hablado de su infancia. ¿Le resultaría embarazoso ser

hijo de una lapona? No, eso no parecía propio de él. Estaba por encima de esas cosas. ¿Quizás era Siru la que no quería que se supiera, y se lo había callado por respeto a ella? «O simplemente no ha habido ocasión —pensó Clara—. Al fin y al cabo nos hemos visto muy pocas veces en estos meses.»

Cerró los ojos y se recordó bailando con Mathis sobre la tarima encerada del salón de fiestas. Las palabras de Siru le resonaban en el oído: «Silje no se casará con mi Mathis.» ¿Qué la hacía estar tan segura? No lo había dicho a la ligera. No era una afirmación infundada, de eso Clara estaba convencida. Volvió a abrir los ojos. Sintió un brote de

esperanza.

Cogió toallas limpias, llenó un balde de agua y subió a la habitación para ver cómo estaba Bodil y cambiarle las compresas frías.

Dos semanas más tarde, la tarde del 23 de diciembre, Clara estaba arrodillada en el desván de la Casa de los Abedules rebuscando las cajas de madera en las que había guardado la decoración navideña. Al empaquetarla en mayo en Bonn, supuso que volvería a sacarla en los mares del Sur y que, a falta de un abeto, la colgaría de una palmera. La idea solía hacerla reír y al

mismo tiempo suspirar. La entristecía celebrar las Navidades con temperaturas veraniegas en un país en el que no conocían esa fiesta. En cambio a Olaf, que no daba mucha importancia a las festividades religiosas, la perspectiva le gustaba. Estaba ansioso por aprender costumbres exóticas y dejar atrás aquello que ya conocía. En ese aspecto, no sabía de qué lado estaba Paul. Por un lado buscaba la aprobación de su padre y no quería parecer un cobarde que lamentaba la pérdida de rituales sentimentales; pero por otro lado, al igual que su madre, disfrutaba del Adviento con sus canciones, sus aromas y sus golosinas, las visitas a las iglesias

engalanadas y el emocionante secretismo.

En Nochebuena, cuando se oía la campanita con la que acababa la espera y Paul podía atravesar la puerta al salón inundado por la luz cálida de las velas, Clara sentía que era el momento más hermoso del año. La mirada de su hijo, que irradiaba una seriedad y una felicidad solemnes, compensaba todos los esfuerzos y la colmaba de una profunda gratitud.

Clara había evitado a propósito imaginarse la inminente celebración de la Navidad. Demasiados detalles delicados y recuerdos dolorosos. Se entristecía solo de pensar en tener que

asistir a misa en una iglesia cuyo representante en la tierra la miraba con desconfianza, si no con hostilidad. De no ser por Paul y por Bodil, que para alivio de Clara se habían recuperado de su resfriado, ni siquiera habría celebrado la Nochebuena; habría rezado en silencio consigo misma y habría dedicado las fiestas a leer y a dormir.

Clara cerró la tapa del arcón, se levantó y estiró las extremidades entumecidas. No había parado quieta ni un minuto en todo el día. *Lille julaften*, «la pequeña Navidad», como llamaban los noruegos al día anterior a Nochebuena, era el momento de limpiar y lavar tanto la casa y el patio como a

sus habitantes. Clara, que había seguido trabajando en la oficina hasta el día anterior, había decidido adoptar la tradición, de la que le había hablado la señora Olsson durante su última visita. Sin embargo, la dueña de la pensión no sabía que esa gran limpieza estaba relacionada con Thorlak Torhallsson, cuyo fallecimiento se conmemoraba en esa fecha con la misa conocida como *Tollesmesse*, que allí en Trøndelag se llamaba *Sjursmesse*. Aquel obispo había vivido en el siglo XII y desde entonces no solo se celebraba su santidad en su país, Islandia, sino también en algunas zonas de Noruega y de Suecia.

Cuando Clara, perpleja, le había

preguntado cómo se conciliaba aquello con el rechazo protestante a venerar a los santos, la señora Olsson le había explicado con una sonrisita que muchas costumbres católicas y sobre todo paganas seguían gozando de gran popularidad, y resultaba inconcebible eliminarlas de las tradiciones navideñas. Incluso sus coetáneos más instruidos, que se sentían muy por encima de las supersticiones de la gente sencilla del campo, evitaban caminar solos durante las últimas noches del año o desobedecer ciertas normas. Por ejemplo, estaban obligados a retirar todas las trampas para aves y otros animales antes de que sonaran las

campanas de la misa del gallo, y no podían cazar entre la Navidad y la Nochevieja. Todas las criaturas debían tener la oportunidad de pasar las fiestas en paz, una idea que sobre todo fue del agrado de Paul.

La Nochebuena se consideraba especialmente mágica, ya que se creía que estaba habitada por las almas de los difuntos y por otros espíritus a los que había que apaciguar. Los sueños de la *julnatt* tenían un carácter profético, lo que provocaba que los más temerosos, que recelaban de lo que pudieran ver del futuro, renunciaran por completo a dormir. Gundersen le había dado la razón a la señora Olsson y le había

contado historias de granjeros que, siguiendo una antigua costumbre, preparaban un lecho de paja en el salón en el que dormía toda la familia junto con el ganado, estrictamente separados por sexos. Mientras tanto dejaban sus camas a los difuntos, que en Nochebuena salían de sus tumbas y regresaban a sus antiguas granjas. También pasaban los siguientes días allí, debajo de la mesa del comedor. Señalándolos con el dedo índice en un gesto juguetón, Gundersen había advertido a los niños, que lo escuchaban embelesados, que durante el banquete del primer día de Navidad, a ser posible evitaran agacharse a recoger comida que se les hubiera caído para no

molestar a los espíritus invisibles. Clara, que se imaginaba a la última dueña de la casa como una dama pulcra y un poco regordeta vestida con una cofia de encaje, no pudo evitar una risita al oírlo. Era divertido imaginar a la tía abuela de Olaf, Ernestine Brun, acurrucada debajo de su mesa.

El recuerdo de aquella conversación animó a Clara. Por primera vez pensó en los inminentes días festivos con alegría. Se agachó y apiló las cajas. Una corriente de aire frío que arrastró por la trampilla el aroma a resina y a hojas de pino le reveló que Gundersen acababa de meter en la casa el pequeño abeto que había talado por la tarde en la finca,

a la orilla del Hittersjøen, y que había escondido en un cobertizo sin que los niños lo vieran. Clara quería colocarlo en una mesita en el salón y, siguiendo las costumbres de su nuevo hogar, decorarlo ese día de *lille julaften*. Después cerraría la habitación con llave para proteger el árbol de las miradas curiosas de los niños.

A lo largo de los últimos días la alegría de Paul y Bodil había ido creciendo. Esa noche se habían quedado levantados hasta muy tarde y habían encontrado repetidos motivos por los que era demasiado pronto para ir a dormir. Después de cenar le habían dado una ración extra de heno a *Svarthvit* y

varios puñados de avena a la yegua *Myka*, y habían acompañado el festín con la canción *Fra himlen høyt, jeg kommer her*, y después le habían pedido a Clara un cuenco de arroz con leche para dejárselo a los *fjøsniisser* en el establo.

Por la tarde ya habían ayudado a Gundersen a atar a una vara larga junto a la casa un *julenek*, un grueso manojito de espigas de avena para los pájaros. A continuación habían lustrado juntos las campanillas que colgaban del tiro del trineo, mientras Gundersen engrasaba el arnés y las riendas y les hablaba a los niños del *julebukk*, que era quien traía los regalos en Noruega. A Paul lo había

confundido la idea de que fuera una cabra. En la escuela, Ole Guldal les había dicho que se trataba del *julenisse*. En Bonn solía ser el Niño Jesús quien obsequiaba a las familias católicas, mientras que las protestantes recibían sus regalos de manos de Papá Noel.

Cuando Clara era una niña, aquella tarea aún la llevaba a cabo el 6 de diciembre San Nicolás, que visitaba a las familias en sus casas y a los huérfanos en el hospicio. En cambio, los católicos de Renania celebraban las Navidades principalmente en la iglesia, con la congregación, para después celebrar opíparos banquetes en casa. En el convento, las hermanas solían decorar

el comedor con ramas de abeto, y en un rincón montaban un belén tallado en madera.

Clara había visto su primer árbol de Navidad en un hogar familiar en casa del profesor Dahlmann, que, al igual que su esposa, era miembro de la Iglesia evangélica. Mientras trabajó allí, Clara conoció también la costumbre de entregarse los regalos en Nochebuena. Olaf también se había acostumbrado a hacerlo así en Noruega, de manera que todos los 24 de diciembre, Clara colocaba un abeto en el salón y dejaba los regalos debajo. No se atrevía a montar el pequeño establo de madera y las figuras del belén que había tallado

durante las largas horas de labores de la escuela. Había desistido al principio de su matrimonio, al oír a Olaf decir que en su opinión aquella era una costumbre de mal gusto.

Apartó las cajas, se inclinó otra vez sobre el arcón de mimbre y sacó un cajón de madera en cuya etiqueta se leía en buena caligrafía «Belén navideño de Clara». Recordaba lo orgullosa que se había sentido al escribir aquellas palabras e imaginarse cómo luciría su obra en Navidad entre sus propias cuatro paredes. Desde entonces habían pasado doce años. Clara abrió la caja y retiró el papel de seda con el que había envuelto las figuras. Sacó uno tras otro a

María, José, el Niño Jesús, dos pastores, los tres Reyes Magos, el arcángel, el buey y la mula, varias ovejas y un camello. Las cabezas de las personas estaban hechas con cera y adornadas con pelo de verdad. El cuerpo y las extremidades eran de alambre que Clara había acolchado con algodón sin hilar y después había vestido con ropa cosida por ella misma.

Clara extendió las figuras delante de ella y las contempló.

—Sé quiénes sois en realidad — murmuró un rato después, y continuó en silencio: «José, ligeramente encorvado y con el pelo gris, es el viejo Gundersen. El rey del manto rojo intenso y el

turbante siempre me ha recordado más a una mujer que a un hombre. Es digno de ser la señora Olsson, que siempre me acompaña con su sabiduría y su bondad. Este más delgado de la capa azul es el secretario Dietz. Y el de aspecto moruno se parece al padre de Bodil, un poco exótico pero con rostro amable.» Clara cogió uno de los dos pastores—: Tú serás Siru. Ya llevas un abrigo amplio. Te pondré también una trenza y un sombrero de ala ancha. Quién sabe si solo había hombres pastores cuando el arcángel anunció la buena nueva.

Su mirada vagó hasta el segundo pastor, que tenía el pelo oscuro.

—Mathis —susurró, y se mordió el

labio.

Volvió a envolver la figura rápidamente en papel de seda y la metió de nuevo en la caja.

—Ojalá pudieras celebrar las fiestas con nosotros.

Røros, diciembre de 1895 – Sofie

El 24 de diciembre las campanas de Bergstadens Ziir tocaron a vísperas a las cinco de la tarde para llamar a los fieles a misa. Hora y media después la congregación salió de la iglesia acompañada de las notas de una coral para órgano. A pesar del frío, la mayoría permaneció varios minutos en la

explanada, iluminada por la luz que salía del interior del edificio, para desear a amigos y conocidos unas felices fiestas antes de emprender el camino a casa.

Sofie, que salió por el portón a remolque de su padre y de Silje, se apartó a un lado a la sombra del muro de la iglesia, echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo. El aire era claro y limpio, ya que en las fiestas mayores como aquella los hornos de la fundición cercana permanecían apagados y libraban a la ciudad de sus nubes de azufre. Miles de estrellas brillaban en el cielo e iluminaban los cristales de hielo de la capa de nieve que cubría las

tumbas, los muros y los tejados.

Mientras Silje se unía a varias damas entre las que Sofie reconoció a la esposa del sastre Skanke y a las hermanas Gudrid Asmund e Ida Krogh, su padre se quedó junto a dos socios de la empresa de cobre. Los tres caballeros estaban envueltos en el humo azulado de los puros que se habían encendido. Sofie se balanceaba de un pie a otro. Al parecer su padre no tenía ninguna prisa en marcharse a casa para cenar. ¿Se tomaría a mal que no los esperara a él ni a Silje? No tenía ninguna gana de intercambiar palabras huecas y mantener conversaciones superficiales. Se envolvió la bufanda hasta la nariz,

encogió los hombros y rodeó el grupito de delante de la iglesia dibujando un amplio arco. Cuando llegó al portón del muro del cementerio, un grito ahogado atrajo su atención.

—¡Ahí...! El... ¡el hombre de humo!
—balbuceó una voz aguda.

Sofie levantó la mirada. A un par de metros de distancia vio a Clara Ordal con Paul y Bodil. La niña tenía la mirada clavada en el padre de Sofie y en sus dos socios. Clara frunció el ceño y le hizo una pregunta en voz baja, a la que Bodil respondió asintiendo con vehemencia.

—¡Que sí! ¡Estoy completamente segura! Ese es el hombre al que vi junto

a las sierras la noche que me rescataste del fuego.

A Sofie se le aceleró el pulso. Se aseguró de que ni Silje ni su padre estuvieran mirando en su dirección y se acercó a Clara y a los niños. Paul fue el primero en verla. Levantó una mano, la dejó caer y esbozó una tímida sonrisa que le dolió a Sofie. ¿Creería que ya no quería relacionarse con él por haber cancelado las clases? Era fácil intimidar a los niños, que enseguida se culpaban a sí mismos. Le sonrió radiante y saludó a los tres con un alegre «¡feliz Navidad!».

—Yo también se la deseo, de todo corazón —respondió Clara Ordal.

Sofie hizo un gesto hacia Bodil y

preguntó en voz baja:

—¿Lo he entendido bien? ¿La pequeña vio a alguien en el aserradero de su suegro poco antes de que ardiera?

Clara se frotó la frente.

—Sí, o eso cree.

Sofie tragó saliva.

—Hasta donde yo sé, nunca se supo quién había provocado el incendio.

—Así es. Y tampoco tiene por qué haber sido la persona a la que vio Bodil. Si es que no se equivocó de día.

—Pero es que no me equivoco. ¡Estoy segurísima! —dijo con voz firme, y puso los brazos en jarras—. Entonces no sabía quién era, pero ahora lo he reconocido. —Señaló al padre de Sofie

—. Fue él. También estaba rodeado de humo, como ahora.

—También podía ser otro hombre que estuviera fumando un puro o de una pipa —dijo Clara.

Bodil negó con la cabeza.

—No, ¡era él!

Antes de que Clara pudiera volver a contradecirla, Sofie dijo:

—Es muy posible. Al fin y al cabo la propiedad le pertenece a mi padre. Puede que la visitara ese día.

Clara la escudriñó con la mirada. Sofie se esforzó por mantener una expresión lo más neutra posible.

—Bueno, sea como sea, lo más seguro es que nunca sepamos qué

sucedió exactamente.

Clara titubeó antes de responder:

—Tiene razón. Y gracias a Dios nadie salió herido.

Sofie vio por el rabillo del ojo que Silje se estaba despidiendo de las damas y miraba a su alrededor buscándola.

—Tengo que irme —dijo, se despidió de Clara y de los niños con un gesto de la cabeza y corrió hacia su hermana, que estaba sacando a su padre de la conversación y pidiéndole que se fueran aludiendo a la comida que les esperaba.

Mientras Sofie los seguía Storgata abajo, palpó en el bolsillo del abrigo el

cortapuros que llevaba siempre consigo desde la función. Comenzaba a albergar una sospecha que la dejaba sin aliento: ¿habría prendido su padre fuego al aserradero de Sverre Ordal? Esa noche había llegado a casa bien entrada la noche y muy borracho, y poco después había echado en falta el cortapuros que la pequeña Bodil había encontrado en las ruinas calcinadas del cobertizo de las sierras. Pero ¿qué motivos tenía para ello? En aquel momento la finca ya era de su propiedad. Si hubiera querido perjudicar a su rival, tendría que haberla incendiado mucho antes. Sofie frunció el ceño. No, no tenía ningún sentido. Si su padre era responsable del incendio,

entonces lo había provocado sin querer.

Involuntariamente, imaginó la escena como si hubiera estado allí. Vio a su padre fuera de sí de dolor y rabia por haber perdido una vez más a su amor de juventud, que se había mudado a otra ciudad, y en esta ocasión para siempre; lo vio ahogando sus penas en alcohol delante de la casa en la que había vivido Trude Ordal. Lo vio gritando su nombre, tambaleándose por el cobertizo de las sierras, y entonces se le caía la colilla del puro, que seguía ardiendo, y el fuego prendía mucho después de que él hubiera salido de la finca.

Al parecer había empinado el codo de tal manera que ya no recordaba esa

parte de la noche. Así lo demostraba la insistente búsqueda del cortapuros, que había tenido en vilo a su ayuda de cámara y a todo el servicio durante días. A su padre ni siquiera se le había ocurrido que hubiera podido perderlo fuera de casa.

Sofie seguía cavilando cuando se sentó a la mesa del comedor media hora después. Para celebrar la ocasión, utilizarían la vajilla estampada en azul de la fábrica de porcelana Royal Copenhagen, un regalo de bodas de sus padres. Se habían lustrado los tres candelabros de plata de tres brazos, la luz de sus velas se reflejaba en los cantos tallados de las copas de cristal y

las jarras, y el olor fresco del almidón del mantel y las servilletas de damasco se mezclaba con el aroma de la cera y de los leños de abedul dispuestos en una cesta junto a la chimenea esperando a consumirse.

Después de que Ullmann sirviera una crema con tiras de salmón ahumado y cangrejo y saliera de la estancia, Sofie soltó:

—Padre, ¿qué te propones hacer con la propiedad de Flanderborg?

Ivar Svartstein le dirigió una mirada perpleja.

—Me refiero a la antigua finca de Sverre Ordal —explicó Sofie.

Su padre frunció el ceño.

—¿A qué diablos viene eso ahora?

—Lo dijo en un tono ligeramente enojado.

—Eh, es que... Hace poco me han hablado de la casa... eh... y... — balbuceó Sofie, y se maldijo por preguntar sin haberlo pensado bien.

—Puede que yo lo mencionara — dijo Silje como de pasada, y lanzó a Sofie una mirada penetrante.

—Eso es, ahora lo recuerdo —dijo Sofie, aliviada por el puente de plata que le había construido Silje, y al mismo tiempo sorprendida por su inesperado apoyo.

Silje se dirigió a su padre.

—Si no tienes otros planes, Mathis y

yo podríamos mudarnos a la casa cuando nos hayamos casado. Habría que reformarla por completo, pero la base es buena y...

—Parece que ya lo tienes todo pensado —refunfuñó su padre.

Agarró su copa de vino con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, y Sofie temió que la rompiera. Se dio cuenta de que Silje empalidecía y se deslizaba hacia el borde de la silla.

—¿Cuál es el problema? La casa lleva meses vacía. No querrás que se desmorone.

«Eso es precisamente lo que quiere», pensó Sofie al ver el rostro de su padre, que se debatía entre el enfado

y la tristeza. Respiraba con dificultad. Se bebió la copa de un trago y la dejó en la mesa con un golpe. El ruido hizo aparecer a Ullmann, que se la rellenoó sin decir una palabra y preguntó si alguien quería algo más. La presencia del ayuda de cámara hizo que Ivar volviera en sí. Las arrugas de la frente se le alisaron.

—No me gusta el vino nuevo en odres viejos —le dijo a Silje, y dio un buen sorbo—. Echaré abajo la casa y os haré construir una mucho más bonita.

Silje lo miró incrédula y se le iluminó el rostro.

—¡Qué idea tan maravillosa! Nunca me habría atrevido a pedírtelo. —Aplaudió—. ¡Muchas, muchas gracias!

¡Decoraré mi propia casa! ¡Y a mi gusto!
¡Será fantástico!

«Y caro», pensó Sofie. Miró a su padre, que murmuró algo parecido a «él también tendrá algo que decir» y después se concentró en la sopa, que hasta ese momento no había tocado. Sofie observó a su hermana, que a juzgar por su expresión arrobada, estaba amueblando y decorando mentalmente su futura casa con todo detalle. Seguramente no le importaba lo más mínimo que Mathis Hætta, que la habitaría con ella, pudiera tener alguna que otra opinión. Tampoco la frenaba el hecho de que aún no se hubiera mostrado dispuesto a pedir su mano o

que desde luego no hubiera un compromiso formal. Estaba completamente segura.

Sofie agachó la cabeza, clavó la mirada en la telilla que se estaba formando sobre la crema, que se le estaba enfriando en el plato, y pensó: «lo que daría yo por poder mirar al futuro con tanta confianza y tan pocas dudas como Silje». Se le encogió el estómago. Aún no tenía respuesta a la carta que había enviado a la residencia de la familia Blankenburg-Marwitz. «¿Y si tampoco la recibes en los siguientes días? —susurró una vocecita en su interior—. ¿Y si has apelado en vano al honor de Moritz y no asume su

responsabilidad?» Su propósito de mantenerse optimista y no abandonarse a fantasías sombrías hasta que acabara el año se tambaleaba por momentos.

La ausencia de correo desde Alemania le recordó las cartas de Per, que guardaba en un cofre metido junto con su diario en el escondite detrás de los libros, en un estante sobre su cama. No había respondido a ninguna de ellas, lo que no había impedido que él le escribiera cada dos días más o menos. Cada vez estaba más preocupado por su silencio, y en sus textos expresaba su temor a que hubiera caído enferma o estuviera sufriendo alguna contrariedad. Sus palabras compasivas acentuaban el

tormento de Sofie. Habría soportado mejor los reproches y las acusaciones, que eran lo que se merecía en realidad, a pesar de que Per no conociera la verdadera causa de su comportamiento y pensara que se había alejado de él por cobardía o por vanidad. Cuanta más preocupación y cariño había en sus cartas, más vergüenza sentía Sofie.

Se le hizo un nudo en la garganta. No lograría tragar ni un bocado del asado de alce en salsa de vino tinto que había preparado la cocinera como plato principal.

Silje había insistido en que se preparara. Si hubiera sido por su padre, habrían comido *pinnekjøtt* como todos

los años, las costillas de cordero secas y en salazón que se cocinaban sobre ramas de abedul y se servían con nabos y puré de patatas. Para imponer el cambio, Silje había argumentado que continuar con las tradiciones arraigadas haría más patente y doloroso el hueco que había dejado en la familia la muerte de su madre. Al menos ese año la idea le resultaba insoportable. Por ese mismo motivo había impedido que Eline sacara del desván los adornos para el árbol que tanto le gustaban a Ragnhild: decenas de bolas, piñas y animales soplados en vidrio.

De niña, a Sofie le gustaban sobre todo los pájaros que se colocaban en las

ramas con unas pequeñas pinzas. Gracias a la selección de Ragnhild, en el árbol de Navidad de los Svartstein únicamente había pájaros cantores locales, que daban pie a un ritual que se repetía todos los años: su madre le pedía a la pequeña Sofie que encontrara las realistas figuras pintadas preguntándole «¿dónde se ha escondido el ampelis?», «¿sobre quién está sentado el pardillo?» o «¿puedes decirme cuál es el carbonero?».

Sofie seguía disfrutando de aquel juego incluso cuando ya hacía tiempo que había dejado atrás la niñez. A Silje no le hacían ninguna gracia aquellos aspavientos por esos gorriones, como

los llamaba con desprecio, y fantaseaba acerca de un árbol con mucho espumillón, guirnaldas doradas de estaño y brillantes estrellas de hilo de plata y perlas, que en su opinión era de mucho mejor gusto y más apropiado para un hogar de clase alta.

La mirada de Sofie vagó hacia el otro lado de la mesa, donde solía sentarse su madre, enfrente de su padre. Silje solo ocupaba aquel sitio cuando había visita, ya que en esas ocasiones hacía las veces de señora de la casa. Cuando estaban solos, prefería sentarse a la derecha de su padre.

Sofie parpadeó para ahuyentar las lágrimas que le quemaban en los ojos.

La asaltaron imágenes de Nochebuenas anteriores que reavivaron el dolor por la muerte de su madre. Cuánto le gustaba acurrucarse en el reposapiés delante de la butaca de su camarín para escuchar las historias navideñas que Ragnhild le contaba mientras esperaban a abrir los regalos, o ponerse junto al clavicordio para cantar con ella canciones como *En rose er utsprungnen* o *Glade jul, hellige jul!*

Lo que siempre había sospechado se convirtió en una certeza: su madre había sido el alma de las fiestas navideñas de la casa. Sin ella, aquello no era más que un costoso banquete en un entorno suntuosamente adornado, sin rastro de la

magia que Ragnhild confería a esos días.

Sofie había renunciado a protestar contra las órdenes de Silje o a señalar la evidente hipocresía con la que las justificaba. Tan solo un mes antes se habría enfurecido al oírla decir que la pérdida de su madre le resultaba tan insoportable que necesitaba romper con las tradiciones familiares, y las duras réplicas le habrían quemado en la lengua. Pero ahora no tenía fuerzas para peleas de ese tipo, que en su situación le parecían ridículas.

Aparte de eso, no tenía ningún espíritu navideño. En el fondo le daba igual cómo estuviera decorada la casa, qué platos se sirvieran y qué hubiera

para ella en la mesa de los regalos. Prefería mantenerse al margen y evitar todo aquello que pudiera atraer la atención sobre ella. Tenía que emplear toda su energía y su dominio de sí misma para dar una imagen contenida y equilibrada. Esa noche también se despidió en cuanto se lo permitió el decoro, y se retiró a su cuarto después del reparto de regalos, que tuvo lugar en el salón después de cenar.

Después de ponerse el camisón, se acercó a la cómoda y sacó una esclavina de encaje de su madre, de la que se había apoderado poco después del entierro. Se tumbó en la cama, apagó la vela, y se extendió el delicado tejido

sobre la cabeza. Aquel olor familiar (una mezcla de polvos para la cara, colonia y el aroma propio de Ragnhild) la consolaba y le daba seguridad. Cuando estaba a punto de quedarse dormida, creyó sentir en la mejilla la mano de su madre, que le decía en voz baja: «Todo saldrá bien, cariño mío, todo saldrá bien.»

Después de haber dormido profundamente por primera vez en mucho tiempo, a la mañana siguiente se sentó descansada a la mesa del desayuno y disfrutó de unos *pjalt* con canela y azúcar, unas tortas del tamaño de un plato cuya masa se preparaba con leche cuajada, harina de centeno, sirope y nata

agria, y a continuación se cocinaba en mantequilla derretida. Silje parecía de buen humor, y le expuso al detalle todos sus planes para decorar su futura casa. Su padre estaba enfrascado en los periódicos que Ullmann le había apilado junto al plato.

—¡Vaya, mira, un viejo conocido! — dijo un rato después, más para sí mismo que para sus hijas.

Silje, que en ese momento se estaba planteando en voz alta si debía elegir brocado o terciopelo para las cortinas de su futuro salón, se detuvo y preguntó:

—¿A quién te refieres, padre?

—Ese joven oficial que estuvo aquí en verano —respondió sin bajar el

periódico.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Silje.

—Está a punto de casarse.

—Ajá —dijo Silje, se encogió de hombros y siguió explicándole su dilema a Sofie—: ¿Tú qué opinas? ¿Crees que el brocado es demasiado ostentoso? ¿Quizá tendría que decantarme por el terciopelo? Pero puede que sofoque la estancia y absorba demasiada luz.

Sofie le respondió sin escucharse a sí misma. Al parecer consiguió satisfacer a Silje, porque su rostro se iluminó.

—¡Buena idea! —exclamó—. ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! —Se

levantó de un salto—. Miraré ahora mismo el catálogo para ver si ofrecen algo similar.

Mientras Silje salía de la habitación, Sofie extendió la mano hacia el periódico que su padre estaba dejando en ese momento. Era el *Berliner Tageblatt*.

—¿Puedo?

Ivar, que estaba abriendo las cotizaciones de bolsa del *Financial Times*, asintió con expresión ausente.

Sofie no tuvo que hojearlo mucho para encontrar la página que había llamado la atención de su padre. Bajo el título «Noticias familiares» había un gran anuncio enmarcado:

Nos complace enormemente anunciar el compromiso de nuestra hija Karoline con el teniente coronel del regimiento n° 2, el conde Moritz von Blankenburg-Marwitz.

En Breslavia, diciembre de 1895

Economista Ottokar Jauer, director general de los talleres Jauer y su esposa Erna, de soltera Bogen

Sofie leyó el breve texto una y otra vez. No podía tratarse de una equivocación. Era «su» Moritz, cuyo futuro matrimonio se anunciaba allí por escrito. Le bailaban las letras. Se hundió en el respaldo de su silla. Su voz interior gritaba: «¡Estoy perdida! ¡Ya no

hay esperanza!»

Røros, diciembre de 1895 – Clara

El primer día de Navidad, Clara invitó a la señora Olsson a comer. Gundersen recogió con el trineo a la dueña de la pensión al mediodía mientras Clara ponía la mesa con los niños y de vez en cuando rociaba con salsa el asado que estaba horneando. Antes había marinado la carne durante

cuatro días en un adobo de vinagre, vino tinto, sal, pimienta, cebollas, hojas de laurel, clavo y bayas de enebro. Esa mañana había dorado la carne a fuego fuerte en una cacerola de hierro colado y le había añadido la marinada colada, en la que después había mezclado jarabe de manzana y galletas de especias desmenuzadas, que engordaban la salsa. Aquellos dos ingredientes, junto con una bolsita de ciruelas secas que también acabaron en el asado, debía agradecerseles a Otilie. Una semana antes de Navidad había recibido un paquete desde Bonn lleno de delicias típicas de Renania. Otilie había atado una notita al bote de jarabe de manzana

que decía:

Para que no tengáis que renunciar a un asado navideño como es debido.

Después de poner a cocer las bolas de patata y probar la lombarda con mermelada de grosellas, corrió a su habitación y se cambió de ropa. Mientras se peinaba y se recogía el pelo en un moño, su mirada recayó en la carta de Otilie, que descansaba en su mesilla.

Mi querida Clara:

Se acerca a su fin este año, que tantos cambios, pérdidas dolorosas y

acontecimientos inesperados te ha traído. Sin duda recuerdas aquel dicho de la madre de Goethe que siempre citaba la hermana Gerlinde para fin de año. Te deseo de corazón que seas feliz en el nuevo año siguiendo esta receta:

«Se toman doce meses, se limpian a fondo de amargura, codicia, pedantería y miedo, y se divide cada mes en treinta o treinta y una partes, de manera que las existencias alcancen justo para un año. Cada día se sirve de forma individual, con una parte de trabajo y dos partes de alegría y humor. Se añaden tres cucharadas colmadas de

optimismo, una cucharita de tolerancia, una nuez de ironía y una pizca de medida. A continuación se rocía generosamente la mezcla con amor. El plato se decora con una ramita de atenciones y se sirve a diario con serenidad y una refrescante taza de té.»

Saluda a Paul con cariño de mi parte y recibe un fuerte abrazo de tu fiel amiga.

Otilie

Desde la llegada de la carta, Clara leía todas las noches antes de dormir ese último párrafo con la receta de la madre de Goethe, y obtenía de él esperanza y

fuerza.

El timbre la sacó de sus pensamientos, que vagaban por la lejana Bonn. Se acercó a la ventana que había encima de la puerta de entrada, y miró hacia fuera. Delante de la casa había un gran trineo.

—*Pappa!*

Clara oyó la voz aguda de Bodil. En ese mismo momento apareció detrás del trineo un perro gris, al que reconoció como *Guro*, el cazador de alces de Fele-Nils.

«¿Habrá suficiente asado para todos?», fue lo primero que pensó Clara mientras salía de la habitación y bajaba las escaleras para saludar al padre de

Bodil. Se lo encontró en la puerta abierta, con su hija colgando del cuello, y detrás de él Clara descubrió a dos muchachos adolescentes.

Fele-Nils dejó a Bodil en el suelo y le tendió la mano.

—Buenos días, señora Ordal. Perdone que hayamos aparecido aquí sin más. No quiero importunarle, pero nuestro *stuggu* de Røros ya está ocupado por otra familia, y no sabía adónde...

Clara le estrechó la mano.

—¡Feliz Navidad, señor Jakupson!
¡Sean bienvenidos a nuestra casa!

Fele-Nils estuvo a punto de replicar. Clara negó con la cabeza.

—¡Lo digo en serio! Usted y los suyos siempre serán bien recibidos. Me alegro mucho de que hayan venido. Y sin duda su hija ya estaba deseando verlo.

A Clara se le encogió el corazón al imaginar que la familia de Bodil tuviera que pasar las fiestas sufriendo las estrecheces de una de las pequeñas chozas a las afueras de Røros en las que vivían los jornaleros, las viudas empobrecidas y, en invierno, los viajantes. Durante los meses oscuros, aquellas cabañas inclinadas por el viento y desprovistas de cualquier comodidad debían de ser especialmente desoladoras.

Sonrió a los dos chicos, que calculó

que tendrían unos catorce y dieciséis años.

—Así que estos son los hermanos de Bodil.

Fele-Nils asintió.

—Sí, Jon y Filip.

Ambos se inclinaron con torpeza estrujando los gorros con las manos.

—Quitaos el abrigo y entrad, por favor —dijo Clara.

—Muchas gracias —respondió Fele-Nils, y se volvió hacia sus hijos—. Primero meted el caballo en el establo y atad a *Guro*.

Clara le pidió a Bodil que acompañara a su padre al salón, y se dirigió al comedor contiguo, donde

añadió tres cubiertos a la mesa y colocó más sillas. Ahora sí que es un banquete, pensó mientras doblaba las servilletas de los recién llegados en forma de estrella, como las demás, y las colocaba en el plato decorándolas con una ramita de acebo.

Fuera, el perro comenzó a ladrar, y poco después recibió a la señora Olsson, que le tendió una gran cesta. La dueña de la pensión había insistido en aportar los entremeses al menú navideño.

—Por lo que veo, tiene invitados sorpresa. —Le guiñó un ojo a Clara y dijo—: Por suerte he traído suficiente *rakfisk*. Es como si hubiera intuido que

haría falta un par de raciones más.

Clara la miró indecisa. En su alegría por la llegada del padre de Bodil y sus hijos, no había pensado en si a la señora Olsson le molestaría su compañía.

—No se preocupe, querida —dijo esta mientras se quitaba el grueso paño de lana que llevaba atado a la cabeza—. No soy de esas que se creen mejores por tener un techo firme sobre su cabeza. Además, aquí es tradición abrirle la puerta en Navidad a todo el que llame a ella, y ofrecerle asiento a la mesa.

Clara le cogió el abrigo.

—Esa sí que es una costumbre bonita.

Una hora más tarde, Clara estaba en la cocina preparando el café que quería servir con el postre, y repasó mentalmente la comida. Mientras que sus invitados habían degustado con deleite el *rakfisk*, para Clara había sido una experiencia bastante exótica probar la trucha fermentada que la señora Olsson había macerado durante varios meses en una salmuera de sal y azúcar para después servirla con cebolla roja, una cucharada de nata agria y pan crujiente. Paul también había apartado el plato después de probar un bocado de cortesía, que a duras penas había tragado, y se había contentado con las tostadas. Era necesario acostumbrarse a

la textura blanda y, sobre todo, al fuerte sabor del *rakfisk*, que para sus paladares tenía cierto gusto a podrido.

El miedo de Clara a que les sucediera lo mismo a sus invitados noruegos con el asado agridulce resultó ser infundado. Habían acabado con él en un abrir y cerrar de ojos, elogiando con entusiasmo lo tierna que estaba la carne y lo sabrosa que le había quedado la salsa. Paul, que como de costumbre se limitó a comer la guarnición, había engullido con una sonrisa de felicidad tres grandes bolas de patata y una montaña de lombarda, y había impresionado así a los hijos de Fele-Nils, que no lo habían creído capaz de

semejante apetito.

Al ver los cuencos, las bandejas y los platos vacíos que se apilaban en el fregadero, Clara sintió una profunda satisfacción. Durante su matrimonio con Olaf no había tenido muchas ocasiones de recibir invitados. Aparte de las visitas ocasionales de la señora Dahlmann a tomar el té y una reunión informal que Clara había organizado con ocasión de la entrada de Olaf en el bufete, no habían ofrecido ningún convite. No tenían suficiente espacio en casa, y Olaf era demasiado celoso de su tranquilidad.

Tanto más disfrutaba ahora Clara mimando y contentando a sus invitados.

Se volvió a sonrojar recordando el comentario de la señora Olsson, que después del último bocado de asado se había recostado con un suspiro satisfecho y había dicho: «Querida, es usted la anfitriona perfecta y una cocinera excelente. ¡Debería aprovechar más su talento!»

Clara puso la cafetera en una bandeja y fue a la despensa a buscar el postre, para el que había utilizado las últimas galletas del paquete de Otilie. Las había desmenuzado, las había alternado a capas en una bandeja con una crema de queso fresco, confitura de arándanos rojos y azúcar, y lo había decorado todo con almendras tostadas.

Cuando Clara regresó a la cocina, se asustó. El postre casi se le resbaló de las manos. Había una figura en la estrecha puerta que conducía directamente a la cocina desde el jardín. Clara trató de recuperar el aliento. Era Siru.

—Perdona, no quería asustarte — dijo la pastora, y señaló un hatillo que había dejado en la mesa—. Ya me voy. Solo he pasado a dejar queso. Y lana. Así podréis tejer calzetines. Tendréis los pies calientes.

—¡Qué amable, muchas gracias! — dijo Clara.

Ya se había dado cuenta de que las ovejas de la zona tenían un pelaje muy

grueso que daría una lana especialmente mullida. Siru se volvió hacia la puerta. Clara se acercó a ella.

—Quédate, por favor. Por lo menos toma una taza de café y un platito de postre.

Siru negó con la cabeza y rezongó:

—No quiero molestar. Tienes visita.

Clara ignoró su objeción y añadió:

—También me quedan

Flutschmoppen.

Siru se echó a reír.

—Me has convencido.

Se quitó el abrigo, lo dejó en el banco esquinero junto con su sombrero, y siguió a Clara hacia el comedor. Entretanto Fele-Nils había traído a la

mesa una botella de Aquavit que había comprado en una destilería de Røros. Clara le pidió a Paul que trajera una silla más y a Bodil, que sacara copas de la alacena, y después presentó a Siru a los demás invitados. Cuando todos se sentaron de nuevo, Fele-Nils les sirvió el aguardiente de patata, de color dorado, aromatizado con comino, anís, hinojo y cilantro, y que desprendía un delicado olor a cítricos. Se inclinó hacia Clara y levantó la copa:

—¡Por la señora Ordal! ¡Un millón de gracias por la excelente comida y por su generosidad!

Los demás siguieron su ejemplo, brindaron con ella y vaciaron sus copas.

Clara sintió que se sonrojaba. Los elogios la abochornaban. Le habría gustado que se la tragara la tierra. Al ver las caras que la miraban con simpatía, se animó. Se puso de pie en la cabecera de la mesa y carraspeó.

—No, soy yo quien debe daros las gracias —comenzó—. Nos habéis facilitado mucho la llegada a esta ciudad a Paul y a mí, y nos habéis ayudado a echar raíces. Gracias a vosotros hemos encontrado un nuevo hogar en el que nos sentimos a gusto y en el que podemos recibir a nuestros amigos. ¡Ya que eso es lo que os considero! —Hizo un gesto de asentimiento dirigido a todos y prosiguió con una sonrisa—: Bueno, ya

vale de hablar, ¡a por el postre!

Poco después la estancia se llenó de risas y voces. Paul y Bodil escuchaban fascinados a los hermanos de esta, que se habían sentado junto a ellos a uno de los lados de la mesa y les relataban sus viajes y aventuras a ambos lados de la frontera sueca con todo lujo de detalles. Siru y Fele-Nils, a los que Clara había colocado enfrente de ella en el otro extremo de la mesa, conversaban acerca de hierbas curativas y su aplicación en animales. El viejo Gundersen charlaba animadamente con la señora Olsson, cuyas mejillas sonrosadas alimentaron la sospecha que Clara albergaba desde hacía varias semanas. Se había dado

cuenta de que Gundersen siempre se peinaba más cuidadosamente, se recortaba la barba y se ponía su mejor chaqueta antes de enganchar la yegua al trineo e ir a recoger a la dueña de la pensión para sus visitas dominicales. En una ocasión, la mujer se había disculpado porque debía recibir a unos huéspedes, y a Gundersen le había resultado difícil ocultar su decepción. A su vez, la señora Olsson le había mencionado repetidas veces a Clara lo agradable que le resultaba la compañía de aquel hombre modesto, y también había elogiado lo solícito y sensible que era.

Un rato después, Paul se inclinó

hacia Clara y le preguntó en voz baja:

—¿Nos estará viendo papá?

—Estoy completamente segura —
respondió, y buscó en su rostro alguna
señal de tristeza.

Le resultaba difícil saber cómo
estaba asimilando Paul la muerte de su
padre. Seguía visitando su tumba con
regularidad y de vez en cuando lo
mencionaba inesperadamente, como en
ese momento. Clara no sabía cuánto lo
echaba de menos en su día a día.

Aún se estaba preguntando si su hijo
esperaba una respuesta más elaborada,
cuando este continuó hablando:

—Qué pena que la abuela y el
abuelo no estén aquí. Sería bonito que lo

celebraran con nosotros.

—Sí, sí que lo sería. —Clara le acarició la cabeza—. Quién sabe, quizás algún día vengan de visita —añadió, más por consolar a su hijo que por convicción. Estaba segura de que sus suegros habían dejado atrás Røros para siempre. Paul asintió y se volvió de nuevo hacia Bodil y sus hermanos.

—Por cierto —dijo la señora Olsson—. ¿Ha averiguado algo más acerca de los tejemanejes de aquel secretario corrupto a cuya hermana visitó?

Clara se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Repasé una vez más los expedientes y los contratos,

pero aparte de la cancelación de los encargos del aserradero de mi suegro no descubrí nada que me llamara la atención.

Se guardó para sí la suposición de que Ivar Svartstein era el responsable. No tenía pruebas fehacientes. Y de todos modos la señora Olsson compartía sus sospechas.

—¿Y qué hay de la mina de cobre en la que tenía participaciones la familia?
—preguntó la mujer.

—En la época del padre de Sverre parece que se extraía de ella mucho mineral. Sin embargo, la actividad cesó después de que se terminara de explotar la veta principal. Hace algunos años, su

hijo encargó que comprobaran si aún había yacimientos, pero se llevó una decepción.

—Pobre hombre. La mala suerte lo ha perseguido toda su vida —dijo la señora Olsson.

—Pues sí. Es muy probable que una veta productiva lo hubiera salvado de la ruina —respondió Clara.

—¿Dónde está esa mina? —preguntó Siru, que al parecer había estado escuchándolos.

—Un par de kilómetros al suroeste de la vieja mina Storwartz, cerca de un pequeño estanque —respondió Clara—. Tendría que consultar en los documentos la ubicación exacta.

Siru levantó una mano.

—No hace falta. Eso es suficiente.

Ignoró la mirada interrogante de Clara y se volvió de nuevo hacia Fele-Nils, con el que había estado discutiendo si el bálsamo de extracto de caléndula era más efectivo contra las úlceras que el aceite de enebro mezclado con grasa de cerdo.

—Mamá, ¿cuándo será primavera?

La pregunta de Paul desvió de nuevo la atención de Clara. Antes de que esta pudiera responder, la señora Olsson dijo:

—Uy, aún tendrás que esperar unos cuantos meses. Aquí arriba el frío dura mucho mucho tiempo.

Paul hizo una mueca e intercambió una mirada con Bodil, en cuyo rostro se reflejaba su propia decepción.

—¿Por qué queréis que llegue la primavera? —preguntó Clara—. ¡Con las ganas que teníais de que nevara y de que se congelara el lago para patinar!

—Sí, pero ahora no se puede ir en barco. Y Mathis nos ha prometido que nos llevará a navegar en primavera. Cuando hay viento suficiente, es casi como volar. —Paul hablaba con cierta nostalgia. Entonces frunció el ceño—. ¿Cuándo volverá a visitarnos? Hace muchísimo tiempo que no lo vemos.

Clara tragó saliva. Su mirada se cruzó con la de Siru, que le hizo una

señal casi imperceptible y respondió en su lugar:

—Vendrá antes de que llegue la primavera. La verdad es que os echa mucho de menos.

Paul aplaudió y miró a Clara radiante.

—¡Genial! Así podré enseñarle las piezas nuevas que me ha traído el Niño Jesús.

Clara le devolvió la sonrisa y lo abrazó brevemente. Le había pedido a Otilie que le enviara la siguiente ampliación del juego de construcción Anker. Hacía tiempo que había agotado las posibilidades de la caja básica que le había regalado su padre un año antes.

Cuando habían abierto los regalos, a Paul se le había escapado un grito de alegría al ver la gran cantidad de piezas de color teja, ocre y azul oscuro (que se correspondían con los tres materiales de construcción: ladrillo, piedra arenisca y pizarra) y los planos para levantar las distintas estructuras.

El niño y Bodil juntaron las cabezas y discutieron los proyectos que construirían con ayuda de Mathis. Las palabras que cazó al vuelo Clara invitaban a pensar en objetivos ambiciosos. Al parecer Mathis les había prometido montar una maqueta del teleférico que pondría en marcha el año siguiente para la compañía de minas.

La señora Olsson, que estaba sentada a la izquierda de Clara y enfrente de Paul, le cogió la mano y dijo en voz baja mirando al niño:

—Por él no tendrá que preocuparse. Para su hijo el señor Hætta ya forma parte de la familia. Será un buen padre para él.

Clara bajó la mirada. La señora Olsson había expresado con palabras exactamente lo que estaba pensando.

—Y ya ha oído lo que dice su madre: los echa mucho de menos — continuó la señora Olsson—. Están hechos el uno para el otro. Y a la larga, eso no podrá cambiarlo ni Silje Svartstein ni nadie más.

Clara levantó la cabeza.

—Ay, cómo me gustaría creerla.

Røros, diciembre de 1895 – Sofie

Sofie oyó unos golpecitos. No sabía cuánto tiempo llevaba sentada en la butaca de su habitación, a la que se había arrastrado después de desayunar. El anuncio del compromiso de Moritz la había dejado literalmente sin fuerzas. No le habría sorprendido desplomarse como un suflé expuesto a una corriente

de aire. Parpadeó hacia la puerta con apatía incapaz de rehusar o hacer pasar a quienquiera que hubiera perturbado su tranquilidad. La manilla giró, la puerta se abrió dejando un resquicio y Eline se deslizó dentro de la habitación.

Sofie recordó una escena similar. ¿Realmente solo hacía un par de semanas que la criada la había visitado también a hurtadillas para llevarle por encargo de Per el uniforme de minero que debía llevar a la excursión a la Kongensgruve? Entonces su mundo todavía estaba en pie, o al menos eso pensaba. En realidad el accidente se había producido mucho antes, crecía dentro de ella y pronto revelaría a todo

el mundo lo que era: una muchacha caída en desgracia que había malgastado su posesión más preciada y se había expuesto a la vergüenza de forma irremediable.

Eline se acercó a la butaca, respiró hondo y le espetó:

—¿Hay algún modo de que pueda ayudarla?

—¿Tú? ¿Ayudarme? —preguntó Sofie con voz apagada.

—Sí, es que... Tengo la sensación de que algo la preocupa y...

Sofie se irguió un poco y negó con la cabeza. Quería pedirle a Eline que se marchara y que no perdiera el tiempo con ella. Abrió la boca pero fue incapaz

de proferir sonido alguno.

—Sé que no es muy apropiado —
continuó Eline con la voz entrecortada
—. Me refiero a que alguien como yo se
entrometa en los asuntos de los señores.
Pero usted siempre es muy amable
conmigo. Y lamento de corazón verla tan
infeliz.

Sofie miró a Eline, que estaba
delante de ella completamente
sonrojada. Como si hubiera cometido un
error del que tuviera que disculparse.
Sofie estiró un brazo y le cogió la mano.
El contacto la despertó.

—Es todo un detalle por tu parte.
Pero nadie puede ayudarme —dijo con
una sonrisa triste.

Eline también le apretó la mano.

—¿Es por Per? ¿Porque no puede estar con él?

Sofie retiró la mano y apretó los labios. Eline lo interpretó como una señal de enfado. Se estrujó el delantal con las manos.

—¡No se enfade, por favor! Sobre todo no con Per. Él no me ha contado nada. Solo pensaba en la noche de la función... Los dos parecían tan enamorados y... de pronto Per se marchó y usted... estaba tan triste... Entonces me pregunté si quizá su padre se habría encargado de que Per y usted ya no pudieran volver a verse y...

Eline enmudeció y bajó la mirada.

Sofie se obligó a levantarse. Tenía que evitar que la muchacha siguiera especulando. Sobre todo porque había dado en el clavo con sus suposiciones, aunque no hubiera acertado con el elemento más importante. La mención a Per y a lo imposible de su amor le dolió. Le puso la mano en el brazo.

—Tienes razón —dijo—. Mi padre jamás permitiría que Per y yo estuviéramos juntos.

El rostro de Eline expresó alivio.

—¿Así que no está enfadada porque me haya dirigido a usted?

—¡Claro que no! Al contrario, no hay muchas personas por aquí que muestren tantas atenciones y, sobre todo,

tanta compasión. ¡Solo por eso ya te estoy muy agradecida!

Eline la miró con una sonrisa franca.

—Ya sé que yo no puedo hacer gran cosa. Pero... he... he pensado que quizá sus abuelos puedan ayudarla. —Eline siguió hablando rápidamente—: Tienen una relación muy cercana, ¿verdad? Y son muy cariñosos, lo noté enseguida cuando vinieron para el entierro. Imagínese, su abuela recordó mi nombre a la primera. Me preguntó si echaba de menos a mi familia y quiso saber cómo estaban mis hermanos. ¡Y al despedirse me dio nada menos que una corona! A pesar de que yo apenas había hecho nada por ella.

Teniendo en cuenta que la criada recibía un salario anual de unas ochenta coronas, efectivamente se trataba de una propina más que generosa. Sin embargo aún era más sorprendente el interés personal que le había mostrado Toril Hustad. Sofie se reconoció que muy pocas veces se había planteado cómo soportaba la adolescente Eline tener que vivir y trabajar en casa de unas personas desconocidas y solo poder ver a su familia cada varias semanas. Se avergonzó al darse cuenta de la ignorancia que mostraba tan a menudo.

Al mismo tiempo, la mención de sus abuelos abrió una hendidura en el velo de desesperación que la envolvía. Si

había alguien que no la condenaría, serían ellos dos.

—Muchísimas gracias —dijo con una sonrisa—. Si no fuera por ti no se me habría ocurrido. Escribiré a mi abuela.

Eline asintió con vehemencia.

—Hágalo sin falta. Estoy segura de que se pondrá de su parte.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió una última vez hacia Sofie, cruzó los dedos índice y corazón de la mano derecha, y dijo:

—¡Suerte! *Jeg krysser fingrene!*

En cuanto Eline salió de la habitación, Sofie se sentó a la mesa y

comenzó a escribir la carta a su abuela. El ímpetu inicial cedió enseguida, ya que el relato de los acontecimientos del verano y los reproches que la devoraban por dentro le parecían demasiado prolijos y lastimeros. Después de arrugar una docena de pliegos que acabaron en el fuego de la estufa, Sofie se mordió el labio, garabateó unas pocas líneas en el papel, y acto seguido lo metió en un sobre, apuntó la dirección y lo dejó en el vestíbulo, en el que se apilaban numerosas notas de agradecimiento y felicitaciones de año nuevo que debían llevarse a la oficina de correos después de aquellos días festivos.

Røros, primer día de Navidad de 1895

Queridísima *mormor*,

Perdona que te aborde así, pero no sé a quién más dirigirme. Te escribo profundamente desesperada y pongo mi destino en tus manos.

Espero un hijo de un hombre al que equivocadamente atribuí intenciones serias. Sus promesas eran vanas. Mi confianza en que asumiera al menos su responsabilidad como padre se ha desvanecido. Nadie sabe nada aún de mi equivocación, pero no podré ocultarla mucho más tiempo.

Apenas me atrevo a preguntártelo: ¿puedes ayudarme?

¿Qué debo hacer? Tú y el abuelo sois mi última esperanza.

Se despide cariñosamente tu desgraciada nieta,

Sofie

Tres eternos días de temerosa espera después, llegó una carta del abuelo Roald desde Trondheim. Estaba dirigida a Ivar Svartstein, que la recibió el sábado 28 de diciembre con el correo de la mañana, y la leyó a sus hijas durante el desayuno. Después de dar las gracias por los regalos y las felicitaciones de Navidad, y expresar su deseo de que Ivar y sus hijas hubieran disfrutado de las fiestas, Roald

continuaba en tono más serio:

No quiero inquietaros, pero el estado de salud de Toril me tiene preocupado. La muerte de su querida hija le ha supuesto un duro golpe. El sufrimiento anímico está haciendo mella en su cuerpo, se está consumiendo y cada vez enferma con mayor facilidad. Ya no sé qué hacer. Nuestro apreciado doctor hace todo lo que está en su mano, pero no tiene ningún remedio contra la aflicción ni la melancolía.

Ya que Toril habla a menudo de Sofie, que en muchas cosas le recuerda a su difunta hija, te escribo

para pedirte un gran favor, querido Ivar: ¿podrías prescindir de tu pequeña durante un par de meses para que le haga compañía a su abuela en Solsikkegård? Estoy seguro de que eso ayudaría a mi esposa a superar por fin la pérdida y encontrar de nuevo razones para vivir.

Ivar interrumpió la lectura y frunció el ceño. Sofie, que lo había escuchado con el corazón acelerado, se secó las palmas de las manos en la servilleta y contuvo la respiración. Silje siseó algo parecido a que «*mormor* ya tiene edad para cuidar de sí misma. ¡Cómo ha

podido abandonarse de ese modo!».

Ivar le dirigió una mirada severa.

—No se deben juzgar los sentimientos de los demás solo porque no se compartan.

Sofie notó que Silje se estremecía y miraba asombrada a su padre. Seguramente no esperaba esa reprimenda por su parte. Ivar se volvió hacia Sofie y dijo:

—Por mi parte no hay ningún problema en que accedas a la petición de tu abuelo y te marches a Trondheim.

Sofie estuvo a punto de levantarse de un salto y abrazarlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas de alivio. La tensión y el miedo de los últimos días

cedieron. Así debía de sentirse un ahogado al que lanzaran un salvavidas en el último momento. Se tranquilizó y se esforzó por esbozar un gesto comedido y afectado.

—Lo haré encantada —respondió—. Espero no decepcionar al abuelo y conseguir animar un poco a *mormor*.

—Bien, entonces telegrafiaré a Roald avisándole de que irás. Lo mejor será que te marches antes de Nochevieja, el mismo lunes. Imagino que tu abuela se alegrará de entrar en el año nuevo contigo.

Se puso de pie y salió del comedor. Silje también se levantó.

—Me parece indecoroso, por

expresarlo con suavidad y no decir impertinente, que el abuelo se aproveche de tu tiempo de forma tan desmedida — dijo mirando la carta—. Y que además te condene a pasar varios meses en una finca rural apartada donde nunca sucede nada. No me extraña que la abuela esté triste allí. Deberían volver a mudarse a la ciudad y relacionarse con gente. O hacer un viaje.

Sofie decidió no responder. Silje hizo una mueca de desprecio.

—Aunque es perfecto para ti. En Solsikkegård puedes abandonarte a tus fantasías siempre que quieras y esconderte en tu concha —resopló, y se marchó a toda prisa.

Sofie la siguió con la mirada y murmuró:

—¡Si tú supieras!

Sintió un escalofrío al pensar en el rostro de su hermana desencajado por el horror, la indignación y la consternación cuando se enterara del embarazo. Cogió la carta y volvió a leer las líneas que anunciaban su salvación. Debajo de la despedida, había añadido una posdata dirigida a ella:

P.D.: Querida Sofie, ven pronto. Todo saldrá bien. Con cariño, tu *morf*.

Se le hizo un nudo en la garganta.

No, no era un sueño. Sus abuelos realmente estaban dispuestos a recibirla con los brazos abiertos y a ayudarla. No habían titubeado, habían respondido enseguida e incluso se habían inventado una historia de forma que tuviera un motivo plausible para ausentarse varios meses. Sofie se apretó la carta contra el pecho y susurró con voz llorosa:

—¡Gracias! —Agachó la cabeza hacia el vientre y añadió—: ¡Verás como todo sale bien!

Durante los dos ajetreados días anteriores a su inminente partida, el vestuario de invierno de Sofie fue a

parar a un baúl-armario, y se llenó un segundo con ropa interior, camisones, vestidos de casa y corsés. Mientras Eline y Britt planchaban, lustraban zapatos, quitaban manchas, remendaban costuras y cosían botones, Sofie completó una pequeña ronda de visitas para despedirse de las familias más cercanas y se dispuso a buscar un sustituto para la biblioteca.

El sacristán Blomsted, la primera persona a la que preguntó, sacudió la cabeza con gesto preocupado y aseguró que nadie podría ocupar el puesto de Sofie, que no encontraría un sustituto adecuado en todo Røros, y que el préstamo tendría que cancelarse hasta su

regreso. Su amigo el director de la escuela, si bien lamentaba asimismo la prolongada ausencia de Sofie, estaba de acuerdo con ella en que la biblioteca debía seguir abriéndose con regularidad. Ole Guldal se mostró de acuerdo con la propuesta de Sofie de preguntar a la nieta del señor Hagstrøm, un viejo compañero de su padre. Recordaba que, en su etapa escolar, era de fiar y trabajaba a conciencia. La muchacha de diecisiete años, que desde el principio era una de las usuarias habituales de la biblioteca, se sintió honrada de que confiaran en ella para esa tarea de gran responsabilidad, y les aseguró que estaría a la altura del ejemplo de Sofie.

El último trayecto que recorrió la tarde del domingo con el trineo de su padre, que había puesto a su disposición el vehículo junto con el cochero para su ronda de despedidas, la llevó al puesto de *skyds* junto a la estación. Junto a ella iba la caja del clavicordio de su madre, envuelta en una manta. Sofie se lo había llevado a su habitación cuando, en otoño, su hermana había reclamado para sí el camarín y el dormitorio de la difunta y se había instalado allí. Ahora quería prestarle el instrumento a su antiguo alumno, Paul. Así podría practicar en todo momento, y no dependería del armonio de la sala de ensayo de la escuela. Sofie había estado

tentada de llevar personalmente el clavicordio a la Casa de los Abedules y despedirse también de Clara Ordal. Pero la voz de la razón se lo impidió. Corría un riesgo demasiado alto de que el cochero se fuera de la lengua o de que alguien más se enterara de que la hija menor de los Svartstein mantenía una relación de amistad con la joven viuda, y de que su secreto bien guardado llegara a oídos de Silje. Sofie tendría que contentarse con decir adiós a Clara y a su hijo por escrito, y que un trineo de punto transportara su préstamo al Hittersjøen.

Eline la había ayudado a desatornillar las patas y a sacar el

instrumento de la casa sin que nadie se diera cuenta. Sofie estaba segura de que nadie notaría su desaparición, pero no quería tener que dar explicaciones. En caso de que alguien preguntara por él durante las semanas siguientes, la criada explicaría que estaba reparándose por una grieta en la tapa.

Durante esos últimos días, Eline se había convertido en una aliada cuya ayuda aceptaba con remordimientos. No solo porque podía ponerla en un aprieto, sino sobre todo por lo agradecida que se mostraba la muchacha en vista de la confianza que depositaba en ella su señora. Eline seguía pensando que la separación de Per era lo único que le

pesaba a Sofie. Intuía que la invitación de sus abuelos perseguía el objetivo de reflexionar tranquilamente cómo podrían convencer a Ivar Svartstein de que Per era un buen marido para su hija a pesar de su origen «modesto». Eline estaba orgullosa de formar parte de aquella conspiración.

¿Se habría mostrado tan dispuesta a ayudar a Sofie si hubiera conocido el verdadero motivo? ¿Era correcto aprovecharse de la buena fe de la muchacha? Sofie apartó esas preguntas de su mente. En su situación no podía permitirse remilgos morales. Para amortiguar ligeramente su sentimiento de culpa, al despedirse le regaló a Eline un

delicado paño de lana peinada con el que podría coserse un vestido, y un broche de esmalte a juego con un estampado de flores. Descartó su idea inicial de recompensar la ayuda de la criada con dinero. Suponía que Eline lo interpretaría como un pago por sus servicios y se sentiría herida. En cambio se alegró mucho al recibir la tela y el adorno, y le dijo adiós con voz llorosa.

El lunes por la mañana, cuando Sofie se subió al vagón de primera clase de la línea de Røros y ocupó su asiento acolchado con terciopelo rojo junto a la ventana, aún estaba oscuro. El sol

saldría hacia las nueve y media, cuando el tren ya estuviera a muchos kilómetros de la pequeña ciudad minera. Mientras Sofie observaba el reflejo de su pálido rostro en el cristal, tras el que, más que ver, intuía el paisaje nevado, le vinieron a la mente imágenes de viajes pasados por ese mismo trayecto: de niña con su madre de camino a las vacaciones de verano o a celebraciones familiares en Trondheim, con Silje y los abuelos tras el entierro de Ragnhild, y por último con Per en un vagón de tercera clase, solo hasta Tyvold.

En todos aquellos viajes nunca había tenido motivo para dudar de que después de cierto tiempo tomaría el tren

en dirección contraria y regresaría a Røros. Sin embargo, esa mañana de invierno Sofie emprendía un viaje incierto. La estación de Trondheim no era más que la primera etapa del camino a un futuro que Sofie no podía imaginar. ¿Qué les esperaba a ella y al bebé? ¿Qué planes tendrían los abuelos para ellos? ¿Tendría que dar en adopción al niño o, peor aún, dejarlo en un orfanato? ¿O le buscarían un marido a Sofie dispuesto a reconocer a su hijo? Sofie apretó los labios. Ninguna de aquellas opciones era agradable.

El cielo se aclaraba al este, detrás de la cordillera. Un par de nubecillas se iluminaron en tono salmón en el

horizonte. La salida del sol le dio esperanza. Se llevó la mano al vientre y dijo en silencio: «¡Mi pequeño! ¡Jamás te abandonaré! ¡No importa lo que pase! ¡Te lo prometo!»

El tren entró en la estación de Tyvold tocando el pito, y se detuvo con un chirrido. La mirada de Sofie recayó en un vagón de la línea de Arvedal y en los montones de mineral de cobre de las minas de Nordgruvfeltet, que esperaban junto a las vías a continuar su viaje hasta Trondheim. Suspiró. ¿Qué estaría haciendo Per en ese momento? «Olvídalo —le advirtió la voz de la razón—. Pronto serás responsable de un niño. Eso es lo único que importa.

Tendrás que sacarte a Per de la cabeza.»
«Sí, tendré que hacerlo —pensó Sofie
—. Pero jamás abandonará mi corazón.»

Røros, primavera de 1896 – Clara

Según el calendario, llevaban varias semanas de primavera. Los días se alargaban considerablemente; en Pascua, a principios de abril, el sol salía a las seis y media y no se escondía tras el horizonte hasta las ocho de la tarde. Sin embargo, aún no tenía fuerza suficiente para derretir el hielo del lago o la capa

de nieve que cubría el paisaje de Røros. A finales de mes las temperaturas apenas superaban los cero grados, y por las noches seguía helando.

Clara sacudió la cabeza con incredulidad al ver las violetas y las anémonas de bosque secas que Otilie había adjuntado a la carta por su cumpleaños y al leer su descripción del colorido que lucían los tulipanes, los narcisos y los pensamientos del jardín de los Dahlmann. Después de siete meses de nieve y hielo, Clara a veces dudaba de que algún día volviera a ver flores y superficies verdes. El invierno eterno le pesaba, sobre todo en los días grises en los que las nubes o la niebla

amortiguaban la luz y al mismo tiempo le ensombrecían el ánimo. Echaba de menos el clima suave de Renania y añoraba el calor, el trino de los pájaros y el olor a tierra recién arada.

La mañana del 28 de abril, un martes, Paul y Bodil habían esparcido corazones de papel por la mesa del desayuno en su honor y habían decorado su silla con flores de papel hechas por ellos mismos. Después de que Clara les sirviera la sémola de avena, Bodil le entregó un pliego de papel enrollado atado con un lazo. En él había escrito con una bonita caligrafía el poema *Mimes*, de Bjørnstjerne Bjørnson: a la izquierda el original noruego y a la

derecha una traducción al alemán que le había pedido al profesor.

*Jeg velger meg april
i den det gamle faller,
i den det ny får feste;
det volder litt rabalder, –
dog fred er ei det beste,
men at man noe vil.*

Escojo abril,
el mes en que lo viejo cae,
y lo nuevo adquiere fuerza;
así se forma cierto alboroto,
pero no es lo mejor, la paz,
sino el querer algo.

*Jeg velger meg april,
fordi den stormer, feier,
fordi den smiler, smelter,
fordi den evner eier,
fordi den krefter velter, –
i den blir somren til!*

Escojo abril,
porque sopla y azota,
porque sonríe y se funde,
porque tiene vigor,
porque despierta fuerzas,
porque en él nace el verano.

Clara lo leyó y miró asombrada a la
pequeña:

—Es un poema muy bonito.  Qui n

te lo ha enseñado?

—Nadie. Lo encontré yo sola. En un libro de los de séptimo —respondió Bodil—. Alguien lo dejó por ahí y yo lo leí mientras esperaba a que Paul saliera de clase con el sacristán la semana pasada.

—¿De los de séptimo? No sabía que ya podías leer textos tan difíciles —dijo Clara.

Bodil se encogió de hombros.

—Las historias largas del libro no las entiendo. Pero ese poema me gusta. Porque habla de abril, el mes de tu cumpleaños. Y lo elegí para ti porque tienes muchas ganas de que por fin llegue el verano.

Clara se inclinó hacia ella y la abrazó.

—¡Muchas gracias! ¡Me ha hecho muchísima ilusión!

—Yo también tengo un regalo para ti —dijo Paul, y se sentó al clavicordio, que habían colocado junto a una pared del comedor. Desde que Sofie Svartstein se lo había enviado antes de marcharse a casa de sus abuelos, se había convertido en el núcleo de la vida de Paul. El préstamo de Sofie lo había dejado sin palabras y había cumplido un sueño, ya que de este modo tenía la oportunidad de practicar siempre que le apeteciera. Pasaba muchas horas delante del teclado todos los días, sobre todo cuando había

tormenta y hacía demasiado frío para patinar, hacer muñecos de nieve o alborotar.

A Clara le encantaba escucharlo tocar, y estaba impresionada por su dedicación, que al mismo tiempo la inquietaba un poco. La pasión de Paul lo elevaba a un mundo al que ella no podía seguirlo, cuyas normas y reglas desconocía, y en el que desplegaba una parte de sí mismo al que ella, como madre, no tenía acceso.

—La pieza se llama *Mi queridísima mamá* —anunció Paul después de que Bodil y Clara se sentaran, y comenzó a tocar.

Clara se sorprendió una vez más de

los sonidos que su hijo era capaz de producir con las teclas. No conocía la melodía. Paul debía de haberla compuesto por las tardes, cuando ella todavía estaba trabajando.

Mientras escuchaba a su hijo, Clara le dio las gracias mentalmente a Elmer Blomsted, sin el cual Paul habría tenido que renunciar a la ayuda de un experto para continuar con su educación musical. Después de pasar varias semanas sin profesor, el sacristán había saltado al ruedo y se había hecho cargo personalmente de la formación del niño. Elogiaba entusiasmado los progresos de su alumno, al que consideraba un muchachito muy prometedor, como decía

en el estilo ceremonioso que lo caracterizaba. Para gran alegría de Paul, le daba clases en el órgano de la iglesia, y el domingo de Pascua, durante la misa, le había dejado tocar los preludios de las cantatas *Christ lag in Todes Banden* y *Christ ist erstanden*, de Johann Sebastian Bach.

En aquella ocasión, Clara había escogido un asiento en el extremo de uno de los bancos traseros, como solía hacer siempre que iba a la iglesia. Todavía sentía una profunda incomodidad cuando participaba en los servicios de la Bergstadens Ziir. La necesidad de oír las lecturas de la Biblia, de reflexionar acerca del sermón, de rezar oraciones y

ruegos en comunidad y de cantar canciones edificantes chocaba con el malestar que sentía. Como católica, seguía siendo una marginada a cuya presencia se habían acostumbrado los demás, pero que aún era percibida por muchos como un cuerpo extraño.

El domingo de Pascua, mientras esperaba con Bodil delante de la iglesia a que Paul bajara del coro donde estaba el órgano, Clara vio varios rostros que la saludaban con amabilidad. Algunos fieles se detuvieron un momento junto a ella y elogiaron el talento de su hijo, que había aportado una nota especialmente solemne a la misa con su sentida interpretación. En esa ocasión, Clara

había vislumbrado qué se sentía al ser un miembro aceptado en la comunidad de Røros.

Al mismo tiempo decidió no hacerse ilusiones. El camino que tendría que recorrer para que la reconocieran como ciudadana de pleno derecho y para encontrar su sitio en la pequeña ciudad sería largo, y en su caso especialmente pedregoso. Por mucho que deseara que acabara el invierno, también tenía miedo de ese momento. El poema de Bodil lo expresaba a la perfección: el inicio de la primavera podía producir cierto alboroto, despertar fuerzas dormidas y dar lugar a cosas nuevas.

«¿Qué nos deparará a mí y a los

míos?»), se preguntó Clara mientras Paul terminaba su serenata de cumpleaños con una cadencia sublime y se volvía hacia ella y hacia Bodil con una sonrisa radiante.

Después del desayuno, el vigesimosexto cumpleaños de Clara transcurrió como cualquier otro día de labor. Gundersen llevó a los niños a la escuela y a Clara al Bergskrivergården, y más tarde los recogió. Como la señora Olsson guardaba cama por un resfriado con fiebre, Sofie Svartstein estaba en Trondheim, Siru no quería perder de vista a su rebaño de ovejas durante esas semanas en las que nacían los corderos, y el padre de Bodil había vuelto a la

carretera con sus hijos tras una breve visita durante las fiestas de Pascua, no había nadie a quien pudiera invitar para celebrarlo.

Al regresar del trabajo, cuando quiso entrar en la cocina a preparar la cena, Gundersen se interpuso en su camino.

—No, hoy descansará por una vez —dijo, y la condujo al salón. En la estancia contigua, el tintineo y los cuchicheos revelaban que Paul y Bodil estaban poniendo la mesa. Clara se sentó en una butaca delante de la chimenea, contempló las llamas y disfrutó de la ociosidad. Un rato después percibió el aroma de un asado.

Paul abrió la puerta del comedor, y Bodil, que se había puesto uno de los delantales blancos de Clara y una cofia de encaje, se colocó delante de ella, hizo una reverencia y dijo en tono marcadamente afectado:

—Señora, la cena está servida.

Clara rio entre dientes y la siguió hasta la mesa del comedor, donde Paul la ayudó a sentarse como un camarero de modales impecables y Gundersen estaba dejando una bandeja de percas que había comprado a un pescador de hielo y había asado con mantequilla de romero. Las sirvió acompañadas de patatas cocidas y zanahorias rehogadas. De postre, Gundersen trajo tarta de

queso. Cuando Clara lo felicitó por su habilidad repostera y se preguntó qué otros talentos insospechados ocultaría el hombre, este se sonrojó.

—No, no, esto no lo he hecho yo. No soy más que el portador.

Resulta que la señora Olsson, a pesar de su resfriado, no había querido renunciar a preparar un postre para Clara, y le había pedido a Gundersen que le entregara a la cumpleañera la tarta junto con un chal de ganchillo que le había tejido. Clara sonrió y se preguntó cuándo se atrevería por fin Gundersen a declararse a la señora Olsson. Había momentos en los que le daban ganas de hacerle una señal y

soplarle al oído las palabras a las que la dueña de la pensión respondería con un sí; se apostaría lo que fuera.

Clara daba vueltas en vano a los motivos de la timidez de Gundersen. La falta de afecto podía descartarse, ya que las señales eran inequívocas. ¿Acaso no se sentía a la altura de ella y creía que no podía ofrecerle lo que se merecía? ¿Se habría convertido en un solitario empedernido y temía por su independencia? ¿O temería quizás ofender a Clara, que lo había apoyado en sus peores momentos y lo había salvado de una vida en la casa de caridad?

Para evitar esa última posibilidad,

Clara había mencionado de vez en cuando durante las últimas semanas lo agradecida que le estaba a Gundersen por su ayuda en la Casa de los Abedules y lo mucho que disfrutaban los niños y ella de su compañía, y al mismo tiempo insistía en que no quería abusar de su altruismo ni interponerse en los posibles planes que pudiera tener. Le repetía que para ella lo más importante era su felicidad, sin importar dónde y con quién la encontrara. Gundersen reaccionaba a aquellos comentarios con un bochorno evidente, y cambiaba rápidamente de tema. Para Clara aquello era otra prueba más de que sus sospechas eran ciertas. «Tarde o

temprano sucederá», habría dicho Otilie en aquella situación, y le habría divertido ver lo interesada que estaba Clara en que el romance entre la dueña de la pensión y Gundersen llegara a buen puerto.

Después de la cena de cumpleaños, Gundersen y Bodil recogieron la mesa mientras Paul iba a buscar su caja de juegos. Primero fue el turno de «Los montañeros», un juego de mesa del cómico muniqués Lothar Meggendorfer, del que Paul también tenía algunos libros ilustrados. Después de que la figura de Bodil, un bávaro como es debido con *lederhose* y medias altas, terminara el recorrido con una clara

ventaja, practicaron su destreza con un par de partidas de mikado, que en noruego se llamaba *plukkepinn*, es decir, «recoger palillos». Antes de que Gundersen se retirara a su cuartito encima del establo y Clara enviara a los niños a la cama, el anciano les contó la historia del *Molino en el fondo del mar*, que les había gustado especialmente por su explicación de cómo había ido la sala a parar al mar y por el mensaje de que la codicia podía convertir la abundancia en un peligroso exceso.

Hacia las once de la noche, la Casa de los Abedules recuperó la tranquilidad. Paul y Bodil se habían dormido enseguida después de un largo

día. A la luz de la lámpara de la mesilla, Clara comenzó a leer la novela *De buena familia*, de Gabriele Reuter, que Otilie le había regalado por su cumpleaños. Apenas había leído las dos primeras páginas, en las que Agathe, la joven protagonista, recibía la confirmación en una iglesia de pueblo, cuando se detuvo en la frase «La luz de las altas velas titilaba agitada». Su habitación también estaba iluminada por un brillo parpadeante.

Se le aceleró el corazón. ¿Se había producido un incendio? Se levantó de la cama de un salto, se precipitó hacia la ventana, la abrió de golpe y apartó el postigo. No se veía humo ni llamas en el

establo, el granero ni en ninguno de los cobertizos. La luz venía del lago. Clara volvió a quedarse sin aliento. El hielo que lo cubría estaba ardiendo. En varios puntos se alzaban hacia el cielo llamas de varios metros de alto. Algunas de las hogueras se apagaron pocos instantes después, otras permanecieron encendidas alimentadas por una fuente invisible.

Clara decidió contemplar el espectáculo desde cerca, se vistió rápidamente y salió de la casa hacia la orilla del Hittersjøen. A la luz del fuego descubrió sobre una piedra una caja de madera, en cuya tapa alguien había escrito «Para Clara» en letras negras.

Dentro, envuelto en una gruesa capa de virutas de madera, había una maceta de barro con bulbos de jacinto y un papelito doblado que decía:

Una felicitación primaveral de cumpleaños desde Trondheim.

Clara contuvo la respiración y leyó el texto del reverso:

Querida Clara:

Se acerca el fin de la espera. Cuento los días que las normas del decoro aún interponen entre nosotros y nuestra felicidad, cuando por fin pueda anunciar a los cuatro vientos

mi amor por ti, igual que el fuego revela el gas que el invierno ha encerrado bajo el hielo.

Si tú también lo deseas, nada ni nadie nos podrá separar jamás.

Te quiere,

Mathis

Clara frunció el ceño. ¿Acaso no había leído la carta que le había escrito antes de su partida a Trondheim? Puede que Gundersen la entregara demasiado tarde en el Proviantskrivergården, pero Mathis debía de haberla visto a su regreso. ¿Había decidido ignorar sin más el ruego de Clara de que se mantuviera al margen de su vida? No,

semejante falta de respeto no parecía propia de él. Al menos habría intentado hablar con ella para aclararlo.

«Puede que ahora viva en otro lugar, y por eso no ha recibido la carta ni la leerá en el futuro —siguió reflexionando, y se dio cuenta de que eso era lo que esperaba en secreto—. Quizá sea mejor que no sepa que quise arrancarlo de mi corazón para ahorrarnos a él y a todos nosotros una desgracia. Puede que esto sea un guiño del destino.»

Clara levantó la mirada y oteó el lago, que volvía a extenderse ante ella bajo una penumbra difusa. A lo lejos ardía aún una última llama, junto a la

que una sombra oscura se deslizaba dibujando un amplio círculo. Se detuvo un momento, levantó un brazo, la saludó y se alejó a gran velocidad en dirección a Røros, hacia el extremo oeste del Hittersjøen. Oyó el zumbido de las cuchillas sobre el hielo. El corazón le dio un vuelco. No era un hechizo. Mathis había vuelto de verdad.

Cogió la caja con los jacintos y entró en casa. Se tambaleó, ligeramente mareada. Se sentía achispada y al mismo tiempo desfallecida. Hasta ese momento no había sido consciente de los esfuerzos que había tenido que hacer para apartar a Mathis de sus pensamientos, para prohibirse soñar con

un futuro en común, o para no regodearse en el recuerdo de los escasos encuentros que se les habían concedido.

Clara dejó la maceta en el salón encima de la estantería baja, delante del reloj de mesa de madera de nogal. Acarició absorta los capullos firmemente cerrados que aún no permitían adivinar si florecerían en tonos blancos, azules o rosas.

—¿De dónde saca su fe inquebrantable aquel que os ha traído hasta aquí? —murmuró en voz baja—. ¿Qué le hace estar tan seguro de que pronto podremos declarar nuestro amor? —Clara respiró hondo—. ¡Ay, ojalá yo

también tuviera semejante confianza y tan poco miedo!

«Bueno, para Mathis es más fácil — intervino una voz crítica en su interior —. Al fin y al cabo solo es responsable de sí mismo. Si los Svartstein le hacen la vida imposible aquí, no tiene por qué someterse a su voluntad, ya que puede buscar fortuna en cualquier otro lugar.»

«Es posible —replicó Clara—. Pero Mathis no es un egoísta temerario que solo piensa en su propio beneficio y no tiene en cuenta el bienestar de los demás. Jamás intentaría convencerme de que me marchara de aquí, de que volviera a desarraigar a Paul y de que dejara a Bodil en la estacada.»

Clara se frotó las sienes. ¿Estaría subestimando Mathis a los Svartstein? ¿Por eso era tan optimista? Recordó el rostro desfigurado por la rabia de Silje cuando la había amenazado en la oficina. «Quizá Mathis fuera un poco más escéptico si la hubiera visto así alguna vez», pensó Clara. En cualquier caso, sería una grave imprudencia por su parte esperar simplemente que Silje hubiera desistido de sus planes de casarse con él.

Buvika, primavera de 1896 – Sofie

Para Sofie los primeros meses del nuevo año fueron como un regreso a la infancia. En la propiedad de sus abuelos se abandonó a una despreocupación absoluta, sin interesarse por nada ni tomar decisión alguna. Se entregó agradecida a ese estado contemplativo consciente de que acabaría con el

nacimiento del niño.

Sus abuelos la habían acogido sin atosigarla con preguntas ni hacerle reproches. Trataban su equivocación como un desprendimiento de roca o una inundación cuyos daños hubiera que mitigar. Planearon cuidadosamente los pasos que conducirían a una solución discreta del «tema», como llamaba Roald al embarazo de su nieta.

El temor de Sofie de que la obligaran a desprenderse del niño no se hizo realidad. Al contrario, sus abuelos querían presentarlo como el huérfano de una antigua empleada que supuestamente había fallecido en un accidente junto a su marido poco después del nacimiento,

y criarlo ellos mismos. Sofie haría las veces de madrina, lo visitaría a menudo y se convertiría así en una parte importante de su vida.

Toril Hustad había añadido lo siguiente al plan:

—Y quién sabe, Sofie, quizás encuentres un buen hombre dispuesto a reconocerlo como hijo suyo o al menos acogerlo como protegido.

Sofie había reaccionado a aquella visión de futuro encogiéndose ligeramente de hombros, y había intentado que no se notara que no compartía aquella ilusión. Nadie podría ocupar el lugar de Per. Estaba convencida de que no viviría otro amor

en su vida, y no querría casarse si no sentía un profundo afecto por la otra persona. Su objetivo era aprender una profesión, ganar su propio dinero, y a medio plazo llegar a una situación en la que fuera capaz de mantenerse a sí misma y al niño. No le asustaba saber que aquella opción no sería un camino de rosas. La perspectiva de tomar las riendas de su vida le parecía liberadora y compensaba los inconvenientes.

A lo largo del mes de febrero resultó cada vez más difícil disimular la tripa de Sofie con corpiños y abrigos, de manera que poco después de su vigésimo cumpleaños abandonó Solsikkegård en compañía de su abuela;

oficialmente, se marchaba para hacerle compañía en un sanatorio situado a unos veinticinco kilómetros al suroeste de la península de Lade, a la orilla del Gaulosen, en un brazo del fiordo de Trondheim. Durante las semanas anteriores, Roald Hustad había expresado en numerosas ocasiones su preocupación sobre los nervios fatigados y el estado de debilidad de su esposa, de manera que los empleados y el servicio lo oyeran, y a continuación insistía en que debía someterse a una cura.

El sanatorio en los alrededores de Buvika, una apacible aldea rodeada por campos, praderas y bosquecillos, se

había fundado a principios del siglo XIX en los terrenos de una granja, y se trataba de un lugar de retiro donde los ciudadanos acaudalados podían recuperarse de enfermedades graves y rehabilitarse por medio de dietas especiales y distintos tratamientos como masajes o baños de barro. Después de un costoso acondicionamiento, la antigua vivienda albergaba las salas de examen y tratamiento, un comedor, una biblioteca y una sala de música. Los pacientes se alojaban en edificios más pequeños repartidos por el extenso terreno, a los que se llegaba a través de senderos de guijarros.

En 1892, el médico Gunnar Tåke se

había hecho cargo de la dirección del centro y había ampliado la oferta: en una unidad de partos adaptada a los últimos avances médicos, ahora las damas de la alta sociedad tenían la posibilidad de ponerse en manos de comadronas y obstetras de formación, que también cuidarían de la madre y del niño en los días y las semanas posteriores al nacimiento, y que además podrían intervenir inmediatamente en caso de que se produjeran complicaciones o infecciones.

A pesar de que la reputación del doctor Tåke como médico experimentado era impecable, el nuevo servicio atraía a pocas mujeres casadas

a Buvika. La tradición de dar a luz en casa estaba demasiado arraigada, y la mayoría de las embarazadas sentía la necesidad de parir rodeadas por personas de confianza. Sin embargo, para las jóvenes en una situación comprometida como la de Sofie que disponían de medios suficientes, la nueva unidad del sanatorio de Tåke era un lugar ideal en el que podían contar con la discreción y la profesionalidad del personal en un ambiente elegante.

Sofie enseguida se sintió a gusto en la *suite* que ocupó con su abuela. Aprovechó la posibilidad de que le llevaran allí las comidas, agradecida por no tener que reunirse con las demás

en el comedor. Aquellas tres habitaciones se convirtieron en su refugio, del que solo salía para las visitas del médico y para dar largos paseos. Las vistas del parque que se extendía desde su casita hasta la orilla del fiordo y las horas que pasaba al aire libre rodeada por la naturaleza, que en marzo ya despertaba al clima templado de la llanura de Trondheim, calmaron los ánimos de Sofie y le permitieron concentrarse en la vida que crecía en su interior. Le encantaba sentarse al sol en el balcón de su habitación, acariciarse el vientre y tararear las melodías que le cantaba su madre. En esos momentos se sentía una con el niño, se imaginaba

cómo sería tenerlo en sus brazos o sentir la mano de su hijo en la suya más adelante, cuando diera sus primeros pasos.

«¿Qué nombre te quedará mejor? — le preguntaba en silencio al pequeño—. ¿Serás alguien con agallas, con voz propia y seguro de ti mismo? ¿O más bien reservado y tímido? Estoy impaciente por conocerte.»

A finales de abril, Sofie sintió un tirón en la espalda que se producía a intervalos regulares. Suponiendo que el parto era inminente, su abuela llamó a una comadrona. Esta le indicó a Sofie que se diera un baño caliente, y explicó:

—Las contracciones del parto

aumentan en el agua caliente, en cambio las contracciones de práctica remiten en poco tiempo.

Su sospecha de que solo se trataba de contracciones de encajamiento se confirmó. Después de palparla cuidadosamente, se despidió informándola de que todo iba de maravilla y que ahora el bebé descendería hacia la pelvis y adoptaría la posición correcta boca abajo. Calculó que el parto tendría lugar en algún momento de los siguientes cuatro o cinco días.

Sofie, que hasta ese momento no había tenido molestia alguna y había pasado el embarazo como envuelta en un

nido protector, cayó presa del pánico. Le vinieron a la mente las imágenes de su madre y la tortura de su puerperio. Cada tirón en la espalda, cada patada y cada golpe del niño, que ahora en la pelvis tenía una libertad de movimientos mucho menor, le recordaban el dolor que estaba a punto de soportar. Su tripa no era más que una carga, las piernas se le hincharon, y por las noches le resultaba difícil encontrar una postura cómoda, y por lo tanto también conciliar el sueño, de manera que aún había más tiempo para los pensamientos sombríos. Aquellos días de espera le habrían resultado aún más insoportables sin su abuela, que la animaba, le aliviaba el

picor en la piel demasiado tensa con un trapo empapado en vinagre de manzana, y la entretenía con anécdotas divertidas de su juventud.

La mañana del sábado 2 de mayo, las contracciones aumentaron en intervalos cada vez más cortos, y Sofie se sintió casi aliviada. Caminó apoyada en un enfermero hasta el edificio principal, donde la recibió la comadrona y la condujeron a la sala de partos, donde además de una cama había una silla cuyo asiento tenía un hueco circular en la parte delantera. Durante las primeras horas, Sofie caminó del brazo de su abuela, en las pausas entre contracciones se sentaba en la cama y

trataba de seguir las instrucciones de la comadrona, que le indicaba cómo respirar.

Cuando por fin comenzó a dilatarse el cuello del útero, Sofie no pudo controlarse por más tiempo. Profería gritos que la asustaban a ella misma. Nunca antes había tenido que soportar un dolor físico como aquel. Se desplomó en la cama y clavó las manos en los cojines. Se rindió a una profunda desesperación. Volvió a recordar a su madre luchando contra la muerte, y estaba convencida de que se enfrentaba al mismo destino. Su abuela la acariciaba y le hablaba para tranquilizarla. Ahora las contracciones

se producían cada minuto, Sofie perdió la noción del tiempo y del espacio, sus pensamientos giraban en torno a una única idea: «¡Ayudadme! ¡No puedo más! ¡Haced que pare!»

Se distrajo al ver un movimiento rápido por el rabillo del ojo. La comadrona salió precipitadamente de la sala y regresó enseguida con el doctor Tåke, al que se dirigía con voz agitada. El médico parecía alarmado, se inclinó sobre el vientre de Sofie, la auscultó con el estetoscopio y aspiró aire con un siseo. Una contracción volvió a sumir a Sofie en el dolor que le nublaba el sentido. Cuando remitió, su abuela ya no estaba a su lado.

—*Mormor* —la llamó—. ¿Dónde estás?

La comadrona se inclinó hacia ella.

—Está en la habitación de al lado. Es mejor así.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿Voy a morir? —sollozó Sofie.

—Tranquilícese, por favor. Estamos haciendo todo lo que podemos —dijo el doctor Tåke—. Enseguida habrá pasado.

Antes de que Sofie pudiera preguntarle a qué se refería, le sostuvo un tampón delante de la cara. Un olor penetrante le inundó la nariz y la dejó sin aliento. Le temblaron los párpados. Se vio envuelta por la oscuridad y el silencio. Se hundió en un profundo pozo.

Sofie parpadeó. La oscuridad había dado paso a una claridad resplandeciente. Deslumbrada, cerró los ojos. Tenía calor, y la boca seca. ¿Cómo demonios había acabado en un desierto?

—¡Querida mía! ¡Gracias a Dios! ¡No te he perdido a ti también!

Sofie oyó la voz familiar de su abuela. Le costó mucho comprender el significado de sus palabras.

—*Mormor?* ¿Dónde estamos? — murmuró, y se obligó a abrir los ojos.

Tardó un instante en reconocer el lugar en el que estaba. Se encontraba en su habitación, en la *suite* del sanatorio. La abuela estaba sentada junto a su cama. Parecía trasnochada, tenía los

ojos enrojecidos y estaba pálida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó confusa Sofie. En cuanto pronunció las palabras, lo recordó. Se palpó bajo la manta buscando su vientre. Estaba blando y flácido. Se quedó helada—. ¿Dónde está mi hijo?

Toril le acarició la otra mano. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Está con Dios. Se lo ha llevado consigo.

—¡No! ¡No puede ser! —gritó Sofie—. ¡Pero si lo sentía todo el tiempo dentro de mí!

—Lo siento mucho —sollozó su abuela—. Pero su corazón sencillamente dejó de latir. El doctor Tåke sospecha

que tenía una grave lesión cardíaca y que por eso no pudo soportar el esfuerzo del parto.

Sofie gimió. Recordó la mirada preocupada del médico después de auscultarla.

—Pero ¿por qué me anestesió? Quizá podrían haberlo reanimado.

Toril negó con la cabeza.

—Era demasiado tarde. Estaban contentos de haberte salvado al menos a ti. Tu vida pendía de un hilo.

Llamaron a la puerta, esta se abrió y entró el doctor Tåke.

—¡Buenos días! Por lo que veo ya está usted mejor —dijo con una sonrisa jovial, se acercó a la cama de Sofie y le

cogió la muñeca—. El pulso sigue un poco débil, pero...

—¿Dónde está mi hijo? —gritó Sofie apartando la mano.

El médico intercambió una mirada con su abuela.

—¿Acaso no le ha dicho que...?

—¡Quiero verlo! —continuó Sofie—. ¡Es mi hijo! Quiero tenerlo en brazos al menos una vez, darle un nombre. Ni siquiera sé si es niño o niña. ¿Dónde está? ¡Quiero ir con él! —Sofie apartó la manta y trató de levantarse.

—¡Ese sería el mayor error que podría cometer! —El médico la sujetó por el hombro y la empujó suave pero decididamente de vuelta a la cama.

—¿Cómo puede ser un error querer ver a mi hijo?

—Está confusa, es completamente normal en su situación. Pero créame, por favor, es mejor que no se haga eso a sí misma. Ya tenemos experiencia en casos trágicos como el suyo. Verlo pondría en peligro su paz interior. Por muy difícil que le resulte, debe pasar página y mirar hacia el futuro.

Su abuela se inclinó hacia ella.

—Escúchalo, cariño. Solo quiere ayudarte.

—Por ahora duerma todo lo que necesite —dijo el doctor Tåke—. Después verá las cosas de otro color. Le pediré a una de las enfermeras que le

traiga un somnífero.

Hizo una reverencia hacia su abuela y salió de la habitación.

Sofie se hizo un ovillo. Se sentía vacía, como una cáscara hueca a la que se le hubiera arrancado lo más valioso que hubiera contenido nunca.

—Ojalá me hubiera muerto con él —
gimoteó, y se volvió hacia la pared.

Røros, mayo de 1896 – Clara

Los socios de la compañía de minas y algunos notables de la pequeña ciudad se reunirían la primera semana de mayo en la gran sala de conferencias del Bergskrivergården para tomar un refrigerio vespertino y brindar por el éxito de unas largas negociaciones con una empresa alemana que había

encargado una enorme cantidad de piritita y había anticipado más pedidos en el futuro. La cuantía considerable de aquel negocio no solo reportaría grandes beneficios a la empresa de cobre, sino que también aportaría una suma nada desdeñable a las arcas de la comunidad.

El señor Dietz insistió en que Clara participara en la celebración por ser su empleada más importante. Rechazó su objeción de que no encajaba entre aquella compañía tan ilustre, y de que estaría completamente fuera de lugar.

—Su humildad la honra, mi querida señora Ordal, pero se ha ganado usted con creces un sorbo de champán —explicó—. Al fin y al cabo ha

contribuido de forma sustancial a la conclusión de este contrato. Sin su ayuda, seguro que el proceso se habría dilatado aún más.

—Pero si solo he hecho mi trabajo y he redactado cartas —dijo Clara.

El secretario negó con la cabeza.

—Oh, no, ha hecho mucho más. Ha demostrado usted tener un olfato muy fino para encontrar el tono adecuado con el que dirigirse a negociadores un tanto exigentes. Yo mismo no habría podido llevar mejor esa correspondencia.

Clara abrió la boca para replicar. El señor Dietz levantó una mano.

—Nada de protestas, por favor, vendrá conmigo.

A última hora de la tarde, poco antes de cerrar, Mathis se presentó en la puerta del despacho. A Clara, que esperaba a que el secretario la recogiera para ir a la reunión, se le cayó la estilográfica de la mano. No había oído ni sabido nada de él desde la fogosa felicitación de cumpleaños en el lago.

—Qué bien que te encuentre aquí todavía —dijo, y entró—. Ya me temía que te hubieras marchado a casa.

La alegría que transmitía aceleró el corazón de Clara, que se puso de pie.

—Aún no había tenido ocasión de darte las gracias por las flores —dijo tendiéndole la mano.

Mathis se la cogió y la rodeó con las

suyas. A Clara se le contrajo el vientre. El contacto con él le llegó a la médula.

—Siento no haber dado señales de vida antes. Pero es que estos últimos días he estado fuera, en Kuråfossen. Se han retomado las obras de la central, y había que solucionar varias cosas. —La miró a los ojos—. No sé cómo he soportado todos estos meses sin ti.

Clara la devolvió la mirada y susurró:

—Yo tampoco.

Mathis la atrajo hacia sí.

—Amor mío, estoy impaciente por convertirme por fin en mi esposa.

—Pero ¿qué pasa con Silje Svartstein y su padre? —preguntó Clara

soltándose de su abrazo.

—Yo lo aclararé. Mañana mismo iré a hablar con ellos —dijo Mathis—. Nunca he respondido a las insinuaciones de Silje. Si ella se ha imaginado algo diferente, no es nuestro problema.

Antes de que Clara pudiera expresar su temor a que Silje no estuviera de acuerdo con él, el secretario Dietz entró en el despacho y miró a Mathis con gesto interrogante. Este se inclinó ante él.

—Señor Dietz, permítame presentarle al señor Hætta —dijo Clara.

El rostro de su jefe se iluminó. Estrechó la mano de Mathis.

—¡Ah, el ingeniero! Por fin lo

conozco en persona. He oído hablar mucho sobre usted. Nuestro director siempre se deshace en elogios. ¿En qué podemos ayudarlo? ¿O la señora Ordal ya lo ha atendido?

—La verdad es que también he venido porque necesito que me facilite unos documentos —respondió Mathis—. Pero sobre todo quería visitar brevemente a mi futura esposa. —Dirigió a Clara una mirada radiante.

El señor Dietz se mostró muy sorprendido.

—Vaya, ¡eso sí que son buenas noticias! Mi querida señora Ordal, ¡la felicito de todo corazón! —Se volvió hacia Mathis—. Debe usted saber que

aprecio enormemente a la señora Ordal. No podía haber escogido mejor.

—Muchas gracias —dijo Mathis.

La sincera alegría con la que el secretario reaccionó al anuncio de Mathis eclipsó por un momento el miedo de Clara hacia los Svartstein. Se abandonó a la euforia que sentía al pensar en que pronto sería la señora Hætta.

—Bueno, vayamos a buscar rápidamente al archivo los documentos que necesita —dijo el señor Dietz haciendo una señal a Mathis—. Señora Ordal, adelántese a la celebración, nosotros nos uniremos dentro de unos minutos.

Después de que los dos salieran de la estancia, Clara ordenó los papeles que había encima de su escritorio y se encaminó hacia la sala del primer piso, de la que le llegaba un batiburrillo de voces. Entró y se quedó cerca de la pared, junto a la puerta de la estancia, por cuyo parqué de madera lustrada unos treinta hombres se habían repartido en varios grupitos. Predominaban el gris oscuro y el negro de los fracs y las levitas de los caballeros, aligerados aquí y allá por los toques de color del vestuario de las escasas mujeres presentes. Clara reconoció a la esposa del secretario, que la saludó con simpatía, y a varias damas con las que

se encontraba de vez en cuando en misa o en la biblioteca. Dos criados recorrían la sala ofreciendo bebidas y diminutas rebanadas de pan sobre las que se habían enrollado apetitosas lonchas de jamón, de queso y de pescado ahumado.

La inmensa figura de Ivar Svartstein era el centro del grupo. Clara no pudo evitar pensar en un sol entorno al que giraban todas las demás estrellas del universo. A su lado descubrió a su hija mayor, Silje, que llevaba un vestido color berenjena confeccionado a la última moda. El encaje fruncido de la blusa, en un tono más claro, destacaba en el amplio escote de la chaquetilla ceñida a la cintura con mangas

ligeramente abullonadas. La falda con vuelo le llegaba hasta el suelo y crujía cuando Silje se movía. El conjunto lo completaba un sombrerito con plumas negras. Clara pensó en su hermana menor. ¿Cómo le iría a Sofie en casa de sus abuelos? ¿Y cuánto tiempo más se quedaría en Trondheim?

—¡Qué sorpresa! ¡No contaba con su presencia hoy!

Aquella voz profunda atrajo la atención de Clara de nuevo sobre Ivar Svartstein, que saludaba a alguien. Siguió su mirada y se volvió hacia la puerta, por la que en ese momento estaban entrando Mathis y el señor Dietz.

Mathis le guiñó un ojo a Clara, vocalizó en silencio las palabras «hasta ahora» y se acercó al grupo que rodeaba al director.

—Brindemos por nuestro joven ingeniero —dijo este, y apoyó una mano en el hombro de Mathis—. Gracias a él hemos podido ofrecer a la empresa alemana un negocio de estas dimensiones y...

—¿A qué se refiere exactamente? —lo interrumpió un caballero de mayor edad.

El hombre se sacó un monóculo del bolsillo del chaleco y examinó a Mathis con una mirada penetrante, a la que este no reaccionó. Una ligera contracción de

las comisuras de su boca le reveló a Clara que se estaba divirtiendo. En cambio entre las cejas de Ivar Svartstein se formó una profunda arruga. Miraba al hombre con enfado.

—Seguramente se habrá dado cuenta de que se está construyendo un funicular en Storvartsfeltet. ¡Es obra del señor Hætta! Su osada obra nos permitirá transportar grandes cantidades de mineral las veinticuatro horas del día independientemente de las condiciones meteorológicas que tantos contratiempos nos causan todavía. —Hablaba con orgullo. Un orgullo posesivo.

El caballero de edad avanzada se guardó el monóculo, murmuró algo

incomprensible e insinuó una reverencia diligente hacia Mathis. El rostro de Ivar Svartstein se serenó. Brindó con Mathis.

—¡Por la ingeniería!

Los presentes lo imitaron y levantaron las copas. El señor Dietz sonrió a Mathis y dijo:

—Ya que hemos comenzando con los brindis, ¿no deberíamos celebrar también otro acontecimiento inminente?

Ivar Svartstein se quedó de piedra.

—¿A qué se refiere?

—El señor Hætta me acaba de contar que contraerá matrimonio próximamente.

El señor Dietz inclinó la cabeza ante Ivar Svartstein con gesto solícito.

—Estoy seguro que se alegrará de saber que la futura novia que ha escogido lo vincula aún más estrechamente con nuestra sociedad, ya que se trata de...

Ivar Svartstein se echó a reír y se volvió hacia Mathis.

—¡Es usted increíble! Ni una sola señal durante meses, y de pronto pone toda la carne en el asador. Así que es cierto: aguas mansas esconden sorpresas.

Antes de que Mathis pudiera reaccionar, Ivar lo rodeó con el brazo y prosiguió en voz alta:

—Brinden conmigo por Mathis Hætta, que ya no solo está vinculado a

mí y a nuestra casa en el plano profesional. Efectivamente, no lo oculto, ¡me he encariñado con él! Tanto más me alegra saber que pronto tendremos una relación aún más cercana.

Entretanto las conversaciones de la sala habían enmudecido. Todos los presentes miraban a Ivar Svartstein y escuchaban su discurso. Clara vio la sorpresa y el asombro que reflejaban sus rostros. Oír palabras tan afectuosas de la boca del hombre más poderoso de la ciudad era seguramente un acontecimiento poco habitual.

Ivar Svartstein carraspeó.

—Mi querido amigo, ¿no crees que es una ocasión maravillosa para

anunciar oficialmente vuestro compromiso?

Clara se estremeció. Silje, que hasta entonces se había mantenido un paso por detrás de su padre, se adelantó con la mirada gacha en un gesto pudoroso y las mejillas ligeramente sonrosadas. La sonrisa triunfal que asomaba a sus labios desmentía la imagen de inocencia que trataba de proyectar.

Mathis se irguió de forma casi imperceptible. Sus ojos adquirieron un brillo metálico que Clara nunca antes había visto en él. Conocía esa mirada de otro rostro, que en ese momento en cambio irradiaba ternura y se dirigía hacia Mathis con expresión esperanzada.

El joven observó a Ivar Svartstein durante un segundo.

—Bueno —dijo entonces—, si usted cree que es el momento adecuado, yo por mi parte ardo en deseos desde hace tiempo.

Hizo una escueta reverencia hacia Silje, se volvió y atravesó la sala en dirección a Clara. Esta se tapó la boca con la mano y ahogó un grito. Sus pies se movieron por sí solos hacia la puerta. Mathis la cogió de la mano y la acercó hacia sí. La calidez de su cuerpo y el tacto de sus dedos, que envolvieron firmes los suyos propios, le dieron fuerzas. Se enderezó y levantó la cabeza.

—Es una alegría para mí

presentarles a Clara Ordal, mi futura esposa —dijo Mathis en voz alta.

Todos permanecieron inmóviles y en silencio, como si hubieran quedado congelados o hechizados. El rostro del señor Svartstein se había petrificado en una mueca de espanto. Así imaginaba Clara la escena del cuento de *La bella durmiente* en que la princesa se pinchaba con el huso de la rueca y caía en un sueño de cien años con toda la corte. «*Y se quedaron también dormidos los caballos en la cuadra, los perros en el patio, las palomas en el tejado, y hasta el fuego que ardía en el hogar se quedó quieto y se durmió, y el asado dejó de sofreírse, y el cocinero,*

*que iba a tirarle de los pelos al mozo de cocina por haber hecho algo mal, le soltó y se quedó dormido, y todo lo que respiraba se paralizó y se quedó dormido.»****** Esa escena siempre la había fascinado especialmente. Su mirada vagó involuntariamente hacia las velas de las arañas. A diferencia de lo que ella esperaba, las llamas titilaban en la corriente de aire que entraba del pasillo por la puerta abierta.

—¡No! ¡No se atreverá!

El chillido de Silje rompió el hechizo. Clara la miró y se asustó. El grito iba dirigido a ella. Silje estaba lívida y la miraba llena de odio. Su padre parecía aturdido. Confuso y

decepcionado, buscaba la mirada de Mathis exigiendo una explicación. «Este era su aspecto exactamente cuando me encontró a mí en lugar de a Trude en casa de mis suegros», pensó Clara. Para su propia sorpresa, sintió lástima de Ivar Svartstein, cuya soledad y tristeza percibía con la misma claridad que su propio miedo, que le cerraba la garganta.

Mathis dio un paso hacia él.

—Lo siento en el alma, ya que usted también significa mucho para mí. Siempre he apreciado mucho el afecto que me profesa, y no se me ocurriría arriesgarlo a la ligera. Pero mi corazón le pertenece a Clara. Y nada ni nadie me

obligará a cambiar de opinión.

A Ivar Svartstein se le petrificó el rostro.

—Eso ya lo veremos —gruñó—. Piense bien lo que está haciendo. Le doy una semana de reflexión.

Sus miradas se enfrentaron durante un instante.

—Vamos, cariño —dijo Mathis, rodeó a Clara con el brazo y salieron de la sala.

Diez minutos más tarde, la señora Olsson, con la que Mathis se alojaba de nuevo, sentó a Clara en una butaca de su salón, le echó una manta de lana por

encima de los hombros y le sirvió una copita del licor de hierbas que ya había empleado a principios de diciembre después de la escena de Silje en la oficina.

—¿Qué ha hecho con ella? — preguntó la dueña de la pensión—. La pobre tiene pinta de haber visto un fantasma.

Mathis se arrodilló junto a Clara y le cogió las manos. Después de salir del Bergskrivergården, le habían fallado las piernas. La conmoción se había apoderado de su cuerpo, le había robado toda la energía y la había dejado sin habla. Mathis la había cogido en brazos y la había llevado a la cercana pensión.

La felicidad embriagadora de estar tan cerca del hombre al que amaba se había visto ensombrecida por el estado de desamparo en el que se encontraba, no solo físicamente. Se sentía como una muñeca a la que empujaban de un lado a otro, y sobre cuya suerte no decidía ella misma. La experiencia era humillante.

La indignación que sentía volvió a encenderse y le reactivó la circulación. Se incorporó en la butaca, apartó las manos y fulminó a Mathis con la mirada.

—¿Cómo has podido?

—Perdona que te haya avasallado así. Pero ¿quién iba a imaginar que Svartstein malinterpretaría así las palabras del pobre secretario y que de

pronto me exigiría una explicación...?

—Disculpad, pero ¿podrías decirme de una vez qué ha sucedido? — lo interrumpió la señora Olsson.

—Mathis acaba de anunciar nuestro compromiso en presencia de Ivar Svartstein, de su hija y de todas las personalidades de Røros.

La señora Olsson arqueó las cejas.

—Oh, Dios mío, tengo el presentimiento de que no ha salido bien.

—Y con razón —dijo Clara—. El señor Svartstein ha amenazado abiertamente a Mathis y le ha dado un ultimátum.

El recuerdo del tono cortante que le había llegado hasta la médula y del

miedo que le había infundido siguió avivando su enfado.

Se levantó de un salto, se colocó enfrente de Mathis y le espetó:

—¿Por qué has tenido que provocar así a los Svartstein? ¿Por qué no has insistido en hablar con ellos en privado?

—Eso no habría salvado la situación—respondió Mathis. Se levantó del suelo pero no se puso de pie, sino que se apoyó en el respaldo de la butaca para quedar a la misma altura que Clara—. Me ha parecido más lógico huir hacia delante. Además estaba impaciente por reconocer por fin ante el mundo mi amor por ti. —Volvió a cogerle las manos—. Porque te quiero. Porque estamos

hechos el uno para el otro. Porque no puedo imaginar la vida sin ti.

La señora Olsson suspiró en voz baja y se secó una lágrima. Clara apretó los dientes. El cuerpo le pedía lanzarse a los brazos de Mathis y dejar de luchar contra los sentimientos que se habían ido apoderando de ella desde la primera vez que se habían visto.

Se obligó a respirar hondo, y dijo en voz baja:

—Pero es que no estoy sola. ¿Qué será de Paul y Bodil? ¿Has pensado en lo que significa para ellos que Ivar Svartstein nos declare la guerra? ¿Cómo vamos a seguir viviendo aquí?

—Ya verás cómo se tranquiliza y...

—comenzó a decir Mathis.

Clara negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Lo has humillado en público. Y has dado calabazas a su hija. Ivar Svartstein no permitirá que lo traten así.

Antes de que Mathis pudiera contestar, la señora Olsson le dijo:

—Me temo que la señora Ordal está en lo cierto. Sé que por lo general suele enfrentarse a los problemas con confianza. Pero en este caso sería una imprudencia ser demasiado optimistas.

Mathis asintió.

—Tampoco soy tan ingenuo de poner en juego nuestro destino a la ligera. Soy plenamente consciente de que los

Svartstein tienen muchas influencias y de que podrían conseguir que Clara y yo nos quedáramos sin trabajo. Pero en caso de que eso sucediera...

—Y de que jamás nos recuperaremos socialmente —añadió Clara.

Mathis ladeó la cabeza. Los ojos se le iluminaron con picardía.

—¿Con eso te refieres a personas como la esposa del director del banco y sus amigas? No tenía ni idea de que la simpatía de esas damas era tan importante para ti.

Clara hizo una mueca.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Además, yo puedo aguantar que

la gente me señale con el dedo y difunda rumores absurdos sobre mí. Pero me gustaría evitárselo a los niños en la medida de lo posible. Ya han pasado bastante los dos.

—Disculpa mi puerilidad. Pero no deberías olvidar que aquí hay muchas personas que no se apartarán de ti solo porque Ivar Svartstein o su hija mimada crean que tienen que ajustar cuentas con nosotros.

—Eso es cierto, querida —exclamó la señora Olsson—. No creo que haga falta mencionar a una servidora. Y piense en Sofie Svartstein, el sacristán Blomsted, el director de la escuela o su jefe el señor Dietz y su esposa. Sin duda

están de su parte.

Clara se dejó caer en el sofá junto a la señora Olsson.

—Reconozco que a veces soy una miedica. Quizá tengáis razón y lo vea todo demasiado negro. Pero ¿qué podría hacer el señor Dietz si Ivar Svartstein le ordena que me despida? ¿O cómo debería reaccionar el sacristán si este le da a entender que debería dejar de dar clases a Paul por su propio interés? No quiero que presionen a nadie por nuestra culpa, o que les causemos molestias. Y desde el asunto de los contratos con mi antiguo suegro y la empresa de cobre ya sabemos que Ivar Svartstein no dudará en hacer uso de su poder... —Se

interrumpió y le dijo a Mathis—: Perdonas, eso tú no lo sabías.

—¿Lo de los tejemanajes para cancelar los contratos con el aserradero de Ordal? Sí, mi madre lo mencionó. Hablasteis sobre ello en Navidad. Y a eso quería yo llegar. Incluso si perdemos nuestros empleos, eso no significa que estemos condenados a la pobreza. Lo cierto es que...

—No, desde luego que no — exclamó la señora Olsson, y apoyó la mano en la rodilla de Clara—. Llevo mucho tiempo pensando que debería aprovechar sus dotes de anfitriona. Podría ofrecer un alojamiento confortable a las personas que busquen

aire fresco, tranquilidad y naturaleza. Para empezar podría preparar las dos habitaciones de sobra que tiene en la Casa de los Abedules. Pero sin duda debería pensar en ampliarla para poder ofrecer más hospedaje.

Clara miró estupefacta a la señora Olsson.

—¿Quiere que abra una pensión? Entonces le estaría haciendo la competencia.

—¿A mí? ¡Ni por asomo! —dijo la señora Olsson—. A mi establecimiento se dirigen principalmente comerciantes y otros caballeros de viaje por negocios. Hace poco un vendedor de Molde me dijo que a su mujer le gustaría

acompañarlo a la zona minera en algún momento, pero que la espantan el hedor sulfuroso de la fundición y el martilleo constante. En su casa junto al Hittersjøen estarían muy bien atendidos y a pesar de todo seguirían cerca de la ciudad.

—Es una idea magnífica —dijo Mathis, que se dejó caer del reposabrazos al asiento y se volvió hacia Clara—. Y antes de que objetes que no dispones del capital necesario para financiar una ampliación, debes saber que tengo conocimiento de una fuente de dinero muy prometedora. Debo reconocer que no será fácil hacerla brotar y que...

La señora Olsson se inclinó hacia

Mathis.

—No se haga de rogar. ¿A qué fuente de dinero se refiere?

—Llevo un buen rato queriendo contárselo —dijo Mathis, y esbozó una mueca de fingida desesperación—. Pero es que no me dejan hablar. Veamos, mi madre me habló de la mina de cobre que explotaba el padre de Sverre Ordal.

—Sí, pero se agotó, y la esperanza de Sverre de dar con una nueva veta se frustró —dijo Clara—. Encargó un informe al despacho de minas.

—Esa es la cuestión. El dictamen que confirmaba la supuesta carencia de valor era falso.

—¿Quieres decir que engañaron a

Sverre? ¿Y así evitaron que pudiera salvarse de la ruina? —preguntó Clara.

Al mismo tiempo, la señora Olsson exclamó:

—¡Nunca pensé que Ivar Svartstein pudiera ser tan malvado!

—Él no fue el responsable de esa bajeza —dijo Mathis—. El informe lo encargó un tal Slokkmann.

—El predecesor del secretario Dietz —dijo Clara con el ceño fruncido—. Ya lo recuerdo. Cuando visité a su hermana para saber más acerca de las maniobras contra Sverre, me comentó que su hermano se jactaba de una fuente de ingresos que le permitiría llevar una vida despreocupada. Pero ella no sabía

a qué se refería.

—Pues ya sabemos cuál era el secreto —dijo Mathis—. En realidad hay al menos una veta más de cobre en la galería. Lo he comprobado yo mismo. Ese tal Slokkmann se encargó de que no se encontrara a primera vista. Seguramente quería dejar que pasara un poco el tiempo y más adelante hacerse con los derechos de explotación.

—¿Y cómo se puede esconder un yacimiento de mineral? —preguntó Clara.

—Esa veta de cobre discurre justo por debajo de la antigua galería. Slokkmann solo tuvo que realizar una pequeña voladura para ocultarla con las

rocas que cayeron. El perito al que envió después afirmó con toda seguridad que el lugar que debía analizar no contenía ninguna veta de valor.

—¡Qué sinvergüenza! —exclamó la señora Olsson.

—Sí, la verdad es que fue realmente perverso —dijo Mathis.

—Pero ¿cómo lo has descubierto? —preguntó Clara.

—Mi madre me dio la idea de investigar a fondo la vieja mina. Hace unos dos años, cuando la explotación ya había cesado, se dijo que la zona estaba encantada. Se lo contó un viejo pastor que llevaba sus ovejas por allí. Una noche oyó un retumbo y la tierra tembló.

Casi se murió del susto pensando que se habían abierto las puertas del infierno.

—Eso sería la voladura —constató la señora Olsson.

Mathis asintió.

—Desde entonces se piensa que el lugar está maldito y todo el mundo lo evita.

—Y eso no podía venirle mejor al tramposo de Slokkmann —dijo Clara.

—Si lo he entendido bien, podrían solicitarse los derechos de explotación para extraer el mineral, ¿verdad? —preguntó la señora Olsson.

—Así es —respondió Mathis—. Pero naturalmente eso requiere un gasto considerable. Por eso podríamos

buscarnos compañeros de armas o vender a un alto precio esta información. Sea como sea, es una buena garantía.

—Es cierto —dijo la señora Olsson, y le dio unas palmaditas en el brazo a Clara, que se frotaba las sienes y apretaba los labios con expresión indecisa—. Querida, no se desanime. ¡No olvide nunca que no está sola!

Clara le apretó la mano.

—Lo sé. Y me siento muy afortunada por ello. —Se puso de pie—. Ya es hora de que vuelva a casa. De lo contrario Paul, Bodil y Gundersen empezarán a preocuparse.

—Espera, te pediré un trineo —dijo Mathis y salió a toda prisa de la

habitación.

La señora Olsson lo siguió con la mirada y sonrió.

—Ay, les deseo de todo corazón que les vaya bien. Sin duda se merecen un poco de suerte.

—Me temo que Ivar Svartstein no está de acuerdo con usted —dijo Clara—. La verdad es que no tengo muchas esperanzas de que deje correr el asunto.

***** Jacob y Wilhelm Grimm, *La bella durmiente*, Rodríguez Clemente, José Miguel (trad.), Gusti (ilust.), Círculo de Lectores, Barcelona: 2002.

Trondheim, mayo de 1896 – Sofie

Sofie enseguida se recuperó físicamente del parto, y la primera semana de mayo regresó a Trondheim con su abuela. Toril había insistido en que no se enterrara al bebé siguiendo la costumbre arraigada de colocarlo en la tumba de un adulto fallecido recientemente y sin lápida, en este caso

en el cementerio de Buvika. Se encargó de que enviaran a Solsikkegård junto con su equipaje el pequeño ataúd en el que habían metido el cadáver justo después del parto. La misma noche de su llegada, lo llevó con su marido a un rincón apartado del parque, detrás de un espino, por donde rara vez se perdían los empleados o los visitantes. Roald Hustad cavó una fosa con sus propias manos. Su esposa había saqueado antes el jardín y los invernaderos, y cubrió el féretro con clavelinas, nomeolvides, primulas, nazarenos, corazones sangrantes y anémonas de bosque.

Sofie siguió a sus abuelos en silencio y como movida por unos hilos

invisibles. Seguía dominada por la sensación de vacío que se había tragado todo lo demás: el luto por su hijo, la añoranza de Per y la esperanza de salir de aquella oscuridad desconsolada. Todo, excepto una certeza: la de estar condenada para toda la eternidad. Tras innumerables horas de cavilaciones y noches en vela, Sofie estaba firmemente convencida de que ella era la responsable de la muerte del niño. Al principio no había querido tenerlo, y en algún momento se había planteado deshacerse de él. Había pecado y ahora había recibido el peor castigo posible: una criatura inocente había perdido la vida por su culpa. Jamás podría

redimirse.

Sofie se guardaba esos oscuros pensamientos para sí. Sabía que sus abuelos harían todo lo posible para disuadirla y consolarla. No merecía su compasión. Debía soportar el castigo. Sola. Era lo mínimo que le debía a su hijo. No habría soportado oír frases como «aún eres joven y estás sana, podrás tener muchos más hijos», o «el tiempo lo cura todo».

Sin embargo, lo peor era la fría voz de su interior que de vez en cuando le susurraba: «¿No es mejor así? Vuelves a estar libre de toda preocupación. Puedes continuar con tu antigua vida como si nada hubiera pasado.» Ser capaz de

pensar en algo así le confirmó a Sofie de que era una criatura despreciable.

El ambiente apacible de Solsikkegård ya no le ofrecía refugio y tranquilidad. Se sentía un estorbo en aquel bastión de la armonía donde todo le recordaba a las últimas semanas de embarazo, en las que había estado en paz consigo misma. Pensar en regresar a Røros aún le resultaba más insoportable.

El único lugar en el que Sofie se soportaba a sí misma era la tumba del niño. Durante los días posteriores al entierro se quedaba durante horas delante del pequeño túmulo sobre el que las flores se marchitaban lentamente. Sus abuelos la dejaron hacer. Roald le

colocó un banco sobre el que extendió una lona que la protegía de los chubascos que caían de tanto en tanto. Toril le llevaba bocadillos y té en una jarra que metía en una funda de corcho para conservar el calor. Para Sofie no eran más que dos sombras difusas a las que apenas distinguía tras el velo que le nublaban los sentidos. No percibía nada. Se había quedado petrificada en medio de aquella naturaleza que por fin despertaba.

Una tarde de martes, aproximadamente una semana después del entierro, Sofie estaba sentada en su

banco detrás del seto como de costumbre, con la mirada clavada en la tumba. Aguzó el oído al notar que se acercaban unos pasos. No era el paso ligero de la abuela Toril ni el caminar firme de Roald. Se acurrucó y contuvo el aliento con la esperanza de que no la vieran. Fue en vano.

Una voz que no creía que volvería a oír jamás dijo:

—Buenas tardes, Sofie.

Sofie se puso tensa y mantuvo la cabeza gacha. Notó que Per se quedaba de pie a su lado, justo al borde de su campo de visión. No amagó con tocarla o con sentarse junto a ella.

—Tu abuela me ha dicho que te

encontraría aquí.

—¿Por qué has venido? —preguntó en voz baja.

—Sentí que no estabas bien.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Y por qué crees que quiero verte? Nunca respondí a tus cartas.

—Pero tu corazón estaba conmigo.

Sofie cerró los ojos.

Después de desearlo durante meses, apenas soportaba oír el sonido de su voz. La seguridad con la que hablaba acentuaba su dolor.

—¡Vete, por favor! —exclamó—. No merezco ni que me mires.

—¿Es porque te dejaste seducir por aquel alemán? Reconozco que me moría

de celos al verte con él el pasado verano. Pero hace ya mucho tiempo de eso. Entre nosotros ha surgido algo que ese arrogante ni siquiera sabe que existe.

—¡Basta! —gimió Sofie, y escondió la cara entre las manos—. Soy culpable de una falta espantosa. La muerte de mi hijo pesa sobre mi conciencia. Es imposible que me ames. Soy un monstruo.

Sofie oyó que Per respiraba hondo y se movía. «Enseguida se irá y volveré a estar tranquila», pensó, y se mantuvo inmóvil. El corazón le latía con fuerza. Per se quedó.

—No me atrevería ni a imaginar por

lo que estarás pasando ahora mismo y qué estarás experimentando en tu interior —dijo en voz baja—. Sería pretencioso por mi parte. Pero sí puedo decirte una cosa: conozco bien los sentimientos de culpa. Los míos me acompañaron durante años. Nunca se lo he contado a nadie. Pero durante mucho tiempo estuve convencido de que mis padres murieron porque no fui capaz de controlarme.

Sofie levantó la cabeza y miró a Per por primera vez. Su ropa sencilla (un pantalón oscuro y un chaleco gris sobre una camisa blanca) realzaba su cuerpo atlético. Estaba afeitado, se había cortado el pelo y tenía la piel fresca y

ligeramente morena. Todo en él irradiaba energía y vitalidad, excepto sus ojos, sobre los que se había posado una sombra.

—¿No controlarte? —preguntó Sofie —. ¿A qué te refieres?

—Tenía un hambre terrible — comenzó a decir Per. Hablaba en tono apagado—. Me comí yo solo toda la cazuela de sopa de cebada que nos había regalado una vecina. Era invierno. Mis padres llevaban varios días enfermos y estaban en cama con fiebre, sin poder ir a trabajar. Mi hermano era el único que podía traer un poco de dinero a casa. Nos faltaba de todo.

Sofie se hizo a un lado en el banco y

con un gesto de la mano invitó a Per a tomar asiento.

—¿Cuántos años tenías?

Per se sentó.

—Jakob tenía nueve. Yo apenas tenía siete, aún era demasiado pequeño para trabajar en la cinta clasificadora de la fundición.

—¿Tus padres murieron entonces?

—Sí, los dos con poco tiempo de diferencia.

—¿Y por qué te culpabas de ello?

—Porque el médico que certificó su muerte dijo: «Esta maldita consunción. Si hubieran tenido suficiente para comer, aún estarían vivos» —respondió Per. Se detuvo y después continuó con voz ronca

—: Esas palabras se me grabaron a fuego. Para mí estaba claro que mi voracidad les había costado la vida. Si no hubiera engullido la sopa... Desde entonces no soporto la cebada.

—Qué horror —balbuceó Sofie—. ¿No había nadie que pudiera decirte que...? Es decir, es completamente absurdo...

—Claro que lo es —respondió Per—. Años más tarde comprendí que mis padres habrían sucumbido a la muerte con o sin sopa. El trabajo de negros ininterrumpido sumado a una alimentación insuficiente los debilitó de tal manera que no pudieron hacer frente a la gripe. Pero de niño yo no lo sabía.

Y no le conté a nadie lo de la sopa. Estaba terriblemente avergonzado. Aún me siento así a veces.

—Pobre. Debiste de sentirte muy solo.

Per asintió.

—Seguramente tanto como tú ahora.

Sofie se estremeció.

—No es comparable.

—Sí, yo creo que sí. No sé por qué crees que el niño pesa sobre tu conciencia. Si he entendido bien a tu abuela, tenía un grave defecto cardiaco. No puedes culparte por ello.

Sofie frunció el ceño. «¿Por qué se lo ha contado *mormor*? —se preguntó—. ¿Cómo se le ocurre revelar mi

secreto? ¿A un extraño? Nunca le he mencionado a Per.»

Como si le hubiera leído el pensamiento, Per dijo:

—Tu abuela es una mujer muy sensata y cariñosa. Supongo que se ha dado cuenta de lo que significas para mí. Y como también está muy preocupada por ti, se ha sincerado conmigo. Aunque no ha tenido que explicarme mucho. En el fondo solo ha confirmado lo que ya sabía.

—¿Cómo es posible que supieras... lo de mi...? —preguntó Sofie mirándolo con desconfianza.

—Como te he dicho, noté que algo te afligía. Estaba seguro de que no

guardabas silencio porque de repente no sintieras nada por mí. Así que algo debía de haber sucedido. Cuando regresé a Røros hace un par de días, le pregunté por ti a vuestra criada Eline, mi prima. Me habló de tu viaje a Trondheim y de los motivos que lo habían propiciado. Entonces le comenté que sospechaba que la enfermedad de tu abuela no era más que un pretexto, y que en realidad se trataba de otro asunto que tenía que ver con tu estado. —Per esbozó una breve sonrisa—. La pobre tardó un rato en comprender adónde quería ir yo a parar. Pero entonces recordó algunas cosas que le habían llamado la atención y que confirmaron

mis suposiciones.

—Pero cuando intuiste que yo... No entiendo por qué seguiste... por qué...

—¿Por qué no me aparté de ti con desprecio al saber que habías caído en desgracia? —terminó Per su frase y le buscó la mirada—. Porque para mí no es importante. Porque no cambia nada en mis sentimientos hacia ti.

Sofie apretó los labios y negó con la cabeza.

—Solo porque ahora no seas capaz de quererte a ti misma, eso no significa que a otros les suceda lo mismo — prosiguió Per—. Me duele que te tortures con tantos reproches. Sobre todo porque no entiendo los motivos.

—Porque al principio odiaba al bebé —exclamó Sofie—. Porque no quería tenerlo. ¡Porque estaba dispuesta a matarlo!

Se apartó de Per y sollozó. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas por primera vez desde la muerte de su hijo. Hasta entonces no había podido llorar, ni en el entierro ni durante todas aquellas horas en las que había velado la tumba. Ahora había abierto el grifo. De sus ojos brotaba un torrente de lágrimas que al mismo tiempo parecía inundar su interior, donde flotaba la niebla y le ardían las heridas que había abierto la pérdida de su hijo.

Per la volvió suavemente hacia él y

la abrazó con fuerza. Sofie apoyó la cabeza en su hombro y lloró como no había llorado en toda su vida.

Más tarde Sofie no habría sabido decir cuándo habían cedido las lágrimas y cuánto tiempo la había abrazado y acunado Per. Le pareció una eternidad. Cuando por fin se apartó de él, tenía el chaleco y la camisa empapados.

—¿Cómo conseguiste acabar con ello? —le preguntó con voz ronca.

—Juré ante la tumba de mis padres que lucharía contra aquellas injusticias. Que abogaría por unas condiciones de trabajo dignas. Que me ocuparía de que

nadie que se pasa la vida trabajando sucumbiera a la miseria ni se muriera de hambre.

Sofie vio que los ojos de Per comenzaban a brillar. Vio en ellos la pasión y al mismo tiempo la pena del pequeño que había perdido a sus padres demasiado pronto. Miró el túmulo bajo el que yacía su hijo.

«Per tiene razón —pensó—. El mayor sufrimiento lo causan las circunstancias insoportables. En mi caso y en el de tantas otras mujeres, se trata de la moral hipócrita de una sociedad que tacha de ramera a las chicas y a las mujeres que se entregan al hombre incorrecto, es decir, cualquiera que no

sea su marido. Y que al mismo tiempo considera que, para esos mismos hombres, seducirlas no es más que *peccata minuta*, y no les exige ninguna responsabilidad.»

Sofie se levantó y se acercó a la tumba.

—Haré todo lo posible por luchar contra estas injusticias —dijo en voz baja—. Quiero que el mundo que no has llegado a ver se convierta en un lugar en el que todos los niños sean bienvenidos, sin importar en qué circunstancias se hayan concebido o hayan nacido. ¡Te lo prometo!

Per se acercó a ella.

—Plantemos un árbol aquí. En

recuerdo de tu hijo. Y como señal de que su muerte no es el final de tu vida, sino el principio de una nueva.

Sofie se volvió hacia él.

—¡Nuestra vida juntos!

El rostro de Per se iluminó. Le rodeó la cintura con el brazo.

—¡No te soltaré jamás!

Sofie se arrimó a él.

—Gracias por no rendirte conmigo. Yo ya lo había hecho.

—Lo sé, pero no podía permitirlo. Habría perdido el regalo más valioso que he recibido nunca.

Sofie se estremeció. Le ofreció su boca con timidez. Per le cogió la cara con las manos y, delicadamente, la besó.

Røros, mayo de 1896 – Clara

El ultimátum de Ivar Svartstein expiró el día de la Ascensión, a mediados de mayo. Si hubiera sido por Clara, ese día también se habría acurrucado en casa a esperar a ver si la amenaza se hacía realidad. Desde la fiesta del Bergskrivergården había evitado la ciudad y le había propuesto al

señor Dietz seguir llevando a cabo sus labores desde casa hasta nuevo aviso. El secretario había accedido, a pesar de que Clara no podía realizar todas sus tareas a distancia. Se alegraba de no tener que renunciar a ella por completo, y se había mostrado más que dispuesto a hacer esa concesión, sobre todo porque en parte se culpaba de la situación de Clara: su falta de tacto la había situado en la línea de fuego de Ivar Svartstein y había dado que hablar a la gente.

El día de la Ascensión, Clara ya no pudo esconderse más. Paul estaba encargado de conferir un aire solemne a la misa en recuerdo de la entrada de Jesús en los cielos tocando varios

interludios con el órgano. Para evitar al menos las miradas curiosas y las preguntas antes del servicio, Clara no entró en la Bergstadens Ziir hasta que no sonó el repique de campanas que convocaba a los feligreses, y se apretujó con Bodil en el último banco del lado de las mujeres.

Después de las oraciones y las canciones preliminares, las bendiciones y la lectura del pasaje bíblico correspondiente del evangelio de Lucas, el sacerdote se subió al púlpito y comenzó su sermón. Empezó reflexionando sobre cómo interpretar la Ascensión de Cristo y dónde debía ubicarse el cielo. Si bien Clara al

principio solo había seguido sus palabras a medias, de pronto se había ganado toda su atención.

—Queridos fieles, en una epístola a los efesios, Pablo escribe: Dios ejerció la grandeza de su poder en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principado, autoridad, poder, señorío y todo nombre que sea nombrado, no solo en esta edad sino también en la venidera. —El clérigo levantó los ojos del texto, se apoyó con ambas manos en la barandilla del púlpito, miró a los feligreses y preguntó—: ¿Qué significa eso para nosotros? Significa que Jesús

el hombre actúa en nuestro mundo desde su posición junto a Dios y en colaboración con él. Esto también recuerda a los gobernantes en la tierra que su poder es limitado.

La mirada de Clara vagó por los bancos ocupados de la nave hacia delante, hasta los palcos del altar. El de la familia Svartstein estaba vacío, ni Silje ni su padre habían acudido a misa. «Qué pena que no estén oyendo estas palabras —pensó Clara—. Es como si se hubieran acuñado para ellos. Pero ¿les importaría eso lo más mínimo? Seguramente no.» Suspiró en silencio y se concentró de nuevo en el sacerdote.

—Sin embargo, no solo se trata de

hacer valer su poder —dijo para finalizar su discurso—. El hecho de que el crucificado se convierta en soberano (él, que estaba libre de pecado y soportó la cruz para expiar nuestra culpa) es una victoria de la justicia. —Hizo una breve pausa antes de anunciar—: Queridos feligreses, el día de la Ascensión celebramos nada más y nada menos que la ecuanimidad de Dios.

Mientras las notas del órgano inundaban la sala, Clara juntó las manos y rezó en silencio: «Permítenos participar de esa ecuanimidad. ¡No dejes que Ivar Svartstein destruya nuestra felicidad!»

Cuando salió de la iglesia con Paul y

Bodil, Mathis estaba fuera, junto a las puertas del cementerio.

—Mi madre quiere vernos —dijo después de saludar a Clara y a los niños, que lo rodearon saltando entusiasmados.

—¿Ahora? ¿Aquí? —preguntó Clara sorprendida. Siru prácticamente no se dejaba ver por la ciudad, y mucho menos un día de fiesta como aquel, en el que el tiempo soleado sacaba a casi todos los habitantes de sus casas.

—Tenemos que ir a la vieja fortaleza.

—Un lugar extraño para vernos. ¿Sabes por qué quiere que nos encontremos precisamente allí?

Mathis se encogió de hombros y

esbozó una sonrisa ladeada.

—No, como siempre ha guardado un silencio absoluto. Ya la conoces.

Clara asintió.

—Es cierto. Bueno, sus motivos tendrá —dijo, y llamó a los niños, que estaban jugando en la calle con dos compañeros de la escuela—. Vosotros dos id con Gundersen a casa de la señora Olsson y esperadme allí. Decidle, por favor, que hoy saldremos un poco más tarde hacia la Casa de los Abedules.

Clara se cogió del brazo de Mathis y caminó con él por la Rau-Veta, el callejón que conducía al puente superior. Al otro lado del Hitterelva,

sobre una pequeña elevación, se alzaba la antigua fortificación Korthaugen Skanse. Desde lejos vio dos figuras junto al polvorín. Eran Silje Svartstein y su padre. Cuando este distinguió a Clara y a Mathis, su rostro se ensombreció.

—¡Así que han sido ustedes! ¿Por qué nos han hecho venir aquí? ¿A qué viene tanto secretismo?

Les tiró un papel a los pies. Clara se agachó y lo recogió. La nota decía:

Ivar y Silje Svartstein:

Venid a la iglesia del fortín. Ya es hora de aclarar las cosas.

—No sé qué se propone con tanto

teatro —continuó diciendo Ivar Svartstein en dirección a Mathis, que observaba con el ceño fruncido el papelito que le tendía Clara.

—No ha sido él.

Siru había aparecido en aquella cumbre plana sin que ninguno se diera cuenta. Como de costumbre, llevaba su amplio abrigo de cuero, el pelo trenzado y el sombrero de ala ancha. Mientras Silje miraba a la pastora sin comprender nada, su padre se llevó la mano al cuello, contempló a Siru con los ojos como platos y se tambaleó hacia atrás.

—Así que me has reconocido —constató Siru con voz serena.

—Padre, ¿quién es esta persona? —

preguntó Silje—. ¿Por qué afirma que la conoces?

Ivar Svartstein no respondió. El sudor le perlaba la frente, estaba pálido y le costaba respirar. Siru clavó la mirada en Silje.

—No puedes casarte con él —dijo señalando a Mathis con la barbilla.

Silje frunció los labios.

—¿Cómo se atreve! ¿Quién es usted para entrometerse en este asunto sin que nadie se lo haya pedido?

—Su madre —respondió Siru.

La expresión altanera de Silje dio paso a un gesto de perplejidad. Buscó la mirada de Mathis y le espetó:

—¿Esa de ahí? ¿Su madre? ¡No me

lo creo!

Ivar Svartstein profirió un quejido de espanto. Se apoyó en la pared del polvorín con la respiración entrecortada.

«Le va a dar un ataque», pensó Clara.

Mathis contuvo el aliento y le apretó el brazo con tanta fuerza que le hizo daño. La soltó y se acercó a Siru.

—¿Acaso es mi...? ¿Fue él quien...?
—balbuceó.

Siru asintió.

—Lo siento, no quería que te enteraras. Pero ahora que...

—¿A qué se refiere? —gritó Silje en tono histérico.

Mathis se volvió hacia ella.

—A que somos hermanos. Medio hermanos.

Al mismo tiempo, Siru dijo:

—Pregúntale a tu padre qué sucedió la noche del solsticio de verano de hace veintinueve años. En este mismo lugar.

—No, no, no puede ser —se lamentaba Ivar Svartstein.

Siru abrió su bolso de cuero y sacó una cadena de la que pendía un colgante redondo de cobre.

—¿Te suena?

—Mi medallón para Trude —susurró Ivar Svartstein—. ¿De dónde lo has sacado?

—Te lo arranqué en la pelea.

—¿En la pelea? —preguntó Mathis

—. ¿Eso quiere decir que te forzó?

Siru lo miró.

—Por eso nunca te dije quién era tu padre. No quería que cargaras con ello. Que pensaras que podías convertirte en un hombre como él.

—Seguro que te lo ha robado —chilló Silje—. La gentuza como ella mente más que habla.

Siru encogió los hombros y le dijo a Ivar Svartstein:

—Mathis tiene la misma mancha de nacimiento que tú debajo de la clavícula izquierda. Parece una hoja de abedul.

Silje se desplomó.

—¿Cómo pudiste? —musitó mirando

a su padre con desprecio, miedo y rabia.

Ivar Svartstein la ignoró. Extendió la mano hacia el colgante. Le temblaban los dedos. Comenzó a hablar como en trance.

—Aquella noche quería pedirle a Trude que se casara conmigo. Junto a la hoguera a la orilla del río, donde se habían reunido los jóvenes a bailar. Pero ella no estaba allí. La busqué por todas partes. Por fin la encontré. Estaba en el puente superior a la luz de la luna. Estaba preciosa. —Le falló la voz, y carraspeó—. Cuando estaba a punto de acercarme a ella, Sverre llegó por el otro lado. Ella se lanzó a sus brazos y se marchó con él.

Clara sintió lástima al oír el dolor que transmitía su voz. «No lo ha superado —pensó—. Después de tantos años, la sigue amando tanto como entonces.»

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Mathis.

—Entonces se emborrachó. Cuando se encontró conmigo apenas estaba consciente —respondió su madre.

—¿Vivías en Røros en aquella época? No sabía que...

—Cómo ibas a saberlo. Nunca te he hablado del pasado —interrumpió Siru a su hijo—. Mi familia había instalado su campamento no muy lejos de aquí. Tenían pastos para sus renos en el

Rørosvidda. Aquel solsticio de verano, tonta de mí, salí sola a pasear. Tenía justo dieciocho años. No tenía ninguna posibilidad contra él. Estaba borracho, pero seguía teniendo la fuerza de un oso. Y estaba trastornado por el desengaño amoroso. No dejaba de gritar el nombre de Trude.

Clara se rodeó el cuerpo con los brazos. Al escuchar el sobrio relato de Siru, sintió escalofríos al imaginarla aquella noche, treinta años más joven, defendiéndose desesperada contra aquel hombre tan fuerte que, en su embriaguez, seguramente ni siquiera sabía a quién estaba atacando. Puede que solo viera a su querida Trude, que lo había

rechazado y había preferido a otro.

Ivar Svartstein seguía pareciendo aturdido. Miraba fijamente a Mathis y murmuraba con la voz apagada:

—Tengo un hijo, tengo un hijo.

De pronto se echó a reír. Sus carcajadas sonaban atormentadas, demenciales.

«¿Habrá perdido la razón?», se preguntó Clara, y contempló perpleja cómo el padre de Silje se arrodillaba y se golpeaba la cabeza contra el suelo.

—¡Tengo un hijo! —gritó.

La risa se transformó en un intenso sollozo que aumentó el espanto de Clara. Silje y Mathis también lo observaban perturbados.

Fue Siru la que se acercó a él, le puso la mano en el hombro y dijo:

—Venga, vete a casa. No hace falta que nadie te vea así.

A Clara se le hizo un nudo en la garganta. La generosidad que demostraba Siru con aquel gesto la emocionó y al mismo tiempo le extrañó. De estar en su lugar, no creía que ella fuera capaz de perdonar a un hombre que le hubiera hecho algo tan horrible. «Realmente tiene un gran corazón», pensó Clara acercándose a ella. Juntas pusieron a Ivar Svartstein en pie, lo sujetaron a izquierda y derecha y se lo llevaron de allí.

Hacia las diez, poco antes de que anocheciera, Clara y Mathis se sentaron en el banco que había delante de la casa de la Bjørkvika. Paul y Bodil estaban en la cama, el viejo Gundersen aún estaba de camino para llevar a la señora Olsson de vuelta a su pensión después de que hubiera cenado con ellos.

El sol estaba muy bajo sobre el horizonte y teñía de color dorado las olas del lago, sobre las que soplaban una ligera brisa. La pareja de papamoscas que en agosto se había marchado a su retiro invernal en África había regresado a principios de mayo, enseguida había comenzado a construir un nido en una amplia hendidura de la

pared del cobertizo, y en este momento estaba cazando moscas, que bailaban a la luz de los últimos rayos de sol. En las ramas de los abedules, que ya mostraban los primeros brotes verdes, la ardilla hacía ejercicio después del prolongado letargo de invierno; muy por encima de ellos graznaba un azor; y *Svarthvit*, la vaca, rumiaba tumbada en la hierba.

—Vaya día —dijo Mathis apoyando la cabeza en la pared de la casa.

Clara se volvió hacia él. Parecía agotado. Tenía los párpados medio cerrados, el pelo revuelto, y la piel traslúcida bajo sus ojos parecía pergamino. Había regresado pocos minutos antes, la había abrazado en

silencio y se había dejado caer en el banco. Clara ardía en deseos de saber cómo estaba, qué había estado haciendo en las últimas horas. No había vuelto a verlo desde que Siru y ella habían llevado a Ivar Svartstein a casa, dando un rodeo para evitar el centro de la pequeña ciudad.

—¿Ha dicho algo más? —preguntó él.

—¿Te refieres a tu... a Ivar Svartstein? No, no ha dicho nada. Creo que está conmocionado de verdad.

—No me extraña. A mí me ha pasado tres cuartos de lo mismo.

Clara le acarició el brazo.

—¿Tu madre te ha encontrado?

Quería ir a buscarte.

—No, he alquilado un caballo y he salido a cabalgar. Necesitaba estar solo un rato y digerir todo esto.

Clara asintió.

—Lo entiendo perfectamente. — Titubeó y prosiguió insegura—: ¿Puedo preguntarte una cosa?

Mathis la acercó hacia sí.

—Lo que quieras. No tengas ningún miedo a ofenderme.

Clara lo miró a los ojos.

—¿Estás muy enfadado con ella?

—¿Por no haberme dicho nunca quién era mi padre?

—Por no haberte dicho que era Ivar Svartstein. ¿No tendría que haberte

revelado el secreto al menos cuando lo conociste personalmente y empezaste a visitar su casa?

Mathis se rascó la barbilla.

—Reconozco que en un primer momento eso me molestó.

—¿Y ya no?

—No. Creo que ya sé por qué mi madre ha guardado silencio durante tanto tiempo. Quería darme la oportunidad de conocer a Ivar sin prejuicios.

—Así que no le importó que os entendierais tan bien —dijo Clara—. Tuvo que resultarle muy extraño.

—Sería lo lógico. Pero ella está por encima de esas cosas.

Clara apoyó la cabeza en su pecho.

—Tu madre es una mujer admirable.

Poca gente tiene semejante altura de miras.

—Sí, por muy excéntrica que pueda resultar a veces, ha sido y es la mejor madre que pueda imaginar. Ha hecho todo lo posible por darme una buena educación. Y ha conseguido que nunca me sienta inferior por mi origen dudoso.

—¿Cómo lo logró? Siendo una pastora y criándote sola, ¿cómo reunió los medios suficientes? —preguntó Clara.

—Mi madre no necesita gran cosa para vivir. Lo ahorraba todo para mí. Y cuando mi profesor de la escuela

primaria le comentó que podía aspirar a la universidad, ni siquiera se cuestionó costearme una plaza en un internado. Para ella era importante potenciar mi talento y darme así la oportunidad de ocupar un buen lugar en la sociedad noruega y sentirme seguro de mí mismo.

—Tuvo que resultarle muy difícil dejarte marchar, sobre todo a un mundo en el que te educarían a mirar por encima del hombro a las minorías como los lapones. ¿No tenía miedo de que te distanciaras de ella?

—No sé si sintió ese temor. Pero no tuvo ningún motivo para ello. Siempre estuve orgulloso de ella, de su independencia, de su rectitud. Ha sido

mi mayor ejemplo —respondió Mathis.

—Entonces seguro que fue muy doloroso separarse de ella, ¿no?

—Sí, echaba mucho de menos mi hogar. Pero la escuela estaba en una pequeña población de Hedmark, es decir que el paisaje era similar a este. Mi madre se mudó cerca de allí y pastoreaba sus cabras y sus ovejas por la zona para poder verme los fines de semana.

—Regalo de Dios —murmuró Clara.

—¿Cómo dices?

—Eso es lo que significa tu nombre en hebreo —respondió Clara—. Me lo contó tu madre una vez que le pregunté por tu padre. Nunca te consideró el fruto

de aquel horrible solsticio de verano, sino un regalo. —Clara rodeó a Mathis con el brazo—. Y eso es exactamente lo que eres para mí también.

Mathis le besó la cabeza.

—Tengo a las dos mujeres más maravillosas que se pueda desear. ¿Habrá en este mundo alguien más feliz que yo?

—Sí, yo —susurró Clara, y se arrimó a él.

El olor y la calidez de su cuerpo la envolvieron y le transmitieron una sensación de protección que evocó en ella la palabra «hogar». Al mismo tiempo, el hormigueo que le recorría el cuerpo auguraba los caminos

misteriosos y seductores que exploraría con Mathis.

«Santa Adelaida —rezó en silencio—, ¡gracias de todo corazón!»

Røros, primavera de 1896 – Sofie

Sofie sentía que el corazón le latía con fuerza cuando se vio con una bolsa delante de su casa paterna la tercera semana de mayo. La imagen familiar contrastaba radicalmente con la sensación de extrañeza que se había apoderado de ella al bajarse en la estación de Røros del tren con el que

Per y ella habían salido de Trondheim por la mañana. Se le hacía raro ver que la pequeña ciudad no había cambiado nada en absoluto en aquellos cinco meses, mientras que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

No había recibido respuesta al telegrama con el que había anunciado su regreso tres días atrás. No le había dado importancia, ya que estaba acostumbrada a que sus idas y venidas pasaran desapercibidas, y a que su padre y Silje no se interesaran muy a menudo por lo que hacía. Con ese argumento se había preparado mentalmente para la conversación que la esperaba.

En los días anteriores no había dejado de pensar en ello y había tratado de imaginarse cómo reaccionarían ambos a su compromiso con Per. ¿La desheredaría su padre, la apartaría de la familia y la echaría de allí con cajas destempladas? ¿O trataría de encerrarla y de hacer que entrara en razón? Aunque quizá le fuera indiferente, igual que tampoco parecía importarle volver a ver a su hija pequeña después de varios meses de ausencia. «Si fuera Silje, habría enviado el coche a la estación», pensó Sofie. Se encogió de hombros, respiró hondo y llamó al timbre.

Mientras esperaba a que le abrieran, sus pensamientos vagaron hacia Per.

Tras pensarlo brevemente, había rechazado su oferta de acompañarla a la boca del lobo y pasar aquel trago a su lado. Le estaba agradecida, pero sabía que debía enfrentarse a su padre ella sola. Quería luchar por sí misma y por aquella nueva vida; solo así podría dejar sus antiguas circunstancias con la cabeza alta.

—¡Señorita Sofie! ¡Qué alegría verla!

La exclamación de la criada sacó a Sofie de sus pensamientos. Pensaba que sería el ayuda de cámara Ullmann quien le abriría. Eline estaba vestida para salir a la calle y llevaba una cesta en el brazo.

—Buenos días, Eline —dijo—. Yo también me alegro. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. —Eline dejó la cesta, cogió la bolsa de viaje de Sofie y miró a su alrededor como buscando—. ¿Dónde está el resto de su equipaje? ¿Quiere que envíe a alguien a la estación a buscarlo?

—Más tarde —respondió Sofie—. No hay prisa.

Siguió a Eline hacia el interior y colgó el abrigo.

—Me alegro mucho de que haya regresado —dijo la muchacha, y continuó en voz baja—. La situación aquí es bastante tensa. La señorita Silje y el señor no se hablan.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos. Hasta la mañana del día de la Ascensión todo iba bien. Después del desayuno salieron juntos de la casa. Pero regresaron por separado. Desde entonces, la señorita Silje está de mal humor y pasa la mayor parte del tiempo en su camarín. Y el señor apenas se deja ver. Debieron de tener una pelea terrible.

—Hummm, qué raro —dijo Sofie—. Pero no quiero entretenerte, estabas a punto de salir a hacer recados. —Señaló la cesta de Eline.

La criada abrió mucho los ojos. Metió la mano, sacó un sobre, se aseguró de que seguían solas en el

vestíbulo y susurró:

—¿Será este el motivo de la pelea? La señorita Svartstein me ha pedido que la lleve inmediatamente a la oficina de correos y que la envíe urgente. —La carta olía al perfume de lirios del valle que utilizaba Silje, y estaba dirigida a Fredrik Lund, en Trondheim.

—Ayer llegó una carta de este caballero con el correo de la tarde. Britt me ha contado que la señorita Silje se sonrojó cuando se la llevó.

Sofie arqueó las cejas. ¿Por qué había retomado su hermana el contacto con el joven hijo del banquero?

—¿Ha regresado el señor Hætta ya de Trondheim? —preguntó.

—¿Por qué? ¿Qué tiene eso que ver con...? ¡No me diga! ¿Es que todavía no sabe que...?

—No, ¿el qué?

—Se ha producido un escándalo tremendo —dijo Eline sonrojada por la agitación—. Su padre organizó una celebración en el Bergskrivergården y animó al señor Hætta a anunciar su compromiso. Y eso hizo. Pero no presentó como su prometida a la señorita Silje, sino a la joven viuda Ordal.

Sofie se llevó la mano a la boca.

—¡Dios mío! ¿Se atrevió a hacerlo?

—Su padre se enfureció, lo amenazó y le dio una semana para que se lo

pensara mejor. —Eline se detuvo—. Es decir, hasta el día de la Ascensión. Pero el señor Hætta no se presentó aquí. ¿Qué habrá sucedido?

Antes de que la criada pudiera seguir especulando, Sofie dijo:

—Será mejor que vayas a la oficina de correos. De lo contrario tendrás problemas.

Eline se mostró disgustada.

—Oh, sí, la señorita Silje no bromea con estas cosas.

—Supongo que mi padre sigue en su despacho, ¿verdad? —preguntó Sofie.

—Sí, lo esperamos a cenar dentro de media hora —respondió Eline, se despidió con un gesto de la cabeza y

salió de la casa.

Sofie subió al primer piso, llamó a la puerta de las dos habitaciones de Silje, que en su día pertenecieron a su madre, y entró sin esperar una respuesta. El camarín estaba vacío. Lo cruzó y se dirigió al dormitorio contiguo, donde su hermana estaba sentada en el tocador retocándose las cejas.

—¡Sofie! ¿De dónde has salido? — exclamó al ver a su hermana en el espejo.

—Hace tres días envié un telegrama avisando de que llegaba hoy.

Silje se volvió hacia ella.

—No sé nada de ese mensaje. Pero no me extraña. En esta casa se ha ido

todo al garete.

—¿Al garete? —preguntó Sofie—. ¿Qué ha sucedido pues?

Decidió hacerse la tonta. Tenía curiosidad por saber cómo relataría Sofie los acontecimientos. Se sentó al borde de la cama, junto a la cómoda. Silje hizo una mueca. Sofie ladeó la cabeza.

—¿Y bien? ¿Me cuentas lo que me he perdido?

Silje resopló.

—¡Perdido, dices! Has tenido suerte de no estar aquí. Jamás me había sentido tan humillada. Y enterarme además de que nuestro padre... —Se calló y negó con la cabeza—. No, no soy capaz de

decirlo en voz alta. Sencillamente alégrate de habértelo ahorrado.

Sofie se levantó y se dirigió a la puerta.

—Bueno, como tú digas. Entonces no te molestaré más.

Silje la miró asombrada. Era evidente que no esperaba esa reacción. Ella no habría descansado hasta que se lo contaran todo con pelos y señales.

Sofie le sonrió con amabilidad y pensó: «Sé cuánto disfrutarías de que te suplicara y te sacara la información con sacacorchos. Pero no te daré ese gusto. Lo averiguaré de todos modos.»

Volvió a bajar y se sentó en el salón. Quería salirle al paso a su padre antes

de cenar y dejar atrás la charla con él lo antes posible. Un cuarto de hora después oyó la puerta y pasos pesados en el vestíbulo. Salió de la sala. El ayuda de cámara Ullmann, que le estaba quitando el abrigo, fue el primero en verla.

—¡Señorita Sofie! ¡Qué sorpresa!

—Buenas tardes, Ullmann. ¿Acaso nadie ha leído mi telegrama?

El ayuda de cámara frunció el ceño.

—Lo siento, se habrá traspapelado. Con el barullo que ha habido por aquí...

Sofie hizo un gesto de rechazo.

—No pasa nada. —Se volvió hacia su padre, que seguía allí con expresión ausente, como si no hubiera notado su presencia—. Buenas tardes, padre.

¿Puedo hablar un momento contigo?

¿Eran imaginaciones tuyas, o estaba viendo culpabilidad en sus ojos? Como si esperara una reprimenda.

—Por supuesto —dijo su padre con voz apagada, le dejó pasar al salón y le pidió con un gesto que se sentara en el sofá enfrente de su butaca—. Bueno, acabemos con esto de una vez.

Sofie tragó saliva.

—Bueno, eh... Para empezar... Los abuelos te mandan un cariñoso saludo.

Su padre la escrutó con la mirada y se relajó un poco. ¿Qué era lo que esperaba? Al parecer suponía que ya tenía esa información indecible que Silje no había querido desvelarle.

—Espero que tu abuela ya esté bien.

¿Se ha recuperado?

—Sí, la cura le ha sentado bien.

—Me alegro. ¿Y cómo estás tú?

Sofie hizo de tripas corazón y espetó:

—Estoy maravillosamente bien. Me he prometido.

—¿Prometida? ¿Sin preguntarme antes ni presentarme al novio?

—No aprobarás mi elección.

Su padre arqueó las cejas.

—Ajá, y por eso...

—¿Qué elección?

Silje estaba en la puerta del salón.

Sofie se volvió hacia ella.

—La elección de mi futuro esposo.

Me voy a casar con Per Hauke.

Silje entró e hizo una mueca de extrañeza.

—¿Hauke? No lo he oído nunca. ¿Pertenece al círculo social del abuelo? ¿O es un hombre de negocios de Trondheim?

—Ni lo uno ni lo otro. Es de Røros, es carpintero, y colabora en el movimiento obrero.

—Había olvidado el extraño sentido del humor que tienes —dijo Silje tras el susto momentáneo—. Pero no es el mejor momento para esas bromas de mal gusto.

—No estoy bromeando —dijo Sofie.

—¿Per Hauke? —repitió su padre

—. Creo que el director de la escuela Guldal mencionó su nombre hace poco en relación con su Asociación Obrera. Si no me equivoco ha conseguido que el joven reciba formación jurídica. Parece que lo tiene en gran estima.

—¡Socialista y encima alborotador!
—exclamó Silje—. ¿Se puede saber cómo has acabado precisamente con ese?

No habría podido hablar con más asco aunque Sofie le hubiera confesado que se había enamorado de un sapo viscoso que se alimentaba de gusanos y vivía en una charca de lodo.

—Es una larga historia que seguramente no te interesará —

respondió Sofie.

—Tienes razón. Seguro que es aburrida. Ese tal Per tiene la vista puesta en tu dote, para ese tipo de gente el dinero es el argumento más convincente. Y tú te quedarías con cualquiera que te hiciera ojitos. Al fin y al cabo eso no sucede muy a menudo. Mucho menos en nuestros círculos. ¿Quién se llevaría a casa a una marisabidilla como tú si no fuera por necesidad?

—Eso de marisabidilla me lo tomaré como un elogio. Me considero una mujer culta que se interesa por la política. No necesitamos dote. Podemos ganarnos la vida sin ayuda de otras personas. Nos

queremos, y eso es todo lo que importa.

Miró a su padre esperando que acudiera en auxilio de Silje. La observaba pensativo. Serio, pero no furioso ni indignado.

—¡Padre! No puedes permitir que Sofie se convierta en el hazmerreír de la gente. ¿No hemos sufrido ya suficientes desgracias?

—Sí, y precisamente por eso no permitiré que nadie más sea infeliz. — Miró a Sofie a los ojos—. Mentiría si dijera que no deseo un hombre de tu nivel para ti. Pero al final lo único que cuenta es lo que una persona hace de sí misma. Así que propongo que me lo presentes en cuanto tengamos

oportunidad. Y a partir de ahí, veremos.

—¿Es que soy la única que siente la obligación de defender el honor de los Svartstein? —siseó Silje. Echó la cabeza hacia atrás—. Qué bien que pronto podré cambiarme de apellido.

—¿Porque pronto serás una Lund? —preguntó Sofie.

Silje la fulminó con la mirada.

«Acabo de cargarme el momento teatral que seguramente había imaginado para anunciar la noticia», pensó Sofie, y continuó:

—Oh, ¿no tendría que haberlo revelado? Lo siento —dijo—. Pero con tanto secretismo, es difícil recordar quién sabe qué, quién no puede saberlo

o quién no debe enterarse nunca.

Su padre carraspeó. Silje clavó la mirada en él. La expresión de sus ojos era tan gélida como su voz:

—Recibirás a Fredrik Lund con los brazos abiertos, aceptarás sin rechistar su petición de mano, y le prometerás un regalo de bodas generoso. A cambio guardaré silencio.

Ivar Svartstein agachó la mirada y asintió. La amenaza que flotaba en las palabras de Silje le cayó a Sofie como un jarro de agua fría. ¿Qué información tenía su hermana sobre su padre? Le resultaba incómodo verlo en actitud tan sumisa. Este gruñó algo y salió de la estancia. Silje lo siguió con la mirada y

una expresión triunfal, y pasó al comedor. Sofie se quedó sentada en el sofá. La tensión de su cuerpo se había desvanecido. La lucha que esperaba no había tenido lugar. Se recostó y sintió que el alivio la inundaba.

Dos días más tarde Sofie caminó hasta el Hittersjøen. El viento fresco arrastraba pequeñas nubes por el cielo azul, hacía que el agua chocara contra las piedras de la orilla y tironeaba del sombrero de Sofie, que se lo sujetaba con la mano. Junto a la carretera, en los prados salpicados con abedules bajos y setos, pastaba un rebaño de ovejas, y en

el lago nadaban numerosos ánsares y patos, cuyos graznidos se mezclaban con los trinos de las alondras. Pronto vio el destino de su paseo: la pequeña península en la que se encontraba la Casa de los Abedules. Cuando abrió la puerta del muro de piedra, Paul y Bodil, que jugaban en el jardín, le salieron al encuentro. Sus gritos de alegría atrajeron a Clara, que salió de prisa de la casa y la saludó contenta.

—¡Bienvenida, bienvenida! Me alegro mucho de volver a verla.

Paul y Bodil cogieron a Sofie de las manos y tiraron de ella.

—Tienes que oírme tocar —exclamó Paul.

—No, primero le enseñaremos el funicular —replicó Bodil.

—Primero tomaremos un café —dijo Clara—. Y no estiréis así de nuestra invitada. La vais a partir en dos.

Bodil y Paul soltaron a Sofie y salieron disparados en dirección a la casa.

—¡Vamos poniendo la mesa! —exclamó Paul.

—¡Sí, con la vajilla buena! —gritó Bodil.

Clara le sonrió a Sofie y se agarró de su brazo.

—Como puede ver, la hemos echado mucho de menos. Qué bien que haya vuelto.

—Yo también me alegro de verla y de ver a los niños. De todas formas, he venido a despedirme —dijo Sofie.

—¡Oh, qué pena! ¿Regresa a Trondheim con sus abuelos?

—No, a Christiania. Con mi prometido. Ya lo conoce, es...

—¿No será Per Hauke? —dijo Clara deteniéndose.

Sofie asintió.

—Ay, querida, ¡es maravilloso! ¡La felicito de todo corazón! En la función de teatro ya tuve la impresión de que se tenían mucho afecto. Sin embargo, me temía que... Bueno, si le soy sincera, pensé que su familia...

—¿... no lo permitiría? —concluyó

Sofie la frase—. Yo también estaba firmemente convencida de que mi padre jamás lo aprobaría. Pero mientras estaba fuera, ha sucedido algo que lo ha cambiado.

Sofie se dio cuenta de que Clara se ponía tensa a su lado. Antes de que pudiera preguntarle si sabía algo sobre ellos, Clara dijo rápidamente:

—Me alegro de que les haya dado su bendición.

Entretanto habían llegado a la casa. Clara subió los escalones hacia la entrada.

—Pero ¿por qué se van de Røros? ¿Tienen que...? Quiero decir, ¿era esa la condición?

—No. Aunque... seguramente a mi padre no le parecerá nada mal. Pero en la capital Per tendrá muchas más posibilidades de crecer en el ámbito profesional y en el político. Y yo quiero buscar trabajo y luchar por los derechos de las mujeres —respondió Sofie, y siguió a Clara hacia el comedor, donde los niños habían repartido por la mesa platos de postre y tazas. Sus voces resonaban desde la cocina.

—Suenan emocionante —dijo Clara, y la invitó a sentarse en una de las sillas—. Supongo que será más fácil comenzar una vida tan moderna en una ciudad diferente y sobre todo más grande, ya que aquí seguramente se

enfrentarían a mucha incomprensión e incluso a desprecio.

Sofie puso los ojos en blanco.

—Sí, a veces nuestra pequeña Røros es demasiado burguesa. Usted lo sabe de sobra.

Clara asintió.

—De todos modos es una pena perderla.

—Bueno, no desapareceré. Si quiere, podemos escribirnos.

—¡Es una gran idea! —dijo Clara, y se sentó junto a Sofie—. ¿Y si nos tuteamos de una vez?

—¡Yo encantada! —respondió Sofie estrechándole la mano—. Por lo que he oído, también debo felicitarla...

felicitarle a ti —continuó—. Hace medio año tampoco habríamos creído que eso fuera posible.

Clara la miró radiante.

—Sí, ¿verdad? Aún no puedo creerlo del todo. Pero Mathis y yo estamos oficialmente comprometidos.

—¿Cuándo os casaréis?

—Dentro de tres semanas. ¿Y vosotros? En realidad podríamos celebrar una boda doble.

—Me temo que no podrá ser. Per y yo nos marchamos pasado mañana. Nos daremos el sí en Christiania. Sin grandes celebraciones. Solo nosotros dos. Y Eline.

—¿Eline?

—Una criada de casa de mi padre, que además es prima de Per. Lleva años soñando con marcharse de aquí, y me ha suplicado que me la lleve como empleada. Tengo mucho que agradecerle, y quiero que reciba una educación como es debido para que tenga mejores posibilidades laborales.

Paul y Bodil interrumpieron la conversación con un bizcocho y una cafetera. Sofie observó a Clara y a los niños. Pensó con melancolía en su propio hijo, que no había podido vivir.

¿Qué le depararía el futuro? ¿Tendrían hijos Per y ella? ¿Cómo vivirían? ¿Y dónde? La idea de dejar atrás Røros para siempre le resultaba un

poco amarga. Le costaría más despedirse de lo que creía solo media hora antes. Dejaría atrás a personas muy importantes para ella: Clara y su hijo. Y la pequeña Bodil, con la que también se había encariñado.

«Bueno, tú misma lo has dicho antes: no vas a desaparecer.» Mientras pensaba en ello, imaginó una escena que la animó: el comedor de la Casa de los Abedules a rebosar de niños y niñas rubios, castaños y pelirrojos jugando al pilla pilla alrededor de la mesa a la que Clara, Mathis, Per y ella discutían animadamente sobre algún tema.

—Brindemos por el futuro —dijo Clara como si le hubiera leído el

pensamiento, y levantó la taza de café.

—¡Por el futuro! —respondió Sofie—. Y por nosotras.

Clara brindó con ella.

—Me alegro muchísimo de haberte conocido.

—¡Yo más! —dijo Sofie—. Siempre he deseado tener una hermana mayor tan cariñosa como tú. En cambio tengo a Silje... Puede que suene extraño, pero nunca antes había tenido una amiga de verdad.

Clara se sonrojó.

—Me resulta difícil de creer. Eres una persona maravillosa. —Apoyó una mano en el antebrazo de Sofie y lo apretó ligeramente—. Tú y Per siempre

seréis bienvenidos aquí.

—Te lo agradezco —dijo Sofie, y se secó una lágrima de la mejilla.

A Clara también se le habían humedecido los ojos.

—¿Por qué lloráis y sonreís a la vez? —preguntó Paul.

—Porque estamos muy contentas y muy tristes al mismo tiempo —respondió Clara.

—Así que los sentimientos también se han encontrado aquí —constató Paul, y las miró con curiosidad.

«Efectivamente, *med en latter og en gråtende øye*», pensó Sofie.

—Como decimos en noruego, un ojo sonríe y se alegra de que tu madre y yo

nos llevemos tan bien —le dijo a Paul—. Y el otro llora porque pronto estaremos separadas por muchos kilómetros.

«Pero eso no cambiará en absoluto mis sentimientos hacia Clara», añadió Sofie en silencio, y le devolvió la mirada en la que vio reflejado su propio afecto.

—He recibido los mejores regalos que podría pedir —dijo—: el amor de mi vida y tu amistad.

FIN

¡MUCHAS GRACIAS!

Una vez más siento la necesidad imperiosa de poner fin a mi libro con un sincero agradecimiento dirigido a todos aquellos que me han acompañado, apoyado y estimulado durante el proceso de escritura aconsejándome, escuchándome e inspirándome.

Durante esta época de cambios y rápida transformación, me siento especialmente agradecida por la

interacción constante con algunas personas que ha surgido a lo largo del último año y se ha mantenido. ¡Es maravilloso sentir que puedo contar con ellas!

Esta vez también quiero dar las gracias a mi editora de mesa Gerke Haffner por una colaboración impecable, y a mi correctora externa, Dr. Ulrike Brandt-Schwarze, por el trabajo en equipo tan fructífero con el que pulimos mis manuscritos.

Asimismo sigo estando muy agradecida por su compromiso a mi agente Lianne Kolf y a su equipo, que me cubren las espaldas y siempre están dispuestos a responder a mis preguntas.

Querida Lilian Thoma, sabes lo feliz que soy de saber que siempre estarás dispuesta a entrar en mis historias y a acompañarme en su desarrollo con tus críticas constructivas y tu sincera empatía. ¡Te doy las gracias de todo corazón!

Y no tengo palabras para expresar mi agradecimiento a Stefan, que no se cansa de animarme, de creer en mí y de alegrarse conmigo. Es un regalo de cuyo valor soy más consciente a cada año que pasa.